VICTORIA RESCO



LA MENTIRA PERFECTA

Planeta

Victoria Resco

La mentira perfecta

Victoria Resco

La mentira perfecta

Índice de contenidos

Portadilla

Legales

PLAYLIST

PRÓLOGO

PARTE I. Encontrarse

- CAPÍTULO 1
- CAPÍTULO 2
- CAPÍTULO 3
- CAPÍTULO 4
- CAPÍTULO 5
- CAPÍTULO 6
- CAPÍTULO 7
- CAPÍTULO 8
- CAPÍTULO 9
- CAPÍTULO 10
- CAPÍTULO 11
- CAPÍTULO 12
- CAPÍTULO 13
- CAPÍTULO 14
- CAPÍTULO 15
- CAPÍTULO 16
- CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
PARTE II. Buscarse
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
PARTE III. Elegirse
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
EPÍLOGO: Quedarse
AGRADECIMIENTOS

Resco, Victoria
La mentira perfecta / Victoria Resco. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2024.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-8664-5

1. Narrativa Juvenil. I. Título.
CDD A863.9283

© 2024, Victoria Resco

Diseño de interior y cubierta: Diego Martin y Guillermo Miguens
para Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Todos los derechos reservados

© 2024, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: abril de 2024
Versión 1.0
Digitalización: Proyecto451
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-8664-5

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.
Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Para Fran.
Por todo lo que fue.
Por todo lo que no.

PLAYLIST



PRÓLOGO: *Alma dinamita*, Wos

CAPÍTULO 1: *Right where you left me,* Taylor Swift

CAPÍTULO 2: *Please, please, please, Let me get what i want,* The Smiths

CAPÍTULO 3: *If Walls Could Talk,* 5 Seconds of Summer

CAPÍTULO 4: *Back Into Blue*, The Odd 910

CAPÍTULO 5: *Quiero sentirlo todo,* Arath Herce

CAPÍTULO 6: *Promised Land (Stripped Acustic),* Brandyn Brunette

CAPÍTULO 7: *New Girl,* Finneas

CAPÍTULO 8: *Pleasure delayer,* Between friends

CAPÍTULO 9: *Ink,* Coldplay

CAPÍTULO 10: *Strangers,* Kenya Grace

CAPÍTULO 11: *I Saw Her Standing There,*The Beatles

CAPÍTULO 12: *Kiss or Kill,* Stela Cole

CAPÍTULO 13: *La Noche Eterna,* El Mató a un Policía Motorizado

CAPÍTULO 14: *Alma dinamita,* Wos

CAPÍTULO 15: *Let's fall in Love for the Night,* Finneas

CAPÍTULO 16: *Ciento por ciento,* Cardellino, Sebastiean Jantos, Jorge Drexler

CAPÍTULO 17: *Michelle,* Sir Chloe

CAPÍTULO 18: *Older,* Lizzy McAlpine

CAPÍTULO 19: *Be my mistake,* the 1975

CAPÍTULO 20: *Come Back to Earth,* Mac Miller

CAPÍTULO 21: *Fin del Mundo,* Alan Sutton y las criaturitas de la ansiedad

CAPÍTULO 22: *El Mundo Siempre Estuvo Dividido en Dos,* Alan Sutton y las

criaturitas de la ansiedad

CAPÍTULO 23: *Veneno,* Louta

CAPÍTULO 24: *People Watching,* Conan Gray

CAPÍTULO 25: *Bad Liar,* Imagine Dragons

CAPÍTULO 26: *Lonely,* Noah Cyrus

CAPÍTULO 27: *Daddy,* Coldplay

CAPÍTULO 28: *I Need Some Sleep,* Eels

CAPÍTULO 29: *Older,* Sasha Alex Sloan

CAPÍTULO 30: *Reckless Driving (feat. Ben Kessler),* Lizzy McAlpine, Ben Kessler

CAPÍTULO 31: *(Dream),* Salvia Palth

CAPÍTULO 32: *Hear Me,* Imagine Dragons

CAPÍTULO 33: *Cronos,* Carmen Sánchez Viamonte

CAPÍTULO 34: *Renegade,* Big Red Machine, Taylor Swift

CAPÍTULO 35: *Astronomy,* Conan Gray

CAPÍTULO 36: *I'll never fall in love with myself,* Zeph

CAPÍTULO 37: *I knew you were trouble,* Sabrina Carpenter

CAPÍTULO 38: *She Will Be Loved,* Maroon 5

CAPÍTULO 39: *Valentine,* Seafret

CAPÍTULO 40: *Illicit affairs,* Taylor Swift

CAPÍTULO 41: *Charlie Be Quiet,* Charlie Puth

CAPÍTULO 42: *Long Time Coming,* The Odd 910

CAPÍTULO 43: *Pastillitas del olvido,* Tan Biónica

CAPÍTULO 44: *Gustarme Tanto,* Zcar JPG

CAPÍTULO 45: *Lonesome,* Sabrina Carpenter

CAPÍTULO 46: *L*** Is a Bad Word,* Kiiara

CAPÍTULO 47: *Nobody likes a secret,* Lizzy McAlpine

CAPÍTULO 48: *Lo que elegiste,* Paula Prieto

CAPÍTULO 49: *I loved you first,* Joan

CAPÍTULO 50: *Ya No te Hago Falta,* Sen Senra

CAPÍTULO 51: *Obsesionario en La Mayor,* Tan Bionica

CAPÍTULO 52: *Oro de Abeja*, El Plan de la Mariposa

CAPÍTULO 53: *Idfc,* Blackbear

CAPÍTULO 54: *Aura,* Alba Reche

CAPÍTULO 55: *19 (feat. Gustavo Cerati),* Emmanuel Horvilleur, Gustavo Cerati

CAPÍTULO 56: *Patient,* Charlie Puth

EPÍLOGO: *Green Eye*s, Coldplay

PRÓLOGO

–Miénteme —me lo pide a gritos, pero los bajos de la canción revientan los parlantes y pisotean su voz. Parece un susurro, pero el brillo de sus ojos no tiene timidez ni miedos escondidos.

No cree en las consecuencias ni en la precaución. No necesito conocerlo demasiado para saber que su vida está guiada por instantes y pura adrenalina. Lo veo en el brillo del sudor y la tinta que baña su piel. Lo veo en el filo de su sonrisa. Sé que si no soy cuidadosa puede cortar, sé que es más probable que, como todo cuchillo, provoque más heridas que alegrías.

Se parece a mí y, por eso mismo, lo que me pide me hace contener una carcajada.

—Miénteme —me repite, aunque sabe que lo he escuchado la primera vez.

—¿Por qué haría eso? —pregunto con una sonrisa, pero mi gesto no compite con la forma en la que se acentúan las curvas de sus hoyuelos. Enmarcan su dentadura impecable, un cuadro listo para colgarse en un museo.

—Porque mientes demasiado bien. Y lo haces todo el tiempo. Y si me mientes, me dices que me regalas una noche para convencerte de que esto no tiene por qué ser un drama ni un compromiso ni una responsabilidad… entonces puedo darte un beso.

Mis cejas suben.

—¿Una mentira por un beso?

Se encoge de hombros. Sus tatuajes hechos de impulsos, serpentean por su piel con el movimiento. Incluso en el mar de estímulos que es este lugar —los cuerpos que saltan, los sudores, los perfumes, los vasos medio vacíos, el piso pegajoso, las pastillas que clavan sus colmillos en gargantas inocentes— ese simple gesto acapara toda mi atención. La mariposa sobre su garganta aletea como si quisiera salir volando cuando traga saliva. Las luces de colores saltan sobre la tinta al ritmo desacompasado de mi corazón. Ya no puedo adjudicarle la adrenalina ni a la música ni al alcohol. Lo que tamborilea contra mis costillas es mío y empieza a desesperarme el ruido que hace porque cuesta demasiado ignorarlo.

—Me parece un trato justo.

—Me parece un trato de borrachos —replica sin dejar de mirarme como si le

divirtiera alargar esta espera eterna.

Y yo miento, porque a diferencia de él, quiero terminar con esto.

O quiero empezar con esto.

Supongo que todo es cuestión de perspectiva. Este trato empieza con una mentira y un beso de mi parte, pero termina con él cumpliendo la suya y logra que el trato valga la pena.

—Estamos perfectamente sobrios.

Hecha la cabeza hacia atrás cuando se ríe, alto y fuerte. Mi cuerpo cede y se acerca *más, más, más,* pero no lo suficientemente rápido. Las vibraciones y los gritos de todas las personas que cantan con gargantas desgarradas y corazones expuestos, se tragan su carcajada. Me la roban en la cara.

Pero todo acto de valentía trae consigo un premio.

Mi premio son los ojos de Paul, febriles y ensombrecidos, que caen sobre mis labios. Los roles se invierten y mi sonrisa se amplía porque su deseo me hace sentir poderosa. Me hace olvidar que su hermana es mi mejor amiga, que conozco el final de esta película, que nadie, ni siquiera este chico hecho de vidrios y promesas, vale la pena el riesgo.

Se acerca *más, más, más,* pero no ataca mis labios. Sigue de largo, esta vez hacia mi derecha donde su aliento roza el lóbulo de mi oreja, la curva de mi cuello, y baja como un torrente por mi cuerpo, tensando hasta el último músculo que encuentra en su camino.

—¿Esa es tu mentira? —la pregunta hace combustión con mi adrenalina, toda sustancia en mi cuerpo entra en ebullición, burbujea, revienta, salpica.

Pongo mi mano en su pecho.

Él no entiende el gesto; intenta acercarse más. No sé cómo, pero esto sigue siendo posible incluso en la certeza de que no queda parte de él que no se confunda con partes de mí. Salvo por nuestros labios. Nuestros labios siguen separados porque mi mano sobre su pecho lo obliga a frenar.

Lo empujo. Sólo unos centímetros. Lo mínimo e indispensable para que su colonia no me maree, pero no tanto como para que mis pensamientos dejen de dar vueltas.

Al hacerlo mi mano se desliza sobre la fina tela de su remera.

Siento todo lo que no quiero sentir. El ardor de su piel, la tensión de sus músculos contra sus costillas, cómo estas se expanden y se retraen con cada respiración como si le faltara el aire, el latido de la música atravesando músculos, huesos y piel, el ritmo de su corazón más bajo, pero más rápido, apenas perceptible entre la desafinada orquesta que son nuestros cuerpos.

Levanto la vista.

Nuestras miradas se encuentran.

Esta vez, el desconcierto tiñe sus ojos. Es un niño que no está acostumbrado a que le digan que no, una criatura que no conoce el rechazo. Labios que quiere, labios que tiene. Pero es la inocencia de ese niño, que se filtra por las grietas de su fachada altanera, niño que veo asomando entre la altanería de su constante acto, la que me hace empuñar la tela de la camisa y romper la única promesa que hice.

PARTE I
Encontrarse

CAPÍTULO 1
Paul

La rampa está llena a reventar.

Hay gente en todos lados, como casi siempre a esta hora de la noche. Adolescentes, niños y adultos con un *skate* bajo el brazo, deslizándose sobre patines, a través de rampas y entre piletones de cemento vacíos. Cascos, rodilleras, carcajadas, colores neón y luces blancas ayudando a la luna a iluminar el lugar.

Cameron habla y se ríe, exaltado y acelerado. Así es él, pero esta vez la situación es un tanto incómoda porque hay una chica colgada de su brazo y él exagera su alegría para disimular la poca gracia que le hace tenerla aquí. Gemma, la chica, también exagera sus carcajadas, como si con eso pudiera convencernos de que este es su lugar. Creo que todos, incluso ellos, sabemos perfectamente que lo que sea que están intentando no tiene futuro. Pero aún así lo intentan y verlos es doloroso.

Pienso en Shelly, parada a mi lado, y en mí. Pienso en que es muy probable que desde que cortamos todos nos vean como yo veo a Cameron y a Gemma: dos personas que bailan en distinta sintonía, que se pisotean en el intento de seguirle el ritmo al otro. Sólo que nosotros una vez bailamos juntos y cada vez que estamos en este lugar en el que compartimos tanto, todos los recuerdos me abruman y me desesperan al punto de que casi consiguen convencerme de darnos otra oportunidad. Pero me prometí que no lo haría. Por ella y por mí, porque nos merecemos algo mejor.

Merecemos más. Lo repito y me aferro a ello porque temo ceder ante sus ojos. Shelly siempre tuvo unos ojos enormes y tan pero tan oscuros que podía quedarme tildado mirándolos por horas. Tal vez por eso hoy me siguen buscando, porque existió un momento en el que no podía resistirlos, les hubiera regalado a esos ojos, y sólo a esos ojos, todo lo que soy, lo que fui y lo que quería ser.

Los llamaba ojos de cervatillo, pero hoy los llamo ojos de reclamo.

Lo único que hacen es pedir, pedir y pedir.

Las cosas han cambiado, claro que lo entiendo, y sin embargo no han cambiado lo suficiente porque yo sigo tentado a devolverle la mirada. Ella pide y

yo quiero dárselo todo, incluso cuando sé que no me conviene, cuando sé que no me queda nada de lo que necesita.

Nadie te dice lo peligroso que es no tener un *antes de*. Shelly siempre estuvo allí. *Antes de* Shelly no había nada. Nací y ella estaba ya a mi lado, sólo cuatro minutos mayor que yo según el acta de nacimiento, que también indica que nacimos en el mismo hospital el mismísimo día. Nuestras madres se conocieron allí y jamás se separaron. Creo que no sabían a lo que nos estaban condenando, creo que ellas también, como nosotros, pensaron que al no darnos un *antes de* nos aseguraban que no habría un *después de*.

Tenía sentido, ¿no? ¿Cómo puede terminar algo que inició antes de que pudiéramos respirar por nosotros mismos? Estábamos *predestinados*, solía decir mi madre. Y ahora me pregunto si ella sabía que estábamos predestinados a *esto*: a amarnos como nunca amamos a nadie más y a dejar que ese amor se consumiera en su propia intensidad, en sus miedos, en su inmadurez. Florecimos en una primavera larga pero no supimos sobrevivir al invierno.

Y ahora la tengo a mi lado y la quiero de vuelta. La quiero de vuelta con tanto querer que estoy por mirarla, por ceder y volver a iniciar este círculo vicioso en el que la persigo, me persigue y nos seguimos a nosotros mismos con todas estas ideas de lo que quisimos y no pudo ser. Estoy por volver a enredarme en esta telaraña hilada con miedos y celos y rabia y reclamos, tantos, tantos, tantos reclamos…

Entonces la veo.

No a Shelly, sino a *ella*.

Y el universo me hace el favor de poner todo en pausa para que yo pueda verla bien.

Las voces se diluyen en el aire, cada persona a mi alrededor se convierte en una sombra, la oscuridad se traga la luz y la escupe sobre *ella*.

Agradezco esa pausa porque me permite recordarla. De a poco. Primero es un ritmo que mi cuerpo reconoce pero no puede terminar de tararear, pero de a poco viene a mí la melodía completa, compás tras compás de una canción que había creído perdida.

Como la primera vez que la vi, sus movimientos son tan fluidos que parece flotar. Creo que incluso antes de verle la cara termino de reconocerla por la forma que tiene de caminar. Me recuerda la forma en la que bailaba y mi cuerpo reacciona de inmediato. En mi memoria reviven las luces de neón, los flashes, la música, la culpa, el miedo y sobre todo, la forma en la que ella apareció y los absorbió por completo.

Su pelo sigue siendo del mismo tono marrón oscuro, largo y lacio, decorado con trencitas, mostacillas e hilos, como si se hubiera llevado todos los colores de la naturaleza consigo. Hay algo hechizante en verla así. Es la primera vez que la veo como si fuera más que un cuento de hadas, una salida beneficiosa de la mierda que me rodea, como si fuera *humana*.

Hay una parte de mí que se avergüenza, que siente los ojos de Shelly mirándome, que se arrepiente de todo lo que hizo y lo que está haciendo. Y aún así gana la otra parte de mí, que me dice que con Shelly no volverá a ser, que tengo que olvidarla y que tal vez *ella* es la forma de olvidar. O tal vez no. Tal vez solo soy egoísta y necio y quiero mis manos en su pelo y quiero su piel, su aliento y su sonrisa habladora y escuchar por primera vez el sonido de su voz. Tal vez la parte de mí que gana es la que empieza a pensar más allá de Shelly, la que ya no quiere vivir por y para ella, la que quiere cosas para *mí* y para nadie más, la que empieza a darse cuenta de que quiere cosas que no involucran a Shelly, incluso si todavía no tiene muy en claro qué son esas cosas y por qué.

Pero las burbujas siempre revientan antes de lo que querríamos, demasiado bonitas para durar en un lugar tan hostil como este, y mis pensamientos revientan abruptamente en cuanto veo a Leo, mi hermanita, correr hacia *ella*.

Leo la envuelve en sus brazos como si fueran amigas de toda la vida, como si se hubiera estado muriendo de ganas de verla, como si la hubiera estado esperando.

Y que Dios me mande al infierno, pero incluso cuando me la presenta como Ali —*esa* Ali, su mejor amiga, la misma Ali con la que se enojó en primero de secundaria porque les gustaba el mismo chico, la misma que vivía en la zona cara de la ciudad, donde la gente vive en casas de verdad con jardines y ventanas amplias—, incluso cuando al fin vuelvo a ver esos ojos del color más alucinante que he visto en mi vida, incluso cuando la saludo con un beso en la mejilla —mis labios directamente sobre su piel, su aroma a sahumerios tendiéndome una emboscada—, incluso cuando veo de reojo a Shelly tensarse, incluso cuando me duele verla y quiero alejarme de esta chica y pedirle perdón, incluso cuando los recuerdos de las lágrimas de Shelly se mezclan con los de esa noche en la discoteca y me abruman y la congoja crece hasta ser una piedra entre mis costillas, incluso cuando *ella* me dedica una mirada gélida que me dice que me recuerda y me detesta en partes iguales, cuando me deja en claro que su intención es ignorarme y pretender que jamás me ha visto…

Incluso entre todo esto, no puedo dejar de imaginarla desnuda.

Me está ignorando.

O intenta hacerlo.

No la entiendo del todo.

Me mira como si quisiera arrancarme la cabeza, pero no me habla, no dice nada.

Yo trato de no mirarla de forma muy obvia, porque me he rendido con lo de no mirarla y punto. No puedo no hacerlo. Soy una basura. Mi ex está en frente mío y yo no puedo dejar de mirar a esta chica, a la mejor amiga de mi hermana. ¿Cuál es mi problema?

Trago saliva.

—Ey, ey, ¿Qué te pasa? —Aaron chasquea sus dedos frente a mí, obligándome a dejar la figura de Ali, que está charlando con mi hermana y otra chica más a unos metros de nosotros. Aaron debe ser de mis amigos más cercanos, pero ni por medio segundo se me cruza por la cabeza decirle la verdad. También es amigo de Shelly, no puedo cargarlo con ese peso. Sin embargo él, tan Aaron como siempre, es ciego a la mierda de persona que puedo llegar a ser —. ¿Cómo estás después de lo de tu abuelo?

Que asuma que la muerte de mi abuelo es el motivo por el cual no le he estado prestando atención a nada de lo que dijo los últimos cinco minutos es conveniente, pero la pregunta se cierra con un nudo alrededor de mi garganta y me devuelve a la realidad con un tirón brusco y doloroso.

Somos Aaron, Shelly y yo, y la verdad es que no quiero hablar de mi abuelo muerto frente a ella. No quiero hablar frente a ella sobre cualquier cosa que pueda darle pie a acercarse a mí con sus ojos de cervatillo ofreciendo consuelo, porque voy a ceder, a quebrarme y a aceptarlo porque soy así de débil. No sé estar sin ella. No sé estar solo. No sé quién soy solo. Quiero descubrirlo, sí, pero no sé por dónde empezar.

Aaron me da una palmada en el brazo y me ofrece una de sus sonrisas perfectas. Habla frente a Shelly de esto porque sabe que vamos a terminar juntos, porque como todos, sabe que estar juntos es parte de quienes somos a nivel molecular. No se le ocurre guardar mis temas privados para cuando ella no esté porque ella nunca va a dejar de estar.

–Ya sabes que si necesitas hablar estoy aquí.

Le sonrío.

Sé que lo está.

Pero no quiero hablarlo.

No ha pasado ni una semana.

No estaría seguro de qué decir.

Desde que murió el abuelo siento que estoy caminando a ciegas, que he soltado la única mano que el mundo me había extendido y de golpe las responsabilidades se multiplicaron. ¿Qué dices cuando pierdes algo que parecía tan estable que nunca te planteaste perderlo? No hubo un aviso, no hubo una desmejoría gradual en su salud. En un momento estaba riéndose conmigo, jugando a las cartas y al siguiente estaba convulsionando frente a mí. Y luego todo es un borrón inmenso de sucesos que se mezclan entre sí. Mi llamada al hospital, mamá llegando a casa, la ambulancia, mis lágrimas. No recuerdo haber llorado tanto en mi vida. Ni siquiera después, en el funeral. Ese pánico, ese vacío inmenso que de golpe se abrió dentro y debajo de mí, que se me escapó en forma de lágrimas… Todavía lo siento dentro mío, tragándose la mitad de todo lo que pienso y todo lo que siento, dejándome medio vacío y medio inútil. Creo que he dejado de llorar sólo porque las lágrimas se me están cayendo para adentro. ¿Qué dices cuando vas perdiendo por el camino todas las personas que siempre estuvieron allí?

Shelly, el abuelo, ¿quién sigue?

Le sonrío a Aaron. Trato de que sea una sonrisa honesta, pero el vacío se traga la mitad de su significado y no termina de llegarme a los ojos. Lo sé. Y sé que él lo nota.

–Gracias.

Lo digo con todo el sentimiento que puedo, pero aún así, no parece suficiente.

–Paul…

La voz de Shelly es más de lo que puedo tolerar.

En el funeral se acercó con mi nombre en sus labios y ese mismo tono. Y por primera vez desde que terminamos hace tantos meses no me miró con odio, ni con asco, ni con pena, ni con decepción. Shelly me miró con un dolor que ya no era mi culpa en sus ojos. Era un dolor compañero del mío. Porque conocía al abuelo tan bien como yo. Había estado en mi casa constantemente desde que tengo memoria y luego —cuando al fin dejó de ser mi mejor amiga y pasó a ser algo más, a quedarse a dormir, a robarme besos y confesiones— en los sábados de Monopoly y en cada ocasión posible. Era una más de nosotros y la pérdida del abuelo le dolió tanto como a cualquiera de mis hermanos. El día del funeral me pidió que la llevara a su casa. Se subió detrás de mí en la moto y me abrazó como si nada hubiera cambiado, como si al fingir que nosotros éramos los mismos, que teníamos futuro, pudiéramos traer de vuelta al abuelo. Cuando la

dejé en la puerta, me abrazó. No me resistí en ese momento, tampoco cuando besó mi mejilla, ni cuando subió a la comisura de mi boca y llegó a mis labios. Un beso, dos, tres. Acercarla, profundizar, buscar más. Mi cuerpo contra el suyo. Sus curvas conocidas y reconfortantes, sus ritmos tal y como los recordaba mientras tomaba mi mano y me arrastraba hacia la entrada, mientras subíamos las escaleras a su habitación, cruzando los cuartos vacíos de sus padres y sus hermanas. Era todo tan familiar que decirle que no, cuando el mundo parecía tan diferente a lo que siempre había sido, me fue imposible.

Volví a caer directo en la misma trampa en la que nos veníamos enredando hace meses: acercarnos con promesas de que esta vez sería diferente y terminar lastimándonos más fuerte, gritándonos más alto, con el corazón un poco más roto. Solo que después de ese día, por primera vez, me di cuenta de que no podía seguir haciéndolo. No porque no fuera posible en sí, sino porque las cosas ya habían cambiado y no importaba qué tanto lo intentáramos, las piezas que nos unieron una vez habían quedado deformadas de tanto golpearse intentando encajar.

No voy a volver a hacernos esto.

Merecemos más.

Así que cuando usa ese tono, dulce, cuidadoso, casi un ruego, la interrumpo.

Me duele hacerlo. Porque veo que la destruye, veo que le sigo haciendo daño.

Sé que no importa lo que haga vamos a lastimarnos.

—Leo me está llamando —susurro, mirando al piso y alejándome lo más rápido que puedo.

No es cierto. Mi hermana está feliz hablando con sus amigas y yo sólo la elijo como excusa porque necesito dejar de sentir que todo lo que hago es daño. Quiero servir de algo, quiero ayudar, también quiero reírme y olvidar.

Sobre todo quiero olvidar.

Pero cometí un error —otro error—, porque *ella*, Ali, está aquí también y lo único que consigo cuando la miro es recordar. Es sentir la culpa que me toma desprevenido como las olas a los niños que no van atentos; me arrastra contra la arena del fondo del mar, me raspa el rostro, las manos, las rodillas, me golpea y me deja tonto. Es un instante, porque cuando el agua retrocede, dejando solo la marca de su espuma contra la orilla, se lleva la culpa con ella y deja solo la curiosidad, con el deseo, con las preguntas que quiero hacerle porque no tuve el coraje de hacerlas esa noche.

—Quiero aprender —dice la tercera chica del grupo, mientras mira con

añoranza a un chico que se tira de la rampa con el *skate* en la mano. Tiene el pelo de un rubio blanco, rapado al ras, y unos aros de colores chillones que contrastan con su ropa negra—, ¿qué tan difícil puede ser?

—Muy difícil —intervengo, pasando un brazo sobre los hombros de mi hermana.

—Pero tú lo haces —responde la chica, apuntando al *skate* que cargo en mi mano libre.

Me encojo de hombros. Ali no me mira.

Ali.

Ali.

Ali.

Suena extraño en mi mente. Bonito, armónico. Quiero preguntarle su nombre completo, que me sonría. Sé que tiene una sonrisa escondida tras la seriedad que lleva en el rostro en este momento. Lo recuerdo. Creo que lo recuerdo. ¿O me estoy equivocando? Tal vez no es ella, tal vez estoy alucinando. Después de todo, es una noche que llevo meses intentando olvidar. Tal vez lo he conseguido. Tal vez al fin…

Al fin *nada*.

Ali me mira y veo con claridad el lunar de su mandíbula, ese lunar que incluso de lejos había querido sentir bajo mis labios, veo la curva finísima de su boca y sé que no la he olvidado en absoluto, sé que es ella y sé que ella sabe perfectamente quién soy, porque se esfuerza por mirarme con indiferencia, pero hay algo detrás de sus pupilas que emana un calor carbonizante y parece arder solo para mí.

Y todo eso lo veo en un microsegundo, en un instante, y algo en mí al fin se enciende.

Una parte del vacío se llena de las preguntas que esta chica hace que me surjan.

De repente, todo lo que quiero es escucharla hablar.

No tengo recuerdo de haberla escuchado decir una sola palabra. Ni hoy ni…

—Podrías enseñarle a Willa.

La sugerencia de Leo se alinea tan bien con mis pensamientos que se me escapa la sonrisa.

—Podría enseñarles a ambas —sugiero, mirando deliberadamente a Ali.

Mi corazón late más rápido de lo que me gustaría en mi pecho. Soy perfectamente consciente de que estoy haciendo una estupidez, estoy persiguiendo un recuerdo obsoleto de la noche que de alguna forma inició el

ciclo de pérdidas del que no puedo salir. No puedo escuchar las advertencias racionales de mi cabeza, todo lo que dice se pierde bajo el ruido de mi corazón —al fin latiendo, al fin lleno de *algo*— taladrando mis costillas.

—¡Sí!

—No.

Mi corazón se salta un latido e inmediatamente vuelve a latir con más fuerza y más miedo, y mucho mucho más ruido. Willa y Ali hablaron a la vez, la voz de la primera tapando la negación de la segunda, distorsionando su voz. Quiero que hable otra vez. Así que le hablo directamente, con un descaro que debería avergonzarme pero que no me mueve un pelo.

–¿Por qué no? —insisto.

Mi hermana me secunda y por un lado lo agradezco pero por el otro quiero que deje de hablar, porque cuanto más habla más tiempo paso sin escuchar la voz de *ella*.

–Sí, ¿qué pasó con "hay que probarlo todo"?

Willa se da vuelta e insiste.

—Es tu frase. No puedes ir en contra de tu frase.

Quiero preguntarle por qué es su frase, qué es lo que ha probado, lo que se ha quedado sin probar, lo que quiere probar la próxima vez. Pero me trago las preguntas porque me mira con tanto hielo en sus ojos que me da miedo que mi hermana pregunte qué nos pasa. Pero nadie parece verlo. Es como si nuestros ojos hablaran el mismo idioma. Recuerdo haber pensado eso la primera vez que la vi, que no necesitábamos palabras porque su sonrisa hablaba sola. Esta vez no hay sonrisa, pero entiendo lo que me dice: me dice que quiere que borre la alegría de mi rostro, que no le divierte lo que está pasando, que quiere irse, estar en cualquier lugar menos aquí.

Y eso debería pesarme en su contra. Debería demostrarle que entiendo, incluso cuando no sé el por qué, porque los recuerdos que yo tengo de ella me hacen querer decirle todo lo contrario, incluso cuando está mal. Quiero que sonría, que se divierta conmigo, que se quede justo aquí.

Se me escapa la sonrisa.

Hacía mucho no se me escapaba una.

Hacía mucho mis músculos no se retorcían de esa forma.

Y que dios me lleve al infierno, pero qué divertido es ver el pánico en su rostro cuando le guiño el ojo.

—Venga, Ali —insisto—, me gusta tu filosofía. Probémoslo *todo*.

De reojo, veo cómo Shelly nos observa y se me retuerce el corazón.

Los latidos cambian y recuerdan que no quieren hacerle más daño, que el propósito de lo que hago es hacerla feliz, que el motivo por el que late es para sacarle sonrisas.

Pero lo corrijo.

Eso ya no es así. Dejó de serlo hace mucho.

Y esto es justo lo que necesito.

Ali es justo lo que necesito.

Si pudo hacerme olvidar ese día, aunque fuera solo un rato, puede hacerlo otra vez.

Me lo repito tantas veces que dejo de escuchar la conversación. Las insistencias de Willa y Leo quedan sepultadas bajo mi convicción, y mis ojos siguen pura y exclusivamente en Ali, a pesar de que ella hace todo lo posible por ignorarme completamente.

Pero fracasa.

Me mira de reojo, porque ella también lo recuerda.

Ella sabe que yo también la ayudé a olvidar.

Vuelvo a la realidad solo cuando rompe su silencio.

No dice mucho, pero a mí me alcanza, porque al fin he escuchado su voz. Y *ella*, la chica de esa noche hecha de destellos y borrones y música demasiado alta y vasos que van y vienen demasiado rápido, pasa a ser Ali, una chica hecha de carne y hueso y una voz hecha de lija que me serrucha el corazón y me asegura que es el desafío que tanto necesitaba.

—Supongo que hay que intentarlo todo —dice.

Y a pesar de que intenta resistirse, al final sus ojos caen de vuelta sobre mí.

CAPÍTULO 2
Paul

No pienso dos veces antes de llamarlo.

Que sean las dos y media de la mañana no es un problema para él. Sé que está despierto. Mientras ato los cordones de mis zapatillas, Cameron seguro está sentado en su escritorio, doblando papel y haciendo suficientes piezas de origami como para morirse ahogado entre ellas.

—Vaya, vaya, vaya, miren qué nos trajo el viento. Si no es un Paul desvelado… —La burla en su tono me arranca un bufido, pero enseguida dibuja una sonrisa en mi cara—. Hace mucho no me llamabas a estas horas, eh. ¿Qué ha pasado, mi niño?

Me pongo de pie, agarro las llaves de la casa y salgo de mi cuarto lo más silenciosamente posible.

—La cosa.

Él no necesita más explicación.

Cuando tenía ocho años, mis padres me mandaron al psicólogo porque me la pasaba haciendo desastres. Molestaba a mis compañeros, los empujaba en el recreo, tiraba del cabello de las niñas y escondía las tizas de las profesoras. Y al principio, como todo niño descarrilado, lo odiaba. ¿En qué podría ayudarme *hablar*? ¿En qué podría ayudarme sentarme frente a un viejo por una hora hablando de la vida? Podía estar usando ese tiempo para dibujar, jugar o ver a mis amigos. Pero con el tiempo comprendí que el Doctor Zaar terminó salvándome de mí mismo. Fue el único que pudo poner en palabras a *la cosa* y, consecuentemente, el único que pudo enseñarme a ganarle.

La cosa es una sensación. Empieza en mi nuca como un picor y crece, crece, crece hasta que está en todos lados y me vuelve loco. Quiero gritar hasta exorcizarla, tirarme del pelo hasta que el dolor llene el vacío que me deja dentro, arrancármela de debajo de la piel a arañazos. *La cosa* es lo que me hace perder los nervios, el motor que me llevaba a romper los lápices de mi compañeros y molestar a cualquier niño más pequeño que yo.

Cuando no había comida para desayunar en casa, cuando mamá lloraba porque no tenía suficientes clientes y papá llegaba demasiado tarde a casa y todas las emociones que eso generaba en mí eran demasiado, ahí aparecía *la*

cosa.

—La cosa, Paul, es lo que tu cuerpo hace cuando se da cuenta de que algo aquí —dijo el doctor Zaar apuntando directamente a mi corazón con su dedo viejo y arrugado— *no está bien.*

Por ese entonces, le dije que estaba diciendo estupideces y le tiré en la cara la cartuchera de cuero que siempre tenía sobre el escritorio. Hoy, me repito sus palabras y suspiro preguntándome cuándo volverá a estar todo bien, porque *la cosa* lleva mucho tiempo instalada dentro mío y no parece querer dejarme ir. Si me pagaran por cada noche que me levanto con la sensación de tener una bota gigante sobre mis costillas, poniendo más y más presión, obligándome a salir para sobrevivir, entonces no tendría que trabajar un día más en mi vida. Podría irme de este barrio de mierda, tener un lugar en el que…

Sacudo la cabeza, me enfoco en todas esas cosas que agradezco de mi barrio de mierda. *La brisa fresca de invierno por la mañana. Tino abriendo sus regalos de Navidad. Sábados de Monopoly en familia. El sillón del abuelo. Una taza de té humeante. Shelly durmiendo. El chasquido de las ruedas del* skate *contra el cemento.*

Hay gente que lo tiene mucho peor. Y el pensamiento no me consuela, pero ayuda a apaciguar *la cosa*, aunque sea unos pocos minutos más. A veces hace tanto ruido que me duele la cabeza, grita tanto que si yo no grito en su nombre, su voz hace un nudo con mis intestinos y me deja hecho un ovillo en la cama. Lo último que necesito es llegar a ese punto; no tengo tiempo para estar tirado compadeciéndome de mí mismo.

—¿Otra vez? —escucho cómo Cameron pliega papel mientras habla—. ¿Y qué vas a hacer?

Me detengo un segundo en la puerta de la habitación de Tino y la entreabro para corroborar que mi hermanito esté bien. No me gusta salir de la casa sin antes chequear cómo está. Desde la muerte del abuelo está triste, más callado y más inquieto, todo a la vez. Se levanta en medio de la noche y me viene a buscar. Me duele la idea de que pueda necesitarme y yo no esté, pero no sería la primera vez. Ya sabe que puede quedarse en mi cama esperando y que cuando regrese estaré para él. No creo que entienda por qué me voy en medio de la noche, pero creo que entiende que lo necesito y estoy seguro de que sabe que siempre, *siempre*, voy a volver por él.

Tino está en su cama, su pecho sube y baja lentamente, las sábanas de dinosaurios tapan su cuerpecito, pero me acerco y las subo bien hasta su barbilla. Este invierno está siendo menos frío que los de años anteriores, pero aún así no

quiero que se enferme. Le doy un beso en la mejilla y salgo de allí. Durante todo ese tiempo, mis auriculares reproducen los llamados de atención de Cameron.

—¿Paul? Paaaaaauuuullll. —Cameron me llama desde el otro lado de la línea—. Pero para qué llamás si después vas a ignorarme, siempre lo mismo. Tarado. Realmente es que yo no entiendo…

–Volví. Estaba chequeando que todo estuviera bien con Tino.

–¿Y qué tanto te costaba decírmelo en lugar de ignorarme? ¿Sabes? No contestes a eso. Así que saludaste a Tino. ¿Vas a salir? Es tarde. Podrías hacer un par de abdominales en tu cuarto y ya está, ¿no?

Niego con la cabeza, pero luego recuerdo que Cam no puede verme.

—No, no es ese tipo de *cosa*.

Hay veces que solo un poco de deporte puede solucionarlo, que puedo desplazar a *la cosa* con una sudada rápida en los dos metros cuadrados de mi habitación, pero hoy no va a alcanzar. Siempre puedo recurrir a fumar, pero trato de evitarlo en casa. En parte porque prefiero los vicios que no me matan —aunque no tanto como para dejar los que sí lo hacen— y en parte porque lo último que quiero es que Tino me vea con un cigarrillo.

Si pudiera elegir, estaría subido a la moto en alguna carretera, yendo tan rápido como para que me metan veinte multas y en mi cuerpo no entre nada excepto el vértigo de saber que en ese momento, no soy absolutamente *nadie*. Con el casco, los guantes y la velocidad en el cuadro, realmente dejo de existir. Me consume el viento aleteando en mis oídos, esa seguridad que implica el no tener miedo porque absolutamente todo, *todo* está bajo control. Bajo *mi* control.

Pero no puedo elegir. Elegir es un premio reservado para los ricos. Yo tengo que ahorrar porque mudarse solo es caro y complicado… y quemar nafta a lo loco dando vueltas sin sentido, dejando que me lluevan multas, no es la mejor forma de ahorrar. Así que en lugar de eso, subo el cierre de mi campera a tope y me preparo para enfrentar el frío del invierno en shorts. Son solo diez cuadras hasta el gimnasio.

—¿Y tú? —pregunto, mientras bajo las escaleras. Evito pisar la que tiene un agujero y hago una nota mental para recordar arreglarla antes de que Tino pueda hacerse daño—. ¿Qué te tiene despierto hoy?

Hace años que Cameron lucha con el insomnio, pero todas las noches lo mantiene despierto algo distinto.

Él suspira y lo conozco hace tanto que solo por el tipo de suspiro sé que su respuesta es un *quién* y no un *qué*.

—Livvy…

Livvy es el constante rayo de luz en la vida de Cameron, pero también la tormenta sobre su cabeza. A veces tengo ganas de sacudirlo y decirle que la deje ir, que vive en otra ciudad, que no vale la pena todo el tiempo, el esfuerzo, los pensamientos. Pero no puedo hacerlo. Yo sé lo que es luchar por algo que creo que vale la pena, incluso cuando todos me están viendo caerme a pedazos por ello.

—¿Livvy? ¿O cómo vas a decirle a Livvy que hoy llevaste a otra chica a la pista? Porque sabes que se lo tienes que decir, ¿no? Si no lo haces tú…

—Lo sé, lo sé. Shelly lo hará. Está enojada conmigo.

—Para ser justos, no fue tu momento más brillante. Después de todo, Shelly y Livvy *son* primas…

—No es…

—¿Lo que parece? Porque lo que parece es que usaste a Gemma para olvidarte de Livvy y que ahora te sientes culpable porque…

—¿Sabes? —su tono no se parece en nada al del Cameron que conozco—. Me cago en ti y en tu hermana. Déjenme en paz. Todo el día persiguiéndome con el tema de Gemma. Es *mi* problema. Suerte en tu entrenamiento suicida. Trata de que no te roben ni te maten en el camino. Yo me voy a dormir.

Corta la llamada abruptamente justo cuando yo cierro la puerta de casa a mis espaldas. No sé si el frío que me sacude de golpe es consecuencia de la intensidad del viento o de la irritación que escupieron las palabras de Cameron. Suele ser tan alegre, tan risueño, incluso en sus peores momentos, que no recuerdo la última vez que lo vi enojado. No recuerdo *si* lo vi enojado alguna vez.

La cosa me acelera el pulso. Quiero llamar a Cam y pedirle perdón, quiero insultarlo porque no dije nada que él no supiera, quiero patear algo. Pero no hago ninguna de esas cosas porque soy consciente de que sólo estoy descargando la bronca de lo que de verdad me está pasando en el primer mínimo inconveniente que se me cruza.

Un problema a la vez.

Así que inhalo, exhalo y arranco a trotar.

La música del gimnasio se filtra entre el silencio que se hace en mis oídos cuando termina la canción en mis auriculares y arranca la siguiente. Pero no hay combinación de acordes ni baterías lo suficientemente ruidosas como para callar mis pensamientos. Cambio las mancuernas que venía usando por unas más

pesadas, esperando que la próxima repetición duela lo suficiente como para terminar de matar a mi cerebro.

Lo hace, pero en cuanto dejo de exigirle a mi cuerpo, mi cabeza vuelve a girar. Ideas como caballos de una calesita abandonada, que dan vueltas y vueltas y vueltas y vueltas y que no paran de correr y, maldita sea, solo quiero que se queden quietos.

Hace rato que *la cosa* no duerme. Parece no necesitar descanso, a diferencia de mí, que lo único que quiero es dormir de una puta vez. Desde la muerte del abuelo está más inquieta que nunca. Se mueve como un reptil entre mis vértebras, me levanta en medio de la noche. Pero sé que hoy no es solo mi tristeza dándole de comer. *La cosa* se alimenta también de las imágenes de Ali. Las imágenes viejas, borroneadas, casi inalcanzables después de tanto tiempo reprimiéndolas, tanto como las nuevas; Ali en la rampa abrazando a Leo… Sus ojos que la traicionaban cada vez que me buscaban, su pelo, la clara negativa que dio una y otra vez a mis sonrisas. Ni una vez me devolvió el gesto en toda la noche, pero no importa, porque lo recuerdo de esa primera vez, y con el recuerdo viene la culpa y el deseo y el asco de conocerme lo suficiente como para saber que si la hubiera escuchado reír ayer, hubiera hecho todo lo posible por irme de allí con su número.

El Doctor Zaar me dijo en mi última sesión, una semana antes de la muerte del abuelo, que hay un lado de mí que siempre quiere lo que no puede tener, que se alimenta de la necesidad de más y que siempre va a hacerme sentir insuficiente. Le respondí que se fuera a la mierda, que si así iba a responder cuando le contaba lo que sentía, lo que me pasaba, a lo mejor era momento de conseguir esa jubilación. Me fui y no volví a hablarle. Estoy harto de que la gente me diga lo que puedo o no puedo tener, más que nada cuando recientemente el mundo parece estar empeñado en no darme absolutamente *nada*. Pero desde que Ali apareció en la rampa, tan cerca y tan incorrecta, y tan simple pero tan complicada, no puedo dejar de pensar en las palabras de Zaar.

No es como si la conociera. Es una chica, una noche, un recuerdo a medias, ¿qué tan difícil puede ser ignorar lo que sabemos que pasó? Ella parece decidida a hacerlo. Incluso cuando es obvio que no le está saliendo muy bien, incluso cuando es obvio que recuerda todo, tal vez y muy probablemente, mucho mejor que yo. Y detesto esa fuerza dentro mío que tironea hacia ella, que se pasó la noche buscando su mirada en la rampa con Shelly viéndolo todo; viéndome olvidarme de ella, cada célula de mi cuerpo apuntando en dirección a Ali como si fuera la solución a todos mis problemas.

Pero no lo es.

Tomo las mancuernas otra vez y hago otra serie a pesar de que mis hombros están pidiendo piedad. En la entrada del gimnasio el recepcionista cabecea, luchando contra el sueño.

Hay una parte de mí que no puede dejar de pensar en el universo como algo más grande que yo, como algo que tiene un plan para cada uno de nosotros, un motivo por el cual todo sucede incluyendo aquello que duele y pesa y te hace desear simplemente no ser parte de todo lo que te rodea. Esa parte de mí quiere convencerme de que la llegada de Ali a la pista hoy significa algo. Es amiga de Leo desde la secundaria, podríamos habernos cruzado en cualquier momento a lo largo de los años, sin embargo no fue así. Nos conocimos esa noche cuatro meses atrás y nunca volvimos a vernos hasta hoy. Eso tiene que significar algo, ¿no?

Sólo quieres lo que no puedes tener.

También puede ser eso, tal vez todo esto es una estupidez y sólo estoy ensañado con Ali porque representa absolutamente todo lo que se supone que no quiero, porque me recuerda una noche, una única noche en la que fui completamente libre, una noche que temo que se repita porque perder el control de esa forma me hizo desconocerme y perderme y quebrar los valores por los que siempre me había valido. Pero las cosas cambiaron, ¿no? *Yo* cambié y tal vez esos son los valores que debería seguir. Tal vez Ali está aquí para mostrarme el tipo de persona que siempre fui, pero que hasta su llegada no me animé a ser.

Agarro el celular y me encuentro con un mensaje de un número desconocido, preguntándome por la clase de *skate* que nos quedó pendiente. Por un segundo, una fracción de una fracción de instante, mi corazón siente un pinchazo de algo que lo desinfla y lo atenaza a la vez; cree que es un mensaje de Ali, pero enseguida un segundo mensaje cae y patea todas las ilusiones que se hizo. Me recuerda que estoy siendo un idiota y que pensar en esta chica de esta forma no tiene sentido porque *no la conozco*.

Número desconocido:
Para cuando esa claseee?
Soy Willa, por cierto. La amiga de Leo.

“La amiga de Leo”, en mi cabeza, se traduce instantáneamente como “La amiga de Ali”.

Me quedo mirando la notificación e intento pensar sin dejar que *la cosa* se

interponga entre mi sentido común y yo. Refriego mis ojos con los talones de mis manos para sacar el sudor y estar seguro de lo que estoy leyendo. En parte porque no entiendo en qué mundo vivo que de repente todo el mundo parece preferir la noche que el día, también porque no entiendo de dónde sacó mi número, pero recalculo porque dentro mío sé lo que debería hacer y eso choca completamente con lo que *quiero* hacer.

Debería ser la mejor persona, no perseguir a Ali a través de esta ventanita que su amiga ha abierto inocentemente. En la rampa Ali huyó de mí con esa gracia tan suya que hizo que nadie más lo notara, pero con un mensaje fuerte y claro para mí que no paraba de buscarla. Se tomó la libertad de mirarme de lejos y dedicarme menos de diez palabras en total, prohibiéndole a su rostro cualquier gesto que no fuera una negación.

¿Por qué?

No puedo parar de preguntármelo.

¿Por qué empujarme cuando *esa* noche parecía dispuesta a todo menos a dejarme ir?

¿Por qué pretender no haberme visto en su vida?

Creo que son todas esas preguntas sin respuesta las que hacen que mis manos cobren vida y se olviden de todas las razones por las que yo debería ser un poco más como Ali y dejar esto ir.

Paul: Buenasss. ¿Qué te parece mañana a la tarde?

Las risas traviesas de mis impulsos hacen eco en el fondo de mi mente. Se mezclan con la adrenalina de saber que estoy tomando decisiones cansado y pasado de revoluciones y sin dormir y con *la cosa* dando vueltas. Son las decisiones de las que suelo arrepentirme, las que suelen dejarme las mejores anécdotas.

Tal vez solo necesito eso: que Ali sea una anécdota. Que deje de recordarme esa noche y pase a ser parte de un nuevo recuerdo con un cierre más sencillo. Un cierre que no tenga nada que ver con Shelly.

Meto mi celular en el bolsillo, guardo las mancuernas que usé en su lugar y me dirijo a la cinta. El pequeño gimnasio de barrio al que vengo no tiene muchas comodidades, ni muchas máquinas, ni mucho de nada, para ser honestos, pero siendo que están abiertos las veinticuatro horas del día, es todo lo que necesito. Sólo mi reflejo y yo, que me devuelve la mirada desde la pared de enfrente en cuanto empiezo a trotar. Subo la velocidad y trato de olvidar el mensaje que

mandé y la respuesta que no llega.

Fracaso. Apenas cae una notificación, saco el celular del bolsillo y bajo el ritmo a la máquina para poder responder.

Willa: Ali no puede. Cursa.

Me arden los dedos del esfuerzo que requiere evitar que las preguntas que me asaltan bajen a mis manos para ser tipeadas. ¿Qué estudia? ¿Dónde? ¿Vive en el campus? ¿Puedo encontrarla allí? ¿Sabe que estás arreglando esto conmigo? ¿Te pidió que me escribas? ¿Seguro de que va a venir?

Paul: ¿Y cuándo puede?
Willa: Es lo que estoy tratando de averiguar, pero no sé qué le pasa.
De la nada tiene la semana más ocupada de su vida.
Paul: ¿Estás hablando con ella ahora?
Willa: por mensaje, sí.
cómo ves el viernes?
Ali siempre tiene los viernes libres.

Siempre tiene los viernes libres.

No sé por qué saber esto me remueve los intestinos de esta forma. La chica hecha de mostacillas e hilos de colores se va convirtiendo en algo más que la sombra del pasado; estudia y tiene libres los viernes. Es una chica que está despierta hoy, un jueves, a las tres de la mañana. Quiero preguntar por qué está despierta, o por *quién*.

No se me había ocurrido hasta ahora que pudiera estar con alguien. Que tal vez por eso me miró como me miró, que tal vez en los cuatro meses que pasaron desde que nos conocimos pudo haber conocido a alguien. ¿Por qué no se me ocurrió? Si esa noche yo era tan distinto a lo que soy hoy, ¿qué me dice que ella no pudo haber cambiado también?

Se me atoran las ideas y tengo que subir la velocidad de mi trote para poder justificar el aumento de la velocidad de mi corazón, el calor, la bronca que corre por mis venas como si fueran un circuito de fórmula uno.

Estoy siendo un imbécil.

Pero saberlo no me detiene.

Le respondo la última vez a Willa y luego dejo el celular en silencio y subo la velocidad de la cinta hasta que los pulmones se me llenan de adrenalina y casi

consigo olvidar las decisiones de mierda que estoy tomando por pensar con la cabeza equivocada.

CAPÍTULO 3
Paul

La cosa se ha calmado.

En parte porque estoy trabajando tantas horas que creo que mi cerebro ya no tiene lugar para más preocupaciones. Mis únicos ratos libres los dediqué pura y exclusivamente a Tino. Mamá una vez me dijo que me necesitaba, y es cierto.

Tino nació cuando yo tenía dieciséis años y mamá tenía más trabajo del que podía permitirse dejar de lado con la situación en casa. Y de alguna forma terminó siendo mi responsabilidad cuidarlo y cambiarlo y llevarlo a mamá cuando lloraba mucho porque quería comer. Mamá lo alimentaba, le daba un beso y me lo devolvía para que lo cuidara mientras hacía tarea. Y si bien en un principio me dolía en el ego adolescente tener que cancelar planes con mis amigos para cuidar del parásito ese, para cuando quise darme cuenta Tino se había convertido en el motivo por el que no *quería* ir a esos planes.

Iba a la escuela por las mañanas, trabajaba por las tardes en el local de reparación de electrodomésticos de papá con Tino a mi lado en el piso del mostrador y por las noches lo llevaba a casa y me quedaba con él hasta que era hora de meterlo en la cama. Lo bañaba, lo tapaba bien, le leía un cuento y recién entonces veía a mis amigos.

Luego, Tino empezó a ir al jardín preescolar y yo fui el encargado de llevarlo y traerlo, de levantarlo y darle de desayunar por la mañana, de asegurarme que estuviera bien abrigado.

En algún momento entre todas esas cosas, empezó a llamarme a mí cuando lloraba y a buscarme cuando la oscuridad se extendía hasta el infinito y el miedo de que alguien se escondiera en ella era demasiado.

Cuando me puse de novio con Shelly, lo mejor que podía pasarle a Tino era que la llevara a cenar a casa porque Shelly jugaba con él por horas y a mí me encantaba eso de ella. Me encantaba verla sonreírle a la persona más importante en mi vida y saber que lo quería tanto como yo.

Mamá tenía razón: Tino me necesita, pero yo también lo necesito a él.

En momentos como este, que la anticipación chisporrotea por todo mi sistema nervioso, me gustaría abrazarlo para calmarme, para recordarme las cosas que sí importan, que no tienen nada que ver con chicas ni sonrisas que

quiero volver a ver.

Pero Tino no está aquí y tengo ya veintidós años así que voy a tener que encontrar la forma de recordarlo por mí mismo.

Intento hacerlo. Juro que lo intento, pero en cuanto llega, caminando al lado de Willa, con el pelo suelto, su presencia me atraviesa y mis esfuerzos se tambalean y caen al piso convertidos en un montón de espuma.

Willa me saluda desde lejos con la mano y una sonrisa emocionada. Viene hacia mí dando saltos. Es la segunda vez que la veo, pero si tuviera que describirla en pocas palabras, diría que Willa es un poco como Leo, siempre sonriendo, siempre moviéndose de aquí para allá, irradiando esa luz cálida que alumbra el camino hacia ella como una bienvenida.

—¡Buenas! —canturrea cuando llega a mí. Me inclino y le doy un breve abrazo a modo de saludo.

Traje dos patinetas: la que siempre uso y otra más vieja, que he dejado de usar porque los años la han gastado tanto que podría quebrarla si hiciera cualquier truco remotamente divertido. Podría haber traído una tercera patineta, otra de esas viejas que hoy están colgadas en la pared de mi habitación como un mero adorno, pero era muy difícil cargar con tres patinetas en moto hasta aquí.

O tal vez quería que sucediera justo lo que sucede a continuación: Willa toma la patineta del piso y la reclama como suya, dejándonos a Ali y a mí compartiendo la mía. Mi sonrisa se ensancha y Ali mantiene su gesto neutro, negándose a darme la satisfacción de reconocer mi existencia.

Si tenía dudas de que tal vez todo este encuentro haya sido orquestado por ella a través de Willa, esas dudas se evaporan enseguida. Ali no hace esfuerzo alguno en esconder su disgusto. Desde que Leo me presentó como su hermano, el tinte de interés en sus ojos se extinguió y pasó a ser un cuchillo afilado por el rencor. Parece retarme a acercarme, a testear su filo con mi pecho y la idea de que esta chica pueda cortar parece llamarme aún más.

Shelly jamás me hubiera cortado. Sus ojos de cervatillo siempre parecían invitarme a sanar. Tenía pestañas que se batían pidiendo permiso, mientras que Ali parece tener patas de araña alrededor de los ojos, telarañas colgando sobre su iris, muerte tras sus pupilas y lagrimales tapados de rencor. Ali tiene una mirada que nunca he visto y ahora, a la luz del sol, me doy cuenta de por qué me acerqué a ella esa noche.

Sus ojos me recuerdan a mí.

Quiero dar un paso hacia ella con la excusa de ser educado y saludar, quiero agacharme y robarle un beso, quiero tomar su cintura, obligarme a recordar los

manchones borrosos en mi mente, acercar su cuerpo al mío y olvidarme de Shelly, de Tino, de mis padres, de Willa que está hablándome y…

—¿Qué? —le pregunto a Willa, rompiendo el contacto visual con Ali.

—Que Ali está de un humor de mierda, pero que prometo que suele ser más simpática. Ya vas a ver cuando se suelte, a veces hasta es graciosa.

Tardo en procesar su sonrisa inocente. Sus palabras no esconden dobles sentidos, ni pullas, es solo un comentario al pasar, como si…

Oh…

Miro a Ali de reojo y ella niega levemente con la cabeza, con una tensión en sus hombros que me lo confirma: Willa no tiene idea de que ya nos conocemos y de que soy perfectamente consciente de cómo es Ali cuando se le da por sonreír.

Sé cómo baila, sé cómo canta las canciones por lo bajo mientras lo hace, cómo se ríe y cómo esa risa se enreda alrededor de tu pecho cuando eres la causa de ella, sé como el verde de sus ojos se ve entre las luces neón de una discoteca –más oscuros, como si se derritiera la escarcha que los recubre al aire libre–, sé que sus piernas en un vestido son espectaculares y que sin él lo son todavía más.

Ali traga saliva.

Sabe que todas las cartas están en mis manos, que podría abrir la boca y decir todo lo que sé, todo lo que ella sabe de mí. Y yo encuentro esta situación maravillosamente beneficiosa. Aparto mis ojos de ella, dirigiendo a Willa una sonrisa inmensa que no sirve en absoluto para tranquilizar a Ali.

—¿Ah, sí? —La burla en mi tono es veneno. Por el rabillo del ojo veo cómo se tensa, pero Willa es tan dulce, tan literal en todos los aspectos, que me sonríe y asiente.

—Sí, tiene todo un sentido del humor.

—¿No se suponía que ibas a enseñarnos a andar en *skate*? —Al fin habla. Su voz es áspera, no como si hubiera fumado, más como si hubiera gritado toda la noche. *O bailado*. El recuerdo me distrae, la idea de las miradas que me dedicó alguna vez siendo para otro revolotea en mi pecho, una mariposa con alas hechas de envidia y deseo. No es dolor, no son celos como los que me daban cuando Shelly me hablaba de sus nuevos amigos de la facultad, de ese estúpido Porter con el que tanto se juntaba a estudiar. Cuando me la imagino a Ali bailando así para otro… El deseo que me recorre no es el de evitar que suceda si no el de querer estar allí para presenciarlo, para ser parte de ello sin necesidad de deshacerme del otro.

No me reconozco en mis pensamientos.

No me reconozco frente a esta chica y la sentencia de su silencio.

—*A veces* tiene un gran sentido del humor —corrige Willa.

—Veo. —Le guiño un ojo a la rubia y mientras ella se sonroja, su amiga tensa la mandíbula. Mi sonrisa se ensancha—. Pero Ali tiene razón, tengo mucho que enseñarles y poco tiempo. —Suelto mi patineta y cae con un ruido sordo al piso. Miro a Ali directamente, como advirtiéndole que este es el momento para arrepentirse. Incluso cuando sé que no va a hacerlo. Hay una determinación en su mirada que me deja en claro que hay un motivo por el que está aquí hoy, que tiene algo que decir y yo no puedo esperar a que lo diga—. ¿Quién va primero?

Willa se anima y lo intenta una y otra vez. Mejora y avanza y me pide consejos y no le cuesta nada empezar a afianzarse sobre el *skate*.

A medida que pasa el tiempo y yo no hago más referencias a esa noche, Ali se relaja. Se ríe con alguno de mis chistes y el sonido mueve el piso bajo mis pies porque no es la risa que recordaba: es menos ronca, menos sensual y actuada, mucho más sobria. Es inevitable preguntarse cuál es la real. Ali molesta a Willa, Willa la molesta de vuelta, se ríen más. Y yo me voy dando más y más cuenta de que a pesar de que hay cosas de Ali que vi, hay otras partes de ella que jamás hubiera imaginado.

—No entiendo cómo esto te da miedo —le dice Willa—. Si te tiraste en paracaídas, todos los inviernos hacés ski…

—¿Ski? —repito, sin poder creerlo.

Ali se encoge de hombros. Es la primera interacción normal que tenemos, nada de hostilidades ni coqueteos de por medio. Sólo una pregunta honesta a cambio de una respuesta igual.

—Sólo para las fiestas. En Aspen. Igual ya no lo hago tan seguido.

Su respuesta me pincha, inyecta en mi sistema algo agrio a lo que me cuesta ponerle nombre. Me siento como si no perteneciera a esta conversación, a este plano. No puedo imaginarme una vida en la que *sólo para las fiestas en Aspen*, sea un concepto. Para mí, Aspen es el nombre de la novia de Aaron, no es un lugar que visitar. Mis ahorros tiemblan de solo pensarlo. Me pregunto qué tendrá Leo en común con estas dos chicas, con las vidas que viven, tan apartadas de cómo nosotros crecimos. Pero entonces Ali sonríe a Willa y su sonrisa es honesta y sencilla y me dice que no tiene idea de lo privilegiada que es y entiendo. Leo tampoco sabe los privilegios que tiene.

Después de todo, es la protegida de la familia.

Leo, la primera Grimmaldi en poner nuestro apellido en un título

universitario, la atleta talentosa, la inteligente y dedicada Leo. Leo, a la que le pagarían esos estudios universitarios que para mí nunca fueron una opción. Leo, que nunca trabajó porque tenía que dedicarse a estudiar, mientras yo me pasaba los veranos dividido entre cuidar de Tino y atender la tienda de papá.

Detesto la envidia que me recorre, porque si hay alguien de quien estoy orgulloso es de mi hermanita, pero a veces, sólo a veces, en momentos como este, me dan ganas de estar en su lugar; de tener un talento como el que Leo tiene para el atletismo, algo, cualquier cosa que me vuelva excepcional, que me abra puertas a todas esas cosas que ella tiene. Quiero las becas a universidades prestigiosas, quiero que mi familia esté orgullosa de mí, que crean que estoy yendo a algún lado, que no me pregunten cada dos minutos cuándo voy a sentar cabeza y a aceptar encargarme de la tienda de papá.

Ser tatuador, incluso cuando me va bien, aún cuando trabajo en *Cucú*, uno de los mejores estudios del centro de la ciudad, no es un trabajo honorable para Javier Grimmaldi. Si tuviera que elegir una sola cosa que cambiar sobre mi padre, serían los dobles estándares. O tal vez elegiría que trabajara un poco menos, que pudiera verlo un poco más a Tino, ser el padre que se supone que es.

La carcajada de Ali me devuelve a la realidad. Se mete por mis oídos y cae como un pájaro que ha recibido un disparo, dibujando espirales en el aire hasta estamparse contra mi pecho. Quiero volver atrás el tiempo para escuchar lo que sea que Willa le dijo para hacerla reír así.

Luchan dentro mío el deseo de ceder y acercarme tan descaradamente como me gustaría, y por otro lado el deseo de huir y replegarme en la costumbre de ser lo que siempre he sido. No recuerdo la última vez que alguien me gustó. De hecho, no recuerdo que *nadie* me haya gustado jamás. Nunca *me gustó* Shelly. Siempre la amé. Solo resultó que ese amor pasó de ser algo así como una hermandad, a ser… más. No hubo un punto medio, tibio, en nuestra relación. Esto, lo que sea que me pasa con Ali, la incertidumbre de querer saber más pero no saber cómo, me tienen sintiéndome como si tuviera quince otra vez y estuviera rompiendo el cascarón.

¿Sería tan malo ceder? Shelly y yo no estamos juntos, ¿verdad? Entonces, ¿por qué se siente como traición pensar así en alguien más? ¿Por qué cuando Ali sonríe se siente como un crimen creer que tiene la sonrisa más bonita que he visto? ¿Por qué me molesta que con cada segundo que pasa descubro más cosas de esta chica que *me interesan*? Ya no pasa solo por besarla y tocarla, ya no pasa por su piel o sus ojos, ni por la forma en la que se erizan los pelitos de mis brazos cuando sus ojos se clavan en mí. Pasa porque quiero saber de su vida,

quiero saber si se irá de vacaciones a Aspen la semana que viene para las vacaciones. Quiero saber por qué tiene los viernes libres y qué hace el resto de los días. Quiero saber por qué nunca le habló a sus amigas de mí, por qué se empeña en esconder todo lo que pasó esa noche.

Las preguntas empiezan a surgir una tras otra y las respuestas llegan, apenas un susurro pisoteado por las carcajadas de Ali.

Lo malo es que ya le hiciste esto a Shelly, cuando sí estaba mal. Arruinaste todo. Lo que estás haciendo es tan malo *porque ya ni tú sabes lo que quieres. Porque Shelly va a enterarse y cuando lo haga…*

No tiene por qué enterarse. Ali vino y se fue, no tiene por qué quedarse esta vez. No tiene por qué ser nada. Sé lo que quiero y sé cómo conseguirlo. La única forma de sacarme este pájaro muerto de encima es dejar que Ali meta las manos en mi pecho y se encargue del desastre que hizo conmigo. Sería un día, una noche, una sola vez más.

Ali tropieza. Está sobre la patineta y de golpe trastabilla y cae de culo contra el piso.

Y yo tardo más de lo que debería en reaccionar y ofrecerle mi mano para ponerse de pie, porque me quedo tildado en la carcajada gutural que suelta. Se ríe como si fallar le divirtiera el doble que el hecho de intentarlo y Willa la acompaña, grabándolo todo.

En lo que la rubia sale corriendo a buscar mejor señal para mandar el video a Leo, yo extiendo mi mano en dirección a Ali, que la toma sin pensar.

Su tacto es frío, tan frío que por poco me aparto.

Su risa se corta en seco, su mirada se tropieza con la mía, y esa es toda la confirmación que necesito: ella también lo piensa. Lo que sí pasó, lo que no, lo que podría pasar.

Tiro de ella para ayudarla a ponerse de pie y nos quedamos allí, helados como si nos hubieran puesto en pausa: frente a frente, mi mano en la suya, nuestros ojos negados a dejarse.

—¿Estás bien?

Asiente. Su mano está atascada en la mía, jugamos un juego implícito en el cual dejar ir es perder y así descubro algo nuevo sobre Ali: no le gusta perder.

—¿Algún tip para que eso no vuelva a pasar?

—La verdad, no estaba prestando mucha atención.

Básicamente estoy admitiendo haber estado mirando todo de ella menos su técnica, pero sus ojos me atontan y me arrancan las verdades. Sólo cuando su sonrisa asoma me doy cuenta de lo que he dicho, pero es demasiado tarde. Ali

me regala una sonrisa que no es inocente ni tensa, es la misma sonrisa que vi la noche que nos conocimos: filosa y curva como un anzuelo listo para clavarse entre tus labios y arrastrarte, dócil y calladito, directo hacia sus brazos.

Esa sonrisa despierta en mí lo mismo que las curvas cerradas en plena ruta; me sobrepasa el impulso irrefrenable de tomar velocidad y estrellarme contra sus labios.

Y creo que voy a hacerlo, que voy a besarla aquí mismo.

Doy un paso hacia ella, nuestras manos aún sosteniéndose, jugando a este juego con el tablero medio roto y las piezas al revés. Y ella se tensa y no se acerca, pero tampoco me deja ir. No me empuja ni me grita y definitivamente ya no me mira como si quisiera arrancarme la cabeza.

Al menos hasta que Willa emprende camino de vuelta hacia nosotros.

Casi automáticamente, Ali suelta mi mano, ajusta su armadura y da un paso hacia atrás.

Mira a Willa como si nada.

Comentan el incidente, se ríen un poco más.

Y yo vuelvo a ser invisible.

Pero llevo una sonrisa victoriosa en el rostro que no podría esconder ni aunque quisiera.

Es la sonrisa que llevo debajo del casco cuando voy a más de cien por hora en la ruta.

Es la sonrisa victoriosa tras dominar un truco complicado en el *skate*.

Es la sonrisa extasiada después de volver del gimnasio con el cuerpo agotado y la mente despejada.

Es la sonrisa que le doy a Tino cuando viene a mostrarme sus dibujos.

Es la sonrisa de una tarde con la agenda llena en el trabajo.

Es la sonrisa de una noche de risas y cervezas entre amigos.

Es la sonrisa de todas las cosas buenas.

Y llega a mí sólo porque Ali me ha dado lo único que necesitaba para terminar de convencerme de avanzar: me ha dicho lo mucho que quiere esto.

Tanto, tal vez incluso más que yo.

CAPÍTULO 4
Paul

Hazlo.

La voz de la impulsividad salta en mi cabeza pero la hago a un lado.

Si voy a invitar a salir a Ali tiene que ser en el momento adecuado y tener a Willa al lado es *todo*, menos eso. No necesito conocerla más de lo que ya lo hago para darme cuenta de que con su amiga en frente no va a dejarme decir más de dos palabras. Y yo tengo demasiado para decirle en este momento como para intentar resumirlo o rebajarlo o fingir que no me interesa.

Llevamos dos horas y media en la rampa y no ha vuelto a hablarme.

Pero me ha mirado, casi como si no quisiera, casi como si se detestase por hacerlo, casi como si lo necesitara con esa misma necesidad arrebatadora que a mí me deja el cerebro en blanco cuando la veo. Y sé que tengo mil cosas para decirle, pero no sé por dónde empezar para no espantarla, para no *espantarme* porque son cosas que no he terminado de aceptar yo mismo y se me congela la sangre en las venas de solo pensar en aceptarlo en voz alta.

Hay un poste de luz alto, altísimo, justo a mi izquierda, que se prende de golpe, anunciando la noche. El atardecer se arrastra sobre nuestras cabezas y tiñe el cielo de rosas y naranjas que hacen juego con los pantalones sueltos y holgados que Ali lleva puestos. El viento sopla y los hace revolverse a su alrededor, dando pistas de su silueta en la medida justa como para que al hacerlo se me escape la imaginación y se me pierda en las ideas de lo que sentiría si la pegase a mi y me abrazara con esas piernas, si pudiera poner mis manos en sus muslos y subir sólo lo suficiente para hacerle saber a dónde quiero llegar, pero nunca lo suficiente para darle lo que quiere.

Y me detesto porque incluso cuando quise obligarme a olvidarlo, cada vez que cierro los ojos veo su rostro y su piel perlada por el sudor, mechones de pelo oscuro pegados a la base de su cuello, suspiros ahogados. Un pequeño espectáculo titulado “*Lo que no mereces*”, que mi memoria me regala en cada parpadeo.

Si no dejo de pensar en todo esto, mi amigo ahí abajo va a despertarse y no sé cómo voy a explicarle la situación a Willa, que sigue hablando inocentemente a mi lado de su pequeño emprendimiento de joyería. Yo respondo con

asentimientos y sonrisas y pongo absolutamente toda mi voluntad en que parezca que presto atención, porque me he rendido con intentar prestar atención de verdad.

Mi cerebro no puede dejar de darle vueltas a Ali, a su silencio, a su ceño fruncido que mira cada dos segundos el celular. Y le llegan mensajes, muchos mensajes. Lo ha silenciado pero vibra con cada uno de ellos y yo quiero saber quién es y qué quiere y cómo puedo hacerlo parar porque Ali empieza a acumular una tensión en sus hombros que parece estar por tirarla abajo.

Willa me sonríe desde el piso, donde está agachada atándose los cordones.

—¿Cómo te ves dándonos una segunda clase?

No sé en qué momento dejamos de hablar de su emprendimiento y pasamos a hablar de *skate* otra vez, pero vuelvo a la conversación a tropezones acelerados porque mi cerebro identifica enseguida la oportunidad de ver a Ali otra vez y se tira de cabeza hacia ella.

—Lo veo muy posible.

Mis horarios de mierda no lo ven para nada posible, pero haré tiempo.

Ali se queda al márgen de la conversación, pero mientras Willa y yo hablamos de los avances que hizo hoy, de lo que podríamos intentar la próxima vez y de mi historia con el *skate* y la rampa, veo cómo sus nudillos se vuelven más y más blancos en torno al celular.

—Bueno, vamos corriendo, que Ali tiene no sé qué cosa y va a llegar tarde —dice al fin, colgándose la cartera al hombro y dándome un leve abrazo.

Sobre su hombro, al fin encuentro los ojos de Ali y no puedo evitar guiñarle el ojo para hacerla rabiar. No sé si detesta más el hecho de que Willa tenga absolutamente cero problema con entrar en contacto físico conmigo, o que yo tenga nuestro pequeño secreto en mis manos. Creo que ella tampoco lo sabe. La batalla de miradas empieza a quemarme el esternón y las llamas se extienden poco a poco abriendo un agujero negro que no tengo ni idea de cómo voy a llenar, pero Ali no cede, ni siquiera cuando dejo ir a Willa, que empieza a caminar sin mirar atrás dos veces.

Doy un paso hacia ella.

El agujero se cierra un poco, como si su cercanía pudiera combatirlo, como si al verla más de cerca pudiera encontrar respuestas a todas las preguntas que quiero hacerle y mi cuerpo lo supiera. Hay algo químico y animal en la forma en la que respondo a su cuerpo. Sigo avanzando por inercia, sin tener idea de qué voy a decirle ni de qué voy a hacer a continuación, sólo quiero que se cierre este maldito agujero.

Y lo veo en sus ojos: la lucha dentro suyo por elegir plantarse o retroceder. Enmarcados por delineador color tierra, se matan entre sí dos versiones de ella misma. Veo, en su determinación, en la predisposición de su cuerpo hacia el mío, que la Ali que conocí esa noche es una de las dos, pero de la otra no sé absolutamente nada. He visto apenas destellos de ella hoy y el otro día en la rampa, reflejos robados al sol por su sonrisa, su acidez, su carcajada. Tan cálidos que cuesta encajarlos con la meticulosidad helada de la chica que bailaba en el vestido negro con una cerveza en la mano y un cuchillo listo para clavarme escondido tras la espalda.

Cuando abro la boca para hablar, ella se tensa, se prepara para el impacto, como si supiera que tengo un arma en la lengua y quiero disparar. Pierdo las palabras y se me escapa la sonrisa.

No quiero jugar juegos con ella.

No busco engañarla, tenerla siempre en alerta.

De Ali quiero una única cosa y es simple, sólo que la cantidad de murallas entre la chica que esconde y yo son tantas y tan gruesas que diga lo que diga en este momento, no va a escucharlo. Necesito ser más inteligente, frenar a *la cosa* que quiere tirarse sobre ella y devorar su boca hasta que no le queden más fuerzas para sostener esta fachada, hasta que se llene el vacío que corre por mis venas cargando estrellas y explosiones. Necesito un plan.

Es por eso y solo por eso, porque lo quiero tanto que estoy dispuesto a esperar un poco más, que cuando Ali al fin da un paso hacia atrás, me detengo.

Niega con la cabeza, con dagas asesinas guardadas tras sus ojos. Hay un reflejo extraño cuando el sol le pega de esta manera, hace que se vean acuosos, casi al borde de derramar lágrimas, pero su expresión está tan lejos de la tristeza y tan llena de guerra que no puedo estar seguro de ello.

No dice una palabra.

Yo tampoco lo hago.

Da media vuelta y se aleja de mí, siguiendo el mismo camino que su amiga.

La dejo ir.

Y con cada paso que da, el agujero desesperado en mi pecho se agiganta y me consume, casi me traga por completo. Las preguntas de *la cosa* me bombardean una tras otra, como si no hubiera nada más importante en esta vida que arreglar esto. Porque tengo que *arreglarlo*, porque he vuelto a romper algo que estaba perfectamente bien. Se siente así, como si necesitara buscar la caja de herramientas del garaje de casa y buscar una con la forma de Ali para ajustar las tuercas sueltas de mi cuerpo.

¿Qué si la próxima vez no viene? ¿Qué si no vuelvo a verla, si Leo nunca más la trae a la pista, si nuestros caminos vuelven a desviarse y mi única posibilidad de al fin dejar de pensar en Shelly se ha ido? Hace solo cinco segundos que no la tengo en mi campo de visión y ya estoy pensando en Shelly otra vez. Necesito que vuelva. Shelly me odiaría si supiera lo que estoy haciéndole, lo que estoy pensando, lo que quiero, lo que necesito. Antes no necesitaba nada excepto tenerla a mi lado para estar bien. ¿Qué he hecho? Tal vez tengo que buscar a Shelly y pedirle perdón. En el funeral del abuelo estaba dispuesta a perdonarme. Si voy hoy, ahora y le digo que quiero intentarlo otra vez va a volver. Quiero ponerle un fin a esta galaxia que se extiende dentro mío; sus estrellas fugaces, puños de hierro reventando contra mis huesos, estallando contra mi carne, luchando por salir.

El aire se me corta.

Cierro los ojos.

Los abro.

Al lado de mi mochila deshilachada veo un suéter verde militar.

El suéter.

Mis piernas reaccionan solas, se agachan, lo buscan, lo tomo en mis manos y la tela es tan suave entre mis dedos tensos y blancos de presión, que quiero soltarla pero no puedo.

No puedo.

No puedo.

No puedo dejarla ir así como así.

¿A Ali? ¿A Shelly?

No lo sé, no me importa. Sólo quiero que vuelva.

Y como si mis deseos fueran órdenes, Ali aparece en mi campo de visión.

El aire vuelve a mis pulmones, una ventisca se arremolina en mi esternón y me devuelve el control de golpe. No recuerdo en qué pensaba ni quiero recordarlo. Solo quiero asegurarme de que no volverá a suceder.

Marcha en mi dirección.

Se mueve con una gracia que me arranca una sonrisa estúpida. Se mueve como si bailara incluso cuando sus ojos echan fuego.

Se planta frente a mí y sólo con eso me siento de vuelta en eje.

—Eso es mío.

Y me habla.

Cuando intenta arrancarme su suéter de las manos, lo escondo detrás de mí.

Mi sonrisa crece. Sus facciones se amontonan en su rostro, la tensión

empujándolas. Y me divierte tanto hacerla rabiar que casi no siento el ritmo desbocado de mis latidos bajo mi cuello, en mis muñecas, contra mis oídos.

—Cuando te conocí estabas de mejor humor. ¿Necesito invitarte a tomar una cerveza para que vuelva esa Ali? —Las palabras salen solas, hambrientas de más, de cualquier cosa que la chica de los colores en el pelo esté dispuesta a darme. Incluso si es una tonelada de insultos.

Ali traga saliva. Yo me pierdo en las curvas de su cuello, la línea agresiva de su mandíbula.

—De eso venía a hablarte.

—¿Así que me adelanté a tu propuesta? No pasa nada, te dejo invitar la primera ronda, yo invito la segunda. El día que quieras, a la hora que quieras. Me contó un pajarito que tienes libres los viernes.

Ni mi chiste ni mi guiño le hacen gracia. Inhala con tanta fuerza que se entrecorta cuando suelta el aire, pisando sus propias palabras.

—Olvida esa noche.

Hago un puchero.

—¿Pero qué gracia tiene eso? Me gusta muchísimo pensar en esa noche.

Ali suelta una risa incrédula, ácida, que se desliza por mis oídos como veneno. Quiero preguntarle qué significa esa risa. Quiero conocer lo que todas sus risas dicen. Quiero hacerla reír de verdad. ¿Por qué parece odiarme un poco más con cada palabra que digo? La sonrisa en mi rostro no flaquea, pero empiezo a darme cuenta de que la actitud de Ali tal vez no haya sido un mero acto de *hacerse la dura* conmigo frente a sus amigas. Empiezo a creer que hay algo en todo esto que me estoy perdiendo. Y no me gusta estar perdido.

—Mira, Paul —mi nombre en sus labios pretende desmotivar, ser hiriente y sarcástico, pero cuando lo escucho siento cada una de las letras que tantas veces he usado volverse verdaderamente mías, como si volvieran a su lugar—, no sé qué pretendes —intento hablar pero levanta una mano y mi cuerpo obedece como si su voluntad fuera sagrada—, ni me importa, porque no me interesa tomar nada contigo, ni hablarte, ni verte. ¿Entendido?

—¿O sea que nos vemos mañana? También estoy libre hoy a la noche pero me parece un montón…

—¿Eres idiota? —todo lo dice en un susurro, como si temiera que alguien nos escuchara y asumiera algo erróneo… o algo completamente cierto.

—Sólo cuando me conviene.

Veo el momento exacto en el que mi respuesta la tienta a reír, la forma en la que la descoloco y se recompone enseguida, queriendo negarme la electricidad

que hay entre nosotros en este instante, negarme que estamos cerca, más cerca de lo que alguien que no quiere tomar nada conmigo, ni hablarme, ni verme, se permitiría estar de mí.

—Necesito que dejes de actuar como si me conocieras y que dejes de perseguir a Willa con propuestas estúpidas, y que dejes de sonreírme como si… como si…

Esto se está poniendo interesante.

—¿Como si qué?

—Sólo deja de hacerlo.

—Siento que me estás pidiendo mucho y dándome pocas explicaciones, ¿no te parece?

—No tengo por qué darte explicaciones. Deja de actuar como si nos conocié…

—Ese es el tema. No te conozco. Quiero conocerte, por eso la cerveza. ¿Qué te parece…?

—¿Es que no entiendes?

—Entiendo todo lo que dices, pero también entiendo que si me inclinara cinco centímetros más podría darte un beso y eso es increíblemente perjudicial para mi concentración. —Ali intenta alejarse, pero pongo una mano en su cintura para evitarlo y sigo hablando. Es solo un toque y si quisiera, si verdaderamente quisiera y no sintiera la forma en la que las estrellas fugaces se calman cuando entramos en contacto, podría alejarse. Pero no lo hace. Me desafía con la mirada. *Hazlo*, me dice una de las chicas que se esconde en su mirada. *Detente ya mismo,* ordena la otra, apareciendo enseguida. Y no importa qué tanto *yo* necesite hacerlo, no pienso dar un paso más hasta que cada una de las voces, músculos y nervios de su cuerpo estén rogando que lo haga—. Así que, ¿por qué no le pides a tu cuerpo que se alinee con el discurso de mierda que me estás dando?

Hace un sonidito incrédulo que me distrae llevándome a imaginar la cantidad impensable de sonidos que pueden emitir sus labios. No me doy cuenta de lo que está por hacer hasta que me da un empujón que me hace trastabillar un par de pasos hacia atrás.

—Vaya idiota engreído.

—Ahora sí empezamos a conocernos. —Acompaño mi respuesta con un guiño.

Y ella amaga con darse media vuelta e irse, pero no puedo dejar que esto quede así. La tomo por la muñeca, haciéndola volver hacia mí. Incluso cuando

me encantaría mandarla a su casa con la cabeza hirviendo y pensando en mí, tengo mis propias preguntas.

—¿Por qué? —Es difícil hablar con la sensación de su piel desnuda contra la mía, me cosquillea el cuerpo entero, me pide a gritos darle el mismo lujo a cada parte de mí. Pero por el momento sólo mis dedos pueden tocarla—. ¿Por qué odias tanto la idea de que sepan que tú y yo…?

—Porque no es de su incumbencia. Y no sé a quién le dijiste, pero…

—No le dije a nadie. —Creo que es la primera vez en toda esta conversación que estoy serio. Quiero que me crea, quiero que sepa que puede confiar en mí, pero a ella no le alcanza. Ignora completamente lo que digo.

—...pero no necesito que llegue a Leo.

—¿Leo? —Es inevitable reírse—. ¿Qué tiene que ver en todo esto?

—*Todo esto*, no existe.

—Ah, genial. Ahora estamos haciendo como que no pasó nada.

Su ira es mi única respuesta.

Podría acusarla de ser infantil, de ser cobarde, todo esto que dice podría ser el motivo que necesito para alejarme y darme cuenta de que esta chica no merece el esfuerzo, pero lo único que hace es atraerme más. Porque quiero entenderla. No dice estas cosas como si no importaran, no las dice como si fueran un capricho, no las dice como si tuviera un novio del que esconder la electricidad que se mueve en el espacio entre nuestros cuerpos, que pasa entre nuestra piel. No, Ali lo dice como si no pudiera tolerar un mundo en el que la noche en la que nos conocimos sucedió, como si el pánico en sus ojos fuera a superarla si aceptara la realidad, si se permitiera reconocer que me ha mirado a través de ojos caídos y atrayentes. Hay algo en ella, cada vez que menciono el pasado, que se paraliza, que quiere enterrarse y se niega a aceptar esa noche.

Me gustaría recordarla mejor, pero hay lapsos y baches negros en mi memoria. Es un avioncito de papel que se desplaza por el aire y nunca puedo alcanzar, se van los detalles, pero quedan atrás, entre mis dedos, cosas que no puedo olvidar: el bar, su sonrisa, la música, ojos como arañazos verdes, un vestido corto, piernas largas, cercanía, piel, piel, piel, auto, calle, una cama, Shelly, el miedo, *la cosa*, piel, piel, piel, verdad, soledad, negrura. Sé por qué esa noche no es algo que yo quiera revivir por completo, pero no entiendo por qué ella parece negarse a intentar otra vez todas las partes que sí salieron bien. *Más que bien*.

Era la chica más triste del bar.

El recuerdo me sacude.

Esa noche, cuando la vi, todavía no estaba bailando. Estaba en la barra, sentada con una cerveza en la mano y una pena tan oscura como si el mar le hubiera robado y ahogado las sonrisas que una chica así debería llevar consigo. Eso pensé: la vi y pensé que se veía como una chica que había visto su sonrisa ahogarse.

Pero el recuerdo queda ahí.

Porque después de eso empezaron mis propios tragos, mis propias pérdidas y la chica de las sonrisas ahogadas quedó olvidada.

Ali debe ver mi distracción, porque usa ese instante para arrebatarme el suéter que mi mano libre mantenía todavía oculto a mis espaldas. Se lo lleva. La dejo.

¿Cómo había olvidado a la chica de las sonrisas ahogadas? ¿Cómo, cuando recordaba tan bien a la chica que después había visto bailar, mismas facciones, mismo cabello infinitamente largo?

—No vuelvas a buscarme, Paul. —No es una pregunta. Y de golpe, ya no me siento con ánimos de desafiarla. Pero la realidad en la que vivimos no es la realidad que queremos si no la que nos toca y en esa realidad su mundo y el mío están tan cerca que se rozan a medida que construímos nuestras vidas. Se me pone la piel de gallina cuando pienso en lo que hubiera sucedido si Leo nos hubiera puesto antes en el camino del otro.

—¿Y si te encuentro por casualidad? —pregunto, aflojando el agarre, comprometido con demostrarle que si es de verdad lo que quiere, puedo rendirme. Ali da otro paso hacia atrás, y mi mano queda vacía, pero inerte en el espacio entre nosotros, como si no pudiera renunciar del todo a la idea de tocarla.

—Las casualidades no existen.

Ali se da media vuelta y se va.

No vuelve a mirarme por sobre el hombro.

Me deja allí plantado, con un montón de dudas y todavía más ganas de correr hacia ella, preguntarle qué le pasó esa noche a su sonrisa, si la pudo recuperar, si siquiera lo intentó.

Creo que Ali se va pensando que le ha puesto a esto el punto final, pero yo creo que solo ha abierto un signo de pregunta y me conozco lo suficiente como para saber que no soy el tipo de persona que puede limitarse a quedarse con la duda.

CAPÍTULO 5
Paul

Hay tres tipos de días en el trabajo.

Los días vacíos, en los que nos cancelan varios turnos a último momento y terminamos haciendo nada, charlando y matando el rato a la espera de que llegue alguien de imprevisto a darnos algo que hacer.

Los días ocupados, en los que apenas tengo tiempo para almorzar algo entre turnos.

Y los días que puedo llevar a Tino al trabajo. Estos son los menos frecuentes, pero siguen siendo mis favoritos. Tengo la suerte de trabajar en un lugar que, si bien tiene muchas agujas y cosas que definitivamente no son lo más seguro para un niño de seis años, entiende que a veces no tengo la opción de dejarlo con nadie más. Además, mis compañeros adoran a Tino.

Sin embargo, hoy es un día ocupado. Y no ocupado divertido, si no ocupado agobiante, porque tanto Jack como Liam están enfermos y yo tengo que cubrirlos a los dos. Pero mi hermana parece negada a entenderlo.

Saco la taza favorita de Tino del estante: tiene un dinosaurio verde sonriente y el asa está tallada como si fuera su cola. La pongo en la mesada y luego busco el azúcar.

—Leo, necesito que me hagas este favor. Y necesito que sea hoy, no mañana, ni pasado. *Hoy*. —Intento que suene como algo que ya está decidido y no como el ruego que es.

—Están por arrancar los exámenes y estoy enterrada en tarea y en trabajos. Encima tengo que avanzar con la monografía y quedé con Ashford en la biblioteca. No puedo ir hoy a casa, no me dan los tiempos. —Del otro lado de la línea, mi hermana suena tan afligida que casi termino por ceder, pero no puedo. Realmente hoy no puedo. La estoy llamando desde la cocina, donde me encuentro abriendo y cerrando todas las putas alacenas porque no encuentro en ningún lado el polvo para hacerle la chocolatada a Tino. En una hora y media tengo que estar en el trabajo y definitivamente no tengo tiempo para discutir las prioridades de mi hermana.

Ese es el problema de Leo. Nunca tiene tiempo para nadie excepto para ella y en esta casa nunca se le ha exigido que lo haga. Porque a Leo hay que dejarla

descansar, que tiene que entrenar temprano, porque a Leo hay que dejarla estudiar, que tiene que tener un buen promedio para entrar a la universidad, porque a Leo hay que dejarle los fines de semana libres para que pueda competir porque tiene que conseguir una beca, porque a Leo no hay que cargarle la cabeza con los problemas de la casa, que ya bastante presión tiene con la universidad. Siempre hay un motivo por el cual no se puede recurrir a Leo. Y no importa cuánto la amo, la entienda y se me rompa el corazón por el esfuerzo que está haciendo, no puedo permitirme seguir así.

Desde la muerte del abuelo, no tengo a nadie que cuide de Tino cuando estoy en el trabajo. Y la semana pasada mamá y papá se apiadaron de mí, se permitieron contratar una niñera que pudiera venir a cuidar de él, pero desde que sugirieron la idea supe que no iba a durar toda la vida. No podemos pagar eso. No podíamos pagarlo la semana pasada tampoco, pero Leo no se entera. Viviendo en el campus de la universidad los problemas de esta casa, de esta familia, le son más lejanos que nunca. Ella solo se encarga de traer buenas notas y entrenar y a cambio vive en su departamento en el campus y recibe un depósito de dinero todos los meses para pagar todo lo que pueda llegar a necesitar. A veces me gustaría tomarla por los hombros y sacudirla hasta acomodarle las ideas, hasta que entienda que no es justo para nosotros desvivirnos para que ella lo tenga todo.

Pero luego vuelvo a la realidad y sé, sé en el fondo de mí, que ser Leo no es tan fácil, que he visto las bolsas bajo sus ojos, la sonrisa que finge para todos nosotros cada vez que pisa esta casa, el hambre ansioso con el que devora la comida, la forma en la que se pierde en las conversaciones porque está tan cansada que no puede concentrarse. Y me doy cuenta de que no puedo hacer nada para ayudarla, porque cada vez que saco el tema, cada vez que intento que me hable, cierra todas las puertas de su pequeño mundo y hace chistes hasta que el problema queda olvidado y todos podemos volver a fingir que estamos perfectamente bien.

Pero no puedo fingir hoy.

—Son sólo un par de horas. Vienes, lo traes a Ashford y se sientan aquí a hacer la maldita monografía. —No sé si me encanta la idea de que Ashford y mi hermana estén en casa sin supervisión adulta. Por la forma en la que se miran, tal vez incluso prefiero que Tino se quede solo. Siempre puedo dejarle la comida para calentar lista en un tapper. Es un chico tranquilo, no necesita tanto cuidado de…

Sacudo la cabeza.

Tiene seis años, por dios, ¿en qué estoy pensando? Tengo que dejar de delirar. Leo es adulta y lo que haga o no con Ashford no es mi problema.

—El viaje hasta…

—El viaje hasta casa en auto es apenas de una hora y Ashford maneja.

El muy cretino tiene demasiadas cosas a su favor.

No es mi problema.

Me lo repito e intento no reventar el celular que tengo en la mano.

Me recuerdo que es el mismo chico que llevó a Leo al hospital a ver al abuelo cuando lo internaron después del ACV. Es el mismo chico que se quedó tres horas esperándola en las demasiado incómodas sillas de la sala de espera, el chico que le dio un beso en la frente como si mi hermana estuviera hecha de cristal. Y recordar todo aquello ayuda.

Un poco.

—¿Qué es tan importante que tienes que hacer *hoy* sin falta? —pregunta.

Y a mí me tienta la idea de decirle que mis dos compañeros de trabajo están enfermos con una gripe que los tiene postrados en una cama. Me tienta decirle que si bien no me da la vida para de verdad cubrir los trabajos de todos, me ofrecí a hacerlo porque necesitamos ese dinero para pagar la niñera que contratamos para Tino la semana pasada, lo necesitamos para comprar los materiales que necesito para arreglar el agujero de la escalera de una buena vez, para pagar la cuota de su maldita universidad, porque ahora que no tenemos la pensión del abuelo para ayudar a pagarla, ni siquiera la beca que se ha ganado va a salvarla.

—¿Tengo que tomarme tu silencio como que el tan misterioso tema que tienes que tratar tiene que ver con una chica *otra vez*?

Si tan solo supiera que la única chica que ocupa mi cabeza en este momento es su mejor amiga, la sonrisita que escucho en su tono desaparecería en un instante. Pero es otra cosa que no puedo decirle. Porque no le incumbe, porque mi hermana vive en un mundo en el cual los chicos y los romances y las notas universitarias son lo único que importa y yo vivo en el mundo real donde necesito hacer dinero para sostener su burbuja.

Y la amo. Amo tanto a Leo y me da tanto orgullo lo que está haciendo, el talento que tiene, la determinación con la que sigue sus pasiones, que no me es difícil callarme la boca y dejarla creer que la mayor de mis preocupaciones es una chica. Se merece un mundo en el que pueda vivir *su* vida. Y si la vida que quiere es ir a la universidad y competir, es mi trabajo hacer lo necesario para que lo tenga porque ni en un millón de años la condenaría a vivir esta vida

alternativa en la que todo el mundo tiene que estar por delante de ella misma.

—¿Vas a cuidar de Tino hoy? —insisto, justo en el momento en el que encuentro la chocolatada en el último lugar en el que debería estar.

Ella suspira.

—Déjame escribirle a Ashford. Si él puede llevarnos, sí.

Rezo porque el chico se gane este punto a favor. Y a la vez lo odio porque si lo hace realmente no voy a tener motivos para detestar la forma en la que mira a mi hermanita.

—¡Paul! —La voz de Tino me llega desde el living apenas cuelgo la llamada con Leo— ¿Y la chocolatada?

—¡Estoy en eso, malcriado! —respondo sin poder evitar sonreír.

Escucho sus pasitos acercarse a la puerta de la cocina, donde se me queda mirando con el ceño fruncido y la cabeza inclinada hacia adelante, todos sus rulitos cayéndole en la cara. Tengo que llevarlo a cortarse el pelo antes de que se agarre piojos en el jardín. Lo agrego a la lista mental de pendientes interminables.

—¿A qué viene esa cara? —pregunto.

—A que no soy un malcriado.

—Eso es lo que diría un malcriado.

—El abuelo nunca me llamaba malcriado.

Mis manos, que estaban ocupadas revolviendo la chocolatada, se detienen de sopetón y en mi pecho explota una bomba de melancolía, todas las lágrimas que no puedo soltar se congelan, vuelan por los aires como piedras afiladas y terminan clavadas en mis costillas.

—Tino… —Dejo la chocolatada en la mesada y me arrodillo frente a él, tomándolo por los hombros.

—Y la chocolatada del abuelo era mucho más rica que la tuya.

—Eso es cierto.

—Y no me divierte jugar al Monopoly sin él.

—Lo entiendo.

Lo entendía más de lo que me gustaría. Yo también sentía esa ausencia los sábados. Me sentía como si estuviera viendo nuestra pequeña familia encogerse frente a mis ojos y no pudiera hacer nada al respecto. Primero Leo yéndose a vivir al campus de la universidad, demasiado ocupada estudiando y entrenando como para venir a cenar y jugar al Monopoly como solíamos hacerlo, luego el

abuelo, un ACV nos lo arrebata como si nada. Y con su partida papá está cada vez más ausente. Si antes estaba poco en casa, siempre trabajando, siempre preocupado, ahora apenas lo veo. Y cuando lo veo, está sentado en el sillón del abuelo, con la televisión prendida pero sin ver nada, acariciando el cuero viejo como si con eso fuera a revivirlo.

—Yo también lo extraño.

—Me dejaba hacer trampa.

Me río. Lo abrazo. Siento el picor de sus rulitos bajo mi nariz cuando entierro la cara en su pelo, porque necesito ese confort, esa calma, esa inocencia.

—Lo sé, a mí también.

Tino se distrae inmediatamente de su pena.

—¿Qué? ¿Hacías trampa? —La acusación en sus ojos sería cómica si no estuvieran húmedos de lágrimas… y si no acabara de aceptar que él también lo hacía.

—Tino, creo que es hora de que sepas que todos hacíamos trampa en el Monopoly.

—Leo no…

—Eso es porque Leo es una aburrida que sólo sabe seguir las reglas.

Tino se ríe, el dolor sigue de largo, no se instala en sus facciones.

He aprendido a manejar estas situaciones con él, a abrazarlo cuando llora, a leerle un cuento para que se calme cuando extraña demasiado o se frustra con sus tareas. Me pregunto qué haría papá en esta situación. Sé que mamá está aquí para Tino, sé que lo cuida por las noches, que lo elige siempre que tiene un tiempo libre, que lo consuela y lo conoce y lo malcría tanto como yo. Pero, ¿papá sabe que cuando Tino va al parque siempre hay que llevarle los dinosaurios de peluche que le regalaron los amigos para su cumpleaños? ¿Sabe que le gusta la chocolatada con dos cucharadas de azúcar o que le aburren de sobremanera las pelis que no son animadas? ¿Sabe que Tino también extraña al abuelo?

Pienso en mi infancia, en lo simple que era tener la atención de papá porque era hijo único, porque era todo lo que él y mamá siempre habían querido, en que incluso cuando comían poco y tenían hambre siempre había comida para mí en la heladera. Pienso en lo doloroso que fue ir perdiendo esa atención, crecer, convertirme en un depósito de responsabilidades. No sé cuándo o cómo pasó, pero recuerdo esas primeras veces que preguntaba si iba a haber merienda y papá me contestaba que sí, que tenía que hacérmela, que mamá estaba demasiado ocupada con Leo como para encargarse y que él tenía que trabajar. En algún

momento dejó de estar y ya no pude preguntarle a nadie si estaba lista la chocolatada, así que empecé a encargarme de hacerla solo. Y poco a poco empecé a hacerlo todo así. Solo. Pero yo al menos tuve a papá un tiempo. Recuerdo que jugaba conmigo, que de a ratos se acercaba y veíamos una peli o me llevaba al local y me enseñaba cómo armar y desarmar microondas y electrodomésticos. Tino no tuvo nada de eso. Nació y papá ya tenía demasiadas frustraciones en la cabeza como para enfocarse en todo lo que Tino tenía para dar.

—Eh, eh, no te rías tanto de tu hermana que varias veces te ganó y sin hacer trampa —digo de forma burlona.

—Tengo *seis* —suelta, como si fuera lo más obvio del mundo.

—Excusas de perdedor. —No lo dejo responderme, me pongo de pie y le tironeo el pelo en broma hacia la puerta de la cocina—. Ve, trae tu cuaderno que si haces toda la tarea antes de que me vaya, cuando venga Leo en un rato tienes permiso para ver una peli. —Él sale disparado, así que tengo que gritar para que me oiga—. ¡Y no corras en las escaleras que siguen rotas!

Es demasiado tarde.

Antes de terminar la oración, escucho el golpe seco y el inicio de un llanto que me hace salir corriendo detrás de él. Sé, apenas lo veo —sentado en la escalera sosteniéndose la rodilla—, que es solo un raspón, y mi corazón tropieza consigo mismo intentando volver a su ritmo normal. Por un segundo, un ínfimo instante, se detuvo, pensando en lo que pasaría si no fuera solo un golpe, si tuviera que salir corriendo al hospital o a la farmacia, o peor…

Pero Tino llora sólo hasta que limpiamos con agua la rodilla y la cubrimos con una curita de autitos. Y todo está bien.

Lo veo hacer la tarea, quejarse y rezongar, y me lo repito sólo por las dudas:

Todo.

Está.

Bien.

Llevo toda la semana pensando en el destino.

La palabra *casualidad* es de esas palabras que significan una única cosa. No tiene ni sinónimos, ni derivados, ni cualquier otra variante que pueda hacer borrosos los límites de lo que define.

Casualidad: Combinación de circunstancias que no se pueden prever ni evitar.

¿Qué quiso decir Ali cuando dijo que las casualidades no existían? Porque desde mi punto de vista, todo lo que hacemos no es más que una casualidad. Uno puede elegir su futuro sólo hasta cierto punto. Nadie elige la muerte, nadie elige el amor ni el sufrimiento que implica, nadie elige a conciencia que las cosas se rompan, se pierdan o se olviden. Puedes dedicar toda tu vida a tener el jardín perfecto, regando las flores, sacando los yuyos, cuidando los brotes nuevos, removiendo la tierra, podando rama por rama para darle la forma indicada, y aún así, sólo requiere una tormenta, una inundación, una sequía, para destruirlo todo. Si algo he aprendido en la vida es que las casualidades existen y Ali ya debería saberlo.

Esa noche en el bar coincidieron tantas casualidades que es imposible no pensar en ellas como una burla a lo imposible. ¿Qué chances había de que la chica de la sonrisa ahogada, Ali y la mejor amiga de mi hermana fueran la misma persona? ¿Qué chances había de que esa noche nos viéramos, nos buscáramos y nos encontráramos? ¿Qué chances había de que nos volvamos a encontrar no un día, no una semana, no un mes, sino cuatro meses después en la rampa? Ali, la única chica en todo este tiempo que había conseguido despertar algo en mí lo suficientemente fuerte como para hacerme olvidar a Shelly, llegando justo cuando más necesitaba un recordatorio de los motivos por los que debía ser fuerte. ¿Qué chances había de *eso*? Ninguna, nulas, absolutamente cero.

Y sin embargo, todo pasó.

Entonces, si Ali no cree en las casualidades, me veo obligado a pensar que cree en el destino. Porque si las casualidades no existen no hay otra explicación para que esto haya sucedido. Así llegó a mí esta palabrita venenosa: *destino*. Y la busqué, porque entenderla tal vez podría haberle sacado el encanto, pero no lo hizo. Saber qué es el destino sólo lo empeoró todo.

Se puede definir al destino como un *encadenamiento de sucesos considerado como necesario y fatal.*

Necesario y *fatal*.

Siento las dos palabras atadas a mis tobillos como un par de grilletes oxidados que me muerden la piel con cada paso que doy. Llevo siete días moviéndome así, arrastrando el peso de esas palabras conmigo a donde sea que voy.

Necesario y fatal.

La cosa ha agarrado estas dos palabras, las ha empuñado contra mí y no pierde oportunidad de hacerme saber que hay algo en todo esto que parece obra

del destino, que Ali es algo que quiera o no volverá, algo *necesario*, para que las cosas cambien, incluso si ese cambio puede ser fatal.

Así que ya no la busco. He quedado con Willa para clases de *skate* pero fue un jueves, específicamente porque sabía que Ali no podría ese día. He hablado con Leo y cuando me mencionó a su amiga cambié de tema. Estoy haciendo todo lo posible, me estoy desviando de todos los caminos que llevan a Ali, estoy escapando a las casualidades. Porque me he convencido a mí mismo de que Ali tiene razón y estas son prevenibles, pero el destino no lo es.

Creo que es por eso que cuando la puerta del estudio de tatuajes se abre, me tomo mi tiempo antes de mirar. Creo que por eso cuando la veo no me sorprendo. Creo que por eso no puedo evitar sonreír.

Porque cuando Ali entra por la puerta, con su camperón ajustado contra el frío y el pelo enmarañado por el viento, yo sé que he cumplido con mi palabra. No la busqué.

Pero ella vino a mí.

Y cuando el destino se planta en tu cara y te golpea, es difícil decirle que no.

La campanilla suena sobre su cabeza.

Es una campanilla antigua, pero en medio de las luces de neón y los diseños dibujados en las paredes, le da un toque vintage al lugar que combina perfectamente con el mostrador de roble y la madera oscura de los estantes.

Ali, a su manera, también combina con la estética del lugar. Tiene un millón de piercings plateados en las orejas, tantos que me resulta imposible contarlos a simple vista, y lleva una falda color rosa viejo que se arrastraría por el piso de no ser por los cinco centímetros de altura que le agregan las botas que lleva puestas. Lleva la misma campera marrón que tenía en la pista, empiezo a darme cuenta de que debe ser su campera comodín, como la de cuero negra lo es para mí. Su apego a esa campera amplía aún más mi sonrisa, me hace sentir que sé algo más sobre ella, que incluso sin hablar cada vez somos menos desconocidos.

Me muero de ganas de decir algo, de revelar mi presencia detrás del mostrador, pero me contengo porque así puedo deleitarme con los pocos segundos que me quedan de ver a Ali tal y como es cuando cree que nadie la ve. Se mueve con esa soltura que al principio asocié con las bailarinas, pero que después de un comentario que hizo en la rampa, descubrí que se le ha dado hacer yoga. Se saca la campera y sus brazos parecen hechos de agua. Mira alrededor y la incertidumbre en sus ojos me enternece, la delata como delata a tantos otros:

Ali puede tener una tonelada de metal incrustado en las orejas pero hoy ha venido a por un tatuaje y su cara deja en claro que es el primero.

Y yo tendré el honor de ponerlo en su piel.

Un shock de adrenalina me recorre. Mis manos nunca han estado tan ansiosas por ponerse a trabajar.

Primero observa las paredes grafiteadas, con diseños de tatuajes –algunos míos, alguno de mis compañeros– estampados en ellas, el display de piercings hace que la tentación reluzca en su mirada, y en todo este proceso la galaxia que retengo y que había vuelto al silencio en su ausencia, se llena de estrellas que colisionan, se prenden fuego, caen de sus órbitas, en busca de su atención.

Hasta que la obtengo.

Hice bien en mantenerme callado.

El impacto la golpea, sus labios se entreabren, su cuerpo se detiene y su atención es completamente mía. Ya no le interesan los detalles arquitectónicos del lugar, no le interesa el pasillo frente a ella, que se extiende a diferentes estudios de trabajo. No hay una sola parte de su cuerpo que no esté atenta a mí y me deleito con la forma en la que absorbe mi cuerpo, mis brazos expuestos por la remera manga corta, el montón de tinta que se arremolina sobre ellos, metiéndose bajo mi remera, asomando otra vez debajo del cuello en V. Se detiene allí un segundo demás, en el tatuaje de mariposa: el tronco del animal se extiende por mi tráquea y sus alas abrazan como una horca mi cuello. La noche que la conocí, ese tatuaje no existía. Las dos veces que nos vimos en la rampa, llevaba una bufanda. Sus cejas se alzan y me sorprendo porque es la primera reacción a ese tatuaje que no parece decir *este chico va a arrepentirse de lo que le está haciendo a su cuerpo*. Hay un destello que no consigue esconder lo suficientemente rápido, que salta de ella a mí y que hace hervir mi esternón como si me hubieran encastrado allí una brasa encendida; su calor se extiende bajo mi piel, me hace sentir tan consciente de cada centímetro de mi cuerpo que me siento como un jugador externo en esta guerra.

—¿Qué haces aquí? —Las palabras le salen ásperas, como si las hubiera forzado a salir demasiado pronto, como si necesitase un vaso de agua helada para combatir el calor que hace de pronto en el pequeño espacio que hay entre nosotros.

Y a pesar de que sé que el espacio es chico —tal vez *porque* lo sé— rodeo el mostrador y me paro adelante, dejando menos de un metro entre nosotros.

—Creo que yo debería estar haciendo esa pregunta. ¿Qué pasó con “no me busques”? ¿O eso solo aplicaba a mí?

—Yo no… —Sacude la cabeza—. Yo no te busqué. Tengo turno para hacerme…

—Tu primer tatuaje.

—¿Y cómo sabrías si no tengo otro?

—Porque no lo he visto, y porque entraste con una cara de pánico para morirse.

Ali rueda los ojos y amaga a darse media vuelta en dirección a la puerta.

—¿No era que las casualidades no existían? —Mi pregunta la hace frenar en seco. Llevo tanto tiempo queriendo saber qué respondería a esto que su silencio me decepciona más de lo que debería—. Entonces, ¿cómo explicas esto?

Ali se encoge de hombros, no me mira.

—Mala suerte.

—*Destino*.

En cuanto la corrijo, suelta una carcajada. Esto, al parecer, sí me hace digno, porque al fin vuelve hacia mí. Agradezco estar medio recostado contra el mostrador a mis espaldas, porque mis rodillas se aflojan ante el sonido genuino de su risa y caerme de bruces contra el piso hubiera dado todo menos la imagen que quiero darle a esta chica. Yo no soy así. No soy el chico que se sorprende con una risa, ni que nota que siempre usa la misma campera, ¿o sí?

Tal vez lo soy.

He visto a alguna que otra chica desde que corté con Shelly. Lo que pasa es que a ninguna la vi dos veces, ninguna hizo ni un octavo del desastre que Ali ha hecho conmigo desde que volvió a aparecerse en la rampa. Todas esas chicas eran absoluta y completamente perfectas de una manera única que me detesté por no haber sabido apreciar. Divertidas, bellas, inteligentes. Pero Ali tiene algo que no conozco, algo que creo que ni ella conoce, prendiéndose fuego dentro suyo, largando humaredas que ruegan auxilio. Y yo no quiero auxiliarla, sólo quiero acercarme a la chica que destila vida incluso cuando la están prendiendo fuego, cuando le han robado la sonrisa. Incluso cuando pretende esconderlos, sus sentimientos se filtran entre los paréntesis que rodean su sonrisa, entre sus cejas, sobre el puente de su naríz y la tensión explosiva de su mandíbula. Tal vez sí soy el tipo de chico al que se le aflojan las rodillas cuando se trata de una chica como ella.

—¿Vas a intentar convencerme de que estamos predestinados? —la burla en su voz es tajante, pretende hacer daño, pero solo consigue ensanchar mi sonrisa —. Voy a admitir que nunca había visto a nadie intentar conseguir un polvo con ese truco.

—¿Quién habló de un polvo? ¿O de trucos?

—Adiós, Paul.

Ni siquiera se me ocurre mencionar que si tenía turno, es porque pagó una seña, que al irse estaría tirando ese dinero a la basura. No le digo que este es uno de los mejores estudios de la ciudad ni que va a llevarle mil años conseguir otro turno en un lugar con este nivel de prestigio. No le digo ninguna de esas cosas lógicas, porque tengo tantas ganas de probar mi punto, de conseguir una reacción por su parte, que sólo soy capaz de decir idioteces.

—No crees poder contenerte.

Una vez más, consigo que frene antes de que se vaya.

—¿Contenerme?

—Si estamos tú y yo solos en una habitación y te toco, porque para hacerte un tatuaje voy a tener que hacerlo, no crees poder contenerte. Entonces huyes.

—Tienes la autoestima demasiado alta.

—Nunca dije que no fuera mutuo.

—¿Tienes la costumbre de arrastrarte por cualquier chica que se te cruza?

—Sólo si la chica lo vale.

Mi respuesta la descoloca. Creo que una parte de ella espera que en cualquier momento confiese que todo esto me da igual, que me aburre, que lo deje ser. No creo que sepa que de verdad quiero esto y ya no sé cómo hacérselo entender.

—Vamos, ¿Qué tienes que perder? Si las casualidades no existen y el destino tampoco, todo queda en tus manos, ¿no? Y tú seguro que *nunca* permitirías que esto se te fuera de las manos.

Y la veo. Incluso antes de que empiece a caminar hacia el pasillo, veo la determinación en su rostro. Va a hacer lo que sea necesario para demostrarme que en efecto, nada de esto puede llegar a ella. Sólo que no sabe que yo estoy todavía más decidido a ayudarla a darse cuenta de que hay mil motivos por los que vale la pena dejarse convencer de lo contrario.

Somos solo nosotros. No creo que haga falta decírselo. Se ha dado cuenta.

La música que suena en los parlantes es lo único que llena nuestro silencio mientras preparo el stencil en la tablet. El diseño que ha elegido es simple, pero original. Quiero preguntarle quién lo diseñó, porque no parece hecho por ninguno de mis compañeros. De hecho, parece perfecto para el estilo de tatuaje que yo me dedico a hacer.

Es un círculo que encierra un atardecer sobre una casita pequeña, rodeada

por árboles muertos. El detalle no se me escapa. Quiero preguntarle por qué los árboles que pide que dibuje no tienen una sola hoja. Hay algo abandónico en la postal que quiere tener el resto de su vida en la piel y yo quiero saber por qué querría recordar el invierno cuando el verano es tanto más hermoso. Quiero saber qué significa para ella, porque cuando me muestra el diseño desde el celular y me explica los detalles, noto que está teniendo un millón de pensamientos secundarios, que no podría tolerar que esta imagen quedase diferente a lo que ella necesita que sea, porque no le da lo mismo.

Cuatro años trabajando como tatuador te enseñan a diferenciar a las personas que vienen por un dibujo bonito de las personas que vienen porque temen olvidar algo y necesitan un recordatorio eterno en la piel.

La impresora termina con el stencil. Lo saco y se lo muestro a Ali, que zarandea sus pies en el aire desde la camilla, dejándome hacer mi trabajo. Puedo escucharla pensar.

—¿Así está bien? —Enseguida saca su vista perdida del suelo y se concentra en el pedazo de papel que sostengo—. ¿El tamaño, las figuras? ¿Te parecen bien?

Ella traga saliva y asiente. Yo me doy la vuelta y saco los materiales.

—¿Cuánto va a doler? —Suena como una niña pequeña queriéndose hacer pasar por adulta, la incertidumbre asoma en los espacios entre sus palabras firmes. No puedo retener la sonrisa.

—¿A ti? Nada.

—Te lo digo en serio.

—Y yo también. —Volteo para que vea cuando abro la aguja nueva, para que vea que es todo equipo sin estrenar, como debería ser—. Eres mujer. Ustedes se depilan y tienen el período y su tolerancia al dolor es mucho más alta que la de cualquier hombre. Ni lo vas a sentir. —Parece conformarse con mi respuesta—. Ahora, de pie y date vuelta, que tengo que colocar esto.

Creo, *creo,* que no se da cuenta de lo ansioso que estoy por llegar a esta parte del proceso. Incluso con los guantes de latex puestos, mis manos quieren acercarse a ella. Ali se pone de pie como si le diera igual, pero no hace amago de nada más.

Me veo obligado a preguntar.

—¿Estás segura de que quieres hacértelo?

—Sí.

—Entonces relájate, respira y te prometo que terminaremos antes de que te des cuenta.

Es como si en este cuartito, Ali no pudiese gastar energías en sostener su armadura. Empieza a caerse de a poquito. Cuando asiente con la cabeza, mirándome a los ojos, me da la sensación de que le gustaría no confiar en mí en este momento, pero lo hace.

—Estás siendo muy profesional —acota, mientras se da la vuelta para dejarme de cara a la parte posterior de su brazo. La sujeto por el antebrazo y el calor de su cuerpo atraviesa el guante y despierta todas las estrellas fugaces dentro mío, las concentra en la palma de mi mano, donde se chocan contra mi piel, queriendo llegar a ella. Como si mi tacto fuera hielo, su piel se pone de gallina. Estoy lo suficientemente cerca para ver cómo sus costillas se inflan con una inhalación abrupta que no llega a ocultar.

—Me está costando más de lo que me gustaría —confieso.

Destapo con la boca un marcador y señalizo los puntos de referencia para que el stencil quede derecho y prolijo. Mis manos no tiemblan, no es un trabajo que permita que ese tipo de cosas sucedan; sin importar la situación, mi pulso es impecable, pero me distraigo con el sonido de la respiración de Ali y termino teniendo que limpiar con alcohol y marcando de nuevo. Coloco el papel sobre su piel y deslizo mis dedos sobre la zona antes de retirarlo para que ella pueda ver el resultado en el espejo. No la toco ni un segundo más del que debería, no le dedico ni un instante más del que le dedicaría a cualquier persona que estuviera por sentarse en esa camilla. No quiero hacer nada que pueda perjudicar mi concentración más de lo necesario. Ya bastante fue ver a Ali deshacerse del suéter que trajo puesto para revelar que su falda en realidad era un vestido con solo un par de hilos sosteniéndolo atado detrás de su nuca. Su espalda queda al descubierto y deja en claro, *demasiado en claro*, que no lleva sujetador.

Ali observa el boceto ya sobre su piel, sus ojos encuentran los míos sobre el espejo y asiente.

Manos a la obra.

Ali está boca abajo en la camilla.

El primer pinchazo la sorprendió, y los siguientes dos minutos con toda su espalda descubierta expuesta ante mis ojos fueron complicados, pero pasado ese impacto, las cosas fluyeron. La desgracia para Ali era que mi profesionalidad tenía un límite y no podía desaprovechar la oportunidad de tenerla aquí, sin posibilidad de escapatoria, y no rendirme ante el impulso de querer atravesar su coraza un poco más.

—¿Cómo vas? — pregunto.

—¿Bien? —Suena más a pregunta que a respuesta.

—Nada de dolor, asumo.

—Apenas.

—Es normal, relaja el brazo. —Lo hace. Trato de evitar a toda costa pensar si Ali es así de obediente en *otras* situaciones, o si prefiere tomar el mando, como cuando se le da por odiarme y responderme a todo con comentarios mordaces.

—¿Quién diseñó el tatuaje?

—Es de internet.

—No lo es.

—¿Y cómo vas a saber eso?

—Para empezar, porque nunca he tatuado nada ni remotamente similar y este es el tipo de tatuaje que todo el mundo querría hacerse. Venga, Ali. —Reconozco que estoy rogando a esta altura, pero no me importa. Estoy dispuesto a hacerlo otra vez si con eso consigo que se abra a mí—. Nos queda al menos una hora más aquí encerrados. No vas a poder ignorarme todo el rato.

Me gustaría poder ver su rostro en este momento para comprender bien qué quiere decir su silencio. Podría levantar la vista y hacerlo, pero el tatuaje requiere toda mi atención y además temo que hacer contacto visual con ella pueda hacerla cerrarse otra vez. A su alrededor tengo que moverme de puntillas, avanzar despacio como si se tratara de un cachorrito perdido.

Ella duda antes de responder, pero parece decidir que la pregunta es lo suficientemente inocente como para recibir una respuesta.

—Lo hizo Willa.

—¿En qué se basó?

—Es… Era la finca de veraneo de mi familia.

Viña de veraneo. ¿En serio quiero perseguir a una chica que está acostumbrada a estos lujos? ¿Qué puedo ofrecerle yo? *Aventura, diversión, risas, adrenalina*. Espero que sea suficiente.

—¿Era?

Ali traga saliva.

Me muero por saber la historia de ese verbo en pasado, del atardecer triste que llevaría Ali el resto de su vida sobre la piel, pero no presiono. Se traga su respuesta y el silencio nos traga a nosotros, denso como las mañanas húmedas y pegajosas de verano. Creo que va a dejarnos morir en ese silencio, pero Ali me sorprende con su pregunta. Creo que se sorprende a ella misma, como si la

hubiera pensado pero le resultara una terrible traición por parte de sus labios el preguntar.

—¿Cuál fue tu primer tatuaje?

—Un tiranosaurio rex.

Noto que retiene una risa. Mi pecho se hincha de orgullo, como si estuviera otra vez en primaria y la profesora de arte estuviera felicitándome por mis dibujos.

—¿Lo dices en serio?

—Es lo que pasa cuando dejas que tu hermanito de cuatro años elija.

—No te creo.

—Apenas terminemos con esto te lo muestro —contesto, haciendo referencia al tatuaje que estoy haciéndole.

—¿En serio dejaste que Tino elija tu primer tatuaje?

—Sip.

—¿Por qué harías eso? —Parece divertida e incrédula en partes iguales.

Sostengo su brazo con mi mano libre y estiro la piel un poco mientras mi otra mano colorea el atardecer que empieza a tomar forma contra su piel oliva.

—Trata de no moverte por un segundo —advierto, mientras trabajo sobre los bordes del tatuaje—. Y haría eso porque es Tino y cuando le dije que quería un tatuaje me pidió elegirlo.

—¿Así sin más?

Me encojo de hombros. Estoy por decirle que Tino es la persona más importante en mi vida. No me parece un motivo menor para tener un tatuaje elegido por él. Pero no llego a decir nada porque mi celular suena. Está en la mesilla de trabajo y sólo me lleva un vistazo leer el nombre de Leo en la pantalla. Maldigo por lo bajo.

Miré a Ali: seguía tendida boca abajo, su rostro girado en mi dirección, esperando una explicación. *¿Por qué te detienes?* Preguntan sus ojos. Son de un verde lima, tan pálidos y brillantes contra su piel bronceada que te atontan si te miran demasiado. Casi puedo imaginarla mirándome así desde la cama, el sol acariciándole las mejillas.

—Te juro que suelo ser mucho más profesional que esto pero voy a aprovecharme de que no eres cualquier cliente y de que me conoces para pedirte dos segundos para atender esta llamada. Dejé a Leo sola con Tino y si me llama es que…

—Atiende.

Gracias, digo en mudo mientras atiendo a Leo y me llevo el celular al oído.

—¿Leo? ¿Está todo bien?

—Hola, Paul. Sí, sí. Solo necesito que me recuerdes si Tino ya puede volver a comer lácteos o si…

Hace unas semanas Tino había ido al médico porque después de comer le dolía el estómago. Nos recomendó no darle lácteos por siete días para descartar una intolerancia a la lactosa. Al final no era eso, si no que Tino se estaba comiendo la pasta de dientes a escondidas porque “le gustaba que picara” la menta.

—Sí, sí —interrumpí—. Lactosa sí, pero no lo dejes convencerte de darle chocolate a esta hora porque lo desvela. Le dejé licuado de banana hecho en la heladera para el postre, pero dile que sólo se lo puedes dar si se porta bien. ¿Ok?

—Sí, perf…

—Y por favor cuidado con el escalón roto. Ya se cayó una vez hoy por ir muy rápido en las escaleras. Si puedes cambiale la curita en un rato. Hay unas con dibujitos en el segundo cajón del baño.

—Dios, Paul, ya basta. Está bien. Es mi hermano también. Sé cuidarlo.

Quiero decirle que si tanto supiera cuidarlo, si realmente fuera buena hermana, pues que entonces hubiera sabido que Tino no es intolerante a la lactosa en lugar de tener que llamarme para preguntarme. Quiero echarle la bronca porque no está nunca y ahora viene a enojarse porque estoy tratando de cuidarlos. Pero lo que quiero voy a tener que meterlo por donde no da el sol, porque Leo me corta la llamada en la cara.

Miro la pantalla del celular que anuncia que la llamada ha sido finalizada y tengo que controlar el impulso de revolearlo contra la pared o llamarla para soltarle el insulto de su vida.

—Inútil —murmuro para mis adentros.

La carcajada de Ali, abierta y plena, me trae de vuelta al presente. Y mi bronca se disipa. Tal vez la inmadurez de Leo sea permisible si el resultado es este.

—Nunca me hubiera imaginado que abajo de toda esa tinta y pinta de malote había un hermano sobreprotector —comenta mientras yo dejo el celular, me cambio los guantes de latex y vuelvo a sentarme en el banquito para trabajar en su tatuaje.

—Estoy lleno de sorpresas, ¿no te dan ganas de cenar conmigo hoy y descubrirlas todas?

Ella me sonríe como si fuera a aceptar y responde con toda la dulzura del mundo en sus palabras.

—La verdad, que no. ¿Qué quería Leo?

—Me haces daño, Alisson.

—Mi nombre no es Alisson.

—¿Y cómo voy a saberlo si no me dejas llevarte a cenar?

—Touché. —Todo, desde nuestras palabras hasta nuestro tono, se siente meloso en el aire. Por más que Ali no quiera aceptarlo, todo lo que hacemos cruza de alguna forma la línea que separa una conversación amistosa de una conversación que pretende más—. No me respondiste, ¿qué quería Leo que te puso de tan mal humor?

—Si me dices tu nombre, te cuento.

—Siempre puedo preguntarle a Leo. Después de todo *es* mi mejor amiga.

La ignoro abiertamente.

—Mejor no. Voy a intentar adivinar. Tú dime si le pego. ¿Alisa? ¿Alina? ¿Ali…cia? ¿Aliana? No sé si Aliana es un nombre de verdad. ¿Te llamas Aliana? ¿Ali…? —Observo su rostro en busca de alguna reacción, pero nada—. ¿En serio no es ninguno de los anteriores? Porque me estoy quedando sin ideas aquí.

—Estás hablando demasiado, empiezo a tener miedo por el desastre que puedas estar haciéndome en el brazo.

—Princesa —no me lo estoy imaginando: en cuanto pronuncio esa palabra, la piel de Ali se vuelve de gallina una vez más y mi sonrisa se ensancha—, llevo cuatro años de mi vida haciendo esto tiempo completo. No tienes que tenerle miedo a absolutamente nada.

—No me llames princesa. —Ha vuelto a cerrarse. No queda atisbo de sonrisa en su voz. Quiero besar su brazo, justo sobre la zona que estoy tatuando, sonreírle, decirle que no se tense, que va a dolerle más si no se relaja. Pero me detengo, porque si hago eso va a pegarme y va a estar en todo su derecho de hacerlo.

—Si me dices tu nombre no te vuelvo a decir princesa.

—Ali.

—No. Tu nombre.

—¿Si te lo digo te callas?

—Puedes intentarlo.

O sea, no.

—Mar.

—¿Qué?

—Mi nombre es Mar.

—¿Y cómo demonios terminaste siendo Ali?

—Mar Aliena. ¿Eres feliz?

—Definitivamente. ¿De dónde es ese apellido?

—Esta conversación termina aquí.

—Entonces este tatuaje termina aquí.

—Ja, ja, muy gracioso.

Ella parece igual de encabronada que el otro día en la pista, con Ali todo parece ser dos pasos hacia adelante, y uno hacia atrás, pero yo no puedo evitar reírme. No me importa cómo avancemos, mientras lo hagamos. Y empiezo a relajarme, la cosa empieza a distenderse, porque desde que apareció hoy en la puerta del estudio, me he dado cuenta de que si quiero acercarme a Mar Aliena, voy a tener que dejar de forzarlo.

El destino trabaja a su propio ritmo.

Seguimos jugando a este tira y afloja violento.

Ninguno está dispuesto a dejar en claro lo que piensa, pero tampoco nos podemos rendir del todo, como dos alcohólicos que se pasean frente a una vinoteca, añorando el escozor del olvido, pero condenados a seguir de largo.

A pesar de que se empeña en huirle a mi escudriño, descubro un número amplio de cosas extremadamente particulares sobre Ali en un corto periodo de tiempo:

Le gustan mis tatuajes. Veo cómo los mira. Y cuando se lo digo, se pone roja y me acusa de alucinar.

Vive justo a la vuelta del estudio. Cuando lo dice, es imposible no reírme. Es como si el mundo quisiera asegurarse de que nos volviéramos a encontrar en el momento perfecto. Nos tuvo todo este tiempo al lado, pero jugando en direcciones opuestas. ¿Cuántas veces habrá pasado por la puerta sin que mis ojos la vieran? ¿Cuántas veces hemos caminado a los lados de la misma calle, por veredas opuestas?

Las preguntas sobre su familia la ponen a la defensiva. Es así que descubro que cuando se irrita, acentúa las palabras. Dejo de preguntar por su familia. Hablamos de la mía, para variar. De Leo, de Tino. Pero no de mamá ni de papá, mucho menos del abuelo. Yo también elijo guardarme los caminos más oscuros para recorrer otro día. Ali no necesita conocer esos senderos. Necesita la parte de mí que conoció esa noche; las risas, la seducción, el juego. Yo necesito eso de ella también. No me interesan sus secretos. Me conformo con alguna de sus verdades, alguna de sus sonrisas, si no es mucho pedir.

CAPÍTULO 6
Ali

No quiero pensar en sus manos sobre mi piel.

Puedo sentir que tiene durezas incluso a través de los guantes. La fuerza de sus dedos y la firmeza equivalente a la forma delicada con la que trata mi piel. Detesto que esté probando ser una excelente distracción.

Me gustan demasiado las distracciones, aún más cuando tienen esa cara, esos brazos llenos de tinta y esos ojos café que arremeten contra los míos. Mi hermana mayor, Nina, hizo esgrima toda su vida. La he visto competir incontables veces y cuando pienso en los ojos de Paul, no puedo evitar pensar en las espadas finas y agresivas, en los movimientos de evasión, en la velocidad de la reacción de los competidores. Siento que estamos en medio de un combate agresivo de esgrima y cada vez me acorrala más y más, con sus comentarios y sus manos determinadas a darme con la espada y desarmarme por completo.

Me pregunta por el tatuaje y respondo. Pretendía que sonase más desinteresado. Me he vuelto buena en desprenderme de los sentimientos que me atraviesan, en contar mis historias como si pertenecieran a otros. Pero la finca, el tatuaje, el fuego que inició el principio del fin… son las cicatrices más feas que llevo, que se niegan a sanar y con su sola mención se vuelven y se vuelven a infectar.

Paul no insiste de más. Me desespera que sepa exactamente dónde está el límite. Me lleva al borde del abismo, tentándome a saltar, pero nunca da el último empujón. Juro que no entiendo lo que quiere de mí. ¿Una cita? El concepto es tan lejano que genera un éxodo caótico de sentimientos que se escapan de mi cuerpo en masa, sin lugar a donde ir. Son refugiados de la guerra que Paul desata en mí con sus actitudes contradictorias. Tengo ganas de reírme de lo ridículo que suena, pero también tengo ganas de hacerme bolita en una esquina como un gatito asustado y arañar a cualquiera que intente acercarse.

Le pregunto por su primer tatuaje. Mientras hable, podré concentrarme en sus palabras. Y sus palabras no me tientan tanto a mandar todo a la mierda como su tacto. Sus palabras me recuerdan todo lo que detesté de la noche en la que nos conocimos, sus palabras son seguras porque incluso cuando me confunden las odio un poco. Sus manos… Bueno, sus manos no me dieron nada de lo que

quejarme. Cuando me concentro en sus manos me derrito un poco y empiezo a pensar en todas las maravillas que podrían hacer para ayudarme a distraerme y a olvidar.

Seguimos hablando.

Me resulta odioso que Paul hable como lo hace la gente que le gusta leer. Me molesta saber que lo juzgué como lo hubiera hecho mi padre. Vi tatuajes por todo lados, el piercing en su ceja derecha y una sonrisa conquistadora y de inmediato pensé que sería un completo idiota, una persona con la que no tendría nada en común. Creo que por eso lo elegí esa noche. Era justamente el tipo de chico que se necesita para pasar un buen rato y luego dejarlo en el olvido.

Excepto porque su recuerdo quedó grabado a fuego. La rabia, el anhelo y la excitación de nuestro encuentro —y de su piel bajo mis labios— son una garrapata en la corteza de mi cerebro.

Detesto seguir conociéndolo con cada minuto que pasa, detesto dejarlo conocerme con cada palabra que digo, pero no puedo dejar de hacerlo. El silencio me recuerda demasiado a las cosas buenas que Paul me dio antes de arruinarlo todo.

—Entonces, ¿no estudias en Crawford? —pregunto. Leo estudia Leyes en la universidad de Crawford, pero no recuerdo que haya mencionado nada sobre los estudios de Paul.

Él suelta un resoplido.

—Nah. ¿Y tú, princesa? —El apodo me da ganas de pegarle. Por un lado porque teníamos un trato, y por el otro porque me recuerda a esa noche. *Eres el tipo de chica que quiere que necesita que la traten como una princesa. Yo no puedo hacer eso.* Me había dicho, y yo acepté el desafío. Mira el desastre en el que eso nos metió—. ¿Qué es de tu vida? Aparte de comprar collares con piedras y leer el horóscopo

—Trabajar. Estudiar. Definitivamente no leer el horóscopo, y definitivamente comprar piedras. —El horóscopo es de las cosas que mi madre me enseñó a descreer. Siendo astróloga y tarotista, no confía en el trabajo de nadie excepto en el propio. *Hoy todos creen que pueden leer una carta y hablar el idioma de las estrellas. Es como si la astrología se hubiera reducido a un montón de chismes*. La voz de mi madre en mi mente patea mi corazón y lo saca despedido de mi pecho. Sangra contra el pasto y entra en el arco de las cosas que nunca van a dejar de doler. Me cuesta respirar cuando pienso en mamá antes. No sé quién es la mujer que habita su cuerpo hoy; la odio tanto como la amo. Me odio por no soportarla, por no ser lo que ella necesita de mí—. Estudiando ciencia es difícil

no ser un poco más pragmática de lo que me gustaría ser. La gente que cree en horóscopos es idiota pero creo que es más feliz.

—Los idiotas tienden a ser felices —afirma, mientras deja de pincharme con la aguja—. Así que eres una mujer de la ciencia. –Limpia el tatuaje con cuidado–. Esto ya está, por cierto. Puedes verlo.

Y eso hago.

Me incorporo, con el cuerpo adormecido por estar una hora tirada boca abajo. Mis piernas amenazan con doblarse, pero Paul está allí con una mano en mi hombro para estabilizarme. Se ha sacado los guantes y su piel tocando la mía me deja tiesa. Su pulgar hace un ínfimo recorrido, una caricia totalmente inconsciente, como si su cuerpo reconociera el mío y no pudiera evitar la familiaridad con la que se encontraron alguna vez.

—Eh, cuidado. No te me vayas a caer. —*Quiero* dejarme caer en ese tacto, quiero olvidarlo todo, la culpa, el miedo, el asco, la rabia y el odio que gritan dentro mío las veinticuatro horas del día, pero no puedo porque Paul es tanto una distracción como un recuerdo de todo aquello que no quiero ser.

Me alejo de él y voy al espejo.

Cuando me doy vuelta y veo el resultado final, se me escapa el aire. Me olvido de la sonrisa encantadora de Paul, de sus palabras con dobles sentidos. Me olvido de que entré a este lugar con la rabia colisionando en mis venas, con ganas de hacer algo que fuera a hacer a todos, absolutamente todos en mi familia enojarse, a reaccionar de una puta vez a algo.

La delicadeza de los colores y la finura del dibujo son únicas. No puedo despegar mis ojos de la casita, de la agonía que desprende. Viéndolo, me doy cuenta de que ya no quiero que nadie lo vea; que es mío, que es hermoso y delicado y que el rosado de ese atardecer parece haberse pintado con la sangre que supuran mis heridas. Paul ha convertido una fuente de dolor en algo hermoso y de golpe se aglomeran en mi garganta un montón de emociones que no sé cómo esconder.

—¿Te gusta? —Su voz, esa voz antes tan horrible, parece lejana. Sólo asiento.

Los árboles quemados parecen estar tan… solos.

Cuando los veo me siento terriblemente sola, como si sus ramas resquebrajadas se extendieran hacia el cielo en busca de un abrazo. Pero a la vez… hay una belleza en su abandono que pasa por mi garganta como un consuelo.

Asiento para Paul.

La extensión de su sonrisa agrega una cucharada de azúcar al menjunje que empezó a armarse entre mis cuerdas vocales. Me pide que me acerque y lo hago. Me pone un film alrededor del brazo para cubrir el tatuaje y me da un montón de indicaciones que apenas comprendo.

Sólo puedo pensar en papá. En lo que él pensaría de nuestra pequeña finca, la misma que se lo llevó, siendo algo permanente en mi piel. Pienso en que nunca va a verla, cómo tal vez cuando mamá la vea se le escapen las lágrimas porque últimamente todo la hace llorar.

No quiero romperle el corazón, pero quiero mostrarle este tatuaje. Quiero que tal vez y sólo tal vez pueda ver en él la belleza que aguarda para nosotras este nuevo comienzo.

CAPÍTULO 7
Paul

Sé que no me está escuchando. En el momento en el que vio el tatuaje, su rostro se transformó por completo. Aún me sacuden los ecos del terremoto que generó la expresión en su rostro. Fue como si de golpe hubiera recuperado su sonrisa, pero no la sonrisa que mostró en la pista con Willa y Leo. No. La sonrisa que apareció en su rostro fue la sonrisa que había perdido en el mar. Una sonrisa triste y llena de algas, sal y dolor.

Fueron solo unos instantes. La marea se la volvió a llevar enseguida. Veo sus pensamientos como olas golpeando detrás de sus ojos y quiero preguntarle un millón de cosas. Ali despierta en mí una… una *cosa* que no es *la cosa*. También está llena de garras y de gritos y de dudas pero es diferente a *la cosa*. La *cosa* de Ali es suave, atrapante, me pide que la siga en lugar de que la deje ir.

Quiero preguntarle mil cosas, pero puedo ver en sus ojos que no necesita que nadie indague. Este momento es suyo y si bien quiero ser parte de él, me conformo con mirar desde fuera estos pedacitos de ella que quedan estampados contra la orilla como huellas de sal.

—¿Ali? —digo su nombre como si se tratara de un animal aterrado al que quiero convencer de quedarse—. ¿Estás escuchando lo que digo? —Ella asiente con la vista todavía perdida en algún lugar inaccesible; ha cerrado la ventana entre su mundo y el mío. Me pregunto cómo se ve todo desde su lado—. Me alegro de que te haya gustado el tatuaje. —*Nada*—. Me alegro de que hayas venido hoy. Me alegro de que hayas aceptado salir conmigo. —A esta altura estoy diciendo puras estupideces, sin poder creer su falta de reacción—. La noche en la que te conocí pensé que eras la chica más linda que había visto en mi vida. Y todavía lo pienso.

Esto la saca de su ensimismamiento.

Abre la boca para responder y yo no puedo evitar mirar sus labios mientras los vuelve a cerrar, vencida. Tiene labios finos completamente opuestos a los de Shelly. Es difícil no compararlas incluso cuando detesto hacerlo. Detesto pensar en Shelly. Detesto traicionarla queriendo algo para mí que sé que le hará daño. *Que ya le ha hecho daño*. Detesto que lo que acabo de decirle a Ali sea cierto, que verla esa noche me haya hecho olvidar por completo a Shelly, a la única

chica que he amado en mi vida. Nunca quise a alguien como quise a Shelly, con una devoción que aún existe y duele y me pide lo imposible.

—¿Qué?

—Nada.

—No, no, qué dijiste.

No queda nada de ese entumecimiento que había en su mirada segundos atrás, pero no sabría describir el tono de su voz. Se me escapa el tipo de sonrisa que siempre alertaba al abuelo de que estaba por mandarme una grande.

Doy un paso hacia ella, tomando la invitación que parece esconderse en sus pupilas. Pero Ali es una caja llena de sorpresas y en lugar de intentar escapar, da un paso *hacia mí*. La punta de mis zapatillas tocan la punta de sus botas. La miro a los ojos al hablar. Quiero que sepa que yo tampoco soy de echarme atrás.

—Dije que la noche en la que te conocí pensé que eras la chica más linda que había visto en mi vida. Y que todavía lo pienso.

La anticipación está por matarme. Me doy cuenta de que la curva de su sonrisa, de esta sonrisa medio ladeada que reserva para estos momentos, termina en el borde de un acantilado en el que me tiene parado completamente a su merced. Ali parece darse cuenta del efecto que tiene en mí y eso le da un poder peligroso, sensual, que desbloquea en mi memoria su capacidad de dirigir la situación cuando la ropa es menos y las palabras sobran.

—Paul —dice mi nombre como un ronroneo. Cuando pone una mano en mi pecho creo que voy a morir y cuando se inclina hacia mí, con su mano siendo lo único que se interpone entre los pocos centímetros que separan nuestros labios —, creo que fui muy clara con lo que pienso de ti.

Y siento su aliento cálido contra mi piel, veo de cerca los lunarcitos sueltos en su rostro. Es una vista privilegiada, que me permite ver bien de cerca el momento en el que le da al interruptor que convierte el campo electromagnético con el que me estaba atrayendo en una catapulta. La calidez en sus ojos se afila, sus pestañas se convierten en puntas de flechas justo cuando Ali me da un empujón que me toma tan desprevenido que por poco me tira al piso.

—Esto. —La seriedad cae de golpe sobre sus facciones, casi como si se hubiera aburrido de mí—. No va a volver a pasar.

Ali

Salgo del estudio sin darle oportunidad a hablar.

Porque odio las mentiras y a los mentirosos.

Me recuerdan a papá, a todas esas promesas que hizo en vano.

Salgo del estudio con el corazón hecho un torbellino arrasador, conteniendo mis emociones como puedo.

Apenas pongo un pie en la calle, donde nadie puede verme. Hecho a correr.

Temo no ser lo suficientemente rápida para escaparle a las ganas que tengo de dar la vuelta y besarlo hasta que se le caigan esos labios llenos de mentiras y su lengua no pueda volver a acariciar mi nombre.

Paul Grimmaldi tiene una belleza estupidizante, una fachada carismática y un millón de tatuajes que hacen pensar que es como yo. Que es el tipo de chico que puede darte una noche divertida sin más, que nunca buscaría más que una distracción en tu cuerpo.

Pero las apariencias engañan.

Paul Grimmaldi es el tipo de chico que se ha vuelto idiota por amor.

Lo he visto mirar a esa chica en la rampa.

Shelly.

Su nombre aún quema contra mi cerebro. Inicia un incendio de dudas y miedos que arrasan con todo, destruyen todo lo que siempre he creído con firmeza inamovible. Reduce a cenizas los cimientos del tipo de persona que soy, que siempre quise ser.

Salgo del estudio y corro porque Paul Grimmaldi está lleno de mentiras.

Y se me para el corazón cada vez que pienso en lo que puede hacerme descubrir las verdades que oculta debajo de cada una de ellas.

CAPÍTULO 8
Paul

Volvemos a encontrarnos en la pista, pero la distancia entre nosotros es monumental. Incluso cuando nos miramos la veo intentando apartar la mirada. Considero una victoria lo mucho que le cuesta hacerlo, la tensión de su mandíbula cuando le sonrío, pero la derrota más grande me la llevo yo porque de alguna forma consigue evadirme todo el tiempo.

Usa a Willa y a Leo de escudos, se para cerca de Shelly como si supiera que cuando las veo juntas el mundo se tiñe de tonos de rojo que me dañan la vista y me obligan a apartarla. No puedo verlas tan cerca. Tanto dolor, anhelo y amor en un mismo recuadro amenaza con quebrarme.

Así es como Ali consigue evitarme durante dos semanas.

Sin embargo no se siente como un final, sino como el juego previo que introduce todos los pecados que vale la pena cometer.

CAPÍTULO 9
Paul

–¿Cómo va la tienda, Javier? —pregunta la tía Delia.

—Todo lo bien que puede ir —responde papá. Es una de sus frases favoritas. Para él las cosas nunca van bien o mal. Van “todo lo bien que pueden ir”—. Este mes se fue de vacaciones Rafa así que soy solo yo.

—¿Y Paul? ¿Ya no te ayuda en la tienda?

Me gustaría interrumpir para decir que hace cuatro años que no trabajo en esa tienda de mierda y que no puede ser que se siga olvidando. Tiene que estar haciéndolo a propósito.

Sin embargo estoy en la cocina, hay una pared entre la conversación que están teniendo y yo. Una pena que la bendita pared está hecha de papel y pueda escuchar perfectamente a papá cuando dice que soy un caso perdido a esta altura.

Un caso perdido.

Sigo picando tomate. El cuchillo en mis manos atraviesa la corteza de la fruta con facilidad, la tabla de madera se llena de jugo rojo y viscoso. Que piense lo que quiera. A estas alturas no tiene sentido discutir con papá. Mis posibilidades nunca fueron las de mis hermanos: Leo y Tino podrán terminar la universidad, dedicarse a algo que los haga felices con un título en mano. Mis opciones eran dedicarme a arreglar microondas el resto de mi vida o… o nada. Al menos en la cabeza de papá. No es mi culpa que jamás haya contemplado la posibilidad de que yo fuera a querer tomar mis propias decisiones y que estas no fueran a alinearse con el hijo ejemplar que siempre quiso.

Donde él ve un caso perdido, yo veo una historia de éxito: tengo un trabajo en el que soy bueno, que me hace feliz, con un jefe que me adora y compañeros con los que da gusto trabajar. Es un buen trabajo, que da dinero. Podría estar viviendo solo de no ser porque la mitad de lo que gano va a gastos familiares. A la beca de Leo, compras de supermercado, cuotas médicas… Pero él no lo ve así. Javier Grimmaldi afirma que estoy desperdiciando mi vida haciendo dibujitos y no ve la hora de que *madure de una buena vez*.

Mamá me sorprende envolviendo sus dedos sobre los míos para detenerme en medio de la masacre que estoy haciendo con el tomate. En algún momento, demasiado perdido en mis pensamientos, pasé de cortar la pobre fruta a

machacarla.

—¿Por qué no vas ayudándome a lavar los platos? Yo termino el guacamole.

Le paso el cuchillo, pero en lugar de dirigirme al comedor donde la tía Delia, mis primitos, sus tres perros y dos gatos y mi padre esperan al resto de los invitados, me pongo fregar —una tarea menos agresiva pero igual de útil—. No creo ser capaz de mirar a papá a la cara en este momento. Y por el bien del cumpleaños de Leo, voy a intentar mantener la paz.

Los invitados van llegando de a poco. Cameron, que se encargó de organizar todo, dijo que contaríamos con unas veinte personas para el festejo sorpresa. Leo aún no ha llegado y no tiene ni idea de lo que le espera en casa. Mamá le escribió diciéndole que haríamos una pequeña cena familiar para su cumpleaños.

—El otro día cené con Shelly —suelta mamá de una forma tan casual que por poco lo dejo pasar de largo. Entonces sus palabras cobran sentido en mi mente y caen como una bomba en mi estómago.

¿Qué? La pregunta se me atora en la punta de la lengua. Temo vomitar si la pronuncio, así que hago fuerza con todo lo que soy para no dejarla ir. Temo que a esa pregunta le sigan un montón de otros interrogantes. *¿Cómo está? ¿La viste feliz? ¿Te dijo cómo le estaba yendo en los exámenes? ¿Todavía la vuelve loca ese profesor de anatomía?* Quiero saber todas esas cosas y más. Cada día que pasa es un poco más fácil, pero no puedo evitar querer estar para ella, ayudarla en lo que necesite. Incluso cuando sé perfectamente que cuando estoy para ella las cosas salen mal. Cada vez que Shelly me mencionaba problemas en la facultad o se quejaba de tener que ir a cursar, terminábamos a los gritos; yo diciéndole que es una malcriada, que si tanto lo odia que deje de ir y listo y ella diciéndome que no podía ser que todo me lo tomara como un ataque personal. No me lo tomaba como un ataque personal, simplemente… no lo sé. Todo estaba tan mal entre nosotros para ese punto que cualquier cosa que salía de sus labios conseguía irritarme. Casi no podía escuchar su voz, incluso en los momentos en los que la extrañaba, detestaba el momento en el que abría la boca. Había cambiado tanto, nuestras vidas eran tan incompatibles: ella en la universidad todos los días, yo trabajando, cuidando de Tino. Shelly y yo nunca habíamos necesitado más que gestos para entendernos y de golpe éramos tan diferentes que ni con palabras nos podíamos entender.

Entonces, si bien en un principio mi cuerpo reacciona con tensión y rechazo, se termina relajando. Saber que Shelly tiene a mi madre para hablar, que no le he condenado a perder la familia que había construido con nosotros… es casi un consuelo.

—Me alegro. ¿Cómo lo pasaste? —Mamá seguro la extraña con locura. Después de todo, conoce a Shelly desde que nació. Siempre fue parte de la familia para ella y cuando empezó a salir conmigo la recibió como a una hija más.

—Bien. Dice que está contenta…

—*Pero…*

—Pero te extraña.

Tengo que hacer un esfuerzo para no romper el plato contra la mesada. *La cosa* se revuelve en mi estómago, despertando de su siesta. Cierro el grifo y levanto ambas manos, todavía goteando, encogiéndome de hombros como para decir *esta no es una conversación que esté dispuesto a tener*.

—Me voy a ver si Tino necesita ayuda con algo, que seguro ya salió de la ducha.

—Paul espera… —Cuando ruega así, mamá se parece muchísimo a Tino. Tal vez por la forma de los ojos o la melena enrulada que ni Leo ni yo heredamos. Pero así y todo, consigo darme media vuelta y salir de allí antes de que consiga hacerme ceder y termine teniendo la última conversación que necesito tener en una casa con paredes hechas de papel y una tonelada de desconocidos dando vueltas.

Los invitados se han multiplicado.

Algunas caras me suenan de los pasillos de la secundaria. Otras son nuevas. Y otras son tan conocidas que parecen fantasmas enhebrados en mi vida por los recuerdos y la locura y el hecho de que parece que hoy es un día en el que todo parece girar en torno a Shelly. El intento de mamá de retenerme en la cocina de pronto cobra sentido: la muy traidora la invitó y no se le ocurrió mejor idea que avisarme a último momento.

Cuando la veo, en medio de la gente, vestida con ese pantalón amarillo que sabe que le hace un culo espectacular, me sacude un ventarrón de bronca. Camino por puro impulso. No sé qué voy a decirle ni qué pienso hacer hasta que estoy frente a ella. La chica con la que estaba hablando pone una excusa y se escabulle, como si incluso sin saber qué está por pasar, supiera que no quiere presenciarlo.

La sonrisa de Shelly flaquea cuando ve que no devuelvo el gesto. Cada vez que nos vemos existe ese instante en el que me da la oportunidad de que las cosas vuelvan a ser como antes, de que la levante en brazos y le de la bienvenida como si quisiera que nunca me dejase.

Yo fui la causa de todas sus sonrisas. Destruirlas es una costumbre que nunca

quise adquirir y se me clava como un alfiler en los pulmones, desinflándolos. Me duele tanto nuestra nueva realidad, verla a los ojos, ver que sigue siendo preciosa y orgullosa y obstinada, que por poco pierdo el enojo. Pero no puedo. Estoy tan enojado que quiero salir y correr media maratón para calmarme y recién *después* tener esta conversación. Pero no puedo hacer eso. Shelly, como siempre, me ha acorralado y saca lo peor de mí.

—¿Y? —pregunta.

Yo me tomo un segundo más para responderle porque no sé ni por dónde empezar.

—*¿Y?* ¿En serio, Shelly? ¿Qué te costaba decirme que venías hoy?

Se cruza de brazos.

—No tengo que avisarte nada, no soy tu novia. No somos nada.

Cuando dice cosas así, me cuesta muchísimo mantenerme cuerdo.

En parte porque sé que tiene razón.

En parte porque odio que tenga razón.

En parte porque cuando lo dice con ese odio me recuerda que no es la chica de la que me enamoré. Sin embargo sé que esa chica existe, que si me ablando un poco, que si le permito sentirse lo suficientemente segura como para ser ella misma, voy a descubrir que sigue ahí, escondida. Y no quiero verla. No quiero ver ninguna parte de Shelly que pueda convencerme de arrepentirme porque estoy cansado de volver y cortar y volver y cortar. No puedo seguir amándola de esta forma.

—Además, ¿Para qué necesitas que te avise? ¿Para esconder a la puta de turno? ¿O para irte y no estar en el cumpleaños de tu propia hermana?

—¿Tú estás loca? —Me odio en cuanto lo digo. Pero está comportándose como si no me conociera.

—Lo hiciste una vez, ¿por qué debería creer que no vas a hacerlo de nuevo?

Si pudiera salirme de mi cuerpo en este instante, ver esta escena desde un lugar omnipresente, vería a Shelly con su mata ondulada de pelo negro, sus labios fruncidos con odio, con desesperación y anhelo y mucho muchísimo amor que lleva tanto tiempo pudriéndosele dentro que explota ante el primer contacto. Me vería a mí, mirando hacia abajo, porque siempre fue mucho más pequeña que yo, y tendría un primer plano del cuchillo clavado en mi espalda. Estoy seguro de ello.

Nunca… Hemos discutido muchísimo en estos cuatro meses desde que cortamos. Hemos gritado, insultado al otro, pero nunca jamás me ha echado esto en cara. Sabe que me arrepiento, sabe que fue una sola noche de debilidad. Y que

le pedí perdón de rodillas después de sincerarme. Que ella no quiso perdonarme. Que esa noche terminó conmigo. Mi error fue la gota que colmó el vaso, el irreversible paso hacia el precipicio que terminó de destruirnos. De lo que fue un *nosotros*, después de esa noche, quedaron un montón de fragmentos y escombros estampados contra el piso. Ahora somos Shelly y yo, por separado, rengueando por la vida y aprendiendo a usar estas extremidades a no tropezar ahora que no tenemos la mano del otro para sostenernos por el camino.

—Shelly, acabas de decir que *no estamos juntos* —hablo lento y bajito, en parte porque no quiero que nadie escuche, en parte porque quiero que me entienda—. Si estuviera con alguien no sería problema tuyo. Necesito que me avises cuando vienes a mi casa porque es mi casa. Y punto. Porque…

Me duele verte. Necesito prepararme antes de saber que vamos a estar en una misma habitación y todo va a ser diferente. Porque quiero asegurarme de estar listo para encerrar a la cosa *cuando te vea y quiera hacerme apagarla con tus labios.* Pero no puedo decirle nada de eso porque es justo lo que quiere escuchar. Porque va a usarlo para engatusarme y decirme que el que duela significa que nos equivocamos, que nos merecemos otra oportunidad, que esta vez, ahora sí, es la definitiva. Pero no es así y no quiero cometer el error de dudarlo siquiera. Que duela es normal. Perderla fue perderlo todo y reconstruirlo no va a ser fácil. Peor sería volverlo a intentar, entrar en el bucle interminable de matarnos a martillazos, convencidos de que podemos arreglar al otro para encajar con lo que necesitamos de él.

¿No se da cuenta de que *este* es el motivo por el que no podemos amarnos?

Nos queremos demasiado. Nos queremos mal.

Nuestras vidas son incompatibles. Sus celos se comieron su confianza, mi certeza de que merece alguien a su altura, con su talento y su belleza destruyeron la posibilidad de convertirme en esa persona.

—No tengo que avisarte nada. Es el cumpleaños de Leo y tengo tanto derecho como tú a estar presente…

—No, yo soy su hermano. Tú no eres parte de esta familia.

Sólo cuando veo las lágrimas que llenan sus ojos me doy cuenta de que las palabras que pensé se me escaparon por la lengua. Shelly suelta un suspiro que suena al quejido de un animal atropellado.

Estoy por pedirle perdón, pero me detengo.

Y tal vez sea un error, pero cuando se da la vuelta y se escabulle entre los invitados para encerrarse en el baño de la planta baja, no la detengo. Sé que va a encerrarse, llamar a Aspen, su mejor amiga, y a insultarme en veinte idiomas

diferentes. Sé que me lo merezco, sé que se me está desgarrando el corazón de las ganas que tengo de correr detrás de ella y besarla hasta que se olvide de todas las veces que me merecí esos insultos. El esfuerzo de mantenerme donde estoy revienta los puntos de las cicatrices que llevan meses intentando sanar. De golpe me siento como la primera vez que la perdí y quiero dejarme caer al piso y llorar hasta que mis pulmones me pidan piedad.

A mi alrededor todos gritan *¡Sorpresa!*

Leo está aquí.

Ni siquiera puedo voltear a verla.

Me las arreglo para arrastrar mi cuerpo escaleras arriba.

Huyo.

Dejo lo que quedaba de mi corazón tirado en el piso, seguro de que no lo volveré a ver.

CAPÍTULO 10
Ali

Contrario a lo que suele suceder con muchas emociones, la culpa no se guarda en el corazón. Al menos mi culpa no reside allí. Este bicho se mete en mis huesos y desde adentro patalea, grita y lloriquea. Es un sentimiento que siempre me ha hecho acordar a mamá. En parte porque mamá siempre lloró mucho, pero también porque muchas de sus lágrimas fueron culpa mía. Más que nada, la culpa que llevo dentro me recuerda a mi madre porque no puedo verla sin que el bicho se despierte para reclamarme todo lo que no hice por ella.

Y cuando llora, cuando la escucho hipar en silencio y desgarrarse la garganta en una lucha inútil por evitar que sus penas lleguen a mis oídos, la culpa es un terremoto: cada fibra de mi cuerpo se sacude y el mundo amenaza con venirse encima. Me pregunto qué tanto de esto es mi culpa, cuántas de las lágrimas que atravesaron sus ojos fueron en respuesta a mis palabras y mis acciones, cuánto tiempo lloró escondida en los cuartos de casa y yo la ignoraba porque me era más fácil; porque era joven, estúpida, manipulable y tan pero tan ilusa que no me daba cuenta…

Pero, ¿de qué sirve arrepentirse ahora?

Cada lágrima que derrama es un abrazo que nunca le di.

Y puedo imaginarla, todavía llorando sola en su habitación.

Se suponía que esta noche sería diferente.

—Me dijiste que ibas a ir. —Quiero que suene a reproche, pero tiene tono de desesperación.

Nina parece impermeable a la culpa. Nunca hemos hablado del tema, así que no sé si es que no sabe que es culpa nuestra o si simplemente no le importa lo suficiente. Después de todo ella vive con su novio, en un departamento en el centro de la ciudad, a una distancia de quince minutos pero que parece de miles de kilómetros a juzgar por la cantidad de veces que la he visto desde que se mudó.

—Ryan está enfermo, no puede ni levantarse de la cama. ¿Qué esperas que haga?

Para empezar, que cambies al estúpido de tu novio.

Pareciera ser que los hombres en la vida de mi hermana siempre resultan ser

un problema en lugar de una solución. Ryan se lo pasa enfermo, Chad no podía ni cagar sin que ella fuera a limpiarle el culo, Peter la acusaba de estarlo engañando cada dos días, Dallas no desperdiciaba oportunidad de dejarle en claro que él sabía más y era mucho mejor de lo que ella nunca sería. A esta altura, Nina no debería estar buscando otro novio si no rindiéndose por completo con ellos. Es el único aspecto de la vida en el que estoy más avanzada que ella.

—Quiero que le digas a tu novio que vaya al médico, o que sus padres vayan a cuidarlo y tú vayas a casa y pases un rato con mamá *como prometiste que harías*. —Trato de no morder las palabras con bronca, de decirlas con paciencia y persuasión.

–Mamá ya me dijo que está bien, por dios. No puedo vivir para ella, Mar. Y tú tampoco deberías hacerlo.

A veces me gustaría preguntarle si siquiera le interesa ser parte de esta familia. Pero luego recuerdo que no quiero escuchar la respuesta así que me trago la pregunta. Nina tiene un millón de planes de grandeza, que involucran sostener a su próximo novio idiota y ser una neurocirujana de renombre. Nuestra familia averiada es una mancha en su plan impoluto. No puede encontrar el tiempo para lavarla y eliminarla de una buena vez, así que hace lo posible para esconderla. Se pone un saco de excusas, la tapa con su brazo repleto de brazaletes brillantes que Ryan —o mejor dicho, la tarjeta del padre de Ryan— compra. Nina no entiende que no *vivo* para mamá, si no que cuando mamá está mal y es nuestra culpa que esté así, lo mínimo que podemos hacer es estar a su lado. Nina dice que actúo como si mamá estuviera rota, yo creo que ella actúa como si mamá no existiera, y creo que eso es peor.

Pero ella tiene que atender a su novio.

—Está bien —susurro, mientras paseo de un lado al otro del angosto pasillo revestido con fotos de todos los integrantes de la familia Grimmaldi. Evito los ojos de los Paul—. ¿Sabes? Fue mi error creer que, cuando me dijiste que me harías el favor de visitarla hoy, lo harías. No sé cómo se me ocurrió pensar algo así.

—Ali-Mar… —*Detesto* ese apodo. Detesto que cada vez que mi familia lo usa puedo escuchar la voz de mi padre diciéndolo. Me da náuseas—... Entiendo que mamá te preocupe, pero diviértete, ¿sí? Es una noche que está sola. No va a morirse por una noche.

–No, no, no. No voy a aceptar que me salgas con ese discurso. Que puedas quedarte tirada en tu casa y que todo te importe *una mierda* no significa que yo tenga que ser el mismo tipo de basura. Te pedí *un* favor. Gracias por nada.

–Estás equivocada y lo sabes. Me importa y de verdad quería ver a mamá hoy pero tengo que quedarme con Ryan.

Estoy por decirle que mi única equivocación fue creer que podía poner en pausa su maldita necesidad de hacerle de madre a cada hombre que aparece en su vida, pero me quitan del pensamiento las pisadas que escucho subir las escaleras.

Corto la llamada, sin más, y volteo justo a tiempo para encontrarme con los ojos de Paul.

El verdadero Paul.

El chico hecho de tinta.

No las versiones más jóvenes de él que me acosan desde las paredes.

—¿Qué mierda haces aquí?

Es imposible retener la violencia que me sobrepasa en este momento.

Quiero apuñalar a alguien y Paul parece perfectamente apuñalable con su buzo negro raído, sus botas del mismo color y el pelo partido en una línea al medio que lo hace ver como un modelo italiano. Pero sus ojos no relucen ante el desafío de mis palabras, su sonrisa fácil no surge entre las sombras que inundan sus facciones. Paul me mira como si apenas me viera y… y eso empeora el terremoto caótico que está de a poco, pero muy de a poco, tirando abajo los ladrillos que componen mi cordura.

Sabía que lo vería hoy.

Sé que mi pregunta no tiene sentido porque esta es *su* casa.

Sé que mis entrañas se retuercen en un millón de nudos más ajustados que nunca y que puede que el principal motivo de ello sea mamá, pero que al menos uno de esos nudos está allí en nombre de Paul.

En nombre de la noche en la que lo conocí.

En nombre de nuestro reencuentro en la rampa, del momento en el que Leo se refirió a él como su hermano.

En nombre de esa ridícula clase de *skate* en la que me propuse dejarle en claro mis intenciones y me fui sin saber con certeza ni cuáles eran.

En nombre del tatuaje que él puso en mi piel, de las ganas de besarlo que tuve en cada una de esas ocasiones, las ganas de pegarle, gritarle, rogarle que me ayude a olvidar.

Esto es lo que nadie entiende cuando se lo explico: nada sirve para olvidar como un chico que no necesita palabras para prometerte una buena noche.

He conocido chicos hechos de miel, de avena recién hervida. He conocido chicos hechos de cristales rotos que se te clavan como un regalo en la piel

cuando los besas, he conocido chicos hechos de botellas en las que se han ahogado, he conocido chicos hechos de verdades que los han matado y liberado, he conocido chicos que regalan su corazón sólo para darse cuenta de que es en vano. He conocido chicos hechos de ramos de flores y palabras tan dulces que sofocan. Pero nunca, antes de él, había conocido a un chico hecho de tinta.

Cuando el chico de tinta me sonríe, el hoyuelo que corona el gesto tiene un efecto somnífero sobre mis sentimientos. Los hace callar, dormir. Es fácil enfrentarme a lo que su sonrisa me genera.

Mi parte hambrienta, mi parte más salvaje, mi parte que no se limita a enfrentar los retos, los busca, los quiere, los anhela, los necesita. Mi parte que mira a cada chico bonito con el que se cruza como una oportunidad.

Conocí al chico de tinta en ese bar de mala muerte.

No le pedí su nombre, ni su amor eterno, no le pedí nada excepto el lujo de su piel, de su tiempo, a cambio de lo mismo.

Nunca esperé que debajo de todos esos dibujos hubiera algo más, *alguien* más. Y por eso cada vez que me encuentro con Paul Grimmaldi y me muestra otra capa escondida bajo los garabatos que lo tapizan como una armadura, me cuesta más mirar hacia otro lado. Odio saber quién es, que haya perdido ese anonimato sensual, hechizante. Odio saber que es el tipo de chico que podría tocar tu cuerpo como si quisiera verte muerta mientras dice tu nombre como si te quisiera dar su vida entera. Llevo una eternidad convencida de que cosas como esas son superficiales y efímeras comparadas a todo lo que puedo conseguir si olvido las trivialidades del amor, y trabajo en mí. Pero Paul Grimmaldi pronunciando el nombre de otra chica es suficiente para atravesar esa certeza y dejarla herida, sangrando y débil en el pozo que llevo dentro.

—Permiso. —Con esa única palabra, Paul me esquiva y se mete en una habitación que se encuentra a mi derecha. Mis pies deciden seguirlo. Hay ruido, risas y música, que se filtran desde el piso de abajo. Cierro la puerta detrás de mí sin pensarlo dos veces.

—¿Qué te pasa?

—Para odiarme tanto, definitivamente se te da bien buscarme —responde desde su cama, donde se acaba de tirar boca arriba, con los brazos cruzados sobre los ojos, como si se hubiera hartado de la totalidad del mundo que lo rodea.

Pongo todo mi empeño en no dejarme distraer por la franja de piel que queda a la vista por la forma en la que se levanta levemente su sudadera.

—No te odio.

Las cortinas blancas en la pared de enfrente susurran cuando el viento las mueve y una ventisca helada se mete bajo mi piel. ¿Por qué demonios tiene la ventana abierta en pleno invierno?

—Ali. —Detesto oírlo susurrar mi nombre tirado en su cama, detesto que ahora sepa mi nombre y que me haga preguntarme si, de habérselo dicho antes, las cosas hubieran sido diferentes. Tiene razón. Lo odio un poco—. Te dejé en paz. Hice lo que me pediste. Ganaste. Ya está.

No puedo evitar sorprenderme un poco por sus palabras.

—¿Y a ti qué te picó?

—Mi ex me picó.

Tentada por su respuesta, doy un par de pasos más en su dirección y me permito el atrevimiento de sentarme a los pies de su cama. La distancia es segura, pero la tentación es enorme. Él levanta apenas los brazos de sus ojos y me mira un instante antes de dejarlos caer con un gruñido que no sé interpretar pero que juega con la poca cordura que me queda.

–¿Shelly? –Quiero saber qué pudo haberle hecho esa chica a un chico como Paul para tenerlo así. Quiero que me diga algo que me recuerde que ese juego, el de enamorarse y perder la cabeza por alguien, no vale la pena. Quiero que me diga que siempre termina mal, que se arrepiente y que no lo haría nunca más. Si tan solo esas palabras salieran de sus labios, podría dar rienda suelta a todo lo que no puedo dejar de pensar desde que nos reencontramos en la pista.

Pero Paul no me da lo que quiero.

Paul se incorpora sobre sus antebrazos, con las cejas alzadas, la sorpresa escrita en su rostro.

—No sé si te acuerdas de que tu hermana es mi amiga, además de que la vi en la rampa y de que… —Sacudo mi cabeza, intentando evitar los recuerdos de esa noche—. Sé quién es tu ex.

—¿De que …? —insiste, ignorando la última parte de mi declaración.

—¿De que la *mencionaste*? —Trato de no sonar herida, ni resentida, ni ligeramente afectada, pero no creo que me haya salido demasiado bien. Hoy estoy rebalsada. Pasada de vueltas, de sentimientos, de todo. Siento que estoy librando una batalla contra un fantasma, contra un ente todopoderoso que usa sus enormes manos de metal para jugar conmigo como si fuera una muñeca de trapo. Estoy cansada de que me revolee de un lado para el otro. Quiero poner pausa, quiero soltarme de su agarre, pero aprieta con fuerza suficiente para sacarme el aire.

—¿Qué? No entiendo.

Mi boca se abre, en busca de algo que decir, pero la incredulidad me deja muda. Completamente muda. Para cuando encuentro mis palabras me olvido de disimular mi enojo.

—¿En serio vas a intentar eso?

—De verdad me está costando mucho seguir esta conversación. —Y lo peor de todo es que le creo. No hay rastro de su sonrisa socarrona o de la picardía características en su voz. Parece… parece que también está cansado de que jueguen con él.

—No me estarás diciendo que no te acuerdas de estar teniendo sexo conmigo y decir el nombre de tu ex. — Mis palabras salen con sorna.

Porque me duelen.

Porque me siento una idiota. ¿Quién soy yo para reclamarle algo?

Pero es imposible no encogerme cuando lo único que recuerdo con claridad de esa noche es eso: Paul en el auto, yo a horcajadas sobre su regazo, mi vestido enrollado en mi cintura, sus manos en todos lados. Incluso cuando después de esa noche estuve en otras camas con otros cuerpos, con otros chicos, mi cuerpo recuerda la particularidad de las manos del chico de tinta. Sin saber su nombre, conocí la fuerza desenfrenada con la que le gusta tocar, el sonido que hace cuando mis labios encuentran el punto exacto en el que su mandíbula se une con su cuello. Y simplemente no puedo borrarlo de mi memoria: ese beso desenfrenado que terminó con el suspiro de un nombre contra mis labios. Un nombre que no me pertenecía.

El chico de tinta seguía dentro de mí, moviéndose como si no hubiera un mañana, cuando su lengua dejó caer el nombre de Shelly como un puñal entre mis pechos desnudos.

Recuerdo que lo dijo como un deseo, como una invocación, como si tuviera perfectamente claro que yo no era ella pero lo daría todo por tenerla allí, recuerdo haberme quedado estática. Incapaz de mover un solo músculo. Porque este chico estaba pensando en otra persona mientras estaba conmigo y en lugar de ofenderme o indignarme, su voz hizo un eco tan fuerte en mi pecho que sacudió las paredes construidas alrededor de mi corazón, tirando abajo algo que me había llevado mucho, muchísimo tiempo construir. Con seis letras, el chico de tinta me dijo que daría lo que sea por estar con la persona que le había roto el corazón. Y eso me hizo preguntarme si tal vez valdría la pena enamorarse por el simple hecho de sentirse así. Por la mera belleza encontrada en la forma de pronunciar el nombre de alguien más como si fuera lo mejor de ti mismo.

Hizo que una vida convencida de que el amor era un cuento de hadas, que

nos pintan con acuarelas en un lienzo inalcanzable, se desintegrara ante mis ojos. Porque Paul hizo del nombre de Shelly una plegaria que interrumpí; me metí en el camino de su rezo y en lugar de llegar a oídos de Dios terminó atorado en mi cabeza. Ahora el nombre de Shelly me persigue por las noches a donde sea que voy. A veces es una exclamación, a veces es un susurro, pero casi siempre es una pregunta cuya respuesta me paraliza. Una incógnita insoportable que cada vez ocupa más y más espacio en mi cabeza. ¿Quiero eso? ¿Acaso quiero ser un ruego en unos labios que se mueren por besar los míos incluso cuando besan los de alguien más? ¿Creo que eso es *amor*? ¿Qué lo diferencia de la obsesión? ¿Por qué lo querría si duele tanto? Si los ojos de Paul se abrieron, vidriosos ante mí, al darse cuenta de sus palabras. Justo antes de empezar a balbucear excusas y salir de allí como alma que lleva al diablo.

Nunca preguntó mi nombre.

Nunca se lo dije.

Después de todo no era yo quien él quería a su lado. Lo dejé irse con la fantasía de que pude haber sido alguien más. Sentí que era lo mínimo que podía hacer por él. Generalmente los hombres entraban a mi vida, me regalaban una noche, me daban lo que necesitaba y se iban. Me pareció bien, por una vez, ser yo la que daba algo. Me parecía justo devolverle al universo algo, después de todas las personas que utilicé.

Pero entonces Paul volvió a mí.

En la pista.

Y pensé, por un instante, que podría volver a ser una distracción adecuada. Una noche, un beso más. ¿Y qué si no era la chica que él quería? Él tampoco era el amor de mi vida. No necesitaba eso de él. Necesitaba su tacto para callar el llanto de mamá que vive reproduciéndose en mi cabeza como un disco rayado. Llanto. Llanto. Llanto. Mi culpa. Mía. Llanto. Llanto. Paul podía ponerle pausa, Paul podría… pero no. No podría. Porque en cuanto me acerqué lo suficiente para que la luz aclarase sus facciones, sólo pude ver sus labios moviéndose para decir ese nombre. Para recordarme que el chico de tinta había sido maldecido con un corazón de miel. Y yo no quería que su condición se me contagiara, que su deseo de amor se me pegase como la peste a los desamparados.

Y desde ese reencuentro el nombre de Shelly viene a mi más seguido.

Ahora que le he puesto un rostro al rejunte de letras todo es peor. Sus ojos negros, su pelo hecho de sombras, parecen la personificación de todos mis miedos. Se ha vuelto la cara del amor, que me persigue tentándome con preguntas que dejan a mi curiosidad muerta de sed. Tantas respuestas que me

niego a tener porque el riesgo es demasiado alto, porque nadie que haya seguido la fórmula del *felices para siempre*, parece verdaderamente feliz.

Pero él no lo recuerda. Mientras por mi cabeza pasa en un segundo toda esa noche como un collage de memorias difuminadas por la borrachera, los ojos castaños de Paul muestran un desconcierto desolador.

No tiene idea.

No tiene idea de lo que le estoy hablando. No necesito que vuelva a decírmelo. Todos los signos de pregunta del mundo saltan en sus facciones, brillan en sus pupilas, y eso explica tantas cosas. Su descaro, su insistencia para conocerme más. Yo pensé que era un cretino, que no le importaba en absoluto haberme dejado tirada en ese auto sin decir ni media despedida, que le daba igual haber dicho el nombre de otra chica cuando me había tocado como si fuera una en un millón.

Lo veo. El momento exacto en el que el recuerdo se desbloquea en su mente y se incorpora, sus ojos abriéndose aún más, sin poderse apartar de los míos, un millón de cosas que no puede decir porque su mente aún está ocupada encajando las piezas. Veo su arrepentimiento escrito en cada centímetro de su piel, con tanta claridad como el conjunto de números romanos y relojes que adornan su antebrazo izquierdo.

—Ali…

—¿Ahora te vas a acordar mi nombre?

Mi chiste no parece hacerle gracia al principio. Sus cejas se fruncen y la confusión se ve perturbadoramente adorable en un cuerpo como el suyo.

Entonces se le escapa una carcajada.

Una única risa que se extiende y se extiende y se extiende y lo deja tirado en la cama riéndose sin más. Se tapa la cara con las manos, pero el gesto apenas ayuda a ocultar su risa.

Me deja estática.

No puedo hacer más que quedarme sentada y observar.

Esa no era la reacción que esperaba.

Creo que he roto a Paul.

No sé cuánto tiempo pasa pero empiezo a sospechar que yo también estoy rota porque mis ojos parecen incapaces de apartarse. Hay algo en Paul que me recuerda a una taza rota que alguien ha intentado volver a pegar con la peor técnica posible. Se ven absolutamente todas las quebraduras, pero entre ellas se derrama una luz inocente que me atrae como si fuera una polilla. Paul es el tipo de chico que se enamora y el tipo de chico lleno a reventar de sueños, de ideas,

de expectativas. Quiero envolverme en la luz que genera y dejarme morir allí.

—Es que soy un hijo de puta. —No sé cuándo dejó de reír, pero la sonrisa sigue en su rostro. Es como si no pudiera creerlo, la decepción en sí mismo es tal que su cuerpo la expulsó por completo. Sus palabras son más para él que para mí, pero no puedo evitar responder.

—Tu mamá no tiene nada que ver con esto.

Él suelta otra risa.

No creo que esté siendo muy graciosa en este momento. Estoy intentando insultarlo, sostener esta dinámica que veníamos teniendo, en la que yo marco las distancias. Incluso cuando sigo sentada al pie de su cama y me muero de ganas por sentarme un poco más cerca de su luz.

—¿Sabes qué me pasa?

—No, no quisiste decírmelo.

—Que acabo de hacer llorar a mi ex, porque no sé controlar mi bocota en frente de ella. Y vengo a enterarme que aparentemente no sé controlar mi bocota en ninguna situación. Y ahora entiendo. Yo llevo todo este tiempo pensando que simplemente eras una borde de mierda y en realidad me odias con toda la razón del mundo.

—No te odio por eso. —Ya no me molesto en negar que lo que siento es odio. ¿Qué otra palabra podría usar?

Paul deja ir el aire por la naríz como para contener otra carcajada.

—A ver, ilumíname. ¿En qué más la cagué?

—Te odio porque eres un ingenuo.

—¿Disculpa?

—¿Qué quieres que te diga? —respondo, encogiéndome de hombros—. Me dijiste que querías invitarme a salir, conocerme y todas esas estupideces que debes decirle a medio mundo. Y todo eso mientras tienes a tu ex todavía en la cabeza. Quieres que sea un reemplazo para lo que sea que te pasó con ella. Quieres encontrar el amor otra vez. Y yo no quiero ninguna de esas cosas. No soy sustituta de nadie, ni tengo ganas de enamorarme.

Incluso cuando la curiosidad me mata desde que te escuché decir el nombre de Shelly.

No le digo eso. Esa es *mi* pequeña verdad y voy a deshacerme de ella porque sé que no necesito enamorarme para saber cómo termina. Paul es la prueba andante de ello: está encerrado en su cuarto con una desconocida, al borde de una crisis nerviosa porque su ex está abajo y no parece capaz de soportar volverla a ver. Esas son las consecuencias del amor.

Se me queda mirando por un rato más largo del que me gustaría. Quiero removerme en mi lugar, pero me obligo a quedarme quieta, a fingir que nada de esto me está afectando, a suprimir las llamas que consumen mis pensamientos. Sus ojos son preciosos, sus pestañas parecen extenderse y alargarse hacia mí como instrumentos de operación listos para abrirme al medio y estudiar cada rincón de mi cuerpo. Tiene ojos que piden respuestas, que admiran sin vergüenza. Si lo hubiera conocido antes de esa noche en el bar, hubiera sabido que estos son sus ojos, que siempre llevan el doble de intensidad que los de cualquier otra persona. Los ojos apagados que llevaba en el rostro la noche que lo conocí eran fruto de la intoxicación, de la desesperación por ahogar todos esos sentimientos.

—¿Y si te enamoras? —pregunta al fin. No niega nada de lo que he dicho. Sabe que tengo razón.

—No quiero enamorarme. Ya te lo dije.

—No siempre tenemos lo que queremos. A veces nos toca sin más.

—¿Sigues con el rollo ese del destino?

—Sólo digo que hay cosas inevitables.

—Si me estás diciendo que es inevitable que me enamore de ti, quiero decirte que es un poco pretencioso por tu parte.

Vuelve a reírse. El sonido deshace algo en mis entrañas.

—Sólo estoy diciendo que hay cosas inevitables. Nada más.

—No coincido. Si ahora mismo me paro y salgo por esa puerta… —La señalo con la cabeza, pero él no quita sus ojos de los míos. Se vuelve a parecer al chico que encontré en el estudio de tatuajes y eso me genera algo similar al alivio pero teñido de una incertidumbre que me marea como si estuviera cruzando el mar en una canoa y en plena tormenta eléctrica—. Nunca más volveremos a vernos. Y sería puramente mi decisión.

—Es un pésimo ejemplo. Ya nos volvimos a cruzar en un montón de ocasiones. Y ninguno de los dos lo estaba buscando. Además, ¿por qué tanto drama para evitar enamorarse?

—Ja. ¿Y por qué no te miras al espejo dos segundos? Estás hecho un desastre porque te enamoraste. El amor siempre se termina. Nunca dura.

—Eso es… un poco exagerado de tu parte, ¿no te parece? —Su sonrisa me dice que me lo encuentra divertido, pero sus ojos se oscurecen. Como si tal vez lo estuvieran pensando dos veces, o como si temieran algún día ver el mundo como yo lo hago.

—Me baso en lo que observo. El método científico más antiguo. No conozco

una sola persona en este mundo que no haya sufrido por amor.

—No creo que amar y sufrir sean mutuamente excluyentes.

—Veo que eres un poeta. Vaya sorpresa. —Mi tono destila ironía, pero Paul no parece tomárselo personal. Sigue hablando como si no me escuchara.

—Amar viene con un poco de sufrimiento, sí, pero lo vale.

—No voy a discutir esto con un desconocido. Por dios, estamos en un cumpleaños, qué deprimente.

—¿Te incomoda?

—¿Estar en un cumpleaños? No, ni un poco.

Su sonrisa felina juega con la tentación de una forma deliciosa. Quiero pararme y correr.

—Así que te incomoda hablar del amor. Mírate, tan rápida para echarme cosas en cara y tan cobarde para aguantar mi respuesta.

—No me incomoda *hablar del amor*, me incomoda hablarlo con un desconocido.

—Te vi desnuda.

—No tienes idea de quién soy.

—Por lo que vi, nadie tiene idea.

Su comentario me descoloca. Nuestro ping pong de preguntas y respuestas se interrumpe, pero salvo el punto justo antes de darle tiempo a la pelota a picar por segunda vez.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que no le has dicho a Leo ni a Willa que ya nos conocíamos. No sé por qué, pero guardas cosas.

—Qué dramático.

Mi pulso corre desbocado, se oye como una catarata chocando contra mis oídos.

Mentirosa, mentirosa, mentirosa, cantan los peces que se lleva la corriente.

¿Es un crimen no querer que mis amigas conozcan ese lado de mí? Saben quién soy. Soy tan yo misma como puedo soportar ser cuando estoy a su lado. Pero Willa y Leo… no coinciden conmigo en muchas cosas. Willa es del palo del amor verdadero, de encontrar tu alma gemela, tu media naranja. Y Leo es de las que ni siquiera piensan en el amor porque no tienen tiempo ni para eso. Sé exáctamente cómo me mirarían si tratara de explicar por qué disfruto de las noches sola bailando, del alcohol, la oscuridad, el juego de tira y empuja, el consuelo de la seducción y el sexo en un mundo en el que nada nunca es justo. No voy a gastarme en intentar explicarlo. Me gusta. Me gusta el sexo, me gusta

que se dé con desconocidos a los que no les importo ni me importan a mí. Me gusta saber que no tengo que mandarles un mensaje al día siguiente y que ellos no van a llamarme nunca más. Me gusta que mis noches sean mías y que nadie me juzgue lo que decido o no hacer. Las noches son el único momento en el que puedo dejar el llanto de mamá aunque sea por cinco minutos y jugar a ser joven y estúpida y a no tener una sola preocupación en la vida.

Que Paul sepa que esa parte de mí existe, que la haya visto, que la haya tocado… la piel se me pone de gallina. Sus ojos caen sobre mis brazos desnudos, recorren mis clavículas y mi cuello. Se detienen un instante en mis labios antes de volver a mis ojos.

Su mano se extiende hasta tomar mi brazo libre. Mi cuerpo reacciona encogiéndose, pero no me aparto de él. Su acto es delicado, opuesto en todos los sentidos a los arranques posesivos que dejó ver esa noche en mi auto. Pero el calor es el mismo. Incluso cuando apenas se trata de un roce.

Su dedo pasa por encima del tatuaje recién hecho sobre mi codo.

Otra cosa que había olvidado por completo.

Cada vez que veo la finca y sus árboles quemados en mi piel, me abraza algo pequeñito y suave, que me recuerda al aroma del incienso que mamá prende siempre en su tienda. Es una melancolía que me desarma por completo.

Que Paul me haya dado eso, que sepa tanto incluso cuando insisto en no dejarlo conocerme ni un poco… son el tipo de cosas que lo vuelven peligroso, pero también el tipo de cosas que lo vuelven adictivo.

—¿Te puedo preguntar algo? —Su pulgar traza círculos hipnotizantes sobre mi piel. Sus ojos evalúan el tatuaje y asiente como si estuviera evaluando la cicatrización.

¿En qué momento se ha acercado tanto? No tengo registro de haberlo visto moverse. Cuando entré, estaba tirado en la otra punta de la cama. Ahora está a menos de un metro de mí, sentado con las piernas cruzadas como un indio sobre la cama; una posición extrañamente infantil para la conversación que estamos teniendo, para los recuerdos que nublan nuestras mentes. Su habitación es tan pequeña que apenas entra esta cama de plaza y media, su presencia lo llena todo. De golpe soy horriblemente consciente de que todo aquí huele a él. Paul huele a shampoo de niño y a hogar y debajo de eso está ese deje de aroma a hombre que todo ser del sexo masculino parece poseer.

Me encojo de hombros. Porque definitivamente no me está afectando en absoluto su cercanía. *No me afecta. No me afecta. No me afecta.*

—Supongo.

—¿Por qué me besaste esa noche?

Él acercándose, su cuerpo bailando contra el mío, la música sacudiendo hasta el más pequeño de mis huesos como si quisiera romperlos en un millón de pedacitos. Sus manos en mi cintura, pegándome a él sin el más mínimo recato. Todo lo suave de mí contra todo lo duro de él. El chico de tinta se veía como una pesadilla envuelta en sueños, ¿qué más se puede pedir?

Empujo el recuerdo.

—Hasta donde yo sé. Tú me besaste a mí.

—¿Por qué me devolviste el beso?

—¿Quieres que te diga que es porque me parecías atractivo? Porque no estoy aquí para subirte el ego.

Paul es inmune a mis desviaciones, se mantiene inamovible como una embarcación hundida, anclada al fondo del mar. No hay marea que pueda llevársela, ha encontrado paz en la profundidad.

—Quiero entender qué buscabas esa noche.

—¿Una chica no puede salir a divertirse porque sí?

—No estabas ahí para divertirte. Estabas ahí para olvidar.

Mi corazón acelera el ritmo como si con eso pudiera escapar de Paul, pero se tropieza con sus propios cordones y se cae, rodando contra el asfalto. Siento cada magulladura ardiendo dentro mío, gotitas de sangre heladas por la precisión en sus palabras.

No es la primera vez que Paul da voz a mis pensamientos como si supiera exactamente quién soy.

—¿Y si ya lo sabes, para qué preguntas?

Sonríe mientras niega con la cabeza. Me hace sentir perdida, como una niña que no entiende los chistes de la mesa de adultos.

—No me estás escuchando. Yo sé que estabas ahí para olvidar, pero ¿qué buscabas?

—Una distracción.

Él asiente, como si al fin estuviera satisfecho con mi respuesta. Su aprobación me sorprende bañándome con una felicidad estúpida e inexplicable. Como si mi cuerpo quisiera obedecerlo.

Siento el sillón hundirse cuando se mueve, apenas sólo unos centímetros sobre el cobertor. Nuestros cuerpos se inclinan buscándose. Su rodilla toca mi cadera, pero en lugar de querer salir corriendo, quiero abalanzarme sobre él, eliminar esas distancias. La luz del velador, que apenas puede combatir las sombras que se meten por todos lados en la habitación, deja un tinte cálido sobre

la palidez de sus labios.

Va a besarme.

Y yo voy a dejarlo.

Estoy tan segura de ambas cosas que la anticipación me consume. Pero Paul no tiene apuro y sigue hablando.

—¿Fui una distracción?

—Algo me dice que yo fui lo mismo para ti.

—*Touché*. ¿Sabes? No me vendría mal distraerme ahora.

—¿Ah, sí?

Él asiente, sus ojos se precipitan hacia mis labios y se llevan mi aliento con ellos.

Paul Grimmaldi es magnético, todo en él me llama a gritos.

Se inclina hacia mí.

Su aroma me abraza, me sofoca, me ruega que me ahogue en él. Su mano se desliza por mi brazo, dejando un camino de piel ardiendo a su paso; sus dedos pasan por mi antebrazo, por el interior de mi muñeca, por la punta de mis dedos, hasta quedar sobre mi muslo; las finísimas medias negras no hacen nada por apaciguar la intensidad de la sensación. El contacto es directo y la necesidad se dispara.

—Sí. Y creo que a ti también te vendría bien que yo…

Sí, sí, sí, sí.

El coro de voces en mi cerebro es desafinado y tan pero tan alto que al principio no escucho los toques en la puerta. Sólo puedo pensar en que quiero que termine de cortar la distancia entre nosotros porque por algún motivo yo me siento incapaz de hacerlo. Besarlo sería perder, sería ceder, y yo no hago ninguna de esas cosas.

—*¿Paul? ¿Estás ahí?* —La voz de Leo al fin conecta con los receptores de mi cerebro. Mis ojos se abren de par en par y me levanto de la cama de un salto, poniendo toda la distancia posible entre Paul y yo. Sus facciones se desarman en una contradicción, frustrado y divertido por igual con la interrupción de su hermana. Cuando me mira a los ojos y niego con la cabeza su sonrisa se ensancha como la de un demonio.

—Así es —responde con calma, pero es imposible disimular lo rasposo de su voz, la profundidad de sus vocales al arrastrarse sobre su lengua.

No puedo estar pensando en su lengua en este momento.

Pero lo hago y la idea intensifica la presión entre mis piernas.

—*¿Viste a Ali? Willa dijo que llegaron juntas pero no aparece por ningún*

lado.

Detesto la plegaria en mis ojos, detesto que en los suyos la malicia sea suficiente como para hacerme creer que es capaz de hacerlo, de decirle que pase para encontrarme aquí encerrada con su hermano, las mejillas sonrosadas como si lo que estuvo por pasar ya hubiera pasado y la adrenalina lo suficientemente alta como para que en un arranque de odio me olvide de las consecuencias y ahorque a Paul.

Soy una brújula rota que no tiene ni idea de dónde está el norte, Paul actuando como un imán, moviéndose de un lado a otro constantemente, haciéndome girar y girar y girar.

No puedo imaginarme una peor forma de decirle a Leo lo que sucedió entre Paul y yo. No que pensara decirle, pero si fuera a hacerlo preferiría que no fuera así. *¡Feliz cumple! Aquí estaba con tu hermano, esperando que me bese como la otra vez. Ah, ¿olvidé mencionarlo? Tuvimos sexo salvaje y borracho en la parte de atrás de mi auto hace unos meses. Ja. Ja.*

Soy una amiga de mierda. ¿En qué estaba pensando?

—Nop —responde al fin. Su negativa me devuelve el aire al cuerpo—. Ni idea. ¿Te fijaste en el patio? Tal vez salió a fumar.

—Hace un frío de cagarse… Bueno, me voy a fijar igual, qué sé yo. Y al menos podrías haberme dicho feliz cumple, tarado. ¡Gracias! —Sus pasos se alejan de la puerta sin esperar una respuesta.

Paul descruza sus piernas y se pone de pie muy lentamente, como un gato desperezándose, como si nada de lo que acaba de pasar lo afectara en absoluto. Es como si la adrenalina alimentara su ego.

—Eres un… —No me deja terminar, porque sigue avanzando hasta dejarme casi presionada contra la pared. Su mano se extiende y creo que va a posarse en mi cintura, acercarme a él y retomar las cosas donde las habíamos dejado, pero su tacto nunca me encuentra. En su lugar, escucho un *clic* a mis espaldas y una ráfaga de viento helada choca mi espalda.

Detrás de mí hay una puerta que fallé al ver entre las penumbras de la habitación y da a un balconcito ínfimo con una escalera que tiene salida al patio. Es apenas un cuadradito de cemento con un par de macetas, mal iluminado por una lámpara que se prende y apaga cada pocos segundos.

—Tienes aproximadamente cinco segundos para bajar las escaleras y llegar afuera antes que Leo.

Me deja sin palabras.

—Pero…

—Esto puede esperar. Ve. Que yo tampoco quiero armar un escándalo en el cumpleaños de mi hermana.

Tardo lo que parece una eternidad en procesar lo que me dice, pero al final comprendo y me doy media vuelta como para irme. Su mano se envuelve en torno a la mía, obligándome a detenerme.

No volteo. No quiero mirarlo a la cara. No quiero ver sus labios moviéndose cuando diga lo que sea que esté por decir. Lo siento acercarse, sin soltar mi mano. Siento su cuerpo entero pegarse a mi costado. Ni un centímetro nos separa y sus labios rozan mi mejilla cuando deja un beso allí y susurra.

—Ve, pero me debes un beso, Mar Aliena.

No tengo tiempo para responderle.

Lleva todo de mi deshacerme de su agarre para enfrentarme al frío de la noche. El viento helado me revuelve el pelo y la puerta se cierra detrás de mí con otro suave *clic*.

Apenas llego a sentarme al pie de los escalones, en la posición más casual que puedo inventar, cuando Leo abre la puerta corrediza que da al patio.

—¡Ali! ¡No te encontraba por ningún lado!

Creo que le digo feliz cumpleaños, que la abrazo y balbuceo alguna excusa barata, con los dientes castañeando por el frío.

No lo sé.

Mi cerebro se ha quedado arriba de esas escaleras, en la sensación de los labios de Paul contra mi piel, como la promesa de algo más que no estoy segura de poder volver a negarle.

CAPÍTULO 11
Paul

El abuelo amaría estar aquí para ver todo esto.

Él se habría dado cuenta de cómo los ojos de Ali y los míos se encuentran… no, no se encuentran, se *buscan* una y otra vez. El abuelo habría hecho un chiste al respecto y yo le habría contado que Ali es la primera persona que conozco que le tiene miedo al amor. El abuelo se hubiera sorprendido. Nadie nunca amó a otra persona como él y la abuela se amaron. O al menos eso dice. Yo no llegué a conocerla. Murió poco después de que naciera papá. Pero el abuelo me contó la historia tantas veces que podría recitarla pausando para suspirar como él lo hacía.

–La conocí en un baile. En ese momento bailábamos de verdad, no hacíamos eso que hacen ustedes de moverse como orugas drogadas. En fin. La invité a bailar. Y bailaba. Cómo bailaba. Nadie se movía como ella. Sonreía al ritmo de la música, te lo juro, todo lo que hacía parecía coreografiado para que fuera imposible apartar la vista.. Después me enteré de que era profesora de baile. Podría haber bailado para la Ópera de París, siempre se lo dije, pero ella no quería eso. Le gustaba estar aquí, le gustaba enseñar. ¿Qué te estaba diciendo? Ah, sí. La saqué a bailar una y otra vez esa noche. Y en un momento la perdí de vista. Se fue a pasar un rato con su hermana, que la había acompañado esa noche, y cuando quise volver a buscarla no estaba por ningún lado. Se me frenó el corazón, te lo juro. —La ironía de esas palabras cuando las recuerdo hoy, cuando su corazón en efecto decidió fallarle en el momento más inesperado, no se me escapa—. *La fui a buscar afuera y la alcancé justo en las escaleras.* —Puedo recordarlo negando con la cabeza, sus ojos celestes entrecerrados por la sonrisa y la calidez del recuerdo. Las imágenes, distantes pero tan lúcidas como siempre, clavan sus garras en mi memoria, me hacen un daño dulce al que me he vuelto adicto—. *¿Puedes creerlo? Habíamos bailado toda la noche y se iba sin siquiera dejarme un número. Pero la frené y no la dejé irse hasta que aceptó salir conmigo. Quedamos para el día siguiente. No quise darle tiempo para arrepentirse.*

Siempre había hablado así de la abuela, como si siguiera con él, como si hubiera renacido ese día en esa pista de baile, cuando ella le sonrió. Como si no

pudiera imaginar una vida mejor que la que vivió con ella, incluso si fue corta. Si Ali lo hubiera escuchado hablar así de mi abuela, tal vez entendería un poco mejor el amor. Ojalá pudiera contarle una historia como la del abuelo para ayudarla a ver la otra cara de la moneda, pero hoy por hoy no podría hablar de mi propia experiencia en el amor con una sonrisa.

No conozco una sola persona en este mundo que no haya sufrido por amor.

¿Y por qué no te miras al espejo dos segundos? Estás hecho un desastre porque te enamoraste. El amor siempre se termina. Nunca dura.

Ali tiene razón. El amor suele terminarse.

El tiempo y la vida misma son polillones que se posan en su lana suave y se la van comiendo de a poco, agujereándola hasta que no quedan más que hilachos sueltos de lo que fue alguna vez. Pero esos hilos… esos hilos quedan. Siempre algo queda. Es imposible haber amado de verdad a alguien y ser completamente indiferente. Verla a Shelly duele, no porque haya dejado de amarla si no porque no puedo evitar hacerlo. Nuestras historias llevan demasiado tiempo entrelazadas, hay demasiadas partes de mí en ella, demasiadas partes de ella que forman el núcleo de lo que soy hoy.

Veo a Ali charlar con Leo y Willa, Ashford silencioso como siempre al lado de mi hermana. No se tocan, pero su cercanía es la suficiente para hacerme cuestionar sus intenciones. Ali sonríe. Es una sonrisa amable, pero es distante. Sus ojos vuelven a los míos, como lo han estado haciendo constantemente esta noche.

Algo ha cambiado.

Nuestra pequeña charla en mi habitación se ha deshecho de una parte de la niebla que había entre nosotros. Con los malos entendidos aclarados, entiendo mejor a Ali. Pero no lo suficiente como para saber lo que significa esta nueva forma de verme que tiene, con la comisura derecha levemente alzada como si supiera mejor que yo lo que pasa por mi mente.

Me gustaría pedirle perdón, pero no creo que le interese escuchar mis disculpas. No recordaba prácticamente nada de esa noche, pero en cuanto habló recordé el instante en el que dije el nombre de Shelly, la culpa que me carcomió porque Shelly era mi novia y yo estaba en el auto tocando a otra chica y deseando con todas mis fuerzas que pudiera querer tocar a Shelly como quería tocar a la chica de la sonrisa ahogada. Pero no podía. La química que alguna vez había existido entre mi novia y yo se había apagado bajo una tonelada de discusiones y reclamos. Cuando la veía quería huir en la dirección contraria. Cuando vi a la chica con el cabello trenzado con todos los colores del arcoíris

volví a sentirme un niño desesperado porque sabe exactamente en qué estante han escondido el chocolate, pero es demasiado bajito como para alcanzarlo. Me pregunto si el abuelo habrá sentido ese cosquilleo bajo la piel, esa necesidad inminente, más grande que sí mismo, que su cuerpo, su mente y sus ideas, de encerrar en una bola de cristal el momento en el que vio a la abuela bailar por primera vez. Me pregunto si habrá querido guardar ese instante para sacarlo las noches en las que el mundo se sentía muerto, para recordar cómo se siente estar vivo.

La verdad es que me gustaría pedirle perdón, sí, pero para eso tendría que hablarle y si bien las cosas han cambiado entre nosotros, no han cambiado a nuestro alrededor. Shelly sigue mirándome desde lejos, castigándome con su silencio y sus ojos de cervatillo. Y en esta sala llena de gente, Ali no está dispuesta a que nos vean hablando con el tono inevitable que tienen nuestras conversaciones, demasiado sentidas y cargadas de connotación como para disfrazarlas de algo nuevo. Tienen sabor a historia y a promesas en nuestras bocas y cualquier idiota se daría cuenta de ello. Así que me mantengo lejos, de la misma forma en la que mentí por ella cuando Leo tocó la puerta de mi habitación. Porque quiero que confíe en mí, en mi capacidad para guardar un secreto.

Supongo que la confianza es el primer paso. ¿Hacia dónde? No lo sé. No quiero pensar en eso ahora. Me conformo con la complicidad de su sonrisa, con la sensación de que por primera vez en muchísimo tiempo, avanzo hacia algo.

CAPÍTULO 12
Ali

Han pasado veinticuatro horas y no consigo deshacerme de la sensación de la mano de Paul sobre mi muslo. Una sola mano hizo más de lo que cualquier roce, toque o beso hizo en mi vida. Es como si su tacto me hubiera vuelto idiota.

No puedo dejar de pensar en su perfume.

Huele a *hogar*.

Está impregnado en mis fosas nasales, arraigado a mi memoria con tanta fuerza que de a ratos, si cierro mis ojos y recuerdo su olor, casi puedo teletransportarme a su habitación.

Jay, en cambio, huele a jabón.

No es colonia, ni desodorante, ese es *su* olor. Es la marca que dejan en él sus rutinas, sus costumbres, sus productos de limpieza, los pequeños detalles que atraviesan su vida incluso de las formas más sutiles; y de todas esas partes de él, yo solo conozco el resultado: jabón. Su ropa, su piel, su pelo, todo huele a jabón. Incluso después del sexo.

Lo huelo en sus sábanas.

Llevamos un tiempo viéndonos así –desde que me reencontré con Paul en la rampa, para ser exactos–, por las noches sin más introducción que la de un *hola* antes de atacar la boca del otro como si fuera lo único que importa, y hemos llegado al punto que detesto, el punto en el que empiezo a notar esos detalles, el punto en el que ya sé que tiene dos juegos de sábanas –las blancas y las verdes con rayas–, el punto en el que sé que su collar favorito es el que tiene el colgante de la amatista, aunque tiene otro con una obsidiana que a mí me gusta mucho más. Estamos en el punto en el que sé si quiere verme o prefiere dejarlo para otro día solo por la forma en la que responde a mis mensajes. Y últimamente siempre parece querer verme. Responde rápido, inicia conversaciones, manda mensajes a mitad del día preguntándome qué hago.

Me es imposible dormir entre tanto silencio.

Suspiro y me doy la vuelta.

El reloj marca las dos y veintinueve de la mañana.

Lo miro.

Lo miro.

Lo miro.

Dos y media en punto.

Es extraño estar aquí, en esta habitación de estudiantes de la Universidad de Crawford. Si entrecierro los ojos puedo fingir que Jay no está medio desnudo a mi lado, puedo fingir que el sudor de mi cuerpo no existe, que esta habitación genérica es completamente mía, que mañana voy a despertarme aquí e ir a cursar al campus a pocas cuadras, que no tengo que volver a casa con mi madre y sus putas lágrimas.

Si vendiéramos la casa, nos mudásemos lejos, ¿nos seguiría el fantasma de papá? Pienso en él como algo físico y tangible. A veces me levanto en medio de la noche y voy a su cuarto para chequear que no esté allí. Nunca está. Nunca va a volver a estar y saberlo alivia el nudo en mi pecho pero la imagen de mi madre sola en la cama que solían compartir se siente como una mano invisible apagando un cigarrillo en mi esternón. Cuando la veo tan pequeña, tan delgada, tan débil y carcomida por el dolor, realmente pienso en tomar nuestras cosas e irnos. Lo he hablado con ella, ¿qué la retiene? ¿por qué se aferra así al dolor? ¿por qué se niega a avanzar? Me dice que no puede dejar el negocio –mamá tiene un pequeño negocio de tarot en la primera planta de la casa–, que no quiere perder más cosas. Yo creo que podría reubicarse en otro lugar, que sus clientes regulares llevan veinte años viéndola a ella y la seguirían a donde fuera, que incluso se beneficiaría de una nueva ubicación; nueva gente, nuevo ambiente. No importa cuánto palo santo pasee por las esquinas de casa, no importa cuántas limpiezas espirituales haga, papá sigue en cada rincón. Hay recuerdos de él bajo todas las superficies, metidos en las marcas blancas que quedaron en la pared de la cocina cuando mamá sacó los cuadros que habían elegido juntos especialmente para ese lugar. Los recuerdos de papá son una plaga devorándolo todo desde dentro, habría que tirarlo abajo para sacarlas.

Lo paso bien con Jay. Y él definitivamente lo pasa bien conmigo.

Nos reímos. El sexo es bueno. Más que bueno. Tiene una pinta de *hippie* que mi madre amaría y unos ojos que siempre están rodeados de ojeras y buenas intenciones. Creo que ese es el problema. No tengo ganas de pasarlo bien con Jay. Tengo ganas de verlo como al principio, cuando no éramos más que dos desconocidos constantemente coqueteando, adrenalina y hormonas bullendo en nuestras venas, tentándonos a poner a prueba todo límite. Tengo ganas de no querer nada, tengo ganas de querer irme. Pero quiero quedarme.

Él hace un ruido. No lo había escuchado antes. Generalmente apenas terminamos con el sexo me voy, pero hoy me he quedado sin siquiera darme

cuenta. Su cara de cansado, sus palabras adormecidas por el agotamiento de la época de exámenes, me convencieron de acompañarlo incluso sin que él me lo pidiera. Y ahora sé algo nuevo: Jay balbucea dormido.

Se mueve un poco, se reacomoda, y su cuerpo busca el mío. Me toma por la cintura y me pega a su pecho. Es como recibir un disparo de luz de sol directo al corazón. Incluso si mis músculos se tensan y buscan alejarse instantáneamente, el calor se extiende bajo mi piel como una peste. Es un musgo verde y lleno de deseos que no puedo aplastar lo suficientemente rápido.

Por eso saco su mano de mi cintura con todo el cuidado que puedo.

Esto no me pasaba antes.

Antes de Paul, todo lo que la cercanía de Jay hubiera generado era rechazo. Hoy me hace preguntarme si esto es parte de las cosas que Paul extraña de Shelly, si dormir con alguien puede sentirse bien, si le daría lo mismo dormir con cualquier persona mientras sea *alguien*, mientras llene el espacio vacío a su lado. Me pregunto si sigue besando a chicas en discotecas atestadas y si después dice el nombre de Shelly contra sus labios. Me pregunto si ellas reaccionan como yo lo hice, con un espasmo en el pecho similar a la envidia, a la pena, al dolor, o si gritan y lo sacan a patadas de allí. Me pregunto si las mira como si no se reconociera ni a sí mismo mientras huye. Como si en el nombre de Shelly hubiera perdido el suyo.

Jay balbucea otra vez y me quedo quieta un instante, pero sus ojos permanecen cerrados.

Sabía que no se despertaría. Otra de las cosas que he aprendido de él es que tiene el sueño pesado.

Y detesto saberlo, pero en este momento me aferro a ello, deseando no estar equivocada. Porque el corazón me martillea pidiéndome que lo escuche, que me quede un segundo más, que por favor, *por favor*, no le haga esto de nuevo. Pero sigo esta rutina que tan bien conozco: busco mi ropa a tientas en la oscuridad, tratando de recordar los lugares en los que la fuimos dejando caer, me la pongo, levanto por último mis zapatillas, abro la puerta y me escabullo.

—*No te me vayas a ilusionar, ¿eh?* —dije una vez. El *eh*, en esa situación de tan poca ropa y tanta piel, se había convertido más en un gemido que en una burla.

—*¿O qué?* —Jay dejó un beso entre mis clavículas—. *¿Vas a escaparte en medio de la noche?*

—*No sería la primera vez.*

Jay se rió.

No tenía risa fácil pero le divertía que fuera tan directa, creo que más que nada lo sorprendía. Nunca se esperaba mis palabras y siempre cometía el error de creer que eran un chiste. Y yo lo dejaba.

Mientras cierro la puerta, pienso en esa noche, tan solo unas semanas atrás, y deseo que recuerde esa conversación, que no se haya deshecho en el vapor que llenaba el baño, que el agua corriendo por nuestros cuerpos no las haya lavado. Deseo que no me resienta porque se lo advertí y el que avisa no traiciona.

Para cuando me subo al taxi, ya bloqueé su número, lo borré y estoy convencida de que así estoy bien. Y si mi corazón hace tanto ruido es porque le gusta llamar la atención, incluso cuando no tiene nada que decir.

CAPÍTULO 13
Paul

Al principio pienso en dejar que el destino se encargue de regresarme el beso que me debe. *Necesito que el destino me dé otra prueba más para convencerla. Una vez es la vida, dos veces es casualidad, ¿pero tres? Tres es innegablemente el destino.*

Me aferro a ese argumento durante una totalidad de dos noches y casi dos días. Me lo repito una y otra vez cada vez que pienso en Ali y cada vez que pienso en Shelly —lo que deriva, inevitablemente, en Ali—. Me convierto en un disco rayado. Al menos hasta que me cruzo con papá.

Está otra vez en el sillón del abuelo, con la tele prendida y la vista perdida en el noticiero. Detesto que vea el noticiero cuando Tino está en casa, no me gusta que escuche sobre asesinatos y crisis y guerras. Es un niño. Y tampoco es como si papá lo estuviera escuchando.

Desde la muerte del abuelo hace mucho esto de sentarse en silencio en el ruido. Es como si quisiera tener algo de fondo como para no quedarse solo con su mente, como si le diera paz escuchar que allá afuera el mundo es horrible, mucho, mucho peor que lo que sea que las ideas que dan vueltas en su cabeza, peor que su propia vida, lo suficientemente terrible como para tener que estar agradecido de que esta es la vida que le ha tocado vivir.

Las crestas y valles que surcan su rostro parecen más pronunciadas, como si se hubiera encogido y le sobraran partes de sí mismo, su propia piel demasiado grande para sus huesos rotos. El abuelo es la primera gran pérdida de todos los Grimmaldi en esta casa. Después de todo, papá tenía solo unos días cuando murió la abuela. Nunca la tuvo en su vida como para perderla. El abuelo en cambio era su mundo. El abuelo construyó esta casa como construyó el negocio familiar: desde cero. Y dejó sangre, sudor y lágrimas para darle a papá una vida mejor de la que él tuvo. Y sé que papá quiere lo mismo para nosotros, pero no puedo evitar preguntarme en qué parte del camino se perdió a sí mismo intentándolo.

Me pregunto si entre todo eso que le ha quedado grande queda algo del hombre sonriente y trabajador que era cuando éramos pequeños. Hoy sonríe poco. Sonríe para Leo, cuando viene los sábados a las noches de Monopoly y

sonríe para mamá. Pero bueno, es imposible no sonreírle a mamá, quien tiene esa capacidad de con una mirada hacerte sentir la persona más importante del planeta.

—Buenas noches —digo cuando paso por su lado, haciendo girar las llaves de la moto en una mano y agarrando el casco para salir. Él apenas se espabila lo suficiente para devolverme un asentimiento de cabeza—. Tino ya se bañó. ¿Puedes acostarlo?

—¿Tanto te costaba hacerlo?

Sus palabras son como un puñetazo al pecho. Me frenan con la mano casi en el picaporte.

Me obligo a respirar. El único motivo por el que no le dije que apague la televisión ni que cambie de canal es porque quería evitar una discusión. Hoy trabajé una cantidad de horas completamente irracional, frenando solo para ir a buscar a Tino a la escuela. Tengo un calambre en el meñique de hacer tantos tatuajes seguidos. Lo único que quería de hoy era ir a la rampa a hacer *skate* con mis amigos y reírme aunque sea por media hora con ellos. Pero parece que papá tiene otros planes para mi tarde porque no puede dejarlo estar.

—Todo el día haciendo dibujitos. ¿Cuándo vas a ayudar un poco en la casa?

Me doy la vuelta para encararlo.

Él se pone de pie casi al instante, como si no pudiera tolerar la diferencia de altura que hay entre nosotros cuando está sentado. Ahora es menor, pero sigo sacándole una buena media cabeza. Pero no es eso lo que me hace sentir el doble de hombre que él, sino saber que nada de lo que acaba de decir es cierto. Hace algunos años ver esa mirada en su rostro hubiera sido suficiente para acobardarme, para darle la razón y subir escaleras arriba para encargarme de lo que sea que me estuviera pidiendo esta vez. Pero ya no soy ese chico y mi padre no es el hombre que era.

Así como siempre tiene sonrisas para mamá y Leo, nunca parece tenerlas para Tino y para mí. Es como si por ser hombres tuviéramos que cargar con la responsabilidad de ser infelices, de trabajar el doble, de madurar antes, de ser más y mejores y perfectas máquinas de la eficiencia y el mantenimiento de la familia.

Sólo lo miro. Lo miro porque sé que tiene más para decirme y no puede esperar para hacerlo.

—Si no vas a ayudar aquí, por lo menos podrías darme una mano en el local. Probar tener un trabajo serio por una vez. Estamos cortos de personal hace tiempo. —*Estamos*; papá siempre se refiere al local como si fuera mío y suyo.

No importa cuánto discutamos al respecto, no importa que no lo haya pisado desde que terminé el secundario, él sigue empeñado en que ese negocio lo herede su hijo, tal y como hizo su padre—. Además ya va siendo hora de que empieces a encargarte tú.

He sabido que esta conversación surgiría desde el cumple de Leo, cuando lo escuché hablar con la tía Delia al respecto. Pero pensé que tendría al menos un par de semanas.

Supongo que no.

—Mi trabajo *es* un trabajo serio. Que me guste no lo hace menos válido que lo que tú haces.

—¿Pero qué dices? Si yo amo la tienda. Y tú también, está en tu sangre.

Papá no ama la tienda. Ama decir que es el dueño de algo, que cada peso que se hace en ese lugar lo ha conseguido su familia, ama decir que se armó desde cero, ama su orgullo. Y por sobre todo eso, ama decirle a cualquiera con un título universitario que tiene algo que ningún título va a darle a nadie: un negocio propio, eficiente y exitoso. Cuando lo que más quieres es imposible, la mejor forma de enfrentarlo es negando haberlo querido desde un principio. Y bajo ese principio, nunca nadie va a escuchar a papá contar la historia de cómo su promedio no fue lo suficientemente alto como para conseguir una beca, cómo lloró cuando las cartas que llegaban en respuesta a sus solicitudes lo rechazaron una tras otra. Si el abuelo no me lo hubiera contado con sus propios ojos llenos de lágrimas, ni a él le hubiera creído.

Papá, como yo, no fue lo suficientemente extraordinario para que nadie le abra las puertas de las prestigiosas universidades de la ciudad y el abuelo no tenía el dinero que se requería para pagar absolutamente nada. No cuando tenía que sostener el negocio y a la tía Delia por su cuenta. Supongo que por eso cuando papá se dio cuenta de que yo era tan promedio como él, puso todas sus fichas en que seguiría sus pasos. Leo sería su niña prodigio, yo sería su copia y Tino sería olvidado hasta que pudiera encajarlo en alguna otra categoría de su conveniencia.

Y si bien Leo –siempre perfecta, siempre exitosa– seguía el baile del titiritero tal como debería, yo decidí en el momento en el que terminé la secundaria que no podía permitirme que nadie tirase de mis hilos de esa forma.

—Agradezco lo que la tienda del abuelo hizo por nosotros, pero no voy a trabajar ahí. Ya lo hablamos. —Intento mantener el volúmen bajo y mis palabras controladas para evitar que nuestras voces lleguen a la habitación de Tino—. Voy a seguir trabajando en el estudio.

No le digo a papá que *Cucú tattoo* es solo la primera parada de este viaje, que parte del motivo por el que aún no me he mudado es porque cuando lo haga quiero que sea a un departamento lo suficientemente grande y luminoso para tener mi propio estudio. Tengo el talento para hacerlo y, todavía más importante, tengo tantas ganas de hacerlo que cuando lo pienso se me termina de acalambrar el resto del cuerpo de la ansiedad. Voy a contárselo cuando esté hecho, cuando pueda decirle "¿Ves? no soy un fracaso después de todo", y él no pueda hacer más que aceptar los hechos. No voy a darle la oportunidad de tirar abajo esta oportunidad para mí.

—Estás desperdiciando tu vida. Al menos podrías hacerlo menos horas y ayudar un poco aquí, ¿no te parece?

No sé desde qué lugar cree que está diciendo estas cosas. Es como si se olvidara que cuando entré a casa hace una hora él ya estaba tirado en el sillón con todas sus ideas adormecidas por el reflejo colorido del noticiero en sus pupilas.

—Pero, ¿te estás escuchando? —Suelo ser más paciente que esto, pero hoy no puedo con su mierda. Sólo quería un minuto de paz—. Llevo a Tino a la escuela todas las mañanas, lo busco por las tardes, le cocino y lo acuesto todas las noches. Y ahora que el abuelo no está también tengo que cuidarlo siempre. Hubo un agujero en las escaleras durante dos semanas y yo tuve que encargarme de arreglarlo porque llegas del trabajo y te pudres en ese sillón mirando la televisión por horas.

—Eres tan irrespetuoso…

—No, no te equivoques. Lo que soy es un imbécil, porque ahora mismo el trabajo que tengo y tanto odias me da suficiente como para irme de esta casa, pero me pediste que ayudara a pagar la cuota de la universidad de Leo y acepté.

—¿Irte de esta casa? ¿Pero quién te crees? Eres un niño. No durarías ni medio día en el mundo real. ¿Crees que tener dinero es todo lo que se necesita para ser adulto? —La violencia que generan en mí sus palabras es tanta que me asusta y ese miedo es lo único que me detiene cuando pienso en meterle un puñetazo—. Por favor. Te lo pasas sentado con tus reclamos y tu bronca hasta que las cosas *pasen*. ¿Cuándo vas a hacer algo al respecto y proponerte madurar? Eres chico y se ve en estos… estos *reclamos*. —Escupe la palabra con asco—. No tienes idea de la responsabilidad que es llevar esta familia. Tu madre y yo llegamos reventados a casa de trabajar todo el día. Deberías estar agradecido de que esto es lo único que se te pide.

El desprecio en su voz es ciego a cualquier cosa que yo pueda decirle, sin

embargo no puedo tragarme la bola de fuego que me quema el pecho. Cuanto más dice, más arde. Sus acusaciones son el viento incesante que anima las llamas.

—¿En serio vas a meter a mamá en esto? —Ahora mismo está en su habitación, terminando unos diseños para un cliente, trabajando a estas horas porque le pedí que esta tarde cuidara a Tino para que yo pudiera tomar los turnos extras en el estudio—. Ella al menos está con Tino todos los días.

—Si vive en esta casa. ¡Todos lo vemos todos los días! —Ríe como si no fuera él quien está diciendo estupideces.

—¡No alcanza con verlo! ¡Tienes que estar para él! ¡Eres su padre!

—Ah, genial, ¿Ahora vas a decirme cómo hacer de padre?

Esta es una discusión que no hemos tenido. Esto es nuevo.

Con papá nos peleamos por el estudio, por las reparaciones de la casa, por el noticiero, por el negocio, por quién cocina, quién lava, quién ayuda más y quién ayuda menos. Pero nunca, nunca jamás habíamos peleado por Tino.

No me doy cuenta hasta que lo digo –*eres su padre*– como una flecha que se dispara y atraviesa piel, músculo y hueso, que ese es el verdadero motivo detrás de cada pelea.

—Sí, porque parece que te olvidaste.

—Paul, más te vale cuidar lo que estás diciendo porque…

Me doy la vuelta y desconecto el televisor de la pared, porque la voz alegre de la mujer hablando del clima está por volverme loco. Cuando me vuelvo hacia papá, está más cerca, más furioso, la vena en su frente al borde de explotar. Puedo contar los latidos de su corazón por cómo la sangre que fluye en esa vena la dilata y la contrae en un bombeo errático.

—¿Por qué? —exijo—. ¿Porque tengo razón? Ser padre no es solo traer plata, eh. Dios, no le dedicas un puto segundo del día a tu hijo.

Da un paso hacia mí.

—Cada hora que trabajo es para ustedes. No hay nada en este mundo que me gustaría más que ser yo el que se encargue de…

Se me escapa un sonido de incredulidad, casi una risa en medio de este delirio.

—Qué mentiroso puedes llegar a ser. Si tanto quisieras estar con Tino, si tanto murieras por pasar un rato con él, encontrarías el momento para hacerlo. —Señalo a la televisión—. Si algo te sobra es tiempo.

—Afuera. De. Mi. Casa. —Cada pausa entre palabras es un disparo.

—Ah, genial, *ahora* es tu casa. Pero cuando había que arreglar las escaleras

era la casa de todos. ¡Qué conveniente! —Él abre la boca, pero no lo dejo ni empezar. Me alejo y tomo el casco de donde lo había dejado—. Yo me voy, pero que ni se te ocurra dejar a Tino arriba solo. Acuéstalo, leéle un cuento y por una puta vez intenta pasar un buen rato con él.

Cierro con un portazo, cortando a medias el reguero de reclamos.

Me gustaría decir que olvido todo lo que dice papá en cuanto me voy, que en cuanto acelero en la autopista todo se va de mi mente y nada me afecta. Me gustaría que no tuviera nada de razón, ser el dueño indiscutible de la verdad y pensar que probablemente esté en casa lamentándose porque al fin ha entrado en su cabeza, que está hecho un desastre y tiene que cambiar de una puta vez.

Pero la realidad es que estoy un noventa y nueve porciento seguro de que papá está en casa maldiciéndome, que si acostó a Tino lo hizo sin dedicarle ni medio segundo más del necesario, teniendo en mente demostrarme que estoy equivocado y sin disfrutar ni un poco del momento con el hijo que sí está ahí dispuesto a recibir cualquier tipo de afecto por su parte. La realidad es que papá llenó mi cabeza de ideas que alimentan a *la cosa* y la tienen revolviéndose dentro mío como un bicho agonizante que se retuerce en busca de un segundo más de vida.

Y dijo algo… algo en particular que rebota en mi cabeza y hace un eco infinito y tan alto que me da ganas de frenar y gritar porque no puedo ignorarlo.

Te lo pasas sentado con tus reclamos y tu bronca hasta que las cosas pasen. *¿Cuándo vas a hacer algo al respecto y proponerte madurar?*

¿Cuándo vas a hacer algo al respecto?

¿Cuándo vas a hacer algo al respecto?

¿Cuándo vas a hacer algo al respecto?

¿Cuándo vas a hacer algo al respecto?

Y es que no sé. No sé cuándo voy a poder hacer algo respecto a todas esas cosas en mi vida que escapan mi control y que me sorprenden y me duelen y me lastiman y me dan rabia. No sé qué voy a hacer en esa casa que me muero por dejar incluso si está llena de las personas que más amo en este mundo. No sé qué voy a hacer para que estas discusiones con papá dejen de doler como si me estuvieran prendiendo fuego vivo.

Pero sí sé una cosa: no puedo quedarme sentado con mis reclamos y mi bronca hasta que el destino se haga cargo de la única cosa sobre la que sí puedo hacer algo al respecto.

Dejo la moto aparcada donde pueda verla y me saco el casco sin dejar de caminar.

La cosa en mi pecho ruge.

Ali.

Shelly.

Ali.

Shelly.

Ali.

Shelly.

Un nombre por la única chica que me entendería, por las orejas delicadas a las que susurré todos mis miedos, mis broncas, mis esperanzas alguna vez.

Un nombre por la única decisión en mi vida de la que estoy seguro y quiero tomar.

Lo pensé mucho, muchísimo, porque estos dos días de espera sólo se prestaron para pensar hasta el cansancio —hasta la infinidad de la noche y el agotamiento imposible en cada entrenamiento— y entender por qué me molestaron tanto sus palabras. Ali me acusó de quererla para reemplazar a Shelly.

Pero yo no quiero reemplazarla.

No podría ni aunque lo intentara. ¿A quién intento engañar?

Lo que quiero es dejar de tenerla todo el día en la puta cabeza. Quiero demostrarle a mi cabeza eso que mi cuerpo me dijo la noche en la que me crucé a Ali por primera vez: que hay una parte de mí que puede querer algo que no sea Shelly. Mi corazón y mi mente van a ser toda la vida de ella, pero mi cuerpo puede querer más, mucho más, y quiere a Ali.

Ali.

Ali.

Shelly.

Ali.

Ali.

Ali.

Shelly.

Ali.

Ali.

Intenté negarlo al principio, porque hay pocas cosas tan horribles como tener un plan para alguien, como querer a una persona por lo que representa y no por

lo que es. Pero cuanto más lo pienso, más me doy cuenta de que Ali no es tan diferente a mí. Esa noche en la discoteca no me eligió por mis ideales o mi corazón, me buscó entre toda esa gente porque su plan y el mío encajaban a la perfección. Y siguen encajando, solo necesito que ella lo vea.

Ambos queremos una distracción fácil y ligera. Podemos ser eso para el otro.

Jamás podríamos ser más que eso.

Ali no se enamora y punto. Es así. Ella lo sabe. Yo lo sé.

Y yo, ¿Qué clase de iluso sería si me dijera que puedo encontrar a otra persona? No hubo un *antes de* Shelly, de la misma forma en la que no habrá un *después de*. Shelly fue todos mis primeros y será todos los últimos que cuentan. Lo que ella me dio, la forma en la que me conoce –como la palma de su mano–, la forma en la que me quiso –desmedida, cálida, casi agresiva, dulce y ácida a la vez–, la necesidad de protegerla que me nacía desde dentro cada vez que pensaba en su risa, su inocencia, su determinación… nunca podría tener eso con otra persona. Cualquiera viviría en la sombra de todas esas bromas compartidas, de todos esos secretos, de todas esas enseñanzas que la vida nos dio mientras nos abrazábamos.

No hay peligro. Seremos solo una distracción, un buen rato para el otro. Un oasis para al fin sentir que volvemos a respirar en este desierto que vive para sofocarnos.

Identifico el pelo negro de Cameron a la distancia. Está parado junto a Willa, y avanzo hacia ellos a toda velocidad.

La cosa en mi pecho no va a calmarse saliendo a correr, ni dando vueltas en moto hasta la madrugada. Sólo va a calmarse cuando le haya soltado a Ali el tsunami de pensamientos que llevo dentro. Va a calmarse cuando haya reclamado el beso que me debe y ella se olvide de su nombre y toda la lista de estúpidos motivos por los que podría llegar a querer negarse.

¿Qué vas a hacer al respecto?

Lo que voy a hacer es decirle a Willa que me diga exactamente dónde está Ali en este instante para que pueda ir a buscarla. Sé que vive en alguna de las casas de la zona residencial donde se encuentra mi trabajo, a unos veinte minutos de aquí, pero no pienso arriesgarme a ir y que no esté allí. Y a juzgar por lo poco que sé de ella, dudo mucho que cuando Willa me dijo que Ali no vendría hoy a la pista porque estaba “ocupada”, se refiriera a que estaba en casa.

—Willa —llamo cuando estoy a menos de un metro. Se da la vuelta con una sonrisa y mi mejor amigo la imita—. Necesito que me digas dónde está Ali.

Su sonrisa flaquea como si mis palabras fueran una ventisca inesperada y ella

estuviera haciendo equilibrio en la cuerda floja. Aún así, no se cae de sus labios.

—¿Qué? —Una única palabra nunca cargó tanta confusión.

Por este motivo no quise mandarle un mensaje. Sabía que habría preguntas y yo necesito ser lo suficientemente convincente como para responderlas con suficientes mentiras para no traicionar la confianza de Ali. Mi corazón va tan rápido que quiero preguntarle contra quién está corriendo esta carrera. ¿Contra mi cabeza? ¿Contra el tiempo? ¿Contra la certeza de que esta es la traición más absoluta para Shelly? O tal vez contra la certeza innegable de que este es el favor más grande y egoísta que me he hecho a mí mismo en muchísimo tiempo.

Robándole la cerveza que tiene en la mano y dándole un largo trago, ignoro las cejas elevadas de Cameron y la velocidad con la que mi pregunta mandó a volar *su* sonrisa. No puedo detenerme a pensar en que es tan amigo de Shelly como mío, en que lo estoy poniendo en la posición de elegir entre nosotros. Le doy una única mirada que promete dar explicaciones más tarde, que le ruega que hasta entonces mantenga el secreto de este instante, de lo que está por suceder.

—¿Por qué? —pregunta a continuación.

Y tiene sentido. Después de todo, en las pocas ocasiones en las que me vio en el mismo espacio que Ali, prácticamente no nos dirigimos la palabra. Y no quiero que se note lo mucho que necesito que responda. Lo necesito más de lo que un hombre en el desierto podría necesitar agua.

—Es una sorpresa.

—Una… *¿sorpresa?*

Hago tiempo dándole otro trago a la botella. Con el estómago vacío, esto no puede ser una buena idea, pero no puedo preocuparme por eso ahora. La bebida fría me calma, hace que la mentira sea más dulce al rodar por mi lengua.

—Para Leo. Por su cumpleaños. No llegamos a tenerla a tiempo para el otro día pero…

En sus ojos hay una chispa, ínfima, de curiosidad. Pero no sé qué más decir para que me crea.

—¡La sorpresa! —Realmente, nunca amé a Cameron tanto como en este momento. Realmente no tiene idea de lo que está ayudando a que suceda, y cuando lo sepa probablemente se arrepienta, pero soy lo suficientemente egoísta como para volverlo mi cómplice sin que me importe—. ¡Pensé que ya estaba todo listo! ¿Qué falta?

Lo miro, sin tener que esforzarme prácticamente nada para que mi frustración se sienta real.

—Nada. No falta casi nada, pero ella tiene el… el coso… de…

—¡El coso!

—¿Qué coso? —interviene Willa, de vuelta en su usual emoción. Hay algo tan inocente en ella que me rompe un poco el corazón sacarle la información de esta forma. Pero no puedo decirle la verdad. No puedo. Es amiga de Ali, incluso cuando empieza a formarse algo entre nosotros, no puedo ser yo quien le cuente esto.

—Ah, no. Tú no sabes guardar un secreto. ¿Por qué crees que no te dijimos antes? —Cameron miente tan bien que da miedo.

—Ya vas a enterarte. Pero necesito que confíes en mí y me digas dónde está Ali. No me atiende el teléfono.

Mentiras. Mentiroso. Soy una basura.

Willa bufa.

—Nunca atiende el celular en sus noches —Mi piel se pone de gallina al escuchar cómo pronuncia las últimas dos palabras—. Ya le dije mil veces que es peligroso, pero se niega completamente a dejar que le entren llamadas. —Cuanto más habla, más se acelera mi pulso. ¿Qué está diciendo? ¿A qué se refiere con *sus noches*? ¿Y por qué son peligrosas?

—¿Pero qué está haciendo? —Cam me roba la pregunta de los labios. Pero a diferencia de mi curiosidad furiosa, él parece divertido por el misterio.

—Cada tanto sale sola a… bailar —dice la última palabra como si le supiera un poco amarga. Y Cam parece no notarlo en absoluto, pero yo enseguida comprendo lo que significa.

Ali está buscando a alguien.

De la forma en la que la noche en la que la conocí me estaba buscando a mí sin saberlo.

¿Qué tan seguido lo hace? ¿Con quién? ¿Por qué?

La lista de preguntas es interminable, me carcome las neuronas y no puedo explicar por qué me afecta tanto la idea de que esto sea parte de su rutina. Es que simplemente no comprendo por qué una chica como ella, que podría tener a cualquier hombre comiendo de la palma de su mano, se tomaría el trabajo de buscar a un completo desconocido en medio de la noche.

Pero no puedo preguntar porque supuestamente no me importa. Yo solo estoy aquí por la sorpresa para mi hermana. Solo por eso. A Willa no se le ocurre preguntar qué parte de la sorpresa es tan urgente que no puede esperar a mañana por la mañana. Confía plenamente en nosotros.

—Al menos la convencí de dejarme su ubicación cuando sale —dice. Saca el celular y empieza a tipear algo—. Ahí te la pasé. Igual, te aviso que no creo que

esté de buen humor cuando llegues. Dice que es su tiempo para estar sola, no sé qué tanto le va a gustar que tú… —se pone roja, como si hubiera revelado un pedazo de información que se suponía que era secreta—... que nadie —aclara—, la interrumpa.

Ali debe haberle dicho que me odia, porque actúa como si lo hiciera, porque es lo único que se alinea con la forma que tiene de tratarme. Entre el deseo y el odio hay una línea tan fina que los márgenes que los definen se confunden constantemente.

Digo algo más y huyo, dejando a Cameron para lidiar con la curiosidad de Willa.

Tardo sólo cinco minutos en llegar al antro de niños ricos en el que, según la ubicación que me pasó Willa, está Ali. Estoy mareado, pero no tengo ni idea de si eso es culpa de las luces que se me clavan en los ojos como agujas o de la velocidad con la que manejé para llegar. Empiezo a creer que no fue una buena idea fumarme un porro mientras esperaba en la fila para entrar. En su momento lo parecía. No parecía haber otra forma de apaciguar a *la cosa*, de retener el impulso de empujar a todo y a todos lo que estuvieran entre ella y yo. Ahora mis ideas van más lento, le dan tiempo a un montón de pensamientos a infiltrarse todos a la vez, sin embargo ninguno parece demasiado importante. Ninguno pesa o duele o quema. Solo están ahí, como la certeza de que Ali es el primer paso que debo dar para arreglarlo todo. Lo siento dentro mío. Tal vez el mareo es por la música electrónica que se mete como una encantación en mis oídos. Miles de cientos de voces se elevan y el ritmo me emboba, me llama a unirme a todas estas personas que ya se han dejado llevar por las notas. Está lejos de ser lo que hubiera imaginado —a Ali bailando, disfrutando—, pero en cuanto la veo, me llevo otra sorpresa.

Hay algo hipnótico en el ritmo de la música envolviéndose alrededor de su cintura, acariciando sus brazos, empujando sus caderas de un lado al otro. Tiene los ojos cerrados y trencitas con piezas de metal plateado enhebradas en el cabello; se roban la luz y cortan el aire como estrellas fugaces cuando se mueve. Realmente las veo: estrellas fugaces que la rodean como si fuera el centro del universo.

No recuerdo la primera vez que sentí celos de Leo. No sé si hubo un momento particular en el que esa perilla en mi cabeza se activó, dando rienda suelta a todos esos deseos incontrolables de ser bueno para algo, de ser especial.

Pero sí recuerdo la primera vez que me di cuenta de que lo que sentía eran celos. Tenía diez años y a Leo le habían regalado sus primeras zapatillas de velocidad para que pudiera dedicarse al atletismo y cumplir el gran sueño de la familia Grimmaldi: tener un título. Claro que por ese entonces ella no lo sabía, nadie lo sabía. Por ese entonces el atletismo era el *hobby* de una niña pequeña y llena de promesas, nada más.

Pero incluso siendo así de pequeño, no pude ignorar la forma en la que brillaban de orgullo los ojos del abuelo. La miraba como si fuera una galaxia llena de promesas y maravillas por descubrir. Como si ya estuviera orgulloso de ella incluso cuando todavía no había corrido y mucho menos ganado ninguna carrera. Y yo me sentí como una estrella insignificante, que no ardía con la fuerza suficiente para que alguien la mirase dos veces. Mi cuerpo se enfrió de golpe, mi atmósfera helada congeló todas las emociones dentro mío, excepto por *la cosa* que parecía más dispuesta que nunca a destrozarlo todo con tal de que alguien se diera la vuelta para verme aunque sea una vez.

No puedo dejar de pensar en ese instante, en el niño de diez años que quería mostrarle a su abuelo que había sacado un sobresaliente en su trabajo de arte, pero se encontró con que todos estaban ocupados con logros mucho más grandes que el suyo. Mientras la veo a Ali, bailando así y abriendo sus ojos para atraer a otro hombre –rubio, vestido como si acabase de salir de un maldito campo de polo, tan completamente opuesto a lo que soy que no tengo idea de cómo pretendo ocupar su lugar– me siento otra vez esa estrellita insignificante que ni en un millón de años sería parte de las galaxias que oculta la chica de la sonrisa ahogada entre sus faldas de colores.

Ella baila para él y yo lo veo todo de lejos como si estuviera en el cine, incapaz de poner pausa, de gritar corte o de cambiar el guión.

¿Cuándo vas a hacer algo al respecto y proponerte madurar?

¿Cuándo vas a hacer algo al respecto?

¿Cuándo vas a hacer algo al respecto?

¿Cuándo vas a hacer algo al respecto?

Pero las palabras de papá no me hunden como suelen hacerlo, si no que me dan una descarga de adrenalina que me hace dar un paso hacia adelante.

Y otro.

Y otro más.

Chico Polo me gana la carrera, llega a Ali antes que yo.

Y a mí me sacude otra oleada de celos injustificados, inexplicables, irrefrenables, incómodos e inapropiados y todos los *in* del mundo. Quiero

agarrarlo por el cuello de su estúpida chomba y revolearlo hacia el agujero negro más cercano.

Pero entonces ella le sonríe esa sonrisa que me dedicó a mí esa noche en el bar: la que habla por sí sola. La que promete diversión y piel y humedad y el rato de tu vida. La que se ríe ronca contra tu oído y te hace casi poder saborear el sudor en su piel. Es la sonrisa que me volvió loco esa primera noche… pero no es *su* sonrisa.

La sonrisa de Ali es la que solo Willa puede sacarle, la que retiene mordiéndose el interior de la mejilla porque no quiere dársela a cualquiera. Este chico no lo sabe pero está buscando a una chica que no existe más que en apariencia.

Yo, le guste o no, quiero a la Ali que hay debajo. Quiero comerme esa sonrisa seductora a besos y quedarme con todas las otras formas en las que sus labios pueden moverse: con sus respuestas demasiado rápidas para su propio bien, con la forma en la que sus comisuras se retuercen cuando sabe que tiene razón, con la fina línea en la que se convierten cuando se hartan de una conversación. Quiero que esos labios me cuenten por qué perdieron su sonrisa y cómo planean recuperarla.

Es por eso que voy a interrumpir este momento sin la menor culpa.

Es por eso que voy a hacer lo necesario para hacer desaparecer a Chico Polo y que Ali va a dejarme hacerlo. Ella también quiere esto.

Pero incluso sabiéndolo, nada me prepara para lo que sigue.

Ali me mira. Con su rostro convertido en piedra y su sonrisa juguetona aplastada bajo el peso de los metros que nos separan, me mira. Es como si simplemente su cuerpo hubiera sabido que estaba allí, como si hubiera sido injustificado, inexplicable, irrefrenable, incómodo e inapropiado, todo a la vez. Pero, por sobre todo, inevitable. El momento en el que sus ojos colisionan con los míos, solo puedo pensar en la inevitabilidad de este momento.

Elimino los pocos metros que quedan entre nosotros.

La tomo por la cintura y la acerco a mí.

Chico Polo dice algo, pero ni ella ni yo le prestamos atención. Todo se siente demasiado lejos. La galaxia se limita a los confines de nuestros cuerpos y todos los lugares en los que se tocan queman como el estallido de una supernova que destruye y crea todo a la vez.

¿Cuándo vas a hacer algo al respecto y proponerte madurar?

Ahora.

Ahora mismo.

En este instante.

Nada de lo que mi cuerpo quiere cuando se acerca a Ali corresponde a la infancia. Todo en ella saca una parte de mí más cruda, como si su presencia me pusiera una navaja al cuello y me obligase a contraatacar. En sus ojos se mueven las luces. El violeta de la curiosidad, el rojo del deseo, el azul del desconcierto, y debajo de todos ellos el verde ácido de sus propios ojos que late como un corazón lleno de veneno entre nosotros.

Voy a madurar ahora. Voy a hacer algo al respecto ahora.

Solo necesito que ella me dé el permiso para hacerlo.

CAPÍTULO 14
Ali

Al principio creo que es una alucinación.

Como cuando escucho la voz de mi padre saliendo de su habitación, endulzando mis oídos en medio de la noche, incluso cuando sé que no voy a encontrarlo ahí, o como cuando escucho la voz de mamá en mi cabeza evaluando las energías de cada persona que me cruzo.

Pero no puedo deshacerme de esa sensación que tan bien empiezo a conocer, esa sensación que no tiene lugar ni motivo de existir en esta discoteca, entre todos estos desconocidos. Vine aquí justamente para buscar un reemplazo, para dejar atrás los sueños que me despiertan –la mano de Paul en mi muslo, su sonrisa ladeada exigiendo un beso– porque una chica puede sobrevivir una cierta cantidad de tiempo la compañía de fantasías y recuerdos como esos. Y ahora que Jay no está, ahora que me deshice de él para bien… Necesito que alguien reemplace lo que Jay hacía, lo que no puedo dejar de imaginarme haciendo con Paul.

Es una sensación muy particular, la que embriaga mi cuerpo cuando Paul está en la misma habitación. Los pelitos de mi nuca se erizan, mi pulso se vuelve torpe y errático, como si toda mi sangre empujara hacia donde sea que él está esperando, desesperada por fusionarse con él.

Siempre he aborrecido el concepto de amor a primera vista. No es amor si no conoces a la otra persona. No existe el amor en una mirada, me atrevería a decir que en una mirada ni siquiera existe el respeto. Lo que no puedo negar es la atracción a primera vista. La química de mi cuerpo ha reaccionado con fuegos artificiales e incendios forestales al cuerpo de Paul desde el primer momento. Y ahora que la química se ha superpuesto con la curiosidad, la intriga, el deseo de conocer la forma en la que funciona su mente, de diseccionarla como el cerebro de una rata de laboratorio… todo es mucho, muchísimo peor.

Tanto así que mi cuerpo lo reconoce entre el gentío incluso con mis sentidos adormecidos por la droga y el alcohol. Tanto así que cuando aparto mis ojos del que debería haber sido el próximo en la lista y me encuentro con Paul a solo unos metros, no cuestiono la certeza que me recorre el cuerpo.

Sé en ese preciso instante que ha venido por el beso que le debo.

¿Cómo supo dónde encontrarme?

¿Me veo bien?

¿Qué voy a decirle?

¿Le importaría si tuviera algo que decir? ¿Le importará saber que no tengo nada que decir? ¿Querrá decir algo él?

¿Va a huir otra vez?

¿Puedo besarlo y ya?

¿Va a mencionar a Shelly otra vez?

Definitivamente quiero besarlo y ya.

¿Me importaría si mencionara a Shelly? Creo que no. Creo que solo quiero besarlo. Él puede hablarme de quien quiera mientras tanto.

¿Qué dice eso de mí?

Tal vez debería esperar a que él me bese.

La nebulosa de preguntas en mi mente se disipa en cuanto sus manos llegan a mis caderas y me atraen a él. Me pega a su cuerpo con una brusquedad borde, como si estuviera tan al límite como yo. Un paso más y ambos caeríamos en picada hacia el acantilado a nuestros pies, nos reventaríamos contra las piedras, nuestros órganos y nuestra sangre salpicando todo. El presente se superpone como papel de calcar con la noche en la que lo conocí. Había más luz, menos gente, mi cabeza estaba más despejada, yo lo había llamado. Pero esta vez él me llama a mí con sus ojos. Entre tanta oscuridad parecen del color de la tinta que le recorre el cuerpo, como si lo hubieran pinchado con la aguja demasiado a fondo y le hubieran llenado los ojos de sombras también. El contraste con la palidez de su piel los hace parecer pozos sin fondo, llenos de pensamientos que se esconden de mí.

El chico de tinta está lleno de jeroglíficos que soy incapaz de interpretar.

Los segundos se empujan unos a otros con tanta velocidad que ya no sé dónde empieza ni termina el tiempo. Creo que por eso lo echo a perder de esta forma, quedándome quieta, tan quieta como puedo. Todo mi cuerpo es un bloque salvo por mi pecho que se infla y se desinfla demasiado rápido, insaciable porque el aire a nuestro alrededor está cargado de promesas y deudas que no me dejan respirar.

Él se mueve primero. Sus caderas hacia un lado y hacia el otro. Guían las mías un compás a la vez. Sin separar nuestras miradas, sus manos toman las mías y las hacen subir —rozando su estómago, su pecho, sus clavículas— hasta dejarlas sobre su cuello. Podría ahorcarlo ahora mismo. Es un pensamiento fugaz que se extingue en mi mente en cuanto la palma de mi mano hace contacto

completo con el calor de su piel. Sus propias manos trazan un camino perezoso por mis brazos, sin una sola preocupación en esta vida, curiosean sobre la piel expuesta, rodean mis hombros, se deslizan sobre los laterales de mi caja torácica dejando un reguero encendido a su paso. Su tacto es más fuerte que cualquier tinta, temo que deje una marca eterna en mi piel, hermana de la que llevo en el muslo. Se detiene en mi espalda baja, donde aprovecha para cerciorarse de que ni una partícula de oxígeno vaya a poder colarse entre nuestros cuerpos.

No recordaba que bailara bien.

No recordaba haber visto a un chico bailar bien antes. Su cuerpo guía al mío con facilidad, como si fuese el pastor y yo la oveja. Me permito ser débil y desearlo como lo deseo, incluso sabiendo que me lleva al matadero.

Se acerca a mí. Más, más, más. Debería ser imposible, pero más, más y un poco más incluso se acerca. Y *más, más, más* cantan las voces en mi cabeza. Su pecho queda pegado al mío. Lleva la campera de cuero abierta y ni la tela de su remera ni la de mi vestido son lo suficientemente gruesas para ocultar los puntos de mis pezones, que piden *más, más, más.* Su rostro queda a escasos centímetros del mío, sus labios a la altura de mis ojos. Tiene los caninos afilados, hechos para morder, completamente opuestos a su lengua, que todavía recuerdo como suave, ansiosa, exigente pero nunca agresiva.

Los veo moverse en cámara lenta incluso antes de oír lo que dicen.

—Miénteme —me lo pide a gritos, pero los bajos de la canción revientan los parlantes y pisotean su voz. Parece un susurro, pero el brillo de sus ojos no tiene timidez ni miedos escondidos.

No cree en las consecuencias ni en la precaución. No necesito conocerlo demasiado para saber que su vida está guiada por instantes y pura adrenalina. Lo veo en el brillo del sudor y la tinta que baña su piel. Lo veo en el filo de su sonrisa. Sé que si no soy cuidadosa puede cortar, sé que es más probable que, como todo cuchillo, provoque más heridas que alegrías.

Se parece a mí y, por eso mismo, lo que me pide me hace contener una carcajada.

—Miénteme —me repite, aunque sabe que lo he escuchado la primera vez.

—¿Por qué haría eso? —pregunto con una sonrisa, pero mi gesto no compite con la forma en la que se acentúan las curvas de sus hoyuelos. Enmarcan su dentadura impecable, un cuadro listo para colgarse en un museo.

—Porque mientes demasiado bien. Y lo haces todo el tiempo. Y si me mientes, me dices que me regalas una noche para convencerte de que esto no tiene por qué ser un drama ni un compromiso ni una responsabilidad… entonces

puedo darte un beso.

Mis cejas suben.

—¿Una mentira por un beso?

Se encoge de hombros. Sus tatuajes hechos de impulsos serpentean por su piel con el movimiento. Incluso en el mar de estímulos que es este lugar —los cuerpos que saltan, los sudores, los perfumes, los vasos medio vacíos, el piso pegajoso, las pastillas que clavan sus colmillos en gargantas inocentes— ese simple gesto acapara toda mi atención. La mariposa sobre su garganta aletea como si quisiera salir volando cuando traga saliva. Las luces de colores saltan sobre la tinta al ritmo desacompasado de mi corazón. Ya no puedo adjudicarle la adrenalina ni a la música ni al alcohol. Lo que tamborilea contra mis costillas es mío y empieza a desesperarme el ruido que hace porque cuesta demasiado ignorarlo.

Más, más, más.

–No, no–. Se ríe y su risa me recuerda a la forma en la que vibra el arco de una viola sobre las notas más bajas–. Ese beso ya me lo debías. El trato –se relame los labios, como si ya lo estuviera saboreando– es una mentira por todo lo que venga *después* del beso.

–Entonces, yo te doy una mentira y te doy un beso… –recalculo, apenas capaz de concentrarme cuando su aliento cálido me acaricia de esa forma–… ¿Y qué gano yo?

Él se inclina aún más hacia mí, hasta que sus labios acarician mi mejilla izquierda.

–Tú ganas la certeza de que voy a hacer que valga la pena.

Deja un beso en mi mejilla.

Un gesto tan inocente jamás había generado esa erupción volcánica en mí.

Giro hacia él, para besarlo de una buena vez, pero es más rápido que yo. En un parpadeo vuelve a estar frente a mí. Caderas con caderas, pecho con pecho, labios a solo unos centímetros. No me permiten mirarlo a los ojos, esos labios reclaman toda mi atención. Sé cómo besan, cómo sonríen, cómo se fruncen y se tensan, pero no sé cómo se sentirían sobre otras partes de mi cuerpo, abiertos sobre mí, su lengua explorando con esa determinación tan característica de él.

Asiento.

—Me parece un trato justo.

—Me parece un trato de borrachos —replica sin dejar de mirarme como si le divirtiera alargar esta espera eterna.

Y yo miento, porque a diferencia de él, quiero terminar con esto.

O quiero empezar con esto.

Supongo que todo es cuestión de perspectiva. Este trato empieza con una mentira y un beso de mi parte, pero termina con él cumpliendo la suya y logra que el trato valga la pena.

—Estamos perfectamente sobrios.

Echa la cabeza hacia atrás cuando se ríe, alto y fuerte. Mi cuerpo cede y se acerca *más, más, más,* pero no lo suficientemente rápido. Las vibraciones y los gritos de todas las personas que cantan con gargantas desgarradas y corazones expuestos, se tragan su carcajada. Me la roban en la cara.

Pero todo acto de valentía trae consigo un premio.

Mi premio son los ojos de Paul, febriles y ensombrecidos, que caen sobre mis labios. Los roles se invierten y mi sonrisa se amplía porque su deseo me hace sentir poderosa. Me hace olvidar que su hermana es mi mejor amiga, que conozco el final de esta película, que nadie, ni siquiera este chico hecho de vidrios y promesas, vale la pena el riesgo.

Se acerca *más, más, más,* pero no ataca mis labios. Sigue de largo, esta vez hacia mi derecha donde su aliento roza el lóbulo de mi oreja, la curva de mi cuello, y baja como un torrente por mi cuerpo, tensando hasta el último músculo que encuentra en su camino.

—¿Esa es tu mentira? —la pregunta hace combustión con mi adrenalina, toda sustancia en mi cuerpo entra en ebullición, burbujea, revienta, salpica.

Pongo mi mano en su pecho.

Él no entiende el gesto; intenta acercarse más. No sé cómo, pero esto sigue siendo posible incluso en la certeza de que no queda parte de él que no se confunda con partes de mí. Salvo por nuestros labios. Nuestros labios siguen separados porque mi mano sobre su pecho lo obliga a frenar.

Lo empujo. Sólo unos centímetros. Lo mínimo e indispensable para que su colonia no me maree, pero no tanto como para que mis pensamientos dejen de dar vueltas.

Al hacerlo mi mano se desliza sobre la fina tela de su remera.

Siento todo lo que no quiero sentir. El ardor de su piel, la tensión de sus músculos contra sus costillas, cómo estas se expanden y se retraen con cada respiración como si le faltara el aire, el latido de la música atravesando músculos, huesos y piel, el ritmo de su corazón más bajo, pero más rápido, apenas perceptible entre la desafinada orquesta que son nuestros cuerpos.

Levanto la vista.

Nuestras miradas se encuentran.

Esta vez, el desconcierto tiñe sus ojos. Es un niño que no está acostumbrado a que le digan que no, una criatura que no conoce el rechazo. Labios que quiere, labios que tiene. Pero es la inocencia de ese niño, que se filtra por las grietas de su fachada altanera, que veo asomando entre la altanería de su constante acto, la que me hace empuñar la tela de la camisa y romper la única promesa que hice.

CAPÍTULO 15
Paul

La palabra correcta me elude.

No sé si existe siquiera.

Maldigo no haber leído más porque necesito la palabra exacta y no parece ser parte de mi léxico.

Besar a Ali —no a la chica de la sonrisa ahogada, sino a Ali— se siente…

Sus labios acarician los míos como si se tratara de una coreografía ensayada, movimiento por movimiento impecable en tempo, intensidad y suavidad. Su lengua acaricia mi labio inferior y no puedo hacer más que aferrarme aún más a ella porque la palabra correcta al fin llega a mí y amenaza con voltearme.

Besar a Mar Aliena es *demasiado*.

Demasiado hambre, demasiado deseo, demasiado calor, demasiado miedo, demasiada necesidad, demasiada bronca, demasiado todo. Es como si alguien hubiera metido en un frasco una partícula de cada ser y cada objeto que existe en este universo y lo hubiera batido hasta obtener la sensación de sus labios contra los míos.

Se siente como el primer beso de mi vida.

Me siento como si hubiera nacido ayer. Peor, como si tuviera quince años y nunca hubiera tocado a una mujer. Porque no recuerdo haber sentido esta adrenalina antes. El frasco de todas las partículas del mundo estalla en mi pecho cuando su lengua se abre camino a mi boca. Todos los fragmentos de cristal se estrellan contra las paredes internas de mi cuerpo, pero el dolor en lugar de frenarme alimenta la necesidad. Estoy lleno de todas las cosas del mundo a la vez y no estoy seguro de que vaya a sobrevivirlo.

Y decreto que este es nuestro primer beso.

No sé por qué mientras mis manos recorren su espalda y se enredan en su pelo, mi cerebro considera importante aclarar que este es nuestro primer beso y que todo lo que pasó la noche en la que nos conocimos no fue obra de las personas que somos hoy. Pero de alguna forma, se me ocurre que Ali también lo sabe, que este momento no tiene nada que ver con la primera vez que nuestros labios se encontraron, porque esa primera noche ella era la chica de la sonrisa ahogada y yo era el chico que tenía una novia esperándolo con el corazón roto.

Hoy, en este preciso instante, estamos en nuestros cuerpos y no somos ni más ni menos que nosotros mismos. Nuestros deseos, nuestros labios, nuestros secretos, nuestras manos, nuestros miedos, nuestros suspiros. Tenemos nuestros nombres y nuestras historias y habernos buscado con todo eso de por medio hace que el universo dentro mío brille un poco más, casi al punto de dejarme ciego detrás de mis ojos cerrados.

Los dedos de Ali serpentean sobre mi pecho y sus dos manos toman mi mandíbula y tira de mí hacia ella como si mis labios fueran una copa y necesitara hasta la última gota de ellos. Detrás de mis párpados todo revienta. Las partículas de todo lo que es estrambótico y lleno de color se han colado frente a mi retina y lo veo todo en colores que no sabía que existían.

Tomo sus muñecas y nos obligo a tomar distancia.

Como por instinto, ella se acerca otra vez, sus labios negados a procesar la señal de alto. Y verla lanzarse hacia mí con los ojos cerrados, tan entregada al momento que ni siquiera se plantea la posibilidad de que haya terminado… Ajusta el cinturón que parece haberse enlazado bajo mis costillas.

El aire no me llega a los pulmones, mis ideas se pierden por el camino como si me hubieran arrancado la cabeza. Soy un hombre degollado siendo consolado por su verdugo.

La chica de las galaxias al fin abre sus ojos y veo en ellos el deseo y la frustración.

Mi cuerpo entero se vuelve de piedra cuando inclina la cabeza y deja un beso húmedo en el lugar donde se unen mis clavículas.

–¿No era que ibas a hacer que mi beso y mi mentira valieran la pena? –pregunta contra el pedacito de piel expuesto por el cuello de mi remera.

Mi mano, por instinto, busca la suya para entrelazar nuestros dedos, pero ella hace una mueca e intenta retroceder. Mi otra mano la sostiene por la espalda baja, evitando que se vaya.

–¿A dónde crees que vas? –pregunto sin poder dejar de sonreír.

–A buscar a alguien que pueda cumplir sus promesas.

Incluso cuando ha vuelto su ceño fruncido, sus ojos no dejan de mirarme los labios, como si estuviera completamente indignada por estar perdiendo el tiempo con palabras cuando hay tantas otras cosas que podría estar haciendo. Una partícula rebelde gira sobre sí misma en mi estómago hasta que todas se le unen generando un tornado; esto es lo que conocer a Ali me genera. Estoy en caída libre y dentro mío todo se destruye y aún así no me importa.

Me río. No puedo evitarlo.

—Yo voy a cumplir todas mis promesas. —Apunto hacia la dirección general de la puerta con la cabeza—. ¿Vamos?

Se aguanta la sonrisa. Es increíble cómo insiste en esconderla. No hago comentarios al respecto. Ya voy a tener tiempo de tirarle un salvavidas a esa sonrisa ahogada, incluso cuando parece insistir en irse al fondo del mar una y otra vez.

Empiezo a caminar, pero a Ali no parece divertirle jugar el juego de la paciencia, porque vuelve a tomarme por la camisa y choca sus labios contra los míos.

Y creo.

Creo.

Creo.

Que aunque no pueda verla, su sonrisa está ahí, escondiéndose en la mía.

Entre las partículas del universo revoloteando dentro mío y los labios de Ali tratando de robarlas a puros besos, no me doy cuenta de dónde estamos hasta que las puertas se cierran detrás nuestro y la música se queda encerrada del otro lado.

Mi cuerpo se paraliza un instante, pero me obligo a seguir.

La beso.

Me centro en el sabor a miel de sus labios, en la forma en la que el vestido acentúa sus pechos, en cómo tiembla bajo mi tacto cuando me acerco a ellos, lo suficiente para que sepa que estoy pensando en tocarlos pero nunca lo suficiente para darnos la satisfacción de hacerlo. Pienso en todo, me concentro en todas las sensaciones abrumantes que me embriagan cuando Ali tironea de esta forma mis nervios, mi pelo. Como si quisiera arrancármelo para llegar al fondo de mí. Pienso en todo excepto en que el ascensor es un espacio cerrado, sin oxígeno ni salidas de emergencia.

Porque son solo dos pisos y no pienso arruinar el momento por un minuto en un ascensor. He esperado esto tanto tiempo que realmente por poco, por muy poco, casi consigo aislar por completo las alarmas rojas y estridentes en mi cabeza que me indican que las paredes se están cerrando sobre mí, que voy a morir en esta caja de zapatos, todo porque no tuve las neuronas para cambiar el camino que marcó Ali y bajar por las escaleras que había usado para subir.

Mi respiración se acelera.

El sudor se acumula en mis sienes y me odio tanto en este instante que me

obligo a seguir. La beso y la beso y la beso como si eso pudiera salvarme de la muerte inevitable o como si supiera que no hay forma de salvarme y por eso mismo eligiera hacer mis últimos instantes valer la pena. Y no creo que nada lo valga tanto como Ali.

Entonces ella se separa de mí, con su mano en mi pecho y signos de interrogación detrás de sus pupilas.

—¿Paul, estás…?

El ascensor da un sacudón que la interrumpe y nos tira al piso.

La abrazo, asegurándome de que caiga sobre mí. Es el único segundo en el que mi cerebro no piensa en el hecho de que cada vez hay menos lugar aquí, una ventana en tiempo y espacio en la que sólo puedo pensar en que Ali no se haga daño.

Pero caemos, el golpe me deja sin aire, esa ventana se cierra.

Una vez más, en mi cabeza solo está la certeza de que pronto no habrá suficiente espacio para los dos en este lugar.

—Paul, Paul, Paul —Ali se incorpora enseguida diciendo mi nombre y palmeando mis brazos para que la imite, pero no puedo. El techo y las paredes del ascensor son de cristal y mi reflejo me devuelve una vista impecable de Ali sobre mi cuerpo tirado y la palidez de mi rostro. Las luces de emergencia son rojas. Parecen alumbrar el pasillo de entrada al infierno—. Carajo, ¿te golpeaste mucho? ¿Eres idiota? ¿Por qué diablos harías eso? ¡Paul! ¡Respóndeme!

Y es ese último grito, la desesperación que le quiebra la voz de un zarpazo, es lo que me hace volver a mí. Al menos lo suficiente para empezar a levantarme. Creo que la oigo agradecer por lo bajo. Un segundo después, me toma por los hombros y me ayuda a recostarme contra uno de los lados del ascensor. Luego sus manos suben, toman mi rostro y me obligan a verla. Mis ojos no se despegan de su labial brilloso. Está desperdigado por sus labios y probablemente por los míos. Yo sabía que sus besos tenían sabor a polvo de estrellas.

Y a miel.

—Eso, eso es. Enfócate en mí. En mis palabras. Necesito que asientas o niegues, ¿está bien? ¿Puedes hacer eso? —Asiento. No quiero que siga hablando como si le estuviera haciendo daño. Las paredes se cierran y yo sólo sirvo para hacer daño—. ¿Puedes respirar? —Asiento. *No por mucho tiempo*—. ¿Eres alérgico a algo? —Niego y noto cómo exhala, un peso menos en sus hombros con cada respuesta que le doy—. ¿Estás teniendo un ataque de ansiedad? —Niego—. ¿Pánico? —. Niego. *No es un ataque de pánico. Voy a morirme. Voy a*

morirme aquí en un ascensor con el suelo pegajoso y la chica más linda del mundo sobre mí… La razón me interrumpe. Vienen a mi mente todas las veces que esto mismo me sucedió y no morí, la ventana que siempre queda abierta en mi habitación sin importar la hora ni el día porque no hay forma de convencerme de que en un espacio tan pequeño me vaya a alcanzar el oxígeno para más de unas pocas horas. Asiento. Muchas veces. Mi cabeza sube y baja erráticamente porque si me convenzo de es *sólo un ataque de pánico* eso significa que no voy a morirme aquí. La chica hecha de galaxias sigue hablando como si algo le doliera y quiero preguntarle si se golpeó, pero mis palabras se han quedado atrapadas del otro lado del nudo que bloquea mi garganta. Y no puedo dejar de mirar sus labios porque mirarlos parece ser lo único que detiene a las paredes que se cierran y se cierran y se cierran sobre nosotros—. Mierda, eres claustrofóbico. ¿No? —No hace falta que responda esta vez—. Carajo, carajo, carajo. Leo nos lo dijo. Lo sabía. Soy una idiota.

Esta vez niego. No lo es. No es una idiota.

Yo lo soy.

¿Cómo pude decir el nombre de Shelly mientras la besaba a ella? ¿Cómo uno puede hacerle algo así a la chica de la sonrisa ahogada? Como si no hubiera sufrido lo suficiente.

—Paul —Sus manos caen sobre mis hombros y los aprietan como si quisiera obligarme a permanecer en mi cuerpo—. El ascensor está parado. No sé qué está pasando ni cuánto van a tardar en arreglarlo, pero necesito que te calmes. Una de sus manos está en mi corazón ahora y su calor es un contraste brutal contra el frío que me come los huesos. Algo dentro mio se adormece ante ese tacto—. Cuéntame algo. Piensa en otra cosa. Lo que quieras.

—Eh… yo… —Ali me cortó la cabeza y no me quedan ideas, solo impulsos. Así que cuando mis labios flotantes responden no hay nada que los frene—. Así se siente en mi casa.

—¿Qué se siente así?

—Todo… yo… no se respira ahí. Siempre hay algo que hacer, algo que decir, algo que guardar y yo… Solo quiero decirle. ¿Sabes? Tengo muchas cosas para decirle pero no puedo decirlas. Se me van de la cabeza cuando lo miro…

Ella parece indecisa, como si quisiera preguntar pero también como si quisiera vomitar ante la vista de mi corazón abierto de esta forma.

—Eres alérgica a los corazones. —No hay filtro alguno. Solo ideas que caen de mi boca y se apilan en el piso formando un campo de protección entre las paredes que se cierran y yo—. Pero está bien, eso significa que no quieres el

mío. Igual, el mío no está… o… no, sí está. Late. Lo siento. —Tomo su mano y la obligo a extenderse justo sobre el lugar en el que está mi corazón—. ¿Lo sientes? Lo que pasa es que funciona mal porque está roto. No lo querrías ni siquiera si no fueras alérgica, ¿no es así? El abuelo decía… decía que la abuela rompió su corazón y que por eso latía raro. Tal vez por eso se frenó. No tenía mucho sentido que siguiera latiendo si no podía latir para ella. El mío tampoco tiene…

Me froto los ojos con fuerza. Pican. El sudor se me ha metido entre los párpados y pican.

Sus manos heladas no se alejan de mí pero no se mueven.

—¿A quién quieres decirle? ¿Qué quieres decirle?

—¿Qué?

—Dijiste que en tu casa hay alguien a quien quieres decirle muchas cosas. ¿Quién es ese alguien?

La imagen de papá, con sus ojos claros inundados de decepción, cae como una masa en mi cabeza. Me hace doler todo. No quiero hablar de papá. No quiero hablar de esa casa que se cierra sobre mí y me saca la vida sin importar cuántas ventanas deje abiertas, sin importar cuántas horas pase en el trabajo o en cualquier otro lugar. Es como un parásito que vive dentro de mí, alimentándose de mi dinero, de mis pensamientos, de los latidos de mi corazón roto. La relación es simbiótica. Yo me alimento de ella. La odio. La odio tanto. Pero amo tanto a cada persona dentro de ella. Tino con sus risas, con la seguridad reconfortante de saber que alguien cuida de él, mamá con sus besos antes de irse a trabajar, su sonrisa cálida cuando le muestro mis diseños de tatuajes, los sábados de Monopoly cuando veo a Leo y puedo molestarla un rato como si fuéramos niños otra vez, la calma de papá durante las pocas horas que dura el juego de mesa, donde las únicas finanzas que importan son ficticias y el peso de cada centavo que debe conseguir no lo aplasta… me dan las fuerzas que necesito para quedarme. Irse sería tan fácil, tan *cobarde*, así que dejo que esa casa me saque el aire porque sé que va a usarlo para llenar los pulmones de todas esas personas que amo. Y no creo que exista mejor razón en el mundo por la que dar mi oxígeno.

Tal vez por Shelly. Si pudiera hacer que Shelly fuera feliz, que se olvidara de mí, le daría todo lo que llevo dentro. Pero el problema es que cuando ella toma todo lo que soy y yo tomo todo lo que ella es nos hacemos daño. Entonces ¿por qué nos elegiríamos? Sé que ella quiere intentarlo una vez más. Pero no puedo. He llenado su corazón de fisuras y ella ha arrancado el mío dejando en su lugar

un agujero del tamaño del universo.

Y Ali… Ali está hecha de galaxias. Y las galaxias conforman el universo. Ocupan, con todas sus estrellas y planetas, todo el espacio del universo que de otra forma estaría vacío. Entonces tal vez si le muestro el camino hacia mi corazón, puedo hacer que no se sienta tan vacío. Aunque sea por un rato. Mientras pueda pretender que lo que me falta son galaxias y no el universo entero.

No me permito pensar en el universo de Shelly, en todas las cosas que extraño de ella.

Pero ahora no puedo evitar pensarlas.

Extraño las vueltas que daba mi corazón sobre sí mismo cuando la veía a lo lejos, ansiando tenerla cerca.

Extraño que conociera cada detalle de mí. Como si fuera tan parte de ella como su propia piel, y extraño conocerla como si ella fuera parte de mí. Llevo un único tatuaje en su nombre: un caracol de mar perfecto, justo en la cara interior del bicep. Porque por ese entonces siempre me habían recordado a su nombre. Papá me llamó idiota cuando me lo hice y le conté el por qué, pero no me afectó como sus palabras suelen afectarme. Ni siquiera al día de hoy me arrepiento de llevar a Shelly sobre la piel porque es solo otra de las muchas formas en las que siempre la voy a llevar conmigo.

Extraño poder llamarla y escucharla hablar de su día. Cómo se reía de los chistes de Cameron. Está estudiando enfermería ahora. Siempre tan dispuesta a ayudar a todos, a abrir su corazón, a sonreírle a todo el mundo. No me imagino un lugar mejor para volcar su vocación, su insaciable necesidad de ayudar. Tal vez eso fue lo que nos mantuvo unidos por tanto tiempo. Shelly sabe que siempre voy a necesitarla, que siempre voy a querer su ayuda, sus besos, sus abrazos, su consuelo. Por años su voz fue la única cura para *la cosa*, sus brazos el reposo más efectivo, sus besos el olvido inmediato de cualquier preocupación. Fueron años más tranquilos esos, en los que dejé de necesitar la adrenalina de la velocidad y el agotamiento del cuerpo para calmar a *la cosa*. Éramos chiquillos, adolescentes enamorados y la droga de nuestros propios sentimientos servía para apaciguar todos los males. Y si bien duró mucho, los primeros dos años de la relación al menos… no duró toda la vida.

Extraño lo apasionada que era, lo dedicada que era, la forma en la que hablaba de su familia. Lo preocupada que estaba por Cameron y Livvy, el amor innegable pero aún así imposible entre ellos, por Christof, el hermano de Aaron, cuando lo internaron, por Aspen cuando empezó con las medicinas para la

ansiedad. Es como si estuviera hecha de pedacitos de todo lo que ama y su capacidad de seguir *dando y dando y dando* me maravillaron. Siempre quise aprender de ella, porque si bien yo me la pasaba dando, nunca me sentía como si al repartir mis pedacitos mi alma creciera, si no como si la estuviera rompiendo poco a poco.

Inhalo.

Estoy lleno de mocos.

No sé en qué momento empecé a llorar y mucho menos en qué momento Ali me envolvió en sus brazos acariciándome el cabello de una forma tan pero tan dulce que pareciera que la miel de sus labios le hubiera manchado los dedos. Me pegotea la nuca, pero no me importa. Sólo quiero quedarme aquí, donde por primera vez parece que llorar es todo lo que puedo hacer.

—Esto no es a lo que me refería cuando te dije que haría que tu beso y tu mentira valieran la pena. —Apenas reconozco mi propia voz. Me asusta cuando se hace escuchar, tan fuerte entre estos espejos llenos de réplicas de nosotros.

Con mi rostro enterrado en su cuello, su risa muda no me pasa desapercibida. Vibra sacudiendo mi propio cuerpo.

—Lo sé, Paul. Y no creas que te libraste de cumplir tu promesa por esto. Pienso recibir mi parte del trato.

—¿Todavía te interesa tu parte del trato después de esto? —Es una broma, pero entre el bombeo adormecido de mi corazón, el esfuerzo de no volver a perderme en mis pensamientos ni en el terror de lo inescapable que son estas cuatro paredes, me doy cuenta de que buscan consolar el vacío que se ha abierto justo en medio de mí ante la idea.

Ella tira levemente de mis cabellos. El objetivo es separarme de su cuello para pasarme un pañuelito que saca de un bolsito que no había notado que llevaba colgando a su lado. Lo tomo y me limpio el rostro y los mocos. No sé si alguna vez alguien fue menos sexy de lo que soy yo en este momento, pero Ali se encoge de hombros como si no fuera la gran cosa.

—Estás completamente drogado y eres un claustrofóbico ence…

Mi pulso se dispara.

—Ya sé. No me lo recuerdes. Estamos jugando a distraernos.

Su sonrisa falsa, la de la chica que baila y se ríe en la noche y nada le importa en esta vida, se abre paso en su rostro.

—¿Ah, si? Ese juego me gusta. —La forma en la que me acaricia pierde su inocencia—. ¿Y cómo puedo ayudarte?

Ya no sé qué es lo que tiene a mi corazón corriendo así. Es como si Ali

estuviera intentando matarme. O como si ni siquiera tuviera necesidad de intentarlo. Me viene a la mente el cumpleaños de Leo, cuando me siguió a mi habitación y disparó una pregunta tras otra.

No te odio, me dijo. En su momento olía a mentira. Ahora con su cuerpo tan cerca del mío como nuestra ropa lo permite, le creo. No sé cómo he conseguido que deje de odiarme con lo idiota que fui, con lo que dije… quiero pedirle perdón, pero sé que no es lo que quiere de mí. Le doy lo que quiere: mi sonrisa ladeada, mi mano alrededor de su cintura.

La parte de mí que seguía pensando en paredes que se cierran y oxígeno que se acaba, se extingue cuando sus labios vuelven a posarse sobre los míos.

Me llenan de miel.

No queda lugar para preguntarme qué viene después.

Ni por qué de golpe morirme aquí no parece tan mala idea.

CAPÍTULO 16
Paul

Pasan los minutos, que se apilan unos sobre otros como una torre infinita y a la vez invisible. Pasan casi sin que me dé cuenta. Se convierten en una hora y luego en dos. Ese es el tiempo que les lleva en este lugar darse cuenta que un ascensor no funciona y conseguir a alguien que lo arregle. Para cuando la caja de espejos retoma su camino hacia abajo, hay una parte de mí que quiere quedarse porque no sabe lo que puede pasar si todo queda en nada más que unos besos.

Pero no es solo eso lo que me preocupa.

Lo que me carcome la cabeza cuando la saludo en la puerta de su auto –un beso en la mejilla demasiado largo para ser inocente pero demasiado inocente para dejarme satisfecho después de haber probado su boca– es que en los ciento veinte minutos que Ali y yo compartimos en el ascensor *hablamos*.

Al principio quiso negarme el lujo de conocerla, tapando mis preguntas con besos y evasivas, con un poco de sarcasmo y comedia. Pero en cuanto entendió que en esa jaula éramos solo nosotros dos y que nadie parecía tener apuro alguno en liberarnos, sus palabras empezaron a fluir. La veía calcular cada una, medirla letra por letra a cuenta gotas para que no pesaran ni una tilde de más.

Sin embargo, el cansancio y el alcohol y la cercanía embobante de nuestros cuerpos la volvían permeable por momentos. Pedacitos de la verdadera Ali se filtraban en la conversación.

Mi mente recopiló cada uno de esos detalles que pudo, y los fue poniendo en una lista. Me desespera descifrar qué es lo que tiene esta chica que parece haberse metido en algún lugar entre mis tatuajes y mi piel. Donde no puedo verla pero tampoco ignorar su presencia.

Cosas que Mar Aliena querría que no sepa sobre ella (pero que sin embargo sé)

- Tiene una hermana mayor que se llama Nina; cuando dice su nombre, se le tensan los hombros.

—¿Y son cercanas?

—Sí… —suena más a pregunta que a respuesta—. No puedes esperar que

todos sean como eres con Tino—. Inmediatamente me gusta que sepa cómo soy con Tino. Que lo recuerde. Que al decirlo sonría sin sonreír.

—Tino no es cualquier hermanito.

—Por lo que vi en el cumple de Leo, es bastante especial.

—¿Qué hizo?

—Pasó todo el cumpleaños caminando en reversa. Y tardé en entenderlo, pero decía *adiós* en lugar de *hola* y *hola* en lugar de *adiós*.

No puedo evitar reírme.

—Sí. El juego del revés. A veces jugamos juntos y me hace caminar con las manos para que todo esté "más dado vuelta".

Esta vez Ali muerde su sonrisa para que no se le escape y yo la beso para robársela.

• Vive exáctamente a la vuelta de *Cucú tattoo*.

—¿La casa blanca con el perro que ladra todo el día? Detesto ese perro.

—Todos lo odiamos. No, no es esa. Mi casa es la verde. —Sé de qué casa habla. Es de un verde viejo y pálido y en la primera planta…

—Espera, ¿es la del…?

Ali asiente.

—Es de mi mamá.

—Woah, lo último que hubiera imaginado era que te hubiera criado alguien que tiene un local de espiritismo y tarot. —La casa está reformada. El caminito de piedras se abre paso por el pasto y se divide en dos: una mitad va hacia la puerta de entrada de la casa, la otra mitad serpentea hasta llegar a la entrada de un espacio hecho de vidrio, cuya modernidad contrasta con la antigüedad del resto de la estructura. A través de los vidrios se ven cortinas bordó, humo y velas doradas colgadas de cabeza desde el techo. Sobresaliendo a un lado de la puerta cuelga un cartel que dice *Astrología y Tarot con Ivana*. Y si bien nunca entré, mi curiosidad siempre lo mira dos veces cuando paso por la puerta.

—¿Por qué es eso?

Mis manos se deslizan por sus hombros desnudos. Dios, ¿quién hubiera dicho que hacer yoga tonificaba de esta forma los músculos de una persona?

—No te me pongas a la defensiva. Lo digo porque eres muy…

—¿Fría?

—*Pragmática* —corrijo.

—Supongo que es otra de esas cosas en las que no salí a mamá.

Lo dice con una acidez que me hace sentir sabor a limón en mi propia lengua. Se cierra sobre sí misma como una flor fotosensible reaccionando a la

caída del sol. Se apaga. Y cuando cambia de tema la dejo, porque entiendo que haya temas que nos dejan a oscuras y yo también le temo a ese tipo de oscuridad.

- Estudia biología. Quiere enseñar. No sabe si en nivel universitario o secundario, pero le gusta la idea de tener un aula escuchándola hablar de lo que le apasiona, contagiar esa pasión por el universo entero. Si hubiera creído que existía la chance de que aceptara, le hubiera pedido que me hablara de eso.

—¿Y de qué trabajarías?

—La mayoría termina dedicándose a la investigación y se mueren de hambre, o a las farmacéuticas y son ricos.

—La pregunta fue otra.

Rueda los ojos.

—Supongo que seguiría en la academia, haría un doctorado. Pero… bueno, nada, eso.

—¿Pero qué?

—No querría seguir toda la vida en el mundo de la investigación.

—¿No te quieres morir de hambre entonces?

—Peor, creo que voy a morirme de hambre igual porque quiero dedicarme a la docencia.

Hago una mueca y mis manos bajan a su cintura, donde la separan ligeramente de mí. Mi cuerpo se queja enseguida de que le hayan robado el consuelo de su calor.

—¿Sabes? Ni siquiera eres tan linda, mejor ni salgamos.

—Sabía que sólo me querías para que te mantuviera.

—Ey, ey, vivo del arte. Son vidas duras.

Vuelvo a acercarla a mí y dejo mis labios sobre la curva de su cuello. No es un beso. Sólo quedan ahí, porque su piel parece ser lo único con la fuerza suficiente para mantenerlos cerrados. No le digo que el hecho de que no le importe el dinero me hace querer besarla todavía más. Este ascensor está estancado y no me deja más opción que la de ignorar la contrariedad de Mar Aliena, a quien me acerqué por la forma de su cuerpo pero que cada vez me llama más por la forma de su alma.

—¿Y por qué la docencia si no te va a hacer millonaria?

Ella lo piensa por un segundo.

—La biología lo explica todo. Supongo que me gusta la idea de trabajar con gente que está dispuesta a aprender aunque sea la base de ese todo. La mayoría de los *papers* científicos se quedan juntando polvo. No sé si me emociona

demasiado dedicar años a investigar para eso.

—Entonces asumo que estás hablando de docencia a nivel escolar.

—No lo sé. Supongo que tengo tiempo para averiguarlo. Toda la carrera al menos.

—Dios, es fácil olvidarse de que tienes… ¿Cuántos años?

—Diecinueve.

—Sí, voy a intentar no pensar demasiado en eso.

Se separa abruptamente de mí, para mirarme a los ojos.

—Espera, no tendrás cuarenta años o algo así, ¿no?

—¿Qué? No. —Su ceño fruncido me roba una risa—. No, para nada. Tengo veinticuatro. Es sólo que… dios, no sé, eres más chica que mi hermana.

—Sí, y soy su mejor amiga.

—Eso no me importa demasiado, para ser honestos.

—Debería importarnos.

—Sí, pero… —mis manos se deslizan sobre sus muslos hasta el filo de su falda. Siento cómo se tensa a mi alrededor, incluso sabiendo que tiene puestos esos pantaloncitos de mierda que todas las mujeres usan debajo de los vestidos —, ¿qué se le va a hacer?

- Habla como si fumara diez cigarrillos por día, con una cadencia rasposa que se traga el final de sus oraciones como si no le importara lo suficiente que la escucharas. No ha fumado nicotina en su vida.

—Tengo nódulos —responde cuando le pregunto por ello.

—¿Qué es eso?

—Es algo de las cuerdas vocales. Vivo pateando hacerme la intervención, así que me quedo afónica día por medio.

—Asumo que eso no es bueno para dar clases.

—No te das una idea.

Yo también le cuento de mí. Un poco, apenas, porque me cuesta no bombardearla con preguntas cuando tengo tantas para hacerle y todas sus respuestas en lugar de cerrar los temas abren un montón de nuevas incógnitas; son las cabezas de una hidra, que al caer degolladas se multiplican.

—¿Y la claustrofobia?—me pregunta.

Yo me concentro en ella, como llevo todo este rato haciendo. En sus labios, en su piel bronceada a pesar del invierno, en el tintinear de sus mil aretes cuando se mueve, en sus ojos. Son ojos de color veneno, de un verde ácido que incluso entre estas luces rojas se hace notar. O tal vez está en mi cabeza. A estas alturas

el efecto del porro empieza a disiparse y la forma en la que pienso en Ali empieza a avergonzarme. Como si no tuviera derecho a que esta chica me interese. Le prometí que sería físico, que no tenía que ser más. Y ella me creyó. Y yo sé que nunca será Shelly. Entonces, ¿por qué *la cosa* me apunta con un dedo acusador?

—Está mejor. Tengo una buena distracción. —Mi sonrisa la hace rodar los ojos.

Ignoro a mi corazón aún acelerado que se muere de ganas de sacar el celular para volver intentar llamar a alguien para que nos saque de aquí. ¿A quién llamaría? Leo no es una opción, Cameron ya está demasiado implicado, Aaron vive en Londres, y ella… bueno, no está hablado, pero creo que ni Ali ni yo queremos meter a mi hermana en lo que sea que sea esto. Y mi padre, que cuando salí de casa me trató de vago… estoy bastante seguro de que llamarlo para que me busque por una discoteca sólo le daría más motivos para creer que soy un niñato inmaduro. Las caricias de Ali casi terminan de distraerme del hecho de que este es mi punto más bajo, más vulnerable, y no hay una sola persona que crea poder llamar. La soledad me aplasta tanto o aún más que la claustrofobia. Y Ali podría haber llamado a alguien… si no le hubieran robado el celular, una pequeña desgracia de la que nos dimos cuenta demasiado tarde. De todas formas, cuando sugerí que buscara a quien llamar, sus ojos me dijeron que ella tampoco tenía muy en claro quién sería esa persona.

Intento acercarme para besarla otra vez, porque no creo que haya más que decir y porque no quiero seguir pensando en estas cuatro paredes porque cuanto más pienso en ellas, más se curvan y se cierran y se astillan y más probabilidades tenemos de morir aquí. Sin embargo, Ali me sorprende porque por primera vez parece creer que hay algo más interesante que besarnos y tocarnos y tentarnos y…

—Me di cuenta de *eso*—dice, con sus labios rozando los míos, antes de separarse un poco más—. Preguntaba cuándo empezó.

—No lo sé.

—¿Cómo no vas a saber? Asumo que la primera vez que te pasó esto te diste cuenta.

—Ya, sí, chistosa. Pero… no es algo que se haya dado de un día para el otro. Nunca me gustaron los espacios cerrados. Y fue empeorando. No, te miento. Es más bien cíclico. Hay mejores y peores épocas. El año pasado fue terrible. Casi no podía entrar a ningún lado si no había al menos una ventana abierta. El doctor Zaar…

—¿Quién?

—Mi psicólogo.

—¿Vas al psicólogo?

—Sí, bah. Iba. Ahora lo dejé. No me dan los tiempos. —*Ni las ganas*—. El punto es que dice que no tiene cura.

—¿Qué pasó el año pasado?

—Nada en especial.

—Pero por algo habrá sido el peor, ¿no?

Me deja pensando. Mis ideas deambulan por todo lo que sucedió ese año.

—Supongo que fue tal vez uno de mis peores años… aunque este le está dando revancha. —Un sonido que pretende ser una risa se desinfla en mis labios —. No lo sé. Fue cuando las cosas con Shelly empezaron a empeorar de verdad, y Leo estaba en último año estudiando todo el día porque necesitaba una beca para entrar a la universidad, así que todo el cuidado de Tino recayó en mí y a veces en el abuelo. También fue un mal año para el estudio. Cambiaron de dueño y no sabía si iban a echarme o qué… si lo digo así, algo de relación habrá entre una cosa y la otra, ¿no?

—Me suena a que te sentías encerrado de muchas formas.

Mis cejas se elevan.

—¿Disculpa? ¿Quién te dio el título de psicóloga?

Se encoge de hombros y corre un mechón de pelo que se ha pegado a mi frente por el sudor. Mi imagen debe ser la peor del mundo en este momento, sin embargo Ali me mira como si fuera el mismo chico que estaba en la pista de baile; seguro de sí mismo, ágil, confiado.

—No se necesita un título de nada para darse cuenta.

—Supongo que no.

Pero nadie nunca lo había puesto en palabras con esa facilidad.

Y cuando lo hizo una parte de mí se sintió comprendida de una forma completamente inapropiada. Porque se supone que dos desconocidos no deberían entenderse así.

Le hablé de Tino, le mostré mi primer tatuaje, que le debía, le hablé del abuelo y de los sábados de Monopoly, de cómo transforman a mi familia en su mejor versión y los espero con ansias cada semana porque ese es mi lugar en el mundo.

Ali escucha porque no le queda opción.

Y me habla porque no le queda opción.

Sólo sus besos llegan desde dentro suyo, como una necesidad más fuerte que

ella.

Y yo lo agradezco inmensamente.

Porque incluso cuando llego a casa y el recuerdo de todo lo que me dijo me mantiene en vela la noche entera –*la cosa* arremetiendo contra mis costillas sin cesar– a la mañana siguiente me levanto sabiendo exactamente lo que tengo que hacer.

CAPÍTULO 17
Ali

Nunca me consideré una persona dependiente del celular. Tengo una tendencia aborrecible a leer los mensajes que me mandan y no responderlos por días, y la primera y última vez que subí algo a redes fue hace dos años. Una foto de mi primera orquídea floreciendo. Le llevó años a la muy princesa devolver algo de todos los cuidados que requiere mantenerla con vida. Además, mi celular es tan viejo que cualquier otra aplicación que abra para algo más que mensajes termina aniquilando mi batería.

Sin embargo, llevo todo el día buscándolo, decepcionándome al no encontrarlo y luego enfureciéndome al recordar que me lo robaron. Y la furia se multiplica cuando me doy cuenta de que el único motivo por el que lo estoy buscando es por Paul.

¿Querrá llamarme?

¿Me escribirá?

¿Quiero que me escriba?

¿Quiero escribirle?

¿Puedo escribirle?

¿Debería?

Las preguntas se aplastan al caer unas sobre otras. Hacen que me duela la cabeza. O puede ser la resaca. Decidir salir un día de semana sabiendo que tendría que levantarme a la mañana siguiente para ir a cursar fue una decisión completamente impulsiva. De esas que odio porque siempre que me arriesgo a tomarlas me dejan igual de arrepentida.

No te arrepientes.

Bueno, tal vez no del todo. Pero sí de la resaca y de todo el alcohol que ingresó a mi cuerpo. Todavía lo siento dando vueltas por mi sistema, revolviéndome el estómago mientras dejo que la puerta de casa se cierre a mis espaldas y me dejo caer en el sillón.

Escucho todo. Incluso el zumbido de la heladera. Los gruñidos de mi estómago que pide comida pero está demasiado revuelto como para tolerarla. Es el tipo de silencio que hace que al rozarse, las cortinas suenen como si estuvieran cuchicheando, riéndose de mis decisiones. No hay nadie en casa y a juzgar por la

hora mamá puede estar en el supermercado o haciendo una sesión de tarot a domicilio en lo de algún cliente. Ambas situaciones me dan tiempo suficiente para quedarme dormida aquí aunque sea un rato más, disfrutando de la ausencia de sus lágrimas.

A veces, cuando las horas pasan y las paredes antiguas que nos rodean fallan en ocultar su llanto, temo que inunde la casa entera. O tal vez lo espero. Vivo aguardando el día en el que el peso de su pena y la sal de sus lágrimas quiebren el parqué y oxiden las tuberías, mandando todo a volar por los aires. Tal vez mi culpa —del tamaño de un elefante, constantemente sentado sobre mi pecho— contribuya al colapso definitivo del sueño abandonado que se ha vuelto pesadilla.

Una vez más, me descubro palpando el bolsillo trasero de mis jeans en busca del celular.

Un grito de frustración se me atora en los labios, quebrando el silencio a la par del sonido del timbre.

Ding dong.

Ding dong.

Es un timbre tan anticuado como el resto de la casa y cada vez que suena, sin falta y sin importar que haya vivido aquí toda la vida, me hace saltar en mi lugar. Mamá siempre cuenta que incluso de bebé lloraba cuando sonaba y mis padres decían una y otra vez que lo cambiarían por algo menos invasivo, pero los años pasaron y mi llanto se convirtió en un mero sobresalto y decidieron mantenerlo. Por los viejos tiempos.

Odio los viejos tiempos.

Pueden metérselos por el culo, junto con la casa y las lágrimas de todo el mundo.

Ding dong.

Ding dong.

Y con el dedo del hijo de puta que no me deja dormir la siesta en paz.

—¡VOYYYY! —grito. Se me parte la cabeza al hacerlo, pero lo vale porque el timbre no vuelve a sonar en el minuto completo que me lleva levantarme del sillón, maldecir por lo mucho que ya lo extraño y caminar cinco metros hasta la puerta.

Su sonrisa es tan horriblemente blanca que me apostaría la vida a que no toma café. Es tan horriblemente blanca que cuando abro la puerta y me lo encuentro parado allí, apuntando con sus hoyuelos a mi cara de dormida, termina de espabilarme. Es tan horriblemente brillante que por poco me pasan

desapercibidas las bolsas bajo sus ojos que revelan que con o sin sonrisa, Paul Grimmaldi lleva la falta de sueño casi tan mal como yo.

—Buenos días. —Excepto porque su voz es alegre y demasiado alta, y a mí me dan ganas de partirle un jarrón en la cabeza, justo como quise hacer con el profesor de Biodiversidad a lo largo de las cuatro horas de clase que dio esta mañana.

O tal vez más.

Porque puede que haya luchado todo el día contra el impulso de hablarle a Paul –y con luchado me refiero a haber sido detenida pura y exclusivamente por la falta de una forma para contactarlo– pero presentarse en mi casa cruza una línea brutal.

Le cierro la puerta en la cara.

—Vete.

Hay un instante de silencio antes de que responda.

—Esa no era la reacción que esperaba.

—Vete.

—Puedo esperar todo el día aquí. Bueno, no. En cinco minutos tengo que irme, pero puedo volver más tarde.

La idea de Paul tocando la puerta luego, con mi madre estando aquí y el ruido de su llanto escuchándose desde afuera, lleva mi mano al picaporte. Vuelvo a abrir y la sonrisa de Paul vuelve a encandilarme.

—¿Qué quieres?

—Eres más amable cuando estás ebria.

Lo sé. Cuando estoy ebria no me da miedo lo mucho que mi sonrisa quiere salir a saludar.

—Y tú eres más divertido.

—¿Cuando estás ebria?

—Cuando estamos ebrios —corrijo—. Menos charla más piel.

—¿Me estás invitando a…? —Me interpongo en su camino. El paso que dio hacia el umbral de la puerta lo termina dejando demasiado cerca de mí. No dejo que el golpe de su perfume me haga perder pie. Alzo la vista y lo miro a los ojos, advirtiéndole que el límite es este. Mi casa. Es mía y él, que es solo una distracción, un juego, un chiste para reír un rato, no tiene por qué pisarla. No existe una sola posibilidad en esta vida de que Paul Grimmaldi vaya alguna vez a poner pie aquí. Mucho menos cuando mamá podría volver en cualquier momento, con un montón de preguntas y esperanzas y corazones rotos que meter en el desastre que ya tengo entre manos.

—Ni un paso más.

—Entendido, no más pasos. Pero… —Su mano sube a la curva de mi cintura, su sonrisa se ensancha y sus labios parecen estar más cerca que antes—. ¿Esto está bien? —Cada uno de sus dedos deja una marca al rojo vivo sobre mi piel. Los centímetros en los que mi blusa deja expuesto mi estómago se alinean con sus callos de una forma exquisita que me da ganas de retroceder hasta quitármelo de encima, o tenerlo encima. No lo sé. No lo sé. No lo sé. Siento que con Paul Grimmaldi en frente no sé absolutamente nada.

Ante el caos que su tacto despertó en mí, me aseguro de no mover un solo músculo.

—¿Qué tengo que hacer para que te vayas?

—Me tienta mucho pedirte un beso, pero eso puede ser para después.

—¿Después de qué? —maldigo porque la chispa en su mirada me revela que he caído justo en el guión que él tenía planeado para mí.

—Después de que salgas conmigo. Esta noche.

—No. —Intento dar otro paso hacia atrás para cerrarle la puerta en la cara a él y a la tentación, pero su mano sigue en mi cintura y no solo me detiene si no que me pega aún más a él—. Paul, tengo que estudiar. Tengo un examen mañana.

—Ah, sí. ¿Examen de qué?

—Peces. —Ahoga una risa y yo tengo que contenerme para no imitarlo porque sé que parece mentira pero es realmente el tema de mi exámen—. Ya perdí una noche de estudio y no pienso perder otra por…

—Ey, ey, ey, ¿quién habló de noche, picarona? Yo te estoy invitando a una cena. Nada más.

Mis. Mejillas. Se. Prenden. Fuego.

No recuerdo una sola vez en mi vida, pero ni una, en la que un hombre me haya hecho enrojecer así. ¿O tendré fiebre? Tal vez estoy enferma. Alcohol, porro, besos, muchos besos… es una mala combinación para el sistema inmune de cualquier persona.

—Eres insufrible. No quiero ninguna cena contigo.

—¿Ah, pero una noche sí?

Más rojo. Su mano aprieta levemente mi cintura y yo creo que voy a morir aquí mismo. Muerte por indecisión. Porque las dos mitades de mi cuerpo terminaron moliéndose a golpes y dándome un derrame cerebral.

—Sí, Paul. Una noche sí. Una cena no.

—La cena podría ser a la noche.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no me interesa conocerte.

—Eso es mentira.

—¿Disculpa?

—Si no te interesara conocerme no estarías aquí parada, ni hubieras hablado conmigo ayer. Podríamos habernos quedado en silencio. Bah, para ser honestos con todo el tiempo que tuvimos, pudimos tener sexo.

—Acababas de tener un ataque de pánico, no estabas en condición de tener sexo.

—Te aseguro que hubiera sido una excelente distracción.

La rapidez con la que me responde, como si supiera exactamente a dónde van a ir mis pensamientos, como si hubiera practicado la respuesta a cada una de mis excusas, como si me conociera, me desconcierta. Me dan ganas de reír, de sonreír, de pegarle, de gritarle, de echarlo, de arrastrarlo hacia mi habitación.

—Es que te juro que no sé qué hacer para que te vayas.

—Cena conmigo hoy.

—Que tengo un examen mañana, dios. ¿No has tenido una época de exámenes complicada en tu vida?

Algo lo asalta, una sombra que se abalanza sobre sus ojos cuando hago ese comentario. Clava sus dientes lobunos en la yugular del chico de tinta. Y él parece tan desconcertado como yo lo estoy por su propia reacción, como si no supiera que podía hacerle daño. Por un segundo, me distraigo pensando que entre tanta tinta, la sangre de Paul probablemente sea negra a esta altura. Pero enseguida me doy cuenta de que por algún motivo, mis palabras le han dolido y tengo que tragarme la necesidad de pedirle disculpas, de preguntarle si está bien, qué hice mal. Mejor. Que sepa que no soy una buena persona, que deje ir esta estúpida cena y se limite a llevarme a la cama para sacarnos estas ganas del sistema.

—Mañana. Después de tu examen.

—Paul…

—Una cena. Eso es todo. Y si no quieres no vuelves a verme.

—¿Lo prometes?

—Podría estar mintiendo.

—¿Otra mentira?

—Eso queda para después. Y me pagas con un beso. —Su referencia a las cosas que dijimos la noche anterior hacen que mis piernas se tensen, el latido

entre ellas de repente más audible, más rápido, más doloroso—. Esto es verdad. Una cena y si lo pasas mal no vuelvo a buscarte, ni a hablarte, ni a tocarte. —Acompaña su última palabra con un tirón que termina de dejar su pecho completamente pegado al mío. Su campera abierta cae a mis lados y la tela suave y gastada de su buzo me recuerda que hace muchísimo frío y que el único motivo por el que no lo siento calándome los huesos es por el calor que su cercanía me genera.

—Bien.

—¿Bien?

—Bien, Paul. Acepto. Mañana. A las ocho. En *Dino's*. Nos vemos ahí.

Si la sonrisa con la que me dio la bienvenida era inmensa, esta es tan grande que podría bien usarla de puente para cruzar el atlántico.

—Como no estés ahí cuando llegue, juro que vengo a buscarte.

—Prometo estar ahí.

Sus ojos caen sobre mis labios.

—Hasta mañana, entonces, Mar Aliena.

—Hasta mañana, Paul.

Me da un beso en la mejilla —como si no nos hubiéramos comido a besos la noche anterior, como si sus manos no conocieran el interior de mis piernas— y cuando se aparta, sus ojos vuelven a mis labios, casi inmediatamente, como si hubiera algo en ellos que le volara la cabeza, que no pudiera evitar querer guardarse toda la vida.

No es hasta que se da la vuelta, que me doy cuenta de que estoy sonriendo como una idiota, como si pudiera acostumbrarme a ser perseguida por el chico de tinta. Peor aún, como si pudiera acostumbrarme a ceder sin que él siquiera lo intente.

Cierro la puerta de un portazo justo cuando la moto de Paul arranca y el auto de mamá aparece en mi campo de visión. Mucho más cerca de lo que esperaría que esté. Lo suficiente para que pueda verla mirándome.

Apenas me dio tiempo para tomar mi bolso, que había quedado tirado en el piso del living, y subir corriendo a mi habitación, antes de escuchar a mi madre entrar.

—¡Ali! ¡Baja a darme una mano con las compras! —Supongo que ninguna excusa es mala cuando Ivana quiere respuestas.

Me pongo mis pantuflas de entre casa y bajo las escaleras con calma, como si no tuviera el corazón todavía galopando y la sonrisa medio pegoteada en la cara. Una sonrisa incrédula, porque ¿quién se cree Paul que es, apareciendo así

en mi casa? No es para nada una sonrisa de alegría. Se siente demasiado extraña para ser eso, no tiene nada que ver con la forma en la que Willa me hace sonreír y partirme de la risa, esto viene acompañado por un… no lo sé. Si mi cuerpo fuera un terreno baldío, esta sensación sería el agua de la lluvia acariciándolo con suavidad, nutriendo a todas las criaturas que andan muertas de sed, escondidas bajo tierra; semillas por germinar, lombrices hambrientas. Y todas crecen y salen a tomar solo en cuanto las gotas lo empapan todo, ansiosas por al fin tener algo con lo que saciar su sed.

Me encuentro con mamá vestida con una de sus faldas holgadas y llenas de cuentas doradas y cascabeles. Es casi su uniforme de trabajo, pero le queda espectacular y la forma en la que tintinean cuando camina se mezcla de forma agridulce en mi pecho, el presente colisionando con una infancia lejana acompañada de ese mismo sonido y risas y una casa llena de gente. Fue hace tanto tiempo que no lo recuerdo, pero la sensación perdura. Mamá tiene mi mismo pelo oscuro, pero el suyo es muchísimo más enrulado y cae como serpientes por sus hombros. En sus fotos de jóven, se parece mucho a mí, pero como adulta descubrió que disfrutaba más comer que hacer deporte y sus mejillas se han vuelto redondas, sus brazos más llenos. Ella lo detesta, creo que a veces, a pesar de todos los motivos que tiene para llorar, llora por eso. Pero yo la veo y creo que es una mujer hermosa. Arruinada por la tristeza, sí, pero hermosa. Me da orgullo parecerme a ella. Incluso cuando en un momento la idea me daba ganas de vomitar.

Fuerzo la neutralidad de mi rostro mientras me acerco a las bolsas que ha traído del supermercado y empiezo a sacar las compras, metiéndolas en las alacenas correspondientes y apilándolas en la heladera.

—¿Y bien? —pregunta después de un minuto eterno, esperando a que yo diera el primer paso.

—Hola, ma.

—Oh, si ya sabes que no hablo de eso. Me he rendido contigo y tu hermana. Es imposible que saluden cuando llego a casa. Como si fuera muy difícil… —No le digo que Nina ya no vive en esta casa, ni la pisa, para ser justos. No hay necesidad de hacer más daño del que ya hicimos—. Hablo del chico. ¿Quién es?

—Compañero de la facultad, vino a dejarme unos apuntes.

—¿Y te los tenía que dar tan de cerca?

Sus cejas bailan.

Podría haber sido un reproche, pero mamá es una romántica empedernida y de seguro ya está pensando en el signo astrológico complementario perfecto para

mí. Si le dijera que Paul es mi marido, que acabo de volver de Las Vegas, donde nos casamos en secreto, su único reproche sería contra no haberla dejado organizar una boda como es debido.

Cuando sonríe así, es difícil aceptar que es la misma mujer que otros días se levanta y apenas consigue dejar de llorar el tiempo suficiente para trabajar, robando minutos entre sesiones para encerrarse en el baño a mirarse el espejo y decirse que es fuerte, que puede hacer esto. Me gustaría no saber estas cosas, no haberla escuchado a través de estas paredes de papel. Pero son cosas que sé. Incluso cuando frente a mí sonríe como si no hubiera visto un mal día en su vida. No sé si sabe que la escucho cuando llora, cuando maldice, cuando va de puntillas de su cuarto al baño porque se ha quedado sin papel de tanto sonarse la nariz. No hablamos de ello. No hablamos de papá. Está prohibido. No hablamos de nada de lo que ha sucedido en el último medio año. Solo aceptamos las cosas como son: Nina en su nueva casa, ella y yo solas, papá… bueno. Sólo pensar en él reabre la herida, la hace burbujear y echar rabia, infectarse de todo este presente que él… él no… ¿Qué vamos a hacerle?

—¿Ali-Mar? —El apodo me hace querer gritarle que se calle, pero salgo de mi trance y la miro—. ¿A dónde te fuiste? ¿Me estás escuchando?

—Sí, sí. El chico. No es nadie.

No es como si ahora fuera a contarle de las noches en las que me escabullo de casa. Tampoco es como si ella no se diera una idea de lo que hago cuando me voy. La diferencia es que cuando papá vivía aquí, me daban mil y un sermones al respecto. Ahora solo me advierte que tenga cuidado y me pide una ubicación. Supongo que tenía que haber algo bueno para mí en todo esto. Papá tendría un segundo infarto si supiera que así son las cosas en su ausencia, si supiera que su Ali-Mar se revuelca con un chico diferente cada dos semanas y que lo hace a todo gusto.

—Es que quiero saber si es tu novio…

—Sólo vino a darme apuntes.

—Ya, ya, así le dicen ahora.

—¿Cómo te fue en la cena con el contador ayer? —cambio de tema mientras acomodo las botellas de agua en la heladera. Mamá habla muchísimo en las sesiones, así que toma muchísima agua para compensar. Y yo con los nódulos tomo otra tonelada por día, así que siempre que hace la compra del supermercado nuestras alacenas terminan cargadísimas de botellas de agua, pero van desapareciendo rápido.

De reojo, la veo sonreír.

—Bien. Parece que el tema de los impuestos fue un error suyo, que se le pasó mandarme el mail.

No tengo idea de qué impuestos me habla, pero dejo que mamá me hable de lo que comió y de trámites pendientes y chistes que solo a una madre la harían reírse tanto. Se desvía y pasa a hablar de más personas, nombres que se mezclan en mi cabeza porque no consigo que me importen lo suficiente para retenerlos. Sin embargo, pongo todo mi esfuerzo en mantener la sonrisa que hay en su rostro en este instante. Es extraño, pensar que hace unos meses, cuando papá aún estaba aquí, mamá lloraba menos, pero no la veía nunca reír así. Es como si estuviera conociendo a mi madre desde cero, como si ni ella misma se reencontrara consigo misma bajo la capa de polvo que se ha estado sacando con cada segundo y minuto del día que no pasa bajo el peso de la existencia de mi padre. El equilibrio entre sus noches desoladas y sus días repletos de actividades para calmar las penas me excede. No sé de dónde saca la energía para todo, aún más teniendo en cuenta que hacía no mucho no parecía tener ganas de nada. Se lo pasaba saltando entre el trabajo y los quehaceres de la casa, solo para caer rendida en la cama y empezar de nuevo a la mañana siguiente.

Y trato de que no se me note la forma en la que le huyo a sus ojos cuando se pone así, cuando se pone en rol de madre y me habla y me hace preguntas y pretende que todo está bien. No sé cómo tratar a esta persona frente a mí, no sé quién es y me abruma la idea de intentar entenderla.

A veces pienso que en algún momento entre lo de papá y Nina yéndose a vivir con su novio idiota, mi madre fue abducida y reemplazada por extraterrestres. Solo que no podría apuntar al día exacto en el que esto sucedió. Fue un proceso tan pero tan tediosamente lento, que para cuando me di cuenta, llevaba demasiado tiempo viviendo y conociendo a la persona que llevaba tanto tiempo escondida bajo la piel de mi madre.

Supongo que de alguna forma yo también descubrí la persona que llevaba adentro. O estoy intentando. Es difícil. Hay tantas cosas cambiando que no puedo evitar querer quedarme con la persona que llevo tantos años siendo. La quietud es reconfortante incluso cuando te condiciona al desastre, incluso cuando empiezas a creer que pierdes la cabeza porque tus pensamientos avanzan y tú te niegas a caminar. Soy lo único que siempre he tenido y cuando todo se desarma a mi alrededor, cuando el mundo se cae entre truenos y relámpagos, me parece imposible ceder a la idea de dejarme ir.

CAPÍTULO 18
Paul

La voluntad del hombre lo puede todo. Nos hizo volar, primero con globos aerostáticos, luego con aviones, helicópteros. Hizo que atravesemos montañas porque simplemente decidimos que sería conveniente pasar debajo de ellas en lugar de respetar las formas de sus valles. Hizo que lugares que antes habitaban mil otras especies fueran monopolizadas por el cemento y el idioma del dinero. La voluntad del hombre hizo que ciudades enteras se elevaran, pero también las hizo caerse a pedazos apretando un único, ínfimo, pequeño botón rojo; aplastado bajo el pulgar de un piloto como quien mata un mosquito sin pensarlo dos veces.

Uno creería que a esta altura, la voluntad del hombre hubiera conseguido doblegar algo tan humano como su propia cabeza, ¿no es así? Sin embargo, hay algo intangible entre los pliegues del cerebro, que se esconde de los ojos y huye de las pinzas de cualquiera que intente explicarlo. No hay leyes ni lógica ni voluntad alguna que pueda encontrarle sentido a los pasadizos interminables de la mente humana. Y uno pensaría que me estoy equivocando, que en realidad estoy hablando del corazón, pero no es así. El corazón es un órgano inútil, blando, que se tropieza ante la mínima de cambio, que desarrolla una función repetitiva y eterna que no le deja tiempo para hacerse preguntas. Está cansado, está corriendo constantemente hacia algo incluso cuando no sabe hacia qué. El corazón no piensa, solo *es*. Y por ende es más sencillo de engañar.

Sacar a Shelly de mi corazón dejó un agujero negro entre mis costillas que parece extenderse hasta el inframundo. Pero pude hacerlo. En su extracción perdí partes de mí que van más allá de las válvulas dañadas y las cicatrices supurantes. Perdí latidos que pertenecían a una vida que habíamos pensado que sería nuestra. Y lloré cada segundo de esas vidas para luego descubrir que el agujero negro se siente menos cuando a su lado pongo algo —*alguien*— lo suficientemente brillante como para emular la forma en la que latía antes de que lo amputaran.

Los corazones inocentes laten.

Luego se rompen.

Y descubres que pueden latir a pesar de sus grietas.

Que no puedes repararlo pero puedes llenarlo de luces para que nunca sienta

la oscuridad de la ausencia.

No he podido parar de pensar en Ali ni un segundo.

Pero por cada vez que la imagino a ella, el puñal se retuerce entre mis neuronas recordándome todas las sonrisas de Shelly, nuestras primeras citas, nuestros primeros roces y besos, nuestras primeras lágrimas y peleas, nuestras primeras reconciliaciones. Hay tantas personas que me han dicho que me arrepentiría de cada tatuaje que me hice, que son permanentes, niño, ¿no te das cuenta de que no sale? Son *para toda la vida*. Y me lo dicen así, lento, como si fuera un niño con un berrinche. Ninguna de esas personas me advirtió de la permanencia del amor, de que todos tus primeros tuvieran nombre y apellido. No hay tinta en ninguno de mis recuerdos con Shelly, sin embargo su permanencia me está matando.

Creo que por eso la llamo.

—¿Paul? —Su voz tiembla un poco. No hemos hablado desde el cumpleaños de Leo. No recuerdo la última vez que dejamos de hablar por tanto tiempo. Shelly siempre está presente, siempre nos buscamos. Pero creo, por la incertidumbre con la que dice mi nombre, que ambos sabemos que no suelo ser yo el que da el primer paso hacia el encuentro.

—Hola. ¿Todo bien?

No le pido perdón, no le doy explicaciones. No somos pareja, no necesitamos pedir perdón ni darnos explicaciones. Pero nos necesitamos.

Suelta un suspiro de alivio, como si ahora que me tiene aquí, a su disposición, pudiera respirar como corresponde. Su exhalación pasa de su lado de la línea al mío, una caricia desarmando el nudo que llevo en el pecho.

—Sí, todo bien. —Su voz tiene un doble efecto en mí: me calma, como siempre lo hizo, pero a su vez me llena de culpa pero no tengo idea de por qué —. ¿Vas a la rampa hoy?

—No creo, trabajo y eso. —No es una mentira. No veo razón para decirle que estoy de camino a buscar a Ali para nuestra primera cita. Solo le haría daño. Y yo no quiero hacerle daño. Solo quiero escucharla un poco, saber qué fue de su vida en estos días. La extraño. Incluso cuando puedo seguir con mi día a día como si no lo hiciera, cuando hablo con ella me doy cuenta de lo mucho que la extraño—. Pero seguro vaya el fin de semana. ¿Te fue bien en el examen?

—¿Cómo sabías que…? Cameron —se responde a sí misma.

—Cameron. Me dijo que no sentías que hubieras estudiado mucho.

—Menos que otras veces. Nos… eh… ya sabes, a veces estudiar en equipo es difícil.

Ah…

—¿Con Porter?

No debería dolerme. Para ser honestos, ni siquiera debería importarme. Pero me duele porque Shelly es el amor de mi vida y pensar en ella distrayéndose del estudio con alguien que no soy yo es un poco como asomar la cabeza al infierno.

Tarda en contestarme. No lo suficiente como para que mi imaginación se vaya demasiado, pero sí para que vaya a algunos lugares que preferiría no recorrer.

—Y otros. Varios. Somos un grupo grande.

No le pregunto si es por Porter o por los otros que estudiar es difícil.

Nuestra primera pelea de verdad fue sobre él.

Shelly estaba estudiando para sus primeros exámenes y no parecía tener ni medio segundo libre para mí. Y cuando tenía un segundo para mandarme un mensaje, la conversación siempre parecía derivar a Porter. Porter dijo y Porter hizo y Porter me recomendó que… No me preocupó al principio. Supuse que era la emoción de haber hecho un nuevo amigo después de lo que sufrió cuando Aspen, su mejor amiga, se fue a estudiar a Londres. Shelly nunca fue la mejor para acercarse a las personas. Siempre me tuvo a mí y a Livvy, su prima, y por supuesto a Cameron. Pero Livvy se fue y Cameron arrancó la universidad y yo me convertí en su novio… Aspen apareció y llenó el vacío que esas amistades dejaron. Pero también se terminó yendo y Shelly se quedó… perdida. Nunca sola. Jamás la dejaríamos sola, pero tanta pérdida la hizo sentir un poco fuera de lugar en el mundo.

Entonces empezó la universidad y aparecieron *las chicas de la uni* y *Porter*.

Estaba feliz por ella. Genuinamente.

Incluso cuando la extrañaba y sentía que con cada día que pasaba yo estaba más y más lejos de su mundo, de sus prioridades –me sentía un poco como si estuviera viéndola por televisión, tan de lejos que ni siquiera estábamos en el mismo plano, sus escenas pertenecían a la vida de Hollywood, las mías a este distrito de mierda perdido en la ciudad–, la veía tan feliz que no podía enojarme por ello. El poco tiempo que teníamos para nosotros, esas llamadas nocturnas que nos robábamos antes de dormir… podía escuchar la sonrisa en su voz.

Yo no… No fue un buen año para mí. Mi grupo de amigos se había desperdigado. Siempre tuvimos vidas muy diferentes, pero la rampa y estar en la escuela nos unía de cierta forma. No importaba quién podía pagarse vacaciones en California y quién no tenía vacaciones de ningún tipo. Éramos solo adolescentes. Pero la vida adulta cambia esas cosas. Mientras ellos debatían si

irían a universidades de la *IVY league* o estatales, yo estaba desesperado buscando trabajo de absolutamente cualquier cosa que me permitiera salvarme del legado familiar. Una vez que ellos empezaron a estudiar y yo a ganar un sueldo, sus ratos libres empezaron a usarlos para estudiar e ir a la rampa, mientras que los míos se convirtieron en cuidar cada vez más de Tino porque el abuelo ya no podía y en mejorar todo lo posible en *el arte de arruinar la piel de los jóvenes idiotas*, como lo llama papá.

Como si fuera poco, ese fue el año en el que papá de verdad empezó a cerrarse más y más sobre sí mismo. Como si por algún motivo hasta ahí hubiera podido intentarlo y ser padre después de esa fecha se hubiera vuelto demasiado para cargar sobre los hombros.

Me sentía solo constantemente.

Así que un día fui a verla a Shelly.

Porque la extrañaba.

Porque era mi novia y quería un abrazo de ella.

Creo que había peleado con papá o algo así. Por ese entonces esto no era tan común y cuando sucedía me sentía la mayor basura del mundo. Como si los zapatos que papá pretendía que llenara —los zapatos del hijo perfecto que tomaría las riendas del negocio familiar, del hijo que sería aplicado y responsable, que pensaría con la cabeza en frío— fueran dos tanques llenos de agua y al intentar calzarlos me ahogara en ellos por el peso de mis fracasos.

Abrí la puerta —llevábamos ya casi un año de novios, pero no tenía nada que ver con eso, nos conocíamos desde niños, nuestras madres eran mejores amigas, hay una copia de la llave de su casa en mi llavero desde que tengo edad para tener un llavero— y los vi. Creo que tal vez me hubiera dolido menos que se estuvieran besando. O no. No lo sé. Si hay algo que nunca hizo fue engañarme de esa forma y me odio un poco más que antes cada vez que recuerdo no haber sido capaz de devolverle el favor. Pero abrí esa puerta y los vi: ella y Porter, riendo a carcajadas; la frente de ella apoyada en su pecho, la de él enterrada en su cabello, sosteniéndola para que no se cayera o para que no pudiera alejarse ni un centímetro, no sabría decir.

Con una risa, un contacto, Shelly quebró por primera vez mi confianza en ella.

Porque así no se tocan los amigos.

Incluso hoy, ahora, no sabría describir qué parte de esa escena me destruyó. Porque los amigos se ríen y se tocan y se abrazan. Pero no así, no con pulgares que rozan mandíbulas y piernas con toda esa piel expuesta que se tocan sobre el

sillón en el que yo la besé innumerables veces. Los amigos no se tocan como si estuvieran hechos de cristal y no se sostienen la mirada como si los ojos del otro estuvieran llenos del vino más dulce y ellos murieran por mojar los labios aunque fuera una vez en él.

La noche que la conocí a Ali, justo antes de besarla pensé en lo que sentí al ver a Shelly y a Porter tocarse de esa forma. Pensé en que lo que estaba haciendo no era tan terrible porque Shelly no lo vería, no estaría obligada a presenciar el principio del fin. Luego me tiré de cabeza en sus labios sin sonrisa y me olvidé de Shelly como nunca había podido olvidarme de ella. Nunca se me ocurrió que terminaría siendo más que un simple beso, que volvería a Shelly llorando, pidiendo un perdón que sabía que no me merecía. Creo que lo peor de todo fue que incluso ahí, con los ojos de cervatillo de Shelly derramando la sangre de su corazón apuñalado, nunca pensé que fuera a decirme que ese era el fin.

Asumí que me perdonaría. Siempre nos perdonábamos.

Pero supongo que siempre nos perdonamos porque siempre le habíamos pertenecido al otro. El momento en el que me acosté con otra persona dejé de pertenecer a Shelly. Una parte de mí se quedó enredada en el pelo de la chica con la sonrisa ahogada.

Supongo que Shelly tampoco lo supo, pero el momento en el que dejó que Porter la tocara de aquella forma, el momento en el que yo vi esa intimidad entre ellos, se abrió la primera grieta en los cimientos de nuestro templo. De golpe no éramos más dos niños que habían pasado sus vidas enamorados en silencio, éramos dos adultos con garrotes en la mano, dispuestos a defender sus corazones incluso al costo de la sangre del otro.

—Shelly… —su nombre se me escapó de los labios; el último aliento del chico que fui para ella antes de todo lo que vino después.

Y ella enseguida se puso de pie, donde antes apenas hubiera entrado una partícula de aire ahora había un metro entre Porter y ella. Pero ya no importaba, la imagen quedaría grabada en mi cerebro para siempre. Podría dibujarla de memoria, con lujo de detalles. Ella llevaba puesta esa blusa amarilla que siempre le había dicho que amaba cómo le quedaba. Resaltaba su piel oscura.

—Paul, ¿qué haces aquí?

Ni *hola*, ni *¿qué pasó?*, ni *¿estás bien?*, ni siquiera me presentó a su amiguito. Shelly empuñó un *qué haces aquí* y me empaló con él como si fuera un intruso. Sus ojos desorbitados como si no fuera mi lugar en el mundo, mi segunda casa.

—Vine… eh… —Yo, que siempre había sido demasiado rápido con las

palabras para mi propio bien, de golpe no tenía nada que decir. Mi hígado estaba en mi cabeza, mis pulmones en mis piernas, mi cabeza estaba en mi estómago y mi corazón a los pies de esta chica que había prometido nunca soltarlo—. Quería verte.

Porter no era nada muy espectacular. De haberlo cruzado por la calle, lo habría pasado por alto, excepto por esos ojos… celestes y brillantes de pena. Ni de cerca arrepentidos, ni de cerca avergonzados, solo apenados por el chico frente a él, que no tenía corazón ni una máquina del tiempo para cambiarlo todo y ahorrarse este momento.

—Bien, sí. Claro.

—Estaban… ¿estudiando? —nunca había estudiado así. En la secundaria estudiaba con un cuaderno en la mano, en silencio. No necesitaba tocar a nadie, mucho menos reírme. Pero una parte de mí solo quería que Shelly me dijera que sí, que ahora está comprobado que puede pasarse conocimiento por ósmosis y por eso su cuerpo tocaba el de él en todos esos lugares.

—Terminando. Porter ya se iba.

Recién entonces supe que ese, en efecto, era Porter. Pero no me tomó por sorpresa. Supuse que una parte de mí ya se había dado cuenta, también supongo ahora, en retrospectiva, que podría haber sido Tom Cruise y hubiera dolido igual. Pero tal vez hubiéramos podido superar a Tom Cruise. Hubiera sido un momento de debilidad por la mejor estrella de películas de acción de la historia, nada más. Porter… bueno, él no fue una vez. Porter estuvo entre nosotros cada segundo de los años que le siguieron a ese momento, como termitas viviendo en el corazón de nuestra historia. Nunca encontramos el veneno adecuado para deshacernos de ellas y nos devoraron desde adentro.

Ahora Shelly tiene sus termitas y yo tengo mis escombros.

Porter recogió sus cosas enseguida, porque sólo tenía un cuaderno en blanco y una lapicera frente a él. No creo que hubieran ni arrancado a estudiar ese día, demasiado distraídos por risas y puntos de contacto (rodillas con rodilla, frente con pecho, mano con hombro, mano con mejilla, cabello entre sus dedos). Creo que me palmeó el hombro antes de irse, que dijo algo. Pero no sabría decir qué. No podía apartar mis ojos de Shelly, a la espera de que dijese algo más.

Pero ella guardó silencio porque no hay nada más Shelly que tenerle miedo a los primeros pasos, y yo tuve que arrancarme las palabras y entregárselas todavía con restos de sangre chorreando.

—¿Qué fue eso?

—Estábamos estudiando.

Estás mintiendo, ¿por qué me mientes? Recuerdo haberlo pensado, pero no lo dije porque Shelly jamás me había mentido y decirlo parecía una atrocidad. Más adelante en nuestra historia hubo muchas acusaciones de este tipo, insultos destinados a sacar a la luz lo peor del otro.

—Estaban… —tragué saliva, no reconocía mi propia voz—. Estaban muy cerca.

—No, no. Estábamos… no lo sé. Riéndonos y eso.

—Muy cerca.

—Paul, no seas así.

Había apenas unos metros entre nosotros pero me sentí como si la Antártida entera, helada y solitaria, se hubiera metido allí. Podía ver a Shelly pero no sentía nada de las cosas que siempre había sentido cuando la tenía cerca. No había calidez ni alegría y mucho menos amor.

Ella dio un paso hacia mí, como si también tuviera miedo de estas sensaciones, pero al hacerlo pisó mi corazón, que seguía ahí tirado, y di un paso hacia atrás. Mis manos en alto, porque no la quería más cerca. Verla a los ojos en ese momento generaba demasiadas contradicciones en mí. Quería que se quedara allí, del otro lado de la Antártida.

—¿Así? ¿Así cómo? Hace una semana no nos vemos y casi no hablamos y llego aquí y te encuentro…

—¿Por qué no me dijiste que vendrías?

—Porque cuando lo hago siempre tienes una razón perfectamente lógica para que no nos veamos y por una vez quería no tener que escuchar esas razones. Solo quería verte y, y… ¿En serio? ¿Eso es lo que tienes para decir? ¿Desde cuándo tengo que avisarte para venirte a ver?

—Desde que tengo una *vida* que no pasa solo por ti.

—Parece que pasa por Porter ahora también.

—¿Disculpa?

—¿Vas a decirme que no?

Y no sé ni cómo ni cuándo, pero los dos estamos gritando y es horrible pero no hay otra forma de hablarse cuando la Antártida está entre dos personas. Hace que todo lo que digas llegue distorsionado, que se pierda el punto de lo que se quiere decir —porque lo que verdaderamente decíamos en ese momento era *te amo* y *tengo miedo* y *por favor no tengas miedo, te prometo cuidarte*– pero en ese entonces no lo sabíamos. Nos gritábamos porque nos queríamos hacer escuchar, no entender.

—¡Claro que no! Porter es mi *amigo*.

—¿Hace falta que te recuerde que yo también fui tu amigo por muchísimo tiempo antes de ser esto? —Es el motivo por el que sé que Porter no la estaba mirando como una amiga. La estaba mirando como alguien que sabe que está fuera de su alcance, pero no puede evitar desear que no sea así; la miraba como yo lo hacía unos años atrás, cuando la idea de que me rechazara dolía demasiado como para siquiera intentarlo.

—¡Eso es diferente!

—Si eso es diferente, ¿esto qué es? Porque yo lo veo muy similar. ¿Cuántos días de los que te quedas estudiando estás con él? ¿Cuántas veces que no podemos vernos puedes verlo a él? Porque si están teniendo sexo prefiero que me lo digas ahora antes que venir a visitarte de sorpresa la próxima vez y encontrármelos estudiando… —mi tono pone un millón de comillas alrededor de la palabra—… ¡Anatomía en el sillón!

La Antártida se vuelve muy finita. No sé en qué momento nos acercamos así, pero ella está pegada a mí y me da un empujón y yo trastabillo incrédulo porque me haya tocado de esa forma que no me gusta, me da asco, me da ganas de vomitar. Sus manos que siempre habían sido un consuelo de golpe eran un rechazo y el mundo estaba patas para arriba.

Sus ojos se abren de par en par al darse cuenta de lo que hizo, un universo desgarrado se ve en cada uno de sus iris. El dolor se abre paso entre el hielo y quiebra los glaciares en su garganta, dejando escapar un quejido horrorizado.

Y yo, que nunca pude con su dolor, descubrí que era aún menos capaz de tolerarlo cuando ese dolor se trataba de mí.

—No, no, Shelly, no llores. —Mis brazos se envolvieron a su alrededor. Todo lo que sucedió en los últimos cinco minutos completamente olvidado. Lo único importante era que Shelly no se viera más como un montón de fragmentos de porcelana estampados contra el piso—. Ey, está bien…

—Yo… lo siento. Dios mío perdón, no…

—No quisiste hacerlo. Lo sé. Lo sé. —La apreté contra mí tanto como pude, su rostro lleno de lágrimas aplastado contra mi corazón lleno de astillas. No pensé en Porter ni en los puntos de contacto que había habido entre ellos y que ahora mi cuerpo tocaba, no me sentí sucio ni roto ni pensé que moriría por falta de aire mientras la consolaba. No pensé que tal vez no debería estarla consolando yo a ella ni en que tocarla en este momento me daba ganas de vomitar.

Shelly se deshizo en disculpas entre mis brazos.

Yo acepté todas y cada una de ellas.

Nunca pensé que fueran a venir más, muchas más y que con el tiempo sus *lo sientos* no significarían nada. Que me harían reír porque dejaría de creer en ellos, que yo también le diría esas mismas dos palabras sin creerlas cuando salieran de mi boca.

Por eso cuando Shelly ahora me dice que estudiar en equipo es difícil, sólo puedo pensar en que ahora es libre de *"estudiar"* todo lo que quiera con quien quiera. Y no debería importarme pero lo hace porque supe desde esa primera pelea que todo terminaría así y aquí estamos, tres años más tarde cumpliendo la profecía.

—¿Y Tino? ¿Cómo le está yendo en el colegio? —pregunta del otro lado de la línea, para llenar ese silencio que mis recuerdos han hecho en la conversación.

—Bien, bien. Estoy intentando que no falte, para que no le pase como a Leo, pero es difícil ahora que el abuelo no está para ir a buscarlo por las tardes.

—Yo podría ir a buscarlo algún día… me gustaría verlo. Lo extraño.

Yo también te extraño, quiero decirle, porque sé que es lo que ella quiso decirme en un principio. Pero no extraño las peleas y los gritos y la sensación de que mis costillas se habían convertido en su saco de boxeo profesional cada vez que Porter salía en una conversación. Sé que no funcionamos y que no vamos a funcionar porque lo intentamos de todas las formas posibles y aún así no pudimos con el peso de nuestros fallos.

—Puede ser. Coordínalo con mamá y ella ya me dirá. ¿Te parece?

Siento el efecto que mis palabras tienen en ella. No necesito verla para interpretar ese silencio. Está lleno de gritos y de preguntas. ¿Para qué me llamas si vas a hacerme a un lado? ¿Por qué me buscas si no quieres nada de mí? Y no sé bien la respuesta. Solo sé que a veces la necesito y el día que dejó de haber un nosotros nos prometimos estar para el otro siempre que lo necesitáramos. Supongo que solo me estoy asegurando de que queda esta última promesa entre nosotros sin romper.

—Sí, claro. Le hablo esta semana. —Frente a mí, los estudiantes de la Universidad de Crawford empiezan a salir por las puertas. Ali debe estar por salir. Fue difícil averiguar el horario en el que terminaba de dar el examen y en qué aula lo daba, pero valió todas las llamadas que hice a la secretaría y todas las mentiras que dije para conseguirlo. Porque mi corazón se acelera imaginando el momento en el que ella salga por esas puertas y me vea. —. ¿Paul? ¿Qué pasa?

Mierda.

Shelly, del otro lado de la línea estuvo diciendo algo, pero no tengo idea de qué porque últimamente me pasa demasiado seguido esto de que Ali, o más bien

la versión de ella que vive en mi mente, se me aparece de repente y el resto del mundo se difumina y deja de importar.

—No pasa nada. Tengo que irme. Dime qué te dice mamá sobre Tino.

—Eh, sí, claro.

Debería importarme más escucharla así, ver que le tiembla la voz con incertidumbre, que probablemente cuando corto la llamada la dejo confundida y un poco indignada. Pero no me importa porque en el momento en el que lo hago Ali aparece ante mí y me doy cuenta de que esto que hace, esta capacidad que tiene en mi mente de borrarlo todo, es algo que hace en la vida real y no solo conmigo.

Todos la miran.

Camina al principio sin verme, concentrada en la nada misma, pero con esos pasos flotantes que la hacen parecer una amazona lista para dar batalla, y las miradas del mundo entero se dan vuelta y caen en ella porque su energía es de colores que el ojo humano no ve pero siente quemándole la retina. Es un poco como el sol. Y si tuviera que tatuarme el alma de Ali en el cuerpo lo haría justo entre mis costillas, como una enredadera llena de flores que esperan la primavera para abrirse y revelar su aroma. Ali está llena de vida y secretos y camina con cuidado entre el universo, rozando con sus hojas a todo aquel con el que se cruza.

Y cuando me ve…

Cuando me ve revientan esas flores y revelan sus pétalos alucinantes. No son de ningún color, pero son de todos los colores a la vez, un poco como si estuvieran hechos de burbujas y fueran a reventarse ante el más mínimo contacto. Y yo me siento la primavera misma cuando la atrapo mordiéndose el interior de la mejilla y negando lentamente, como si no pudiera creer que estoy aquí o como si no pudiera creer que el verme aquí, recostado contra mi moto y esperándola, sea suficiente para formar una sonrisa en su rostro.

Oculta la sonrisa, pero no me importa, porque sé que está ahí y porque ayer en su casa se le escapó y casi me encandila. No sé si sería capaz de reprimir las ganas que tengo de tocarla si me sonríe como sé que es capaz de sonreír. No sé si sería capaz de nada excepto de besarla si volviera a mirarme así.

Se detiene a un metro de mí y no sé cómo es posible que sea demasiado lejos y demasiado cerca a la vez, pero lo es.

—Debería darte vergüenza —me dice, con su voz hecha de cenizas de cigarrillos que nunca fumó—. ¿Qué pasaría con esa sonrisa engreída si tu hermana nos viera en este momento?

Leo estudia en la Universidad de Crawford, pero en el campus de Ciencias Humanitarias. Ali está en el departamento de Ciencias Naturales que queda convenientemente cerca de su casa y de mi trabajo. Ella lo sabe y yo lo sé.

—¿Y qué pasaría con la sonrisa que estás escondiendo?

—*Touché*.

Le paso el casco que llevo en el brazo.

—Venga. Tenemos una cita pendiente.

—No es una cita.

—¿Entonces qué es?

—Una salida de amigos… Que se suponía que empezaba a las ocho de la noche, en *Dino's*.

—Por favor… —Soplo aire por la nariz e ignoro la última parte de su comentario—. Lo último que necesito es otra persona que crea que lo que hacemos nosotros es lo que hacen los amigos.

Ella finge un puchero.

—Aw, ¿toqué un tema sensible?

—Sí, podrías besarme ahora para compensarlo.

—Eso va contra las reglas.

—¿Qué reglas?

Ella alza las cejas y el misterio se envuelve a su alrededor como seda. Me saca el casco de las manos y se sube a la moto sin esperarme.

—Vamos, amigo. —La odio y me encanta cuando me pincha de esa forma. La besaría hasta resetearle las ideas sólo por la insolencia con la que me mira en ese momento, pero se pone el casco como si supiera que ese es el momento de poner una barrera entre nosotros—. Hay mucho de qué hablar.

CAPÍTULO 19
Paul

–Repítelas.

—Esto es estúpido. —Sin embargo no puedo evitar sonreír. Hay algo en el delirio de Ali que lo hace inevitable—. Ya te escuché, acepto. ¿Eso no alcanza?

—No, tienes que tomártelo con seriedad y, por sobre todo, tienes que saberlas.

—Bien, pero yo todavía no puse mis reglas.

—¿Tus reglas? ¿No eras el señor *ir con la vibra* y *veamos qué pasa*?

—Depende del día. No me mires así. Si tú puedes poner reglas creo que es más que justo que yo haga lo mismo.

Ali se encoge de hombros como si no le importara, pero mientras yo apenas puedo aguantarme la risa, las comisuras de su boca se retuercen del esfuerzo que le conlleva guardarse todas sus quejas.

—Bien. Bien. Pero primero, mis reglas.

Ruedo los ojos y empiezo a enumerar una por una tal cual las dijo ella:

1. Nada de besos en público. (Según Ali eso es cosa de parejas. Según yo, es una regla estúpida porque los dos sabemos que mientras lo dice está pensando en besarme).
2. Nada de involucrados; no Willa, no Cameron, no Leo y definitivamente ningún otro integrante de nuestras familias. (Según Ali eso es cosa de parejas. Coincido.)
3. Nada de celos. Ni le pertenezco ni me pertenece y no existe motivo alguno por el que debería importarnos qué hacemos cuando no estamos juntos. (Según Ali eso es cosa de parejas. Coincido. Ali es un medio sencillo para un fin: divertirme. La diversión deja de divertir si involucra celos).
4. Nada de peleas. (No amerita más explicaciones. Dos personas que no significan nada para la otra no tienen motivos para hacerlo. Coincido).
5. Nada de charlas sentimentales. (Según Ali no hace falta conocernos para divertirnos. Según yo es inevitable dejarse conocer cuando dos personas pasan tiempo juntas. Cuando lo señalo, ella no reconoce que en las pocas veces que nos cruzamos aprendimos muchísimo del otro, que el conocernos así es lo que permitió que llegásemos a este punto. *No me conoces ni un*

poco, me dice una y otra vez. Sin embargo cuando lo hace me doy cuenta de que no tengo que seguir insistiendo en el tema porque si lo hago voy a perder esta pequeña oportunidad que me está dando. Creo que eso significa que la conozco más de lo que ella cree).

Se me queda mirando con los ojos entrecerrados. Creo que sabe que no me estoy tomando muy en serio nada de lo que dice. Pero también creo que es lo suficientemente obstinada como para intentar sostener estas reglas por sí misma. Empiezo a darme cuenta de que Ali cree que los vínculos son algo que puede forjar a pura fuerza de voluntad. En sus ojos brilla una determinación peligrosa que me recuerda un poco a Leo y a su inocencia al creer que puede controlarlo todo. La diferencia es que mientras mi hermana piensa que tiene que desvivirse para hacerlo, Ali parece simplemente convencida de que no tiene ni que intentarlo, de que su voluntad va a hacerse porque es el tipo de chica que siempre ha tenido el mundo entero envuelto alrededor del dedo.

—Ahora. —Mi mano se estira sobre la mesa que hay entre nosotros y le da un tironcito a la polera que lleva puesta; las yemas de mis dedos rozan su cuello mientras pretendo acomodar algo que no está mal. Si no encuentro excusas para tocarla, se aleja. He descubierto que si pongo de por medio un pretexto, Ali parece muchísimo más dispuesta a dejarse hacer, incluso cuando sabe tan bien como yo que no hay nada mal con el cuello de su polera, ni con su cabello perfectamente lacio, ni con los colgantes de piedras de colores que lleva contra el pecho—. Mi turno.

Hace un gesto con la mano, como invitándome a explayarme.

Definitivamente odia la incertidumbre de no saber lo que estoy por decir. Así que doy otro sorbo –lento y suave– a mi café, deleitándome con la forma en la que sus ojos van a mis labios cuando los relamo, con las formas casi imperceptibles, milimétricas, en las que su rostro pierde el control. Roturas en su máscara. Emociones que no es tan buena disimulando como cree que es.

—Primero, nada de llamadas. Son molestas y prefiero los mensajes. —Estoy siendo inmaduro, poniendo reglas absurdas para irritarla como sus reglas me irritaron a mí—. Segundo, nada de dormir juntos. —Pensé que iba a quejarse, esperaba que se riera de mi estupidez, porque si vamos a acostarnos no pretendo echarla de donde sea que estemos como si fuera una don nadie, pero Ali asiente como si fuera perfectamente lógico. Me desconcierta pensar en que ahora mismo incluso si no es lo que ella quiere la estoy conociendo, viendo el tipo de persona que es. Me desconcierta que parezca no darse cuenta de ello pero sobre todo que a pesar de que no me encante lo que veo no pueda evitar que me interese, que

sus incógnitas me atraigan un poco más—. Tercero, —y ahora me pongo serio, porque Ali puede ser todo lo sarcástica que desee respecto al tema pero no pienso dejarlo pasar por alto—, no somos amigos. —Veo que intenta abrir la boca para protestar, pero no se lo permito—. No somos pareja, genial por mí, pero no pienso hacer nada de esto si luego vamos a levantarnos y pretender que es lo que hacen los amigos.

—¿Por qué te importa tanto no ser amigos?

—¿Por qué te importa tanto no ser pareja?

Ali traga saliva. Mira por la ventana.

Me alegra no haber esperado a las ocho de la noche para buscarla. Incluso cuando buscarla por la universidad requirió salir temprano del trabajo y perder algo de dinero que nos hubiera venido bien. Son las cinco de la tarde y el sol se esconde porque el invierno es cruel y llama a las sombras antes de tiempo, pero el reflejo dorado de la luz que lucha por permanecer con nosotros le acaricia a Ali el perfil y hace brillar todos sus aritos plateados y todos los colores enhebrados en su pelo de una forma que es violenta; un puñetazo en el centro de mí que quiebra mis costillas. Mis pulmones se pinchan y el aire se me escapa.

No sé si alguna vez conocí a alguien tan hermoso.

Shelly es hermosa, pero de una forma dulce y humana. Es hermosa de la forma en la que la gente busca serlo. Aspen es hermosa de una forma exótica, con rasgos demasiado filosos y ojos que prometen tormenta. Mi hermana es hermosa porque es mi hermana y no puedo no pensarlo, porque aún la recuerdo cuando era una niña torpe que se vestía con mis remeras heredadas y se movía como un niño más. Salí con chicas bellas. Chicas altas y bajas y delgadas y gordas. Las besé a todas y no me arrepiento de haberlo hecho.

Pero Ali es… su belleza duele de la forma en la que los músculos se arden después de haber corrido hasta olvidar tu propio nombre. Es violenta porque no construye muros entre lo que es y la persona que tiene enfrente. Ali se rodea de trincheras tan profundas que atraviesan la Tierra. Deja que le veas, con toda su frialdad y su condescendencia, tal cual como es, sin disfrazar el desagrado ni el deseo, pero no va a dejarte lo suficientemente cerca como para que entiendas qué es lo que alimenta todo ese odio. Un paso en falso y corres el riesgo de caer en los pozos que la rodean, directo hacia el otro lado del mundo, donde nunca más vas a tener la oportunidad de verla. Y qué estúpido que me desespere de esa forma la idea de no tenerla cerca, pero sigo convencido de que Ali es la salida de mi propia cabeza y la inevitabilidad con la que vuelve una y otra vez a Shelly.

Creo que lo que me deja sin aire es en realidad la fuerza con la que quiero

besarla.

O sus ojos. Tal vez son sus ojos.

Son de un verde amarillento, como si los hubiera llenado de ácido para mantenernos a todos a raya. Son una advertencia que no puedo pasar por alto pero no puedo conseguir que me importe lo suficiente.

Me arrepiento enseguida de mi respuesta, porque creo que le he hecho daño. Y no tenemos que ser ni amigos ni pareja para que eso me remueva los intestinos.

Mi mano se estira, mis dedos rozan los suyos sobre la mesa y puedo ver la forma automática en la que el shock del contacto tensa todos sus músculos hasta su cuello; su cabeza gira hacia mí con un latigazo. Ojos ácidos que se clavan en mí como si lo que acabo de hacer fuera equivalente a haberle abierto la garganta.

Intenta alejarse, pero soy más rápido y tomo su mano en la mía.

—Lo siento —digo, buscando sus ojos, que me eluden, clavados en el punto en el que sus dedos se entrelazan con los míos. Ella asiente lentamente y sólo entonces le permito huir de mi contacto. Quiero preguntarle por qué tocarla así está mal y tocarla de la forma en la que nos tocamos en el ascensor de esa discoteca parece no moverle un pelo–. Y me importa no ser amigos porque creo que hay una clara diferencia entre una amistad y una pareja. Detesto cuando se desdibuja ese límite. Nunca quise besar a una amiga de verdad, porque si quisiera hacerlo entonces no seríamos tan amigos.

—No lo sé, no tengo amigos hombres. Y tú tampoco tienes amigas mujeres. —Esta vez ella es la que no me deja hablar cuando abro la boca—. Shelly no es tu amiga, es tu ex y definitivamente sigues queriendo besarla…

—No es así.

Mentiroso, me dice su ceja arqueada. No hace falta que me lo diga. Lo sé. Pero aceptarlo en voz alta no nos haría un bien a ninguno de los dos.

Pienso en los besos de Shelly tanto como antes. Es sólo que la perspectiva cambió. Pienso en los besos que nos dábamos, en los sentimientos que había de por medio, en cómo se deformaron con el tiempo y se llenaron de una posesión y envidia hambrientas que nos devoraron. Ya no me encuentro fantaseando con besos que querría darle y es confuso porque quiero de vuelta todo lo que tuvimos pero no consigo ser la persona que era. No creo que tenga sentido intentarlo.

—Hagamos como que te creo. De todas formas, no creo que tengas razón. Los amigos pueden besarse. Hay diferentes tipos de amistad.

—No es así. Si quisieras besar a alguien que es tu amigo, es porque te gusta. Lo quieres, te atrae. Te gusta.

Ella se ríe, como si hubiera dicho una estupidez.

—¿Y ya? ¿Eso es todo lo que necesitas para que alguien te guste?

—¿Qué más?

—Eres un tipo sencillo, Paul Grimmaldi. —Cuando dice mi nombre completo me desconfigura las neuronas. Hace que sus labios se vean el doble de atractivos y que la conversación pase a un segundo plano—. Para que alguien te guste de verdad, que te interese, se necesita mucho más que quererlo y que te atraiga. Tiene que haber algo en común que… que haga que valga la pena el riesgo, que haga que tenga sentido esa unión.

—¿Y lo dices por tu experiencia con tus…? —Finjo pensar y luego sorprenderme con mi extraordinario descubrimiento— ¿cero novios?

—¿Y tú qué sabes cuántos novios tuve o no?

—Si los tuviste, hicieron las cosas muy mal. —Su ceja vuelve a arquearse—. Si te dejó con una alergia a los sentimientos que parece que podría matarte.

No sé por qué, pero mi chiste dibuja una sonrisa tensa en su boca. Nunca sé dónde está el límite con Ali. Un momento estamos bromeando y hablando como dos personas normales y al siguiente todo se vuelve raro, vuelan disparos desde sus trincheras y tengo que esconderme para que no me convierta en colador.

Ali procede a ignorar mi comentario y a buscar algo en su bolso.

¿Un celular?

—Pero… ¿no te lo habían robado?

Ella se encoge de hombros mientras lo desbloquea y busca algo. Enseguida me lo pasa, con una pestaña para agendar un nuevo contacto abierta.

—Mamá pasó por la puerta de no sé dónde ayer cuando fue al supermercado y vio que había descuento, así que me lo compró.

Lo dice como si no fuera gran cosa. Y yo me esfuerzo por no abrir la boca impactado ante la diferencia entre nuestros mundos. Su mundo, en el que un celular último modelo como el que tengo entre manos es accesible cuando tiene un descuento. Como si nada, de un día para el otro. Mi mundo, en el que una compra así involucraría ahorros de meses y aún así sería un esfuerzo.

—¿Qué te pasa?

Le devuelvo el celular con mi número agendado.

—Nada, nada.

—Dime. Si…—pausa, se toma su tiempo para encontrar la palabra adecuada —… *esto* va a funcionar, vas a tener que ser honesto.

—¿Y esa regla aplica a ambos? ¿O es sólo para mí?

—Depende el día —contesta como si nada. Como si de verdad esperase que

yo siempre le diera el cien por ciento de mis pensamientos mientras ella selecciona meticulosamente qué tanto ofrecerme del mundo que lleva bajo la piel. Supongo que no me molesta tanto, que es un poco el precio a pagar por una chica como Ali—, vamos, dime.

—Nada, es que… me sorprende.

—De alguna forma tengo que poder llamarte si…

—No hablo de que me pidas mi número, aunque no voy a mentirte e ignorar que pensé más de una vez en este momento… —Ella rueda sus ojos ante mi sonrisa socarrona, ante mi necesidad de sacarle importancia a lo que estoy por decirle con un chiste idiota—. Hablo de que puedas hacer cosas como comprar un celular de un día para el otro.

Y creo que estoy viendo mal, pero no. Mar Aliena, la reina de la indiferencia, se pone completamente roja cuando se da cuenta de lo que hablo y de que ella ni siquiera registró a que me refería en un principio. Porque así es su mundo.

—Me hace preguntarme qué tanto puede durar lo que sea que estamos haciendo si ese es el tipo de mundo en el que vives.

—Woah, te tomaste muy en serio lo de la honestidad, eh.

—Supongo que no hay otra opción, ¿no?

Ella asiente, como dándome la razón. Un verdadero milagro.

—Bueno, Paul. No hace falta que te preocupes por esas cosas porque para eso está la regla número dos. —Me mira con una sonrisa triunfante y yo rebusco en mi cabeza hasta dar con ella.

—¿Nada de involucrados? —pregunto, sin entender del todo.

—“Nada de involucrados” en esto que estamos haciendo significa que ninguna parte de todo esto te afecta porque vivimos vidas separadas.

Quiero preguntarle si de verdad estamos teniendo esta conversación, si de verdad confía en que esta lista de mandatos pueden atarnos a nuestros papeles y obligarnos a desempeñarlos con precisión. Pero, ¿para qué preguntar? Si lo veo en su forma de hablar, en la seguridad con la que se mueve. Ha ideado un plan considerando todos los factores, ¿qué podría salir mal? No creo que sepa que cuando dos personas pasan tiempo juntas sus mundos inevitablemente colisionan y terminan haciendo muchísimo ruido y llenándolo todo de escombros. Y yo no soy quien para decírselo porque siendo sinceros, no me interesa lo que pueda pasar cuando llegue ese momento. Sólo quiero que Ali me deje poner las manos sobre su cuerpo para apagar a *la cosa*. Y sé que ella, por el motivo que sea, sólo quiere poner sus manos sobre mí para olvidar lo que sea que la haya llenado de espinas.

Porque está llena de espinas.

Es una rosa engreída, que sabe que siempre va a haber idiotas como yo que la van a buscar por sus pétalos y no por el tallo que los sostienen. Me gustaría no ser este idiota, me gustaría poder tener el honor y el orgullo de creer que soy diferente, sin embargo no lo soy. Ali puede intrigarme y maravillarme, pero no estoy aquí para conocer las cicatrices de su tallo ni para limar esas espinas. Quiero acercarme a su aroma, a la suavidad de sus labios, para enterrarme en el terciopelo de su piel. No me importa quién es, no lo suficiente como para arriesgarme al pinchazo.

—Lo que me recuerda —continúa hablando sin esperar mi respuesta—, que con estas reglas en mente entenderás que aparecerte en la puerta de mi casa está fuera de límites.

Bufo y me rio.

—No volvería a hacerlo, no te preocupes. —Ella parpadea un par de veces, como si le hubiera sorprendido que no me hubiera arrastrado como un idiota para discutirle o defenderme. Pero tiene razón. Yo tampoco la hubiera ido a buscar si no fuera la forma más rápida de cerrar todos esos puntos abiertos que habían quedado la noche anterior. No había forma de llamarla y tampoco me parecía oportuno pedirle a alguien que le diera un mensaje por mí. Supongo que mi inconsciente tampoco quería encontrarse en la situación de romper la regla número dos, incluso cuando por ese entonces la lista de los mandamientos de Mar Aliena no existía.

—Bien. —Da un sorbo a su café con leche. Le pone una barbaridad de azúcar. Podría ser una chocotorta más que un café lo que está tomando. Cuando se lo dije fingió irritarse. Me gusta saber que tiene una sonrisa que esconde de mí porque cuando consigo arrancársela me siento como Neil Armstrong debió sentirse al pisar la Luna.

—Bien —repito, imitándola—. ¿Ahora puedo hacer esto, entonces? —Estamos en un sillón semicircular en *Dino's* que rodea la mesa y me deslizo sobre la distancia que nos separa hasta quedar pegado a ella. Hombro con hombro, brazo con brazo, cadera contra cadera, muslo contra muslo, rodillas que se chocan, pierna contra pierna, la punta de su pie izquierdo contra mi derecho. Todo mi lado completamente presionado contra el de ella, que se tensa como si un gigante estuviera tironeando de su cabeza y de sus pies a la vez, jugando a partirla en dos. Sin embargo sigue tomando su café como si nada.

—Regla número uno… —dice sin más, con sus labios contra el borde de la taza.

—Mis cejas se alzan, ¿Nada de besos en público aplica a lugares como este en el que no hay absolutamente *nadie*?

Ali apunta al mesero, un chico de nuestra edad enfundado en un delantal verde.

—Pero si ese chico tiene los ojos pegados al celular. —Mi mano, bajo la mesa, encuentra el camino hasta su rodilla—. Si no nos ve es como si no estuviera.

—Paul…

—Además, esto no es un beso. No estoy yendo contra las reglas. ¿No?

Mi mano sube apenas y el calor de su cuerpo atraviesa la finísima tela de su pantalón como si no estuviera allí. No es una vestimenta demasiado apropiada para el invierno helado que corta el aire afuera, pero no voy a ser yo quien se queje de ello. La tela es tan suave que mis dedos accidentalmente se deslizan sobre ella y caen en la cara interna de su muslo.

Ali sigue mirando hacia adelante, con el café entre manos. Pero su gesto ya no es de aburrimiento. Lo veo escrito en su rostro: no está pensando en absolutamente nada, sólo está consciente de los lugares en los que nuestros cuerpos se encuentran. Y lo sé. Lo sé en ese mismísimo instante, que Mar Aliena quiere esto tanto como yo. Que por algún motivo que no puedo explicar su cuerpo responde al mío de una forma diferente que al de otros y que por ese motivo nunca existió la posibilidad de no terminar justo aquí.

Destino.

Sigo con la palabra dándome vueltas en la cabeza.

Incluso cuando Ali pone su mano sobre la mía y la guía más y más arriba…

No me mira en ningún momento. Me pregunto si siempre va a ser así, tan difícil de atravesar. La noche que nos conocimos, en su auto, no recuerdo que me haya mirado a los ojos ni una sola vez. Pero tampoco es como si hubiera mucho que recordara de esa noche. Hay sensaciones, particularmente recuerdo haber pensado que la chica de la sonrisa ahogada llevaba el sol en sus venas y su calor era lo único capaz de apaciguar la helada que me había tapizado de escarcha los huesos.

—Tienes algo… —Mi mano libre sube a su barbilla y la sostengo con mi índice, guiándola para que gire a verme, mientras mi pulgar saca un poco de espuma que había quedado en su labio superior—. Justo ahí. —Ali mira mis labios. La obligo a alzar la vista, pero evita mi mirada a toda costa. Se centra en mis labios con una intensidad desconcertante para alguien que reclama no querer que la besen.

Nos quedamos así, yo buscando sus ojos y ella huyendo pero sin mover un músculo. Su respiración apenas rozando la mía, porque sigue habiendo centímetros de sobra entre nuestros labios que se sienten como un castigo. Pero me deleito en la espera y me niego a dar el último paso. Ali va a tener que empezar a encontrarme a mitad de camino si quiere que esto funcione. Porque yo puedo buscarla solo hasta cierto punto, y también porque con cada segundo que paso a su lado me vuelvo más adicto a testear sus límites.

—Puedo esperar toda la noche, Mar Aliena.

—¿La noche…? —repite mis palabras como si no pudiera evitarlo, como si apenas estuviera pensando en ellas, pero hay un pico en su tono al cerrar el signo de interrogación que me desconcierta.

Como si le hubieran dado vuelta un balde lleno de hielo sobre la cabeza, sus ojos se abren, el encantamiento se quiebra y se pone de pie tan rápido que me arranca la yema de los dedos y yo me quedo con la piel desangrándose por su ausencia.

Cuando reacciono, ya está colgándose el bolso sobre el hombro.

—¿Qué está pasando?

—Que es tarde y tengo que irme.

No entiendo de dónde ha salido este complejo de cenicienta.

—¿Y…?

—Llevamos como tres horas hablando y yo tengo que… me tengo que ir.

¿Tres horas? Supongo que hablamos un rato antes de llegar a las reglas de las que Ali quería hablarme. De su examen, en el que le fue excelente, de que ya no le queda nada por rendir hasta dentro de unos meses, de que hoy el trabajo fue tranquilo para mí porque mis compañeros se recuperaron de esa gripe que los había tenido en cama, de… no sé. Supongo que hablamos de muchas cosas porque el tiempo pasó y ahora estamos aquí y ella huye y yo no pude besarla.

Y me desconcierta porque yo vine aquí porque quería esto, quería hablarle y saber más de ella. Pero Ali… ella se sentó a mi lado y dejó en claro de mil y una formas que no le interesa ni un poco lo que sea que pase en mi vida. Que no quiere saber nada de mí ni que yo conozca absolutamente nada de ella.

Pero supongo que no es la primera vez que las palabras y las acciones de Ali no concuerdan del todo. Es como si su cuerpo estuviera dominado por dos titiriteros en guerra que tiran de sus hilos en direcciones opuestas. ¿Cuánto tiempo puede una persona tolerar ese nivel de contradicción? Porque todo lo que dijo Ali se fue por el traste con cada pregunta que me hizo después, por su forma de escucharme, siempre con algo que acotar, con su atención puesta en mí como

si… como si la noche pudiera tragarse el día justo frente a sus ojos y ella no fuera a darse cuenta.

Y ahora que estoy por besarla y llevarla a algún lugar en el que podamos hacer lo que se supone que los dos vinimos a buscar, se va corriendo.

La cosa se despierta en mi pecho con un rugido.

No entiendo lo que está pasando, pero sucede rápido.

Ali se va. Dice algo que no entiendo mientras mira el celular y tipea un mensaje a quien sea que la está esperando y yo pienso en que la regla número tres es nada de celos pero no puedo no preguntarme quién la espera. Y no me importa si es su perro, su hermana o un chico, solo sé que me molesta que me la arrebaten como si nada. Me molesta que pueda pararse e irse como si lo que sea que estaba sucediendo no significara nada. Pero no significa nada. Lo que estamos haciendo es divertido y listo. ¿No? Se supone que para eso están las reglas, para que sea divertido.

Y lo es.

Lo estoy pasando bien.

Silencio las preguntas que hace *la cosa*.

No quiero escucharla ahora.

No quiero escucharla nunca.

Ali se va sin ninguna explicación.

Deja dinero en la mesa, suficiente para cubrir lo que ambos compramos.

Y eso me molesta pero no puedo reclamarle porque ya no está aquí y porque no hay reclamos porque la regla número cinco es *nada de peleas* y reclamar es demasiado similar a pelear.

Y aún así, con toda esta confusión y estos pensamientos contradictorios machacándose unos a otros en mi cabeza, se me escapa una sonrisa.

Creo que son los resquicios de su sol interior, que se han quedado dando vueltas dentro mío, con todo ese universo de partículas que llevo en el pecho. No sé qué significa, pero me aferro a su calor.

CAPÍTULO 20
Ali

Vuelvo a casa antes de las once de la noche. Podría considerarse temprano, pero me siento drenada, como si hubiera pasado las últimas horas caminando bajo el sol del desierto. Siempre es igual. De una forma u otra, visitar esa… esa cueva, me arranca el alma del cuerpo. Me deja desencajada, piezas de mí escondidas en todos lados porque la vulnerabilidad de mostrarlas allí sería peor que el esfuerzo que requiere no ser yo misma.

¿Por qué se lo dije? Podría no haberlo hecho, podría haber mentido, haber inventado algo que le gustara más. Sé lo que le gusta, he mentido tantas veces en nombre de ser quien espera que sea en lugar de quien soy que a veces me cuesta distinguir entre esas dos personas. Pero hoy no mentí. Levanté la alfombra y saqué un pedacito de mis sueños. Lo sostuve ante sus ojos y vi el desdén con el que respondió, el resoplido burlón de alguien que me verá toda la vida como una niña que no sabe lo que quiere. El aire de ese resoplido tiró mi sueño de mis manos, lo dejó caer al piso donde se estrelló y sus astillas se clavaron en mis pies. Incapaz de huir tuve que escuchar cada una de sus palabras, incapaz de negar la verdad en ellas porque siempre tiene razón. Y no puedo desmentir la verdad.

Me gustaría decirle que no necesito sinceridad, que a veces solo necesito apoyo. Porque sé que la vida que elijo si me dedico a la docencia no tiene nada que ver con la vida que llevo hoy. Es muy diferente a cualquier vida que haya conocido. Incluso después del incendio, de que las llamas se tragasen el mundo como lo conocía y redujeran mi familia a cenizas… las cosas fueron difíciles, pero nunca me faltó nada. Mamá siempre me lo dice: *les dimos todo*. Cuando ella lo dice tiene razón. Mamá me lo dio todo, incluso cuando fui una desagradecida y no quise verlo, incluso cuando lo vi y el orgullo no me permitió reconocerlo, incluso hoy, que la culpa es mía –*nuestra*– y llora día y noche, sigue dándomelo todo.

Cuando la voz de la cueva lo dice… no suena a verdad. Suena a una medalla que ha robado del podio, que tiene otro nombre escrito pero se ha convencido a sí mismo de que le pertenece. Más cuando hace cosas como esta, cuando pone la verdad por sobre lo que necesito. Sé que nunca me faltó dinero, sé que viajé por

el mundo derrochando aquí y allí, y sé que son cosas que voy a tener que dar de baja si realmente elijo esto. Pero no necesito una lista de todo lo que será peor, necesito escuchar que hago bien en confiar en mí. Necesito que me de la dosis de confianza que me hace falta, porque se supone que para eso está. O estaba. Ahora no queda nada de lo que fue, sólo la voz de la cueva, que se ríe de los sueños porque no puede imaginar un mundo en el que las cosas sean justas.

La vida es injusta.

Incluso antes de convertirse en la voz de la cueva, cuando tenía un cuerpo, esa era su frase de cabecera. Siempre nos lo tomamos como un chiste, Nina y yo usábamos la frase para emular su voz y reírnos un rato. No sabíamos qué tan en serio lo decía. Ni que esa voz sería lo único que nos quedaría.

Me tomo mi tiempo hecha una bolita en la cama.

No lloro, no me quejo, no insulto a nadie.

Sólo me concentro en recordar todo lo que soy y ensamblar esas partes de mí. Cada vez que me desarmo en la cueva me vuelvo a juntar y siento que me faltan piezas. Me gustaría que no me afectase tanto, que mi persona tuviera un interruptor de *on/off* que pudiera prender y apagar sin más, sin efectos secundarios. Pero eso requeriría comprender la voz de la cueva, pero no la entiendo. Sigo buscando en ella todo lo que sé que no voy a encontrar y me sigo desilusionando al darme de bruces contra el vacío.

Soy Mar Aliena.

Tengo los ojos de mi padre.

Odio el color violeta. Es demasiado triste.

Amo a las abejas y las plantas. La forma en la que coexisten.

Amo la finca en la que pasé todos los fines de semana de mi infancia. Y a mi hermana, incluso cuando quiero matarla la mitad del tiempo y la otra mitad solamente la extraño.

Cuando tengo un problema me desquito perforándome las orejas y llenándome de joyería brillante, pero ya me quedé sin espacio así que no tengo ni idea de cómo lidiar con los agujeros que la vida está haciendo en mí.

A los quince años me prometí nunca caer por alguien que me haga sentir cosquillas en el estómago y fuegos artificiales en el corazón. Mamá no lloraría a todas horas si se hubiera cuidado de ese tipo de chico. Yo no voy a ser mi madre.

No voy a ser mi padre.

Hago yoga desde antes de nacer, cuando mi madre embarazada iba a clases conmigo dando vueltas en su útero.

Me obsesioné con la biología desde chica, en parte porque amo las abejas y

en parte porque mamá siempre fue tan insistente con el poder de la astrología y el tarot que quise poder darle una explicación lógica a todo aquello que ella explicaba confiando en las estrellas.

Soy buena controlando mis emociones, manteniéndome a raya —salvo cuando Paul está cerca. Es un pequeño fallo en la mátrix pero ya estoy encargándome de ello. Para eso están las reglas—.

Si el mundo estuviera en llamas y pudiera salvar a una única persona, esa persona sería Willa. No me gusta guardar secretos con ella, pero tampoco me gusta demasiado la idea de explicarle lo de Paul. No sé ni cómo lo haría, pero sí sé cuál sería su reacción. Es demasiado fiel para su propio bien e insistiría hasta que se lo contara a Leo. Pero eso va contra las reglas y las reglas son lo único que mantiene lo que sea que estamos haciendo dentro de parámetros aceptables.

Soy más práctica que imaginativa, y me cuesta armar planes pero una vez hechos soy a quien llamas para el momento de llevarlos a cabo.

Sigo alargando la lista de todas esas cosas que me hacen ser yo y deshecho el acto que pongo cada vez que ingreso a la cueva. Relleno la botella vacía en la que se convierte mi cuerpo cuando estoy allí y sólo vuelvo a respirar con normalidad cuando pongo la tapa y el peso de mi persona hunde el colchón.

Mi mente se prende y se apaga. Incluso con las botas puestas, la ropa de calle todavía cubriéndome, estoy tan cansada que no puedo luchar contra el peso de mis párpados. El examen, Paul sorprendiéndome a la salida, la charla que tuvimos, mis reglas, sus reglas, la cueva… son suficientes para bajar mis defensas ante Morfeo.

O de bajar mis defensas por completo.

Porque cuando mi celular suena y veo los mensajes de Paul caer uno tras otro, no lo pienso dos veces antes de leerlos y responder.

Paul: ¿Estás bien?

Estuve hasta recién con mil cosas y no pude preguntarte antes.

Pero me quedé preocupado.

Ali: Excusas.

Paul: Te juro que me preocupé.

Ali: ¿Qué hiciste que te tuvo tan ocupado como para no mandar ni un mensaje si estabas *tan* preocupado?

Paul: Si tanto te interesa saber…

Primero, tuve que hacer la cena, luego Tino hizo un berrinche que no te explico porque no le gustaba la cena así que tuve que obligarlo a comer y

luego tener una charla eterna sobre por qué no tiramos comida. Y sobre cómo se piden las cosas. Porque no se piden llorando y a gritos, por si no lo sabías.

Ali: Tengo 19, no 6. Pero se agradece el *mansplaining*.

Paul: De nada.

Los minutos pasan. Primero uno, luego dos. El *en línea* al lado de nuestros nombres delatando nuestra indecisión, nuestro miedo. Se siente como una batalla de miradas a la distancia. El primero en desconectarse pierde, el primero en contestar… bueno, depende de la respuesta que obtenga.

En mi cabeza hay una mesa redonda donde se sientan a debatir todas las versiones de mí misma que existen. Pero esta mesa redonda no siempre es redonda; su forma muta de forma agresiva, poniendo diferentes Alis al mando. Generalmente es la Ali precavida la que se sienta a la cabecera, o la Ali enojada, rara vez la Ali relajada –esa generalmente aparece con Willa, esas tardes en las que nos tiramos a fumar porro y hablar estupideces durante horas y horas. Pero ahora mismo la mesa es extrañamente redonda, el agotamiento drena las fuerzas de mi determinación y nubla los miedos, dejándolos hechos sombras casi imperceptibles en las esquinas de la habitación. Mis pensamientos van y vienen con calma, y mi cuerpo no reacciona a ellos con la intensidad adecuada. Por lo que me tomo mi tiempo decidiendo si vale la pena responder al último mensaje de Paul. Podría dejarlo allí. Si fuera a seguir las reglas al pie de la letra, no debería preguntar nada más. Pero me intriga, todo lo que dice y lo que hace me genera una curiosidad que es difícil de calmar. Y quiero irme a dormir pensando en lo que sea, cualquier cosa excepto en la voz de la cueva y el pasado incierto y lo pequeña que me siento en este momento.

Tenía razón desde un principio. Los hombres son la mejor distracción que una chica necesitada de olvido podría pedir, pero Paul Grimmaldi es prácticamente una venda que puedo envolver alrededor de mis ojos para pretender que el mundo no existe. Ni siquiera necesito que esté aquí a mi lado, con su cuerpo y sus brazos, pectorales y abdominales, para hacerme olvidar. Un mensaje y *¡puf!* cerebro apagado.

Ali: ¿Y algo más o eso es todo?

Paul: ¿Necesitas más?

Ali: Supongo que creí que requería un poco más para olvidarse de mí.

Paul: Eres una engreída.

Escribiendo… Escribiendo…

Nada.

Otra vez.

Escribiendo… Escribiendo…

Aguardo pacientemente a lo que sea que esté por venir.

La sonrisa en mi rostro efectivamente se alinea con el adjetivo que eligió para describirme.

Escribiendo…

Paul: Pero supongo que por eso no me olvidé de ti.
Ali: Pero no me escribiste.
Paul: ¿Querías que te escriba?

No. ¿No? No se me había ocurrido como una posibilidad, pero ahora que lo hizo me siento… no lo sé. Estoy reventada, pero hay un calorcito anidado entre mis costillas que derrite la escarcha que ha tomado mis costillas.

El celular vibra entre mis manos. Enfocar las letras de la pantalla requiere un esfuerzo sobrehumano.

Paul: Asumí que iría contra las reglas.

Supongo que cuando no tienes idea de qué decir, cambiar el tema de conversación es lo único que tiene sentido. Así que me sincero y miento, todo a la vez, para que esto no vuelva a molestarnos.

Ali: Perdón por irme corriendo. Había quedado con mi hermana.
Paul: ¿Y tu hermana es un ogro que tenías tanto miedo de llegar tarde?
Ali: Cuando quiere, puede serlo.
Paul: Sí, yo sé de eso.
Ali: Leo no tiene nada que ver con Nina.
Paul: Te aseguro que Leo es peor.
Ali: Ey, estás hablando de mi amiga.
Paul: Ni tan amiga. Regla #2.
Ali: Qué buena memoria.
Paul: Gracias.
Ali: No veo por qué Leo podría ser tan terrible.
Paul: ¿No las había *ghosteado* a Willa y a ti durante todo principio de

año?

Ali: Bueno, sí.

Pero porque estaba pasando un mal momento.

Bah, está pasando un mal momento.

Pero supongo que tú ya lo sabías.

Paul: Lo sé.

El siguiente mensaje tarda una eternidad en llegar.

Paul: Pero Leo es la princesa de la casa. Y vive en el campus y sólo tiene que preocuparse por sus propios problemas. Es como si ya no fuera parte de esta familia excepto cuando tiene que pedir algo. Y está bien porque es lo que se supone que debería hacer a su edad pero a veces me gustaría que pasara más tiempo con Tino o que nos visitara un poco más seguido.

Ali: Al menos los extraña.

Paul: Sí, seguro.

Ali: No está contenta en Crawford. No se necesita un genio para darse cuenta. Los extraña a todos muchísimo y haría lo que sea para vivir con ustedes otra vez.

Paul: Y esto te lo dijo ella?

Ali: Para ser un tipo familiero, tienes muy poca fe en tu familia.

Y no, no me lo dijo ella. Pero no es como si fuera muy difícil de ver.

Además, ¿ahora no está yendo mucho más? Nos dijo eso.

Paul: Sí… con Ashford.

¿Qué se supone que son a todo esto?

Ali: Jajajajsjja no voy a revelearte cosas de tu hermanita.

Paul: Venga es solo una duda inofensiva.

Es que no entiendo cómo se supone que funcionan.

Ali: Idiotas.

Paul: ¿Qué?

Ali: Me preguntaste qué se supone que son. Y yo te respondí: son idiotas.

Paul: ¿Te interesa elaborar en eso o…?

Ali: No hay mucho más que decir. Pero si te deja tranquilo, no están teniendo sexo.

Paul: Realmente agradecería que no uses esa palabra cuando hablamos de mi hermana.

Ali: Era lo que querías saber.

Paul: No, yo quería saber si estaba o no de novia con el chico.
Ali: Nop
Por eso no están teniendo sexo
Paul: Gracias, Ali. Simplemente gracias.
Ali: De nada.
Paul: ¿Por qué dijiste que tu hermana es un ogro?
Ali: Tú dijiste que es un ogro.
Pau: No lo negaste.
Ali: Supongo que no es muy diferente a lo que dices de Leo. Salvo porque Nina es la mayor y hace rato que no está en edad de huir de sus responsabilidades.
Eso y que Nina no nos extraña en absoluto.
No recuerdo la última vez que la vi.
Paul: ¿No la habías visto hoy?

Carajo.

Ali: Me refería a la última vez que la vi en casa.
Esta vez fui a visitarla a la suya.
Con su novio.
Paul: Seguro tienen sexo.
Ali: Ew.
Paul: No es tan divertido ahora que estás del otro lado, ¿no?

Y no puedo evitarlo. Me río en voz alta.

Mirando una pantalla, como una idiota total.

Y vuelvo a pensar en Shelly. Supongo que pienso tanto en ella como en Paul, son dos conceptos que he enhebrado en una misma pulsera, nudo a nudo, hasta convertirlos en una pieza única. Ya no pueden existir el uno sin el otro. Supongo, por la forma en la que se miran, que ellos también se ven así, incapaces de existir fuera de la mirada del otro.

Cuando pienso en ella esta vez me pregunto quién le rompió el corazón a quién. Porque no veo en Paul una sola fibra de maldad y también porque aún lo recuerdo en el cumpleaños de Leo, con el corazón roto y expuesto como si la herida fuera reciente a pesar de que no puede serlo. Paul aún sangra y eso significa que Shelly le hizo daño. Ella… ella parece mirarlo como si lo quisiera de vuelta y a su vez como si lo odiara. Esa primera noche en la rampa sus ojos

iban de él a mí como si supiera exactamente lo que habíamos hecho, lo que nos moríamos por volver a hacer. Y me confunden porque no entiendo cómo el amor y el odio pueden coexistir con tanta intensidad en una misma persona sin hacerla reventar.

Mamá ama a papá.

No pasa un segundo de su vida sin extrañarlo.

Aunque le duela y la destruya porque no hay nada que pueda hacer para tenerlo de vuelta.

No hay lugar entre toda esa angustia y ese amor para el odio.

Siempre pensé eso, que los sentimientos de verdad, los que te derriban como las olas en la rompiente, ocupan demasiado lugar para dar cabida a ninguna otra cosa.

Pero Paul y Shelly sacan la parte más curiosa de mí. Quisiera volverlos pequeñitos, meterlos en una placa de petri e inspeccionarlos bajo el microscopio. Se repelen y se atraen, se buscan y se huyen, hablan del otro inclusive cuando no lo hacen.

Al menos Paul lo hace.

Cada vez que hablamos hay baches, momentos en los que duda lo que está por decir, que creo que pertenecen a los recuerdos de Shelly, que considera inoportunos para una conversación conmigo. Siempre elije guardárselos y está bien. Porque para eso creé la regla #5. Nada de conversaciones sobre sentimientos. No necesito saber más de él y él no necesita saber más de mí. Lo que nos pasa es puramente físico. Y el extraño caso de su corazón de doble cara va a quedar completamente olvidado una vez que me aburra de lo que su exterior tiene para ofrecerme. Soy solo una chica, y un chico hecho de tinta es una debilidad esperable para el funcionamiento de mi lógica.

¿Cuánto puede durar? ¿Un revolcón? ¿Dos?

Tres si no consigo un reemplazo a tiempo (que lo dudo).

Cuatro si es muy bueno.

Tal vez cinco.

En algún momento, entre sus mensajes y mi certeza de que esto no va a durar, me quedo completamente dormida. No me cuesta conciliar el sueño. Tengo un plan y no existe nada que me de tanta paz como una lista de pasos a seguir, todos al alcance de mis manos.

Me lo repito una y otra vez.

Incluso a la mañana siguiente cuando me levanto completamente sudada y con el corazón latiendo en todos los lugares incorrectos. Sueños de tinta besando

mis piernas y brazos que me envuelven hasta dejarme sin aire me levantan antes que el despertador. Pupilas dilatadas y piercings plateados, manos que sostienen mi mandíbula e inmovilizan mis caderas. Mis manos también están en el sueño, y recorren los tatuajes de su piel primero con arañazos y luego con caricias, se enredan en su cabello pidiendo más y luego pidiendo que se quede. Lunas crecientes que desaparecen detrás de sus párpados pesados, una sonrisa llena de dientes que mordieron mi piel pero que ahora se esconden entre hoyuelos satisfechos.

Cuando me levanto me falta el aire. O al aire le falto yo, que estoy perdida en algún punto entre el mundo real y el mundo que mi cabeza construyó con una mezcla de recuerdos y delirios.

No sé si fue un sueño o una pesadilla, el anhelo y el miedo se mezclan en la boca de mi estómago. Y sólo quiero que pare.

No, me corrige la vocecita de lengua bífida en mi cabeza, *lo que quieres es volver.*

CAPÍTULO 21
Paul

Despedazamos las reglas.

Una por una las trituramos, las pisoteamos, nos reímos de ellas. Y todo mientras nos mentimos y pretendemos estarlas siguiendo al pie de la letra por el bien de Ali, que antes de aceptar que no tiene el control de la situación es capaz de saltar de un quinto piso.

La segunda vez que nos vemos es de noche, ha sido un día eterno y cuando llego al lugar que Ali sugirió estoy tan cansado que me sorprende no desmayarme sobre el taburete.

Beso su mejilla, sobresaltándola.

Va a quedarle tatuada la arruguita entre las cejas si sigue mirándome así cada vez que la tomo por sorpresa. No me molestaría. Es linda cuando se enoja. Y cuando no se enoja. El problema con Ali es que nunca parece dejar de ser hermosa.

—¿No que íbamos a juntarnos solo para sexo y ya? —pregunto, tomando asiento a su lado en la barra.

No es una barra como la del bar en el que nos conocimos, llena de ebrios y llantos desconsolados. Es un lugar sofisticado en el centro de la ciudad en que espero que ella se ofrezca a pagar porque ni en un millón de años luz podría permitirme nada del menú. Es un lugar digno de una chica como ella; luces tenues, botellas elegantes alineadas en las estanterías, copas colgando sobre nuestras cabezas y jazz de fondo. Las esquinas se difuminan y el mundo entero parece cubierto del mismo terciopelo rojo oscuro que los asientos.

—¿Qué hay de divertido en el sexo si no hay buen vino antes? —responde ella, con su máscara de indiferencia de vuelta en su lugar.

—Tiene muchísimas cosas divertidas, te lo aseguro.

Ella intenta esconder una sonrisa, yo pretendo no notar que no lo logra.

Y luego hablamos.

Tanto y de tan poco que las personas a nuestro alrededor van y vienen pero nosotros permanecemos anclados en nuestros lugares. Nuestras copas permanecen llenas frente a nosotros sin importar cuánto tomemos. Ali no tiene edad legal para tomar, pero nunca le piden el documento. Cada palabra que sale

de nuestros labios es una excusa para tocarnos, rozarnos, empujarnos buscando acercarnos más.

–Eres buena para esto –le digo cuando deja de reírse. Es su risa falsa, la más controlada, no la que escuché hacerle temblar las cuerdas vocales con Willa. Ella responde alzando las cejas, como si no tuviera idea de qué estoy hablando–. Para escuchar, para las conversaciones sencillas. ¿Por qué odias tanto la idea de salir con alguien? No es tan diferente de esto. De hecho, es lo mismo.

Ella mira al frente, un dedo con uñas pintadas de un verde oscurísimo, como si lo hubieran mezclado con petróleo, se desliza por la apertura de su copa en un ciclo vicioso mientras piensa. (Con el tiempo y las salidas aprendo que el vino la pone reflexiva y la cerveza impulsiva).

—Esto no es lo mismo que una cita.

—Estamos hablando de la vida y pasando un buen rato. Es literalmente lo que… —Entonces veo su curiosidad, la atención que está poniendo a mis palabras y caigo en la cuenta—. ¿Nunca estuviste en una cita?

Ella se encoge de hombros. No le avergüenza ni un poco y no digo que debería, pero no deja de sorprenderme la naturalidad con la que esta chica aleja a todos.

—Nunca les vi el sentido.

—Pero no te invitaron nunca a…

—Sí, pero no me interesaba.

Sus palabras son una dosis inesperada de satisfacción en mi sistema. Me recuerdo que esto no es una cita, por más que lo parezca y que por ende no soy la excepción a la regla. Mi corazón se come el recordatorio y se lo traga entero. Sigue latiendo feliz en su ignorancia.

—¿Por qué?

—Porque por si no te diste cuenta, no quiero un novio.

—Entonces, ¿qué quieres?

Me mira con una sonrisa pícara, sus intenciones escritas en cada centímetro de su rostro.

—Divertirme.

—No son mutuamente excluyentes, las citas y la diversión.

—Al principio no, pero a la larga… —Da un trago al vino. Toma como un pajarito, con sorbidos cortos pero constantes, revoloteando alrededor de la copa, saboreando cada gota.

A continuación, rompemos la regla número cinco: nada de charlas sentimentales. Ya no hay tonos ni chistes que puedan ocultar que estamos

hablando de nuestros valores, de nuestros miedos. De lo que fuimos y lo que nos hizo ser así.

—A la larga nada. Las relaciones siempre dan felicidad y diversión. Para eso están, para eso la gente se desvive buscando a la persona correcta. Y no es fácil encontrar el lugar donde hacerlo funcionar pero cuando lo haces son todas cosas buenas.

—Hablas del amor como si nunca te hubieran hecho daño.

Me descoloca cómo suelta esas verdades como machetazos que se abren camino en una jungla de sutilezas innecesarias. Al principio me hacía sentir como si tuviera que estar siempre en guardia con ella, ahora me hace sentir como si pudiera estar completamente a la deriva, rendido a lo que sea que vaya a decir después.

—¿Y puedo preguntar cómo sabes que me hicieron daño?

—Porque también hablas como si todavía te doliera.

No tengo que pensarlo, porque sé la respuesta. Shelly va a dolerme toda la vida. Lo que no entiendo es por qué cuando yo pongo todo mi esfuerzo en que nadie más lo sepa, Ali haya podido verlo con solo verme un par de veces. ¿El resto lo sabrá también? Nunca dijeron nada al respecto. Por consenso general, yo soy el malo de la historia y por ende no debería sufrir por el final que tuvimos. Yo la engañé. No importa que le haya pedido perdón ni que ella me haya dejado, todos nuestros amigos, nuestras familias incluso, han llegado al acuerdo mutuo de que yo lo arruiné todo.

—¿En qué estás pensando?—pregunta—. Estás poniendo tu cara de pensar.

Mi cara de pensar se desfigura ante su comentario, mis ojos saltan de la copa medio vacía a sus ojos.

—¿No te molesta que hable de mi ex? —Una pregunta mamushka; no cuesta nada abrirla y encontrar dentro todas las otras preguntas que esconde.

¿No te molesta romper las reglas?

¿No te molesta conocerme?

¿Que te conozca?

Ali se encoge de hombros.

—¿Debería?

—No, no, para nada.

Sí.

Si fuera ella hablándome de la única persona que supo amar en este mundo, no podría mirarla a los ojos como ella me mira a mí. No es porque haya nada entre nosotros… es simplemente extraño, juntarse con alguien buscando algo

casual y hablarle de tu ex, cuyo nombre gemiste la única otra vez que tuvieron sexo. No lo sé, no se siente…

O tal vez sí. Tal vez se siente bien, perfecto, de hecho. Porque Ali es la única persona en este mundo a la que puedo hablar de Shelly. Es la única persona en este mundo a la que puedo mostrarle este lado de lo que soy sin comprometer el extraño equilibrio en el que el mundo se balancea cuando menciono a Shelly en casa o con mis amigos.

—Si quieres saber… —continúo—. Estaba pensando en que sí, Shelly me hizo daño, pero yo también le hice daño a ella.

—¿Y dónde está la parte divertida en eso?

—Esa no fue la parte divertida. No somos el mejor ejemplo de hacer las cosas bien…

—¿Qué pasó?

—Menos mal esto no es una cita. Consejo para cuando tengas una: no hables de tu ex.

—Anotadísimo. ¿Entonces? ¿Qué pasó?

—¿Quieres que sea honesto?

—Siempre puedes mentirme. —La sonrisa en sus labios es una invitación.

—¿Una mentira por un beso?

—Funcionó bastante bien la última vez, ¿no?

Cuando hablo, ambos sabemos que lo que digo no tiene nada de mentira. Pero supongo que es lo que esto significa para nosotros. Una mentira por un beso se ha vuelto un código secreto para revelar verdades en un lugar seguro, es la zona de paz entre mi curiosidad y sus trincheras.

—La noche que nosotros nos conocimos Shelly y yo seguíamos juntos. —Ante mi confesión, su cuerpo se tensa, su coraza de indiferencia se resquebraja —. Le puse los cuernos contigo —sus piezas se caen una por una—, fue la única vez que lo hice. Y la última. —El recuerdo de sus ojos de cervatillo llorando lagrimones del tamaño de su corazón está grabada a fuego en mi memoria y cada vez que lo recuerdo quema una barbaridad—. Me cortó esa noche.

Se toma su tiempo para digerir la información y responder.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué la engañaste? Si la amabas. La amas todavía.

No sé ni por dónde empezar a responder lo que acaba de decir.

—No es tan sencillo.

—Debería serlo. La gente que se ama no se hace daño.

—En un mundo ideal, no.

—Supongo que la gente como tú hace que el mundo no sea tan perfecto.

No creo que lo diga como un insulto hacia mí. No creo que siquiera lo diga por lo que acabo de contarle. Sus ojos se pierden en la gota de Malbec que queda al fondo de su copa.

—No tiene nada que ver con la gente como yo. Tiene que ver con los sentimientos, que no son sólo blanco y negro.

O no me escucha o elige ignorarme.

—Pero ahora te mira… digo, Shelly en la rampa… te mira como si quisiera volver.

—Porque los sentimientos no son blanco o negro —insisto. Y creo que es la primera vez que la veo perdida, como si le estuviera hablando en chino mandarín. Conceptos y palabras de una cultura tan lejana que apenas puede empezar a darle forma.

—Pero se aman.

—Sí.

—¿Y no van a volver a estar juntos?

—No.

—No entiendo.

—Hay días en los que a mí me cuesta entenderlo.

—Explícamelo.

Trato de ordenar mis conceptos antes de hablar. Y sólo entonces me doy cuenta de que nunca hice esto. De que dejé de ver al Doctor Zaar antes de que Shelly y yo termináramos, de que nunca pude sacarme todo esto que llevo en el pecho de encima. Porque Cameron y Aaron son amigos de Shelly, porque Aspen me odia desde que corté con Shelly, porque mamá sigue viéndola y queriéndola como a una segunda hija, porque no hay una sola persona en mi vida que quiera escuchar mi versión de los hechos porque a todos los compromete.

–No éramos buenos el uno para el otro… al final, digo. Supongo que al principio sí lo éramos, si no nunca nos hubiéramos juntado. Pero el tiempo cambia a la gente y nuestros mundos eran demasiado diferentes como para funcionar a la par. Ella… necesitaba a alguien con quien compartir la persona en la que se estaba convirtiendo y yo no podía ser eso para ella. No podía ser un adolescente. Tenía que ser un adulto. He tenido que ser un adulto por mucho tiempo, y ni siquiera soy tan bueno en ello.

—Si se hubieran querido de verdad lo hubieran hecho funcionar… —Estoy por explicar por qué no es tan fácil, pero se me adelanta—. Es lo que mamá

diría. Pero supongo que coincido más contigo. Es mucho sacrificio querer a alguien, a veces no estamos en el lugar indicado para seguir dejando pedazos de nosotros.

—A veces no quedan pedazos de nosotros para dar.

—¿Cómo supiste que no podías seguir dejando cosas por ella?

Nunca en mi vida me hice esa pregunta.

¿Fueron las peleas? ¿Fue darme cuenta de que el futuro que queríamos requería que tuviera dinero que nunca tendría? ¿Fue verla con Porter, haciendo todo lo que los amigos no deberían hacer?

No.

—Creo que lo supe cuando me di cuenta de que estar con ella significaba dejar de ser yo. Y que como ella me quería por quien era, nunca le iba a alcanzar con lo que quedase de mí. Y viceversa. Para estar conmigo ella hubiera tenido que dejar demasiado: su determinación, sus pasiones, sus amigos… y yo siempre la había amado por esas mismísimas razones. No podíamos amarnos sin dejar atrás lo que nos hacía querer al otro. Entonces no podíamos amarnos en absoluto. No tenía sentido dejarme a mí mismo de lado por ella si ni ella me quería cuando yo no era yo.

En los ojos de Ali en ese mismo instante veo mi reflejo y me siento tanto más liviano de lo que me había sentido en meses. Me siento como si con solo prestarme sus ojos y sus oídos en este momento, me estuviera dando un abrazo que no sabía que necesitaba.

Y agradezco que no sea una cita, porque si lo fuera querría volver a invitarla una y otra vez. Y ese es un juego peligroso. Porque amar a una chica y llenar el vacío con el cuerpo de otra es una cosa, pero pretender que una chica te haga sentir como el único amor de tu vida es una expectativa que termina en más corazones rotos de los que me interesa enmendar.

Más tarde, cuando nos echan del bar porque tienen que cerrar, Ali me besa en mi auto y, aunque pide a gritos que lo jubilen y huele a moho, agradezco a la lluvia por haberme obligado a no venir en moto.

Sin embargo el agotamiento y las conversaciones y las copas que circulan por mi sistema hacen que mi amiguito abajo no funcione.

—Nunca en la vida me pasó esto —confieso.

Ali ríe.

De verdad.

Su carcajada me sacude. El mundo se cae a pedazos a mi alrededor. Siento que si vuelve a reírse así va a despertar todas las partes muertas de mi cuerpo y

más.

—No pasa nada, es normal. Espero. Tal vez el problema soy yo.

Ali, con los labios y los dientes pintados de violeta por el vino, con el labial corrido y el cabello hecho un nido de pájaros y trencitas de colores deshechas por mis dedos, definitivamente no es el problema.

—Estoy cansado. Muy cansado. —Dejo que mi cabeza caiga y golpee contra el cabezal. Sus labios besan el centro de la mariposa en mi cuello; justo sobre la nuez de Adán. Mis ojos se cierran y maldigo a mi cuerpo en todos los idiomas (lenguas muertas incluidas) por no demostrar el deseo que siento en este momento.

Está sentada sobre mí en el asiento de conductor. La única noche que estuvimos juntos fue en el asiento de atrás de su auto. Si bien la oscuridad y la luna llena son las mismas que en ese entonces, hoy la veo y siento que bien podríamos ser dos personas completamente diferentes de las que fuimos ese día.

Sus manos son mucho más suaves, su risa, este momento tan patético convertido en algo sencillo y gracioso en lugar de en sonrojos avergonzados.

—Lo sé, lo sé, sólo estoy bromeando. La próxima vez será. Pero vente habiendo dormido al menos cinco horas, ¿puede ser? O en serio voy a empezar a creer que soy el problema.

En las infinitas horas que hablamos le conté de mi día interminable. De la clienta insaciable que parecía cambiar lo que quería tatuarse cada cinco segundos, haciéndome imprimir un montón de esténciles que terminaron en la basura, del chico que no paró de hablar en las cuatro horas de sesión, por más que en ningún momento ofrecí respuestas a sus preguntas. Le hablé de que papá sigue sin dirigirme la palabra porque cree que soy un vago.

Porque de verdad, Ali es una gran oyente. Incluso cuando dice que no le interesa conocerme, sus ojos no se nublan cuando le hablo, permanece conmigo a través de cada palabra como si no pudiera esperar a la próxima.

Empieza a removerse, como para irse, pero sujeto sus muslos alrededor de mis caderas y la beso una vez más. Porque incluso si no va a llevar a ningún lado, quiero hacerlo. No hay público, pero de alguna forma, besarla de esta forma, sólo porque quiero, se siente como la primera grieta en la regla número uno.

—Cuéntame algo tú —pido al fin, cuando mis labios consiguen dejar los suyos—. Siento que hablé toda la noche.

—Eso es porque hablaste toda la noche.

—Por favor. ¿Una mentira por un beso?

—Ya nos estamos besando.

—Venga, Ali.

—A ver… puedo decirte que hoy fue un buen día para mí.

—¿Y por qué es eso?

—No lo sé. Es una sensación que no tengo desde hace mucho. Me siento satisfecha. Y no fue un día nada especial. Fui a cursar y estudié con Willa. Luego estuve en casa, trabajé en mis plantas y vine aquí. Nada más.

Acaricio su cabello y sé que lo que me ha dicho no es ni la mitad de lo que he confesado yo, que se sintió un poco como entregarle un vial lleno de sangre recién exprimida de mi corazón, pero entiendo que Ali pueda tener otros ritmos y agradezco que confíe en mí lo suficiente para regalarme aunque sea un rayito del sol que lleva bajo la piel.

—Los días tranquilos siempre son los mejores.

—Sí, supongo que sí. Si pudiera, lo repetiría.

—¿Incluso con sus… disfuncionalidades?

Otra vez. Se ríe de verdad. Tengo que contenerme para no besarla y lo único que me da fuerzas para evitarlo es saber que si la besara interrumpiría su risa. Quiero convertirla en mi tono de llamada, en mi despertador, en una playlist eterna para ponerla de fondo a todas horas.

—Bueno, tal vez eso lo cambiaría.

Cuando se va, tengo que morderme la lengua para no pedirle que se quede.

Y de camino a casa tengo la mandíbula tensa y una sonrisa desencajada en el rostro porque hay una parte de mí que quiere llorar y otra que quiere sonreír hasta que se me desgarren las mejillas.

La tercera vez que nos vemos es posiblemente el peor día de mi vida.

Y todo empieza con la emoción del tipo de día en el que todo está planeado para que salga a la perfección.

Cuando suceden este tipo de cosas es cuando yo me pregunto cómo puede Ali confiar tanto en sus planes. Es insaciable para defenderlos; así como con sus reglas, es incapaz de ver todo lo que puede salir mal incluso cuando uno cree haberlo pensado todo.

Es temprano, algo poco convencional para dos personas que se están juntando para algo casual sin vueltas de por medio. Demasiado temprano. Las cuatro y media de la tarde. La cantidad de arreglos que tuve que hacer para ajustarme a este horario me sorprende incluso a mí mismo, pero no quería que

pasara una semana entera antes de volvernos a ver.

Mi tiempo con Ali se siente como tiempo robado; debo mantenerlo en secreto. Casi me prohíbo pensar en él por miedo a que alguien consiga leerme la mente y descubra el motivo detrás de mi despiste y mis sonrisas, de todas esas veces que en el trabajo me reprenden por estar tildado mirando por la ventana. Así que el tiempo y las sonrisas que se me escapan pensando en ella disminuyen abruptamente. Me obligo a centrarme en mis tareas, y a no mirarla demasiado cuando volvemos a cruzarnos en la pista. Creo que lo consigo, porque nadie dice nada al respecto y también porque ella parece especialista en devolverme la mirada en el momento preciso en el que el mundo entero nos da la espalda. En cuanto alguien se vuelve hacia alguno de nosotros, ella borra su sonrisa juguetona; sus facciones caen en una indiferencia absoluta.

—¿Por qué este horario? —pregunto, interrumpiendo nuestro silencio.

Estamos tirados en el pasto y hace un frío helado pero nuestras ropas han absorbido el calor del sol y se sienten como si alguien hubiera prendido una estufita solo para nosotros. Las mejillas de Ali están bronceadas como siempre, con un tinte rosado que nunca había visto en ellas. No sé si es el sol o la vergüenza. Hasta el momento no he conocido una sola versión de Ali que se haya avergonzado de algo; ni de la brutalidad de sus palabras ni de sus ideales ni de sus motivos. No pide permiso ni perdón por ser ella misma. Me gusta eso. Hace que sea sencillo estar a su lado. No tengo que pensar dos veces en lo que pasa por su mente o lo que piensa de mí; creo que es tan honesta con el mundo como puede ser consigo misma.

—Porque tengo que hacer tiempo hasta las cinco. Me pidieron que reemplace a una profesora.

Me incorporo sobre mi costado derecho, con mi mano haciendo de soporte a mi cabeza. Y la miro, pero ella no desvía la mirada de las nubes que el viento pasea por el cielo.

—¿En qué?

—En el trabajo.

—¿Trabajas?

—Sí. Acabo de decírtelo.

—Es como si tuvieras una segunda vida.

—Tengo una sola, nada más no la conoces.

—Podría, si me dejaras.

—Acabo de contarte algo, ¿no cuenta para nada?

Alzo mi única mano libre en señal de rendición.

Ali trabaja. Eso desemboca en al menos tres nuevas preguntas que me gustaría hacerle, pero me las guardo todas porque mi cabeza no deja de darle vueltas a lo que eso significa. Significa que todas las veces que la taché en mi mente como una malcriada mantenida por sus padres, que me dije que no hay nada en común entre nosotros, que cualquier sentimiento rebelde de felicidad en mi pecho cuando me llega un mensaje suyo terminaría por extinguirse porque no hay nada que nos una… todas esas cosas no son más que mentiras que me dije desde la ignorancia. ¿Y qué significa que sean mentira?

No es como si cambiara nada. Sigue siendo Ali. Lo que sea que eso signifique.

Siento que cada vez la entiendo un poco mejor pero la conozco un poco menos. A veces me imagino su vida como una mansión de infinitas habitaciones que se repliegan sobre sí mismas. Ali me deja deambular por los pasillos pero todas las puertas están firmemente cerradas con llave.

—¿Y de qué trabajas?

—Soy maestra. De primaria.

En cuatro palabras, sopla y derriba otra de mis creencias sobre ella. Ya sabe lo que es la docencia, sabe lo que le apasiona y se dedica a ello todo mientras estudia.

—¿Y para qué quieres el título si ya estás trabajando en docencia?

Me roba de su risa con un resoplido a la vez que el viento remueve los mechones sueltos de su cabello, dándome la excusa perfecta para inclinarme hacia ella y correrlos de su rostro. Me tomo mi tiempo, esperando que me mire, pero no me dedica ni medio segundo. Si no estuviéramos así de cerca, se me hubiera pasado por alto el instante en el que sus costillas se paralizan a media inhalación y hubiera creído que la forma en la que las yemas de mis dedos se deshacen en el contacto con su piel no es algo que la preocupe como a mí.

—Quiero mi título porque, para empezar, me encanta ir a la universidad y me encanta todo lo que veo en las clases. Bueno, casi todo. Realmente podría haber habido menos horas en el temario dedicadas a economía y algunas más dedicadas a microbiología.

—Y…

—Y también quiero mi título porque no quiero darle clases a niños de diez años el resto de mi vida. Los adoro, pero son agotadores. Si pudiera elegir, daría clases en secundaria.

—Todos tus alumnos te tendrían ganas.

—Ese comentario está completamente fuera de lugar.

—No deja de ser cierto.

Y yo me encojo de hombros como si nada a pesar de que cuando se ríe así, bajito y negando con la cabeza, me siento como si mi corazón hubiera crecido tres tallas en un microsegundo.

—Y la suplencia que tienes que hacer hoy, ¿para qué curso es?

—Último año.

—¿Secundaria?

—Sí. No digas lo que sea que estás pensando.

—Sabes lo que estoy pensando. No tengo que decirlo.

—Dios, no voy a poder mirarles las caras. Ya de por sí va a ser difícil que me tomen en serio porque el año anterior estaba en la camada arriba de ellos y la mayoría sabe quién soy.

—Así que este colegio es el mismo colegio del que tú y mi hermana se egresaron… —Pienso en que Tino va a esa misma escuela y en todas las veces que lo fui a dejar ahí o a llevarlo a casa Ali pudo haber estado rondando en esos pasillos. Pienso en que tal vez un día le dé clases a Tino.

—Sip. Es difícil matar los viejos hábitos.

Estoy por responderle, cuando mi celular empieza a vibrar en mi bolsillo.

Extraño.

Especialmente teniendo en cuenta que lo puse en modo silencioso.

Lo que significa que está llamando uno de mis contactos de emergencia.

Sólo hay tres números en esa lista.

Leo.

Mamá.

Y el colegio de Tino.

Saco el celular del bolsillo interno de la campera y por cada músculo que utilizo al hacerlo rezo para que no sea la primera de las tres. No sé qué reacción podría tener Ali si Leo llamara en este momento, si tuviera que verme mentirle a la cara de su amiga. Porque no me lo ha dicho, pero sé que no le gusta esto de andar a hurtadillas. Insiste en que le da igual porque no es importante, no somos importantes en la vida del otro, pero ambos sabemos que importantes o no, Leo querría saber lo que está sucediendo.

—Es el colegio de Tino —comento. Pero a ella no parece importarle. Sus ojos se han cerrado y sus dedos se mueven sobre el pasto demasiado largo acariciándolo como si se tratara de un viejo amigo—. No sé qué quieren. Dame un segundo.

Atiendo.

Y Johanna, la secretaria del departamento de primaria, atiende y procede a decir un montón de palabras que individualmente no significan nada, pero que unidas por los puntos y comas que ella está poniendo entre ellas, se convierten en una flecha que atraviesa mi garganta y sale por mi nuca. Mi corazón, ese que Ali hace crecer con su risa y Shelly rompe con sus miradas, se desconecta de las venas que lo sostienen con un chasquido que retumba en el vacío imposible de mi cuerpo.

Y sé que me estoy muriendo.

Que mi alma está dejando mi cuerpo y alejándose de mí con cada segundo que dejo pasar.

Pensé que entendía la muerte después de haber visto el cuerpo del abuelo detenerse frente a mí, después de haberle dado las noticias a Leo, de haber enfrentado el funeral sin derramar una sola lágrima porque mi familia me necesitaba entero. Pensé que entendía la muerte porque la vi tan de cerca que hay días en los que todavía puedo sentir su sombra enredada entre mis dedos. La flecha que me atraviesa la garganta es el arma de mi verdugo y sólo cuando empiezo a sangrar me doy cuenta de que la única forma de entender a la muerte es muriendo.

Los sacudones de Ali me devuelven a la realidad.

No sé en qué momento me senté, ni en qué momento empecé a temblar como si estuviera conteniendo un terremoto, pero ella está aquí a mi lado y su máscara de indiferencia debe haberse roto porque el verde de sus ojos muestra un miedo que se siente incorrecto.

No, no, no. Se suponía que vernos sería divertido. Esto no es divertido. Lo estoy arruinando.

Es un pensamiento tan banal que no sé cómo llega a formarse entre la enormidad de lo que está sucediendo. Se pierde enseguida.

Ali me saca el celular de la mano y habla con Johanna.

Lo veo en su rostro, el momento exacto en el que le dice lo que me ha dicho a mí:

Tino no aparece por ningún lado. Se ha escapado.

Llevan media hora buscándolo y no está en la escuela.

No está.

Se fue.

Mi alma está perdida en algún lugar de esta inmensa ciudad.

Y yo…

Yo…

Es como un interruptor que se enciende de golpe en mi cabeza.

Un instante estoy entrando en pánico, completamente perdido sin mi alma, al punto de un ataque de histeria y lágrimas… y al siguiente mi cabeza funciona en un frío helado, adrenalina y una lista de todos los lugares en los que tenemos que empezar a buscar se forma en mi mente. Soy un autómata con una única misión y no hay nada que pueda frenarme.

—¡Paul! —Ali me toma por el brazo, deteniendo mis pasos. Tengo que retener el impulso de empujarla para que me deje ir—. ¡Paul! Carajo, espera medio segundo.

—No puedo esperar. Lo siento. Ya nos veremos.

—¿Qué? ¿Crees que te estoy frenando para que me des un puto beso de despedida? Dios, ¿Qué tan hija de puta crees que soy? Quiero ayudar. Dime cómo.

Quiero ayudar.

Dime cómo.

Quiero ayudar.

Dime cómo.

Quiero ayudar.

Dime cómo.

Y una vez más, Ali no me toca, no se acerca ni un paso de más, pero la siento tan cerca de mí que por un instante puedo sentir su corazón latiendo por los dos.

Creo que uno no sabe lo mucho que necesita ayuda hasta que se la ofrecen.

Ali me pone los pies en la tierra de un tirón violento.

¿Mi plan de… subirme a la moto y recorrer la ciudad entera, pasando por todos los lugares que alguna vez fui con Tino? Tal vez no era el plan más brillante de la historia.

—*Es un chico inteligente. ¿A dónde podría haber ido?*

Y entonces hacemos una lista de todos los lugares a los que suelo llevarlo después de la escuela y los lugares aparte de esos a los que le gusta ir. Reducimos la lista a aquellos a los que un niño de seis años podría haber llegado a pie. Mando los primeros tres lugares de la lista a mamá. Yo me quedo con otros tres y Ali con los dos últimos.

¿Y Leo? Leo ni se entera de lo que está sucediendo. Mamá dice que no vale la pena, que el campus de la Universidad de Crawford está demasiado lejos y para cuando llegue a ayudarnos ya habremos encontrado a Tino. No sé si se lo

dice para convencerse a sí misma o para evitarle la angustia a Leo, que lo último que necesita después de estas semanas horribles es esto. De todas formas coincido. Preocupar a una persona de más no tiene sentido si no puede hacer nada al respecto. Y conociendo a Leo, probablemente sus emociones la sobrepasen y colapse completamente si la llamo y le digo lo que está sucediendo. Leo… no tiene el mejor manejo de emociones del mundo y terminaría siendo un problema más en todo esto. Y es lo último que necesitamos.

Le paso a Ali el número de mamá y de papá, por cualquier emergencia que surja.

Antes de separarnos, Ali toma mis mejillas y me obliga a poner mis ojos en los suyos. Es más baja que yo por sólo cinco centímetros, pero me siento tan pequeño en este momento que de alguna forma se siente como si me mirara desde arriba.

—Paul, no pierdas tiempo enojándote con tu padre ahora. No va a servir de nada.

Lo que me pide es difícil. Cuando lo llamé no atendió. Se suponía que hoy buscaría a Tino por la escuela. Normalmente yo lo haría, pero le pedí este favor esta única vez porque de verdad quería ver a Ali, porque pensé que tal vez y sólo tal vez me merecía este instante de normalidad, esta pausa en el caos. Pero parece que me equivoqué porque el precio a pagar por media hora es perder tu alma.

Pensar en Tino caminando sólo por la ciudad hace que quiera doblarme en dos y vomitar. No lo hago sólo porque no puedo perder tiempo en eso ahora.

Cuando a la tercera llamada papá no atendió, marqué el número de mamá. Resulta que tampoco tenía idea de dónde se encontraba mi padre, pero en cuanto le expliqué la situación salió corriendo de la reunión en la que se encontraba como cualquier madre normal haría. Lágrimas audibles a través de la línea, voz entrecortada a tal punto que podía verla temblar.

Lo que siento en este momento no es *enojo*, es algo tan violento que no sé si cuando lo vea voy a ser capaz de contener el impulso de romperle la cara. Y más miedo me da no saber si voy a ser capaz de detenerme cuando lo haga, o si voy a terminar dándole un golpe por cada vez que fracasó en la simple labor de ser padre. Lo mataría a golpes, porque lleva tantos años en falta que no sé ni cuándo empezó a fallar. Pienso en él, probablemente trabajando ahora, y se siente como quemarme vivo.

—¿Me estás escuchando? Tino *no* necesita verte perder el control. Necesita a su hermano mayor y punto.

Y verla así, preocupada, habiendo cancelado la suplencia que quería hacer con el curso que sueña con eventualmente enseñar, para acompañarme en este momento, hace piruetas con mis ideas, las revolea por los aires y se convierten en un montón de mariposas que revolotean y se me escapan.

Creo que por eso creo que la respuesta indicada a lo que acaba de decirme es besarla.

Recién empieza a responder al beso cuando ya me estoy apartando de ella.

La regla número seis cae en el espacio que nos separa y se hace añicos contra el piso.

Sin decir nada, doy media vuelta y me alejo de ella.

La dejo sola, sabiendo que confiarle esos dos últimos lugares de la lista implica confiarle la búsqueda de lo que más me importa en este mundo.

No paro a pensar dos veces en lo que eso puede significar.

CAPÍTULO 22
Paul

El tiempo pasa rápido y lento a la vez.

Cada segundo, en la individualidad, se extiende interminablemente, pero luego chocan unos contra otros, pasando en una sucesión entorpecida, tan rápido que por poco ni los veo.

Recorro las calles y grito su nombre.

Las cuerdas vocales se me descascaran.

El desierto que llevo dentro me llena de arena la boca, me reseca los labios.

Saco mi celular y con su foto en la pantalla me acerco a todo aquel que me cruce en el camino. Muchos me miran de reojo mientras hablo o se asustan esperando un robo a mano armada, pero la mayoría responde enseguida en cuanto ve la foto de Tino, aunque sea con una negativa.

A pesar de tener el sonido al máximo, reviso el celular un millón de veces por minuto, a la espera de un mensaje de mamá o Ali, pero el resultado es siempre el mismo. Mi fondo de pantalla —Leo, Tino y yo apiñados en el sillón de casa en plena víspera de Navidad— me responde con sonrisas enormes que se sienten imposiblemente lejanas en este momento.

Han pasado dos horas y la noche acecha. El cielo plagado de nubes rosas se siente demasiado hermoso para ser parte de este momento, pero poco a poco la oscuridad de la noche avanza y aquí en la ciudad, donde no hay estrellas y la luna es tan solo una rendijita burlona contra el firmamento, se lo traga todo.

El último rayo de sol desaparece, pero mi decisión persiste.

Me subo a la moto, listo para ir al cine donde cada tanto el abuelo nos llevaba a Tino y a mí. Sigo sacando lugares en los que puede estar de todos los recuerdos que comparto con él; cada uno de ellos más preciado que el anterior y más punzante al salir a la luz en este momento. Como si cada momento feliz que vivimos tuviera espinas sobre la espalda.

Entonces el nombre de Ali salta en la pantalla de mi celular.

Y su voz se convierte en mi nuevo sonido favorito en el mundo entero.

Huele a niño.

Es tan pequeño entre mis brazos que me sorprende porque a veces lo doy por sentado. Creo que siempre será así de frágil, así de puro. Pero no es así. Tino va a crecer y cambiar y algún día dejará de soñar con dinosaurios para enamorarse y que le rompan el corazón. Va a ser muchísimas cosas pero yo siempre voy a acordarme de este momento, sus rizos haciéndome cosquillas bajo la naríz y su rostro enterrado en mi cuello, sus manitas incapaces de rodear mi torso completo, pero aferrándose a mí como si fuera lo único en el mundo.

Huele a niño y a barro y a sal de lágrimas y está llenando de mocos mi remera y nunca estuve tan feliz en mi vida.

Él llora porque sabe que lo que hizo me hizo daño, yo lloro porque no puedo evitarlo. Es alivio, es bronca, es tristeza, es ansiedad, es *la cosa* que se me escapa por los ojos en forma de agua porque nunca en mi vida tuve tanto *miedo*.

Mis dedos se entierran en su pelo y mi pecho se sacude como si lo estuvieran reventando a martillazos. Quise mantenerme entero pero no pude sostener mi fachada ni medio segundo porque el momento en el que lo tuve entre mis brazos mi mundo volvió a tener sentido y mi alma volvió a mi cuerpo.

Tino es la parte más inesperada de mí. Nunca lo imaginé, nunca lo pedí y sin embargo tenerlo es la motivación que me hace abrir los ojos por las mañanas. Y el momento en el que pensé, aunque fuera por una fracción de un ínfimo instante, que lo había perdido, el mundo entero dejó de tener sentido.

Llegar y verlo sentado en el sube y baja con Ali, riéndose como si las últimas horas no hubieran sido las peores de mi vida –peores que la ruptura con Shelly, que la muerte del abuelo, que cualquier pelea habida y por haber con mi padre– se sintió tan irreal como asomar la cabeza al reino del revés.

Me separo de él y lo sostengo por los hombros.

Sus ojos claros intentan evitar mi mirada.

—¿Por qué hiciste eso, Tino?

—Porque nadie venía por mí y… y... y tú dijiste que no tengo que esperar nada de nadie. Que si quiero algo tengo que… hacerlo yo. —La voz de mi alma rompe en un millón de pedacitos lo que queda de mi corazón—. Y yo quería ir a casa.

—Tino… no… —Inhalo, me obligo a recomponerme, a encontrar la forma de hacerle entender que es un niño, que quiero que crezca para ser fuerte e independiente, y que es mi mayor orgullo verlo ir en la dirección correcta, pero que hoy no tiene que ser ninguna de esas cosas porque yo estoy aquí—. Sí, dije todas esas cosas. Pero no puedes irte sin más. Hay cosas de las que los adultos tenemos que encargarnos y…

—Pero me dijiste que papá iba a buscarme y *no vino*. —Se le quiebra la voz y sus ojos vuelven a llenarse de lágrimas—. Lo esperamos mucho con la Maestra Cho. Y luego ella dijo que no podía ser que mi padre fuera un inútil. Se lo dijo a la Maestra Emmit y se suponía que yo no tenía que escuchar, y después se fueron a dirección para llamarlo y me dejaron ahí y pensé que si iba a buscar a papá, él iba a decirles que no hablaran mal de él. Pero… no lo encontré y…

Quiero darle la razón a su maestra y a la vez quiero gritarle por hacer ese tipo de comentarios en frente de sus alumnos. Que mi padre, en efecto, sea un idiota, no tiene por qué ser algo sobre lo que comentar en frente de su hijo.

Le pongo un freno al balbuceo interminable de Tino, tan similar al de Leo cuando entra en crisis que la extraño un poco a ella solo por eso.

—No importa lo que pase, nunca pero *nunca* quiero que vuelvas a irte así. ¿Entendido? —Tino asiente—. La calle no es un lugar para un niño, es peligrosa y está llena de…

—Lo sé. La Maestra Aliena me lo dijo.

—¿Quién?

Tino apunta hacia Ali, que está de espaldas a nosotros con el celular al oído y aferrándose a su campera de cuero marrón como si la vida le fuera en ello.

—Me dijo que hay gente que no es buena con los niños. Y que hasta que sea más grande y sepa ver quién es bueno de quién es malo tengo que salir siempre con un adulto. Pero yo no sabía eso cuando me fui.

—Eh… —Tardo un instante de más, tildado en la imagen de Ali hablándole a Tino sobre estas cosas difíciles con las palabras indicadas—. Sí. Tiene razón.

—Dijo que cuando sea más grande ella va a ser mi maestra. Y que sabe más sobre dinosaurios que el resto de las otras maestras. ¿Sabías que en realidad nadie sabe de qué color eran los dinosaurios? ¡Porque no se ve en los fósiles!

Tomo sus manitos, intentando evitar distraerme con los tirones de mi corazón.

—Quiero que me cuentes todo lo que te dijo Ali, pero antes necesito que me prometas que entendiste por qué lo que hiciste está mal.

—Lo prometo.

—En ese caso… —Lo tomo por las axilas y lo alzo hasta que queda a upa mío. Tino chilla, llamando la atención de Ali, que se da vuelta con una sonrisa, dice algo más a quien sea que esté del otro lado de la línea y corta la llamada.

Se acerca a nosotros y cuando llega a nuestro lado levanta su mano hacia mi mejilla, donde desliza su pulgar para deshacerse de los restos de lágrimas. Hay una ternura en el gesto que me descoloca pero no digo nada porque me da miedo

espantarla. Es buena buscando excusas para tocarme, para acercarse, pero algo dentro mío se siente pequeñito e insignificante cuando me imagino la posibilidad de que no necesitemos todas esas excusas para tenerla así.

Su mano cae y la exposición al frío helado se lleva mis delirios.

—Hablé con tu mamá recién. —Le agradezco con la mirada; verlo a Tino fue un alivio tal que me olvidé por completo de ella—. Está volviendo a casa y los espera ahí. Así que vayan lo antes posible— dice mientras voltea a Tino con falso reproche arrugando su entrecejo—, que le diste un buen susto a la pobre mujer.

—Ya pedí perdón. ¿A qué edad se aprende a ver quién es malo y quién es bueno?

Ali se encoge de hombros.

—Hay gente grande que no sabe diferenciarlos. Es complicado.

—¿Por qué no saben?

—Porque la gente mala suele mentir muy bien.

—¿Y cómo sé que no me estás mintiendo ahora? —Tino tiene los ojos muy abiertos, expectantes a la respuesta de Ali. Y yo me río porque sus preguntas insaciables de sabelotodo son lo mejor de él.

—Porque soy amiga de Paul. Y Paul es bueno. —Ante la palabra *amiga*, mi corazón cae un par de centímetros, pero me guardo mis reproches porque no es el momento y porque a esta altura hemos roto tantas de las reglas de Ali que sería un delirio reclamarle por romper una de las mías. Además de que nosotros no peleamos y si lo hiciéramos estaríamos rompiendo otra regla y no puedo explicar por qué pero me da miedo que Ali se dé cuenta de lo rápido que su plan se está yendo a la mierda.

Tino me abraza y me da un beso en la mejilla.

—Paul es muy bueno —confirma. Y creo que no necesito nada más para ser feliz.

Yo vuelvo a casa en la moto y Ali trae a Tino en el auto, justo detrás de mí.

Separarme de él otra vez, incluso cuando es sólo durante unos pocos instantes, me cuesta tanto que me planteo quedarme a dormir en el parque. No me importa que anuncien para hoy las peores temperaturas del año. Abrazaría a Tino y le daría todo mi calor y yo no necesito nada más que saber que él está bien para sobrevivir la noche. A veces realmente se siente así, como si la comida, el descanso y el oxígeno fueran opcionales para levantarse por las

mañanas. *La cosa* sigue tironeando de mi cuerpo por las noches, obligándome a sacarlo de la cajita de fósforos que es mi habitación. Y hoy el cansancio que arrastro me ha llevado al límite.

Cuando abro la puerta del auto de Ali para que Tino pueda bajar, apenas me dirige dos palabras antes de pisar el acelerador y desaparecer. La velocidad con la que su auto se aleja me descoloca al punto de sentir que se ha llevado en el asiento de atrás un pedacito de mí, la pieza que haría que todo esto encajara. Porque el beso de hoy… ese no fue un beso lujurioso. No apuntaba a nada más que al beso en sí. Se sintió diferente a cualquier otro beso que hubiera dado en mi vida. Hubo miedo en el primer instante, cuando sus labios no se movieron en lo absoluto, hubo un salto acrobático de mi corazón en mi pecho cuando me di cuenta de lo mucho que necesitaba tenerla así de cerca, hubo un estallido en algún lugar del mundo cuando al fin respondió al beso y tuve que dejarla ir porque el tiempo jugaba en nuestra contra.

Pero ella se va prácticamente sin decir adiós y yo me quedo como un idiota en la calle viéndola irse con un nudo en el estómago porque no tengo idea de si esto ha sido demasiado para ella –tantas reglas rotas en tan solo un par de semanas– y yo necesito que regrese porque no tengo idea de cómo estar sólo. Y Ali es la única persona que hace que estar con alguien no se sienta como otra forma de extrañar a Shelly, de buscar lo que perdí en un rostro diferente con el mismo corazón roto entre las manos.

Supongo que el denominador común de los chicos que no saben lo que buscan es un pasado con promesas de futuro que se desvanecieron en el presente.

El cansancio forma una neblina en mi mente que se extiende frente a mí dejando el mundo sumergido y más distante que nunca. Abro la puerta de casa, Tino aún de mi mano, y tardo en darme cuenta que Leo está aquí. Con Ashford, claro. Porque parece que desde el cumpleaños de Leo se han convertido en una unidad.

Están en silencio tirados en el sofá, computadoras, cuadernos y lapiceras rodeándolos mientras trabajan en la monografía que están preparando desde principios de semestre. Es un silencio extraño el que los rodea, casi tiene un peso propio en el aire. Si te paras demasiado cerca de ellos te cuesta respirar, toda la tensión que llena el espacio entre sus cuerpos se atora en mi tráquea y bloquea el paso del aire.

Idiotas, los llamó Ali.

Yo los veo ahora, juntos pero separados, él mirándola de esa forma tan obvia y descarada que nadie se cree ni por medio segundo que Leo no se percate de

ello… y no sé. No creo que sean idiotas. Creo que casi siempre todo se ve con más claridad desde afuera y estando dentro hay demasiado a tu alrededor para darte cuenta de que lo que verdaderamente importa es sencillo. Y me gustaría decírselo a Leo. Me gustaría que las cosas fueran como antes cuando vivía aquí y hablábamos de todo y nos peleábamos por todo tipo de estupideces porque sabíamos que al final del día estaríamos para el otro si nos necesitaba. Desde que se fue a vivir a Crawford mi hermanita ha levantado muros a su alrededor tan gruesos que por momentos me pregunto si la niña que vive entre ellos está siendo alimentada o si la está dejando morir. Sé que cualquier pregunta que le haga al respecto va a desviarla con un chiste, que no va a dejarme dar ni dos pasos en su fortaleza hecha de miedos porque ni a ella misma se le está permitiendo caminar por esos pasillos.

Tino suelta mi mano y corre hacia ellos. Salta sobre Leo, quien desde que no vive en casa es su persona favorita porque la extraña con locura, y empieza a hablar sobre algo con ella. Ashford los mira, su expresión es idéntica a la de antes, pero cuando Leo se ríe él mira sus labios y me doy cuenta de lo peligroso que es lo que sea que están haciendo porque no hay forma de evitar su colisión cuando la gravedad del otro los atrae de esa forma.

—¡Tino! —Mamá aparece en la puerta de la cocina y corre a tomarlo de los brazos de Leo para darle vueltas por el aire. Lo hace girar y le llena el rostro de besos. Miles de ellos repartidos por todo su rostro. Salvo por el cabello, mamá es una versión de Leo en miniatura, lo que es irónico porque después de todo Leo vino de ella y no al revés. Pero mientras Leo mide arriba de un metro ochenta, siendo incluso más alta que yo, mamá mide veinte centímetros menos y su cuerpo es la cosa más abrazable de la historia. De pequeño pensaba que los adultos pasaban a ser adultos cuando ya no necesitaban abrazos de sus padres. Ahora sé que los adultos no dejan de necesitar que sus padres los busquen, porque cuando mamá, con Tino aún encajado en su cadera se acerca a mí y usa su brazo libre para envolverme, siento que es lo único que me detiene de volver a deshacerme en lágrimas.

Estoy.

Tan.

Cansado.

Leo me mira con las cejas enarcadas, como preguntando qué mierda está pasando, pero yo ni puedo responderle porque sólo puedo pensar en que la adrenalina que me mantuvo de pie hasta ahora se ha evaporado en el momento en el que crucé el umbral de casa. Y ahora no soy más que una bolsa de huesos,

carne y tendones tratando de no desfondarme ante toda la fuerza con la que empujan los sentimientos que lleva dentro.

—¿Qué hay de comer?

La pregunta de Tino, tan fuera de lugar, me arranca una carcajada.

Mamá lo baja al piso después de un instante, como si ahora tuviera que pensar dos veces antes de dejarlo ir.

—¿Por qué no vas a mirar el horno? Hay una sorpresa ahí para tí.

Los ojos de Tino se abren y su sonrisa es tan grande que parece maníaco. Sale disparado hacia la cocina y mamá se incorpora para darme otro abrazo.

—Gracias, Paul —dice contra mi pecho en un susurro tan débil que me hace darme cuenta de que ha sufrido tanto o más que yo. Cuando me deja ir, hay lágrimas en sus ojos inflamados y rojos, pero su sonrisa es impagable—. Y ya hablaremos de la muchacha que me llamó. Encantadora. Verdaderamente encantadora.

Y yo creo que es la última palabra que usaría para describir a Ali, lo que me hace suponer que hizo un esfuerzo cuando habló con mamá. Incluso si era romper una de sus propias reglas. Y de nuevo soy consciente de la ausencia de esa pieza dentro mío, esa incomodidad se mezcla con un calor hecho de todos los fuegos que calientan todos los lugares helados del mundo y que baja por mi garganta hasta prender una fogata inmensa en el centro de mí.

—¡Son dinosaurios! —El grito de Tino llega desde la cocina y Mamá se va hacia él. Estoy seguro de que va a explicarle por decimoquinta vez que los bocaditos de pollo con forma de dinosaurio no son dinosaurios de verdad. También estoy seguro de que Tino va a ignorarla por completo y el abuelo… el abuelo no va a estar para decirle que claramente son dinosaurios de verdad.

Mi corazón se comprime.

Inhalo y exhalo.

Estoy debatiendo tirarme a mirar el techo en el sillón del abuelo, junto a Leo y Ashford que ya están otra vez centrados en sus estudios, o darme una ducha y que el agua se lleve algo del peso que llevo pegado a la espalda, cuando escucho una llave en el cerrojo de la puerta principal.

Todos los pelos de mi cuerpo se ponen en punta.

Y la única emoción que logré mantener bajo control hoy se apodera de mí con una intensidad cegadora.

Papá se deja entrar, la misma cara de nada que siempre, como si ni se hubiera enterado de que hoy perdió un hijo, o como si no le afectara en absoluto. En todas las horas que pasaron, no respondió ni una de mis llamadas. Fueron todas a

buzón de voz directo. Pero él entra a su casa, donde todos lo esperamos sonrientes y su esposa está terminando de cocinar una cena en la que nadie va a decirle lo mierda de padre que es.

Y yo no puedo sentarme y hacer eso.

No hoy.

Más de lo que quiero un segundo de paz, quiero hacerle saber al hombre frente a mí que es una vergüenza que pretenda que lo llame padre cuando lo único que hace es traer dinero a la casa. Porque las risas, los consejos, los buenos recuerdos, la compañía en los momentos que más lo necesitamos son cosas que no vienen de él hace mucho pero muchísimo tiempo.

Entonces, entre todas las sombras que me rodean, la voz de Ali resurge de mis recuerdos.

Paul, no pierdas tiempo enojándote con tu padre ahora. No va a servir de nada. ¿Me estás escuchando? Tino no necesita verte perder el control. Necesita a su hermano mayor y punto.

Y es que tiene razón.

No va a servir de nada, ¿no? Puedo gritarle, podemos insultarnos —él llamándome cobarde, pidiéndome que sea un hombre, y yo llamándolo vago, pidiéndole que sea un padre— y aún así el resultado siempre es el mismo. ¿Acaso estamos hablando en idiomas diferentes?

—¿Podemos ir al patio un momento? —le pregunto.

—Vaya bienvenida. ¿Ni un buenas noches? —Sé que el motivo por el que no me ha mandado a la mierda es porque Leo está aquí y hasta hace poco estaban peleados. No quiere volver a embarrarla con ella. Y yo voy a aprovecharme de eso para mantener esta conversación lo más civilizada posible—. Hola ahí a ambos —dice a modo de saludo. Leo le responde, pero Ashford se limita a hacer contacto visual y dar un asentimiento de cabeza.

—Por favor, salgamos un segundo —insisto. Puedo sentir los ojos de Leo saltando entre nosotros. Me pregunto si después me preguntará a qué viene esto o si se limitará a fingir que todo está bien. Sé la respuesta, pero a veces me permito soñar con que las cosas son como antes.

—Paul, estoy cansado y hace un frío de…

—Ahora.

Veo el momento en el que él entiende que esto no es algo en lo que vaya a ceder, pero sobre todo veo en sus ojos la rabia que le da recibir órdenes como un crío en su propia casa. Bien. ¿No quiere que lo trate como a un niño? Pues que deje de comportarse como uno.

—Sí, creo que va a venirnos bien.

Atraviesa la sala hacia la puerta en el otro extremo, que da el ínfimo patiecito de baldosas y un par de macetas en las que el frío ya ha hecho destrozos. A unos metros de la puerta, hay unas escaleritas de hierro oxidado que suben hasta el balconcito de mi habitación. Recuerdo haber sacado a Ali por ahí la noche del cumpleaños de Leo, con la promesa de un beso pendiente entre nosotros.

–¿Cómo pudiste? Eres una basura. Una basura y un mentiroso, ¿me oyes? – el recuerdo de los gritos de Shelly destruyendo lo poco que quedaba de nosotros hace cuatro meses me atraviesa. Supongo que mi promesa a ella fue la única que rompí. Crucé la línea que siempre había temido que ella cruzara, porque no fui lo suficientemente valiente para terminar con ella si existía la posibilidad de un futuro juntos de por medio. Sabía que esto era lo único que ella no me podría perdonar y necesitaba que no me perdonara. Porque si seguíamos permitiendo que el otro nos pasase por encima, abriendo nuestros brazos listos para el impacto y con una disculpa ya en los labios, nos destruiríamos en el proceso.

Supongo que este momento con papá se trata de hacerlo mejor.

De no buscar la salida fácil si no la salida correcta.

De intentar escucharnos porque él no es mi pareja, no puedo elegirlo o dejarlo de elegir, es mi familia y no puedo darle la espalda.

Tino no necesita verte perder el control. Necesita a su hermano mayor y punto.

Ali tiene razón.

Tengo que encontrarle una vuelta a esto y si no es por mí, es por Tino. Ya ni siquiera voy a ponerme a discutir por las cosas que sé que no va a cambiar. Sé que lo que quiero de mi padre para mí es un caso perdido, que lo que él quiere de mí es imposible que lo tenga, pero tal vez pueda pedirle que sea un poco mejor por Tino. Que le dé una oportunidad de tener un padre de verdad. No un hermano que se está disfrazando todos los días para encajar en el agujero de una ausencia que no le corresponde.

Pero como siempre, la última y la primera palabra tienen que ser suyas y la conversación empieza ya tendiendo hacia una agresión que me hace ver rojo.

—Bien, ¿en qué problema te metiste ahora?

No me meto en problemas desde que terminé la secundaria. Pero ante los ojos de papá siempre seré el niño descontrolado que se lo pasaba peleando con medio mundo y rompiendo todo lo que pusieran en su camino. No creo que se haya dado cuenta de que sólo después de esos desastres me dirigía la palabra. Nuestras interacciones surgían solo de mi caos y por ende siempre estaba

buscando la forma de iniciarlas. Solo quería dejar, aunque sea por un segundo, de ser invisible.

—En ninguno. ¿Dónde estuviste hoy?

—¿Disculpa? ¿Ahora mi hijo va a cuestionarme qué hago yo con mi día? Lo que faltaba.

—No, lo que haces con tu día me da lo mismo cuando no te olvidas de buscar a tu hijo por la escuela.

—¿A Tino? Pero si… —su tono altanero se tambalea cuando le cae la ficha y sólo entonces me doy cuenta de que en serio se olvidó de ello por completo. Y no sé si es mejor o peor, pero me duele el alma por Tino que tiene un padre que no pudo acordarse de él ni durante un día—. Se me pasó —excusa, como si no fuera nada—. Estaba trabajando. ¿Y qué estabas haciendo tú?

—Estaba… —Pero no estaba trabajando. Una vez en mi vida, no estaba trabajando porque quería ser un chico normal saliendo con una chica normal. Por más que Ali y yo no estamos saliendo y nuestra relación no tenga nada de normal.

—Eso pensé. ¿Para qué me pides que pierda tiempo de trabajo si vas a usarlo para rascarte? Todo el día con la patineta y la moto haciendo nada. Te lo digo de verdad, Paul, si no sientas cabeza…

No tengo idea de cómo dio vueltas las cosas. Cómo esta conversación que era sobre sus errores de golpe está apuntada a mi cabeza y él dispara y dispara y dispara a pesar de que ya estoy muerto. Este chico que él quiere que yo sea está muerto hace tanto tiempo que no entiendo cómo hay lugar en su cuerpo para más balas.

—Te lo pedí ayer, te lo recordé hoy a la mañana, te mandé un mensaje con los horarios, solo tenías que buscar a Tino a las cuatro y media y luego podías volver al trabajo. —Intento devolver la conversación a su eje.

—No puedo estar siempre pendiente de ti, ¿no te das cuenta de eso?

—No es sobre mí, es sobre Tino.

—No, es sobre que eres un egoísta y la única tarea que tenías, que es buscar a tu hermano, me la quisiste pasar a mí.

—¿La única tarea que…? —La incredulidad me desfigura el rostro. La siento como algo horrible tirando de todos mis músculos en las direcciones incorrectas —. ¿Pero es que tú te escuchas? Si me la paso trabajando y cuido de Tino a todas horas y lo busco y lo llevo y mantengo la casa andando. Si no fuera por mamá estaría haciéndolo todo solo ahora que no está el abuelo.

Papá da un paso hacia mí. Sus ojos claros chocan con los míos y veo que

irradia una bronca y una impotencia que nunca antes he sentido en él. Siempre está frustrado, siempre está cansado y dispuesto a llevarme la contraria, pero en este momento está… harto. Está harto y no sé a dónde puede llegar todo eso porque yo también lo estoy y me cago en la paciencia y calma con la que intenté abarcar esto. Llevo una bomba de tiempo atada al pecho y la cuenta atrás es cada vez más rápida.

—Desgraciado, estoy todos los días manteniendo vivo el legado de tu abuelo sólo porque te niegas a ayudarme y encima vas a decirme que es *lo único que hago*.

—¡El legado del abuelo no es ese negocio de mierda!

Es esta familia,

Somos tú y yo y el niño del que te olvidaste hoy y la chica que está en el comedor estudiando para llenar de conocimiento el vacío que deja en su pecho todo lo que pides de ella y la esposa que está tan enamorada de ti y tus intenciones que no sabe decirte que tus formas son todas las incorrectas.

Pero todas mis palabras se estrellan contra la pared a mi derecha cuando papá me da vuelta la cara de una cachetada que silencia el patio, la casa, el país y el mundo entero. Sólo quedamos él y yo y ni nuestras respiraciones entre nosotros. Yo no respiro porque creo que ha vuelto a matarme, ha cruzado otra línea que no pensé que era capaz de cruzar, me ha golpeado como a un niño que no tiene idea de qué va el mundo, en lugar de escucharme como el adulto en el que me he convertido. Él no respira porque creo que se da cuenta de que si decido devolverle el favor no va a terminar con una mejilla rosa como yo si no mucho, muchísimo peor, porque por más que midamos lo mismo no hay nada excepto músculos llenos de tensión y bronca en mi cuerpo. Y yo termino de explotar porque cuando devuelvo mi mirada a sus ojos lo que veo en ellos es puro orgullo, ni un ápice de arrepentimiento. Ni un poco de comprensión.

Estoy hablando con un terco.

Con una pared.

Con el silencio de una nevada.

Con un cadáver bajo tierra.

Con la piel vacía de alguien que no existe.

Esta vez, cuando hablo, me aseguro de que entienda cada una de mis palabras.

—Si alguna vez se te ocurre levantar tu mano así a Tino o a Leo, voy a encargarme de que te arrepientas el resto de tu vida. —Es una afirmación que no deja lugar a dudas, que sale de una oscuridad que llevo dentro mío y que siempre

está ahí pero que incluso a mí me aterra dejar salir. No ahora. Ahora sale y sé que es lo peor que he hecho en mi vida, amenazar a mi propia sangre así, sabiendo que cada palabra es cierta, pero también sé que es la única vez en mi vida que lo justifica. Porque podría hacer cualquier cosa, cualquier cosa con tal de asegurarme de que mis hermanos no van a pasar por el dolor y la humillación que acaba de destruir mi mundo entero bajo el peso de su mano—. Y si vuelves a cagarte un tu palabra, voy a encargarme de que el *legado del abuelo* —mi tono irónico lo hace hervir, lo veo en sus ojos, pero no mueve un músculo—, no vea un sólo centavo de lo que este niño trae a casa con su trabajo. —Algo flaquea en su mirada—. ¿Pensabas que no lo sabía? Ese negocio no puede mantenerse a flote solo. Sé que estás usando mi plata para mantenerlo pero no me importa porque si eso es lo que vale mi libertad, Dios sabe que voy a pagarlo. Pero nunca en tu puta vida vuelvas a pedirme que trabaje ahí porque te juro por todo lo que tengo que me voy a ir de esta casa y cuando lo haga y te des cuenta de todo lo que hago para mantenerla de pie vas a rogarme que vuelva.

El primer copo de nieve de la primera tormenta del año cae entre nosotros en ese momento, devolviéndonos nuestras respiraciones y yo me doy media vuelta y me voy de allí con la mejilla todavía latiendo y el corazón explotado en el pecho.

Me voy de casa sintiendo ya la añoranza del momento que me estoy perdiendo: mis hermanos bajo el mismo techo bromeando, comida casera de mamá humeando sobre la mesa, tal vez un juego de Monopoly ahora que con Ashford en la casa vuelve a haber suficientes jugadores. Pero no puedo quedarme y dejar que vean mi mejilla inflamada, no puedo explicarle a Tino que su padre es la causa de esto, no puedo decirle que papá se ha olvidado de él. Por una vez, dejo que alguien más se encargue de ello. Porque sé que Tino, siempre curioso, siempre dulce, va a tener preguntas, va a extrañarme y va a pedir que sea yo quien lo arrope antes de irse a dormir. Y sé que mamá probablemente me reemplace y tenga con él una conversación llena de mentiras en la que le hará creer que papá lo ama a montones, que nada más se atrasó pero que justo estaba en camino cuando él se escapó de la escuela. Mamá no va a decirle que su padre lo olvidó.

Y por hoy tal vez eso es mejor.

Porque ningún niño tiene por qué saber que la persona que le dio la vida no tiene interés en protegerlo de todas las espinas que viene con ella.

A mí me llevó veinticuatro años entenderlo y aún así duele tanto que cuando me subo a la moto y acelero, siento que he dejado la mitad de mí tirada en esa

casa y tengo la certeza de que nadie va a cuidarla para que no la pisoteen hasta que pueda volver por ella.

CAPÍTULO 23
Paul

Esta vez todo debería salir acorde al plan.

Son las nueve de la noche.

Nadie ha desaparecido.

No hay emergencias familiares ni cenas que puedan interponerse entre nosotros y lo que vinimos a hacer.

Y aún así…

No creo que ni ella ni yo estemos pensando en irnos.

De hecho estoy pensando en lo mucho que quiero que Ali no se percate de el tiempo que llevamos aquí sentados sin hacer nada más que hablar. Porque me aterra que lo haga y que quiera apresurarse a salir de aquí. Incluso cuando lo que dice duele, incluso cuando me lleva la contraria sólo porque sí, incluso cuando me hace ver realidades que no quiero aceptar que existen, Ali se ha convertido en la única persona en este mundo con la que hablar me sale natural.

—¿Y Tino? —pregunta.

—¿Cómo que y Tino? Tiene seis años, no puede trabajar.

Ali rueda los ojos, una sonrisa asomando en las comisuras de sus labios.

—No digo *ahora*. Digo en el futuro. Si Leo va a ser *abogada* —ambos nos encogemos ante la palabra, sabiendo que el nombre de mi hermana y esa carrera no deberían estar en la misma oración—, y tú vas a seguir dedicándote a tatuar… entonces Tino va a terminar encargándose del negocio familiar.

Tengo que tragarme el NO, en mayúsculas, que tengo en la garganta. Porque nunca lo había pensado así. De hecho, nunca lo había pensado y punto. Papá siempre estuvo tan ensañado conmigo que nunca se me había cruzado por la cabeza la posibilidad de que mis negativas implicaran pasarle ese peso a Tino en el futuro.

—Si es lo que quiere, entonces sí. Y si no es así, pues le haremos entender a mi padre que no es el caso.

—Qué bien te fue a ti con eso, —su mano acaricia mi mejilla, donde esta mañana descubrí un moretón violeta e inflamado con la forma exacta del anillo de casamiento de mi padre, y yo me inclino hacia su contacto, sonriendo a pesar de todo porque en este momento no siento que me haya ido nada mal. De hecho

si pudiera vivir en este instante, acurrucado en la palma de su mano, con el corazón ligero de vino y sin una preocupación en el mundo, lo haría.

Pero Ali nunca permite durar estos roces, por mucha excusa que encontremos para ellos. Me retira su tacto y se lleva la copa a los labios. Cuando la baja, sus dientes están teñidos por el vino y se me escapa la sonrisa porque por primera vez parece humana. Siempre se mueve con tanta seguridad, tanta determinación, que es difícil recordar que es tan frágil como cualquier otro.

—No se va a repetir. Nunca antes había pasado.

No sé por qué se lo conté. Ayer por la noche, cuando me fui de casa, caí en la casa de las madres de Cameron y cuando preguntó por la mejilla enrojecida me limité a decir que me había tropezado corriendo. El golpe no tenía sentido con la excusa y cuando Cameron insistió por decimoquinta vez para que le diga la verdad lo miré lo suficientemente fijo como para que se diera cuenta de que hasta ahí llegaba mi paciencia. Procedió a hacer lo que siempre supo hacer: distraerme. Hablamos de Livvy, del hecho de que aceptó estar enamorado de ella, de que no tiene ni idea de cómo va a ser volver a verla después de todos estos años a la distancia. Me habló de todos sus dramas con su mejor amiga hasta que yo olvidé los míos. Y a las seis de la mañana me levanté para ir al trabajo. Él volvió a preguntar por el golpe, yo volví a mentir, las cosas siguieron como antes.

Pero con Ali… no lo sé. Cuando llegué y me senté frente a ella en la mesa del restaurante sus ojos se quebraron por un instante. Su indiferencia dio paso a una preocupación suave y envolvente de la que no sabía que era capaz. Fue como si alguien hubiera construido un puente sobre las trincheras que nos separan y Ali hubiera estado por primera vez frente a mí. Cuando me preguntó qué había pasado, la verdad se me escapó por los labios y durante unos minutos no fuimos más que un chico herido y una chica sin trincheras. Pero el puente se vino abajo antes de siquiera poder apreciarlo.

–Ya sé que no había pasado antes, solo digo que no debería haber pasado para empezar.

Y a eso no tengo respuesta.

–Mi padre no es una completa basura, igual. Sé que me quejo y sé que esto no ayuda nada al caso pero sólo es… no tiene mucha idea de cómo manejar el hecho de que estamos creciendo y que no somos copias exactas de él y sus sueños.

–Debería aprender a manejarlo.

–Lo dices como si fuera fácil.

–Lo digo como si fuera necesario.

–No tienes mucho punto medio para estas cosas, veo.

–Es tu padre, si le importara hacer las cosas bien podría intentar *aunque sea* escucharte. No le estás planteando nada del otro mundo. Sólo tiene que estar para ti, proveer a una familia y no olvidarse de su otro hijo en la escuela. Y ni empecemos con no pegarte. Es lo mínimo. No le estás pidiendo mucho. Solo le estás pidiendo que esté y no como un cono en la esquina, que esté de verdad, que esté *presente*.

Habla con calma, porque Ali, salvo cuando la saco de sus casillas, siempre habla con calma, pero otra vez acentúa sus palabras como si tuviera que arrancarlas de un tirón para que duelan menos. Hay un peso detrás de ellas que las arrastra y por primera vez vuelvo a quedar cara a cara con la chica de la sonrisa ahogada. Su sonrisa se va al fondo del mar con todas las cosas que se está quedando sin decir.

El único motivo por el que tardo en responder es porque no sé por dónde empezar.

Quiero decirle que no es todo tan blanco y negro, que mi padre no tiene excusas para hacer las cosas que hizo ni decir las cosas que dice, pero que es humano y tampoco está en un buen momento. Quiero decirle que entiendo que se indigne pero que no puede hablar así de mi familia. Quiero pedirle que me cuente por qué hoy todo parece afectarla demasiado, sus emociones más a flor de piel de lo que nunca las vi. Quiero preguntarle dónde está su sonrisa para ayudar a levantarla.

Pero en cuanto abro la boca para hacer cualquiera de todas esas cosas, una tercera voz me interrumpe.

–¿Ali?

Lo odio enseguida. Dice su nombre como si la conociera, letra por letra, como si fueran algo suyo que decir. Y lo que más me molesta es la respuesta de Ali.

–¿Jay?

Dos nombres en labios de personas que se miran en este momento como si se hubieran visto una infinidad de veces. Incluso cuando la indiferencia de Ali es un escudo bien acomodado frente a su rostro, puedo sentir su inquietud por la forma deliberada en la que evita mirarme, como si por ignorarme pudiera hacerme desaparecer.

–¿Qué…? ¿Dónde estuviste? Te llamé mil veces.

—Cambié el celular —responde ella, como si nada, levantando su nuevo

celular en el aire y sacudiéndolo como si eso lo explicara todo. Trato de calmar el bombeo de mi corazón porque hace tanto ruido que por poco no me deja escuchar la conversación. Y necesito escucharla. No sé por qué pero creo que si no lo hago voy a perderme de algo que debería saber.

¿Hace cuánto cambió Ali su celular? Si yo estaba con ella cuando se lo robaron. ¿Dos semanas? ¿Tal vez tres? Cuatro como mucho. ¿Debería sentirme bien sabiendo que ella no le ha hablado desde entonces? ¿Que en ningún momento este chico y yo nos cruzamos en su agenda? No me siento bien. Me siento traicionado incluso cuando sé que no tengo motivos, garras forjadas de reclamos me arañan la garganta porque le habla como si la conociera mejor que nadie… creo que hay algo vivo prendiéndose fuego entre mis costillas y que chilla cuando su piel se chamusca y se llena de ampollas, pero no puedo hacer nada al respecto.

—¿Y en ningún momento se te ocurrió que yo querría saberlo? —Ali se encoge de hombros a modo de respuesta. El chico parece no poder creerlo. Recién entonces caigo en que hay otros dos chicos a su lado, posiblemente amigos suyos, viendo esto tan enmudecidos como yo. Pero no creo que ellos tengan a esta criatura muriendo dentro suyo. En sus ojos hay reprobación pero no dolor. A mí esto me está doliendo. ¿Por qué?—. Desapareciste de la tierra. No te costaba nada mandarme un mensaje.

—Perdón.

El chico ya no parece desconsolado ni triste. Él sí tiene algo que se está quemando en su interior. Huele a cobre, a sangre y a la forma en la que la sal te salpica el rostro sin avisar antes de que una ola te voltee. La arena raspa sus piernas y se le amontona en la garganta.

—¿Aunque sea lo sientes de verdad? —Empiezo a creer que esta hoguera es el efecto que Ali tiene en los hombres. De repente siento pena por él, pero esa pena no aplaca la ira que me da su forma de mirarla a los ojos. No se deja intimidar por la frialdad que encuentra en ellos, los conoce demasiado bien para temerles—. ¿O lo dices para que te dé la razón y me vaya?

—Estoy ocupada. —Me había olvidado lo fría que podía ser. De sus respuestas cortas y desinteresadas, de la escarcha que recubre su iris cuando no necesita nada de ti. Quiero que vuelva a ser la Ali que era antes de que este chico llegara. Esta Ali no me da ganas de estar aquí. Nada de esta situación me da ganas de estar aquí. Sin embargo, he perdido mi oportunidad para ponerme de pie e irme, porque por primera vez en toda la conversación, los ojos de ambos caen sobre mí.

—Sí, veo. Ya encontraste reemplazo.

Ali no me defiende, su rostro no reacciona en absoluto ante la forma en la que se dirige a mí, pero empieza a juguetear con el anillo de piedra negra que lleva en el índice.

—Sí. Y estaba pasando un buen rato hasta que llegaste.

¿Por qué se siente como una victoria cuando le responde eso? ¿Por qué a la vez se siente como una derrota? ¿Por qué me importa? No me importa. Sólo estoy confundido e incómodo. No es una situación en la que hubiera esperado estar hoy. Es eso. Me tomó desprevenido.

Jay parece tener algo más que decir. Siendo justos, parece tener un millón de cosas más para decir, pero me mira a los ojos y niego con la cabeza y creo que se da cuenta de dos cosas: primero, de que Ali no va a responderle ni a reaccionar a nada de lo que pueda salir de su boca, y segundo, de que yo no puedo prometerle lo mismo y que si llega a decir una sola cosa fuera de lugar sobre ella voy a hacer que se arrepienta. Tengo demasiado encima y me encantaría que me diera una excusa para exorcizarlo contra alguien en lugar de barras y pesas en el gimnasio. Supongo que mi época de responder con las manos no quedó tan atrás como creía.

Se da vuelta y sale por la puerta a solo unos metros de nosotros. Me da pena haber arruinado su noche, no creo que vaya a querer divertirse después de haber entrado a un restaurante con sus amigos sólo para encontrarse a… a lo que sea que Ali haya sido para él, cenando con otro chico. Pero sobre todo me da pena porque si me pongo en sus zapatos no me sorprendería nada la actitud de Ali. Y eso me aterra. Me aterra al punto de enmudecerme darme cuenta de que incluso sabiendo que mañana puedo ser otro Jay en la lista de Ali, igual voy a quedarme.

Y supongo que es porque sé que Ali no es Shelly, porque no puede hacer ni un cuarto del daño que ya me hicieron porque… bueno, porque nadie es Shelly. Y eso es lo que me gusta de ella, que de hecho es lo menos Shelly que existe. Porque mientras Ali a este chico, que claramente fue más que un amigo, apenas le dirigió la mirada, Shelly no puede apartar los ojos de mí en cuanto entro a una habitación. De la misma forma en la que yo no puedo apartar los ojos de Shelly. Ella y yo somos iguales y Ali es… un tipo de persona tan diferente que podría perfectamente pertenecer a otra especie.

Da otro sorbo a su vino.

—¿De qué estábamos hablando?

Y la hoguera en mi interior triplica su tamaño y sus llamas se me escapan por la boca.

—¿En serio? ¿No vas a decir nada sobre lo que acaba de pasar?

—No tengo nada que decirte.

Humo sale por mis oídos y solo entonces me doy cuenta de que esto, *esto* es enojo.

Estoy enojado y haciendo un berrinche y ni siquiera sabiéndolo puedo detenerme.

—¿Quién era ese?

—No es importante. —Se cruza de brazos—. No hablamos desde mucho antes de que nosotros nos estuviéramos viendo.

—Eso no me importa. —*Sí me importa, de hecho en cuanto lo dice entra en mis pulmones lo que parece ser la primera bocanada de aire fresco en toda esta situación*—. Lo que no entiendo es por qué no puedes hablarme de ello.

—Puedo. No quiero.

Ugh.

—¿Y te importaría decirme por qué?

—¿Estás celoso? No somos exclusivos, Paul. No somos nada.

—Princesa, lo último que estoy, es celoso. —*Mentiras más grandes se han dicho en esta vida*—. Lo que pasa es que me dijiste que para que esto funcione, tenía que ser honesto, y estoy un poco cansado de que esa regla solo se aplique a mí.

—Me habías preguntado si esa regla era unidireccional y te dije que sí.

—¡Nunca se me ocurrió que fuera en serio!

—Ese es *tu* problema. —Sé que está enojada porque vuelve a acentuar sus palabras. Mar Aliena no es tan inmune a los sentimientos como cree ser.

—Tal vez, pero si va a ser así, tal vez no quiera quedarme.

—Bien.

—Bien.

—Bien.

—Bien.

El silencio que precede nuestra pila de asentimientos tiene forma física. Puedo verlo dibujado en el aire como puntos suspensivos.

—...

—...

Se extiende por un segundo, dos, tres, cinco, siete.

Al noveno segundo, se me escapa una risa.

Juro que no quiero reírme. Quiero mantenerme enojado y hacer mi punto y dejar en claro que no estoy a favor de nada de lo que está pasando y que ella no

puede hacer conmigo lo que se le dé la gana porque soy una persona y no puede ser que le falte tanto la empatía.

Pero simplemente me rio.

Porque en el fondo amenazo con irme y ella con querer que me vaya, pero ninguno de los dos se mueve de donde está porque lo que verdaderamente queremos es quedarnos. Lo que verdaderamente quiero es traer a ese chico de vuelta aquí donde pueda vernos y besar a Ali hasta que le tiemblen las piernas y que ambos entiendan que él no tiene nada que hacer aquí.

Y la regla número tres se une a todas las otras en el tacho de basura. Porque esto que siento son celos y no puedo mentirme a mí mismo lo suficientemente bien como para negarlo. Pero puedo mentirle a Ali.

Y sé que voy a mentirle. Sé que voy a terminar fingiendo que todo esto no fue nada y que no me hace sentir un millón de contradicciones con todo lo que hace. Porque Ali no puede aguantarse y su risa se une a la mía. Y es su risa de verdad. Su sonrisa ahogada sale a flote, sus trincheras se vuelven menos profundas y yo me siento la persona más estúpida del mundo. Pero no importa. Porque ya no me duelen las ausencias y a ella le di pase libre para hacer de mí lo que quiera. Porque no me va a hacer daño.

Y si lo hace, no serán más que un par de rasguños.

No hay nada en su sonrisa ni en su indiferencia que pueda dolerme más de lo que me duele el vacío de no tenerla aquí. No voy a necesitarla toda la vida. Es solo ahora. Es solo mientras cicatricen las heridas viejas. Es sólo un poco más.

Seguimos hablando.

Ali se levanta para ir al baño.

Cuando vuelve, se termina de un trago la copa que tiene enfrente y ordena otra.

Y cuando le pregunto a qué se debe su arrebato de mal humor, me dice que le llegó la regla. Lo que significa que una vez más nuestro plan perfecto se ve arruinado.

Pero no puedo evitar sonreír.

Porque ella puede no darse cuenta pero una vez más elige no irse a pesar de ello.

Hablamos hasta que cierran el restaurante.

Y luego hablamos en el auto, con los asientos delanteros reclinados totalmente hacia atrás y nuestros cuerpos enfrentados en posición fetal. Los

ronquidos de la ciudad —un auto que pasa, un borracho que canta en la calle— acompañan nuestros susurros.

—Ali no te pega.

—¿Cómo que no me pega? —Borracha de vino es más fácil hacerla reír—. Es mi nombre.

No quiero decirle que no puedo seguir llamándola así porque cuando lo hago solo pienso en la forma en la que ese otro chico lo dijo, en las mil caras perdidas en su memoria, de las que nunca va a hablarme, que la han llamado así. Entonces me permito aventurarme en el terreno de las evasiones, ese en el que ella se maneja tan bien.

—Tu nombre es Mar. Voy a decirte Mar.

Ella se ríe, como si hubiera dicho una estupidez.

—Nadie me dice así.

—¿Una mentira por un beso? —pregunto todavía más bajito y sólo cuando ella asiente, toda su atención en mí, me permito confesar—. Por eso me gusta un poco más.

Creo que cuando lo confieso veo algo atravesar su mirada.

Y tengo miedo de perderla en ese momento, de que finalmente decida que crucé esa línea que ella insiste en marcar una y otra vez entre lo que somos, lo que no somos y lo que no deberíamos ser.

—Qué idiota.

Y suelto el aire que había metido en un cofrecito en mi pecho por si era mi último aliento.

Porque su insulto me confirma que no la he cagado.

—Ahora me debes un beso.

Mar se incorpora y se estira sobre la palanca de cambios.

Yo no muevo un músculo, salvo por mis ojos, que la siguen y se pierden en la forma en la que su cabello se desliza sobre su hombro izquierdo para caer sobre su espalda y luego, cuando se inclina sobre mí, como una cortina a nuestro alrededor.

Miel y vino en su boca y en la mía, un montón de otras cosas que me hubiera gustado decirle pero no sé poner en palabras; se mezclan donde su piel y la mía se unen. No hay manos desesperadas ni roces, nuestros cuerpos no se tocan en absoluto excepto por nuestros labios que se ocupan con besos que los ayudan a no tener que decir nada que pueda arruinarlo todo.

Sin embargo esa noche se extiende y las horas se pasan y decimos tantas cosas que cuando la dejo para volver a mi casa en moto, siento que Mar, con su

nuevo nombre, es una nueva persona y que al fin la empiezo a conocer.

CAPÍTULO 24
Mar

Siento los ojos de Leo sobre mí.

Me observa observar a su hermano.

E incluso con esa amenaza sobre nuestras cabezas, apartar la vista me lleva más tiempo del necesario. Paul se mueve sobre esas cuatro ruedas como si hubiera nacido con los pies anclados a la patineta. Su rostro tiene un brillo que seguro es sudor pero parece salir de algo más adentro, de una liviandad en su respiración que sólo he visto en él estando aquí, en la rampa.

Con cada salto que hace, mi estómago sube y baja con él; el golpe seco de las ruedas cayendo contra el asfalto se replica en mi pecho. No respiro hasta que no le choca los cinco a alguno de sus amigos, el gesto que he aprendido a identificar con que el truco salió bien. La sonrisa torcida en su rostro contenida para no mostrarse demasiado orgulloso, demasiado feliz, demasiado seguro de sí mismo.

A la luz del sol, rodeado de amigos, el skate bajo el brazo, la remera manga larga desgastada y contorneando sus brazos apenas lo suficiente como para no permitirme olvidar cómo se sienten flexionados bajo mi tacto. Es la situación en la que menos lo he visto, la que considero más peligrosa porque hay demasiados observadores que podrían ser testigos de lo que pasa por mi mente en estos momentos. En mi cabeza, hay mil dedos apuntándome en este momento. Ninguno de ellos entiende que Paul así, como lo veo ahora, tiene un efecto magnético.

Incluso cuando no quiero verlo, no puedo dejar de hacerlo.

Como ahora, cuando otra vez cae sobre el asfalto y su sonrisa enseguida encuentra la de Shelly, como si fuera el norte de su brújula. Ella también le sonríe y le regala unos aplausos que me dan ganas de rodar los ojos. Ni que fuera un niño de preescolar, no necesita aplausos. Me hace preguntarme si Paul brilla aquí porque el sol le da vida a las ilustraciones que caminan por su piel, o si en realidad se trata de que solo sabe sonreír de esta forma cuando los ojos de ella están para verlo.

Si un árbol cae en medio del bosque y nadie lo ve, nadie lo oye, ¿ha caído verdaderamente? Paul no existe sin los ojos de Shelly para habilitar su

existencia. Incluso cuando le retira la mirada enseguida, incluso cuando no hablan más de dos o tres oraciones seguidas, puedo ver cómo todo gesto, cómo todo paso que dan, es un baile meticuloso alrededor del otro. Se evitan mientras se buscan, mientras se esperan, mientras se apuñalan una y otra vez. Sus cuerpos conscientes del otro incluso cuando no se están mirando.

Y yo soy la telonera de esta obra, que abre y cierra el telón, que apunta las luces a estos artistas, documentando cada instante, conociendo el paso a paso de memoria. No sé cuántas veces he visto esta secuencia ya. Leo nos invita a Willa y a mí siempre que viene a la rampa y yo no puedo decirle que no. Al menos no siempre. Al menos no sin dar una explicación. Así que me someto a ver esta obra retorcida en la cual soy un elemento vital pero nadie lo sabe, no recibo aplausos, no aparezco en los agradecimientos, no recibo mérito alguno.

Paul cada tanto me mira, me sonríe, me guiña un ojo. Generalmente lo hace después de sonreírle a Shelly. Yo pretendo no darme cuenta. No me importa que me busque sólo después que a ella. Es un alivio en realidad. Paul no va a prometerme ninguna mentira. Sabemos lo que somos para el otro y sabemos lo que no podemos ser. Yo no puedo ser su siguiente gran amor, él no puede ser mi primero.

Y me gusta conocerlo así, sin la expectativa de nada más de lo que somos. Me gusta que me hable de Shelly, que susurre mentiras que son verdades y luego me bese como si no me hubiera confesado todo lo que teme.

Pienso seguido en el momento en el que me dijo lo que fue la noche en la que nos conocimos. Lo que fue *para él*. Pienso en que Shelly seguro lo había besado más temprano ese mismo día, en que probablemente pelearon y no querían besarse pero también no podían evitarlo porque los años que los unen son más fuertes que las penas que los separan. Pienso en que ella pensaba que él volvería a la mañana siguiente y tendrían todos sus problemas aún por resolver, pero que no importaba porque al menos lo tendría. Y yo se lo quité. Sin saberlo, sin buscarlo, esa noche Paul me buscó a mí para sacarla a ella de encima, inaugurando mi papel como telonera de esta tragedia.

Supongo que el motivo por el que no puedo decir que Paul es un mentiroso, es que le dijo la verdad. Me dejó tirada en mi propio auto, con el escote bajo y la falda enrollada en la cintura, y se fue corriendo a buscar al gran amor de su vida para ser honesto. Para decirle la última verdad y rogarle por un perdón que sabía que ella no le daría. Pienso que tal vez por eso lo hizo, porque era la única forma que existía de terminar con eso que nunca había empezado porque siempre había estado ahí.

Destino.

Paul habló tanto del destino que también pienso muchísimo en ello. No como él lo ve, como algo que nos une entre nosotros, pero más como algo que él se encargó de eviscerar cuando estuvo conmigo esa noche. Shelly era su destino y él tomó el hilo rojo que los ataba y lo embadurnó de pólvora antes de prenderlo fuego. El hilo sigue ahí desgastado, sosteniéndose en partes apenas por hilachos, pero los une. Y él me está usando para cortarlo.

Creo que por eso sigue empujando hacia mí, incluso cuando lo alejo.

Incluso cuando pretendo alejarlo pero no lo consigo porque me distraigo leyendo la tinta que lleva encima, porque me habla y me sonríe con una honestidad que hace difícil creer que haya roto la única promesa que importaba a la chica que sostenía su corazón. Creo que incluso ahora —que camina hacia mí, su hermana mirándonos atentamente, su ex confundida por la forma en la que él le sonríe pero nunca la busca– no me alejo de él, porque me gusta sentir que me lo está diciendo todo. Hay una transparencia en él, incluso en sus traiciones, un reconocimiento de aquello que ha arruinado, que tira de las venas que conectan mi corazón al resto de mi cuerpo.

—Mar —dice, a modo de saludo.

Mar.

Princesa.

Quiero vomitar cuando los dice. Quiero vaciar mi cuerpo incluso de mis propios intestinos cuando recuerdo su sonrisa confesando que le gusta llamarme así porque nadie más lo hace.

—Paul. Tu hermana nos está mirando. —Es una mentira. Ya no nos mira. La presencia de Ashford a su lado pone una pecera de vidrios empañados alrededor de sus ojos. Dentro de la pecera viven ellos dos y sólo muy de vez en cuando, sólo por unos pocos segundos, son capaces de pasar una mano por el vidrio para pispear lo que sea que esté pasando en el mundo exterior. En algún momento van a ahogarse, llevan demasiado tiempo respirando el mismo aire, pronto van a estar nadando en dióxido de carbono.

—No me importa. —Él sabe que no nos está mirando. Si lo estuviera haciendo, se alejaría. Lo último que necesita es otro problema en su casa. Ha estado durmiendo en lo de Cameron los últimos días, esperando a que la hinchazón de su rostro termine de desaparecer antes de volver a ver a Tino. Al menos eso dice; yo creo que a quien no quiere enfrentar es a su madre, que no va a creerle si le inventa una mentira, como Leo le creyó, porque es lo más cómodo para ella. Y por sobre todo creo que no quiere enfrentarse a su padre porque le da

miedo lo mucho que lo afecta lo que ese hombre piensa de él.

—¿Cómo está eso? —Me doy cuenta de que mi mano está yendo a acariciar su mejilla, así que la detengo a medio camino y apunto con el dedo desde lejos. Espero que no se vea tan forzado como se siente, con mi mano demasiado cerca para necesitar apuntarlo pero demasiado lejos de mí como para que no se percate si la regreso a su lugar.

Él se encoge de hombros.

—Igual que ayer. —Cuando nos vimos y le hice la misma pregunta, y antes de ayer, cuando nos vimos y sin darme cuenta le di un beso justo sobre la lastimadura porque al sonreír se le torció el gesto de dolor. Sigo en mi período, así que no pasó absolutamente nada. No estoy muy segura de cómo terminamos viéndonos—. Aunque creo que menos verde.

—Definitivamente menos verde. Ya vas a poder volver a casa.

Su sonrisa es demasiado grande y no sé si es porque quiere que Shelly pueda verla desde donde está parada o si es porque está compensando lo pequeño que se siente cuando piensa en volver a ese lugar. No sé si me importa. En ambos casos el gesto me estruja lo suficiente el corazón como para que me obligue a dar un paso hacia atrás. Más distancia. Necesito más distancia si no quiero terminar en una pecera intentando respirar dióxido de carbono.

—Ver a Tino —agrego. Y tal y como lo esperaba, su sonrisa vuelve a ser normal.

Nunca pasó más de dos días sin ver a Tino. La felicidad de reencontrarlo es tan real en sus ojos que me pregunto si se da cuenta de que la forma que tiene de querer a su hermanito no es muy diferente de la forma en la que su padre debería quererlo a él. Pero si hay algo de lo que no estoy capacitada para hablar es de familias, así que cierro la boca.

—Sí, ayer me llamó para decirme que en clase contó lo que le dijiste sobre los dinosaurios y le pusieron una estrellita. Me pidió que te lo cuente.

Mi corazón se encoge al pensar en Tino hablándole de mí a Paul.

Cuando lo encontré esa tarde en el parque mi corazón volvió a latir. Parecía tan pequeño, tan perdido, y había tantas lágrimas en sus ojos que si Paul las hubiera visto hubiera prendido fuego el mundo para que nada ni nadie pudiera volver a hacerle daño.

—Dile que cuando quiera más datos curiosos de dinosaurios puede llamarme.

Me arrepiento de decirlo en cuanto sus cejas se alzan.

¿En serio? Me preguntan.

Y yo miro al frente, donde todos están saltando, yendo y viniendo y riendo y no los preocupa ni un poco que sus labios los traicionen y hagan promesas implícitas que no van a cumplir.

Porque Tino no puede llamarme cuando quiera. Eso implicaría que Paul puede hacerlo y él puso la regla de no hacer llamadas. Que cumplimos. Porque cumplimos con las reglas. A veces las rompemos sólo un poco. Pero luego dejamos de romperlas y siguen allí, así que no hay de qué preocuparse. Tino no puede llamarme cuando quiera también porque esto que está sucediendo entre Paul y yo se terminará en tres revolcones, cuatro como mucho. El problema está siendo que no vamos ni uno. Y empiezo a desesperarme porque cada vez que lo veo mi cuerpo tiene más ganas de acercarse a él, pero también porque mi cerebro empieza a recordarlo más seguido. Es lo normal, es lo que pasa cuando te privan de algo. Cuando lo haya tenido todo su encanto va a desaparecer y voy a ir corriendo en busca de una nueva distracción para pasar la mayor cantidad de tiempo lejos de la casa que mi madre ha inundado con su llanto y la culpa que he escondido bajo los pisos de madera e insiste en llamar mi nombre.

—Se lo diré.

No lo hagas.

No lo digo, sé que no va a hacerlo.

Creo.

Espero.

Si lo hiciera sería un idiota.

Estaría rompiendo las reglas.

Nada de implicados.

Aunque supongo que implicamos a Tino en esto cuando ayudé a Paul a buscarlo.

Y a su madre, cuando la llamé por teléfono para decirle que todo estaba bien.

No lo sé.

A partir de ahora, no habrá más implicados. Nueva regla.

—Ey, ey, no rasques eso. —Su mano busca la mía y la aleja del tatuaje sobre mi codo—. Que todavía está sensible la piel. —No me había dado cuenta de lo que estaba haciendo, pero ahora todo el cuerpo me pide que lo arañe porque su tacto hace que la piel me quede como un suéter de lana nueva, demasiado chico, lleno de pinches invisibles. Tarda un segundo de más en dejarme ir. O yo tardo un segundo de más en dejarlo ir. Incluso así, cuando su mano deja la mía, se siente como si no hubiera sido tiempo suficiente. Quiero arrancarme la piel, olvidarme de su tacto, reiniciar la noche en la que lo conocí para nunca

devolverle la mirada y ahorrarme todo esto que me consume y me deleita todo a la vez—. Al final no me contaste qué significaba.

—Te dije que era la finca de veraneo de mi familia.

—Sé lo que es, no lo que significa.

Me molesta que tenga un punto.

Además ¿qué le importa?

Recuerdo haber estado en la camilla del estudio –su atención puesta completamente en su trabajo, sus palabras bajas como si hablar demasiado alto pudiera arruinar su arte– como si hubiera sido esta misma mañana, y a la vez podrían haber pasado años. El Paul frente al que me senté ese día me hacía estar tan en alerta que cada inhalación se quedaba corta, mi cuerpo entrando en corto con la caricia de su colonia. Este Paul aún tiene mucho de esa otra versión de él, pero hasta ahora no me había dado cuenta de que entre toda la incertidumbre se convirtió también en terreno seguro. Terreno conocido. Paul es simple, Paul no espera nada de mí, Paul es honesto y divertido y borra cualquier preocupación real de mi cabeza. Paul es mensajes de buenos días, de buenas noches y planes que se arman sin pensar. No tengo que estar pensando dos veces antes de actuar con él, no tengo que pretender ser nada.

Incluso hace unos días, en el restaurante, cuando apareció Jay, pensé en disimular, en sacar de algún lugar de mí una sonrisa para ese chico, pero, ¿para qué? Si frente a mí estaba Paul, que se quedaría porque no buscaba dulzura en mí. Cada vez estoy más segura de que lo que busca es honestidad, y esa es la única versión de mí que tengo energías para ser estos días.

Es esa honestidad la que habla por mí, la que responde a la pregunta de Paul.

—Teníamos una finca, se prendió fuego. —Me encojo de hombros, el peso de mis palabras, tan pocas pero tan cargadas, por poco me lleva al piso por el esfuerzo—. Las cosas cambiaron después de eso. —El barco que navego día y noche se tambalea por la fuerza que requiere decirlas, así, bajito, mirando al horizonte y evitando cualquier mirada en la que pueda ver mi reflejo.

—¿Qué cosas?

Y cuando lo pregunta, sólo entonces me doy cuenta de que no tengo idea de por dónde empezar.

¿Cómo explicarlo? ¿Cómo poner en palabras la grieta que se abrió y se llevó mi mundo? ¿Cómo contar esta historia que ni siquiera entiendo del todo? ¿Cómo transmitir la sensación de que las cenizas se metieron en todos lados y lo tiñeron todo de gris? ¿Cómo hablar de la parte que jugué en la caída de las torres que sostenían todo lo que conocí? Y por qué. Por qué es otra buena pregunta. ¿Por

qué hablaría de esto con él? ¿Por qué aquí? ¿Por qué su mano, rozando la mía tan levemente que de lejos nadie podría notarlo, se siente como un colchón seguro en el que dejar caer todas estas verdades? ¿Por qué permitiría que mi distracción supiera todo aquello que me carcome por dentro?

—Todas.

Todas las cosas cambiaron después del incendio.

Hasta los árboles que me habían visto crecer, la huerta en la que papá cultivaba tomates, donde aprendí a embarrarme y a treparme a todo, donde los viñedos hacían de laberintos, de castillos y de bosques encantados para *NinayAli-Mar*. Las ramas se torcieron, los tomates se chamuscaron, los viñedos se llenaron de fantasmas, *NinayAli-Mar* pasaron a ser Nina y Ali.

Paul se queda en silencio.

Yo me quedo en silencio.

Por un par de segundos el mundo aguarda.

Y su mano roza la mía otra vez.

Como si quisiera sostenerla, como si temiera que todo cambie.

Me alejo.

—¿Qué estás haciendo?

Sus ojos van de los míos a su mano, como si tuviera una mente propia y hubiera estado por matar a alguien.

—¿Consolándote?

—No necesito consuelo.

—Mar…

—¿Cuál es tu problema? Estábamos teniendo una conversación perfectamente normal.

¿Eso era lo que estaba sucediendo? Se había sentido como desenterrar muertos en medio de la noche; totalmente incorrecto, el miedo paralizante y excitante en partes iguales. Al menos hasta que su mano se sintió como si quisiera envolverse en torno a la mía. En frente de todas estas personas que nos conocen, que no están ni deberían estar involucradas en… en… en esto.

La voracidad de mi tono dispara sus alarmas y activa una especie de protocolo de emergencias. Sus ojos se cierran; no en el sentido literal, con párpados que los ocultan, pero de esa forma que tienen de cerrarse las puertas de vidrio, que te hace sentir adentro y afuera todo a la vez, tu reflejo desconcertado devolviéndote la mirada.

Paul se ríe.

Es falsa.

Mi corazón va más rápido.

¿Cómo lo sé?

No sé.

Sólo es así. Me doy cuenta en cuanto lo hace: esa sonrisa es falsa. Un muro entre cualquiera que pase y él, un muro que me detiene a mí más lejos de lo que nunca hemos estado en todo este tiempo. O al menos así se siente. Supongo que antes no habíamos estado cerca como para necesitar alejarnos. Ahora sí. Somos un híbrido extraño entre nada y todo, una muleta sobre la que apoyarnos hasta poder caminar, desechable a largo plazo pero vital en este instante. Paul se ríe y cuando lo hace me arranca la muleta de las manos y el mundo entero se tambalea frente a mí. Y luego habla; sus palabras una patada al estómago, me dejan tirada en el piso.

—Eres muy exagerada.

Es, de todo lo que alguien podría decirme, la peor de las opciones. La más cruel, la que más resuena con todo aquello que no quiero ser, con todo lo que vivo intentando mejorar, con todo lo que la voz de la cueva piensa de mí. Y sin embargo Paul la tira como si no valiera nada, directo a mi pecho. La estampa de sus botas grabada a fuego donde conectó con mi piel.

Y por un instante pienso en responderle, en decirle todo lo que pienso sobre esa frase, sobre el estigma que hay a su alrededor, sobre que si tanto le molestan mis sentimientos bien puede irse a la mierda. Pero eso sería darle la razón tal vez, sería convertirme en eso que no quiero ser porque la gente que habla desde el corazón es la que siente demasiado, la que se deja dominar por impulsos, la que llora todos los días en su cama por cosas que no tienen solución, la que *exagera*. Y yo no soy ninguna de esas cosas.

Me doy media vuelta y me voy.

Si no fuera una exagerada, cada paso que doy lejos de Paul me alejaría del malestar que me generó. Pero como lo soy, y por ello me odio, lo que consigo al alejarme es sentir que se me van cayendo los órganos por el corte que él ha abierto en mí.

Estoy yendo hacia Willa. Es lo único que sé. Es el único lugar en el mundo en el que quiero estar en este momento. Y pensar que por un instante, había pensado en Paul de esta forma, como un lugar al que recurrir cuando todo hacía demasiado ruido. Ya no más. Este es nuestro problema. Nuestro silencio nunca dura lo suficiente, siempre tiene algo de ruido, como estática, de fondo. Los mensajes que nos mandamos, todas las veces que nos vimos en las que ninguna de las cosas que nos prometimos se cumplió… Y momentos como este, en los

que el silencio estalla y se convierte en un montón de balas que nos atraviesan y explotan en el aire y hacen sangrar mis oídos. No vale la pena. Lo que sea que estamos haciendo sólo durará un par de revolcones, ¿no? Entonces, ¿cuál es el propósito de tolerar estos momentos? No deberían ni existir. No sé por qué existen. Esto debería haber sido fácil. Está ocupando demasiado lugar en mi cabeza, no puedo ignorar el ruido, está mal. Lo que estamos haciendo está mal porque las cosas que están bien son fáciles pero no de esta forma enmarañada. Pasar tiempo con Paul es sencillo, hablarle es sencillo, sus promesas son sencillas incluso cuando las rompe, sus sonrisas son sencillas, pero no hay nada de sencillo en alejarse, en respetar lo pautado. Es demasiado complicado, no está bien.

Ni siquiera me doy cuenta de que me ha seguido hasta que su mano toma mi muñeca.

—Mar, espera… —La envuelve e intenta voltearme hacia él, pero no se lo permito. Me zafo y sigo caminando. Leo, Ashford, Willa y Cameron hablan frente a nosotros sin percatarse aún de lo que está sucediendo a solo unos metros de ellos. Camino más rápido, pero si pensé que acercarme a ellos iba a librarme de la insistencia de Paul, me equivoqué. Corre para alcanzarme—. Mar, por amor a Dios, lo siento, escúchame un segu…

Entonces escucho el salto, el grito de advertencia, el gruñido de Paul, la maldición que suelta al aire. Esta vez Leo, Ashford, Willa y Cameron sí se dan vuelta a ver y sólo el shock en sus ojos me convence de voltearme. Eso, y la carcajada de Cameron, que corta la tensión pero no la disipa en absoluto.

Siento mi determinación irse por la borda en cuanto lo veo.

Paul en el piso, enredado con otro chico que parece habérselo llevado puesto. Hay una mueca de dolor absoluta en su rostro y un skate que quedó dado vuelta a pocos metros.

Shelly ya está a su lado, tocando su pierna como si pudiera darle un diagnóstico.

Para ser justos está estudiando enfermería.

Me importa una mierda.

Creo que lo que queda del barco en el que navega mi corazón se lleva puesto un montón de piedras, la sentina se inunda lentamente. Y la culpa lo va empapando todo.

Esta culpa a la que me paso poniendo freno, esta culpa de la que Paul era un escape, estalla en mi pecho cuando lo veo ahí tirado por haberme perseguido porque soy una necia y exagerada y no pude pararme a escucharlo ni por medio

segundo. Es agua sucia, la que se mete en mi barco, está llena de plásticos fundidos por el enojo y de petróleo rencoroso que mata todo lo que intenta respirar. Se va hundiendo de a poco. Tan de a poco que me desespero un poco más que si simplemente se lo tragara el agua, porque puedo hacer algo al respecto, para evitar el desastre, pero no sé qué.

No puedo acercarme a Paul, porque Shelly está allí y él no parece tener ojos para nadie más cuando se trata de ella, cuando son sus manos las que sostienen su rostro y le quitan los mechones sudados que se le pegotean en la frente.

No puedo llamar a una ambulancia a pesar de ver su tobillo inflamado porque mi cuerpo entero se ha paralizado.

No puedo correr porque no quiero que me miren como una sospechosa incluso cuando no fui yo quien lo atropelló. También porque no sé a dónde huiría.

No puedo decir nada para consolarlo porque no es algo que yo haría sin conocerlo y según todos aquí no lo conozco. No lo conozco. No es según todos aquí. Son solo hechos. No nos conocemos. Pero sí puedo ver en su rostro que está aguantándose la rabia que esto le genera, que se está riendo y sacándole importancia con Shelly a pesar de que hay algo rompiéndose en él, que empieza a desesperarlo cada mirada que le da a su tobillo solo para darse cuenta de que con cada segundo que pasa el dolor es peor y peor.

El mundo gira a mi alrededor, el barco de mi corazón termina de hundirse y, para cuando llega la ambulancia, todos sabemos que lo único que Paul va a recibir son malas noticias.

CAPÍTULO 25
Paul

Cameron se encarga de armar un bolso con todo lo que cree que puedo llegar a necesitar.

Y una parte de mí se alivia cuando se da cuenta de que no voy a volver a casa hoy, ni mañana, ni dentro de al menos catorce días. Me aferro a ese consuelo, al escape que este desastre me da de mi padre. No pienso en que van cuatro días desde que vi a Tino por última vez. No pienso en cómo se las están arreglando mis padres para buscarlo y traerlo de todas partes, porque ese era mi trabajo. No pienso en sus llamadas por teléfono, diciendo que me extraña, preguntándome cuándo voy a volver. Me pregunta por qué papá está triste. No tengo el corazón para decirle que papá está enojado, no triste. No le puedo decir que no quiere verme después de las amenazas que hice, ni que yo tampoco quiero verlo a él.

Tengo una lista de preocupaciones mucho más divertidas con las que ocupar mi cabeza que consta de: el favor que le debo a Leo por haber conseguido que Mar acceda a esto; lo muchísimo que duele este esguince de mierda; la mano de Shelly sosteniendo la mía todo el camino hasta el hospital… y el sorprendente agregado de una nota que Cameron metió en mi bolso con una caja de preservativos.

Por amor a dios, cuídate.

No tengo idea de cómo mi mejor amigo sabe lo de Mar. Tendré que preguntarle al respecto en cuanto pueda.

Me hace pensar que Leo también puede llegar a saberlo. Excepto porque es Leo y nunca se entera de nada y porque a fin de cuentas fue ella la que habló con Mar para que me permitiera quedarme en su casa estas dos semanas que vienen. Y no creo que fuera a organizar esto si pensara que Mar y yo estamos acostándonos. No que lo estemos haciendo. Aunque lo hicimos. Y planeábamos volverlo a hacer. No sé si ese plan sigue en pie.

No me ha dicho nada mientras estuve en el hospital. La culpa me carcomía por tener mis dedos entrelazados en los de Shelly y mi otra mano aferrada al celular esperando un mensaje la chica que hace no mucho nos arruinó. Pero no pude evitarlo. Mi cuerpo entero se dividía entre la necesidad de acercarme a Shelly, de mirarla, de alejarla, de no volverla a ver. Y cada vez que pienso en

huir de Shelly, Mar aparece en mi mente como un pasillo iluminado hacia un lugar que desconozco pero en el que me han prometido que todo esto duele menos. La cuestión es que Mar no mandó un solo mensaje. Tampoco me escribió cuando Leo me dijo que viviría en su casa hasta que pudiera volver a caminar y a usar la moto.

Catorce días conviviendo con Mar Aliena.

Mi cabeza no deja de darle vueltas a la idea.

Hubiera sido la solución perfecta –la casa de Ali quedando a la vuelta de mi trabajo, que está demasiado lejos de mi propia casa como para venir en bus todas las mañanas– una solución tan considerada que por poco no parece propia de Leo. Pero supongo que en la universidad ha crecido más de lo que me he dado cuenta, está arreglándoselas sola, está actuando como un adulto por primera vez en su vida y el orgullo y la nostalgia hacen cosas extrañas con mi estómago cuando pienso en ello. El alivio también se les une. Por primera vez desde la muerte del abuelo puedo depender de alguien, puedo respirar sin que el mundo se venga abajo.

Toco timbre en lo de Ali, todavía sintiendo que es muy probable que todo haya sido un malentendido y que en cuanto me vea aquí parado me cierre la puerta en la cara.

Lo vi en sus ojos. El momento en el que la llamé *exagerada*, palabra que elegí meticulosamente para alivianar el aire, para que pudiéramos volver a ser nosotros y no pensar en la forma instintiva en la que mi mano había buscado la suya cuando sintió que los recuerdos le dolían demasiado para contenerlos sola. En lugar de ayudar, disparé la primera bala y sus trincheras se llenaron de soldados armados hasta los dientes, dispuestos a morir por esconder lo que sea que guarda del otro lado de la frontera.

Y sonrío. Sonrío como si nada me importase y como si nada me doliera y como si mi mundo no se hubiera vuelto a venir abajo por perseguir a una chica —esta vez de forma literal— para arreglar las cosas, otra vez no funcionó. Sonrío como si no me hubiera llevado puesto un niño de quince años con demasiadas ganas de probar trucos nuevos cuando lo que debería haber estado haciendo era aprender a frenar. Si sus ojos llorosos no me hubieran recordado tanto a los de Tino, le hubiera arrancado la cabeza. Porque el muy idiota pensó que el tobillo que rompió era el problema, cuando el verdadero problema es el deporte que no voy a poder hacer porque apenas puedo moverme con muletas, el verdadero problema es no poder manejar, no poder ir a trabajar por mis propios medios, no poder hacer las compras para que mi hermanito siempre tenga

chocolatada para merendar.

La cosa ruge en mi pecho.

Desde el hospital se ha vuelto una bestia hecha de impotencia, alimentada por la duda y el miedo usa sus garras para atacar su jaula y mis costillas se retuercen y temblequean intentando contenerla. No sé cómo voy a hacer para salvarme de esto. No sé cómo voy a hacer nada en absoluto.

Me pregunto si papá también tiene *su cosa* —incontenible, irrefrenable, agotada pero aún así más fuerte que él mismo—, si tal vez se le escapó cuando me golpeó, o si tal vez es simplemente algo que quería hacer. Es difícil leer a una persona que está tan lejos de mí, las letras demasiado chicas se vuelven borrosas, sus emociones manchones de tinta que se fusionan en sus ojos. Creo que vi arrepentimiento en ellos, ¿o era miedo?

Mar aparece frente a mí.

Mi cerebro agotado tras haber dormido las noches anteriores en el sillón de Cam no registró el momento en el que abrió la puerta. Un momento había madera frente a mí y al siguiente el par de ojos más indiferentes del mundo estaban ahí, mirándome como si no me hubieran visto en su vida.

Pienso en Jay, en todos los chicos que recibieron esta mirada antes de mí.

Sonrío aún más.

Porque Ali puede pretender que todo le da igual, pero no ha cerrado la puerta, lo que en su idioma significa que me está dejando pasar. No una invitación, pero no un rechazo. Y puedo trabajar con ello. Siempre que hay una puerta, hay una forma de entrar.

—Gracias por esto.

Silencio.

—De verdad —insisto—, me estás salvando.

Otra vez.

Eso no lo digo.

Ella sigue en silencio.

Me da un poco de miedo sentir que ahora hay una nueva barrera entre nosotros.

Exagerada. ¿Por qué elegí esa palabra?

Sólo quería sostener su mano. No era para tanto, ¿no? O tal vez sí. Tal vez lo era porque ella puso límites y yo me cagué en todos ellos. Me olvidé de que existían, me olvidé de que éramos algo que no era nada pero a la vez existía. Pero ahora, después de haber avanzado tanto, ¿se puede volver atrás? ¿O la única solución es quedarnos por el camino? Porque seguir caminando en esa

dirección no parece ser una alternativa para ella.

Ni para mí.

No es que yo quiera sostener su mano.

Fue un impulso, algo natural que pasa cuando dos personas se ven tanto como nosotros nos vimos en las últimas semanas. Tenemos una conexión, una necesidad que nos une. Eso hace que uno pueda equivocarse. Yo me equivoqué, no veo a Mar de esa manera.

Da un paso hacia atrás, abriendo la puerta para que pase.

—Vas a tener que hacerme un último favorcito antes… —digo, apuntando con la mirada hacia atrás, donde, a mi lado, Ashford y Leo dejaron mis valijas. No pudieron quedarse a esperar conmigo, porque se les estaba haciendo demasiado tarde. Les agradecí que me hubieran alcanzado hasta aquí. El silencio de Ashford en el auto fue tan mudo como de costumbre, pero supongo que después de verlo tantas veces por casa me acostumbré a él. Además, Leo habla por los dos.

La visión de mis valijas tiradas en la calle como si nada tironea de los pelitos en mi nuca. Pero a mi alrededor no hay más que calma, el ruido del silencio y las calles tranquilas de un domingo a la noche. Muy diferente de los gritos y la música que inunda los callejones de mi barrio, las carcajadas que hacen eco desde recovecos escondidos hasta tus oídos. Aquí no hay olores fuertes, el mundo entero parece adormecido por colores pasteles y faroles que no permiten que la oscuridad se trague las esquinas. Me pregunto si permiten perros en barrios como este, o si la falta de ladridos es simplemente porque ni ellos se alarman viviendo en estos parques con el pasto cortado al ras y las flores sonriéndole al sol incluso en el pico invernal. Definitivamente prohibieron los robos y me gustaría preguntarles cómo lo consiguieron, porque a sólo una hora de aquí está mi casa y allí tengo miedo cuando mi hermana anda sola por la calle o mamá va a hacer las compras. A una hora de aquí vivimos una vida en la que una valija en la calle es una valija perdida y un chico con muletas es un blanco fácil.

Mar rueda los ojos.

Al menos es una respuesta. A su forma.

Da un paso hacia afuera y pasa por mi lado. Toma la maleta y, al voltear, su brazo roza el mío.

No puedo evitarlo; mi mano se dispara, la toma por encima del codo. Esta vez no hay nadie viéndonos, este contacto no rompe las reglas y, cuando me mira por sobre su hombro veo en ellos a la chica que se quedó hasta cualquier hora

conmigo en un auto hablando e intercambiando besos por mentiras.

—Lo siento. —No creo que le esté pidiendo perdón por haberla buscado, porque de eso no me arrepiento. Me arrepiento de haberla incomodado, de haberla llamado exagerada, de haber hecho que sus soldados me apunten para que ella vuelva a sentirse segura—. Por favor dime algo. No vamos a estar dos semanas en silencio, ¿no? —A sus ojos los rasguña la duda y veo que se lo plantea, veo el momento en el que casi se convence a sí misma de que prefiere convivir conmigo dos semanas en absoluto silencio antes que arriesgarse a que vuelva a intentar cuidar de ella.

Pero el rasguño se desvanece y apenas deja una pequeña cicatriz.

Exhala y niega con la cabeza.

—Catorce días es demasiado tiempo —responde. Y si bien es una frase que le quita importancia a todo, que no reconoce ni acepta la disculpa que he ofrecido, *la cosa* en mi pecho pasa de ser un grito incesante a un murmullo que sólo oigo cuando pongo el foco en él.

—Sí y…

No me deja terminar. Tengo que tragarme el chiste que tenía en la punta de la lengua.

—Y vamos a tener que poner nuevas reglas mientras estés aquí. —Sus palabras me caen pesadas, un golpe al hígado. Supongo que no voy a tener que esperar mucho tiempo para mi respuesta. ¿Vamos a quedarnos por el camino o retroceder? Avanzar no es una opción, el camino está bloqueado por sus miedos y mis certezas: no estamos hechos para más que el limbo en el que existimos en este instante.

—¿Vamos a enumerarlas?

—Gracioso. No, no son demasiadas.

—¿Las reglas anteriores entonces…?

—Definitivamente *siguen* en pie.

Por su mirada, lo que quiere decirme es que *vuelven a estar en pie*.

No es intencional, pero creo que mis ojos dejan ver lo mucho que no quiero eso, lo inseguro que estoy de poder respetar reglas como esas después de haberla besado en todos lados, de haberla escuchado hablar por horas, de haberle mostrado lo que soy y lo que no quiero ser de una forma en la que hacía años que no se las mostraba a nadie. Espero que ella no lo vea, que sea tan obstinada como sé que es y que se permita creer que *esta vez*, esta vez sí que vamos a respetar sus pautas.

—¿Y qué sumamos?

Mar levanta mis valijas del piso como si nada y un poco me impresiona. ¿Quién hubiera dicho que hacer yoga podía darte esa fuerza? No yo. Pero tampoco soy un experto en yoga. Entra a la casa y la sigo, apoyándome como un idiota en estas muletas, pero agradeciéndolas porque cuando llegamos a mi habitación asignada en la primera planta, Mar se da la vuelta y me mira de una forma que de no haber tenido apoyo extra me hubiera hecho flaquear las rodillas.

En este cuarto, mucho más grande que el mío pero hecho pequeñito por el tamaño de la cama inmensa que hay en el medio, me siento un poco claustrofóbico. O tal vez son los ojos de esta chica, demasiado… demasiado de todas las cosas que no pensé que serían. Me mira… vulnerable. Hay miedo en sus ojos.

No sé qué cambió entre la puerta y este instante, pero hay una honestidad cruda en su mirada que me recuerda el motivo por el que pasó a ser Mar y dejó de ser Ali para mí. Porque hay algo nuevo en ella que creo que pocos tienen el privilegio de haber visto. Me gusta pensar que ese algo es sólo mío, al igual que su nombre.

Pero supongo que lo que quiero pensar y lo que es, son cosas muy diferentes, porque Ali habla y me deja muy en claro que no hay una sola parte de ella que me pertenezca. Y está bien. No duele. No puedo esperar que me entregue nada cuando todo lo que yo soy está en manos de alguien más.

Debería decirle a Shelly que me estoy quedando aquí. Debería agradecerle por haber ido conmigo en la ambulancia, por haberse quedado a mi lado en el hospital. Debería preguntarle qué quiso decir cuando me dijo que siempre me esperaría, porque no se sintió como si estuviera hablando de la sala de espera.

Pero las palabras de Ali me hacen olvidar eso.

—Nada —dice, como si esa palabra lo resumiera. Alzo las cejas, esperando algo más—. Que no puede pasar nada entre nosotros mientras estés aquí, con mi mamá en casa… —Debe ver el pensamiento escrito en mi rostro, porque agrega —. Ni cuando no está. No debería haber pasado nada entre nosotros para empezar. Es mejor así.

Se hace silencio.

Estamos aguardando mi reacción. Los dos. Porque ni yo sé qué está por salir de mi boca. Porque sí, esperaba que pusiera algún tipo de distancia entre nosotros después de lo de la pista hoy pero no esperaba… no se me ocurrió que… ¿*No debería haber pasado nada entre nosotros para empezar?* ¿Qué carajos significa eso? Está diciéndome que pretende volver a cero después de todo lo que… no sé exáctamente qué estuvo pasando, pero fue *algo* y quedó

muchísimo de ese *algo* pendiente. ¿Y por esta estupidez quiere hacer como si…? ¿Y todo mientras estamos bajo el mismo techo?

Intento ponerlo en palabras, decirlo en voz alta, para entender de dónde viene esto que está diciendo.

—¿Aceptaste convivir dos semanas conmigo para tener una excusa… para no estar conmigo? —Sólo consigo que suene más ridículo.

—¿Qué? ¡No! *No* necesito ninguna excusa para nada. Además *nunca* estuvimos juntos.

—Shelly difiere. —Golpe bajo, traer a mi ex a colación. Pero la parte más perversa de mí, *la cosa*, está desesperada por hacerla reaccionar, porque no se da cuenta de todo lo que dice su rostro en este momento y no lo meta bajo tierra. Creo que estoy obsesionado con su forma de acentuar las palabras cuando la indignación la posee.

—¿Qué clase de comentario es *ese*? Acepté convivir dos semanas contigo porque te llevaron puesto por mi culpa y mi amiga me lo pidió y porque le debo una después de haber besado al chico que le gustaba cuando teníamos doce años. —Una parte de mí quiere reírse de ella por seguir endeudada por eso, la otra no quiere pensar en Ali besando a nadie. Mucho menos ahora que está empeñada en que yo no sea esa persona—. Además, ¿dónde más pensabas quedarte? Este fin de semana pudiste quedarte en lo de Cameron porque vino a visitar a sus madres, pero tiene que volver a Crawford mañana.

—Entonces, ¿aceptaste convivir conmigo porque te preocupas por mí? —Dejando caer una de las muletas al piso, la tomo por la cintura y la acerco a mi cuerpo—. No te tenía así de tierna, Princesa.

—Esto no va a volver a pasar.

Sin embargo no te estás alejando de mí. No lo digo en voz alta, no quiero que se aleje. Me gusta su calor, me gusta que entrecasa use esos pantalones hippones y esas musculosas que dejan tanta tanta tanta piel expuesta.

—¿Sí?

—Sí. —Y entonces sonríe como si fuera a cagarse en lo que acaba de decir, se acerca una fracción de milímetro, su aire y mi aire se mezclan y la temperatura del planeta entero se eleva diez grados sólo por el calor que emanan todos los puntos de nuestros cuerpos que ruegan ser tocados y sólo encuentran un vacío.

Acto seguido me empuja y caigo sobre la cama porque hacer equilibrio en un pie ya es difícil y si encima te desbalancean no hay mucho más que esperar. Es un baldazo de agua fría.

—Y cuando te lo digo —dice, mirándome desde arriba como si fuera la reina del mundo—, lo digo muy en serio. —Me dan ganas de matarla y de besarla; de matarla a besos y que su lengua no pueda hacer nada por estar demasiado ocupada con la mía.

Niego con la cabeza.

—No te creo.

—No me importa.

—Te preocupas por mí y aceptaste esto porque quieres demostrarte a ti misma que no te mueres de ganas de besarme y que todo está bajo control.

—¿Ahora eres *terapeuta*?

—No, pero hice muchos años de terapia. Te vendrían bien.

—¿Y diciendo cosas *así* esperas que tenga ganas de *besarte*?

—Dos palabras acentuadas en una sola oración. Debes estar muy frustrada en este momento. —Ali hace un gesto, como si fuera a hablar, pero la salvo de admitir que no tiene respuesta, agregando lo que ambos sabemos—. Y no espero nada. Lo sé. Te mueres de ganas de besarme. —Me echo hacia atrás en la cama, estirándome y ocultando lo mucho que me duele el pie al hacerlo. Veo sus ojos recorrerme de pies a cabeza, todo lo que sus palabras niegan, evidenciándose en ese simple gesto.

—Lo que quiero es que te levantes bien temprano mañana por la mañana para que te lleve a trabajar sin llegar tarde a cursar.

—Podría caminar.

Mira mi pie descalzo como si pudiera ver la piel amoratada a través de la venda.

—No podrías.

Tiene razón.

—Sólo acepta que quieres tener una excusa para verme por la mañana.

—Voy a ignorarte a partir de ahora y tú vas a escucharme con atención…

—Te encanto.

—... Nada de molestar a mi madre. —Ignoro el nudo que se forma en mi estómago cuando menciona a su madre. Es como la madre de cualquier otro amigo. No tengo por qué estar nervioso de conocerla, de que probablemente esté en la casa en este mismísimo instante. Aunque Mar y yo no seamos amigos y esté nervioso al punto de querer trepar por las paredes y girar hasta que el cerebro se me salga por los oídos—. Si necesitas algo, me hablas a mí…

—Más excusas para que te busque.

—...Y no menciones a mi padre.

Esto me descoloca.

Nuestras miradas toman un peso diferente en torno a esta nueva regla.

Y me pregunto si es porque de alguna forma, siempre estuvo ahí, implícita en la forma en la que le huye a la mención de su familia, en su rabia al hablar de mi padre, en esos días en los que nos vimos y parecía que sus emociones se le escapaban porque alguien las había revuelto con atizador recién sacado del fuego.

Sólo asiento.

—Cenamos en media hora —comenta—. Intenta no molestarme hasta entonces.

—¿Eso significa que no puedo besarte?

—Sí, Paul. Entre otras cosas.

—¿Tocarte?

—También.

—¿Mencionar besarte o tocarte?

—Preferentemente.

—¿Y qué hay de que tú me toques o me beses?

—No va a pasar.

—¿Puedo mencionarlo?

—No.

—¿Ni siquiera si lo hago muy bajito?

—No.

—Como para que me escuches sólo tú.

—No, Paul.

—¿Ni siquiera si quieres hacerlo?

—No quiero hacerlo.

—Estás pensando en hacerlo ahora mismo.

Se da la vuelta, y sé que es para esconder una sonrisa.

—¿Mar?

Su sonrisa se borra. No necesito verla para saberlo; lo veo escrito en el encuadre de sus hombros.

—Sí, Paul.

—Lo siento de verdad, ¿sabes?

—¿Lo de ser pesado?

—Lo de haberte llamado exagerada. No lo eres.

Me gustaría ver sus ojos, asegurarme de que sabe que lo digo en serio, que esto no es un chiste para mí.

Se va.
Cierra la puerta a sus espaldas.
Lo deja muy en claro: esta vez, no quiere que la siga.

PARTE II
Buscarse

CAPÍTULO 26
Paul

No puedo dejar de mirarla.

De mirar*las*.

Supongo que no tenía una idea en mi cabeza respecto a qué esperar de la madre de Ali, pero si hubiera tenido que adivinar… no hubiera sido Ivana. No hubiera sido nada de lo que estoy viendo en este instante.

Mar se mueve por la cocina poniendo la mesa con la cabeza gacha, como si quisiera esconderse de esta mujer. La escena es casi cómica. Ella, toda altura y presencia, haciéndose pequeñita frente a Ivana, que si bien es su madre, mide una cabeza menos que ella y es tan delgada que al abrazarla tuve miedo de romperla en un millón de pedacitos. Se viste parecido a Mar, con esos colgantes hechos de piedras que seguro tienen un millón de significados que desconozco, con anillos que brillan de todos los colores en sus dedos mientras revuelve una salsa que me hace agua la boca solo con olerla. Ivana tiene el pelo de mil tonos de gris diferentes y lo lleva en una trenza interminable de la que se escapan mil mechones, pero puedo ver que en algún momento fue del mismo color que el de Mar, que si Mar no se lo planchara tal vez sería igual de indomable.

Cuando se ríe y habla, Ivana parece joven, tan joven que por momentos dudo que realmente sea su madre. Pero luego, en los silencios, en las pausas que hace a mitad de una oración, en los instantes en los que parece estar por decir algo y se desvía con un giro en U y chirridos de ruedas que te revientan los oídos… ahí parece tan antigua como el tiempo mismo y esconde su mirada como si temiera revelar los secretos del universo. Un segundo parece rebosar de magia y al siguiente se la tragan las pesadillas. También hay momentos en medio de la conversación en los que Mar se niega a devolverle la mirada, en los que busca cualquier excusa con tal de no encararla, y me doy cuenta de que no hay forma de que esta mujer no sea su madre. Porque la mira como si la extrañara incluso teniéndola aquí y porque parece ver más allá de Mar, de su cuerpo, del recipiente en el que el destino ha empaquetado todo lo que es, de una forma en la que sólo una madre podría hacerlo.

Y también es difícil ignorar su maternidad porque todo en ella emana cariño de una forma en la que me gustaría que mi madre lo hiciera. Pregunta por todo,

insaciable cuando se trata de su hija, riéndose cuando la ve incómoda.

¿Por qué está incómoda?

Es algo que no puedo comprender, otra cosa de esas que ni siquiera esta mañana, cuando todo estaba bien, le hubiera podido preguntar. Porque Mar no habla de su familia.

No menciones a mi padre.

Excepto para hacer énfasis en el hecho de que no habla de su familia.

Y ahora tengo muchas menos posibilidades de obtener una respuesta. Y todo porque soy un idiota con un cuerpo que se mueve sin pensar y la busca sólo para espantarla.

—¿Y cómo está Leo? Hace mucho que no pasa por aquí —pregunta Ivana, arrancando mis ojos de Mar, meticulosa incluso en la simple tarea de doblar servilletas—. ¡Y tu hermanito! Ese sigue siendo chiquito, me imagino. Si la última vez que lo vi era una pulga.

Se ríe de su propio chiste y no puedo evitar unirme a ella. Me hace extrañar un poco a mamá. Incluso cuando mamá no tiene nada que ver con esta mujer.

—Bien, bien. Leo está tan metida en la facultad que ni en casa la vemos demasiado. Y Tino… bueno, Tino me preocupa un poco más. No quiero que pierda clases.

—¿Y por qué pasaría eso?

—Porque generalmente yo lo llevo a la escuela y lo busco. No sé cómo van a encargarse de eso ahora que no estoy. —Podría preguntarle a mamá, pero estos días he descubierto el cobarde que vive en mí y me aterra preguntarle porque si llega a decirme que no tienen forma de hacer que Tino vaya a la escuela sé que yo voy a tener que encargarme de solucionarlo y no quiero hacerlo. No quiero. Quiero ser un chico que está lesionado y su familia lo ayuda en lugar de traerle más problemas. Pero no hay familia aquí que pueda ocuparse de mí.

Mar, por el otro lado… ella sí está aquí para cuidarme. Y quiero saber por qué.

Por qué cerrarle las puertas a lo que éramos mientras me abre las puertas de su casa. Por qué tanta necesidad de controlarlo todo. Por qué su silencio en este instante me pesa tanto.

Ivana cuela las pastas, pero su mirada no se aparta de mí.

—No quieres que le pase lo mismo que a Leo, ¿no?

Esa percepción materna, como si por tener un hijo pudiera entender a todos los hijos del mundo. Me rio incómodo, porque tengo muchísimas ganas de que esta mujer que conozco hace diez minutos me abrace y eso no es algo que

debería querer.

Leo repitió último año de kinder y luego primero de secundaria, en ambas ocasiones el detonante fue tener demasiadas faltas. Y fueron esas repeticiones las que terminaron costándole la beca completa a la universidad. Allí a nadie le importa que hayas faltado porque el auto estaba roto y la escuela demasiado lejos como para que mis padres, que tenían que estar temprano trabajando, pudieran llevarla de otra forma. O que haya pasado un año entero engripada porque se vivía rompiendo la calefacción. Lo único que la Universidad de Crawford vio en su aplicación fue que Leo estaba aplicando a la universidad con diecinueve años, casi veinte, en lugar de diecisiete o dieciocho. Vieron esos años repetidos y su valor como ser humano decayó de inmediato. Los detesto un poco por eso. Porque Leo se merecía esa beca completa tanto como cualquier otro. ¿Qué podría haber hecho ella a los cinco y a los doce años? La excedían los problemas de la familia en la que le tocó nacer. Se jactan de sus becas por diversidad pero a la hora de realmente ver el mundo de alguien que no tiene los mismos privilegios que ellos, son ciegos.

Respiro.

Sonrío.

Empiezo a entender por qué Mar evita los ojos de su madre. Son un poco aterradores, parecen ver más que cualquier otro par de ojos que haya visto en mi vida, me vuelven de vidrio de una forma que se siente un poco demasiado para mí, que estoy lleno de signos de pregunta sin cerrar. Entiendo por qué la gente le cree cuando les lee las cartas, por qué la buscan, por qué hay consuelo en lo que hace. No tiene que ver con las cartas, tiene que ver con ella.

—No, supongo que…

—Puedo fijarme que Tino esté en la escuela estos días. Avisarte cómo está.

La voz de Mar me descoloca.

Cuando volteo a verla, su mirada se engancha con la mía por un instante, como si se tratara de un velcro nuevo, pero ella consigue arrancarlo con un tirón violento. Me deja pensando en cómo interpretar lo que sea que acabo de ver en ellos, esa cosa oscura que extendía su mano hacia mí como una invitación o un castigo, como una ofrenda o una exigencia. No llegué a leerlo. El problema de Mar es que siempre se para frente a mí mostrándome todo pero sin darme el tiempo a decodificarlo.

Ella se pone a reorganizar los cubiertos para que queden perfectos sobre la mesa a pesar de que ya están perfectos. Es una mesa que en mi casa se ve solo en navidad, pero que aquí parece cosa de todos los días.

—Gracias —digo. Busco sus ojos como un idiota, sabiendo que no voy a encontrarlos–. Eso me dejaría más tranquilo.

—¡La comida está lista! —interrumpe Ivana, pasándole un plato a Mar y dejando otro delante de mí y un tercero delante de ella.

Nadie se sienta en la punta. Mar se deja caer a mi lado y yo inmediatamente reacomodo mi silla para que quede un poco más cerca de ella. Son sólo unos milímetros y no hay reacción alguna por su parte, pero si algo he aprendido de Mar Aliena en este tiempo es que los detalles nunca le pasan desapercibidos.

—Dios, qué rico. —Se me hace agua la boca—. Amo las pastas caseras.

Ivana, frente a nosotros, sonríe y retoma la conversación anterior.

—Además, entiendo que Leo no hubiera conocido a Ali-Mar si no fuera por haber repetido ese año en secundaria, ¿no? —Mar se encoge ante el apodo. O ante el recordatorio de todos los puntos en los que nuestras vidas se entrelazan, no estoy seguro. Yo batallo el impulso de imitarla. No necesito recordatorios de que es más chica que mi hermanita. Pensarlo resulta… no. Simplemente no—. Y no estarías aquí ahora.

—Sí, no puedo agradecerles lo suficiente por haberme hospedado. —Aprovecho la oportunidad para pasar mi brazo sobre el respaldo de su silla. No alrededor de *ella* como tal, pero casi.

—No digas pavadas, esta casa… —Ahí está, es apenas perceptible, pero los ojos de Ivana se vuelven una película finísima que permite vislumbrar la oscuridad que lleva detrás de ellos—. Siempre hay lugar aquí. Para todo el mundo. Ya era hora de que Ali invitara gente.

Mi brazo rota apenas unos centímetros sobre el respaldo de su silla. No sé si es intencional o no, tal vez es otra de esas formas en las que mi cuerpo responde a su cercanía, como un adicto que quiere más y más y más. Pero cuando la toco siento los pelos de su cuerpo en punta. Se niega a mirarme. Incluso cuando mi pulgar empieza a dibujar círculos sobre la piel expuesta de su hombro. El gesto queda oculto para Ivana, y me siento un chiquilín otra vez, como cuando Shelly y yo nos besábamos a escondidas en los rincones de su casa porque sus padres nos habían prohibido estar solos en la habitación. Fue una regla que duró poco, pero que significó mi peor pesadilla cada segundo de su existencia.

Ahora, con Mar aquí pretendiendo que nada pasa y su madre diciendo que para el postre deberíamos probar los chocolates que traje en agradecimiento, me siento a mil años de distancia de ese chico inocente y a la vez, igual de inexperto, igual de torpe.

No tengo idea de cómo ganar a una chica. Con Shelly… con ella las cosas

simplemente se dieron. Cayeron naturalmente de la forma en la que las plantas echan raíces y crecen y buscan el sol. Era lo inevitable, lo que todos sabíamos que sucedería. Estar con Shelly fue como dejarse flotar en un lago calmo, una cascada lejana generando ondas ínfimas en la superficie, guiándonos hacia el otro. Estar con Mar, o intentar estarlo, es más bien como tratar de atravesar la rompiente, con las olas tirándote una y otra y otra vez al piso, tus pulmones ardiendo llenos de sal.

Mar me da un codazo disimulado y sólo entonces regreso a este plano, a todas las cosas que no son Mar y que me rodean y que son parte de este mundo.

—¿Paul? —pregunta Ivana, y yo no tengo ni la más pálida idea de a qué se refiere ni de por qué me mira como si esperase algo de mí.

—Lo siento —sonrío mi sonrisa para clientes, esa que es cálida y calma nervios, esa que es simple y acalla las dudas—, me distraje. ¿Qué me decías?

Ivana mira a Mar por una fracción de segundo, es una mirada que a mí no me dice nada y me paraliza quedarme afuera de esa conversación subyacente que intercambian frente a mí. ¿Es sobre mí? ¿Ya me odia por ser un maleducado que se queda tildado mirando a su hija en lugar de escucharla? ¿Sabe? Claramente no sabe sobre Mar y yo. Mar no lo permitiría. Va contra sus reglas.

Sin embargo aquí estoy.

Con mi mano trazando círculos sobre su piel, no sé si para tranquilizarla a ella o a mí, con su respiración demasiado controlada para ser natural y su madre sentada justo frente a nosotros preguntándome por mi trabajo como si fuera un trabajo real y no la basura que mi padre cree que es.

Mar prácticamente no habla en toda la cena. Somos Ivana y yo y mi mano que traza círculos y círculos es la única evidencia de que ella sigue aquí. Insisto lo suficiente como para que me permitan secar los platos mientras Mar lava. Tampoco habla entonces. Ni siquiera me mira después de que Ivana vaya a acostarse, alegando estar demasiado cansada. Cuando lo hace otra vez creo ver su edad en sus ojos, pero sonríe y besa la cabeza de Ali y la mía antes de subir las escaleras.

Nos deja solos y por una vez, yo tampoco digo nada.

Dejo que ella friegue y yo seco, sentado en una silla a su lado.

Lo repetitivo del acto me adormece.

Somos una máquina aceitada y nuestro silencio por una vez no está cargado de cosas por decir. Sí tiene su peso, su espesura incluso es algo tangible. Pero no tiene que ver conmigo, tiene que ver con algo en esta casa, en esta cena, que ha descolocado a Mar y me da miedo preguntar qué fue por si al hacerlo rompo el

huevo y sale de él otra pelea que no tengo la energía para enfrentar.

Mar enjuaga el último tenedor y me lo pasa antes de salir de la cocina.

Y el cobarde en mí se ve aplastado por el dolor en mi pecho cuando veo cómo le tiemblan las manos, cómo trata de esconderlas de mí.

¿Qué…?

Intento ponerme de pie e ir tras ella, pero las muletas, el dolor y el cansancio me vuelven torpe y lento. Cuando llego al pie de las escaleras escucho que se cierra la puerta de su habitación y maldigo.

¿La sigo? Claramente quiere estar sola. Si no quisiera estar sola me lo hubiera dicho. O me lo hubiera hecho saber. Además, ¿no fue justo por esto que se fue todo a la mierda? ¿Porque no pude entender los límites que ella necesitaba que respetara?

Esa última pregunta me queda atascada en la cabeza, da vueltas sobre sí misma mientras camino hacia la habitación de invitados, me preparo para dormir, me lavo los dientes y me acuesto.

Cierro los ojos y finjo dormir a ver si con eso puedo quedarme dormido pero la pregunta sigue ahí. Gira, gira, gira. *La cosa* dándole rosca como si se tratara de una cajita musical. La imagen de sus manos temblorosas a los lados de su cuerpo…

Me pongo de pie.

No me molesto en ponerme la bota ortopédica. Solo será un segundo, sólo unos metros. Con una muleta abajo de cada brazo salgo de la habitación y maniobro escaleras arriba. No puedo pensar en por qué lo hago, ni en las mil y una excelentes razones para no hacerlo que tengo. Sólo pienso en llegar a ella y sostener esas manos entre las mías hasta que dejen de temblar.

CAPÍTULO 27
Mar

El vapor me ayuda a calmarme.

Sigo viendo las versiones de mamá superpuestas en mi mente.

La mujer que se sentó hoy a cenar con nosotros y la mujer que llora por las noches lágrimas suficientes como para inundar Atlantis por segunda vez.

Me da miedo salir del baño. Incluso cuando ya permití que el agua corriera hirviendo sobre mi cuerpo hasta llenarme la piel de manchas enrojecidas, incluso cuando la he apagado hace un rato porque empezó a salir tan fría que no pude soportarla, sigo aquí. Hago todo con la mayor lentitud posible. Crema corporal, rutina de *skincare* completa, me peino, trenzo mi pelo, decido que me veo demasiado como mamá y vuelvo a soltarlo. Paso el secador de pelo con cuidado, mechón por mechón, alisándolos con paciencia, concentrada en la tarea y sin pensar ni un poco ni un segundo en mamá.

Hago todo lo posible para evitar retirarme del único lugar de la casa al que su llanto no llega porque no quiero salir y escuchar sus sollozos a través de las paredes. Hoy todo se sintió tan… normal. Tan como antes. Lo único que faltaba era completar los asientos de la mesa, cambiar a Paul por Nina y bien podría haber sido un domingo cualquiera.

Quiero quedarme con esa sensación un rato más.

Pero estoy cansada y quiero dormir y la cama está del otro lado de esta puerta.

Me gustaría poder hacerla entrar en la ducha, refugiarme aquí un par de semanas, ignorar al mundo entero, ignorar cada lágrima que se derrama y se derramó en esta casa.

Ordeno el baño entero antes de salir. Nunca ordeno el baño, pero es tan buena excusa como cualquier otra para retrasar lo inevitable.

Y tal vez me hubiera convenido quedarme.

Si me estuviera haciendo un electrocardiograma ahora mismo, un médico me hubiera diagnosticado con arritmias.

Sin remera.

Paul. Es Paul. Sin remera. En mi cama.

Pero lo primero que registro no es quién es.

Solo es el concepto *sin remera* porque *por amor a todos los santos no hay un solo rincón de él que no esté bañado en tinta*. Los tatuajes se sumergen bajo la cinturilla de sus pantalones de pijama de una forma que me da envidia y curiosidad en partes iguales y me marea por un instante la intensidad de todas las reacciones que mi cuerpo está teniendo en este momento.

Está recostado contra el cabecero, con uno de mis libros de la universidad en las manos, leyéndolo como si no pudiera verme, parada nada más en toalla, con la boca abierta de par en par frente a él.

Y lo odio. Lo odio porque incluso su indiferencia es atractiva, porque hizo reír a mamá de una forma en la que no la veía reír hacía tanto que me había olvidado de cómo se arrugaba su rostro cuando lo hacía. Lo odio porque me empuja y me busca y quiere darme la mano y me alejo y me sigue y luego se va en una ambulancia con su ex y yo igual acepto que se quede en mi casa dos semanas porque soy idiota cuando está cerca porque lo odio y lo odio y lo odio y lo odio.

–¿Qué demonios estás haciendo aquí? –susurro-grito. No escucho el llanto de mamá pero no sé si es porque no está allí o porque el ruido de mi corazón galopando en mis oídos ha matado todas las sutilezas del mundo. Todos los ruidos del mundo son demasiado altos y demasiado bajos a la vez, intento mirarlo a los ojos pero no puedo porque sus tatuajes tienen un montón de cosas que decirme y no puedo apartar la vista de ellos.

Paul ignora por completo mi pregunta. Pasa de página con el ceño fruncido.

—¿Entiendes algo de todo esto? Los gráficos están como en japonés.

—Es biología molecular. Si no estuviera en japonés no estaría sufriendo tanto… —Sacudo la cabeza, sin entender por qué demonios le estoy respondiendo—. ¿Qué estás haciendo?

—Intento leer esto, pero creo que necesito más que un diploma de secundario para entenderlo.

—O puedes intentar sostener el libro derecho —sugiero, en cuanto me doy cuenta de que la portada está dada vuelta.

Paul se pone rojo.

El color le sube por el cuello, tiñendo los parches de piel expuesta entre tatuajes, las líneas más finas entre ellos, acariciando las alas de la mariposa en su tráquea, hasta su rostro. Al fin me mira. Sus ojos no se desvían ni por un instante a la toalla. Se clavan en los míos y mi corazón arrítmico da otra voltereta, se enreda con las venas que lo rodean y se cae por un precipicio hacia el fin del mundo.

—Sí, también puede ser eso —dice.

—Vete.

—No.

Suelto un bufido que es la antítesis de la delicadeza.

—¿Cómo carajos subiste hasta aquí para empezar? —Empieza a preocuparme la idea de que haya subido las escaleras sin muletas a pesar de que el médico le indicó expresamente que es la única forma en la que puede permitirse moverse. Según Leo, al menos.

Respiro en cuanto las veo en el piso, del otro lado de la cama.

Mi cama.

Arrugada.

Porque él se ha movido sobre ella.

¿Quedará algo de su olor cuando se vaya?

—Con mucha paciencia. Te tomas tu tiempo en la ducha.

Normalmente no. Suele darme cargo de conciencia. Me baño tan rápido como puedo. Sé que no es un recurso para tirar al techo, pero a veces, sólo a veces, necesito ese calor.

—Paul, te lo pido por última vez…

—Quería saber si estabas bien.

Su sincericidio por poco nos mata a ambos.

¿Cuál es su problema? ¿Por qué no puede ser confuso y dar vueltas y mentir como cualquier otro chico de veinticuatro años que sólo busca sexo? ¿Por qué tenía que tocarme a mí su honestidad y sus ojos suavizados que se preocupan como si hubiera algo por lo que preocuparse cuando lo único que quiero es pretender que no lo hay?

—Estoy perfecta. ¿Te vas?

Me ignora. También es muy bueno para eso. Demasiado.

—¿Estás segura de que no te molesta que me quede? Porque si es un problema, de verdad puedo arreglármelas por otro lado.

Ahí están, las mentiras. Pero qué injusto que no pueda reprochárselas porque me las dice cuando sabe que no va a beneficiarse en absoluto de que me las crea. El problema es que no le creo, que no puedo no permitirle quedarse porque no tiene más opciones. Y me duele que no las tenga. Odio que no las tenga. No me importaría nada de esto si no se hubiera lastimado yendo tras de mí, como un idiota, sin mirar a los costados, interponiéndose en el camino de una patineta descontrolada. Pero así fue como se dieron las cosas y en parte es mi culpa y en parte Leo dijo todas esas cosas que no puedo sacarme de la cabeza.

—Que se quede con Cam —dije cuando me llamó para pedirme el favor.

—Es que no puede, Cam vive en el campus conmigo, ¿recuerdas? Sólo vuelve a casa de vez en cuando, los findes y no mucho más. Y el campus está aún más lejos del estudio.

—¿Qué hay de sus otros amigos?

—¿Los que viven en Europa?

Rodé los ojos, incluso sabiendo que no podría verme del otro lado de la línea.

—No, los otros.

—¿Su ex?

Ignoré abiertamente el escalofrío que me recorrió la espalda al pensar en Paul quedándose en lo de Shelly. Pero tendría sentido, ¿no? Según Leo, están destinados a estar juntos y todo este momento en el que pretenden no estar juntos no es más que un bache en el camino. Además, por la forma en la que se miraban cuando la ambulancia vino a llevarse a Paul, no puedo decir que no parezca verdad. No puedo pretender no ver lo que está justo frente a mí. Supongo que siempre estuvo allí, cada vez que están en el mismo lugar hay una tensión en el aire que hace que todo parezca un poco forzado, demasiadas cosas guardadas de ambos lados. Sin embargo, esta fue la primera vez que lo vi de verdad, la forma en la que Paul parecía incapaz de respirar hasta que ella estuvo a su lado.

—No, Leo. Sus otros amigos, no lo sé.

—No tiene más amigos.

No sé por qué cuando lo dijo me descolocó. No es como si yo tuviera cientos de amigos. Tengo a Leo y a Willa, que probablemente sea mi alma gemela, y tal vez en algún momento pueda incluir a Cameron en esa lista porque el tipo es demasiado gracioso y me gustaría ser su amiga. Pero Paul… no lo sé, tiene esa forma de moverse por el mundo que hace que todo parezca sencillo. Que te hace creer que tiene todo resuelto, que la vida es un camino lleno de rosas.

No tiene más amigos.

—Siempre tuvo a Shelly. Y ahora que no están juntos no tiene a nadie. —Y lo sabía, incluso antes de que ella me lo dijera, Paul me había hablado de esta soledad, esta incapacidad de vincularse con quienes más ama porque también son personas que le pertenecen a ella. Pero él no lo puso de esta forma. Él no lo hizo sentir como algo que le duele, lo llenó de vendas y adornos y cascabeles para distraerme del sangrado—. No le digas que te comenté esto. Sé que no es tu persona favorita en el mundo pero en serio me darías una mano enorme con esto.

El otro día discutió con papá y no ha vuelto a casa desde entonces. No creo que quiera volver y nadie en casa necesita más problemas de los que ya hay.

Se hizo silencio entre nosotras en ese momento. Y es que no puedo decirle que no cuando me lo pide así. Porque tiene razón, porque en teoría no me cuesta nada porque mi casa es enorme y salvo por mis fantasmas nadie usa las habitaciones vacías. Y mamá nunca tendría un problema con esto, entonces, ¿por qué yo habría de tenerlo?

Sólo un favor de una amiga a otra.

—No — respondo a Paul—, no es un problema.

Y detesto mirarlo a los ojos pero no puedo evitar hacerlo porque quiero que me crea.

Nunca pensé que *pena* era una emoción que asociaría al chico de tinta. Deseo, rabia, empatía… pero no pena. Y me desconcierta que esté aquí, ocupando todo este lugar dentro mío. Desde esa conversación con Leo se me parte el corazón cada vez que lo miro pensando en ese chico que creció toda la vida de la mano de alguien que hoy ya no lo acompaña y me pregunto qué le hace eso a una persona. ¿Cómo amas de esa forma, desde esa edad tan joven y sigues de largo cuando ese amor te abandona? Porque ella lo abandonó a él. Sí, él la engañó conmigo pero se arrepintió, ¿no es así? Fue a pedirle perdón y fue ella la que cerró la puerta en sus narices. Si no fuera por eso, por ella, ni siquiera estaríamos en esta situación. Y no sé cómo me hace sentir eso.

No sé cómo me hace sentir nada de esto.

Pero sí sé que cuando lo miro y me mira así de vuelta no hay lugar dentro mío para la pena ni la rabia ni la culpa ni la envidia. Me convierto en un frasco vacío en el que permito que deposite y se lleve todo lo que quiera de mí. Es demasiado fácil dejarse llevar por la fuerza de su corriente. Incluso si me aleja de todo lo que sí soy, de todo lo que sí quiero, de todo lo que he trabajado por tener todos estos años.

Pero no es él. No es algo que pase sólo con Paul.

Es cualquier hombre que entre de esta forma a mi vida.

Por eso duran poco.

Por eso se van o los hecho.

Porque si los dejas quedarse ganan demasiado poder.

Y por eso Paul ya no es parte de esos hombres, por eso no va a pasar nada más entre nosotros. Seremos perfectamente civiles, perfectamente amistosos, incluso menos que eso. Porque no puede vivir en mi casa, en mi cabeza y en la sensación que conjuro cuando las noches son muy largas y todavía no hay un

reemplazo con el que pasar el rato.

—Lo que sí va a ser un problema es que sigas aquí. —Señalo a mi habitación.

—¿Por qué susurras?

—Porque mamá duerme.

O peor, porque está despierta y podría escucharnos, porque si dejo de hablar tengo miedo de que la escuches. Cuando acepté que se quedara no pensé en eso. Estaba ocupada pensando en mí misma, como siempre, y luego… luego todo avanzó demasiado rápido como para echarme atrás.

—Tu madre no va a despertarse por esto. Además, no estamos haciendo nada.

—No, pero estás sin remera en mi habitación.

—Hay al menos dos metros entre nosotros.

—Es *lo mismo.*

Y no sé cómo lo hace pero en un segundo se sienta al borde de la cama y estira su brazo entre el espacio que nos separa, tirando de mí de una forma tan inesperada que no llego a hacer nada para evitarlo. Quedo parada entre sus piernas y mi primer instinto es preguntarle cómo está su pie pero lo callo porque no me importa. No me importa ni un poco. Además, mi segundo instinto es muchísimo más fuerte y derriba al primero como el lobo feroz tira abajo la casa del primer chanchito. Quedamos solo él, yo y esta necesidad mía tan pero tan débil de tirar de su pelo como sé que le gusta que haga cuando lo beso.

—¿Es lo mismo? —pregunta.

—¿Qué?

—Sólo pregunto, que si es lo mismo estar a dos metros de distancia que estar como estamos ahora. ¿Crees que a Ivana le daría igual?

Y que lo diga con mis pechos a la altura de su rostro —tan fáciles de exponer porque sólo un tirón a la tela que me envuelve la haría terminar en mis pies— pero mirándome a los ojos como si fuera lo único que le importa, hace que se sienta como si estuviera mil veces más cerca, casi como si estuviera dentro de mí.

—No, pero…

—¿Entonces me mentiste?

—No te *mentí,* sólo digo que…

—¿Y si hiciera esto? —Me silencia por completo cuando sus manos se posan detrás de mis muslos apenas un centímetro más hacia adelante, mis rodillas chocan contra el colchón, su mentón cuando vuelve a hablar, acaricia la toalla,

mis pezones piden alivio a gritos frente a esa sonrisa—. ¿Eso también da igual?

—No. —Sus manos queman sobre mi piel, sus dedos extendidos como si quisieran abarcar toda la superficie disponible de mi cuerpo. Quiero decir algo más pero no sé qué porque el vapor que sigue saliendo de la puerta del baño parece haberse metido entre mis neuronas y las ideas se me estancan—. Paul…

—¿Sí, Mar? —Mira hacia arriba, y yo desde donde estoy sólo tendría que inclinarme unos centímetros para que mis labios encuentren los suyos y esta toalla esté de más. Sus ojos se desvían a mis labios, como desafiándome a hacerlo y yo juro que hay una parte de mí que va a morirse si no cedo.

Pero también prefiero que se muera, por lo que doy un paso hacia atrás.

—Vete. —El rugido en mi pecho podría ser de la decepción, de la bronca, de la bestia insaciable que se ha alojado en mi estómago y que vive llamando a Paul —. Ahora.

Y sonríe, satisfecho como el cretino que es porque mi respiración está desregulada y mi determinación está a un paso de quebrarse bajo la presión de sus hoyuelos. *Nunca los he besado. Me gustaría besarlos, saber cómo se sienten bajo mis labios.* Se toma su tiempo pero agarra las muletas del lado de la cama y se pone de pie.

Al hacerlo vuelve a quedar cerca mío. Tan cerca que puedo olerlo y que esta vez soy yo la que tiene que mirar hacia arriba para verle los ojos y no distraerse con todos los tatuajes y las historias que se mueren por contarme. Y él me mira desde ahí, como en un puto pedestal, esperando a que retroceda.

No lo hago.

El sentido común me lo pide, mi conciencia me lo ruega, mi piel y mis músculos y todas las partes tangibles de las que estoy hecha rezan por ello porque este juego de tocarnos solo con los ojos está por prenderme fuego viva. Pero el orgullo es más fuerte que esas tres partes de mí juntas. No quiero seguir mostrándome débil.

Me quedo quieta.

—Vete —repito. Y me enoja no enojarme cuando sonríe. Es más, me dan ganas de devolverle el gesto.

—Estoy en eso, pasa que hay una chica muy muy cerca mío y es difícil moverse con muletas.

—Pudiste subir las escaleras. Puedes hacer esto.

—Quería subir las escaleras. No estoy muy seguro de querer irme. Me gusta esta habitación. Lindas plantas.

Estoy segurísima de que no sabe una mierda de plantas.

—Yo estoy bastante segura de que quieres irte. A la habitación de abajo, a tu casa, a llorar con tu ex, a donde quieras, pero no creo que tengas ganas de estar aquí en un par de segundos cuando te mande a la mierda.

Es inteligente, ignora las partes de mi discurso que hicieron que la vena en su cuello saltara. La mención de su casa y de Shelly.

—No puede ser peor que todas las otras veces que me mandaste a la mierda.

—Puede ser muchísimo peor porque ahora yo decido dónde y en qué condiciones duermes.

—Supongo que eso significa que no puedo dormir contigo…

—Vas entendiendo.

Antes de que pueda darle vuelta la cara por siquiera intentarlo, Paul deja un beso en mi mejilla. Un beso de verdad. Con los labios cálidos sobre mi piel, demasiado cerca de los labios como para ser un gesto de paz.

—Me alegro de que estés bien. Descansa, Mar.

Y tardo en entender de qué habla, en recordar que antes de que llegase aquí mi cuerpo se sentía al borde de una explosión, demasiado miedos e incertidumbres metidas dentro. Tardo en comprender cómo me siento ahora.

Y decido ponerle el nombre de frustración, porque ponerle nombre a las cosas las simplifica y porque hay demasiado dentro mío en este momento, pero por sobre todo tengo la sensación de sus manos en mis muslos grabada a fuego.

Definitivamente, frustración.

CAPÍTULO 28
Paul

Quiero que me lo pida de rodillas.

Quiero que haga muchísimas cosas de rodillas, pero me conformo con esto, al menos por ahora; con que me pida un beso. Y tengo que decir, que si bien lo quiero lo suficiente como para ser yo quien termine de rodillas, he crecido con dos hermanos menores y tengo una voluntad de hierro para pretender que nada me inmuta mientras me prendo fuego por dentro. ¿Cree que puede ganar en esto? Sólo vamos tres días conviviendo y puedo ver en cada mirada de refilón que se le escapa en mi dirección, que va a quebrarse mucho antes que yo. Puedo ver que cada vez que me acerco de más y le sonrío de lado sus ojos se desvían a todos los lugares indicados, a todos los lugares que tanto le gusta decir que no la afectan y que no desea tocar. Además, el proceso conlleva una adrenalina adictiva que me gusta casi tanto como la idea de sus labios sobre los míos. Yo puedo esperar, yo puedo jugar a este juego de acercarme y nunca tenerla del todo si con eso consigo que vea lo que yo veo; lo que yo sé.

Puedo aceptar que no *quiera* que lo que veníamos haciendo se prolongue mientras vivimos bajo el mismo techo, tal vez incluso puedo aceptar que no quiera que se prolongue y punto. Pero lo que no puedo es hacerme el idiota cuando me dice que no me desea, que no piensa en ese beso, en estar de rodillas y tenerme de rodillas, cuando me mira de la forma en la que lo hace. Toca un nervio sensible, hace un batido con mis órganos y lo tira sobre mi cabeza. Y el doctor Zaar me diría que es porque cuando lo hace me recuerda a Shelly diciéndome que entre ella y Porter no había más que amistad. Me recuerda a la forma en la que ella lo miraba a él. Y bien, sí fui yo quien la engañó, pero ella pensó en hacerlo mucho antes de que a mí se me ocurriera que era una posibilidad.

Pensar en los ojos de ella sobre Porter, en todas las “sesiones de estudio” que deben estar teniendo ahora que yo no estoy en medio, en todas las cosas que hacen que no tienen nada que ver con estudiar. No debería molestarme. No debería siquiera pensar en ello, pero hay un rincón de mi cabeza que vive pensando en ello y temo que se prenda fuego por sobrecalentamiento. Es la misma parte de mi cabeza que en el hospital con Shelly, mientras esperábamos

los resultados de mi radiografía, le preguntó por Porter.

—¿Lo sigues viendo?

Ella supo de quién hablaba. No hizo falta ni que dijera su nombre. Asintió.

—Sólo somos amigos —dice mirando al piso, muy diferente a Mar, que tiene la horrible capacidad de mentirme mirándome a los ojos, incluso cuando esos ojos son los culpables de hacerme saber que miente. A Shelly la conozco más, la conozco mejor que nadie, mejor que a mí mismo, casi me atrevería a decir que mejor que ella misma. Porque después de todo, Shelly nunca fue la mejor a la hora de preguntarse quién es. Siempre tuvo miedo de la verdad que lleva dentro. Yo no la tengo. Yo la veo con claridad, aunque no me mire a los ojos. Sea lo que sea que hace con Porter ahora, no tiene nada que ver con lo que hace con sus amigos.

Me encojo de hombros.

–Podrían no serlo. No me importa.

Supe enseguida lo mucho que le dolió escucharlo, supe que había algo de verdad en mis palabras, de la misma forma en la que había un montón de mentira en ellas. No me importó porque sabía que no estaba en mi derecho de que lo hiciera, pero me importó porque los labios de Shelly sólo habían sido míos hasta hacía poco.

Fui su primer beso y no ser su último, es una idea con cola de escorpión que me inyecta su veneno y me mata de a poco. Sólo dije lo que dije porque el veneno me excedía y se me escapaba por todos lados. Un poco, también, porque quiero que cada tanto se acuerde de lo que empezó, incluso si lo que yo hice lo terminó. Me odio un poco por ello.

Hoy en día me odio por demasiados motivos, supongo. Este simplemente es el más obvio de todos ellos.

—Lo sé —respondió—. A mí tampoco me importa.

—¿Qué cosa?

—Lo que sea que estés haciendo con otras chicas.

Pensé en Mar cuando lo dijo, en que por la forma en la que me miró en la pista cuando la llamé exagerada, era muy probable que no volviera a hacer nada con otra chica durante mucho, mucho tiempo.

—¿Entonces por qué lo mencionas?

—No lo sé, por el mismo motivo por el que tú mencionas a Porter.

Esta vez sí me miró.

Ojos de cervatillo, una bala con mi nombre grabado entre ellos. Me es fácil presumir lo mucho que la conozco, tiendo a olvidarme de que ella me conoce a

mí, de que sabe más de mis grietas que nadie en este mundo, que ha visto más de mis lágrimas y limpiado más de mis desastres que ninguna otra persona. Me ha sostenido cuando ni yo era capaz de comprender por qué me estaba derrumbando. Y aún así no fue suficiente.

¿Se puede ser suficiente?

¿Se puede querer a alguien sin hacerle daño?

Porque sé que amo a Shelly. No existe un rincón del universo ni un universo en los rincones del multiverso en el que podría no amarla. Pero le hago tanto daño y su amor me duele tanto que no tiene sentido querernos. Estoy cansado de batallar contra ella.

Incluso en la sala abandonada del hospital, matándonos con la mirada, su mano sostuvo la mía porque sabía que el odio dentro mío era generado por el miedo asqueroso que esta lesión me genera.

Me he roto incontables veces a lo largo de mi vida —y consecuentemente, de nuestra vida—; huesos partidos en dos, tendones distendidos, dedos dislocados. Es la consecuencia de necesitar los niveles de adrenalina que necesito para funcionar. No puedo evitarlo. Cada vez que esto sucedió, Shelly me acompañó, habló conmigo cuando no podía dormirme, me abrazó cuando *la cosa* se envolvió en torno a mis costillas y las hizo trizas con todas sus preguntas. Lo hizo cuando teníamos cinco y me disloqué la clavícula, cuando a los nueve un perro callejero me quebró la pierna de una mordida, cuando jugando al fútbol me rompieron un dedo. Mis cicatrices arden en su piel, mi sangre se derrama y vacía sus venas. Siempre, siempre, siempre fue Shelly a mi lado cuidándome, trayéndome las notas de la escuela. Incluso ante un resfrío ella siempre sostuvo mi termómetro, trajo la comida a mi habitación, me besó sin temerle al contagio porque más terrible que todo lo que pudiera pasarle era mi desesperación cuando no podía usar mi cuerpo y recurrir a las distracciones que necesitaba cuando *la cosa* empezaba a aullar.

Como ahora.

Como ahora que la noche amenaza con traer un frío aún más frío que el que casi nos mata por la mañana cuando subimos al auto de Mar para hacer la cuadra que me separaba del estudio.

Como ahora que *la cosa* quema y si no la saco va a desgarrarme por dentro.

Habla en muchos idiomas a la vez, ninguno de ellos comprensibles para mi pobre cabeza que intenta comunicarse hace años en vano con este monstruo que llevo dentro y siempre termina ganando la batalla por el control sobre mi cuerpo. Lo único que entiendo entre el palabrerío es el nombre de Mar.

Mar, como un deseo.

Mar, como una maldición.

Mar, como una solución.

Mar, como todo lo que no es.

Mar, como todo lo que quiero que sea.

Mar, como todo lo que entiendo que implica.

Mar, como todos los misterios que la envuelven.

Y Papá. Su nombre también está ahí.

Javier, como un castigo.

Javier, como un dictador.

Javier, como un padre que no es.

Javier, como todas las veces en las que sí fue un padre.

Javier, como una esperanza que titila, estrella fugaz que se pierde en la distancia.

Javier, como un talle de zapato que me queda demasiado grande.

Javier, como una risa porque para él soy un chiste.

Tino.

Tino, como mi mundo entero, mi castigo, mi mayor amor, el ojo de mi tormenta, la tormenta de mi vida.

Tino, como un escalofrío que me destruye las vértebras cuando pienso en fallarle.

Tino, como un susurro que debo cuidar porque a veces solo a veces me gustaría que no me perteneciera, que no fuera la parte de mí que es más mía que ninguna otra.

Leo está ahí, cada tanto, entre la cacofonía de disonancias que araña la partitura escrita sobre mis nervios como si se tratasen de renglones.

Leo, como un llamado a gritos para que vuelva a ser ella misma, para que se ría como antes, para que me diga qué le pasa.

Leo, como rogando que me perdone porque le he fallado y no sé cómo arreglarlo. No he podido estar para ella como para el resto. Me aleja, nos aleja. Es su forma de sobrevivir, incluso si a la larga es lo que la termina matando.

Leo, como una lágrima solitaria que se desliza por mi mejilla, sabe a sal y a orgullo cuando llega a mis labios.

Leo, como un disculpa quebrada por el peso de la impotencia que me da no haber sido excepcional como ella lo es, por no haber podido vivir una vida que me permita escapar de mis demonios.

Shelly.

Las formas en las que *la cosa* la evoca son tan horribles y tan hermosas que chocan entre ellas. Perderla es Hiroshima, buscarla Nagasaki; ambas lo destruyen todo a su paso, nadie gana, nadie pierde, el mundo se vuelve un poco más gris.

El abuelo. Ese es un nombre fácil de distinguir.

Dante, italiano como él, como los genes que corren por mis venas.

Dante, como polvo en el viento, que es todo lo que queda de él.

Dante, como latidos fuertes que se frenan de la nada y se llevan tu mundo entero con su silencio.

Dante, como una mano extendida para ayudarme a levantarme.

Dante, como una parte de mí que no voy a recuperar.

Dante, como un chisme de esos que tanto le gustaban.

Dante, como una historia con las hojas resecas por los años y las mejores aventuras escritas en ellas.

Dante, que suena a *abandono* incluso cuando no comparten ni la mitad de las letras.

Y sé que no debería, pero es eso o morirme acuchillado por mí mismo —cualquier cosa con tal de ponerle fin a esa picazón en mi nuca— así que termino en el jardín de Mar, donde hay una barra de la que puedo colgarme y un mat de yoga que probablemente sea suyo pero del que me apropio.

La lluvia me empapa, el frío me aguijonea la piel, las gotas son balazos gélidos contra mi piel. Y lo agradezco, porque me dan algo en lo que pensar que no tiene nada que ver con mi cabeza y todo que ver con mi cuerpo. Hago la misma rutina que solía hacer encerrado en mi habitación. Paso por abdominales, planchas y agrego ejercicios en la barra. Una y otra vez. Estoy tan perdido en el conteo que tardo en darme cuenta de que la puerta que da a la cocina se ha abierto y que Mar está allí.

En un segundo, da dos pasos y allí –bajo el umbral–, se convierte en aquí conmigo –a mi lado, empuñando mi remera y acercándome peligrosamente a su cuerpo–.

–Detente, loco *de mierda.* –Está furiosa. No recuerdo haberla visto así antes. Sus mejillas sonrojadas, el calor de la hoguera que lleva en la mirada lista para consumir el mundo entero–. ¡Está lloviendo a *cántaros*! Y tu tobillo, maldito enfermo, ¿es que no te importa nada? –A esta altura está acentuando absolutamente todas las palabras que salen de sus labios como si quisiera apuñalarme con ellas. Emana tanto calor que ni siquiera tiembla en medio de todo este pasto y este verde y esta catarata que cae sobre nosotros. Me sacude y

el peso en mi pie lesionado me corta la respiración–. ¿Ahora haces muecas de dolor? Qué conveniente. Agarra las putas muletas y entra a la casa ya mismo.

Y estoy tan en shock por la forma en la que se dirige a mí, por la forma en la que hacerla enojar de esta forma la hace pararse todavía más cerca de mí, que por poco la permito arrastrarme.

Pero cuando tira de mi camiseta, me fuerzo a quedarme donde estoy. Sigue sorprendiéndome la fuerza que tiene en ese cuerpo tan esbelto, porque realmente tengo que poner bastante de mí para conseguirlo.

Se vuelve a voltear en mi dirección. Su mano no suelta mi remera por nada del mundo y yo lo agradezco porque sus dedos contra mi pecho están helados y mi corazón empuja en su dirección en lugar de dejarse caer como normalmente lo hace en el momento en el que dejo de entrenar. Mar me da un tipo de adrenalina que es estupefaciente.

—Paul, entra a la casa. Ahora —dice.

—No puedo. —Necesito seguir. Que ella esté aquí sólo me inquieta más porque quiero que me pida por favor que la bese de una vez y no puedo ser el tipo de chico que ella quiere besar cuando estoy ocupado luchando contra todo lo que no quiero ser. Necesito que no me vea de esta forma. Necesito que se vaya —. Necesito despejarme.

—¿De qué? ¿No entiendes que puedes empeorar el estado de tu tobillo? Se supone que tiene que estar haciendo reposo absoluto hasta mañana al menos. No deberías ni haber ido a trabajar. Esto es una estupidez. Dime, por amor a dios, ¿de qué tenías que despejarte que era más importante que tu puta salud? ¡Si necesitas despejarte, haces un sudoku, una sopa de letras o ves Netflix, no te arriesgas a agarrarte hipotermia entrenando afuera en este clima!

Y sé que para ella eso es lo lógico, sé que no tiene por qué saber cómo funciona mi cabeza y por eso me tomo el tiempo de explicárselo, de intentar que entienda.

—¡No puedo parar de pensar! —No quiero gritarle, no estoy enojado con ella. Estoy muchísimas cosas, pero no enojado. Sólo quiero que me deje volver a lo que estaba haciendo porque *la cosa* está volviendo demasiado rápido. Vibra dentro mío y me hace temblar. De todas formas termino gritándole porque la tormenta empeora con cada segundo que pasa y los truenos retumban en el aire interrumpiendo mis palabras.

—¡¿Por qué?! —Realmente no lo entiende. No sé cómo funciona su cabeza y ella no sabe cómo funciona la mía. No es Shelly.

No es Shelly.

No es Shelly.

No es Shelly.

¿Cómo puedo esperar que lo sea? Desde el momento uno la elegí porque simbolizaba todo lo que Shelly nunca fue. Y ahora tengo que dar estos pasos extraños y nuevos que nunca di con nadie porque tengo que explicarle lo que soy, cómo soy. Nunca hice algo así. Crecí con mis amigos, con mi familia, estuvieron en mi vida incluso antes de que yo supiera qué clase de vida tenía o tendría. *La cosa* es tan parte de mí como mi piel, mi cabello, tatuar, andar en moto, mis ojos, hacer reír a Tino, estar para Shelly. Nunca tuve que ponerla en palabras para nadie. Incluso en terapia alguien más la puso en palabras *para mí*.

Pero cuando Mar me mira desesperada porque no me entiende, no puedo evitar querer borrar la preocupación que su ira intenta disimular. Quiero ayudarla a entender, quiero que sepa que esto es parte de lo que soy, de lo que permitió entrar en esta casa, en esta vida que cela y guarda del mundo exterior con tanta cautela.

La cosa, *Paul, es lo que tu cuerpo hace cuando se da cuenta de que algo aquí*, dijo el Doctor Zaar, tantos años atrás, apuntando a mi corazón, *no está bien.*

—A veces las cosas están mal —un rayo parte el cielo en dos y lo veo reflejado en sus ojos— y si no hago algo para dejar de pensar en ello siento que voy a explotar –el trueno llega entonces y hace que decir lo que estoy por decir se sienta un poco menos terrible, porque con una tormenta así el mundo parece estar invitándome a dejar que todo se vaya a la mierda—. Sólo… sólo necesito que pare… —No quise que sonara de esa forma, como si dentro mío llevara un cachorrito apaleado, como si mi voz no fuera mía si no del niño que alguna vez fui y que he *la cosa* ha colgado de la horca.

Pero creo que lo dije de la forma indicada, porque los ojos de Mar hacen algo que no los había visto hacer hasta ahora: sus ejes filosos, sus pestañas de patas de araña, todo pierde su filo, se suaviza. Baja sus lanzas, pone el seguro a sus pistolas, afloja el agarre de sus escudos. Y el verde en ellos en este clima parece embarrarse, se vuelve de un tono medio amarillento que me emboba y sus labios salpicados de agua de lluvia no ayudan en absoluto a mi coherencia.

—Si tomas las muletas, te pones la bota que el médico dijo que tenías que usar, y te vistes con algo que no esté empapado, prometo que te voy a llevar a un lugar que va a ayudarte con esto.

No quiero.

No quiero probar algo diferente. Sé que esto me hace bien, ¿por qué querría

irme y hacer otra cosa? ¿Por qué arriesgarme a lo nuevo cuando lo viejo siempre ha sido tan fiel a mis necesidades?

No quiero, no quiero, no quiero, no quiero.

El niño que alguna vez fui no debe estar tan muerto porque niega la cabeza dentro mío y patalea y hace el berrinche de su vida mientras debato esto que Ali me propone.

Entonces sus ojos, esta versión de ellos que es tan suave y que promete tantas cosas que ni siquiera sé por dónde empezar a confiar en ellos, encuentran los míos.

Y yo, que soy idiota y que el verde parece ser una nueva debilidad en mi lista, tomo la mano que aún se aferra a mi camiseta y dejo que me guíe rengueando hacia donde sea que quiera llevarme.

No sé qué esperaba.

El niño dentro mío esperaba dormir abrazado a ella.

El adulto… bueno, esperaba que la parte de ponerme ropa seca fuera opcional.

Ambas cosas ayudaron alguna vez a controlar *la cosa*. Aunque nunca en los últimos tiempos, cuando se convirtieron en una parte del problema y el nombre de Porter y otros mil reclamos se empezaron a colar en cada segundo que Shelly y yo pasábamos juntos.

Lo que sí que nunca vi venir fue esto.

Quince minutos de auto más tarde tengo ante mí una mesa con lo siguiente:

Doce botellas de vidrio.

Una computadora antigua que debe pesar más que Tino.

Platos, no sabría decir cuántos.

Un microondas también viejo. En cuanto lo veo me imagino que papá diría algo sobre que es posible arreglarlo. *La cosa* grita más alto ante ese comentario.

Entonces Ali me entrega un bate de béisbol, acomoda las gafas protectoras sobre mis ojos en un gesto muchísimo más dulce del que la creía capaz, y me hace un gesto invitándome a inaugurar esta sesión de… de lo que sea que es que estamos haciendo.

—Adelante. Dale con toda.

—No es exactamente el contexto en el que esperaba escucharte decir eso.

Ella rueda los ojos, pero sus hoyuelos asoman.

—Querías descargarte. Esta es la mejor forma que existe para hacerlo.

Y es que yo no puedo evitar quedarme mirándola porque con las gafas, ridículamente enormes sobre sus ojos, con el pelo todavía medio mojado de la lluvia y su propio bate entre manos, la entiendo todavía menos que antes.

—¿No? —pregunta—. Bien, arranco yo, entonces. Que no me viene nada mal un poco de descarga.

Acto seguido, levanta el bate, y lo revienta contra la computadora. Saltan fragmentos de plástico y vidrio en todas las direcciones posibles. El estruendo detiene mi corazón durante un segundo entero y para cuando retoma su ritmo Mar está dándole por segunda vez y por tercera, y late tan acelerado que me da miedo que le crezcan piernas y salga corriendo de mi pecho.

No tengo idea de cómo es que pasa, pero pasa: por primera vez, *la cosa* y yo vemos algo que los dos queremos, destrucción no por omisión, si no por canalización. Furia que no debo redirigir a mi cuerpo, si no que puedo poner en cada uno de los objetos frente a mí.

Cuando Ali da un paso hacia atrás, su pecho sube y baja y nada en ella es sensual ni bello ni me recuerda a galaxias ni partículas del universo. Veo en ella una oscuridad imposible en la que cualquier otro se perdería caminando pero que yo navego porque llevo ese mismo vacío dentro mío. Así que en lugar de besarla, como me muero por hacer, levanto el bate y lo reviento contra lo que queda de la computadora, contra una de las botellas.

Y doy inicio a un nuevo vicio.

Que no tiene nada que ver con la destrucción en mis manos.

Sino con la chica frente a mí y todas las cosas que es cuando deja caer su indiferencia y me muestra lo rota que está.

Me hace sentir menos solo.

Me hace pensar en ambos de rodillas.

Ninguno está rogando. No hay nada que queramos excepto lo que ya estamos haciendo.

CAPÍTULO 29
Paul

Se está riendo. A carcajadas.

Y yo no puedo parar de decir estupideces porque no quiero que pare, porque me siento liviano y porque hay algo que nos ata en este momento que quiero que se estire por toda la eternidad. Se siente como una recompensa.

Yo di un paso hacia ella, le hablé de *la cosa* y ella dio un paso hacia mí, se sacó una capa de esas que la envuelven, me dejó ver un poco más. Su desquicio, su locura, su bronca más cruda, más horrible, esa que emana olor a podrido porque lleva demasiado tiempo dentro suyo cultivando hongos.

¿Se supone que esto es así?

Una vez más me siento un crío tratando de descifrar esto de no ser amigos pero no ser nada más que amigos con una chica que parece tenerlo todo demasiado en claro, incluso cuando es obvio que no es así. Si supiera tanto de todo no seguiría empeñada en no dejarme besarla. Si supiera tanto de todo no me dejaría acercarme cuando lo hago con las intenciones que lo hago mientras grita a los cuatro vientos que no le mueve un pelo.

Son mentiras. Todo parecen ser mentiras con ella pero no me duelen tanto porque creo que son más para ella que para mí. De hecho, veo cómo todos los pelos de su brazo se ponen en punta cuando la tomo por la cintura y acaricio su mejilla. Con las muletas bajo mis axilas no es ni la mitad de cómodo que me gustaría que fuera, pero ella no se aleja así que no me quejo.

Su risa se corta como si mi mano fuera un hacha y ya hubiera atravesado su garganta.

—¿Qué estás hacien…?

—Gracias —la interrumpo antes de que diga una de esas cosas dañinas que tanto le gusta decir cuando se siente arrinconada—. Lo necesitaba.

—Llegué demasiado tarde igual, con esos mocos que tienes vas a estar resfriado en veinte minutos. No deberías haber estado afuera.

—Tienes razón. —Ella abre la boca, pero la cierra, claramente esperaba que discutiera, pero estoy un poco cansado para discutir y la verdad es que ahora mismo no hay una sola parte de mi cuerpo que esté pensando en ponerse en su contra. Me tomo la libertad de arriesgarme más, acercarla más a mí, todo su

frente pegado al mío—. ¿Puedo preguntarte cómo conseguiste que nos dejaran entrar a ese lugar sin ningún tipo de reserva?

Había fila afuera. Vi como le decían a un grupo de chicos que había habido un problema con su sala mientras nos dejaban pasar a Ali y a mí a una que no es difícil de asumir que no nos correspondía.

—En un momento fui… —Se reacomoda en mis brazos, queriendo alejarse pero no queriendo demostrar que todo esto la está afectando como sé que la está afectando y que no ve en mis ojos mucho más de lo que suele ver porque esta distancia que hay entre nosotros es casi inexistente—... fui muy seguido. —Sus ojos se van a otro lugar por una fracción de segundo, pero regresan a mí porque el recuerdo es algo que no está preparada para entregarme y no sé si eso me duele o me molesta cuando no tengo derecho a sentirme de ninguna de las dos formas—. Me gustaba ir. También me pasaba eso. Lo de no poder parar de pensar, digo.

Y estoy por preguntarle por qué, cuando una tercera voz se mete entre nosotros y el mundo vuelve a vibrar en nuestra misma frecuencia. Fue como si por un instante nos hubiéramos desconectado de todo, inclusive de lo que somos o no somos, para pasar a ser sólo dos personas que no quieren decirse cosas pero no pueden evitarlo porque están cansadas de no hablar.

—¿Dónde estaban? —Ali se separa de mí de un salto. Ivana está preocupada. Creo. No lo sé. Su tono es de reproche, pero está sonriendo como si supiera cosas que nosotros somos demasiado jóvenes para saber. De nuevo parece antiquísima, hasta su picardía parece guardar secretos—. Hay alerta meteorológica. No deberían haber salido de la casa.

—Ya, ya. Estamos de vuelt… —una *a* queda pendiendo de un hilo y su rostro se tuerce en una mueca—. ¿Qué traes puesto?

Ivana, por primera vez desde que la conozco, sonríe de una forma que parece forzada.

—Es un vestido.

—No, es tu vestido para salir. ¿A dónde vas? ¿No acabas de decir que hay alerta meteorológica?

—Quedé con mis amigas.

—No tienes amigas.

Ivana inhala y exhala, pero aún así su expresión me recuerda a los videos de bebés mordiendo limones.

—Sí las tengo. De la secundaria.

—No las conozco.

—Las he mencionado miles de veces.

—Pero no las conozco.

—No conoces todo de mí, Mar.

Cuando su madre usa su nombre en lugar de su apodo suena a declaración de guerra, no a lo que suena en mis labios, todo dulce y mío. Me dan ganas de pedirle que no lo use más, como si no lo hubiera elegido ella misma. No sé si las prefiero cuando Mar no responde a nada de lo que ella dice o así, con las garras afuera alejándose a zarpazos.

—No, claramente no.

—¿Y eso qué quiere decir? —Exclama Ivana.

Pero Mar me mira de reojo como si acabase de recordar mi presencia aquí y se tensa de una forma completamente opuesta a la que suele tensarse a mi lado, no como si se estuviera conteniendo de ir a por más si no como si estuviera conteniendo el aliento bajo el agua.

—Nada, mamá. Nada. Me voy a dormir. Estoy cansada.

Acto seguido, esquiva a Ivana y sube las escaleras de dos en dos.

E Ivana, que tan maravillosa es en muchísimos aspectos, me sonríe como si aquí no pudiera hacer nada, me saluda, abre la puerta y se va.

Y yo quedo aquí parado, como un verdaderísimo idiota, que no entiende nada y no tiene idea de cómo hacerlo mejor. Si es que *puedo* hacerlo mejor.

Podría meterme en mi habitación, darle a Mar su espacio para digerir lo que sea que acaba de suceder. Ivana parece creer que es la mejor forma de tratar con el problema, pero no sé si yo quiero dejar a Mar arreglárselas por su cuenta cuando ella hoy me vio enredarme en mi propia cabeza y se ocupó de desatar los nudos con sus propias manos.

Tardo unos patéticos dos minutos enteros en subir las escaleras. Cuando llego a su puerta y toco, me duele tanto el tobillo que me arrepiento de no haber pasado por mi habitación antes por un calmante. No que se lo vaya a decir a Mar, que va a aprovechar cualquier oportunidad que se le presente para escupirme un *te lo dije*.

—No. —Su voz llega amortiguada desde el otro lado de la puerta. No agrega nada más y esa única palabra no hace nada para ayudarme a descifrar si está llorando o si consiguió someter la rebelión que hizo que sus manos temblaran hoy justo como lo hicieron ayer.

—Soy yo.

—No me importa.

No puedo evitar reírme.

—Me dijiste que si necesitaba algo podía pedírtelo a ti para no molestar a tu madre. Necesito algo.

—Hay papel higiénico debajo de tu lavabo y toallas limpias en el armario del baño de mamá.

—No es eso…

Se escucha algo del otro lado y antes de que pueda decir algo más, la puerta se abre ante mí, revelando a una Mar con su típica cara de indiferencia.

—¿Qué quieres?

—Saber cómo estás.

—Bien. —Empieza a cerrar la puerta, pero la trabo con una muleta y me adentro en la habitación sin darle oportunidad de protestar.

La cama está deshecha. Hay algo aterradoramente íntimo en ver las sábanas de una persona. Las de Ali son verde oscuro y están todas amontonadas con su acolchado de una forma que delata que previa mi llegada, estaba metida entre ellas. La luz del velador es cálida y tenue, como la primera vez que estuve aquí, y plantas verdes se derraman por todos los estantes habilitados, inclusive en macetas colgantes.

Huele un poco como ella —a miel— y otro poco a palo santo.

—Eh, no, no. Cualquiera. Afuera. —Supongo que está gesticulando para que me vaya, pero yo solo soy un pobre lisiado y mi agotamiento es superior a mi paciencia hoy así que me dejo caer sobre la cama sin importarme una mierda el portazo que Mar da en respuesta.

—¿Cómo estás?

—¿No acabamos de tener esta conversación? Bien. Ya te dije.

—Ahora probemos con *la ver-dad* —digo, como si se tratara de una niña de preescolar—. ¿No habíamos dicho que para que esto funcione hay que ser honestos el uno con el otro?

—Por si lo *olvidaste*, ya no hay nada que hacer funcionar.

—Pongámosle un pin a eso para retomarlo más tarde, ¿te parece?

—*No*, no me parece. Vete. No puedes *aparecerte* y obligarme a hablar cada vez que te parece que no estoy bien.

—Exacto, no puedo. Así que dejemos de hacerlo. Cuéntame, así nos ahorramos las vueltas del principio. Además, es malo para la salud guardarse tantas cosas.

—No sé de qué cosas me hablas, si no me…

—¿Por qué te ofendió tanto el vestido de tu madre? —interrumpo. Porque si seguimos así, los dos tan ensañados en salir ganando, esto podría extenderse por

horas. Y la verdad es que odio perder, pero en este momento sólo me importa una cosa y no es esa.

Mar traga saliva.

—No sé…

—Por favor, no hagas esto más largo de lo que tiene que ser. Sólo dime la verdad. La verdad nunca mató a nadie.

Apenas frunce su nariz, pero el gesto es suficiente como para indicarme que tiene sus dudas sobre mi afirmación. Se deja caer en la otra punta de la cama, todo lo lejos de mí que puede estar. Yo en la cabecera izquierda, ella a los pies derechos. No sé cómo me siento al respecto. Sólo sé que algo siento y que dentro mío hay una conciencia insoportable sobre las presencias en esta casa —ella y yo— o, mejor dicho, sobre las ausencias; la soledad y el silencio que nos engullen por primera vez porque esta casa tiene cimientos antiguos y pesados que no permiten al mundo real infiltrarse.

—Frustrada —admite Mar y, tras unos segundos de pensarlo, agrega—: y confundida.

—¿Por qué?

—Porque es mi mamá y debería conocerla pero no sé nada de ella.

Hasta ahí llegan mis preguntas. No sé cómo el Doctor Zaar lidiaba con mis revelaciones, cómo cualquier psicólogo puede seguir haciendo preguntas como si nada cuando alguien te habla como Mar me está hablando a mí; como si esperara de mí una respuesta que pudiera solucionarlo todo, pero también como si temiera que al decirlo el problema se le escapara por completo y destruyera el mundo como lo conoce. Creo que es porque la conozco a esta altura del partido, que si no la conociera, no hubiera notado el temblor en su voz, sus manos en el bolsillo delantero de su buzo, escondidas para que no las vea retorcerse.

—¿Cómo no vas a…?

—Te lo juro, no tengo idea de quién es. Es como si desde… —Se encoge de hombros, como si pudiera llevarse en ese movimiento todo el peso que sus palabras tienen en su mente—. Es una persona diferente y ya no… desde que llegaste ella no…–Le doy su tiempo para que reformule todo en su cabeza—. Está comportándose como una persona completamente diferente.

—Diferente a…

—¿A ella misma?

—Tengo que admitir que esto no tiene mucho sentido para mí en este momento.

Ali vuelve a encogerse de hombros.

—Tampoco tiene mucho sentido para mí, si te soy sincera.

—¿Puedo preguntarte cómo era antes?

—¿Mamá?

Asiento.

Ali piensa su respuesta. Me gustaría que pensara menos cuando está conmigo, que sintiera que en este momento puede decir lo que tenga que decir, lo que sea que le pase por dentro y que yo no voy a hacer más que escuchar. Me gustaría poder hacer mucho más, hacer el tipo de magia negra que permite borrar las emociones que destruyen a las personas, robarme su miedo y su dolor. Pero como sólo puedo escuchar, cuando al fin habla, lo hago con toda mi atención, asegurándome de guardar cada una de sus palabras para que no le pesen tanto la próxima vez que piense en ellas.

—No lo sé. —Esperaba más, mucho más de lo que fuera que le llevó tanto tiempo conjuntar, pero Ali suelta estas tres palabras contra mi pecho y salen como balas por mi espalda, dejándome agujereado y con oxígeno en todos los lugares incorrectos—. Supongo que tampoco la conocía entonces. Estoy viviendo con una desconocida. Todo el tiempo, en esta casa somos ella y yo y no tengo idea de quién es. No puedo ni mirarla porque a veces… —su voz se achica hasta tener el tamaño de una vaquita de San Antonio—... a veces siento que tampoco reconozco su rostro.

Los metros que nos separan están repletos de tormentas de nieve. Tanta pero tanta nieve que por poco la entierra viva. Emociones sin nombre, demasiado complejas, demasiado cargadas de electricidad bailan en sus ojos. Se muestra ante mí no como una adulta si no como una grieta en la porcelana con la que se dio forma a ella misma. Quiero meterme en esa grieta, conocer toda su oscuridad y romper mi cuerpo para amoldarlo a su vacío y que no la lastime más.

Pero como no puedo entrar en esa grieta porque no soy lo que necesita para arreglarla, me limito a incorporarme en la cama y acercarme a ella hasta que queda encerrada por mí –mis piernas rodeando las suyas, mis manos detrás de su espalda–. Al principio se tensa, todo su cuerpo convertido en hielo, pero me quedo donde estoy y todos los puntos en los que mi cuerpo toca el suyo van derritiendo esa tensión. No me devuelve el abrazo, pero deja que su cabeza caiga sobre mi hombro, que su respiración caliente el huequito que he construído para ella entre mis brazos.

Y así nos quedamos: yo, sin entender nada de lo que quiso decirme pero sintiendo su dolor como si fuera mío, y ella, que espero que se sienta un poco más liviana sin el peso de su confesión tirándola hacia abajo.

—¿Paul? —pregunta desde su huequito.

Intento no desconcentrarme por cómo suena mi nombre en sus labios.

—¿Sí?

—¿Por qué aceptaste quedarte aquí?

Una risita incómoda hace vibrar mi garganta. Siento cómo retumba por su cuerpo, en su caja torácica, para terminar regresando a mis propias manos. Me gusta sentirme a través de ella, que mis emociones la atraviesen. La hacen sentir menos distante, un poco más humana.

—Definitivamente no esperaba esa pregunta —confieso—. ¿Puedo responder que no lo pensé mucho?

—No.

—Bien, en ese caso… —Una de sus manos empuña mi sudadera yo intento no desconcentrarme de lo que quiero decir, pero tener a Mar tironeando de mi ropa, incluso de esta forma completamente inocente de la que no la creía capaz, es más fuerte que yo—. Eh… no quería volver a casa.

—¿Por tu padre?

—No, bueno, sí. En parte es por eso, pero más que nada es porque nunca quiero volver a casa. —Mis manos se distraen con su espalda, suben y bajan y desean con todas sus fuerzas que la sudadera que se interpone entre su piel y mi tacto desaparezca, pero la magia es un área que todavía debo perfeccionar porque la sudadera se mantiene en su lugar—. Hace años quiero irme de ahí, tener mi propio espacio. Eventualmente mi propio estudio.

—Puedo imaginarte viviendo solo.

—Sí, pero She…

—Está bien, puedes hablarme de ella. Siempre hablamos de ella. —No tengo ni puta idea de cómo leer su voz en este momento. Su cuerpo no reacciona en absoluto, su respiración sigue acompasada y yo, en parte porque me gusta poder hablarle de todo y en parte porque no sé qué otra cosa hacer, digo lo que iba a decir.

—Shelly y yo pensábamos mudarnos juntos. Cuando ella terminara la universidad, porque ahora mismo vive en el campus.

—¿Sigues queriendo eso? ¿Vivir con ella?

Sí.

Es la respuesta automática que tengo a todo cuando se trata de Shelly. Sí a vivir juntos, a casarnos, a tener hijos, a recorrer el mundo, a ser ricos, a ser pobres, a ser tristes y a ser felices. Con ella, sí.

Excepto porque con ella no.

Porque sus ojos de cervatillo se han convertido en ojos de reclamo y cada vez que la veo y quiero decirle que la amo también quiero decirle que se largue porque no puedo sostener mi estómago en su presencia. Cada vez lo hago mejor, pero todavía se da vuelta todo dentro mío cuando aparece y no creo que esa sea una buena señal. Mamá siempre dijo que debería estar con una persona que represente la calma para mí. Solía decir que esa persona era Shelly, hasta que dejó de serlo.

—No creo que importe, ¿no? —termino respondiendo—. Al fin y al cabo no va a suceder. Pero sí quiero mudarme lo antes posible.

—¿Y por qué no lo haces?

—Es caro, ¿sabes? Porque quiero mudarme a una buena zona, con un buen lugar para mi estudio, con luz y electricidad que no se corta cada dos minutos en verano.

—Sí, lo sé. Pero podrías pagarlo. —No respondo—. Venga, no soy idiota, trabajas para el mejor estudio de tatuajes de la ciudad, no hay forma de que no puedas pagar un departamento en…

—Estoy pagando la universidad de Leo.

En cuanto lo digo, revienta a mi alrededor algo. El mundo cambia de color auotomáticamente, como si le hubieran removido un filtro. Hay una ligereza automática que me atonta las neuronas.

Ali sale muy lentamente del huequito. Me mira a los ojos. Parpadea varias veces.

—¿Qué?

Me escuchó bien la primera vez, pero lo repito porque quiero volver a sentirme liviano y decir estas palabras que nunca antes dije en voz alta, que en mi casa están totalmente prohibidas, se siente como descubrir que todo este tiempo tuve un tercer pulmón que nunca llené de aire.

—Estoy pagando la universidad de Leo.

—Pero…

—El abuelo estaba pagando una parte, y su pensión va a seguir pagándola, pero la mayor parte de lo que no cubre su beca lo están pagando los ahorros de mi trabajo y hasta que Leo no termine la universidad no voy a irme a ningún lado porque si más de la mitad de mi sueldo está yendo a eso, no me alcanza para vivir en ningún lado. Y también está Tino —agrego en un susurro, porque su silencio y sus ojos cuando me miran tan de cerca me intimidan más de lo que me enorgullece admitir—. No creo estar listo para no verlo todos los días.

En cuanto lo digo me doy cuenta de que es una mentira. De que sí, lo

extrañaría horrores, justo como lo estoy extrañando ahora mismo, pero que sobreviviría, que mi vida sería muchísimo más ligera. Y en cuanto me percato de ello me consume una culpa en forma de mil caballos galopantes que pasa sobre mí y pisotea todos mis huesos.

Abro una tumba y entierro lo que queda de mi cadáver en ella. No quiero verle la cara al chico que se alegra por dejar atrás a la persona que más ama en el mundo. Se merece estar muerto.

—Uno nunca lo imaginaría… —La mano de Mar se desliza por mi cuello, queda encastrada en mi clavícula y su sonrisa es tan honesta que creo que sólo en ese gesto veo más de la persona que hay del otro lado de las trincheras de lo que nunca he visto.

Es difícil no comparar, no pensar en estos últimos tres días viviendo con Ali como algún punto extraño entre lo que hubiera sido vivir con Shelly y vivir solo. No es la primera vez que se me cruza por la cabeza. Ayer, mientras cenábamos y Ali hablaba de su día en la universidad e Ivana le hacía preguntas. No lo sé, se sintió como algo que querría volver a hacer. Y luego me di cuenta de que volvería a hacerlo, de que me quedan muchísimos días de cenas así, de levantarme y desayunar a su lado, de que me lleve al trabajo. Me hizo preguntarme si Shelly lo ve a Porter seguido en su residencia de estudiantes, si duermen juntos y hablan de su día y sueñan con un departamento y un perro demasiado grande al que abrazar.

—¿Qué cosa?

—Que eres ese tipo de chico.

—Te estoy hablando de lo mucho que quiero abandonar a mi familia. No sé qué tan bien habla eso de mí.

Ali rueda los ojos.

—No, me estás hablando de cómo no dejas a tu familia incluso cuando quieres hacerlo. Porque te necesitan. Eso habla de tu valor. —Es tan dulce cuando lo dice, el verde en sus ojos tan vivo como si las plantas que llenan la habitación se hubieran metido en ellos y estuvieran reventando en su interior.

—¿Por eso te quedas? ¿Crees que Ivana te necesita?

Todas las hojas verdes en sus ojos se marchitan. Mis palabras son lluvia radioactiva y desintegran hasta la última de sus células, las reducen a cenizas. La mismísima selva amazónica deforestada en segundos.

—¿Quieres ver una película?

No. Quiero que me respondas. Quiero conocerte. Quiero saber por qué tienes tanto miedo. Quiero saber por qué es tan fácil hablarte pero tan difícil que me

hables. Quiero saber por qué le das tanto peso a la honestidad si no existe de tu lado de la balanza.

Sin embargo saco esa sonrisa que Shelly detestaba porque nunca podía decirme que no cuando la empuñaba de esta forma, lista para enterrarse justo en medio de ella para abrirla en dos, y asiento. Vuelvo a la simplicidad que sé que ella espera de mí, lo que sé que no falla. Vuelvo a esta partida de ajedrez en la que Ali sólo retrocede y yo avanzo y avanzo hasta que eventualmente no le quede más que reaccionar y comerse alguna de mis fichas.

Mis manos cambian la forma de tocarla.

Ya no buscan reconfortarla, buscan recordarle todo lo que se pierde por sus nuevas reglas, se instalan en su cintura y la acarician con tanta delicadeza que podrían no estarse moviendo. Ella responde con tensión, pero su guardia baja, algo de sol se filtra entre las hojas que murieron y juega con el valle de su sonrisa. Estamos en terreno seguro otra vez. Nuestras manos hablan un idioma mucho más sencillo que el de nuestras lenguas y sé que la distancia que nos separa y la forma en la que me está mirando deberían ser indicadores suficientes para que la bese. Sé que es lo que ella está esperando que haga. Y me encantaría hacerlo, pero no esta vez. Esta vez ella va a besarme a mí y no va a haber una mentira que la obligue a hacerlo. Va a salir puramente de esas ganas que sé que tiene enredadas en la boca del estómago, espejo de las mías, para asegurarme de que en cuanto lo haga no haya vuelta atrás, no haya más excusas que pueda poner a esto que los dos queremos, necesitamos.

Los segundos pasan y veo cómo la duda hace crecer sus ojos hasta que se convierten en los orbes de un búho, insaciables de conocimiento, de preguntas. *¿Por qué no me besas?*

¿Por qué no me besas tú? Parpadean los míos en código morse.

Ella rueda los ojos. *Te odio.*

Eso quisieras.

No sé en qué momento empezamos a ser capaces de comunicarnos de esta forma, pero cuando ella me empuja de forma juguetona y me pide –esta vez en voz alta– que vaya prendiendo la televisión, estoy seguro de que ella entendió todo lo que le dije.

Desaparece en el baño.

Escucho la ducha prenderse, luego cerrarse.

Intento con todas mis fuerzas no estar pendiente del ruido del agua, de los intervalos en los que se apaga. Trato de no pensar en que debe estar enjabonándose, en que su pelo infinitamente largo debe pegarse a su espalda

como una cascada. ¿Se sacará las trenzas para bañarse? No recuerdo haberlas visto en su pelo la otra noche, cuando salió de la ducha. Pero tampoco que hubiera notado demasiado. Estaba distraído por sus piernas.

Ver las piernas de una mujer por primera vez genera algo extraño en cualquier hombre. Es la certificación de que todo lo que imaginamos está ahí, es real, es palpable y que, en mi caso al menos, es mucho mejor de lo que había pensado. Entonces estoy pensando en todas las otras partes de su cuerpo que sentí a través de la ropa, en el hecho de que debería recordarlas porque una vez las toqué con mis propias manos, sin barreras de por medio, pero no las recuerdo. Recuerdo las sensaciones que me dieron, la forma en la que mi mente salió disparada a la estratósfera y cada uno de sus besos me hizo gritar sobre mí mismo. Me llevé puestos planetas, estaciones espaciales, estrellas y meteoritos en el camino que me hizo recorrer con esos besos.

En su momento, agradecí no recordar esa noche. No quería saber nada de la mujer que me había hecho olvidarme de Shelly, que había desenterrado mi egoísmo de su tumba y había jugado con mis huesos. Sin embargo ahora me detesto por haber tomado de más. Y un poco lo sigo agradeciendo, porque si lo recordara estoy bastante seguro de que no podría controlarme como lo estoy haciendo cuando vuelve a salir de la ducha, una vez más envuelta en la toalla —las trenzas empapadas y los hilos de colores en ellas oscurecidos por el agua—, abre el ropero, revuelve hasta encontrar lo que busca y se encierra en el baño.

Sale con unos pantalones que se ciñen a sus caderas y muslos y se abren debajo de sus rodillas. Sé, porque he visto a Leo usarlos incontables veces, que son el tipo de prenda de entrecasa más cómoda que hay para ellas, pero en Mar se ven como un arma. Y las musculosas. Desgastadas por el uso, con los tirantes flojos y estirados que amenazan con resbalarse por su hombro como una invitación.

Por favor resbálense, me descubro rogando en mi cabeza.

—¿Ya elegiste la peli?

—Muy de mala educación eso de no invitarme a bañarme.

Decimos al unísono.

—Y sí, ya la elegí. —Es mentira. Estuve todo este tiempo dando vueltas por el catálogo de Netflix sin prestar atención a ninguno de los títulos porque mi cabeza estaba pensando en jabón y en su piel, en agua y en cabello y en pestañas de patas de araña de las que cuelgan las gotas como rocío.

—Puedes ir a bañarte.

Debería. Venimos de revolear bates de béisbol contra todo tipo de objetos y

antes de eso estuve entrenando. Definitivamente debería, pero la idea de irme y alejarme de esta Mar, tan liviana de ropa y barreras, me parece un crimen.

—No es divertido si lo hago solo.

—La gente no se baña por diversión.

—Eso es porque no han descubierto lo divertido que puede ser.

Considero su sonrojo una victoria.

—No vas a meterte bajo mi edredón así.

—¿Así como?

—En jeans.

—Mar —contesto, poniéndome de pie más rápido de lo que cualquier hombre con un esguince se ha puesto en su vida—, si querías que me sacara los pantalones, sólo tenías que decírmelo. —Gracias a que mientras ella estaba en la ducha, yo me saqué la bota, en cuanto desabrocho el pantalón, el peso del cinturón hace que caiga a mis pies en un instante. El ruido de la hebilla chocando contra el piso ahoga el *no*, de Mar.

—¿En serio?

Me vuelvo a dejar caer sobre la cama.

—Puedo sacarme la remera también, si quieres. —Tomo el control remoto, pero en ningún momento aparto mis ojos de ella—. Podemos usar la excusa de que está sucia también. Porque lo está.

—No, déjala.

—¿Segura?

—Segurísima. —Se deja caer en la cama. Está al lado mío, pero no a mi lado. Hay demasiados centímetros separándonos, el aire entre nosotros está frío y mi cuerpo se queja enseguida pero le pido que sea paciente, que no va a durar —. ¿Qué vamos a ver?

—Esta. —Toco play en lo que sea que esté el cursor.

—¿En serio? ¿No la viste mil veces ya?

—Nop, nunca.

Me mira, una ceja enarcada y todo.

—¿Es que no tuviste infancia?

Y no sé cómo responder a eso. Desconozco la vergüenza que me colorea la piel.

Tuve infancia, pero no había televisión en mi casa hasta que Tino llegó. Y ni hablar de películas. Sólo las que pasaban en cable.

No le digo esto a Mar. Ignoro por completo la parte de mí que tanto le gusta contárselo todo, que quiere vomitar mi vida entera cuando está frente a ella

como si sus oídos pudieran ayudarme a digerirla mejor. Quiero distraerme y no creo que exista mejor forma que esta para hacerlo.

Le digo que no y hablamos y reímos y de a poco, mientras avanzan los minutos en la pantalla y los personajes se van acercando, nosotros también lo hacemos. Nuestros cuerpos buscan cualquier excusa para rozarse. Que me estoy robando todas las sábanas, que ella tiene las mejores almohadas, que mi pie no le deja ver la pantalla. Estamos tan cerca que se activan las terminaciones nerviosas de cada uno de los pelitos de mis brazos, perciben cada milímetro de ella que roza cada milímetro de mí y si sumo todos esos milímetros me da el número exacto de infartos que creo estar teniendo y me siento un adolescente porque ya la he besado mil veces pero aún así cada vez que está por pasar, algo dentro mío se arriesga a estallar en un grito que se escuche hasta en China.

El dorso de su mano.

El dorso de mi mano.

Los protagonistas están discutiendo. Sus gritos cortan el aire. No existe escena más anticlimática para lo que sea que está pasando en este momento. Mis músculos y ligamentos tiran en direcciones opuestas –hacia ella y lejos de ella– que estoy seguro que voy a terminar con un nuevo esguince.

Entonces escuchamos la puerta cerrarse.

La puerta de entrada de la casa.

Y Ali se tensa de una forma que me hace preocuparme por *sus* músculos. Siento la forma en la que hasta el aire que la rodea se llena de estática cuando nota que Ivana ha regresado; cuando recuerda que Ivana se había ido.

Me hace feliz que lo haya olvidado aunque sea por un instante.

Me parte el alma que necesite olvidarlo.

Me parte la cabeza no entender por qué.

Y mi obstinación da todo de baja.

Porque soy débil cuando noto que sus manos tiemblan y pretende que todo está bien cuando claramente no lo está.

Mi mano envuelve la suya.

Mar no dice nada, no me mira, pero intenta escaparse de mi agarre.

No, le digo entrelazando nuestros dedos.

Por favor, me pide con sus tendones contorsionándose en busca de una salida.

Estoy para ti, le recuerdo con un apretón.

No te necesito, sus uñas se clavan en mi piel.

Quiero estar para ti, mi pulgar acariciando el dorso de su mano.

Sus uñas quedan clavadas en mi piel, su cuerpo permanece en tensión hasta que varios minutos después escuchamos la puerta de la habitación de Ivana cerrarse. Y creo que se relaja porque al fin ha cedido, porque al fin me ha dejado quedarme a su lado, pero cuando la miro de reojo, me encuentro con que sus ojos están cerrados. Me reacomodo en la cama, queriendo verla mejor pero con miedo de despertarla, y su cabeza se desliza y cae de la almohada hacia mi hombro. Ali se acurruca. Duerme en un silencio imperturbable; ni una palabra sale de sus labios, ni un ruido, ni siquiera sus movimientos al raspar las sábanas resuenan en el aire.

Y podría levantarme e irme.

Debería levantarme e irme.

Estoy convenciéndome de hacerlo cuando lleva nuestras manos entrelazadas a su pecho y se hace bolita contra mi brazo.

Gracias, creo que su cuerpo susurra desde el inconsciente.

Y ya no puedo irme, porque le dije que estaría para ella y no pienso romper mi palabra hoy.

CAPÍTULO 30
Paul

Su voz me despierta a mitad de la noche.

—Vete.

Estamos tan enredados —ella sobre mí, sus piernas atadas con las mías, mis brazos fusionados alrededor de su cintura, su pelo infinitamente largo como un halo que acaricia mi cuello, mis mejillas y se mezcla con el mío; en la oscuridad alguien nos ha amasado hasta convertirnos en una pasta homogénea de *MaryPaul*— que apenas lo dice, no lo entiendo. Como si esta fuera la forma que siempre tuvimos.

–Paul, vete.

Lo repite.

A pesar de que su cuerpo está sobre el mío, su voz está de rodillas y el miedo se le escapa con un resto de aire, acaricia mi cuello y viaja como el tacto helado de un fantasma hasta la punta de mis pies.

Nada en mi cabeza funciona. Sólo sé que lo que me pide no tiene sentido.

Para irme tengo que separarme de ella.

Para separarme de ella tengo que romper todas las partes de mí que la están tocando.

Para romper todas las partes de mí que la están tocando tengo que llevarme todas las partes de ella que me están tocando.

Para llevarme todas las partes de ella que me están tocando tengo que hacerla sangrar.

Y no puedo dejar que sangre.

Y tengo sueño.

Tengo tanto sueño.

Estaba soñando.

No recuerdo con qué.

No recuerdo cuándo ni cómo.

Pero la abrazo aún más fuerte contra mí. Dejo que más partes de ella me toquen y que más partes de mí la toquen a ella, incluso cuando hay alguna parte de mí que está despierta y me dice que no es buena idea, y que inevitablemente vamos a sangrar.

Creo que siento la mano de Mar en mi mejilla, el roce de las yemas de sus dedos recorriendo el contorno de mi ceja, mi pómulo, mi mandíbula. Creo que siento sus labios en mi clavícula. Creo que lo alucino todo. Creo que mi sueño vuelve a comenzar y en él Mar se aferra a mí como si le diera igual lo que pase después.

CAPÍTULO 31
Paul

Hoy caminé en una cuerda floja a trescientos metros del suelo.

Mi corazón estuvo por todos lados, rebotando por todas las paredes de todas las habitaciones en las que estuve, fuera de mi cuerpo, fuera de sí.

Mi sonrisa estuvo pegada a mi rostro incluso cuando mi estómago se sintió lleno de cuervos; sus aleteos y sus patas afiladas arañando mis intestinos.

Miré el celular un millón y medio de veces sin conseguir ni una vez manifestar el mensaje que estaba buscando.

Hacía mucho no me sentía de esta forma. Pero sé que alguna vez lo hice. Es una sensación familiar, que todavía no sé designar como buena o mala, porque todos sus matices hacen que su lugar en la escala cromática se me escape.

Cuando llego de trabajar, Mar me recibe.

Y como suele suceder con ella, ninguna de todas las suposiciones que hice es correcta.

Cuando nos despertamos con su alarma a las siete de la mañana, todavía enredados y con su cuerpo tocando mi cuerpo y mi cuerpo tocando su cuerpo en todos esos lugares —incontables lugares, imposibles lugares—, Mar sonrió. Fue una sonrisa tan pequeña, tan adormilada, tan breve, que casi me la pierdo por el peso de mis párpados que insistían en volver a cerrarse. Creo que le sonreí de vuelta. Creo que fue entonces que se asustó.

Se puso de pie como si yo fuera la personificación de todos los demonios que la persiguen.

—Vete.

En cuanto lo dijo, recordé cuando me lo pidió ayer por la noche. Sólo que esta vez no me dio tiempo a buscarla, a tomarla entre mis brazos y obligarla a quedarse.

Se dio media vuelta y entró en el baño.

Supongo que era lo mejor para los dos. Hoy tocaba un día largo en el trabajo y perder ese dinero por quedarme tirado en la cama con Mar no hubiera sido un buen negocio. *Supongo*.

Igual me quedé unos minutos tirado en su cama, tratando de armar en mi cabeza el camino que habíamos recorrido para llegar a esta instancia. ¿Esto es

normal? ¿Dormir en la misma cama sin que nada pase? ¿Es algo que podemos hacer? Por la forma en la que escupió ese *vete*, no lo creo. Pero si tuviera que juzgarlo por la forma en la que me sentí mientras bajaba las escaleras —a uno por hora pero con esta sonrisa desconocida en mi rostro— no estoy tan seguro…

Se supone que debería haber menos grises.

Con Shelly las cosas fueron más difíciles en muchos sentidos. Porque estar juntos representaba un cambio inmenso para la amistad más importante de mi vida, porque teníamos miedo por todos los amigos involucrados, porque nos queríamos tanto que teníamos miedo de que no fuera real. Pero también, todas esas cosas lo hicieron fácil. No había dudas de lo que queríamos, de lo que iba a terminar pasando sin importar cuánto lo intentemos evitar. Mamá lo dijo: éramos inevitables.

Mar y yo no somos inevitables.

Incluso cuando sigo convencido de que hay algo más fuerte que nosotros –el destino, la suerte, Dios, los astros, no me importa el nombre que tenga– que nos empuja hacia el otro, no sé por qué lo hace. No sé a dónde nos llevan estos choques.

El abuelo una vez me dijo que hay dos tipos de personas con las que nos cruzamos en la vida: las que nos enseñan algo cuando se van y las que nos enseñan algo cuando se quedan. De cualquiera de las dos maneras, te vas con algo nuevo entre las manos. Siento que he aprendido mil y una cosas con Mar, siento que hay algo de ella que tira de algo de mí que no sabía que existía. Pero no sé si su enseñanza final va a ser irse o quedarse. No sé de qué forma podría quedarse, porque parece determinada a no hacerlo, pero tampoco de qué forma podría irse, porque parece que no puede evitar quedarse. Si pudiera adelantar el tiempo para saber qué va a pasar, lo haría sin pensarlo dos veces. No me gusta esta incertidumbre. No me gusta este miedo que me golpea en respuesta a cada momento en el que busco un mensaje de ella, a cada sonrisa que se me escapa cuando la hago rabiar.

O a momentos como este, en los que Mar me recibe de la forma más inesperada.

Cuando entro, dejo la llave, y me responde un silencio absoluto, lo que a esta altura ya sé que significa que Ivana no está en casa, pero Ali debería estar aquí. Esta tarde no debería haber ido a la Universidad, y trabajó a la mañana, por lo que debería tener la tarde libre.

—¿Hola? —pregunto. No me gusta mi voz cuando suena así; no me gusta sentir que se nota que estoy pensando en que tal vez se ha ido a ver a alguien

más. Alguien que no durmió en su cama porque ese soy yo, pero que tal vez sí besa sus labios porque ese no soy yo. *Todavía*. Me recuerdo. Estoy siendo paciente. Estoy permitiéndole dar el primer paso. Es un juego a la larga.

Seguro está con Leo o Willa.

Excepto porque siempre me avisa cuando va a verlas a ellas.

Excepto porque casi siempre me avisa cuando…

Entonces la veo.

Hecha una bolita en el sillón del living, la mesa ratona repleta de apuntes y cuadernos. La computadora abierta en una página que habla de cosas científicas complicadas que tampoco logro entender. Su pecho se infla y se desinfla con una paz que nunca tiene cuando sus ojos están abiertos, como si la oscuridad fuera consuelo para su mente.

Como siempre, lleva *esos* pantalones de entre casa y una de esas musculosas. No parece importarle el invierno. Pero, de nuevo, esta casa tiene la capacidad de hacer desaparecer el frío; la losa radiante y las estufas prendidas a todo lo que dan.

Da igual.

Tomo la manta en el sillón individual que hay en la esquina y la acomodo sobre ella. Mis dedos rozan sus brazos; es la primera vez que su cuerpo no reacciona al mío. En sueños es imperturbable, tan distinta de la chica siempre alerta que suele ser.

Borro mi sonrisa en cuanto la noto florecer. No sé por qué lo hago.

Quiero besar su frente.

Al menos hasta que veo sus labios entreabiertos.

Entonces quiero besar sus labios y tengo que obligarme a alejarme tanto como me es posible, porque mi corazón sube hasta la punta de mi lengua y pide que le permita saltar hacia ella.

Huyo.

Me escondo en mi habitación.

Nada me distrae, nada me entretiene.

Hablo con Tino por teléfono –me cuenta que se cruzó con Mar en el pasillo de la escuela hoy–, le mando un mensaje a mamá, llamo a Sandy, el mejor amigo del abuelo y parte de mi familia desde que tengo memoria, si tiene tiempo para vernos esta semana –pero como siempre desde la muerte del abuelo, no atiende. *La cosa* empieza a hacer ruido en el fondo de mi cabeza, un cosquilleo en mi nuca. No quiero permitirle crecer. No quiero permitirle pensar en Mar, el destino y todas las cosas que puede enseñarme. Así que me levanto y me dispongo a

ordenar la ropa que metí de la forma más bruta posible en el ropero cuando llegué. No hay remera que se haya salvado de arrugarse.

Estoy acomodando mis dos pares de calzado –botas militares tan gastadas que podrían haber estado en la guerra y mis zapatillas negras– en el ropero, cuando doy con una caja escondida al fondo.

Al principio no pienso en abrirla.

Sólo quería correrla a un lado.

Pero luego la veo bien.

NINA - NO TOCAR, dice en mayúsculas. El marcador rojo parece haber sido blandido con agresividad al escribir el mensaje.

Nina, Nina, Nina… piensa la vocecita en mi cabeza, con la decepción derramándose de cada sílaba, *Si no quieres que miren la caja, no deberías hacer esto.* Ahora todo lo que quiero hacer es abrirla.

Decido que no es tan grave. Que Nina no sabe quién soy y que este mensaje está escrito claramente para Mar e Ivana, no para Paul Grimmaldi.

La pongo en el piso frente a mí.

Al abrirla encuentro los típicos objetos que uno esperaría encontrar en una caja de objetos olvidados por una joven veinteañera que se ha ido de casa. Un par de marcos de fotos –desde uno de ellos me sonríe una Mar de seis o siete años, con los mismos ojos verdes de hoy, abrazada a una chica que no se parece en nada a ella, con cabello rubio y ojos oscuros, pero que no me queda otra más que asumir que se trata de Nina–, muchas pero muchísimas tarjetas y cartitas de feliz cumpleaños de amigas coleccionadas a lo largo de los años, un montón de pulseras hechas con mostacillas y que parecen estar a punto de quebrarse, un set de costura y un peluche pequeño de un ratón que podría o no ser Mickey Mouse, pero que está tan arruinado por el tiempo que termino de estar del todo seguro.

Estoy por cerrar la caja y devolverla a su lugar, cuando encuentro al fondo un cuaderno inflado de recortes, fotografías y anotaciones. El único motivo por el que lo abro, es porque la parte de mí que me odia y no quiere dejarme en paz, espera encontrar más fotos de Mar. Y las encuentro.

Nina debía de ser muy selecta con lo que ponía en este cuaderno, porque abarca muchísimos años de su vida. Veo su caligrafía ir mejorando, volviéndose más filosa y adulta con el tiempo, veo las fotos que la acompañan, los diferentes cortes de pelo, los diferentes novios que besa en diferentes fotos –Mar tenía razón, son muchos novios y por lo que leo por encima en las diferentes anotaciones que hay al lado de las fotos, todos ellos la trataron peor de lo que se merecía– y veo fotos de Mar.

En cada foto, en cada año, sonríe menos. Sus ojos pierden ese brillo de vida y se asemejan más y más al veneno que los invade ahora. Sus facciones dejan de ser dulces y redondeadas y se afilan hasta parecerse a las armas que lleva ahora bajo la piel. Pero casi nunca hay anotaciones al lado de estas fotografías, solo fechas y nombres de los lugares en los que fueron tomadas. Aspen, Nueva York, París, Bogotá, Lima, Beijing, La finca.

Me detengo en esta última.

Ali tiene alrededor de trece años. Es infinitamente pequeña y es la última foto antes de que sus sonrisas empiezan a encogerse.

Reconozco el paisaje de fondo. Yo lo inmortalicé en su piel. Sólo que en esta foto los árboles están llenos de hojas, el atardecer besa la formación de parras a sus espaldas y tiñe los racimos de uvas más grandes que vi en mi vida de un color que me da ganas de poder sacarlas de la foto para probarlas. Se ve una casa al fondo, de un estilo colonial antiguo, las paredes blancas e inmaculadas, las tejas rojas abrazadas por el sol.

Rodeando la foto, hay un montón de palabras. Es uno de los pocos espacios del diario que tiene más palabras que imágenes. Son varias páginas de anotaciones. Y un poco porque no me doy cuenta, otro poco porque no quiero darme cuenta, empiezo a leer.

No puedo esperar a irme de esta casa.

Así empieza. Sólo por esa frase, tan horriblemente adolescente, deduzco que Nina debe haber tenido no más de dieciocho años cuando escribió esto. O era más inmadura de lo que uno pensaría. Me recuerda a Leo cuando discutía con papá, gritando cosas así cuando en realidad lo último que quería era irse. Siempre fue así, un poco explosiva de más, arrepintiéndose de hablar cuando las palabras ya estaban fuera y no podía meterlas de vuelta en su boca ni volver el tiempo atrás. Supongo que en eso nos diferenciamos. En mi impulsividad no recuerdo una sola vez en la que me haya arrepentido.

Encontré esta foto de la finca. Estaba en un álbum de fotos viejo.

Ali-Mar era feliz en la finca. Yo también. Todos eramos felices. Menos mamá. Mamá nunca estuvo feliz. Ni ahora ni antes. Mamá nunca está. Y si está, está en otra dimensión, diciendo estupideces sobre astros y cartas y signos zodiacales. Nunca se toma nada en serio. Papá tiene razón en eso.

La finca, a su forma, nos sostenía. No me di cuenta de eso hasta que la

perdimos.

Solíamos ir todos los fines de semana; los cuatro. Mamá, papá, Ali y yo. El viaje en auto eran dos horas, tal vez tres si el tránsito no estaba de nuestro lado. Siempre escuchábamos los mismos tres CDs: Viva la Vida *de Coldplay,* Sam's Car *de The Killers y* A Jolly Christmas *de Frank Sinatra (incluso aunque no estuviéramos ni cerca de Navidad). Pero ese fin de semana fue diferente. Mamá y papá fueron solos.*

No era tan extraño. Cada tanto lo hacían. Ali creía que era para una escapada romántica, yo ya sabía que era código para decir que las cosas se estaban poniendo feas y no querían que los viéramos pelear. Ya no les preocupa discutir frente a nadie. O no pueden evitarlo.

Siempre volvían más calmados de la finca. Era el oasis, el lugar de tregua. Era el lugar donde el mundo como lo conocíamos terminaba y empezaba el mundo en el que queríamos vivir. En la finca mamá cantaba mal y papá no le decía que daba vergüenza, todos hablábamos en la cena, nos reíamos, comíamos todas nuestras comidas favoritas, siempre había postres dulces, jugábamos. Creo que es el único lugar en el que vi a papá jugar. Papá en la finca siempre va a ser mi persona favorita. En casa vive con mucho estrés, nunca puede relajarse. Era como si el verde sacara la vida que quedaba dentro de nosotros y borrase el humo de la ciudad.

Pero ese fin de semana fue diferente también porque mamá volvió en una ambulancia, con los pulmones llenos de humo, y papá fue con ella. Una niñera nos cuidó los dos días que siguieron. Ese fin de semana perdimos el verde que nos limpiaba y también el verde de los billetes de la finca.

Y el dinero no da felicidad.

Pero el dinero da estabilidad.

Y el mundo se desmorona cuando ves a tu padre, el pilar de la cordura y la razón, tambalearse. Los pilares no se tambalean. Pero él lo hizo. Y con sus temblores caímos todos.

No me importa lo que nadie diga, nunca voy a ser pobre. No lo fuimos entonces –además de la finca, papá trabaja manejando restaurantes–, pero perdimos privilegios. Perdimos una forma de vida que no sabíamos que teníamos. Mamá y papá empezaron a pelearse por lo que era necesario o no comprar, por las refacciones pendientes de la casa –que ya no podíamos solucionar todas a la vez–, por los vasos y platos que se rompían y había que reponer. Ese fue el momento en el que me di cuenta de lo que es el dinero: en exceso es una droga, no sabes lo mucho que lo necesitas hasta que lo dejas de

tener. Y no me interesa reformarme. Quiero una vida sin preocupaciones. Quiero que Chad y yo nos casemos y nunca pensemos dos veces en un gasto, nunca quiero pelearme por el precio de algo ni por un vaso roto.

Hay tantas cosas que me gustaría responderle a Nina en este momento.

Me pregunto si sigue pensando así. Si cree que no tener dinero es la raíz de todos los problemas del mundo. No creo que en mi vida haya visto a mis padres pelearse por los gastos. Sí debatir, sí consultar, pero, ¿gritos o insultos por platos rotos? Jamás.

¿Pero, papá y yo? Hay tantos problemas que el dinero nos ahorraría. ¿Qué hubiera sido de mi vida si hubiéramos estado acomodados por todas las fincas del mundo? Tal vez hubiera ido a la universidad en lugar de estar trabajando para pagársela a mis hermanos. Tal vez viviría en la residencia de Crawford, con Leo y Cam. Estaría terminando una carrera. No sé cuál. Las posibilidades en mi mente ahora son infinitas.

Sin embargo, mis problemas con papá van más allá de cualquier cantidad de dinero que podamos o no tener. Pasa por un lugar de respeto, de orgullo, de negación; pasa por lugares oscuros que huelen a alcantarillas y a toda la mierda del mundo deslizándose bajo nuestros pies incluso cuando no podemos verla.

¿Podrían un montón de billetes solucionar todo esto? ¿O nos darían otros motivos por los que atacarnos, por los que exigirnos, por los que hablarnos como si fuéramos basura y no familia?

Nunca se sabe con papá y mamá. Siempre hay un montón de cosas que parece que se están diciendo por telepatía. En las cenas nadie habla por voluntad propia, papá nos arranca a Ali y a mí respuestas a la fuerza. Nos hace contar del día. Decimos lo que se espera que digamos: cómo nos fue en la escuela, las notas que sacamos, nuestros planes de mañana, si estudiamos o no, tal vez alguna anécdota para variar. Ni más ni menos. Y se hacen silencios. Son los silencios más incómodos del mundo porque puedo ver que el silencio de mamá le está diciendo a papá que puede irse a la mierda, y el de papá está ignorando a mamá completamente. A ella no la hace participar. Es como si no estuviera. No creo que le importe. Ella tampoco habla.

Papá siempre dice que mamá nunca ayuda. Que él va a trabajar y trae la plata que nos mantiene y que después se pone a cocinar y nos mantiene vivos. Mamá hace algunas cosas, supongo. En la casa. Y trabaja en su local de tarot pero trae mucho menos dinero que papá, eso seguro. Porque los negocios de

tarot hacen mucho menos dinero que los restaurantes. No entiendo por qué estudió astrología. Yo voy a ser médica y voy a irme de esta casa lo antes posible y voy a hacer muchísimo más dinero que Chad, así nunca puede echarme en cara que no colaboro lo suficiente.

Mamá dice que papá no está. Cuando le digo que es mentira, me responde que todavía no lo entiendo, que soy muy chica. Tengo quince años, ¿qué tanto más puedo entender? Papá trabaja, vuelve a casa y ve la tele. Después cocina. A veces Ali y yo lo ayudamos a cocinar o vemos películas con él. Y si nosotros cocinamos, ella tiene que lavar. Es lo justo. Mamá sólo está para las cosas aburridas: los médicos, el trabajo, las reuniones de la escuela, para obligarnos a limpiar los cuartos, hacer la tarea. Es insufrible. Me persigue a todos lados hasta que exploto. No me deja estar triste y enojada, siempre tiene que saber qué pasa. Después se queja de que siempre terminamos peleando.

Con papá no hablamos de las cosas complicadas, es más fácil. No le importa cómo está ordenado nada. Con papá vemos pelis y cocinamos y nos reímos. Y siempre está en casa con nosotras. Mamá cuando está en casa se lo pasa limpiando y ordenando, planchando y lavando. Nunca tiene tiempo para hablar. Y en la cena: silencio fúnebre. Como si no estuviera ahí. Y si habla siempre dice algo sobre astrología y toda esa mierda y lo pone a papá de mal humor. A todos. Es como si no pudiera hablar de nada excepto de eso. Y las raras ocasiones en las que dice algo más respecto a lo que contamos nosotras sobre nuestro día, siempre es para tirarnos abajo. Que si estudiamos para el exámen de la semana que viene, que si estamos llevando protector solar al campo de deportes, que no volvamos a olvidarnos el almuerzo en casa, que si necesitamos que nos busque por casa de alguna amiga le avisemos con tiempo así se organiza. Nunca una felicitación o una mirada positiva de nada. Para eso que ni hable. Es más fácil para todos. Papá se ríe más cuando ella no habla. Y eso que papá no se ríe nunca. Sólo con Ali, que es tan directa para decir todo que lo hace estallar en carcajadas.

La mayor parte del tiempo Ali no está intentando ser graciosa, sólo está dando su opinión, pero noto que le gusta hacerlo reír. Me gustaría que Ali se riera de nuevo. Pero está todo el tiempo en guerra con mamá. Sé que mamá se lo merece la mayoría de las veces, así que no intervengo, pero le dice cosas duras. Dice las mismas cosas que papá. Todo el tiempo, una y otra vez.

Yo prefiero no decir nada. Me quedan pocos años aquí y prefiero que sean lo más pacíficos posibles.

Cierro el cuaderno cuando noto que las divagaciones que siguen son sobre la vida que planea con Chad —nótese, que cuatro páginas después hay una entrada escrita unos meses más tarde sobre cómo Chad es lo peor que existe por haber estado viendo a Beth a sus espaldas—.

Creo que toda la sangre en mi sistema circulatorio está yendo en la dirección contraria, mis arterias están en una lucha por seguirle el ritmo a estas alteraciones.

Intento hacer entrar esta nueva versión de Ivana en la mujer que vi ayer. Que pregunta por Mar, que busca su mirada, que trata de hacerla reír, que prepara la comida, que trabaja y ama la astrología y cuando habla de cualquier cosa parece interesante. ¿Cómo puede haber sido nada de lo que Nina describe? Si tantas cosas no se alinearan con la realidad, podría haber creído que se trata de un cuento, un invento de la imaginación de una chica que no conozco. Pero no es así. Veo fragmentos de esta historia en cada rincón de esta casa, en cada rincón de Mar. En todo lo que es y lo que no, en todo lo que me muestra y todo lo que me oculta. Sin embargo también hay un montón de huecos que falta llenar. ¿Dónde está su padre? ¿Por qué todo lo que Nina dice respecto a él araña mi cabeza como tiza rayando un pizarrón? Lo bueno y lo malo, todo hace el mismo ruido y sé por qué. ¿Qué pasó con la finca después del incendio? ¿Y antes del incendio? ¿Cómo se prendió fuego? ¿Y Mar? ¿Todas esas peleas con su madre? Suenan tan… atípicas de ella. Suenan a furia adolescente, a descontrol y caos. Pero Mar siempre fue para mí la reina de la indiferencia y el control. Siempre tan medida. ¿Qué cambió?

Porque es mi mamá y debería conocerla pero no sé nada de ella, me dijo Mar ayer.

No tengo idea de quién es. Es como si desde… Es una persona diferente y ya no… desde que llegaste ella no… ¿Desde que yo llegué? ¿Cómo puedo ser yo el desencadenante de esto? ¿O empezó antes? ¿Y si empezó antes, por qué?

No lo sé, respondió Mar cuando le pregunté cómo era Ivana. Tanto miedo en tan pocas palabras. Y tantas preguntas nuevas que surgen en mi cabeza cuando intento imaginarlo. Cuando habla de la Ivana de antes, ¿habla de la mujer que describe Nina? ¿Y cuál es la Ivana real? ¿La que yo conocí o esta que descubrí en un cuaderno lleno de polvo, fotos y cenizas de infancias que se quemaron? ¿Ambas? ¿Ninguna?

Empieza a dolerme la cabeza. Es una puntada. Es una de las garras de la cosa pinchando mi cerebro y reventando mis neuronas con preguntas y preguntas e inflándolas de nuevo con una claustrofobia que no había sentido desde que salí

de casa. Las paredes se cierran sobre mí con cada pregunta. Estoy en el ascensor, sólo que Mar no está aquí para distraerme, estoy en mi habitación en casa, sólo que no puedo abrir la ventana, estoy en el comedor de casa, sólo que el abuelo no está para aconsejarme, estoy con el casco de la moto puesto, sólo que no puedo ir a una velocidad que me recuerde que soy libre.

Meto el cuaderno en su caja y la meto de nuevo donde estaba.

Dejo la mitad de mis cosas sin ordenar.

Salgo de la habitación.

Voy hacia ella.

Sé que estoy yendo hacia ella incluso antes de decidirlo.

Sigue dormida.

Y me recuerda a las fotos que vi de ella cuando era pequeña, cuando no parecía haber en el mundo más que lo que el mundo era. No había segundas intenciones ni verdades ni versiones, sólo las cosas tal cual deberían ser. Y creo que algo dentro mío va a estallar y que tal vez debería ver a un médico porque que tu sangre vaya en reversa no puede ser normal. Pero en lugar de eso me siento al lado de Mar en el sillón.

La despierto al hacerlo.

Sus ojos se abren, adormilados y luego desafían los leyes de la física cuando la abrazo y se abren tanto que no sé cómo no se le caen de la cara.

La abrazo con tanta fuerza que la mitad de la violencia que *la cosa* necesita que ejerza se desvanece en ese abrazo. La sostengo por la niña que no conocí pero que perdió hasta lo que no sabía que tenía, por la adolescente furiosa que le gritaba a su madre, por la chica que es hoy que apenas puede mencionar a su padre. Siento que no sé nada de ninguna de esas versiones que fue alguna vez de ella misma. ¿Cómo es posible estar sufriendo tanto por todas ellas? ¿Cómo puede ser que sabiendo que no sé quién es, aún sienta que sé todas las cosas que importan? ¿Se puede conocer a alguien sin conocer su historia? ¿Si conociera su historia, desde sus ojos, querría abrazarla de esta forma aún?

Más preguntas. Tantas que siento que van a hacerme explotar y dejarme repartido por toda la habitación en forma de confeti.

—¿Pero y a ti qué mierda te…? —La voz adormilada de Mar suena igual a su *vete* de esta mañana. Mi corazón hace más cosas extrañas cuando la escucho. Piruetas, dobles mortales, saltos en paracaídas.

—Necesito esto. Por favor.

Y debe escucharlo en mi susurro, porque se calla.

Y duda.

Sé que duda porque sé que así es ella y también porque lo detesta y también porque me detesta pero le importa. Le importa porque sino no me devolvería el abrazo como me lo termina devolviendo, porque si no le importara no me miraría de reojo como si estuviera loco de remate. No se levantaría más tarde a hacerme un té, ni me ayudaría a distraerme pretendiendo que necesita que alguien la ayude a estudiar. No la ayudo en absoluto a estudiar. La distraigo de todas las formas posibles porque incluso cuando todavía me corre la sangre al revés cuando la veo a los ojos, quiero besarla. Sé que le importo porque mientras le hago preguntas de sus *flashcards* la atrapo más de una vez mirándome como si quisiera leerme la mente y me obligo a alzar mis defensas porque me da miedo que descubra que sé más de lo que debería. Me da miedo que si le digo que entiendo mucho más de ella que antes, se espante y salga corriendo y nunca más la vuelva a ver. Sé que le importo porque nunca me pregunta qué pasó. No ese día, ni el que viene después, ni el otro. Porque le aterra saber, le aterra que le importe y a mí me aterra un poco saber todas estas cosas sin que nadie me las diga.

Mi sangre sigue corriendo al revés y me empiezo a dar cuenta de que todo está patas para arriba porque lo que no pensé que podría pasar tal vez ya está pasando.

CAPÍTULO 32
Paul

Si pensé que en la habitación de Ali había muchas plantas, el invernadero es una copia miniatura de la selva amazónica. El sol entra por las paredes de vidrio y lo mantiene caliente, alejado del invierno que consume el mundo fuera de estas cuatro paredes. Incluso hay un par de flores que decidieron que la primavera ha llegado y se abren de par en par como exponiéndose ante un jurado. *¿Ven? ¿No soy la flor más hermosa que has visto en tu vida? ¿No soy más fuerte que todas las demás, que ni el invierno puede frenarme?* Parecen decir.

Pero justo ahora, cuando los rayos de sol se cuelan entre las nubes y juegan con las partículas de polvo en el aire, las voces de las flores se convierten en la escenografía de un paisaje del que no puedo sacar los ojos. Mar se sienta descalza en un bache de pasto, lejos de mí —porque cuando se sentó a mi lado insistía en que no la dejaba estudiar—, con las piernas cruzadas y un libro abierto sobre ellas. El sol se refleja en su pelo oscuro y le pide a mis manos enterrarse en él, los colores trenzados en él me pide que los cuente. Tiene una lapicera en la mano y el entrecejo fruncido. Pasa las páginas lento, con seguridad.

No, tendría que decirle a los pétalos de todas esas flores si me obligan a ser honesto, *hay flores más hermosas*. Porque en este momento, la pollera de Mar se abre a su alrededor con estampas de colores rojizos y me recuerda a una rosa a medio florecer. El bretel de su musculosa se ha resbalado por su hombro y en lo único que pienso es en que es la excusa perfecta para tocarla.

Incluso cuando la noche anterior me escabullí a su habitación y dormí con ella. Igual que la noche anterior a esa, y la otra y probablemente todas las que vengan. Incluso cuando mi mano siempre encuentra el camino hacia su piel cuando nos quedamos hablando en la oscuridad y ella encuentra la forma de enredarse a mi alrededor culpando al frío –nunca hace frío en la casa, ni en el invernadero, todavía menos cuando estamos en la misma cama.

Todas esas noches evita mirarme. Creo que sabe lo que pasaría si lo hiciera. Y empiezo a desesperarme porque todos mis trucos no funcionan, porque llevo siete días viviendo en esta casa y estamos más cerca que nunca, sin embargo parece determinada a que nuestros labios nunca le hagan justicia a esa cercanía.

Me preocupa ser consciente de que podría quedarme así, a metros de ella, si con eso consiguiera que me siguiera hablando como venimos haciéndolo. Todos los días a todas horas, incluso cuando no hay palabras de por medio, siempre estamos en la misma habitación, ella estudiando o trabajando y yo diseñando tatuajes o hablando con clientes, y el hecho de estar allí habla por los dos.

Ver a Mar en este momento se siente como un nuevo tatuaje cicatrizando en mi piel: quema, pica, me pide que lo rasque hasta arrancarlo; pero sé que no puedo arriesgar la infección, sé que no puedo destrozarlo porque es perfecto tal cual es. Tengo que esperar a que esta picazón pase, hasta que tocarlo no signifique arruinarlo de por vida. Pero ya han pasado siete días y siete noches desde que llegué y temo que para cuando me vaya el momento aún no sea el indicado. Temo esperar de más y que la tinta se infecte sin que me de cuenta.

Hay un zumbido de fondo. Constante, casi tranquilizador. Cuando lo mencioné hace unas horas, Mar dijo que eran sus abejas.

—¿Tus abejas? —insistí.

—Sí, al fondo.

—¿Tienes… abejas?

—Están en sus colmenas, no las abro hasta el verano. El frío podría hacerles mal.

—Pero si aquí hace un calor de morirse.

—No para una abeja.

—¿Qué haces con ellas?

Mar se encogió de hombros.

—Miel.

Y yo me quedé como un idiota pensando en sus labios y en que ella misma cultiva su sabor.

—Te extraño —dice la voz de Tino desde el otro lado del teléfono.

Y yo me siento una basura por no estarle prestando atención.

Hablo con él todas las noches, pero aún así mi corazón se convierte en un montoncito de arena cuando pienso en que estos siete días con Mar han sido siete días sin él.

—Yo también te extraño. Puedo ver de buscarte por el colegio el viernes y…

—Pero quiero verte hoy.

—Hoy no puede ser, acuérdate que estoy quedándome en lo de Mar y todavía no puedo caminar mucho por las muletas. ¿Sí? Pero para el viernes seguro ya…

Los ojos de Mar encuentran los míos y yo juro por mi vida que todos los metros que nos separan desaparecen y su rostro está justo frente al mío diciéndome cosas que no puedo escuchar porque estamos sumergidos en el fondo del fondo del fondo del océano. No puedo respirar porque si lo hago estoy seguro de que va a desaparecer. Este instante, esta chica, esta mirada que me da y que parece un muro y a su vez una puerta al mundo de al revés, todo va a irse.

Un parpadeo y ella vuelve a estar a diez metros, yo vuelvo a estar con el celular en la oreja y el verde lima de sus ojos deja de mirarme como si tuviera una mentira que intercambiar por un beso.

Hace un gesto con su mano, pidiéndome que ponga en pausa la llamada.

—Tino —interrumpo—, dame un segundo, ¿sí? Enseguida me terminas de decir. —Tapo la parte inferior del celular. No sé si eso va a prevenir a Tino de escucharme, es un mal hábito que no puedo dejar atrás después de tantos años usando el teléfono de línea en casa—. ¿Qué pasa? —le pregunto a Mar. Como si segundos antes no hubiera estado muriendo por cruzar la puerta en sus ojos. Hacemos eso también: tocarnos con excusas y hablar como si nos importara una mierda lo que el otro piensa.

—Puede venir hoy. Que se quede a dormir.

—Sí, justo, como si papá fuera a traerlo hasta aquí. —Nunca he deseado tanto en mi vida que mamá supiera manejar.

—Nosotros lo buscamos y mañana a la mañana lo llevo a la escuela. No me cuesta nada, me toca trabajar temprano el lunes para cubrir a una maestra de tercero.

Parpadeo un par de veces, esperando que al hacerlo se rompa una segunda alucinación, que me diga que es un chiste. Porque sé que ahora mismo está leyendo textos para un trabajo de química que tiene que entregar el martes e ir a buscar a Tino le comería al menos dos horas de su día, entre ida y vuelta. Pero Mar sólo vuelve a su texto y sigue leyendo.

—Salimos en una hora —dice, como si nada.

Le digo esto a Tino y juro que escucho su sonrisa en el grito de alegría que pega, en la velocidad con la que le pasa el celular a mamá para que termine de organizar con ella los detalles. Y luego corto la llamada, me levanto y camino hacia Ali, dejándome caer frente a ella.

Error.

El sol sigue arrancando colores irreales de su iris, tonos de verde que parecen amarillo ácido, sombras más oscuras que parecen caramelos de menta flotando entre el veneno como una prueba para idiotas que saltan sin pensar.

Me obligo a pensar, a no ser un idiota.

—Gracias —digo—, pero que no se te vaya a hacer costumbre esto de salvarme siempre.

Ella suelta una risita y niega con la cabeza.

No levanta la vista del libro de texto.

Y yo decido en ese mismo instante que la luz es hermosa y la chica frente a mí es un pétalo de rosa y quiero que sus labios de miel vuelvan a estar sobre los míos en este mismo instante así que la tomo por la barbilla y guío sus ojos de vuelta a los míos.

Vuelve a pasar.

Se hace un túnel en el tiempo y el espacio y sus ojos están más cerca de los míos de lo que ningún otro par de ojos lo ha estado. Sus colores me rodean por completo y sus palabras sumergidas forman burbujas a nuestro alrededor.

—¿Ves? Que no se puede estudiar cuando estás cerca. —Le creería si al final de esa oración sus ojos no se desviaran a mis labios. Es breve, tan breve que podría haberlo imaginado, excepto porque su tono de voz cambia, se envuelve de algo espeso y sedoso que la obliga a bajar el volúmen—. Eres un pesado.

Y mi corazón y mi cerebro hacen un enroque, cambian de lugar y el partido queda dado vuelta. Me gustaría saber qué significa todo esto, pero sé muy poco de ajedrez y no consigo ver el tablero completo.

Muevo una pieza.

—¿Por qué siempre me estás salvando?

Es su turno, sin embargo su respuesta es una pausa. No toca una pieza, no quiere arriesgarse a avanzar.

—Porque me das lástima.

Es una verdad disfrazada de chiste.

¿Una mentira por un beso? Querría preguntarle para obligarla a dejar de esconderse.

No lo hago.

Sigo esperando a que se haga cargo de su turno.

—¿Por qué me dejas abrazarte y dormir en tu cama y escuchas mis problemas y me abrazas cuando te digo que lo necesito? –insisto–. ¿Por qué me buscas cuando llegas a casa y me cuentas cómo lo viste a mi hermanito en los recreos? ¿Por qué me dices que soy un pesado, pero me invitas a tu invernadero y me muestras tus plantas y tus abejas?

Noto cómo se tensa, cómo la invade el pánico cuando pongo en palabras todos esos acuerdos tácitos que venimos firmando como si no tuvieran

consecuencias.

—¿De *dónde* viene todo esto? ¿Es que no puedo…?

—Puedes, y quiero que lo sigas haciendo. Pero necesito saber por qué.

—No lo *sé*, simplemente lo hago.

—¿Por qué?

—No hay…

—¿Por qué?

—Paul…

—Deja de darme excusas y dime por qué.

Veo el momento en el que acepta el desafío, en el que la hago rabiar tanto que no le alcanza acentuar todas las palabras del diccionario.

—Porque *quiero*. Porque nadie más *lo hace*. Porque… porque…

No quiero que se corte. Quiero que siga toda la vida. Sostengo con más fuerza su mandíbula, obligando a sus ojos a quedarse justo donde están, a no irse volando entre parpadeos.

–¿Por qué?

–¡Porque *sonríes* cuando lo hago! —Y supongo que no lo esperaba. Supongo que pensé que me diría algo sobre ella, algo sobre de dónde viene, algo sobre la forma en la que ella se siente. Pero Mar siempre termina sorprendiéndome, ¿no es así? Eso es lo que siempre me hace imposible dejarla ir. Desde esa noche en el bar, lo que hace que no pueda sacármela de la cabeza es que siempre parece tomar un desvío que yo no sabía que estaba ahí, ver un color que mis ojos no perciben, conocer un mundo que se esconde de mí—. Porque tienes una sonrisa de estúpido total y cuando sonríes como un estúpido no tengo tantas ganas de besarte porque nadie quiere besar a un estúpido.

—Yo creo que eres una estúpida y quiero besarte.

—¿Entonces, por qué no lo haces? —Enojo, desilusión, incomprensión—. Todas las noches espero que me beses y nunca lo haces, pero siempre actúas como si quisieras hacerlo, ¿*cuál es tu problema*? –acentúa todas las palabras de esa pregunta, separándolas como si en efecto estuviera hablando con un estúpido.

—Mi problema son todas tus reglas. Que dijiste que no volvería a pasar.

—¡Y no *va* a volver a pasar!

—Pero quieres que vuelva a pasar. —Se me queda mirando; ojos entrecerrados llenos de odio y deseo que queman toda mi piel y mis músculos y me dejan hecho huesos y escalofríos—. Mar, lo único que estoy esperando es a que me des una sola señal de que quieres que suceda porque estoy cansado de

buscarte y tenerte y que me empujes una y otra vez. No puedo seguir dando vueltas con esto, no puedo seguir todas estas reglas si no sé por qué están ahí.

—Están ahí para que no pensemos que es real. No lo es. *Esto*, —dice mientras sus dedos envuelven el brazo con el que sostengo su barbilla—, no es más que deseo y no quiero que ninguno de los dos piense que hay otra cosa. No quiero arriesgarlo todo por algo que no existe.

—¿Qué es lo que está en riesgo? Sé lo que es desde el momento uno. Sé lo que quieres y sabes lo que siento. —Ahora mismo soy un remolino de tintas que se mezclan y en el centro hay tantos colores juntos que no tengo idea de cuál es cuál, pero no le digo eso porque estamos diseñando el tatuaje de nuestra historia y desviarnos podría arruinarlo todo—. No necesito seguir aclarándolo.

—Eso dices ahora. Pero luego vas a ver intenciones donde no las hay y vas a creer que mis acciones dicen cosas por mí, cuando no lo hacen. No quiero… —Si sus ojos siguen desviándose a mis labios, esta conversación va a terminarse antes de lo que debería. Traga saliva, se encoge de hombros—. No quiero hacerte daño.

Su voz está hecha de cristales que se quiebran bajo el peso del miedo. Se aplastan contra algo dentro mío que pensé que se había convertido en piedra y así descubro que aún es capaz de sangrar. Quiero recolectar las piecitas de ella que me atraviesan, usar mi sangre como pegamento para recordarle la forma que deberían tener.

Levanto su barbilla aún más, mi pulgar deslizándose por el contorno de su rostro, su corazón latiendo desaforado, haciendo hervir las venas bajo su piel. Por un segundo se siente como si su sangre fluyera hacia mí, como si nuestros cuerpos se entrelazaran a través de ese toque y su sangre necesitara la mía para sobrevivir.

—No puedes hacerme daño, Mar.

Un aleteo.

En sus ojos.

En los míos.

Algo le duele en cuanto lo digo. No, no es dolor. Es pena o miedo o duda. Tal vez sea dolor. No lo sé. Todavía está demasiado lejos, no me deja verla.

Todo sería más fácil si Mar pudiera hacerme daño, si pudiera verla y morirme al hacerlo como muero cuando veo a Shelly, con esas puñaladas lentas que avanzan de a poco, muy de a poco, atravesando todo lo que viene después del amor: la duda, la incertidumbre, el miedo, el odio, el rencor. Cuando llega al centro de mí, el cuchillo que Shelly empuña revienta una burbuja y me lleno de

tantas cosas que no sé por dónde empezar a describirlas. Ali no tiene ese cuchillo e incluso si lo tuviera, nunca podrá ser la mano indicada para empuñarlo porque no es Shelly. Nunca va a ser Shelly. Nadie va a serlo. Y por ese único defecto, nunca voy a ser capaz de amar otra vez de esa forma.

Pero este es el lado positivo de eso. Esto es lo que queda para sonreír después de un corazón roto: no queda más que romper. Así que le sonrío. Ella me mira como si hubiera perdido la cabeza pero yo le sonrío porque no podemos amarnos entonces no podemos dañarnos sin importar cuántas reglas tiremos por la borda.

—No puedo hacerte daño —repite, sus labios degustan las palabras, esta verdad que lo cambia todo.

—No puedes.

—Y tú no puedes hacerme daño.

—¿Por qué?

—Yo no te pregunté por qué.

—Eso es porque sabes.

Hemos hablado sobre Shelly incontables veces, hemos hablado sobre la forma en la que la extraño, la forma en la que todo me recuerda a ella, lo extraño que es descubrir algo nuevo cuando no puedo compartírselo, cómo *la cosa* dice su nombre por las noches, a veces como si fuera el remedio, a veces la enfermedad. Mar es la única persona a la que le he dicho que lo volvería a hacer. Sin importar ese dolor, sin importar lo complicadas que hace hoy las cosas, no viviría en un mundo en el que Shelly no me haya enseñado a amar.

—Vamos, cuéntame —insisto. ¿Por curiosidad? ¿Porque quiero librarme de la culpa de todo lo que pueda suceder si hacemos lo que queremos hacer en este instante? No lo sé. Solo necesito saber—. Miénteme.

Su boca se inclina hacia un lado; un desafío, una ironía, un pedido.

—¿Una mentira por un beso? —Su aliento acaricia mi rostro.

Miel.

Todas las abejas de Mar zumban en mi cabeza, revolotean bajo mi piel, se arrastran entre mis órganos.

—Una mentira por un beso —confirmo. Sólo tengo ojos para sus labios. Sólo tengo labios para sus labios. Sólo tengo aire para sus labios.

—No puedes hacerme daño —dice, lento pero tan lento que creo que alucino la forma en la que los milímetros van desapareciendo a medida que lo hace—, porque *eres* estúpido y blando y crees en un montón de cosas que a esta altura de la vida deberías saber que son falsas. Yo sé que lo son. Para siempre, toda la

vida, amor eterno. —Se ríe en mi cara de todo lo que siempre quise y su acidez me achicharra el corazón. ¿Qué ha vivido que a los diecinueve años no puede darse el lujo de creer en el amor? Mi corazón vuelve a inflarse como un globo cuando las yemas de sus dedos tocan el punto en el que mis clavículas se cruzan, y quiere irse volando con sus dedos cuando se deslizan sobre mi tráquea, sobre el borde de mi mandíbula, hasta envolverla con la palma de su mano. Sus ojos son tan dulces que las abejas dentro mío revolotean queriendo sumergirse en ellos, no ve que son una trampa y que del otro lado del verde más hermoso del mundo todo lo que hay es un desierto gris—. Lo último que buscaría en un hombre… —Sus labios rozan los míos al hablar y juro que saltan chispas—. Serían promesas que no va a poder cumplir.

¿Vamos a quedarnos por el camino o retroceder?, recuerdo haber pensado cuando llegué a esta casa, con dos muletas, una valija y la certeza de que esto lo complicaría todo.

La mano de Mar llega a mi nuca, hace un puño con mi cabello.

Y destruye.

La distancia.

Que nos separa.

Sólo entonces veo la tercera opción.

Quedarnos por el camino.

Retroceder.

Saltar al vacío.

La caída nos despeina.

O tal vez son nuestras manos.

Hace que las páginas de esta historia pasen a toda velocidad.

O tal vez es el cuaderno que está sobre sus piernas y sale volando cuando Mar se sube a mi regazo y me recuesta, sus piernas a los lados de mi cuerpo como un *déjà vu* en el que construiría una casa para visitar cada vez que el azúcar no alcance para endulzar la vida.

Hace que Mar se sienta más cerca que nunca.

O tal vez son mis manos que se meten bajo su remera y se abren en su espalda buscando abarcar todo lo que hay también debajo de su piel.

Hace que *la cosa* dentro mío quiera *más, más, más* incluso cuando lo tiene todo. Quiere este beso y el que viene después y el próximo y el otro y quiere que todos tengan sabor a miel y a saltos al vacío y a la seguridad de que de alguna manera no necesita más que estos besos para saber que no va a reventarse contra el piso.

O tal vez es el sonido que sale de sus labios cuando su lengua acaricia la mía. No me importa lo suficiente como para detenerme a preguntar.

CAPÍTULO 33
Mar

El tiempo viene y se va, los segundos son y luego ya no son más, no existen, desaparecen; se los traga el segundo que viene después. No importa cuántas fotos, cuántos videos, cuántas pinturas intentan atraparlo, ni siquiera estas sobreviven su pasar. El tiempo pasa sobre ellas y los colores se marchitan, el brillo se esfuma, los recuerdos se distorsionan.

Catorce días.

Es muchísimo tiempo.

¿Cómo han pasado ya la mitad?

Siento que ayer le abrí la puerta a Paul y sus muletas. Una lista de reglas nuevas en mi cabeza. Inamovibles. Sagradas.

Siento que ha pasado un año entero.

Hay tanto de él en tantos rincones de la casa ahora. Su esencia se mezcla y se superpone con el pasado, con el presente, con un futuro en el que va a dejar de estar. No queda rastro de mis reglas.

Hay tanto de él en mí ahora.

Está en mi cabeza tan seguido que amerita una denuncia por allanamiento mental.

Está en mi cabeza incluso cuando está frente a mí, como ahora.

Es domingo.

Podríamos estar yendo a la rampa, donde todos nuestros amigos nos esperan. Sin embargo estamos volviendo de casa de Paul y un Tino eufórico asoma desde el asiento de atrás. Habla mil palabras por segundo y la sonrisa de Paul es tan grande que le debería dar vergüenza a la luna que un chico con la piel llena de tinta la humille de esta forma en su propio juego.

Todos nuestros amigos están en la rampa, Leo y Willa incluidas.

Esta tarde le pregunté si quería que lo llevara.

—¿Tú vas a ir?

—No.

—Entonces no —respondió, limitándose a seguirme hasta el invernadero.

No insistí ni pregunté por qué.

Ahora mismo yo podría estar ahí en la rampa.

No es como si fuera a estudiar. No creo que sea capaz de concentrarme en nada ahora mismo. Siento los labios hinchados, la lengua pesada contra el paladar. Besar a Paul es un deporte exigente; no se limita a unir sus labios con los tuyos, te declara la guerra y no hay bandera blanca que pueda ponerle freno. Sus manos destrozan la cancha, me levantan la piel con cada centímetro que avanzan.

Pero intento no pensar en nada de eso –ni en sus manos ásperas ni en su aliento entrecortado los breves segundos que conseguía de distancia entre nosotros–cuando su hermanito está contándonos que ya no quiere ser paleontólogo. Quiere ser conductor de fórmula uno, porque el papá de Sara trabaja de eso y usa el mejor traje del mundo y Sara piensa que es lo más cool que existe.

—¿De verdad ya no quieres estudiar dinosaurios? —pregunta Paul. Por el espejo retrovisor alza una ceja con la vista clavada en su hermanito. Está conteniendo una risa y a juzgar por las arruguitas alrededor de sus ojos, no va a aguantar mucho más.

—De verdad.

—¿O es que quieres que Sara piense que eres *lo más cool del mundo*? —Tino se pone de todos los colores del arcoíris y no es capaz de sostenerle la mirada a su hermano.

—No —responde con el puchero más tierno de la historia dibujado en la cara —, es que ya me aburrí de los dinosaurios.

Paul me mira alzando las cejas y yo me encojo de hombros.

—Bueno, no pasa nada. Siempre podemos ver otra película —comento, como si nada, y Tino pica el anzuelo incluso más rápido de lo esperado.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué peli ibamos a ver?

—No, no, ya no importa. —Paul me sigue.

—Si ya te aburriste de los dinosaurios no va a divertirte ver una película sobre cómo hubiera sido convivir con ellos si no se hubieran extinto. Mejor veamos la última carrera de fórmula uno.

Paul tira de una de mis trencitas.

—No me tientes —murmura. Y luego la deja caer y acomoda mi cabello detrás de mi oreja porque rompimos las reglas y ya no hay de qué preocuparse porque él no puede amarme y yo no puedo amarlo así que no hay riesgo alguno. Mi corazón da un salto ante la colisión entre lo conocido y lo novedoso del gesto.

—¡No! Digo que me aburre *trabajar* con dinosaurios. Sara dice que para eso

hay que vivir en el desierto y yo quiero seguir viviendo con Paul.

La mano de Paul cae y veo cómo le vuelve a sonreír a Tino.

La sonrisa no llega a sus ojos.

La mía tampoco.

La preocupación de Tino no es dejar de vivir con su mamá, o en su casa; es dejar de vivir con *Paul*. Porque Paul es su padre. Al menos de todas las formas en las que cuenta.

Lo escucho por las noches. Antes de escabullirse a mi habitación, donde pretende que nada le importa y que *la cosa* no se lo come vivo de culpa cuando se descubre disfrutando su tiempo lejos de su hogar, escucho su voz hablando por teléfono. Al principio pensaba que se trataba de Shelly, porque de alguna manera todo lo que hace y lo que deja de hacer sigue girando en torno a ella, pero luego me di cuenta de que se reía de esa forma en la que se está riendo ahora y sólo Tino genera eso en él.

—Sara, Sara, Sara… —repite Paul—. ¿Acaso mi hermanito tiene novia?

Tino se pone más rojo.

Y yo me pregunto qué hubiera pasado con mi vida si papá hubiera hecho más chistes, si hubiera sido un poco más fuerte para nosotras, si le hubiera importado lo suficiente, si se hubiera quedado, si no se hubiera rendido sin más. También me pregunto qué será de todo esto que estoy viendo, qué hace que mi mano pique porque quiere ir en busca de la de Paul.

Al principio lucho contra el impulso, pero luego recuerdo que ya no hay reglas, que nadie va a leer segundas intenciones donde no las hay. Y, ¿qué importa por qué quiero hacerlo? ¿Qué importa la forma en la que él me mira, como si tampoco lo hubiera visto venir? ¿Qué importa la forma en la que se le termina escapando la sonrisa y sus dedos se entrelazan con los míos sobre su muslo?

Nada.

No importa nada.

Porque incluso aunque importe, no es real.

CAPÍTULO 34
Paul

Nieva poco en esta ciudad. Las condiciones que tienen que darse para que los copos no se desarmen en su camino a la tierra son demasiadas. Tuve que haber sabido que este día sería diferente a los demás cuando me levanté por la mañana con los huesos vibrando de esa forma en la que lo hacen cuando se acerca la nieve.

Es casi un sexto sentido. Se activa y acto seguido *la cosa* se despierta y la claustrofobia aparece y el miedo a quedarme encerrado en casa por días y días me acelera el corazón como si una casa de dos pisos fuera el equivalente a un ataúd. Incluso cuando sé desde un lugar lógico que no hay chance de una nevada así de violenta aquí, la nieve suele despertar un miedo dentro mío construido con hielo y acero, engranajes que crujen recubiertos de escarcha.

Sin embargo hoy desperté, mis huesos me dijeron que la nieve estaba en camino y… no hubo miedo, acero ni escarcha dentro mío. Esta fue la primera mañana desde que tengo memoria en la que lo primero que pensé no fue si tenía o no la ventana abierta. Me levanté y pensé en Mar, porque abrí los ojos y la tenía frente a mí, con la boca medio abierta y el pelo infinitamente largo haciéndome picar la naríz.

Tuve que haber sabido que este día sería diferente en ese instante.

O cuando entre sueños dijo mi nombre y murmuró algo sobre una nave y las estrellas.

Tuve que haberlo sabido cuando mi corazón por poco explota y se convierte en un montón de serpentina rosa.

Pero creo que recién ahora me doy cuenta de todo esto, porque hay algo en la escena frente a mí que me recuerda a mi casa cuando se sentía más como un hogar, a mi familia cuando nos hablábamos y nos reíamos y los sábados eran sagrados. Tino está escuchando las indicaciones de Ivana, que le está explicando las reglas del burako. Hay un montón de fichas del juego desparramadas sobre la mesa ratona y Mar a mi lado finge desinterés pero mira el juego con hambre y yo sé que está pensando en ganar.

La nieve por primera vez no me trae miedo, sino que se apila contra el piso y me recuerda al pelo blanco del abuelo. Creo que el viento arrastra un deje de su

risa, como si hubiera estado dando vueltas por el mundo todo este tiempo y hoy pasara a recordarme que en un momento todo fue mejor.

—Te lo dije —susurro, inclinándome sobre ella y apuntando a la ventana.

Mar sonríe. Me toma desprevenido cuando lo hace con esa calidez. Puedo contar con los dedos de una mano las veces que sonrió así para mí.

—Parecen plumas —susurra de vuelta.

—¿Crees que Dios está teniendo una pelea de almohadas con alguien ahí arriba?

—¿Con quién?

—No lo sé.

—Ser Dios debe ser solitario.

Mi pie, enfundado en medias gruesas, se estira por debajo de la mesa ratona y le da un empujoncito al suyo.

—Sí, de seguro nos envidia muchísimo.

Hay una promesa en mis palabras, en la forma en la que me inclino al decirlas, en la que erizan su piel.

Mar rueda los ojos como si se hubiera hartado de mí.

Su sonrisa y el color que toman sus mejillas me dicen lo contrario.

Mar nos mira reclinada contra el marco de la puerta. Su cara no me dice absolutamente nada y me dan ganas de preguntarle por qué estudiar una carrera cuando podría hacer millones jugando al póker. No al burako. Perdió contra un niño de seis años que no sabía jugar. Todos perdimos. La humillación fue total.

—¿Puedo faltar al colegio mañana? —pregunta Tino, mientras apretujo las colchas a su alrededor para hacer un “Burritino”.

—No.

—Pero dijiste que el ganador elegía el premio.

Tiene razón, pero siendo honesto, dije eso pensando que ganaría y podría usar mi premio con Mar de alguna forma. Para pedirle más mentiras que son verdades y más besos como los del invernadero.

—¿Por qué no puedes pedir chocolate como un niño normal?

A mis espaldas Mar suelta un resoplido para camuflar una risa y yo me siento como si acabara de ganar un puto premio Nobel.

—¿Puede llevarme Ali al colegio, entonces?

Se pone completamente rojo y a mí se me escapa una carcajada porque no sé con qué otra reacción enmascarar la obvia verdad de que los hombres Grimmaldi

tenemos un tipo y Tino acaba de descubrirlo.

Ella está descalza, así que no me doy cuenta de que está a mi lado hasta que su perfume me envuelve con esa repentinidad abrumante que me hace pensar en un millón de cosas que no debería pensar teniendo en frente a mi hermanito. Mar se agacha a mi lado y corre el pelo de Tino para darle un beso en la frente.

Nadie me dijo que un beso para otro hombre podía sentirse como una bomba atómica cayendo en mi pecho y volando en pedazos todo lo que alguna vez creí ser. Me convierto en escombros hechos de algodón de azúcar y una ametralladora dispara colores que no sabía que existían hasta pintar un paisaje que ni Van Gogh podría haber imaginado. No me entra en el pecho y enseguida pienso que si este momento fuera un tatuaje no me alcanzaría la piel para retratar su inmensidad.

—Claro que sí. Venga, a dormir ahora. Que sino mañana no te levanta nadie. —Le revuelve el pelo y él la mira como si fuera un ángel y no me queda más que esperar que no voltee a verme porque mi hermano y yo en la vida nos parecimos tanto como en este instante. Inevitablemente, Mar me mira y la dulzura de su gesto se deshace hasta convertirse en burla y quiero morderle los labios hasta arrancarle esa sonrisa ácida de la cara—. Y lo mismo para ti, eh. Que no eres el más madrugador.

Es una indirecta para que no la busque esta noche.

No pensaba hacerlo. Dormiría aquí mismo con Tino. Pero ahora que me dijo que no lo hiciera, la tentación de desobedecer es el doble de grande. Creo que lo sabe. Y creo que por eso lo hizo. Ahora que nos deshicimos de las reglas todo está permitido, incluso aquello que no debería estarlo.

—Voy a intentarlo.

—¿No crees poder?

—Es difícil dormir aquí —*sin ti, sabiendo que podría estar besándote y tocándote y dejándote saber que esa sonrisa ladeada tuya podría usarse de precipicio para saltar hacia el fin del mundo*—. Por el ruido, ¿sabes?

—Pero si no hay ruido… —murmura Tino, mirándonos como si fuéramos idiotas.

Pero Ali sabe que es una mentira más.

No creo que le moleste.

Todas nuestras mentiras se pagan con verdades.

Al final sí que me despierta el ruido.

Al principio no sé qué es.

¿La tormenta empeoró? ¿Una risa de la calle? ¿Un murmullo? ¿Una televisión encendida en algún lado?

Me remuevo y acerco el cuerpecito de *burritino* a mí aún más. Quiero volver a mi sueño de bombas atómicas y besos y casas en las afueras de la ciudad donde se camina descalzo y siempre huele a incienso y miel. Pero el sonido sigue metiéndose entre las grietas de las fantasía y terminan reventándola por completo. Quedo en la oscuridad de esta habitación con los ojos cerrados, atento a este intruso.

Porque ya no nieva y las paredes de esta casa son inmunes a los pocos ruidos de la elegancia de este barrio. Porque no parecen voces. Es un sonido que tiene corazón de alguna forma. Late contra mis oídos y se entrecorta como si recién estuviera aprendiendo a latir.

Y divago entre la niebla hasta que la realización me arranca el sueño de un tirón.

Lo que escucho es a alguien llorar.

Y antes de siquiera darme cuenta de ello me estoy levantando de la cama.

Ahogo un grito de dolor porque en cuanto mi pie sin bota toca el piso, recibiendo el peso completo de mi cuerpo, se dobla y me caigo con un grito atravesado en la garganta. Tengo que aguantarme las lágrimas. Se siente como si alguien hubiera tomado con pinzas mis tendones a la altura del tobillo y hubiera tirado de ellos hasta arrancarlos de la pierna.

Sin embargo tanteo la pared hasta dar con mis muletas, que llevaba ya cuatro días sin necesitar, y en cuanto las tengo bajo los brazos subo las escaleras tan rápido como puedo. Que debido a las circunstancias es lento. Muy lento. Tan lento que mi corazón bombea la sangre en mis oídos con una intensidad que no me permite distinguir el origen del ruido ni siquiera cuando ya estoy frente a la puerta de Mar, abriéndola.

Un trueno me corta la respiración. La nevada ha cesado pero la tormenta se ha vuelto algo furioso que remueve el viento y las hojas como si quisiera llevarlos a otro planeta. El trueno me seca la boca y destruye todos los sueños que tuve esa noche. El trueno es lo que vibra en mi caja torácica como si hubiera estallado dentro mío. No tiene nada que ver con Mar, que me recibe hecha una bolita en su cama, tragada por las colchas y la oscuridad pero con los ojos bien abiertos como si estuviera intentando usarlos para abrir un portal a otra dimensión. Ni siquiera se percata de que estoy aquí. O no le importa lo suficiente como para reconocerlo. En posición fetal, con el rostro tan pálido que no puede

esconder nada, la mujer mordaz y sarcástica que conocí una noche en un bar, se parece al niño de seis años que dejé en el piso de abajo.

Y yo me acerco a ella.

Dejo caer las muletas sin esforzarme en ser silencioso.

No reacciona.

No me mira.

¿Soy un fantasma?

Me dejo caer sobre la cama, justo donde termina la bolita en la que ha convertido a su cuerpo. Y no sé qué más hacer. No sé si hablar, si callarme si abrazarla como mi cuerpo me pide que lo haga. No quiero equivocarme pero no quiero que esta impotencia se coma mis órganos. Ya parece estar masticando mi corazón.

La miro.

La miro.

La miro.

Absorbo todo lo que queda de ella, todo lo que reconozco porque lo vi escurrirse detrás de su determinación cuando las armas con las que me apunta tiemblan, todo lo que nunca llegué a ver. Y entre la bruma del sueño, del susto, tardo más de lo que debería en darme cuenta de que no hay una sola lágrima en sus ojos, de que sus labios están cerrados pero el llanto sigue aquí, aún más fuerte aquí arriba de lo que era en mi habitación.

Entonces se mueve y su mano sale del fuerte de colchas de plumas que hay entre nosotros y me busca. Se aferra a mí con tanta fuerza que me duele. La dejo. Como si mi dolor pudiera absorber el suyo, meterlo en una botella y reventarlo con un bate de béisbol como hicimos hace solo unos días. Hay tanta violencia y pena sacudiendo la marea de mis pensamientos que el agua se vuelve turbia y no soy capaz de encontrar ni siquiera mi propia sonrisa, mucho menos la de Mar. Sin soltar su mano, como si fuera el ancla que evita que la espuma me empuje, me meto con ella bajo las sábanas y la envuelvo con los brazos. Ninguno juega a las excusas para tocarse. Ni las necesitamos ni las queremos. Ella se aferra a mis brazos con tanta fuerza que sus uñas me hacen daño, pero no me quejo porque quiero absorber todo lo que pueda de su dolor de la forma en la que pueda hacerlo. Lo único que marca el fin de su piel y el inicio de la mía es la tinta negra.

—Así suena mi mamá —susurra, cuando el tiempo parece haberse convertido en un concepto aún más abstracto, casi inexistente. Habla bajito pero me sobresalto igual porque me quema el temblor de sus vocales.

—¿Qué cosa?

—Así suena la mamá que conozco.

El mar rompe las cadenas que me atan a la orilla y me traga por completo. Mis pulmones se llenan de sal y arena y creo que los ojos me pican porque rebalso. Pienso en la Ivana que yo vi. Hecha de tiempo y cabellos enredados, de sonrisas, bromas y ojos que buscan a una hija que nunca encuentra.

Y entonces entiendo lo que Mar quiso decir la otra noche.

—¿Por eso te quedas? ¿Crees que Ivana te necesita?

Todas las hojas verdes en sus ojos se marchitan. Mis palabras son lluvia radioactiva y desintegran hasta la última de sus células, las reducen a cenizas. La mismísima selva amazónica deforestada en segundos.

—¿Quieres ver una película?

Pero no entiendo su dolor. No entiendo su lugar en todo esto.

—Te lo juro, no tengo idea de quién es. Es como si desde… Es una persona diferente y ya no… desde que llegaste ella no… Está comportándose como una persona completamente diferente.

—Diferente a…

—¿A ella misma?

—Tengo que admitir que esto no tiene mucho sentido para mí en este momento.

Ali vuelve a encogerse de hombros.

—Tampoco tiene mucho sentido para mí, si te soy sincera.

Y se me viene a la cabeza el diario de Nina. Las cosas que dijo sobre su madre, sobre su padre, sobre Mar. Pero sobre todo pienso en las cosas que no dijo, en las cosas que una chica de esa edad no podría ver, las verdades de las que los padres protegen a sus hijos. Y me pregunto qué pasó, cuáles son las piezas de este rompecabezas porque la imagen está distorsionada y no entiendo cómo encaja todo. Cómo el diario de Nina terminó en esto. Cómo una finca prendida fuego pudo destruirlo todo. Necesito que Mar llene los huecos pero cuando abro los labios para hablar se me escapa una lágrima y soy incapaz de decir palabra alguna. Todo me queda atorado en el pecho, obstruyendo las entradas y salidas de todo lo que llevo dentro.

No sé por qué lloro. Pero no creo que este dolor me pertenezca. Se siente ajeno, formas y texturas desconocidas que no tienen nada que ver con *la cosa* o la pena que manifiesta mi cuerpo. Podría ser por Ivana, por Ali, por Nina. Por todas a la vez. Pero por sobre todo creo que lloro porque en mis brazos hay una niña que tampoco tiene idea, una niña perdida en su propia mentira y sus ganas

de que sea verdad.

CAPÍTULO 35
Paul

No sé cuántas horas pasan.

Espero que su respiración se calme y su agarre deje de doler, aunque no me deje ir. Y sólo para estar seguro —porque Mar es perfectamente capaz de fingir para deshacerse de mí una vez que se dé cuenta de que ha mostrado más de sí misma de lo que pretendía— me quedo un ratito extra hasta que la profundidad del sueño es tanta que la escucho balbucear por lo bajo. Lo hace siempre y estoy bastante seguro de que no tiene ni idea. Me pregunto si alguien más la ha escuchado así, hablando de lo que le pasa en sus sueños porque despierta se lo guarda todo.

Dice algo sobre caminar más rápido. Luego creo que dice algo sobre Willa o Wallie, cualquiera de las dos perfectamente factible. Y no sé por qué lo hago, pero después de darle un beso en la sien y volver a mi habitación con Tino, agarro el celular y anoto ese fragmento de sueño robado. Siento el rostro reseco y salado, siento la noche misma contenida bajo mi piel, inmensa y oscura y solitaria de formas inexplicables porque no estoy solo. Pero una vez más, este dolor no es mío. No es sal de mi mar ni pena por mis penas. Todo pertenece a la chica que sólo pierde el filtro en sus sueños.

Y a veces conmigo.

Cuando se enoja y acentúa palabras.

Cuando me besa porque la volví loca más allá de la razón.

Cuando quiere mandarme a la mierda pero en su lugar me busca.

Cuando me lleva a hacer añicos el mundo para evitar que me rompa a mí mismo.

—Paul, pensé que ya no necesitabas las muletas —comenta Ivana mientras me abro paso a la cocina. No pegué un ojo en toda la noche y me desperté con el tobillo enrojecido e hinchado.

—Se cayó a la noche —responde Tino, antes de que pueda inventarme algo.

—¿Y tú cómo sabes?

—Me despertaste. Hiciste ruido.

—¿Por qué te despertaste?

—Fui al baño —miento.

—¿Hiciste caca?

Mar, que hasta el momento estaba en silencio en la mesa, tomando su café y estudiando las hojas de un cuaderno anillado, suelta una carcajada.

—Tino, ya hablamos de estos comentarios cuando hay gente comiendo.

Él se encoge de hombros tomando la chocolatada que Ivana le ofrece con una sonrisa.

–Es que tardaste mucho.

E intento no hacerlo, pero mis ojos van a los de Mar de inmediato.

Es una sola mirada. Su rostro se mantiene impasible, pero su mano va al colgante que lleva hoy, una piedra color turquesa intenso. Esa mirada y mi tobillo hinchado son las únicas dos pruebas de la existencia de la noche anterior. De lo frágil que la chica inquebrantable se sintió en mis brazos, del hielo que le corre por las venas cuando la noche y el pasado la acorralan.

—Desayuna y vamos, que van a llegar tarde.

Por la tarde Mar me busca en el trabajo.

Bromea, sonríe, dice que va a pasar por lo de Willa a buscar unas cosas, pero que nos vemos en la noche. Sale corriendo. Huye de mí porque sabe que en cuanto me dé el lugar, voy a hacer preguntas con respuestas que no me quiere dar. O peor aún, respuestas que quiere darme pero odia darme porque al hacerlo corre el riesgo de generar una respuesta por mi parte.

Me gustaría decirle que no voy a irme a ningún lado, pero le estaría mintiendo. Todo esto es temporal y va a terminar más temprano que tarde porque el subibaja de emociones que es estar en su presencia es algo que ninguno de los dos está diseñado para soportar. No somos compatibles. Shelly siempre había funcionado conmigo porque podía leerla como a la palma de mi mano. De hecho terminamos porque la conozco mejor que nadie y supe que la noche en la que estuve con Mar rompí algo en ella que no recuperaría jamás.

Así que en lugar de decirle a Mar que estoy para ella, en lugar de hacer las preguntas que me dan vueltas en la cabeza como si fuera un lavarropas averiado que centrifuga a toda velocidad, le sigo el ritmo.

Es tan buena fingiendo que, de cierta forma, la admiro. Me da ganas de gritarle, de sacudirla hasta que entre en razón. Verla ayer por la noche sacó un velo que había entre nosotros y siento que una vez más redescubro a Mar Aliena: se protege del frío gélido de la incertidumbre envolviéndose en mantas tejidas con mentiras y fogatas en las que quema sus dudas en lugar de salir a buscar

respuestas. Mar Aliena es sólo una niña que no quiere mirarse al espejo porque teme que entre todos los desconocidos que la rodean, sea su reflejo el más extraño de todos.

CAPÍTULO 36
Mar

Mantengo mi respiración tan regular que de a ratos no me alcanza el aire porque mi cuerpo tiende a hiperventilar en momentos como estos. No se lo permito. Me lo tomo como una meditación: inhalo, retengo, me tomo mi tiempo exhalando.

Voy a tener que ducharme.

No quiero oler a cebolla.

Cuanto antes rompamos esta barrera, antes va a terminarse todo.

Mi corazón tiene el tamaño de un dedal y sus alas de colibrí van tan rápido que no son más que un borrón en el aire.

Creo que así se sienten mis colmenas, llenas de movimiento y abejas vibrantes.

Y miel. Tanta que me veo obligada a tragar cada cinco minutos.

Corto más cebolla. Meto todo en el horno. A fuego lento.

Timer en el celular.

Inhalo y exhalo.

Miro el reloj.

Ya casi.

Inhalo y exhalo.

Limpio rápido, llevo cubiertos y copas a la mesa ratona del living.

Una botella de vino.

Hay otra en la heladera.

Sé que la voy a necesitar.

Faltan servilletas.

Corro a la ducha.

Y apenas me estoy enjabonando cuando oigo su voz.

—*¿Mar?* —llega desde la planta inferior y mis ojos se abren como buscándolo.

Porque parece que es lo único que soy capaz de hacer.

Lo busco.

Lo busco.

Y cuando no está, lo busco también.

Cuanto antes rompamos esta barrera, antes va a terminarse todo.

Por eso corro a vestirme.
Por eso corro hacia él.

CAPÍTULO 37
Paul

El aroma a comida casera.

Pastas.

Lo sé enseguida.

Pero Ivana no está y nunca he visto a Mar cocinar así que si bien cualquier pasta es mi comida favorita, no corro hacia ella.

—¿Mar? —pregunto al aire.

Pero no escucho respuesta alguna y por un instante, por una fracción de segundo, me pregunto si en el par de horas que me tomé con Cameron para dar una vuelta por el barrio fueron suficientes para que Mar se olvidara de este pacto que tenemos en el que no hay nada pactado pero la expectativa es total.

—¿Entonces sí están juntos? –preguntó Cam.

—No.

—Son amigos.

—*No*. —Esta vez soy muchísimo más terminante. Sus preguntas hacen que *la cosa* cosquillee en mi nuca como una advertencia. Hace mil comentarios todos a la vez y tengo ganas de salir corriendo en este instante para exorcizarlos, pero las muletas y mi mejor amigo lo complican todo—. Ya te dije lo que querías saber. ¿Vas a decirme cómo te diste cuenta? ¿Y por qué mierda se te ocurrió que era buena idea poner una caja de preservativos en mi maleta?

—Fue por el bien de la comedia. Y del mundo. Nadie necesita otro Paul Grimmaldi dando vueltas. Ya bastante tengo con dos.

—¿Dos?

—Tino y tú.

Mi sonrisa se torció. La mitad de mí orgullosa de que así perciban a Tino, la otra temerosa que algún día parecerse a mí le juegue en contra.

—¿Cómo lo supiste?

—¿Lo de Ali? —soltó con una carcajada que me hizo creer que considera mi pregunta una ridiculez—. Si esos son ustedes disimulando, no sé qué nos espere cuando dejen de hacerlo.

Disimulando.

Mi amigo le dio un martillazo a la palabra y me la clavó entre ceja y ceja.

¿Era eso lo que hacíamos? Lo que hacemos. ¿Disimular? Es decir, sí, en cierta forma las reglas del principio decían que nadie podía saber. Pero nunca se sintió como un secreto. Lo que pasaba entre Mar y yo era solo nuestro y me daba lo mismo gritarlo a todo pulmón o meterlo bajo la cama. ¿Por qué ahora, cuando pienso en volver a dedicarnos miradas de lejos como si nada hubiera pasado, siento un hambre que podría tragarse el mundo entero?

Porque antes no había nada que decir.

Lo que quería era tocarla y besarla y tal vez un poco, sólo un poco hacerla rabiar porque su atención siempre fue otra forma de adrenalina a la que no puedo resistirme. Pero hasta ahora no quería acercarme a tomar su mano o a besarla por el simple hecho de tenerla cerca. No quería que nadie más supiera que era mía porque no la sentía de esa forma.

Pero ahora hay tanto de ella en tanto de mí que si quisiera imaginarla con alguien más como la he visto conmigo no podría. O tal vez podría, pero no quiero porque en cuanto lo pienso veo a Porter y a Shelly y la palabra amigos usada de todas las formas incorrectas.

Lo que me hace dudar es que incluso cuando la veo y pienso que es mía, no creo poder verme como suyo cuando ya soy de alguien más. Así que, ¿qué puedo reclamar si llego a su casa y todo huele a pastas, un poco a intimidad, a miel y donde quiero estar ya hay alguien más?

—¿Mar? —repito, esta vez asomándome a la cocina.

Cuando la encuentro vacía, respiro un poco mejor.

Y luego escucho ruidos que vienen de arriba. La puerta de su habitación.

Creo que exhalo mi última exhalación en la que se va todo mi aire y mi compostura y tal vez incluso un poco de mi dignidad. Mi cerebro proyecta imágenes ruidosas y teñidas de un rojo violento, *la cosa* se alimenta de ellas, de las posibilidades de que allí arriba con ella haya alguien más y que sus manos estén en su pelo y que descubra que sus labios son la mierda más peligrosa del mundo porque sonríen poco pero cuando lo hacen sale el sol.

Y yo juro que algo dentro mío se muere y sólo revive cuando ella aparece ante mí.

El pelo mojado.

Pantalones holgados, musculosa.

No sonríe pero veo el sol en sus ojos.

—Llegaste temprano.

—Me dolía el tobillo. —Es mentira.

La misma mentira que le dije a Cam para volver antes porque pensé que tal

vez querrías ver una película. O besarnos. O tocarnos. O no hacer literalmente nada.

—Ey, estás pálido, ¿te sientes bien? —Su mano toma mi brazo y le da un apretón tan ínfimo, tan insignificante, tan natural que podría haberme pasado desapercibido de no ser porque cuando se trata de Mar incluso sus parpadeos sacuden el piso.

No. Pensé que estabas aquí con alguien más y que le habías cocinado y nunca hiciste eso para mí entonces pensé que podrías pertenecer con otro de una forma en la que nunca vas a pertenecer conmigo y no puedo creer la hipocresía con la que estas cosas me afectan porque desde el momento uno lo único que me prometiste fue que nunca serías nada más que un cuerpo para buscar consuelo y que yo no sería para ti más que un par de risas que olvidar más temprano que tarde.

—Eh, sí. Es por el frío nomás. La nevada dejó el clima dado vuelta. ¿Eso que huelo es lasagna?

Y como si en todo tuviera que llevarme la contraria, mientras yo palidezco Mar enrojece de pies a cabeza. Pero se encoge de hombros.

—Sip. La hice yo. Mamá se fue con sus supuestas amigas de toda la vida. —Rueda los ojos y habla del tema como si la noche anterior no me hubiera hecho abrazarla mientras Ivana lloraba del otro lado del pasillo—. Así que tenía ganas de hacer algo rico.

—Amo las pastas.

—Lo sé. Lo dijiste hace poco. —La cadencia de su voz dice que da lo mismo, la forma en la que evita mis ojos dice lo contrario.

—¿Y lo recordaste? —Mi sonrisa enhebra en las palabras, un gesto en el que no me reconozco.

—No seas pesado. —Su mano intenta alejarse de mi brazo pero en un movimiento que no sé si la sorprende más a ella o a mí, envuelvo sus dedos con los míos y la acerco de un tirón. Cuando está descalza mide apenas unos centímetros menos que yo y por primera vez me doy cuenta de lo muchísimo que me gusta su altura. Mi corazón late como si no se hubiera frenado hace solo unos minutos. Como si acabara de nacer y tuviera un mundo entero por descubrir—. Se me van a quemar las…

Y si bien la escucharía hablar toda la vida creo que descubrí que la fórmula para no palidecer es besarla como si no me preocupara perderla. Como si la tuviera de verdad y como si ella pudiera tenerme a mí.

Mis labios atropellan los suyos y la colisión da comienzo a una avalancha

que me recuerda por qué la nieve siempre me dio claustrofobia. Porque te obliga a quedarte incluso cuando no quieres hacerlo, pero también porque puede obligarte a dejarlo todo.

CAPÍTULO 38
Paul

Mar juguetea con el dije que se puso hoy. Es una piedra azul intenso, veteado de un marrón que realza su piel y estoy seguro de que si se la hubiera visto puesta antes la recordaría. Su piel es una de las partes de ella que más pienso. Si ayer durante la cena hubiera prestado atención a Ivana cuando hablaba de cristales y sus propiedades, sabría por qué la eligió, me daría un indicio de qué significa todo esto. En su lugar, me pasé toda la cena de ayer mirando a Mar contrabandear papas hacia el plato de Tino y la cena de hoy mirando a Mar intentar esconder un millón de tics nerviosos.

Va a desgastar su huella digital si sigue frotando la pobre piedra.

Quiero arrancarla y reemplazarla por mis manos, pero Ivana dijo algo sobre no tocar piedras ajenas por algo de las energías y no sé qué otra mierda así que me obligo a quedarme quieto.

Todo lo quieto que puedo estar al menos.

La piedra estará fuera de límites, pero ella no lo está, así que mi cuerpo busca el suyo de todas las formas posibles. Un beso en la mejilla, una mano en su rodilla que sube un poco y luego otro poco más, descansa en su muslo con un pulgar inquieto que traza círculos deseando que no hubiera nada entre su piel y la mía.

No puedo evitar sonreír.

—¿Qué significa? —Me mira confundida—. La piedra, digo. No la habías usado antes.

—Ah, es labradorita. La piedra de los nuevos comienzos.

Y mi corazón hace una mortal hacia atrás por la forma en la que traga saliva al decirlo, la intencionalidad con la que me mira a los ojos. Me gustaría saber de qué habla.

De nada. No hay reglas porque no hay posibilidades de nada.

Entonces vuelvo a relajarme.

Está bueno esto de no tener reglas, de haber dejado en claro que nada de lo que hagamos tiene significado, que no seremos nunca en esta vida más de lo que somos ahora.

Contengo una mueca que no sé de dónde sale porque ni siquiera soy capaz de

entender qué es lo que me duele o por qué. Se contraen todos los músculos de mi caja torácica y el aire quema al respirar. Alguien me ha pegado una patada en el esternón. Sin embargo solo somos Mar y yo aquí.

Solos.

De esa forma en la que no hemos estado desde que todo esto empezó hace meses en una noche de borrachera en la que nadie tenía nombre ni responsabilidades ni vidas más allá de las exigencias de nuestros cuerpos y el hambre de más, incluso cuando no sabíamos más de *qué*.

Tino ha vuelto a casa.

Ivana no está.

Somos Mar y yo.

Y Shelly.

De alguna forma, incluso cuando no está, su presencia me castiga con la conciencia de que todo esto no será como fue alguna vez con ella. Nadie se compara, nadie la reemplaza. La extraño. La extraño tanto que la quiero fuera de mi mente. Quiero las noches que teníamos juntos, así, solos, con roces y besos que no pueden esperar a terminar la comida y la charla y las cosas que en realidad son las que más nos gustan del otro porque la única forma de decirnos lo mucho que amamos todo lo que hacemos siempre es hacer esto que nunca tenemos el tiempo de hacer.

Así que somos Mar, Shelly y yo.

Me pregunto si hay alguien más del lado de Mar. Si ella también tiene un nombre grabado en la cabeza que podría escapársele cuando yo le de un beso. *Jay*. No creo que ese chico sea algo para ella, pero incluso si lo fuera no podría reclamarlo. Tal vez quiero que piense en alguien más sólo para no sentirme tan mal cuando la veo y me arrepiento de que no sea Shelly. Me gustaría que Shelly me hiciera reír así, que me diera intriga e hiciera correr electricidad por mi cuerpo con un simple roce. Me gustaría con solo verla poder decir que está preocupada porque incluso cuando he repetido dos platos de la lasaña que me cocinó, todavía no le dije lo rica que estaba.

—Estaba delicioso. Gracias.

Y Mar suelta un suspiro que yo pretendo no notar y mi sonrisa crece tanto que por accidente me la trago y se atora en mi pecho ocupando todo el espacio que queda ahí. Beso su mejilla. Porque no puedo evitarlo, porque quiero hacerlo, porque no hay señales que puedan confundirnos cuando todo está claro.

—¿Quién hubiera dicho que Mar Aliena tenía un lado tan dulce escondido? —susurro contra su oído.

Ella se ríe como si hubiera dicho una estupidez e intenta alejar mi rostro del suyo con un manotazo. Detengo su mano con la mía y entrelazo nuestros dedos. Ni siquiera pretende que quiere deshacerse de mí. Se queda ahí. Mis labios contra su piel, nuestras manos entre nosotros como una escultura abstracta que ni nosotros después de haberla hecho podemos terminar de entender.

—En mi vida me acusaron de algo así.

—Entonces no te conocen.

—¿Y dices que tú sí lo haces?

—No, lo *sé*. Debo conocerte mejor que cualquiera excepto Willa.

Se me ríe en la cara. Y yo no puedo creer que no me crea, que no se de cuenta de que realmente hemos vivido juntos estos días y he pasado con ella más tiempo del que he pasado con casi nadie en el último año. Incluso cuando podríamos haber estado separados —ella estudiando y yo diseñando tatuajes o mirando una serie— elegimos estar juntos. La conozco incluso de formas en las que ella no se ha conocido porque no puede verse desde afuera cuando se frustra y se picotea la frente con la lapicera. Siempre termina con la sien arañada de tinta negra. No se ve cuando mira videos de humor negro en el celular y deja salir esa carcajada que es una mezcla entre exhalación, ronquido e incredulidad porque sabe que no debería darle risa algo tan cruel. Creo que todavía no sabe que siempre que estamos en un cuarto con una ventana que da al patio siempre se queda tildada mirando el invernadero y yo sé que está pensando en sus abejas y sus plantas porque le preocupa horrores que este invierno esté siendo demasiado frío y cruel con ellas.

—¿Quieres apostar? —pregunta.

—Estoy seguro de que tú no quieres hacerlo.

—Venga, Paul. A ver qué tanto sabes de mí.

—¿Qué apostamos?

—Ya no podemos pedir besos, supongo.

Alzo una ceja.

—¿Y por qué no?

—Puedes besarme siempre que quieras.

Las olas del mar se congelan, el viento se detiene, el planeta se oscurece porque la luz del sol no puede contra la fuerza de esas palabras cuando las pone ahí entre nosotros, como si nada. Quedamos en un cuarto oscuro, un cuarto quieto. Por un instante lo único que existe somos ella y yo y los besos que podemos darnos porque *puedes besarme siempre que quieras*.

Luego el mundo quita la pausa y yo sigo hablando como si no quisiera vivir

en ese cuarto oscuro toda la eternidad.

—Una cita. De verdad —digo sin pensar, sin siquiera saber por qué lo quiero pero una vez hecho me doy cuenta de que es eso lo que quiero. Nada más.

Esto borra su sonrisa juguetona.

—Paul…

—¿Qué te cuesta? Si total no vas a perder, ¿no?

—¿Pero para qué quieres apostar eso si ya dijimos que…?

—Que sí, dijimos que no somos nada y que no vamos a ilusionarnos y está perfecto. No vamos a hacerlo. Pero nos lo pasamos bien juntos. Podríamos ir a un restaurante, comer en un lugar lindo, reírnos.

—Podemos hacer eso en cualquier lado. Ya lo estamos haciendo.

Pero estamos escondidos en tu casa. Lo estamos haciendo donde nadie puede vernos.

Y sé que igual cuenta y sé que igual lo estoy pasando increíble, que Mar me hace sentir tantas cosas que de a ratos Shelly se va y parece que nunca va a volver. Sé que el que nos vean no debería cambiar nada pero no puedo quitarme la palabra mía de la cabeza. *Mía. Mía. Mía. Mía.* Incluso cuando no lo es.

—Venga —insisto, porque no puedo decirle que sólo quiero pretender que podemos pertenecernos aunque sea un rato, frente a todos—, total no vas a perder. ¿No? ¿Qué quieres tú si ganas?

Piensa. Me gusta que Mar sea una de esas personas que no huye del silencio. Lo usa a su favor, lo deja ocupar espacio pero nunca en vano. Este silencio hace que la sangre me chisporrotee en las venas. Ella sabe que esperar no es mi fuerte y solo por eso sé que a mitad de ese silencio sabe lo que quiere pero lo sostiene un rato más para molestarme.

—Quiero un tatuaje gratis.

—Bien.

—¿Qué? ¿No vas a preguntarle a tu jefe o algo?

—No. No voy a perder. —Y si lo hiciera, mi jefe se reiría de mí y me dejaría hacerle el tatuaje gratis sólo porque es el mejor tipo del universo.

—Bien, a ver qué tanto sabes de mí. Y tiene que ser algo que nadie más sepa. Si no no cuenta.

—Crees que no sabes querer. Siempre te reclamaron que eres fría o distante o demasiado terminante cuando hablas y te has convencido de que es para mejor porque también te has convencido de que no puedes cambiarlo; crees que si sigues así nunca vas a encariñarte y nadie va a encariñarse contigo. Y eso es más fácil porque te da miedo que te quieran y querer. Aunque quieres a mucha gente.

Quieres a tu mamá, a tu hermana, a tus amigas, pero sólo confías en Willa. Y en mí. También confías en mí, pero no lo admites porque admitirlo sería complicado. Y las cosas complicadas no son tu fuerte. Tu fuerte es simplificarlo todo. Y sí, eres fría y distante y bastante borde. Pero eres dulce. –Mi mano libre toma su mejilla, mi pulgar acaricia su pómulo con cuidado porque en este momento parece estar hecha de pedacitos de cristal que alguien ha encastrado con muchísimo cuidado–. Siempre estás atenta a lo que todos necesitan. Respondes los mensajes de todas tus amigas apenas llegan, detestas estar en esta casa pero no te vas porque tu mamá te necesita, perdonas a Leo a pesar de que te dio cero explicaciones de por qué se desapareció durante meses, ayudas a Willa con su emprendimiento porque sabes que es lo más importante que tiene, invitas a Tino a pasar la noche aquí porque sabes que lo extraño… carajo me dejaste *vivir* en tu casa porque sabías que si no me sería imposible trabajar y estoy seguro de que un poquito también me dejaste porque sabes que me aterra volver a ver a mi padre. Nunca dices te quiero de la forma simple en la que todos lo hacemos, pero tienes tus formas. Y yo las conozco.

También conozco la forma en la que me está mirando.

Como si quisiera levantarse y correr.

Como si quisiera quedarse toda la vida.

Como si quisiera matarme y enterrarme.

Como si quisiera que viviera y le enseñara a vivir.

Como si le diera una pena irremediable que esta fuera mi forma de ver el mundo.

Como si le diera una pena irremediable que esta fuera mi forma de verla a ella.

Como si fuera un desperdicio tenerme aquí.

Como si fuera todo lo que necesita.

Me ha visto así pocas veces.

Pero cuando lo hace siempre me pregunto cómo puede cometer el error de creer que no es fácil de querer.

—¿Y? —pregunto, porque sé que necesita que haga un chiste para que todo esto no sea tan complicado— ¿Gané?

Sus dedos envuelven mi muñeca y la aleja de ella.

Por un instante tengo miedo de haber ido demasiado lejos, de haberla conocido tanto y tan bien que no le dejé más opción que la de convertirse en alguien más. Pero entonces *sus manos* envuelven mis mejillas y en sus ojos hay un brillo que parece el de todas las estrellas de la vía láctea mezcladas con todos

los tonos de verde del universo.

Sus labios se mueven sobre los míos tan lento que al principio no entiendo el beso.

Nunca me han besado así. Como si me estuvieran regalando palabras de una lengua muerta que debo traducir con cuidado. Sus labios tiemblan y me pregunto si es porque lleva demasiado tiempo aguantando el peso de este mensaje indescifrable. Me pregunto si ha inventado este idioma sólo para decirme esto y me preocupa muchísimo no estar entendiendo bien.

Es un beso con sabor a *te quiero*, con sabor a *perdón* y sólo quiero estar equivocado, porque debajo de eso, debajo del sabor salado de las lágrimas que se le han caído, tiene sabor a *adiós*.

CAPÍTULO 39
Mar

Me doy cuenta de que estoy llorando sólo cuando él se aleja de mí y me pregunta qué pasa. No lo sé. Tiene razón en decir que no me gustan las cosas complicadas porque como no lo sé sólo vuelvo a besarlo y pongo sus manos en mi cuerpo hasta que entiende lo que tiene que hacer.

Mis manos bajo su remera, las suyas abiertas en mi espalda baja y pegándome más y más y más y más contra él.

Lo siento *todo*.

Siento todas sus palabras dentro mío, electrones de más que revientan y llenan de corriente mi sistema. La certeza de que alguien me ha visto más desnuda que si me hubiera arrancado la piel, que si me hubieran abierto el pecho con un bisturí, roto mis costillas y arrancado mi corazón para colocarlo a la vista del mundo entero en un museo. Me ha visto de una forma en la que ni yo me atrevo a verme a mí misma y no sé por qué eso, esto, este beso, este chico, de entre todas las cosas, es lo que me hace quebrarme y llorar así.

Caigo sobre mi cama sin saber cómo llegamos aquí ni cómo nos deshicimos de tanta ropa en el camino.

Paul vuelve a preguntar qué pasa.

Yo vuelvo a besarlo porque quiero esto.

Lo quiero.

Lo quiero.

Lo quiero. Lo quiero.

Lo quiero lo quiero lo quiero *loquieroloquieroloquieroloquiero*.

Lo quiero con tanto querer que siento mis huesos retorcerse de la fuerza física con la que lo quiero lo quiero *loquieroloquiero*.

Yo vuelvo a besarlo porque me mata la vergüenza de que me vea así, de que sepa que hay algo roto dentro mío y de que se dé cuenta de que en efecto nadie va a poder quererme, de que no tengo ni puta idea de cómo querer. De que nunca lo pasé tan mal como esta tarde mientras preparaba las lasañas y la mesa para él, mientras elegía el vino y no sabía si era o no el correcto, mientras sabía que necesitaba que todo fuera perfecto porque sería el final.

Vuelve a subir por mi cuerpo y cada nervio dentro mío se contrae y se queja

porque ni sus manos ni sus labios están haciendo su trabajo y se supone que para eso está aquí. Para eso vino, eso es lo que puede darme y necesito que me lo de para dejar de *quererloquererloquererlotantotantotanto*. Paul Grimmaldi lleva un corazón de oro debajo de una fachada llena de alambre de púas y advertencias. Debería haber sido tan sencillo descartarlo y olvidar esa primera noche, pero luego dijo el nombre de Shelly con tanto amor que nos ató a los tres juntos en este desastre.

—Mar… —*Nunca más voy a poder escuchar mi nombre si no es de sus labios*—. No puedo hacer esto si…

Mis dedos dibujan el contorno de su rostro, lo silencian, se arrastran como queriendo recordar todavía mejor los pómulos que voy a buscar el resto de mi vida en otros hombres con los que nunca voy a *quererquererquerer* nada de la forma en la que lo quiero con él.

Y al fin entiendo. En ese instante —ni uno antes ni uno después— lo que Shelly fue para él. La sensación de que nunca habrá alguien más, ni siquiera cuando alguien nuevo está en tus brazos, ni siquiera cuando te mira como yo sé que lo miro –como *odio* mirarlo–, cuando la miras como él me mira a mí ahora –como si el mundo entero se hubiera extinguido por respeto a la inmensidad de todo lo que está pasando en esta habitación–. Entiendo que no puedo ser para él lo que él es para mí porque he llegado tarde y el paso del tiempo es lo único en esta vida fuera de mi control.

Sus brazos me encierran y mis piernas a su alrededor no son suficiente contacto incluso cuando su cuerpo se alinea con el mío en todos los lugares correctos. Su pelo cae demasiado largo acariciando sus mejillas y mi mano libre lo corre a un lado porque incluso cuando me mata la vergüenza de que me vea, quiero poder verlo a él.

Mi voz sale en un susurro astillado.

—Sólo estoy feliz.

Y es cierto.

Y él me conoce.

Me cree cuando se lo digo.

Es tan verdad como que el cielo es azul y que el sol quema en verano. Nunca he sido tan feliz y nunca he estado tan triste como cuando me demostró que nadie me conoce de la forma en la que él lo hace.

Y después de que dijera todo eso, después de que me hiciera más feliz de lo que he sido en muchísimo tiempo, lo besé para recordarme por qué debía dejarlo ir. La realidad nunca dolió tanto como cuando al hacerlo no pensé en su cuerpo

ni en su rostro ni en los tatuajes que me vuelven loca, si no en su corazón de oro y en esos ojos hermosos con los que parece verlo todo de colores que yo ni sabía que existían.

Y también lloro por eso, pero a él le alcanza con saber que me está haciendo feliz.

Que siempre me hace feliz.

Incluso cuando me hace daño.

Me besa y me toca con reverencia. Como si no me mereciera.

Intento besarlo y tocarlo pero sostiene mis muñecas sobre mi cabeza y me deja en claro que al menos por hoy no es como haremos las cosas. Y disfruto tanto de no pensar, de que me deje deshacerme en agua salada y gemidos, de que alguien por una vez se ocupe de mí, de que sepan lo que necesito antes de decirlo, que suelto el puñal que había traído para clavarle en la espalda cuando se dé vuelta.

Siempre me hace feliz.

Incluso cuando nos unimos y todo lo que soy y todo lo que él es pasan a ser la misma cosa y yo aún siento una tercera presencia.

—*Paul*… —Un ruego, un suspiro, un alivio, una condena, un regalo, una sorpresa, una tensión que acaba conmigo.

Se me cae una última lágrima porque él suspira, pero nunca dice mi nombre de la forma en la que sé que podría decirlo, de la forma en la que necesito que lo diga para que esto deje de sentirse como si estuvieran arrancándome los nervios uno por uno de raíz, mi cuerpo lleno de agujeros supurantes y ensangrentados.

Y me mata conocerlo tanto como me conoce a mí, saber que su silencio está ahí porque no está pensando en mí; que es porque incluso después de haberme visto de formas en las que nadie me ha visto, incluso después de saber más de mí de lo que yo sé, no le alcanzó para quererme de la forma en la que la quiere a ella.

CAPÍTULO 40
Paul

M*ar.*

Mar.

Mar.

Mar.

Mar.

Mar.

Mar.

Mar.

Mar.

Mar.

Mar.

Mar.

Mar.

Mar.

Mar.

Mar.

Mar.

Mar.

Mar.

Mar.

Mar.

Mar.

Mar.

Mar.

Mar.

Mar.

Mar.

Mar.

Mar.

Mar.

Mar.

Su nombre se convierte en una canción que me ahorca porque sus notas no

me pertenecen y no puedo cantarlas sin hacerlas trizas.

CAPÍTULO 41
Paul

La oscuridad de su habitación nunca se sintió así.

La cosa hoy camina sobre mi piel, debajo de ella. Estos días de entrenar tan poco han sido duros y sin embargo mucho mejores que cualquier otro día en mi casa donde ni con todas las horas de gimnasio del mundo puedo exorcizar los gritos que llevo dentro. No sé por qué mi cabeza eligió este momento de entre todo los posibles para caer en la cuenta de que solo me quedan unos pocos días en esta casa.

Inhalo, exhalo. Aprieto el cuerpo de Mar contra el mío, intento que nos fusionemos porque no me alcanza con su piel en contacto directo con la mía. Quiero que sea tan parte de mí como la siento.

Mar repasa tatuajes aleatorios en mi pecho, mi abdomen, mis hombros. Son tantos que no los identifico cuando los toca. Su tacto me marea un poco, abre una especie de portal entre el mundo real y el de los sueños que desdibuja los ejes y vuelve esta oscuridad un lugar de consuelo en lugar de terror. Me siento seguro jugando con sus trencitas de colores, con su respiración calma barriendo mi pecho.

Creo que por eso hago la pregunta que lleva tanto tiempo en mi cabeza.

—¿Dónde está tu padre?

Mar frena por un instante tan pero tan insignificante que si no significara el mundo entero, me hubiera pasado desapercibido. Enseguida retoma su delineado de tatuajes. Su respiración relajada sigue tan igual que deben dolerle los pulmones del esfuerzo que está haciendo porque nada cambie.

La conozco mejor que nadie y aún así no la conozco del todo.

Sé que podría haber buscado las respuestas en el diario de Nina, pero no pude convencerme de volver a buscarlo. Se sentía incorrecto. Ya me lo contaría todo cuando estuviera preparada. Y espero que lo esté porque necesito saber, porque me queda muy poco tiempo en esta casa y temo que si no sé todo de ella antes de irme no pueda decir que es mía de la forma en la que la siento mía y entonces la pierda para siempre.

—¿Una mentira por un beso? —Mis labios besan su cabeza creyendo que tal vez si me acerco lo suficiente a su cerebro pueda escuchar lo que sea que está

pensando.

¿Por qué me tienes miedo?

Si nunca te di motivos para dudar, si sé que confías en mí, ¿por qué te empeñas en tenerle miedo a esa confianza? ¿No sientes en el núcleo de todas tus dudas la certeza de que las cosas están bien? ¿De que por algún motivo este es el lugar donde podemos ser nosotros? ¿O sólo lo siento yo, porque he perdido la cabeza en algún lugar entre encontrarte y conocerte?

—Está muerto —revela en un susurro tan pero tan bajito que por poco se extingue bajo el crujido de mi corazón cuando la pena lo estruja—. No pasa nada —dice antes de que pueda humillarme intentando decir algo que no va a servir de nada—. Fue hace mucho.

No pudo haber sido hace tanto, si los diarios de Nina eran de cuando eran adolescentes y Mar solo tiene diecinueve años. Pero yo no debería saberlo así que en lugar de decir esto, me giro sobre mi lado hasta que quedamos frente a frente y puedo besarla.

Lamento tanto que hayas tenido que pasar por algo así, intento que digan mis labios.

No me trates diferente, responden los de ella, *Bésame como si me me desearas.*

Y claro que lo hago. Pero ahora mismo quiero que mi cuerpo sea un lugar en el que descansar y no en el que buscar un escape, así que cuando mueve sus caderas contra mí para hacerme saber que podemos pasar de esta conversación, me alejo. Y no creo estar haciendo un buen trabajo escondiendo el desconcierto en mi rostro, porque ella rueda los ojos. Como si no acabara de confesar la muerte de su padre, como si le diera completamente igual. Me pregunto si alguna vez ha besado a alguien para que la acompañe y no para que la ayude a olvidar.

—¿Has tenido novio alguna vez? —pregunto en su lugar, porque creo que suena menos agresivo, porque en momentos así siento los años que nos separan y todo lo que le falta vivir.

—Ya sabes que no.

—Algún día…

—Ni pienso tenerlo.

—Venga, Mar, no seas infantil.

Veo que mi comentario ha dado justo en el clavo. Primero sus ojos se paralizan en los míos, luego suelta un sonidito incrédulo que se queda en algún punto entre una risa y un bufido, y acto seguido se aleja de mí. Son sólo unos

centímetros pero juro que el precipicio que se abre entre nosotros es kilométrico.

—¿*Infantil*? ¿Qué puede ser más infantil que la promesa de un *amor eterno*?

—Ahora estás siendo cínica.

—*Deja* de ponerme adjetivos calificativos.

—Entonces deja de actuar así. ¿Vas a decirme que no te da intriga? ¿Que no quieres algo como…?

Esto.

Estoy por decirlo pero me lo trago porque esto tan nuestro no es nada y no *lleva* a nada sin importar lo mucho que duela cuando pienso en que las cosas que no *son* terminan dejando de existir.

—¿Algo como qué?

—Algo real. Que no sea solo sexo.

—No, no lo quiero.

—¿No te cansas de salir sola a buscar alguien nuevo con quien entretenerte? ¿No quieres tener *una* persona que esté de verdad?

—No.

—Estás mintiendo.

—Ah, genial. Conocerme no te alcanza. Ahora quieres conocerme mejor de lo que me conozco a mí misma.

—Nunca dije eso. Lo que pasa es que te conoces pero no te gusta conocerte. No te gusta saber que quieres —*esto*— más. Porque si no lo quisieras, yo no estaría aquí y tú hubieras salido en busca de un reemplazo apenas puse un pie en esta casa. Pero no lo has hecho. Llevamos casi dos semanas enteras así y no has estado con nadie en ese tiempo.

—¿Y tú qué sabes?

—Lo sé.

—Tal vez sí estuve con alguien. Tal vez las noches que dormiste en tu habitación me fui y ni siquiera te enteraste.

—No lo hiciste.

Y lo sé. Lo sé con tanto saber que no termino de entender por qué el simple hecho de que lo diga me retuerce todas las vértebras y me deja la columna vertebral hecha un espiral.

—No tienes *idea*.

—Llevamos una semana entera durmiendo juntos.

—Tal vez lo hago antes de venir a casa, después de la facultad o el trabajo, no sabes *todo* de mí, Paul.

Y me revienta que diga mi nombre como un desafío, pero más me molesta

que haya *tanto puto espacio entre nosotros* asi que mi mano va a su cadera y escucho cómo ahoga un grito cuando la vuelvo a pegar a mí porque incluso discutiendo es justo donde debería estar.

—¿Pero qué haces, *simio*? —Lo sabe. Sabe perfectamente que incluso mirándonos como si quisiéramos matarnos, lo que necesitamos es esto. Y por eso ni siquiera finge querer alejarse. No se arriesgaría a que me crea su actuación y la deje ir.

Mar resopla por la nariz como si me odiara pero se muerde los labios en un intento vano por ocultar una sonrisa. Y yo creo que la mariposa en mi garganta cobra vida y aletea hasta mi pecho donde crece tanto que se le abollan las alas pero no deja de intentar moverlas porque sólo quiere volar.

—Pero mira que eres *pesado*.

—Si no me equivoco, eso es *Tienes razón* en idioma *Mar.* —No la dejo hablar—. Porque desde que entré a esta casa, si no desde antes, no has estado con nadie más porque te gusta *esto*. Te gusta que haya alguien a quien recurrir y en quien confiar. Te gusta pasar tiempo conmigo incluso cuando no nos estamos besando y te gusta que te mande mensajes y que te busque por las noches incluso cuando nunca acordamos que lo haría.

—¿Y qué tiene que ver eso con tener novio?

Quiero estrujarla hasta hacerla reventar. Quiero meterla en una cajita de cristal porque nunca me ha parecido tan pequeña como cuando hace esa pregunta y siento que tengo que protegerla de este mundo horrible que inevitablemente va a decepcionarla. Quiero protegerla de un idiota que aún no ha llegado pero que estoy seguro de que va a romperle el corazón.

Esto es lo que hacen los novios.

Esto es lo que hacen las parejas.

Es lo que hacía con Shelly, el tipo de cosas que fuimos dejando de hacer cuando el rencor fue más fuerte que el deseo y el amor se convirtió en llamas tan altas que consumieron el mundo entero.

¿Pero cómo le explico a alguien con quien no tengo nada que lo que tenemos es *todo*? ¿Cómo le digo que se siente real incluso cuando nunca va a serlo porque hablando de nosotros sigue apareciendo Shelly en mi cabeza?

—Son cosas que un día vas a querer con una pareja. —*Con alguien más.* Espero que la oscuridad oculte el temblor que siento en las comisuras de los labios cuando lo digo.

—Pero si ya las tengo aquí.

Me estás lastimando. No puedo decírselo porque no entiendo por qué duele,

pero lo hace. Desde su inocencia, desde su inconsciencia, me está haciendo daño.

—Yo no voy a estar aquí toda la vida.

Sus ojos escapan los míos. Miran abajo, a un lado, luego se dejan descansar en mis labios y sé que quiere besarme porque odia esta conversación tanto como yo. Y me descubro deseando que me diga que podría estarlo, que me quiere aquí, que sí podría, que sí podemos, que sí, sí, sí, sí.

—Lo sé, sólo digo que puedo volver a buscar algo como esto.

Deja de lastimarme.

—Ya, claro.

—No tiene que ser contigo. —*Suelta el cuchillo*, ruego—. Cuando te vayas va a haber alguien más. —*Al menos no lo retuerzas*—. No es infantil elegir gente que se va si sé que la gente que prometería quedarse también terminaría yéndose.

Y por primera vez desde que todo esto empezó, me pregunto si verdaderamente quiero irme. Me pregunto cuándo voy a hacerlo.

—Voy a besarte ahora —digo.

Y lo hago. No quiero hablar más de ella, ni de mí, ni de los que vendrán después, no quiero hablar de su padre y ella tampoco quiere hacerlo. La beso porque es mucho más fácil que seguir haciéndome preguntas con respuestas que no importan. ¿Para qué? No es como si pudiera quedarme.

Cuando mis labios tocan los suyos espero que no sienta el sabor a sangre en ellos.

O al menos que no sepa que son sus golpes los que han abierto todas estas heridas.

CAPÍTULO 42
Paul

Al día siguiente, después del trabajo, Willa me escribe para retomar las clases de *skate* que tenemos abandonadas desde que me esguincé. Y acepto tan de buena gana como siempre porque Willa se ha convertido en una especie de amiga en este tiempo, en alguien que parece vivir en un mundo ajeno al nuestro, con todas sus sonrisas y sus chistes, con toda su energía cinética que te invita a unirse a sus carcajadas.

Y extraño a mis amigos.

Extraño a Cam y a Aaron y también a Aspen, pero con ellos siempre termino hablando sobre Shelly y nunca puedo hablar sobre Shelly con ellos de la forma en la que me gustaría porque sé que son sus amigos pero también porque sé que siempre están esperando el inevitable momento en el que volvamos a estar juntos y ya no sé como explicarles por qué también es lo que quiero pero sé que no puedo hacerlo. No quiero hablar de Shelly, no quiero hablar de Mar e inevitablemente saldrían a colación.

Pero Willa me habla de su emprendimiento, de la universidad, de un ave llamada casuario que vive en Australia. Guardo el dato en mi cabeza para contárselo a Mar porque sé que va a amar mostrárselos a sus alumnos en clase. Desde mi lugar en el piso, el pie en la bota extendido frente a mí, corrijo la técnica de Willa, le enseño el paso a paso para sacar diferentes trucos y me sorprendo genuinamente viéndola mejorar. Sospecho que es una de esas personas a las que todo se les da bien: toca la guitarra, canta, tiene su emprendimiento de joyería que hace a mano, le va bien en la universidad, hace *skate*, no se preocupa por nada demasiado.

Me gustaría ser un poco como ella. Siempre me he considerado una persona sin ningún tipo de maravilla oculta. Promedio con el *skate*, promedio tirando a pésimo en la escuela… supongo que dibujar era mi forma de sobrevivir a las clases y luego se convirtió en algo que hacíamos con Aaron, él con sus colores yo con mis lápices negros. Y los tatuajes y tatuar… no lo sé. Me gustaba la idea de hacer algo tan permanente. Empezó como un juego y luego fue un curso y luego dos, y conocí al dueño de *Cucú*, que me llevó como aprendiz y al principio lo único que hacía era observar. No hacía un solo peso de ello, pero me

encantaba estar ahí, con esa gente tan apasionada, tan increíble en lo que hacía. Se sentía como lo opuesto a estar en el negocio de papá, donde ni siquiera al mismo local parecía gustarle la idea de mantenerse de pie así que siempre había algo roto: el inodoro que no funcionaba, luego la cocina que no tenía electricidad, la reja que crujía al abrirse sin importar cuanto la aceitemos.

Recuerdo el primer tatuaje que hice —una carita feliz sobre mi propia pierna — y mi primer cliente, que se fue con una flor un poco chueca en el brazo pero que de alguna forma igual lo hizo feliz porque lo importante era que representaba a su abuela, no a la perfección. Recuerdo el primer tatuaje que hice y me dio orgullo: un diseño propio de una manga completa y llena de figuras geométricas en colores psicodélicos.

Willa se sienta a mi lado, agotada de caerse y caerse y caerse —porque es la única forma de mejorar en este deporte— y pasamos de consejos para que las caídas duelan menos a hablar de todo un poco. Está contándome sobre algo que le pasó en la universidad ayer y yo juro que me interesa, pero me atrapa con las manos en la masa.

—O tienes muchas ganas de irte porque me odias o… —su sonrisa socarrona se extiende aún más—. Estás esperando un mensaje de alguien muy especial porque sino no se explica que mires cada cinco segundos el celular.

Espero que la oscuridad disimule mi sonrojo.

—No, no, es solo que…

Y sé que dije que no quería hablar sobre ella. Sé que no debería indagar a sus espaldas, pero no puedo dejar de pensar en la conversación que tuvimos ayer con Mar, en querer volver a casa y hacerle mil preguntas. Pero, ¿puedo? Me dijo que su padre había muerto y hay tanto de sus miedos que se explicó con esa simple aclaración… sin embargo no se siente como algo que pueda volver a poner sobre la mesa. Fue más como algo que me dijo porque entendía que necesitaba saber, que tenía ya demasiadas dudas que esa simple respuesta podía solucionar. Y lo agradezco porque es Mar y sé que su historia la lleva atada al pecho con un nudito rojo que le cuesta mucho desatar. Que confiara en mí me hizo sentir que tal vez incluso cuando no es del todo mía, sí me pertenecen algunas partecitas de ella. Y a esta altura tomo lo que pueda darme porque, ¿quién soy para exigir más?

Así que sé que no debería hacerlo, pero lo hago igual y me prometo que es la única pregunta que haré al respecto, lo único que me permitiré saber aunque Mar no quiere que lo sepa. Porque la curiosidad mató al gato y no quiero matar lo poco de ella que me ha dado.

—¿Hace cuánto murió el padre de Mar?

Creo que de haber estado de pie, Willa hubiera dado un paso hacia atrás. Sentada a frente a mí, se endereza de golpe y parpadea como si no comprendiera la pregunta.

—¿Te ha hablado de…? Ah, bueno. Eh, veo que sí.

—Sólo me dijo que murió, no sé ni cuándo ni cómo.

Willa se encoge de hombros.

—Nadie sabe.

—¿Cómo que no?

—Su padre siempre estaba en la casa cuando íbamos después de la escuela y un día dejó de estar. Éramos adolescentes, ni siquiera sé cuánto tardé en darme cuenta y preguntarle a Mar por ello. Nos dijo que murió. No habla del tema

Y me parte el corazón pensar en Mar más pequeña, más frágil, escondiendo los arañazos de la muerte que llevaba en el pecho, sonriendo como si nada y aprendiendo que sufrir en soledad es la única opción. Me pregunto si habló con alguien en su momento, si su hermana o su madre estuvieron allí para ella o si ella tuvo que estar para sostenerlas, incapaz de llorar cuando tenía que ocuparse de las lágrimas de otros. Y me mata no saber la respuesta, pero supongo que esto es parte de esperar a alguien. Y voy a esperar a Mar, el tiempo que necesite. Y tal vez nunca elija confiarme algo así, porque si Willa no lo sabe no tiene sentido que yo lo vaya a saber, pero pienso que tal vez, algún día, pueda hacerlo.

—¿Por qué te lo dijo? —pregunta Willa después de un rato en silencio, mirando nuestros propios pies pero pensando en la misma persona.

Me encojo de hombros.

Pienso en besarla y abrazarla, en la palabra *mía* y en que no lo es. Pienso en esa certeza absoluta que me relaja los músculos cuando Mar entra a una habitación, en lo fácil que salen las palabras cuando es ella quien las recibe. Pienso en besarla en todos los lugares que la besé y en sus manos en todos los lugares de mi cuerpo que recorrieron. En todo eso pienso pero me encojo de hombros porque es muchísimo más fácil. Porque son verdades compartidas que prometí que serían solo nuestras y no puedo esperar que ella confíe en mí si mi palabra no vale nada.

—Supongo que soy un buen confidente.

De reojo, Willa me mira y sonríe.

—Ya, sí. Eso debe ser…

Es tan buena para todo que no puedo evitar preguntarme si la ingenuidad con la que asiente y coincide no es más que una excelente actuación. Y una parte de

mí espera que lo sea, espera que Willa sepa de Mar y de mí, que ella se lo haya dicho. Me permito ilusionarme con el sueño de dejar de ser un secreto, con la idea de que tal vez para ella fui aunque sea una mención, un par de palabras que valió la pena decir.

CAPÍTULO 43
Mar

El tiempo pasa demasiado rápido. Nos permitimos besarnos cada segundo que tenemos, nos robamos minutos que se convierten en horas con roces de piel que nunca llegan a nada porque mamá siempre está en casa y ambos sabemos que si las paredes son lo suficientemente finas para que llantos y conversaciones las atraviesen, nadie está a salvo.

Nos llevamos al colmo de la frustración con roces que exigen silencio. En el invernadero al fin me deja tocarlo de la forma en la que quise hacerlo en mi habitación, me permite dar y recibir de una forma que nunca creí que podía ser tan gratificante. No sabía lo mucho que podía querer hacer que alguien más se sintiera bien. No sabía que el sexo podía ser… divertido, dulce, como un momento en el que se existe y no que se atraviesa para llegar al próximo. Paul me hace sentir como el único momento que importa y cuando me besa me permito creerme las mentiras que me digo porque así todo tiene mejor sabor.

Descubrí que puedo disfrutar con su placer de la misma forma en la que puedo disfrutar cuando me abandono en su tacto. Me aterra pensar que cuando se vaya no voy a volver a encontrar alguien que me trate como un momento que importa. No quiero volver a ser un objeto.

Y sin embargo es lo único que siempre he sabido ser.

—¿Algo como qué?

—Algo real. Que no sea solo sexo.

No puedo dejar de pensar en esa conversación.

Sólo que cuando la pienso para mí misma, cambio todas mis respuestas porque claro que quiero algo real. Pero eso viene con demasiadas consecuencias y no estoy dispuesta a afrontar ninguna de ellas. Esto, Paul, fue mi único error y no voy a cometerlo dos veces.

Lo que pasa es que te conoces pero no te gusta conocerte. No te gusta saber que quieres más. Porque si no lo quisieras, yo no estaría aquí y tú hubieras salido en busca de un reemplazo apenas puse un pie en esta casa. Pero no lo has hecho. Eso fue lo que me dijo. ¿Y con qué cara iba yo a contestarle que sí, que quiero tanto más de lo que él nunca va a poder darme? ¿Cómo le digo al chico que está convenciéndome de que necesito a otra persona, de que necesito más de

lo que él es y puede darme, que todo lo que quiero es que diga una sola vez mi nombre como el que dijo el de Shelly tanto tiempo atrás? Quiero que *sus* labios usen mi nombre como si sus sílabas le recordaran todo lo que está bien en este mundo.

Tino está de vuelta. Y con está de vuelta me refiero a hoy por la mañana Paul me dijo lo mucho que lo extrañaba así que me tomé la libertad de llamar a su madre para que autorice a Tino a volverse conmigo hoy para sorprenderlo. Me gusta que Tino esté aquí. Hace que mamá sonría el doble de grande y aunque eso sigue desconcertándome, también he descubierto que me alivia un poco. Pero lo hago más que nada por Paul, que estos dos últimos días parece distraído y fuera de eje, y sé que es porque tiene que volver a su casa así que supuse que lo mejor que podía hacer por él era recordarle los motivos por los que sí quiere volver. Y el motivo tiene ojos traviesos y muchas, muchísimas preguntas sobre dinosaurios que no sé responder porque soy bióloga y no paleontóloga, pero no me da el corazón para decírselo cuando me mira como si fuera la fuente de todo el conocimiento del universo. Niños como Tino son el motivo por el que me gusta tanto ser maestra, por el que creo que vale la pena elegir una vida sencilla con logros sencillos que se sienten inmensos. Así que supongo que sí, también un poco quise que viniera a casa porque el poco tiempo que he pasado con él me hizo quererlo más de lo que debería.

Espero que cuando Paul se vaya pueda seguir viéndolo. Me lo cruzo en los recreos a veces, lo veo con sus amigos, chequeo desde lejos que todo esté bien porque sé que Paul querría que lo hiciera.

Hago muchas cosas porque sé que Paul querría que las hiciera. Eso hace que yo también quiera hacerlas. Como ahora, que me siento al borde de la cama de la antigua habitación de mi hermana y le aseguro a su hermanito que en los laboratorios de mi universidad hay esqueletos de animales pequeños expuestos en una vitrina. Puedo sentir los ojos del chico de tinta en mí y por primera vez experimento esto que Willa tantas veces me dijo, la forma en la que un par de ojos puede calentarte más que cualquier estufa. Es un calor tímido al principio, pero se prolonga en el tiempo y termina por envolverme y no puedo escaparle.

Hace un rato cenamos con mamá.

Cada vez me cuesta menos verla sonreír.

Con más razón intento no mirarla.

No sé si voy a sobrevivir acostumbrarme a esta versión de ella y verla caerse a pedazos cuando Paul nos deje.

—Vamos, basta de atosigar a Mar con preguntas. Es hora de dormir.

—¿Mar no puede dormir con nosotros?

Y Paul suelta esa carcajada que sólo su hermanito puede sacarle, que lo hace parecer tanto más joven y a la vez tanto más grande. Parece un padre orgulloso. Me hace ver posibilidades que nunca había contemplado. Siempre vi la vida en familia como algo que pertenece a los cuentos de hadas, pero aquí con Paul y Tino me siento un poco más cercana a ello y me pregunto si tal vez, si sólo tal vez haya estado equivocada. Porque se siente bien, se siente real, el calor de los ojos de Paul pasa de mi piel a mi interior y forma una bolita chisporroteante en mi estómago.

—No entramos todos aquí, pero un día organizamos una pijamada y dormimos todos en el living —ofrezco—, ¿te parece?

—Puede irse Paul.

Otra carcajada. Si esto sigue así voy a terminar irradiando luz.

—No eres ningún tonto, ¿eh? —responde su hermano, dándole un empujoncito—. Tú y yo vamos a tener una charla muy seria respecto a las mujeres si vas por la vida haciendo este tipo de propuestas.

Paul y yo nos ponemos de pie a la vez y salimos de allí.

Hay algo tan terriblemente familiar en todo esto.

¿Mis padres me habrán acostado así alguna vez? ¿Se habrán mirado y reído de esta forma?

Con la puerta ya cerrada y mi madre metida en su habitación, sus ojos caen en mis labios y los míos en los suyos y sé lo que queremos, pero de golpe nos hemos vuelto tímidos porque sabemos que es nuestra última noche juntos de esta forma, en esta burbuja que hemos creado para nosotros donde el mundo exterior no puede tocarnos. Donde podemos ser Paul y Mar sin ninguna expectativa ni pregunta de nadie. No sé qué será de nosotros mañana cuando el mundo real se prenda como un yuyo a nuestras raíces y empiece a sacarnos fuerza. ¿Cuánto tiempo aguantaremos?

Cuando te vayas va a haber alguien más, le dije hace unos días. Y es verdad. Sólo que no le dije que no voy a volver a buscar algo como esto. No quiero volver a sentir que mi esperanza pende de un hilo y que alguien más tiene las únicas tijeras que pueden dejarlo caer al vacío. Lo que sea que venga después de Paul, no va a compararse. No voy a volver a dejar que nadie ni nada escale de esta forma, que se convierta en una enredadera que ha tomado todas mis paredes, que se ha metido incluso entre los ladrillos; extirparla equivale a la demolición de la casita donde viven todos los sueños que no debería querer cumplir.

Pero quiero. Qué iluso por mi parte darme cuenta justo ahora lo mucho que

quiero todas esas cosas cuando Paul sonríe como me sonríe en este momento. Hay picardía en ese gesto, hay timidez, hay una alegría tan genuina que la siento dentro mío y me convierto en un espejo.

—Última noche —comento, porque quiero saber qué piensa sobre esto. Si tiene miedo como yo de lo que pueda significar para nosotros. Sé que algo remueve dentro suyo porque en su casa lo esperan realidades que no quiere enfrentar, pero, ¿qué hay de nosotros?

Quiero reírme de mí cuando pienso así.

Nosotros.

Una palabra que he adoptado para Paul y para mí, incluso cuando claramente pertenece a otro lugar.

—Última noche —repite, como si fuera un espejo.

Hay una incomodidad casi infantil en el aire entre nosotros, algo sencillo y a la vez horriblemente complicado en saber lo que queremos, saber que podemos hacerlo y a la vez no animarnos a dar el salto. Me recuerda a ponerse de novia en preescolar con un niño de tu clase sólo porque puedes y te parece lindo —de esa forma en la que todos los niños te parecen lindos a esa edad— y por ende le compartes tus galletas en el recreo y sostienes su mano con las mejillas enrojecidas.

—Yo…

—Bueno…

Nos interrumpimos mutuamente y nos reímos.

—Ve tú.

—Dime.

Otra risa.

Dios mío, no me reconozco.

—Mañana te llevo a trabajar igual, ¿no?

Él hace una mueca.

—Pedí que me cubran a la mañana, Mamá me llamó hace un rato para decirme que en casa no está funcionando la calefacción y necesita que la arregle a primera hora.

Aún no estás de vuelta y ya te están pidiendo cosas, pienso.

—¿Sabes arreglar eso?

—Te olvidas de que trabajé por años en el negocio familiar arreglando electrodomésticos. No arreglé muchas estufas, pero entiendo lo básico.

—¿Y no puede arreglarla tu padre? —Intento que no se note la indignación en mi voz. Intento que no me importe lo mucho que le exigen ser: hijo, padre,

ingreso, sostén. Es como si hubieran decidido que Paul tiene la tarea de mantener a la familia unida y funcional. Me gustaría preguntarles si saben que es un chico y no un bote de pegamento industrial.

Él se encoge de hombros.

—Parece que está cansado. Trabajó mucho estos días.

—Ya, pero tú no. Tú no trabajas *nada*.

—Ey, ey, ey. —Sus manos me toman por los hombros, un gesto protector, como si yo fuera otra niña que tiene que cuidar, y se agacha apenas para buscar mi mirada—. ¿A qué viene esto?

—Nada. No sé. Estoy cansada.

Su mano toma mi barbilla y me obliga a mirarlo. Todavía hay momentos en los que me sorprendo de no sentir los tatuajes en su piel, como ahora, que espero sentir el relieve de la tinta en sus dedos y me sorprendo con su suavidad. Después de tantos días sin ir al gimnasio son más suaves de lo que eran antes. Me pregunto si cambió algo más de él en estos días, si tal vez dentro suyo también hay menos asperezas después de haber descansado del peso de la casa que lo espera.

—No te preocupes por mí, ¿sí? Voy a estar bien. Esta es mi familia.

—Que sea tu familia no significa que sean lo mejor para ti.

Niega con la cabeza, como si no pudiera creer mis palabras, cré*eme*.

—Eres la única persona en este mundo capaz de decir con tanta facilidad las cosas ciertas que nadie quiere escuchar. No te preocupes —repite.

Y no es que me preocupe, es que quiero poder hacer algo para ayudar. Pero se va y ya no puedo estar para él, vuelvo a un segundo plano en el que voy a enterarme de la mitad de lo que le pasa y si no sé lo que le pasa, ¿cómo voy a saber qué necesita? Se forma un nudo en mi garganta y todas las cosas que quiero no querer decirle se me atoran ahí.

Me encojo de hombros.

Paul me abraza.

Es extraño.

Nos hemos sostenido, nos hemos besado y tocado, nos hemos acariciado, nos hemos contenido. Pero no recuerdo que nos hayamos abrazado como lo estamos haciendo en este instante. Él, levemente encorvado, su barbilla sobre mi hombro, mi rostro enterrado en su cuello, sus brazos cubriendo toda mi espalda y mis manos empuñando su camiseta como si con eso pudiera evitar que se fuera. Me llena su esencia, el olor al mismo jabón que yo uso, a hombre, a desodorante y a *él*. Debajo de todo lo que ha adquirido está ese aroma suyo que no sé qué es pero

sé que no voy a poder olvidar. Que si vuelvo a sentirlo en mi nariz voy a saber que él estuvo cerca.

Me dan miedo todas las formas en las que voy a seguir viéndolo en un mundo del que ya no va a formar parte. ¿Por qué todo esto sabe a despedida? Hace solo unos días hice pastas y planeé una noche perfecta para acostarnos y olvidarnos del otro, para darle cierre a esto que estaba escalando a una velocidad preocupante, atravesando las nubes, la atmósfera, las estrellas, las galaxias. En el momento en el que me dejó caer en la cama supe que no podría dejarlo ir así como así, que ya estábamos demasiado alto y la caída podría terminar conmigo. Sólo quedaba esperar a que él me soltara.

Y si bien con este abrazo me está sosteniendo, lo siento en la forma en la que suelta el aire contra mi piel: él también sabe que tiene que dejarme ir.

En la mañana se va, pero por la tarde vuelve como si pudiéramos evitar el final cerrando los ojos y pretendiendo que no lo vemos venir.

Quiero preguntarle por su casa, quiero saber cómo está, pero abro la puerta, lo invito a pasar y hablamos de cosas que no queremos hablar y Shelly sale en la conversación porque su mundo tiene el nombre de ella escrito en todas partes y no puede evitarlo.

Y luego nos besamos y nos tocamos porque es el único idioma en el que me permito hablar con la verdad sin miedo a que me escuche. Un beso en la comisura de la boca que dice *tengo miedo*, mis labios bajando por su cuello rogándole que diga mi nombre –no lo hace–, mis manos buscan arrancarle respuestas con caricias, mis dedos enredados en su pelo pidiéndole que no piense en nadie excepto en mí. Sé que no me entiende porque no me da respuestas. En su lugar, cuando todo termina me mira y me sonríe con inocencia. Siempre que me sonríe así me recuerda que hay un niño en el hombre que vive siendo.

—Te tengo un regalo.

No me des más cosas para recordarte cuando no estés.

—¿Ah, sí?

—Sí, espera.

Se levanta y pienso en que nunca nos acostumbramos del todo al cuerpo desnudo del otro. Siempre sentimos la necesidad y la vergüenza de mirarlo, de buscar en sus formas una explicación a la atracción que nos genera. Agarra su campera del piso y lo veo sacar algo del bolsillo, pero lo esconde tras su espalda. Vuelve a acostarse a mi lado y me mira y veo sus nervios y su inquietud y las mil

preguntas que pasan por sus ojos.

¿En qué momento aprendimos a leernos?

—¿Estás lista?

—Supongo.

—Es el mejor regalo que van a hacerte en tu vida, no creo que estés lista.

Yo tampoco.

Extiendo mi mano y sus dedos rozan mi palma a la vez que deja caer algo frío en ella.

Él saca la mano.

—Míralo.

No me di cuenta de que seguía mirándolo a él. A esta hora en mi habitación la luz entra a raudales por la ventana y lo ilumina todo. Estando los dos desnudos debería incomodarnos, pero incluso cuando no hemos hecho esto tantas veces como nos hubiera gustado, hay algo en él que elimina esos pensamientos y los reemplaza por una seguridad que no sabía que podía sentir con alguien.

Lo hago.

En mis manos hay una cadena plateada, ordinaria. La levanto.

El colgante de la punta es una bolita verde y cuando el sol le pega parece…

—¿Vidrio?

—Pulido —contesta él—. Es un pedacito de botella del día que fuimos a…

No tiene que terminar la oración.

Hay un elefante parado sobre mi pecho, y sobre ese elefante hay otro y los elefantes se apilan hasta hacer una torre de elefantes que se eleva hasta la estratósfera. Mis costillas hacen un chasquido apenas audible pero se quiebran todas.

Porque lo sé. Porque recuerdo ese día. La liberación, las risas, sus brazos tensionados, mi hambre, su mirada pidiéndome por favor que cediera, su emoción. Fue la primera vez que estuvimos juntos y no pude poner excusas al motivo por el que sonreía.

Tengo un torrente de barro atorado tras las cuerdas vocales.

Pero recuerdo lo que hablamos, recuerdo que no tiene sentido preguntarle qué significa porque sé a esta altura que me quiere, sólo que no me sirve ese tipo de querer. Sé que está queriendo decirme que piensa en mí, sé que está contento con mi silencio porque ve en mi cara esta emoción absurda que no puedo disimular porque en este momento todo es demasiado. Él también puede leerme a mí.

Toma el collar de mis manos y me incorporo para que lo coloque.

Lo hace y sus manos se deslizan de la curva de mi cuello a mis hombros. Sus labios caen en mi nuca.

No hay deseo en ese beso.

Dejo que mi cabeza caiga hacia atrás, sobre su hombro. Él mira mi cuerpo, desnudo salvo por este dije que cuelga bajo entre mis pechos.

Hay fuego en su mirada.

—Pensé en hacerlo bien largo, para que puedas usarlo sin que se vea. Que puedas usar tus otros dijes sin tener que quitártelo —dice más tarde.

Y yo sé lo que quiere decir. Y yo sé que podría verse de otra manera. Y yo sé que ha pensado en mí de una forma en la que nadie lo ha hecho.

Pero al final del día sigo pensando en que nada ha cambiado y en que todo lo que somos se reduce a un montón de cosas que nadie más puede ver.

Cenamos.

Volvemos a ser dos.

Mamá y yo.

Ella, que come lento haciendo tiempo para hablar.

Yo, que como rápido para sacarme esto de encima, que no le respondo no porque no quiera, sino porque no puedo. Porque si lo hago voy a terminar vomitando un montón de acusaciones y disculpas que no estoy lista para dejar ir. Necesito más tiempo. Ella necesita más tiempo. O lo necesitaba. No lo sé. Es otra de las cosas que Paul cambió sin siquiera darse cuenta de ello.

—¿Qué? —pregunto, saliendo de mi ensimismamiento cuando dice el único nombre capaz de hacerme reaccionar así.

Ella se pone de pie, levanta su plato, su vaso, sus cubiertos. Me da la espalda mientras los lava.

—Digo, que Paul se parece mucho a tu compañero de clase.

Parpadeo. ¿De qué habla?

—¿A quién?

–Ese que vino una vez a dejarte unas carpetas. Hasta creo que tenían la misma mariposa tatuada en el cuello. Uno pensaría que es un tatuaje bastante original…

Y cuando se da vuelta me mira de reojo tan sutilmente que bien podría no haberme mirado en absoluto. Pero lo ha hecho y yo veo una sonrisita en sus labios que me deja helada.

Porque sé que sabe.

Lo supo todo este tiempo y no dijo nada.

Todos los músculos de mi cuerpo entran en tensión.

—No sé de qué estás hablando. —Y yo sé que es mentira y ella sabe que estoy mintiendo, pero no importa porque las dos sabemos que las mentiras que nos decimos no son para engañarnos si no para protegernos de la verdad.

CAPÍTULO 44
Paul

Leo parece haber olvidado por completo mi esguince.

Y no es que me sorprenda, es sólo que quiero que alguien me pregunte cómo estoy.

—*Mal* —respondería.

—*¿Te sigue doliendo el tobillo?*

—*No, pero creo que se me ha desplazado el esguince al corazón. ¿Cuántas semanas de reposo recomiendan para arreglar eso?*

Sin embargo, cuando Leo me llama por teléfono tenemos una conversación completamente diferente.

Atiendo y la pongo en altavoz.

—Necesito que consigas un bar para esta noche. Un lugar lindo. Ah, y estás invitado.

—¿Puedo saber a qué me invitas? —No hay ruido de su lado de la línea y no puedo evitar preguntarme si está en la biblioteca con Ashford o si la vida en la Universidad de Crawford es tan perfecta que no existen los ruidos de fondo. Aquí, en el mundo real yo estoy renegando con un perno de la estufa que no afloja por mucho que le dé. Todo es ruidoso, el frío es tan frío que agradezco que Tino haya dormido conmigo en lo de Mar ayer porque es el tipo de helada que siempre lo deja medio enfermo.

—Hoy entregamos la monografía. —También conocida como el trabajo más importante del semestre. Llevan meses preparándola junto a Ashford y en la última semana fue de lo único que mamá me habló cuando la llamaba. Es importante para todos que Leo tenga buenas notas. Después de todo, el primer título universitario de la familia Grimmaldi depende de que no revoquen su beca.

Y de que yo siga utilizando hasta el último centavo en mi bolsillo para pagar el porcentaje que la beca no cubre.

—¿Y por qué lo dices como si fuera el peor día de tu vida?

—No lo sé, no quiero ver a Sandy. Está… si lo vieras no lo reconocerías.

El mejor amigo del abuelo, también profesor de historia de Leo, parece haber sido afectado por la muerte del abuelo aún más que cualquiera de nosotros. Ya no responde nuestras llamadas, no viene los sábados a jugar Monopoly, ni

siquiera llamó a Leo por su cumpleaños. Y me gustaría haber sido más atento, estar más pendiente de él y su dolor pero, ¿a quién engaño? Si no puedo ni con el mío. Todavía trato de comprender cómo una persona que puede estar frente a ti deja de estar de un segundo a otro. Cuando Tino me preguntó al respecto, mentí, le dije que así es la vida, que a todos les toca pero no hay por qué tenerle miedo a la muerte. La verdad es que tengo muchísimo miedo porque *yo estuve ahí* y si alguien me hubiera preguntado medio segundo antes por la salud del abuelo, yo hubiera respondido sin dudar que le quedaba otra eternidad por delante. Estaba sonriendo tanto, me escuchaba con tanta atención. ¿Qué falló? ¿Por qué?

Así que no hago doble click en esa conversación. No quiero saber cómo está Sandy. No quiero sentirme responsable por otra persona a la que no voy a poder ayudar.

—Todo irá bien. Dime, ¿Quiénes van a festejar?

Mar, Mar, Mar, Mar, Mar, Mar, Mar.

—Ashford —lo menciona primero, como si su nombre viviera en la punta de su lengua. Aprovecho que no puede verme y ruedo los ojos—, Cam, Willa, Ali…—*Sí*— Y… Eh... Shelly.

Mi alegría se ve atravesada por una ventisca helada que la recubre de escarcha, la cristaliza y la hace estallar en mil fragmentos de hielo. Me paraliza.

—¿Qué? ¿Por qué?

Leo fue tal vez la única Grimmaldi que no terminó enamorándose de Shelly como yo lo hice. Tal vez porque eran demasiado diferentes, Leo tanto caos y palabras, tan transparente respecto a todas las versiones de sí misma, Shelly tan aficionada de mostrar solo su mejor cara. Al menos hasta que dejó de tener una buena cara para mí, eso es.

—Se sentía mal invitar a todos menos a ella…

Y casi quiero reírme porque la única vez en su vida que mi hermana decide pensar en alguien más, piensa en mi ex. ¿Por qué es tan difícil que entiendan que es mi ex? ¿Que tengo derecho a no querer verla? Es como una hierba mala de la que nunca puedo deshacerme del todo, siempre vuelve cuando menos me lo espero.

—Además, Cam va a hablar con ella para que baje un cambio. Estaría bueno que puedan estar en el mismo lugar sin que parezca que ella quiere matarte y que a ti ni eso te importa.

Me drena esta situación. Me cansa vivir con esta plaga robándose mi oxígeno, sentir que nadie nunca piensa en lo que yo puedo sentir. Pero esta es la noche de mi hermana, es una noche para festejar y si ella quiere que Shelly esté

allí, pues que lo esté y listo. No voy a arruinarle este momento. Se lo ha ganado.

—Ya, bueno. Olvídalo. —Le doy un golpe violento a la llave y el perno finalmente sale disparado de la pared—. Pienso en un lugar y te digo. ¿Tenías algo en mente?

—Sí, que sea tranquilo. Que se pueda hablar y eso.

—Bah, qué aburrida.

—Te lo digo en serio, Paul.

—Ya, ya. Vamos a festejar a lo grande. No te preocupes.

Cuelgo después de un poco más de charla.

Y mi cabeza, como parece haberse acostumbrado a hacer, piensa en Mar, en ver una película con ella esta noche, en tal vez llevarle pochoclos de esos con sabores raros que el otro día dijo que quería probar.

Excepto porque nada de eso va a suceder.

Voy a verla, pero vamos a estar rodeados de gente y sé que las reglas ya no aplican pero también sé cómo es ella y sé que no va a querer que Leo sepa de nosotros. Y Shelly va a estar allí. Hace demasiado tiempo que no la veo. Desde el día en el que me esguincé, de hecho. No he vuelto a la rampa, no me ha escrito ni llamado ni buscado desde entonces y es recién ahora que se me ocurre que debe saber que pasé las últimas dos semanas en lo de Mar. ¿Qué pensará de ello? Nada. Digo, no hay nada que pensar. ¿No? No somos nada para ellos. *No somos nada y punto*. Si ni siquiera somos algo para nosotros mismos, ¿qué tanto podemos ser para el resto del mundo?

Las palabras de Cam me vienen a la mente. *Si esos son ustedes disimulando, no sé qué nos espere cuando dejen de hacerlo.*

Y yo tampoco lo sé. No creo que vaya a descubrirlo. Porque si bien Shelly se ha convertido en una mala hierba, el motivo por el que nunca termino de erradicar la plaga es porque nunca tengo el coraje de arrancarla de raíz. Siempre la dejo vivir un poquito en mí. Y es que no puedo hacer como si no estuviera viva. Y sé que esta noche no voy a poder besar a Mar en frente de ella, no voy a poder sonreírle a Mar como alguna vez le sonreí a ella. No puedo dejar de amarla incluso cuando la detesto un poco por hacerme imposible la tarea de dejarla ir.

Perdón.

Es un pensamiento sin nombre ni dueño.

Una disculpa por adelantado, porque más de uno va a salir lastimado esta noche.

Voy a tener que hacer algo grande como salvar a todos los niños hambrientos de África si quiero no pudrirme en el infierno después de todos los pensamientos que se me cruzan por la cabeza cuando las veo.

Shelly, en un vestido de lentejuelas celeste que brilla tanto que la imagen se superpone con un pasado lejano en el cual somos niños y ella insiste en ir a todas partes disfrazada de princesa.

Pienso que sé lo que hay bajo ese vestido y no es ninguna niña. Pienso que está sonriendo y que extrañaba horrores verla sonreír. Pienso que todo parece menos grave cuando se ríe con Cameron como si el tiempo hubiera retrocedido y *ShellyyPaul* volvieran a ser parte de nuestras vidas.

Mar, una falda negra larga con un tajo que deja ver una pierna que me recuerda lo suave que es su piel. Sus trencitas están llenas de mostacillas plateadas que centellean cuando los reflectores la apuntan. Sin embargo lo primero que veo en cuanto la miro es el escote abismal de su vestido, el lugar donde debería verse su sujetador no hay más que piel y un dije verde que mandé a hacer porque es del color de sus ojos cuando cae la noche. No lo lleva escondido, tampoco lleva otro collar. Mi sangre se coagula y se vuelve cemento en mis venas. Y cuando subo la mirada, me encuentro con irises llenos del perfume más caro del mundo, párpados maquillados de tonos oscuros, cristales de un verde tan vivo que habla por sí mismo: *estoy aquí*, me dice.

Lo sé. Te veo.

No puedo dejar de verte.

Incluso cuando ella ya ha vuelto a la conversación que todos están teniendo a unos metros de mí, yo me quedo pasmado, viéndola, y por primera vez en la vida me pregunto cómo es que un pilón de átomos apilados en la forma de su cuerpo tiene poder suficiente para hacer que mi pecho se infle de esta forma. Si me sacara la campera en este momento sería lo suficientemente liviano para salir volando, para perderme en el cielo e incluso desde ahí la seguiría viendo a ella y desde la distancia pensaría en mi mano enredada en su pelo, en besarla en todos lados menos en los labios porque me encanta que queden libres para escuchar todo lo que tiene para decir.

Sin embargo no me saco la campera porque estoy atrapado entre ella y Shelly y no quiero que mi piel desnuda entre en contacto con ninguna de las dos. Sería detonar una bomba. No sé si Shelly sobreviviría al ver la forma en la que reacciono al contacto de Mar y no sé si yo sobreviviría volver a tocar a Shelly, no sé si Mar sobreviviría que le recordaran ese amor que ella insiste que no puede durar.

Estamos todos en una mesa redonda en el sector vip, bordeada por un único sillón pensado para cuatro personas, pero somos seis y cuando llegamos había un display de tragos suficientes para ocho. Cortesía de Maxon, el seguridad que nos dejó pasar porque es un cliente regular en *Cucú* y creo que quiere más al estudio que a su esposa. Definitivamente más que a su esposa, teniendo en cuenta las cosas que nos contó la semana pasada mientras trabajaba en un paisaje en su brazo.

Me gustaría decir que Leo está disfrutando de este lugar que conseguí porque es lo mejor de lo mejor en la ciudad, porque me pareció que se merecía un descanso de todo antes de irse a los nacionales, a esta competencia que podría cambiarle la vida. Sin embargo está frente a mí tan tensa que temo que en cualquier momento explote. Tiene la vista fija en el vaso frente a ella. La veo intentando a toda costa no mirar a Ashford, como si con eso pudiera mantenerse a una distancia segura de este monstruo a sus espaldas, de esta tercera presencia tan obvia que es todo lo que pasa entre ellos. Incluso cuando no me ha dicho nada al respecto, puedo verlo, puedo sentirlo. Todos podemos.

Si esos son ustedes disimulando, no sé qué nos espere cuando dejen de hacerlo.

La voz de Cameron en mi cabeza se ve reemplazada por la de Mar.

—¿Cómo estuvo tu vuelta? —pregunta como si nada, como si no la hubiera visto hace tan solo unas horas—. ¿Pudiste arreglar la estufa?

Mi corazón se precipita a toda velocidad desde un piso mil directo hacia el suelo y luego a través de él en un camino rápido al infierno.

—La vuelta, bien. La estufa me hizo renegar, pero la pude hacer funcionar.

—¿Vuelta a dónde? —interrumpe Shelly. Y yo, que venía intentando no mirarla por miedo a que estuviera escuchando o por miedo a que no lo estuviera haciendo pero al mirarla terminara arrastrándola a la conversación, siento mi corazón ascender del inframundo directo hacia la estratósfera donde se congela y explota.

Cuando vuelvo a mirarla, está cerca, cerquísima y las células de mi cuerpo que aún recuerdan la sensación de querernos sin hacernos daño me piden que me incline y bese su frente, que le asegure que sigo siendo suyo.

En su lugar respondo aplicando la normalidad que Mar me enseñó a fingir.

—Con el tema del esguince, me estuve quedando en lo de Mar un par de días.

—¿Quién es Mar?

—Esa sería yo.

Si la expresión de Shelly era ligeramente agria apenas mencioné a otra mujer, cuando mira a Mar, veo cómo lucha contra la desfiguración total de sus facciones. Esta colisión de mundos está mal. No hay nada, pero *nada* que se sienta correcto de esto: nosotros tres hablando como si esta misma tarde Mar y yo no nos hubiéramos visto bajo el pretexto de "hablar de cómo enfrentar esta noche", como si no hubiéramos terminado usando nuestras bocas para todo menos para hablar.

La conversación que debíamos tener fue tan breve que bien podría no haber sucedido.

—¿Es por Shelly? —preguntó ella.

—No quiero lastimarla, pero también es por todos. ¿Para qué involucrarlos? —*Dime que no te importa*, pensé para adentro*, dime que quieres que sepan de las ganas que tenemos de besarnos. Dime que no proteja más el pasado así puedo intentar ver el futuro.*

Mar se encogió de hombros.

—Sí, cierto. Mejor evitarnos el drama.

Me miré el pecho en ese momento. No había sangre ni una espada atravesándome

Sonreí.

—Ahora que eso ya está podemos pasar a…

La casa estaba sola y en silencio.

Cuando la besé, desplazamos la soledad y nos encargamos de los ruidos.

Y ahora estamos aquí, haciéndonos cargo del acuerdo, hablando como dos desconocidos, como si esta tarde en su casa no hubiera sentido su cuarto y su brazos más como un hogar que la pila de ladrillos en la que me esperaba mi familia.

—¿No te llamabas Ali? —pregunta Shelly.

—Sí.

—¿Y por qué te dicen Mar?

—Porque también me llamo Mar.

Y sé que Mar la está tratando de idiota, que la está molestando y sé que no debería querer reírme, sé que debería pesarme más mi lado protector que ve los ojos de reclamo de Shelly y quiere darle la razón en todo para que deje de sufrir. Pero me veo obligado a tragarme la sonrisa y a ofrecer una explicación.

—Es un apodo, nada más.

Y la conozco tan bien que veo el momento en el que está por preguntar algo más pero elige fingir una sonrisa y cambiar de tema. La veo haciendo un

esfuerzo como Leo dijo que haría. Pero sé que su cabeza me está viendo convivir con Mar y se está preguntando por qué no le pedí ayuda a ella, por qué no le escribí después de salir del hospital y debe estar llegando a un montón de conclusiones que me gustaría decir que son erróneas pero de seguro no lo son. Veo cómo sumo grietas a la destrucción de nuestra historia y me rompo un poco yo mismo por estar arruinándonos de esta forma.

Pero me alegra sentir que por primera vez no parece estar intentando convencerme de que la mire con otros ojos. Por primera vez en mucho tiempo la siento al lado mío sólo intentando *estar*, sólo intentando coexistir sin que duela tanto. Así que también lo intento.

Me gustaría ser mejor en ello. Me gustaría no ver el dolor en sus ojos cuando los míos se deslizan hacia Mar una y otra vez porque todos sus movimientos hacen centellear su cabello y su risa cuando habla con Willa siempre me encandila y me llama como polilla a la luz. Incluso sabiendo que para mí es el fin, la busco y la busco y la busco y de alguna forma mi conversación con Shelly muere demasiado rápido y vuelvo a hablar con Mar sobre Tino, que en la escuela hoy le regaló una flor.

Y me gustaría decir que al hacerlo me olvido de Shelly.

Pero no lo hago.

La siento a mi izquierda.

Cada latido de su corazón se replica en mi pecho porque nuestros corazones están tan enredados que incluso a la distancia no puedo separarlos del todo.

Y le hago daño.

Y no puedo evitarlo.

Porque cuando hago reír a Mar el mundo entero pasa a un segundo plano y siento que encontré un propósito nuevo que me incita a ser feliz para poder compartir esa felicidad.

CAPÍTULO 45
Mar

No los miro.

Soy tan intencional al no mirarlos que creo que estoy anunciando al mundo entero lo mucho que quiero mirarlos. Me gustaría poder embriagarme para sacarle peso a todo esto, para bailar como bailo cuando estoy sola, para que la idea de buscar otro chico me atraiga, para que no se sienta como una traición cuando no hay *qué* traicionar. Sin embargo no puedo porque Willa me pidió que manejara hoy porque quería relajarse y últimamente la vi tan poco que siento que le debo esto.

Últimamente he visto poco a todo el mundo.

Excepto a Paul.

Todavía no he pasado un día entero sin verlo y lo extraño de todas formas porque esta tarde se sintió como una despedida y este momento se siente como una puesta en escena de todas las cosas que no quería que pasaran.

Él y yo y Shelly en un mismo lugar.

Esto ya había sucedido pero ya no es como antes.

Antes no podía leer a Paul, ver toda la añoranza que intenta disimular en sus ojos, ver la familiaridad con la que su cuerpo se inclina sobre el de ella —tanto más pequeño que el mío— para oírla mejor sobre el volúmen de la música. Antes no había más que deseo y curiosidad al verlo y ahora ese deseo quema tanto que me saca ampollas en las puntas de los dedos y mi curiosidad se transformó en un conocimiento tan profundo de él que termino viendo más de lo que quiero ver.

Me gustaría seguir teniendo dudas, estar preguntándome qué significa la forma en la que le sonríe a Shelly, no ver lo mucho que lo destruye no poder estar con ella en este momento. Estar con ella *de verdad*, no en este circo que han montado alrededor del amor que sienten con tal de que pase un poco más desapercibido.

Apenas llegamos hablé con él como si nada. Lo vi mirar el collar que él mismo me dio, pero salvo por eso hicimos justo lo que dijimos que haríamos y nos comportamos como *amigos.*

No somos amigos, me dijo él una vez. Luego me contó que Shelly tuvo a

alguien a quien llamó amigo para disfrazar el hecho de que era más. Sé que él no tiene el estómago para usar esa palabra cuando no cuadra del todo, pero si no somos amigos y no somos pareja entonces no somos nada y la inexistencia de algo que ocupa tanto lugar me parece una imposibilidad de lo más cruel.

Y sé que el motivo por el cual nunca pensó dos veces a la hora de elegir buscarme, de elegir quererme, siempre fue ese: Shelly siempre va a estar ahí. No existe un universo en el que alguien pueda hacerle sombra a la luz que irradia sobre él cuando la tiene en frente. Él lo sabía y lo sabe y yo también lo supe y por eso mismo lo elegí. Mientras él no me eligiera, yo nunca lo elegiría a él, nunca podría perderlo. Sin embargo siento casi de forma física cómo se me escurre entre los dedos cuando me trata con esta distancia y esta camaradería de dos personas que no se conocen como nosotros nos conocemos.

¿Puede perderse algo que nunca fue tuyo?

Ahora se ríen juntos.

Yo bailo en la pista y muevo todo mi cuerpo en un intento por exorcizar todo esto que no quiero estar sintiendo. Siempre he creído en la fuerza del movimiento para deshacernos de todo y en la fuerza de la quietud y la reflexión para apropiarnos de aquello que escapa nuestra comprensión. Sin embargo, no medito hace muchísimo y he estado faltando a yoga porque cuando llegaba la hora de irme quería quedarme donde fuera que estuviera Paul, así que no estuve ni interiorizando ni expulsando y llevo de relleno todas estas cosas radioactivas que me van matando de a poco.

Leo dijo que no quería que esta noche fuera un desastre y yo le respondí que no tenía que serlo, que era su noche así que podía poner las reglas que considerara necesarias para que las cosas se mantuvieran como deberían ser.

Luego mandó sus reglas y a mí se me paró el corazón porque me di cuenta de que no le di crédito suficiente a mi amiga, que pensé que no lo notaría porque es el tipo de persona que no percibe su alrededor si no le importa y nunca pensé que pudiéramos importarle lo suficiente como para recaer en nuestra existencia. Pero ahí está, la regla número dos de su lista:

#2. Nadie del género femenino, puede posicionarse a menos de un metro y medio de distancia de mi hermano.

Y no dice nada más, pero no necesito nada para saber que me está hablando a mí porque no hay motivos para que le hable a alguien más. Willa no lo entiende. Ella se rió como si hubiera sido un chiste y me gustaría poder decirle que no es un chiste y que no da risa, pero como no es real y no existe supongo que *chiste* es la mejor forma de describirnos a Paul y a mí incluso cuando no tenemos un

buen remate. Yo entiendo la regla número dos por lo que en verdad es: una advertencia. Lo que no sé es si me advierte porque simplemente no quiere que suceda o porque no quiere que suceda *esta noche* en particular. Me pregunto si sabe que ya sucedió, si lo sabía cuando lo dejó en la puerta de mi casa sin más que su valija y una muleta bajo cada brazo.

No puedo seguir viéndolos.

Pero no puedo dejar de verlos.

Leo desaparece de un segundo a otro y en lugar de ir a buscarla —porque sé que donde sea que esté Ashford va a estar ahí también—, dejo a Willa bailando con Cameron y me voy a la barra. Conductora designada o no, necesito algo, cualquier excusa que ponga gente entre Paul, Shelly y yo.

El barman me sonríe con intenciones y olvida a la pareja de chicos que había antes que yo en la fila. Me sirve mi martini, me guiña el ojo, es sutil y tiene unos brazos impresionantes, así que por costumbre correspondo el juego y le sonrío desde detrás de mi copa. Me aburre el juego, no me comprometo del todo, y me pregunto cuántas cosas más habrá arruinado Paul Grimmaldi.

—¿Qué pasa? —Tardo un segundo de más en reaccionar porque en un principio creo que lo estoy imaginando, que quiero que haya venido tras de mí con tanta fuerza que mi cabeza no pudo negarse a dármelo. Pero no es así. Volteo sobre el taburete y está ahí pero no de la forma en la que me gustaría que esté. Tiene el ceño fruncido, una expresión tan atípica en él que tardo en reconocerlo. La música está alta, lo obliga a acercarse y a gritar al hablar—. ¿Por qué me ignoras?

Es decir, vi sus miradas y sí, las ignoré. Pero, ¿qué quería que hiciera? ¿Esperaba una sonrisa de mi parte mientras vive el momento de su vida con su ex? ¿Esperaba que me plantara ante él y lo besara frente a ella? ¿Qué otra cosa podía hacer más que fingir que no está ahí, que no duele no poder ser la que lo hace reír así? Nunca los había visto funcionar. Siempre que él y Shelly estuvieron en el mismo lugar los vi mirarse, reclamarse con la mirada, tener conversaciones en silencio, ella buscándolo y él escapando por los pelos. Siempre hubo amor, pero nunca los había visto sin rencor de por medio.

—Estoy haciendo lo que dijimos que haríamos. Nada más.

—No me has mirado desde que te levantaste de la mesa.

Error, no he parado de mirarte.

—¿Y qué esperabas? No somos pareja, no somos nada, no hay por qué involucrar al resto. Fue lo que hablamos. No estoy enojada. Es como es.

—¿Y por qué lo dices como si me odiaras? —Su pregunta dispara un *déjà*

vu. Hace no mucho tiempo me acusó de odiarlo y yo era lo suficientemente idiota para creer que lo hacía.

—No te odio. —*Me gustaría poder hacerlo*—. No me importas lo suficiente como para odiarte. —Veo en sus ojos algo que destella y me pregunto si dentro suyo al fin algo se derrumbó, si entendió por primera vez lo que implica ser algo que no es, escondernos porque no somos dignos de mostrarnos—. ¿Por qué no vuelves con Shelly? Seguro te está esperando. —También veo su confusión, la forma en la que quiere consolarme y la conciencia de que no puede hacerlo porque no me duele. Él de verdad cree que no me duele nada de esto, que son cosas que al suceder ni me van ni me vienen.

Y siendo así, no entiendo por qué dice lo que dice, por qué me mira como si yo estuviera golpeándolo cuando él sostiene el bate. Soy botellas de cristal estalladas y nadie va a buscar mis piezas para hacerme collar.

—¿Y si te digo que quiero estar aquí?

Me río. Mis carcajadas suenan a mentiras.

—A juzgar por cómo la has mirado toda la noche, diría que estás mintiendo.

—¿Una mentira por un beso? —Su pregunta deja olor a podrido en el aire, como si hubiera abierto una fruta con la corteza llena de hongos para ver si podía salvar aunque sea un gajo. No pudo.

—¿Para qué? —Alguien debería grabar esta actuación para que me den un *Oscar* porque no sé cómo consigo sonreír cuando las lágrimas me pican en los ojos y todo lo que quiero es echarme a llorar—. Si no vas a besarme con ella aquí. No va a pasar nada con ella aquí.

Y todo lo que pasa cuando ella no está tampoco cuenta.

Lo sé. No va a contradecirme porque si hay algo que nunca ha hecho es mentirme así, a la cara. Siempre he apreciado la honestidad que hubo entre nosotros y no creo que sea momento de romper eso. Algo tiene que quedar intacto, algo tengo que poder recordar cuando de nosotros no queden ni cenizas. Me gustaría recordar su honestidad. Tal vez así algún día me anime a ser honesta.

—Mar, miénteme —suplica. Y sé que él también me está pidiendo que sea honesta, que le diga lo que sea que me está pasando porque algo me pasa y él lo sabe y yo lo sé pero no puedo decirlo en voz alta ni puedo parpadear porque cualquiera de esas dos acciones derramaría mis lágrimas. Lo miro tan pero tan fijo que creo que al hacerlo le estoy dando todas las verdades que llevo dentro pero como no quiere verlas, no de verdad, pues no las ve.

Suspiro y encuentro las últimas palabras que digo en toda la noche.

—No tengo ganas de jugar a esto.

Paso por su lado, tan cerca que deberíamos habernos rozado pero no nos tocamos en absoluto porque la distancia que nos separa es demasiada.

Me detesto por darme vuelta a verlo una última vez.

Me detesto por esperar que estuviera allí, viéndome.

Pero apenas he hecho dos pasos y Shelly ya está ocupando el lugar en el que estaba.

O tal vez siempre fue al revés, yo allí parada, tratando de hacerme pequeña para encajar en la forma de su ausencia, manteniendo el lugar a temperatura perfecta para cuando ella pudiera volver.

CAPÍTULO 46
Paul

He perdido la campera, sin embargo me siento más pesado que nunca.

Mis extremidades hechas de piedra hacen que me tiente la idea de hacerme una bolita aquí mismo y dejar que esta melodía entonada a gritos por borrachos sea mi canción de cuna.

Pero antes de que pueda hacerlo, Shelly está a mi lado y habla rápido y sonríe de esa forma en la que siempre quise que nos volviéramos a sonreír, como si todo estuviera olvidado y pudiéramos prometernos que esta vez todo sería diferente. O tal vez es sólo su sonrisa de borracha. Nunca la había visto borracha y me sorprendo porque es la primera vez en toda mi vida que conozco una nueva versión del amor de mi vida.

Cuando Mar está borracha le pesan un poco de más los párpados, pero parece ver mucho mejor, mucho más, como si te atravesara la carne con los ojos y tuviera un primer plano de tu alma. Shelly abre mucho los ojos, pero no parece ver nada, sus pupilas saltan de un lugar a otro y siempre se detienen un poco más de la cuenta en mí pero es como si su atención estuviera dividida entre todas las personas que nadan en la pista de baile.

Mi cuerpo se va.

Se me escapa del pensamiento, que lo tengo atorado en la indiferencia de Mar y la forma en la que puede mirarme un día como si estuviera hecho de estrellas y al siguiente como si fuera una escenografía destartalada de colegio primaria; la luna y las nubes hechas de cartón corroído por la humedad y los hongos.

Entonces mis piernas caminan y caminan rápido, muy rápido, porque quieren alejarse de este ruido y esta angustia, porque quieren dejarse caer donde sea que esté Mar, pero no esta versión de ella que me sostiene a un brazo de distancia con una daga contra mi cuello, quieto, donde pueda ver mis manos. No vaya a ser que la quiera más de lo que debería.

No vaya a ser que la quiera en absoluto.

Pero no lo hago, no puedo hacerlo. No hay lugar en mí para quererla de esa forma que tanto miedo le da.

¿Por qué no me deja quererla?

¿Qué le da miedo?

Creo que Shelly dice mi nombre pero la salida me seduce con susurros y promesas de paz, necesito silencio y Shelly —porque quererla es tener una murga de bombos y percusiones en el pecho— hace demasiado ruido dentro mío.

CAPÍTULO 47
Paul

Atrapo a Mar mintiendo y solo por eso accedió a verme al día siguiente.

Ella finge que no mintió y yo que no me afectó su mentira.

Ninguno de los dos menciona la discoteca o a Shelly.

No te odio, dijo ella, *no me importas lo suficiente como para odiarte*.

Me paso la noche entera buscando demostrarle lo contrario, pero es más fría que nunca, es distante de esa forma en la que la he visto serlo con el resto del mundo pero nunca conmigo. Empiezo a entender la cara que puso Cam cuando le dije que Mar era dulce.

—*¿Dulce?* —preguntó—. Esa chica tiene de dulce lo que una tumba tiene de alegre.

Me deshago un poco más en mi vergüenza cada vez que pienso en lo que le dije –*¿Y si te digo que quiero estar aquí?* Ayer quería estar donde fuera que ella estuviera, pero hoy sólo quiero irme porque a su lado me consume una incertidumbre que nunca asocié a Mar. Incluso al principio, cuando no entendía sus motivos, cuando desconocía su historia, podía ver sus intenciones, sus deseos, el motor que movía su cuerpo. Sabía que me deseaba, que le intrigaba y que ninguna de las dos cosas le hacía gracia. Sabía qué chiste la haría reír incluso cuando se esmeraba en esconder su sonrisa. Hoy lo único que sé es que algo ha cambiado incluso cuando por mi puta vida no podría señalar el qué.

Respiramos un aire incómodo, caliente que nos va cocinando por dentro con cada inhalación. El silencio que nos envuelve no tiene espacio, está lleno hasta arriba de cosas que ninguno de los dos se atreve a decir, de incógnitas con respuestas que no van a gustarnos.

El bar a nuestro alrededor es oscuro y lo elegí porque pensé que Mar disfrutaría del ambiente, de las velas, del montón de plantas que nos rodean en este jardincito escondido. Sin embargo en cuanto le dije que era un bar oculto, su semblante se volvió aún más frío, sus trincheras se triplicaron y yo no me atreví a preguntar por qué, demasiado aterrado del disparo que pudiera recibir en respuesta.

Sobre la mesa, mi celular se ilumina con el nombre de Shelly.

Corto la llamada de inmediato, como si tuviera algo que esconder.

Pero no lo tengo. Si Mar preguntara por qué Shelly me llamó ya tres veces en lo que va de la noche, por qué no le atiendo nunca o por qué no apago el celular le diría la verdad sin pensarlo dos veces: que desde ayer Shelly me ha escrito incontables veces para *hablar*, pero no sé de qué ni por qué, y la verdad es que me encuentro preguntándome qué me pasa porque ni siquiera me interesa averiguarlo. Me aburre un poco, a decir verdad, la idea de ir a ver a mi ex y escucharla hablar de algún problema que no puedo ni debo ni quiero arreglar.

¿Eso me hace mala persona? Es decir, no soy su novio y no me corresponde, ¿no? Pero tampoco soy nada de Mar y por ende no me correspondería pasar el día pensando en verla para cerciorarme de que nuestra pelea, que no fue una pelea porque no somos nada y no se puede pelear por nada. No pude evitar hacerlo. Con Mar me pasa que todo me preocupa y a eso se suma la preocupación de que me preocupe preocuparme entonces ando siempre preocupado por preocupaciones que no son mías para preocupar.

La cuestión es que Mar no pregunta por las llamadas ni por mi falta de respuesta.

Nos limitamos a hablar de todo lo que no importa, de todas las trivialidades que amo saber sobre su día pero que hoy me cuenta como si no quisiera contarlas, las ponemos sobre la mesa como un montón de decoraciones frívolas que intentan disimular el hecho de que el árbol ya está muerto. Así que no sé cómo sucede, no sé en qué momento todas estas palabras vacías se convierten en una nueva discusión.

Mar bufa y mira en todas direcciones menos hacia mí.

—Estás escuchando lo que quieres escuchar —responde.

—Te escuché perfecto. Dijiste “el dinero no hace la felicidad” y es un comentario de persona con dinero —digo con una sonrisa socarrona, porque se supone que así son las cosas entre nosotros: sencillas, ligeras.

Pero esta noche Mar parece dispuesta a convertirnos en todo lo que nunca fuimos.

—Que lo tenga no significa que sea la base de mi felicidad.

—No, pero sin él no tendrías tus vacaciones anuales a Aspen ni tu universidad privada ni tu celular nuevo y entonces tal vez no serías tan feliz.

—O viajaría a un lugar más barato, iría a una universidad estatal y tendría un peor celular, no creo que eso marque la diferencia.

Me río. Un poco porque es la primera vez que veo el grosor de la burbuja en la que vive, otro poco porque necesito que me mire, lo necesito con tanta necesidad que hasta que no lo haga este vacío dentro mío va a seguir sintiéndose

como el principio del fin del mundo.

—Ninguna de esas cosas es no tener dinero. Es tener menos dinero del que tienes, nada más. —Y yo juro que intento hacer de mi comentario un chiste, pero creo que ella ve lo mucho que siento mis palabras porque responde con un cuchillazo que se clava en el punto justo donde todo duele el doble.

—Ah, claro, para ti tú eres la única vara para medirlo todo. El pobre mártir que no tiene más opción que la de usar todo el dinero para pagar la educación de su hermanita, sostener los caprichos de su padre. Mira, Paul, ganas mejor que cualquier otro chico de veinticuatro años que haya conocido en mi vida, lo que pasa es que no sabes decir que no. Entonces, el dinero no hace la felicidad, lo que la hace es cómo lo usas. Porque tú estás decidiendo todos los días de tu vida ser un infeliz.

No queda nada de la inocencia con la que nos metimos a caminar este terreno, la arena movediza me lametea los talones y me tira hacia abajo. No entiendo de dónde vienen todas estas acusaciones, toda la violencia con la que las enuncia como si yo fuera un idiota y no pudiera ver la realidad. Que no es esa. Nada de lo que dice es cierto. No es tan simple, no es blanco y negro, no son elecciones que pueda tomar sin que las consecuencias me aplasten el resto de mi vida.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que deje de lado a toda mi familia que no tiene cómo pagar esas cosas sólo porque yo no tengo ganas de hacerlo?

—No, lo que digo es que tus padres son adultos y no tienes por qué hacerte cargo de ellos cuando ellos en su puta vida se han hecho cargo de ti.

—No tienes idea de lo que estás diciendo. Me lo dieron todo.

—No te dejaron estudiar.

—No quería hacerlo.

—Porque sabías que no te dejarían. Ni siquiera pudiste ilusionarte con la posibilidad porque sabías que tu padre tenía decidido lo que harías.

—¿Qué tiene que ver todo esto con el dinero?

—¿Qué querías ser de niño? ¿Bombero, médico, policía, astronauta…?

—Basta.

—¿... veterinario, actor, piloto? ¿Qué querías, Paul? Porque estoy segura de que así como Tino quiere ser paleontólogo tú también querías algo y lo abandonaste cuando te diste cuenta de que no podrías tenerlo porque te enterrarás en vida antes de decirle que no a la gente que amas. —Y yo quería que me mirara, pero sus irises arden con un fuego verde que me recuerdan a la manzana envenenada y siento que la he mordido y en cualquier momento voy a

caer muerto.

—¿Te estás escuchando? He dejado a mi padre por su cuenta, vivo diciéndole que no. Me ha pegado porque le dije que no, porque no pienso dejar que les haga a mis hermanos lo que me hizo a mí.

—Lo que hiciste no fue decirles que no, lo que hiciste fue buscar un trabajo que te permitiera cumplir con todo lo que ellos esperan de ti sin tener que someterte a estar bajo el mando de tu padre por el resto de tus días. Pero incluso ahora que no es tu jefe y apenas se puede decir que sea tu padre, sigue controlándote porque lo obedeces y todo lo que haces, todo lo que ganas con el trabajo que amas se lo lleva él.

—Les doy el dinero para Leo y para el negocio de papá porque me hace feliz dárselos.

Y Mar Aliena tiene la osadía de reírse de mí.

—Mentira. —Su carcajada irónica rebana mis entrañas, las revuelve con una navaja hecha para cortarlo todo—. Es lo que te dices porque es lo que *quieres*, pero si realmente fueras feliz no te lo pasarías lamentándote por todo lo que podrías hacer con ese dinero si lo usaras para tu futuro, para tus planes, para el estudio que quieres abrir, para alquilar un departamento, para malcriarlo a Tino con regalos, para invitar a cenar a tu mamá, para ir a Aspen, que cada vez que lo menciono se te ve en la cara que te mueres de ganas de hacer deportes en la nieve…

—Eres una *niña*. —Y sé que le duele y sé que por algún motivo tiene que ver con su padre, aunque no sé cómo ni por qué. Ya cometí el error de llamarla así en el pasado y ya vi lo mucho que le duele, pero no puedo evitarlo. Quiero que el golpe le saque el aire suficiente como para que reconsidere esta pelea que está librando contra mí sin motivo alguno, quiero que deje caer esta cuchilla sucia para que mis intestinos dejen de caerse entre los agujeros que sus palabras abren en mi estómago—. No tienes idea de lo que estás diciendo porque eres demasiado pequeña para entenderlo. —Ignoro la parte de mí que me dice que nunca vi a Ali como menos que un igual, que siempre pensé que su forma de ver el mundo llevaba más madurez que la de muchos adultos con los que me crucé —. Toda esa mierda son cosas que me darían felicidad instantánea, —*¿No es así? La cosa* coletea y gime contra mi nuca, mi cuerpo le queda chico y tengo que retener el impulso de pararme y romper la mesa entre nosotros porque entre todo este ruido lo único que tengo claro es que lo último que necesito son más cosas entre nosotros—, pero a la larga estas cosas van a ayudar de una forma permanente y…

—¿Y *qué*? Siempre van a pedirte *más*, Paul, porque tú dejas que te pidan más. Nunca vas a tener tu departamento, ni tu estudio, ni vacaciones en la nieve y no es porque no *tengas* dinero. Es porque es mucho más fácil ser *infeliz* que tomar las decisiones difíciles que conlleva elegir dejar de serlo. ¿Y tu madre? Vives quejándote de tu padre, poniéndolo en el lugar del villano porque es más fácil y a ella la glorificas. ¿Alguna vez hizo frente a tu padre y le dijo que te dejara en paz? ¿Alguna vez te dijo que eras libre de elegir?

—¿Y ahora pretendes saber quién es mi madre?

—No necesito saber quién es ella para saber lo que hizo por ti. No hizo nada. Nunca te dijo que dejes de trabajar tan duro, que uses tu dinero en cosas que te hagan feliz, que ella busca a Tino por la escuela. No, es más dulce que tu padre pero tampoco está ahí para ti. Abre los ojos. ¿Toda esa presión desde que naciste para que estés con Shelly? —Su voz abre grietas en mi piel—. ¿Crees que eso no tiene nada que ver con la mierda de relación que tienes con ella? Si tu único gran amor fue otra indicación de tu familia.

—Eres una niña —repito, como si no quisiera gastarme en responderle, cuando en realidad lo que pasa es que no sé cómo explicarle que lo que dice no es cierto. No sé por qué no lo es pero sé que no lo es. *La cosa* ruge y no me deja pensar y sólo quiere hacer daño. Soy el niño que tiraba de las coletas de mis compañeras, soy el adolescente que rodaba los ojos a cualquiera que intentara darle órdenes, que fumaba porro entre clases sólo porque podía, que desaprobaba no porque no pudiera aprobar sino porque lo último que necesitaba era la tentación de una beca que no podría tomar porque esa no sería su suerte. Soy el chico que se hizo su primer tatuaje en rebelión con su padre, no el que dejó que su hermanito mejor elija el diseño, soy el *skate* que partí contra la pared cuando volví a casa después de ver a Shelly y a Porter siendo *amigos*, no soy el que le llevó rosas al día siguiente para cerciorarme de que nunca tendría motivos para perderla. En este momento *la cosa* me hace ser todas las peores partes de mí—. ¿Y qué vas a venir a hablarme de decisiones difíciles si te lo pasas dejando que tu madre se quede dormida llorando? Prefieres fingir que no está sucediendo antes que hacerte cargo.

—*Ni* se te ocurra…

—¿Qué? ¿Hablar de una familia que no conozco? Si tú te permitiste hablar todo lo que quisiste y ni siquiera has *visto* a mis padres. —Al menos no como son, no cuando son las verdaderas versiones de ellos mismos—. Yo he vivido contigo y tu madre y sé muy bien de lo que hablo: son dos infelices porque tú prefieres empujarla y verla sufrir antes que admitir que tú tampoco superaste la

muerte de tu padre. Prefieres creerte tu propia mentira y decirte que todo te da igual y que la vida sigue igual, pero no puedes ni mencionarlo. No puedes perdonar a tu hermana que sí lo ha hecho, que está feliz y que no acepta la depresión asquerosa en la que tu madre y tú viven.

Y lo veo. Pero para cuando lo veo, me he pasado del límite hace tres pueblos, el daño es irreversible y lo que me frena no es el arrepentimiento sino la conmoción helada en la que cae mi sistema cuando Mar al fin me mira y en sus ojos veo lo mucho que le *importa*.

Todo le importa. Lo que pienso, lo que digo, lo que no, su madre, su padre, su hermana, su dolor, su pena, su alegría, su culpa, su amor, todo le importa tanto que sabe que si se permite darse cuenta de todo lo que siente, todo su sentir va a caer sobre su vida como una avalancha y arrasar con todo.

Quiero ser mejor persona, quiero arrepentirme de todo pero no lo hago y de hecho esa parte retorcida de mí se regodea ante la reacción porque al fin vuelvo a ver a Mar dentro de la caja fuerte en la que se ha metido, al fin la veo actuar como la versión de ella que vi esa primera noche en la discoteca: es la chica de la sonrisa ahogada que me cautivó porque vi en ella un espejo de mi tristeza.

La otra parte de mí, la que le duele hacer daño, hacer*le* daño a ella, esa parte agoniza con gritos que levantan a los muertos y lágrimas como uvas que me revientan los lagrimales cuando las lloro hacia adentro.

Mar se pone de pie y la acción aprieta el botón de encendido de las luces del mundo, que se habían apagado cuando los sentimientos nos engulleron en su oscuridad. Una oleada de vergüenza arrasa conmigo cuando caigo en la cuenta de todas estas personas que nos miran con pena y desaprobación, irritación y aburrimiento. Hicimos un espectáculo de nuestras heridas y las dejamos infectarse con miradas.

Pero Mar aún no lo ve. No ve nada excepto a mí y yo me termino de desvanecer, demasiado pequeño para pelear contra la cosa y todo el ruido que hace, quedo prisionero de sus lamentos cuando ella me mira así, como si no me conociera, como si detestara esto que también puedo ser y en efecto por primera vez en todo este tiempo no fuéramos nada.

Abre la boca y yo le pido de rodillas con los ojos que diga algo.

O tal vez solo la miro en silencio porque nada de mí responde a mí; soy víctima de esa electricidad que llevo dentro y ella sólo ve las chispas, la parte que quema y hace daño.

No dice nada.

Sus labios se cierran y niega con la cabeza como si ni sus palabras me

mereciera.

Como si tal vez toda esta conversación hubiera sido en vano.

Se da media vuelta y se va.

Colgando del cuello se lleva un dije de vidrio verde que me recordó a sus ojos.

En sus manos se lleva un montón de versiones mejores de mí que le hubieran pedido que se quede, que le hubieran pedido perdón y hubieran sido lo suficientemente valientes para hablar de lo que pasó ayer antes de que la podredumbre de esa noche se pasara a la de hoy y a la de mañana y a la de todas las posibilidades que ahora no vamos a tener.

La acusé de tener miedo de asumir su pérdida.

Si fuera más valiente le hubiera dicho que a mí lo que me da miedo es asumir que para mí nunca fuimos *nada*. Que llevamos tanto tiempo siendo *algo* que mi cabeza le ha huido al nombre que quiero ponerle, a la palabra que le corresponde porque sabía que decirla significaría su fin. Y preferí aceptar la sombra de todo aquello que pudimos haber sido, antes que quemarme con la luz de todo aquello que ella nunca quiso ser para mí.

CAPÍTULO 48
Paul

Cuando vi a Mar llegar con Leo a la rampa ese primer —¿o debería decir segundo?— día, pensé que tal vez era una especie de señal, un guiño del universo hacia mí, como si al fin reconociera que llevaba demasiado tiempo dándome golpes y hubiera decidido darme hilo y aguja para que pudiera poner los puntos y cerrar las heridas. Ahora lo pienso y quiero pegarme a mí mismo. ¿Desde cuando era tan ingenuo? Mar es solo una chica que estuvo en el lugar equivocado en el momento equivocado. No es una solución mágica para olvidar a Shelly, no es ni aguja ni hilo. Es carne y hueso, y fue más que clara: nunca tuvo intenciones de curar a nadie.

Destino.

Le sigo dando vueltas a esta palabra desde el día en el que ella la puso en mi cabeza.

Toda mi vida me dijeron que Shelly y yo estábamos *predestinados* y toda mi vida lo acepté.

Luego apareció Mar y pensé que ella también era obra del destino.

Y me gustaba que así fuera, porque significaba que no tenía que elegir.

No tenía que intentarlo con nadie más, no tenía que seguir pensando en Shelly, sólo tenía que entregarme a la forma en la que ella me hacía olvidarlo todo. Centrarme en la forma estúpida en la que me intrigaba, en el deseo bruto que sentía al verla, era mi vacuna de inmunidad contra el dolor del pasado y las decisiones del presente.

Me dije a mí mismo que no podía *no elegirla* por lo que tampoco la *elegí*.

Y me doy cuenta de ello ahora.

Ahora que no está y aprendí a quererla.

Ahora que hice más daño del que sé reparar.

Ahora que me lo hizo ver.

Leo, de pequeña, tenía una casa de muñecas rosa. Tres pisos con muñequitas del tamaño de un dedo, habitaciones expuestas con sus mueblecitos de plástico, cocinita hecha con stickers contra la pared. Jugábamos horas interminables con ella y la recuerdo tan bien que podría dibujarla de memoria. Cuando llegué del bar, mi casa –el lugar que me vio ser todas las versiones de mí mismo que fui

alguna vez– se sentía como esa casita rosa; frágil, falsa, con olor a melancolía y recuerdos guardados en álbumes de fotos avejentados. Y yo me había convertido en una muñeca de plástico con el pecho hueco y la cabeza llena de voces.

Así como llegué, di media vuelta y salí para el gimnasio.

Corrí y entrené como no lo hacía desde mi lesión. Paré solo cuando el tobillo me dejó saber que no hacerlo implicaría otras dos semanas de reposo.

Volví a casa y mis ojos se fueron al sillón del abuelo, al lugar en el que sentaba conmigo y con Tino por las tardes, donde jugábamos a las cartas por horas, donde él y su mejor amigo se pasaban horas riéndose de anécdotas viejas como el tiempo mismo pero con sonrisas que los hacían ver jóvenes e invencibles. El cuero ajado parecía lo único real entre las paredes de juguete.

Así que allí me senté.

Un minuto, dos, media hora, una hora, dos, tres, hasta que afuera la calle se volvió más ruidosa que *la cosa* y el respeto que me tengo.

Porque toda la noche pensé en todas esas cosas que dijo Mar que me harían feliz, esas cosas que negué querer tanto como quiero la vida que tengo ahora mismo. Y a pesar de llegar a la conclusión de que sí quiero todo eso –mi estudio, vacaciones en Aspen, una casa que no se sienta como respirar aire prestado– y mucho más, cuando sale el sol repito lo que hice ayer y lo que vengo haciendo toda la vida: despierto a Tino, lo visto, le hago el desayuno antes de salir para la escuela. Vuelvo a casa, dejo el auto, me llevo la moto y salgo a trabajar para ganar dinero que usaré en todas las cosas que mi familia necesita y en ninguna de las que realmente quiero.

Porque soy cobarde, un amante de la idea del destino, porque la idea de tomar las riendas es demasiado para mí, porque pensar en romper con estas cadenas se siente como respirar humo; me cierra la garganta, me llena los ojos de lágrimas. Pero es un poco adictivo así que incluso ahora, en el mostrador del trabajo, miro por la ventana y sigo pensando en ello. En romper las cadenas, en no hacerlo, en Tino, en Leo que hoy debe estar compitiendo en nacionales, en Mar… pienso en Mar. En que quiero hablarle, en que la extraño, en que no sé si ayer llegó bien a su casa, porque nuestra discusión no se sintió como esas otras discusiones que se barren bajo la alfombra con un mensaje de buenos días, pero ahora estoy un poco preocupado porque realmente era tarde cuando se dio la vuelta y se fue caminando.

Pienso en Mar con tanta fuerza que cuando la campana suena anunciando la llegada de un nuevo cliente, creo que la he invocado y alzo la vista con esa sonrisa que sólo ella me genera. Y me cuesta sostenerla. Porque no es Mar.

Es Shelly.

Que me devuelve la sonrisa como si yo también fuera la persona que estaba buscando.

No eres tú, pienso. Y no sé ni qué quiere decir ni puedo analizarlo porque se planta delante de mí con los ojos llenos de ilusión y tengo que usar mis pocas neuronas funcionales tras haber dormido un total de cero horas, para no desarmar de todo el gesto.

Me arden los ojos sosteniéndole la mirada. Creo que es el sueño, o tal vez la incertidumbre de desconocer las emociones que empiezan a cocinarse dentro mío. Todo en esta secuencia es viejo, sin embargo nunca había sucedido así: sus ojos no son ojos de reclamo, pero tampoco son ojos de cervatillo. Son ojos oscuros, casi negros, y nada más. Nunca fueron eso y nada más.

Es el cansancio, me digo. *Necesitas dormir. Es* Shelly, *con ella las cosas nunca son "y nada más", ella es todo. Siempre va a ser todo.*

—Holas. —Sonríe. Nada más. Sus mejillas no me recuerdan a cerezas ni quiero pellizcarlas. Sus dientes no me recuerdan a cuando tenía aparatos y le daba miedo besarme por si me lastimaba. O más bien me lo recuerdan pero el recuerdo no tiene efecto alguno en mi cuerpo. Sólo son dientes parejos.

—Buenas, ¿qué te trae por aquí?

Mi jefe se fue a comprar café para todos —*americano para ti, Paul, que si no no vas a servirme de nada hoy*—, pero va a volver en cualquier momento y ya me dijo mil y una veces que no le gusta cuando Shelly se aparece aquí. O cuando llama. O cuando tiene reclamos. En líneas generales, a nadie en el estudio le gusta mucho el concepto de Shelly en sí. Parecen estar de acuerdo en que no es una relación sana. Y lo sé, es el motivo por el cual estamos como estamos, aún unidos pero distanciados porque nos hacemos más daño del que podemos tolerar, pero sigue sin gustarme que ellos lo digan como si ella fuera el problema.

—¿Cómo estás?

—Eh, bien.

—Tienes ojeras. —Está parada cerca, pero no me doy cuenta de qué tan cerca hasta que extiende la mano para acariciar con el pulgar mi pómulo. Quiero echarme atrás, pero no quiero hacerle daño—. ¿Qué pasó? —Y a mí se me viene a la cabeza primero el nombre de Mar y luego todo lo demás, así que agradezco que Shelly considere que todavía me conoce lo suficiente como para responder por mí, porque no hubiera sabido cómo contestar—. Tu padre otra vez. ¿Pasó algo con Tino?

—Nada fuera de lo normal.

Porque no soy lo suficientemente valiente como para elegir cambiar las cosas.

Shelly no retira su mano, yo sigo sentado y la dejo hacer porque tengo sueño, porque estoy tan cansado de luchar contra mí mismo, de hacerme preguntas por todo y sobre todo, que solo quiero permitirme existir sin más. Así que existo en la palma de Shelly, todo como fue alguna vez y a su vez completamente diferente porque el agotamiento no deja lugar en mi pecho para las emociones que sé que están ahí.

—¿De qué querías hablar? —pregunto. Porque sé que vino a eso. A decirme lo que la hizo llamarme decenas de veces en los últimos dos días, a explicarme por qué todos esos mensajes pidiéndome *aunque sea diez minutos*.

—¿No prefieres hablar después del trabajo? Puedo esperar.

—Dijiste que serían diez minutos.

—O sea, pero… —Sus ojos se van hacia el pasillo que lleva a donde Jorge está trabajando en un tatuaje. Se escucha cada palabra de su conversación con el cliente.

Me levanto de la silla y su mano cae. Mi mejilla se siente fría, pero mi corazón late un poco mejor. *¿Qué te pasa?* Quiero preguntarle. *Bum, bum, bum, bum,* me responde. No lo entiendo así que lo dejo ir.

Cierro la puerta que da al pasillo. Seguimos escuchando a Jorge, pero al menos no entendemos lo que dicen. Esto parece alcanzarle a Shelly y lo agradezco porque de verdad lo único que quiero hacer cuando termine mi turno es ir a casa y dormir tan profundo que cuando intenten levantarme piensen que he caído muerto.

Me quedo de pie. Estando de pie no me siento tan cerca de Shelly.

No sé en qué momento mi cuerpo pasó a necesitar todas mis fuerzas para no buscarla a necesitar distancia.

—Bueno, quería hablar de la otra noche.

—¿Qué otra noche?

—En la discoteca, el festejo de Leo.

Mar. Va a preguntarme sobre Mar y voy a tener que decirle que no somos nada que nunca lo fuimos entonces ella va a preguntar si algo pasó y yo voy a tener que decirle que sí, pero que no significó nada porque nunca nos elegimos y que…

—¿Qué pasó? —Intento que el pánico y el nombre de Mar no se transparenten en mi voz. Me obligo a sonreír para que parezca que estoy

relajado, que no me importa, que no hay nada que esconder, que lo que tengo que negarle no me duele.

Ella me sonríe de vuelta y vuelvo a sentir *algo*. Deja de ser Shelly nada más y vuelve Shelly el amor de mi vida porque hay una dulzura en el gesto que me recuerda a verla crecer.

—Lo pasé bien.

Le sonrío, porque me alegro, pero es una sonrisa triste, porque detesto esa noche porque si no hubiera estado allí, si no hubiera hablado con ella, entonces no hubiera discutido con Mar y ayer hubiéramos tenido una noche genial, y sabría si llegó bien a su casa y probablemente la vería hoy también sólo porque quiero y puedo y tal vez, sólo tal vez tendría tiempo suficiente con ella para darme cuenta de lo mucho que sí quiero elegirla incluso cuando no puedo, no debo y sé que no saldrá bien. Tal vez encontraría la forma de hacer factible que ella me elija de vuelta.

Sin embargo, todo eso es imposible así que me encojo de hombros.

—Suele pasar cuando estás ebria. —Shelly tiene la piel de un marrón oscuro que normalmente no permite ver cuando se sonroja, pero esta vez el calor que le sube al rostro es tal que combinado con la palidez del invierno, la veo tomar color. Me rio—. ¿Creíste que no me había dado cuenta?

—No, no, sólo… —Y se pone aún más roja y yo me río aún más—. Es solo que no sé si dije algo fuera de lugar o…

—Nada raro. De hecho, creo que Shelly ebria es de mis nuevas Shellys favoritas.

—Tú tampoco estabas sobrio, que digamos.

—Todo lo contrario.

—Esa mierda mata, ¿sabes?

—Fue *un* porro, mujer, es que no me dejas vivir. —Me devuelve la sonrisa juguetona y es tan fácil caer en esta vieja dinámica. De reproches que no son reproches, de chistes que hicimos mil veces, de reírnos del otro y con el otro—. ¿Quién sabe? Tal vez la próxima vez que nos crucemos, estés fumada.

Quiebre.

Lo veo en sus ojos.

Pasan de divertidos y juguetones a rotos y heridos y no me doy cuenta de por qué hasta que pasan más segundos de los adecuados. Y no sé qué decir para enmendarlo, no sé siquiera si es posible pero con ella siempre lo intento incluso cuando sé que no tiene sentido. No quise hacerlo sonar así, como que la vida tiene que hacer que nuestros caminos se crucen en lugar de nosotros construirlos

para que vayan lado a lado, pero… ¿no es así? No lo sé, me salió así porque es como deberían ser las cosas ahora que no somos nada. ¿Por qué le sigue doliendo la realidad que ella eligió? *Ella* cortó conmigo, *ella* quiso rendirse primero.

Tengo que detenerme de las ganas que tengo de bufar o rodar los ojos porque no quiero ser esa persona, porque no quiero estar enojado con ella por sentir de forma diferente a mí, por seguir queriendo unir las piezas de esto que teníamos y rompimos. Pero la verdad es que empiezo a cansarme. Hay un límite a la cantidad de veces que uno puede repetir un patrón sin darse cuenta.

Pero Shelly me sorprende, porque es ella la que se sale del papel de víctima que se suele asignar. No llora ni me acusa de insensible, no me dice que no quiero volver a verla porque prefiero tener tiempo para revolcarme con todo el mundo. No me hace daño, no me pone en el papel de villano.

En su lugar, se recompone y vuelve a sonreír.

—Uno nunca sabe, ¿no? —Veo aún esa tristeza en su mirada, pero la esperanza es dos veces más grande y la opaca casi por completo. No sé si eso es peor o mejor—. Escucha. —Se relame los labios. No puedo no mirarlos. Los miro. Son labios y me incomodan, que supongo que es mejor que sentir que son labios y nada más. El labio superior de Mar es más fino, el de abajo más grueso, pero los de Shelly son iguales y su boca siempre fue de las cosas que más me gustaron de ella, ¿pero hoy me incomoda?—. Lo que quería decirte sobre la noche en la discoteca es que lo pasé bien *contigo*. Nos reímos. Hacía mucho que no nos reíamos. Y me dijiste que estabas feliz, que las últimas semanas no entrenaste casi nada pero *la cosa* estuvo bien, y yo también estoy bien. Estoy mejor que nunca. Empecé terapia hace dos meses, estoy eh… trabajando en mí. Y mejoré un montón. Estoy más tranquila con el estudio, dejé de eh… dejé de ver a Porter porque nunca pasó nada te lo juro…

Su nombre en sus labios sigue sintiéndose como un empujón y tengo que hacer un esfuerzo para no retroceder.

—No es… —*de mi incumbencia*.

No me deja ni terminar.

—...porque nunca pasó nada te lo juro pero es verdad que no era una amistad normal. Y estoy trabajando en eso y en mi perfeccionismo y en lo del rencor. Siempre me dijiste que tenía que trabajar lo del rencor y es verdad. Livvy, mamá y papá, todos me ven más feliz y es que lo estoy haciendo todo porque nos merecemos una oportunidad más.

—Shelly, yo…

—No, escúchame. Mira, lo estoy haciendo por mí. Porque lo necesito, pero creo que podemos darnos una oportunidad más ahora, que estamos los dos mejor, que estamos más tranquilos, que nos pudimos enfocar en lo que teníamos que arreglar por separado. Podemos hacerlo funcionar. Te extraño y no quiero tirar por la borda todo lo que vivimos, no quiero sentarme con un desconocido en un restaurante a ver cómo me pregunta por mi color favorito o el nombre de mi prima. Tú sabes esas cosas y no quiero que las sepa nadie más. No quiero elegir a otra persona porque quiero elegirte a ti y te sigo eligiendo a ti.

Y sus ojos.

Vuelven a ser suyos. Vuelven a ser ojos de cervatillo y yo haría lo que sea por ellos cuando me miran así, cuando me hablan desde la esperanza y desde el amor. Extrañaba que me hablara desde la esperanza y el amor. Extrañaba que me mirara como una oportunidad y no como un enemigo o un castigo o una vida que no pudo vivir. Cuando me mira de esta forma mi corazón late más rápido y me pregunto por qué pensé que podría seguir adelante sin ella.

Porque la extraño y tampoco quiero citas con desconocidos, no quiero vivir todas nuestras primeras veces una segunda vez con alguien más. Y quiero elegirla a ella y es lo que le voy a decir, pero entonces mis manos la toman por los brazos, buscando consolarla o acercarla…

… y siento la química, la forma automática en la que su cuerpo responde al mío y el mío sabe la inclinación perfecta para besarla… pero no pienso en ella.

Pienso en Mar.

Pienso en que si viera este momento me diría que estoy retrocediendo, que estoy eligiendo todo lo que siempre elegí, repitiendo las mismas fórmulas que llevo años repitiendo, esperando nuevos resultados. Porque mejores o peores, Shelly y yo somos Shelly y yo y el daño hecho fue hecho y eso sigue ahí. Pero con Mar… con ella aún no elegimos nada. Con ella aún somos una posibilidad de empezar desde cero, de hacer las cosas bien, de confiar como se debería. ¿O no? Tal vez no. Tal vez todo lo que dijimos anoche no tiene retorno o tal vez ella en serio nunca vio nada en mí. Después de todo vi cómo trató a Jay ese día en el restaurante, vi cómo él la miró a ella, como si también hubiera sido un idota que pensó que había algo incluso cuando ella le dijo que no era nada.

Y no quiero tirarlo todo por la borda por nada.

No quiero hacer más daño.

Quiero ser feliz y Shelly me hizo feliz tanto pero tanto tiempo que no tiene sentido que hoy si ambos somos felices, si de verdad estamos mejor, nos podamos hacer mal.

Pero Mar.

Mar.

Mar.

Mar.

Mar.

Mar.

En mi cabeza la invoco y la maldigo, y le ruego y la condeno, y le pido y le devuelvo.

Y esta vez lo consigo.

Pienso tanto en ella que la hago aparecer.

Mis manos en Shelly, mi cabeza en todas partes, la cosa vibrando bajo mi piel, mi cuerpo reaccionando de todas las formas posibles y a la vez muerto como si la vida se me hubiera escapado entre tanto sentir; así me encuentra el momento en el que mis mundos colisionan. Estoy viviendo el Big Bang, el inicio y el fin de todo aquello como lo conocemos.

Del otro lado de la puerta, Mar me mira.

Y en sus ojos.

No hay.

Absolutamente.

Nada.

CAPÍTULO 49
Mar

Me gustaría decir que fui sin pensar, que mis pasos me llevaron solos a hacer ese recorrido que tantas veces hice en auto, pero la verdad es que pensé muchísimo antes de venir.

Pensé tanto que no quedó tiempo para dormir en toda la noche, ni para pensar en todo el día. Pensé tanto que me duele la cabeza y los ojos porque visualicé situaciones infinitas y mis lágrimas se secaron contra la almohada y la dejaron corrugada, llena de miedos y sal.

Pensé en estar en el festejo de Leo, la discoteca y los celos a los que no me animé a ponerles nombre en el momento porque no quería *ver*.

Pensé en papá y todas las formas en las que verdaderamente ha muerto, todas las formas en las que no.

Pensé en mí y el tiempo que llevo muerta.

Pensé en Nina y las responsabilidades que no puedo pedirle que asuma porque sería exigirle cometer todos los errores que Paul comete día tras día.

Pensé en mamá y la forma en la que mi cuerpo se tensa por completo en cuanto entra a una habitación.

Pensé en mi culpa, en mis silencios y mis palabras que tan poco hicieron para salvarnos de esta mierda en la que nos hemos estancado.

Pensé en el dinero que tengo, en el que voy a dejar de tener, en la finca, en el fuego, en las hectáreas abandonadas, los escombros de la única casa en la que fui feliz.

Sobre todo pensé en Paul.

Pensé en que ayer apuñaló mi hombro derecho, perforando piel, músculo, tendón y hueso, y yo le devolví la misma puñalada del otro lado. Pensé en que nos hicimos sangrar después de todo este tiempo cuidando las heridas del otro, pensé en el dolor que conllevó hacerle daño, aún más profundo que el del daño que él me hizo a mí,.

Y pensé en todas estas cosas porque sus palabras arrancaron todas las puntadas infectadas que le había dado a los disparos que la vida me dejó en el cuerpo. Me obligó a ver las balas que llevaba aún insertadas entre los órganos, calientes y recolectando sangre en mis músculos, me puso pinzas en las manos y

me hizo sacarlas porque de otra forma nunca iban a curar.

No se han curado aún.

Pero tengo puntos nuevos y vengo a mostrárselos.

Vengo con los nervios a flor de piel a decirle que soy más liviana sin balas de plomo en el cuerpo, sin mentiras para conmigo. Vengo a decirle que creo que fuimos crueles, que le quiero pedir perdón por elegir la peor forma posible de no mentirnos, pero incluso la verdad más horrible termina teniendo mejor sabor en boca que la mentira perfecta.

Entonces lo veo a través de la puerta de vidrio.

Hay un instante en el que mi corazón se siente como un colibrí con alas demasiado pequeñas que se mueven a la velocidad de la luz intentando mantener el vuelo.

El siguiente instante la veo a ella —las manos de él sosteniéndola como si fuera el mundo entero, sus ojos brillando como pensé que podrían brillar para mí, galaxias enteras de promesas por hacer en sus ojos— y el corazón de mi colibrí se detiene en mi pecho, sus alas se rinden y cae su cuerpo muerto contra mi estómago.

Los colibríes también sangran rojo.

Una bala.

Vuelve a haber plomo en mi cuerpo.

Soy tan pesada que pertenezco al centro de la tierra con todas las criaturas de Julio Verne.

Y creo que Paul lo sabe, porque cuando me ve aquí, del otro lado del vidrio, sus ojos destellan humanos y yo, tan bestia, tan monstruo, no consigo interpretar lo que me quieren decir.

CAPÍTULO 50
Paul

Tal vez no la conozco tanto como creí hacerlo.

Tal vez aún no sé leerla tan bien como pensé que lo hacía.

Y por eso no veo nada en su rostro.

Por eso me mira sostener a Shelly con esos ojos hermosos pero que no dicen nada.

Me desespero y busco cualquier excusa para convencerme de que sí le importa, de que está por entrar al estudio a los gritos, acusándome de un montón de cosas que no son ciertas. Lo espero, lo anhelo porque lo único que quiero es verla *sentir*. Quiero que me insulte, que me odie.

Así que en lugar de soltar a Shelly, aprieto aún más sus brazos y ella por inercia da un paso hacia mí y yo quiero alejarme, dar un paso hacia Mar y pedirle que me diga que no estoy solo en esto, que ella también *me ve*.

No quiero solo existir a su lado, quiero que me vea de la forma en la que ve a sus abejas y a sus plantas, como si fuera un tesoro digno de todos los cuidados del mundo.

Sin embargo, Mar Aliena me dedica un único último segundo de mirada vacía, de la nada misma, antes de darse la vuelta y seguir caminando.

Como si no hubiera visto nada.

Nada, pienso.

Y también pienso que fui un idiota porque me lo advirtió desde el primer instante.

No iba a bajarme la luna, no iba a ser las estrellas en mi firmamento, no iba a ser un para siempre. Nos limitaríamos a sostener al otro con manos hechas de ramitas resecas y cuando pesáramos demasiado y estas se quebraran nos tocaría volar.

Ella se va volando.

Yo me estrello contra el pavimento.

Nunca nos volveremos a encontrar.

PARTE III
Elegirse

CAPÍTULO 51
Paul

Shelly me besa y como cada vez que lo hace desde que volvimos, entre sus labios y los míos quedan sepultados el pasado y el presente. El futuro se nos escapa por los pelos, negándome la claridad que necesito. En sus besos hay un poco de todas las sensaciones que tuve alguna vez estando a su lado, hay dulzura y deseo y rencor, pero también hay sensaciones nuevas que no tienen nombre, que inclinan todo mi mundo como si se tratara de un barquito insignificante y yo voy derrapando de un lado al otro de la proa con pasos desequilibrados y rezando que tanto movimiento no me tire por la borda directo al mar.

Mar.

No pienso en Mar. Está prohibido pensar en Mar y hablar de Mar.

—¿Hubo algo entre ustedes? —preguntó Shelly una vez.

No, fue lo primero que pensé en responder. Me había olvidado de lo natural que me era mentir con Shelly, esconderle la verdad para protegerla de este mundo lleno de crueldad, de sus propias inseguridades, de las mías. Ahora mis verdades, incluso las más horribles de ellas, descubrieron el gusto de salir y estirarse al sol como felinos. Aprendieron a correr y caminar libres entre abejas que zumban y el calor de invernaderos al sol, sobre piel dorada y hojas de color verde veneno. Ya no quieren volver a sus jaulas.

—Sí —respondí después de pensarlo un rato largo. Porque estos últimos días en los que no pensé para nada en Mar en realidad pensé muchísimo en ella y llegué a la conclusión de que aunque yo no haya sido nada a sus ojos, ella sí fue algo para mí. Más que eso. Por un instante fue el mundo entero y pudo haberse convertido en mi universo si no hubiéramos frenado cuando lo hicimos. Así que no le doy el gusto a Mar de seguir ocultando lo que fuimos, lo rebelo en un monosílabo como si no me costara respirar cuando pienso en todo lo que no pudimos ser.

No aclaro más.

Shelly no pregunta más.

Sepultamos también el nombre de Mar entre besos.

Y yo la extraño cada segundo que pasa así que beso a Shelly con más intensidad y más hambre y más lengua y más piel porque a veces si lo hago

durante el tiempo suficiente dejo de sentirme culpable y mi cuerpo toma el control y el placer es lo único que importa.

—Qué asco. —La voz de Tino se mete entre nosotros y yo me recuerdo empezar a trabar la puerta cuando Shelly y yo estamos en mi habitación porque Tino está creciendo y ahora cree que porque mamá lo llama el hombrecito de la casa tiene derecho a entrar a cualquier habitación sin tocar—. Mamá dice que la comida ya está lista.

Nos incorporamos tan rápido como podemos, incluso cuando sabemos que Tino no entiende ni un poco la connotación que tiene besarse en una cama con tu novia. Ha estado actuando raro estos días. No saluda a Shelly y a mí casi ni me habla. He intentado preguntarle al respecto pero no habla y mamá coincide en que está más respondón de lo que debería.

—Enseguida vamos —dice Shelly. Y él, que la adoraba como a una hermana más, ni siquiera le responde. Sale corriendo y yo tengo que contener el impulso de retarlo por correr en las escaleras. A esta altura sé darme cuenta cuándo el muy cretino hace las cosas específicamente para molestarme y sus pisotones bajando tienen el único objetivo de llamar mi atención.

Suspiro.

Shelly besa mi cabeza y cierro los ojos ante el gesto.

Espero que lo haga.

Su magia, esa forma que tenía en el pasado de besar mi frente y llevarse todos mis problemas. Sin embargo, cuando se separa de mí no hay calidez alguna en mi cuerpo, sólo *la cosa*, su voz helada levantando ventiscas que me paralizan incluso cuando sé que lo que debo hacer es huir.

Escucho el noticiero desde arriba, pero en cuanto empezamos a bajar las escaleras, la voz del locutor es reemplazada por el diálogo de una película.

Desde que volví de lo de…

Desde que volví a casa, papá actúa raro.

Me incomoda pensar que tal vez de alguna forma lo… ¿asusté? El día que discutimos. Y lo entiendo, amenacé con quitarle el dinero mío que sé que usa para cubrir gatos en el taller, pero… no lo sé. En el momento lo dije en serio. Más que en serio. Pero ahora mismo no puedo imaginarme haciendo semejante crueldad. Incluso cuando lo veo y me quema la mejilla porque mi cuerpo no me permite olvidar la bofetada que me dio, incluso cuando mamá me pregunta por mi trabajo en la cena y él rueda los ojos como diciendo *eso no es un trabajo*.

Pero no lo dice en voz alta. Ya no se atreve a decir cosas en voz alta.

Levanto todos mis escudos para recibir sus comentarios, cada músculo de mi cuerpo en estado de contracción absoluta, mi respiración suave para que mi presencia se vuelva un poco más invisible y luego… luego *nada*. Los comentarios no llegan y yo no sé qué hacer con toda esa tensión que se apelotona entre mis músculos. No puedo responder con un comentario sonriente para calmar el ambiente, no puedo mandarlo a la mierda, no puedo hacer nada porque no hay nada que hacer.

Y cuando no hace nada y yo me lo quedo mirando como un idiota, mis ojos saltan a mamá, que me sonríe del otro lado de la mesa, como si fuera un logro que su esposo estuviera comiendo rápido y en silencio para irse lo antes posible.

Excepto cuando está Leo. Porque cuando está Leo todos hablan y se atropellan entre sí para saber cómo le fue en la universidad, todos se desviven por sonreír para que Ashford –que nunca sonríe– no se sienta incómodo. Pero Leo está de viaje cumpliendo sus sueños y yo estoy aquí amargándome porque los míos son mil veces más sencillos y aún así los siento del otro lado del mundo.

Shelly ya es tan parte de la familia que nadie disimula cuando está aquí, pero al menos trae una conversación alegre. Mamá me dio una mirada confundida cuando entré a casa de la mano con ella hace dos días. La ignoré y la he estado evitando desde entonces porque sé que va a preguntarme por Mar y ya no hablo ni pienso en Mar así que no voy a tener nada que decirle. La cuestión es que Shelly hace todo más fácil. Hay mucho de lo que ponernos al día, hablan con mamá del club de lectura al que van ella y la madre de Shelly, hablan de la universidad de Shelly, de Livvy y su regreso el próximo año, de Aaron y Aspen en Londres, que parece que adoptaron otro gato.

Y en líneas generales, todo a mi alrededor es como en los viejos tiempos.

Es como debería ser. Es como siempre quise verlo ser otra vez.

Sin embargo dentro mío los engranajes crujen y se estancan porque han cambiado demasiado y las piezas de esta maquinaria no saben cómo funcionar encastradas a esa parte olvidada de quien fui alguna vez.

No sé cómo amar a Shelly cuando la miro y veo a una hermana, a una amiga, a una exnovia, pero no al amor de mi vida ni la madre de mis hijos ni la compañera de viajes que me prometió ser.

La veo y veo tanto pasado que no queda lugar para futuro alguno.

—¿Y por qué ahora?

—Porque sí. Porque me lo pidió y lo hice. Porque estoy cansado de luchar contra esto, contra nosotros. Se supone que es así como tiene que ser. Todos sabían que íbamos a terminar volviendo de alguna forma u otra. Mejor hacerlo ahora y listo.

—Pero dijiste que Cameron y tus amigos pensaban que la separación era para mejor.

—Sí, pero saben cómo somos Shelly y yo. Siempre volvemos. Ellos sabían que eventualmente íbamos a estar juntos.

El doctor Zaar me mira en silencio y trato de no distraerme con su bigote. Es una oruga peluda que se mueve con cada palabra que dice. Salvo por el nuevo bigote, todo sigue igual: su consultorio tiene las mismas paredes color crema, el sillón gris para dos personas sobre el que yo me siento, el silloncito individual a juego en el que está él. Siempre hizo que las sesiones se sintieran más como una charla que una interrogación. Extrañaba la calma de este espacio; en cuanto entré me arrepentí de haber dejado de venir. Hace un rato hablamos sobre eso, sobre cómo dejé este espacio cuando más lo necesitaba, cuando mi mundo entero colapsó, porque era más fácil pretender que todo estaba en orden que ponerme a ordenar.

—*Tienes que aprender a enfrentarte a situaciones difíciles para que se vuelvan fáciles, en lugar de ignorarlas hasta que están completamente fuera de control* —dijo Zaar. Y eso llevó a Shelly y eventualmente llevará a Mar porque es inevitable, pero lo estoy postergando porque aún no sé cómo hablar sobre ella.

—Entonces, si todo es como debería ser, ¿por qué te angustia? —pregunta y me arrastra al presente, frunciendo el ceño.

—Pues, no lo sé. Para eso vine. Para entender por qué no estoy contento. Es la primera vez en medio año que Shelly y yo estamos juntos y ella dejó de ver a Porter y no me hace reclamos ni me llama veinte veces por día al trabajo, ni me pide cosas imposibles. Ayer durmió en casa y fue… fue lindo. Estar con ella de esa forma simple. Pero eso es todo. Fue *lindo*. Llevo meses viéndola y extrañándola y queriendo morirme cada vez que la veo porque sabía que no funcionaríamos y ahora estamos juntos otra vez y todo funciona, ¿y lo único que puedo decir al respecto es que fue lindo?

Empiezo a exasperarme de una forma en la que sólo me exaspero aquí. Dejo que *la cosa* regurgite todas mis inseguridades sin que me importe una mierda verme como un desquiciado porque lo soy y lo estoy y necesito que alguien me arregle para poder volver a ser yo.

—Yo estoy enamorado de Shelly. Siempre estuve enamorado de Shelly, siempre voy a estar enamorado de Shelly, es parte de mí. La amo. La amo tanto que me duele sentir que esto que siento no le hace justicia a la forma en la que sé que la amo. Ayer antes de dormir me miró como me miraba antes y yo fingí quedarme dormido porque sabía que en cualquier momento me diría que me ama, que está feliz de haber vuelto y yo no podría responderle nada porque ella sabría que le miento. Y porque no quiero mentirle. No quiero usar un "te amo" en vano con ella. Sólo necesito entender por qué me siento tan…

—¿Tan qué?

—Vacío. Me siento… eh… vacío. Como cuando murió el abuelo. Reconozco todo lo que siento, metido de alguna forma dentro mío pero soy incapaz de palpar el sentimiento, de permitirle salir de ahí, de sentirlo de verdad como siempre he sentido todo.

—¿Y *la cosa*?

—Es lo único que sigue igual de fuerte.

—Veo… —suelta, señalando mi tic nervioso en el que rasqueteo la tela de mi jean. Está gastada en ese punto del muslo donde siempre exorcizo toda la energía que llevo encima—. Me dijiste que estuvo mejor cuando te esguinzaste. ¿Por qué crees que fue?

Sabe la respuesta. Lo que quiere es que yo la ponga aquí, sobre la mesa figurativa entre nosotros para que él pueda tomar el bisturí, las pinzas y masacrarle las entrañas.

—Pues, no haber vivido en casa. —Ya le dije esto, no va a alcanzarle. Necesita más información. Se me acaba el tiempo. Voy a tener que hablar de lo que ya no pienso ni menciono.

—Y donde viviste?

—En lo de… eh, una amiga de Leo. —Supongo que es mejor definir a la chica en la que no pienso en base a lo que es para mi hermana que en base a lo que es para mí. Porque ahora de verdad no es nada. Llevo tres días sin saber de ella. Ni un mensaje, ni una foto, ni una llamada. Si no tuviera todos nuestros mensajes viejos guardados, si Cameron no me hubiera preguntado por ella ayer cuando Shelly le mandó una selfie nuestra acostados en la cama sonriendo como si nada, pues hubiera creído que fue todo un sueño—. Ma- ¿Ali? —El nombre sabe tan mal en mis labios que hago una mueca y Zaar alza las cejas—. Mar. Se llamaba Mar.

—¿Puedo saber por qué se murió?

Ruedo los ojos.

—Se *llama* Mar —corrijo. Y su nombre en mis labios deja una sensación chisporroteante en mi lengua, como ese polvito que comíamos de pequeños con Aaron y Cam en la rampa, caramelitos que te explotaban en la boca como fuegos artificiales. Nos la pasábamos mezclándolos con coca cola para que las explosiones fueran más fuertes, el sabor más impactante.

—¿Y por qué no la mencionaste hasta ahora? ¿Qué había en su casa que hacía que *la cosa* se callara?

—Para empezar, mamá y papá no estaban ahí.

—¿Y para seguir?

Bufo.

—Detesto que seas bueno en tu trabajo.

Él alza una ceja otra vez, porque es demasiado bueno como para morder el anzuelo y desviarse del tema que no es un tema porque no pienso en ella porque estoy de novio con Shelly.

—Mar. Ella hacía que *la cosa* se calmara. Saber que volvería del trabajo y ella estaría esperándome… lo hacía mejor. Más fácil.

—¿Puedo asumir que tu relación con esta chica era más que una amistad, entonces?

—Sí.

Asiente, y creo que por primera vez lo veo impresionado.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Qué quiere decir eso?

—Nada, nada, Paul. Es sólo que desde que cortaste con Shelly la primera vez nunca nadie te interesó. ¿O me equivoco? —Mi silencio es toda la respuesta que necesita—. Pero esta chica aparece y en cuanto la mencionas…

—¿Qué? —ladro, harto ya de sus silencios crípticos. También me había olvidado de lo enervante que podía ser esta parte de terapia.

—Eso mismo. Mira cómo estás reaccionando. Cuando la mencionas vuelves a sentir. Y creo que sabes el motivo por el que Shelly no despierta las cosas que despertaba antes en ti. —Se queda esperando, y esperando, y esperando. Pero me niego a responder porque no sé de qué habla—. ¿Por qué no volvemos al tema inicial? Shelly.

Asiento, feliz de volver a un tema en el que puedo pensar sin morirme de culpa. No sé por qué la chica en la que ya no pienso me genera esa culpa, no pienso en ello tampoco.

—¿Por qué volviste con ella? —pregunta nuevamente el doctor Zaar—. ¿Por qué ahora? Mil veces te lo pidió, ¿no es así? Mil veces, Shelly habló contigo sobre volver y por algún motivo le dijiste que no. ¿Qué cambió esta vez?

Pienso en ello.

Pienso en ello.

Pienso, pienso, pienso.

Nada.

—Sólo di lo primero que te venga a la cabeza —recomienda Zaar, un consejo que suele darme cuando se me traban las ideas.

—Es que no tengo idea. Shelly dijo que había cambiado muchísimo. Que estaba haciendo terapia, que dejó de hablar con Porter, que está trabajando en ella y en los celos. Eso por un lado. Es algo bueno. Es algo diferente. Nunca hicimos esto. Dijo… dijo que estábamos los dos en un mejor lugar y que era el momento perfecto para volverlo a intentar. Y tenía razón. Estamos los dos mucho mejor de lo que estábamos cuando terminamos. Incluso ahora que todo está apagado dentro mío, al menos no es el desorden que tenía encima antes de cortar, antes de…

—¿De qué?

—Bueno, de Mar.

—¿Vivir con ella te ayudó a ordenarte?

—No, bueno, sí, pero no hablo de eso. Eh, pues que Mar es la chica de la sonrisa ahogada. La de la discoteca con la que estuve cuando…

—Lo recuerdo.

Habíamos hablado incontables veces de ella aquí. En el por qué me había atraído esa única chica, en por qué engañé a Shelly, en por qué elegí no controlarme ese día, ceder a un impulso momentáneo que no solo me haría daño a mí si no también a la persona que más amo en el mundo. Y la verdad es que lo hice porque quería algo definitivo, algo imperdonable que hiciera que las peleas con Shelly al fin se terminaran, algo que no pudiera perdonarme para así poder salir del círculo vicioso de mierda en el que estábamos. Resultó ser que lo único que hice fue abrir un nuevo círculo vicioso, peor, más contaminado, con más explicaciones que ninguno de los dos quería dar.

—¿Dices que esa noche te ordenó?

—O sea, no en el momento. En ese momento todo fue peor, pero no lo sé… de a poco supongo que sí lo hizo. Cuando nos volvimos a encontrar, cuando me di cuenta que la chica de la discoteca era Mar, la mejor amiga de Leo… no paramos de cruzarnos en todas partes. Fue como si de golpe a Dios se le hubiera dado por meter su personaje en todas mis escenas y de alguna forma eso me ayudó a ¿distraerme? No, no distraerme. Pero a poner a Shelly en otro lugar. Porque quería estar con Mar y cuando estaba con ella sólo quería estar con ella y

Shelly a su forma pasaba a un segundo plano. Podía hablar sobre Shelly. Con Mar digo. Hablaba de mi relación y eso nunca lo había hecho con nadie fuera de este consultorio. Había mucha honestidad en el vínculo, porque ambos sabíamos que no llevaría a nada entonces no teníamos que preocuparnos por lo que el otro pensara de nosotros.

—¿Por qué sabían que no llevaría a nada?

—Lo hablamos al principio. Ella no estaba interesada en algo serio y yo simplemente…

—Shelly.

—Exacto.

—¿Y si hoy hablaran con Mar le dirías lo mismo?

—No —respondo sin pensar. La canilla de pensamientos ya abierta y fluyendo.

—¿Por qué?

—Pues porque…

La quiero.

La quiero muchísimo.

La quiero tanto que pensando lo mucho que la quiero colapsan todas las paredes de la fortaleza que llevo dentro y mi corazón queda aplastado por los escombros. La quiero tanto que estos últimos tres días me la paso pensando en ella incluso cuando intento no pensar en ella porque quiero volver a invocarla, quiero verla pasar por el trabajo, quiero que aparezca en casa con Leo, quiero cualquier oportunidad que me permita acercarme para decirle algo. No sé qué. Algo.

—¿Paul?

Es que la quiero de esa forma en la que uno quiere los sueños absurdos, como pisar la luna o viajar en el tiempo o ser dueño de una isla en el caribe. Quiero a Mar de esa forma que le queda grande a mi cuerpo y que ni pidiéndole un deseo a todas las estrellas fugaces del mundo a la vez podría hacer realidad una devolución de ese querer. No de ella, no de la inexpresividad con la que me vio tocar a Shelly. No va a quererme y me parte el corazón saber que la persona de la que podría haberme enamorado es la única persona que nunca jamás se enamoraría y no tiene que ver conmigo. No puede, no quiere, nunca lo haría. Me lo dijo, me lo dijo y yo asumí que era como ella, que el amor era una elección que podría descartar. Nunca pensé que…

—Es que la quiero y volví con Shelly porque Mar nunca va a quererme así. Volví con Shelly porque con ella puedo tenerlo todo y con Mar no puedo tener

nada.

Decirlo en voz alta, darme cuenta de ello hace que me tiemble la mandíbula.

Me tiembla el cuerpo entero.

Entonces me doy cuenta de que mi rostro está mojado y me siento un imbécil llorando en terapia por una chica que no me ama cuando al fin consigo que todo funcione con la chica que siempre me amó y siempre amé.

—¿Por qué me hice esto? —susurro, con los codos en las rodillas y los talones de las manos clavados en los ojos porque me muero de vergüenza solo imaginándome lo que el doctor Zaar debe estar viendo—. Si no hubiera buscado a Mar, si no hubiera…

Y lloro más fuerte.

Zaar me pasa un paquete de pañuelos y tomo un puñado para limpiarme.

—Creo —dice, mientras sonríe como si esto fuera justo lo que esperaba— que eso es todo por hoy.

—¿Pero cómo lo arreglo?

—¿Qué parte?

—Lo de Shelly, lo de Mar. ¿Cómo hago para sentirme como antes?

—Creo que primero deberías arreglar lo *tuyo*, Paul.

—¿Qué?

—Tu padre, tu casa, tu hermano. Todos estos roles que estás tomando y que no son tuyos, ¿no crees que es hora de hacer algo respecto a eso primero? Luego ves qué haces con el amor y el resto del mundo.

—No quiero hacerle más daño a Shelly, no quiero seguir lastimando a la gente que quiero.

—Entonces no la lastimes. Pero tampoco la elijas como segunda opción.

—No tengo… —Mi voz se quiebra, algo dentro mío también se parte en dos —. No tengo otra opción.

—Siempre hay otra opción. Eso es lo que no estás queriendo ver, Paul. Nadie nunca te obliga a nada, tienes poder de decisión sobre todo, el problema es que con cada decisión hay consecuencias que afrontar y tú le tienes miedo a las consecuencias.

—No puedo elegir *querer* a alguien. Si pudiera, no querría a Mar. Elegiría a Shelly. Se supone que tengo que estar con Shelly porque la amo y siempre estuve con ella y quiero estar siempre con ella.

—No es lo que dije. Puedes elegir qué *hacer* con tus sentimientos, no puedes elegir su existencia. Y el amor también a su forma es una elección, Paul. Lo alimentas o no lo alimentas, lo buscas o no lo buscas. Por lo que me dices, Mar y

tú se buscaron. Dios no la puso en tu camino, nadie lo hizo. Tú la buscaste y ella te buscó a ti. Y se encontraron y compartieron cosas y por eso la quieres. A Shelly la ignoraste, la empujaste, la hiciste a un lado y te desenamoraste. No quiere decir que no la ames, que no la respetes o no la quieras en tu vida. Es simplemente que no la elegiste en todo este tiempo, mientras ella te siguió eligiendo a ti. Y estoy seguro de que puedes volver a amarla, puedes volver a lo que sentías antes porque luchar por alguien no es algo que te sale del corazón, es algo que sale de aquí. —Con el lápiz que lleva en la mano se apunta la cabeza y sonríe—. Lo eliges todos los días, los buenos y los malos. Si quieres luchar por Shelly o por Mar, es algo que queda en ti y solo en ti. Tienes elección, no dejes que nada te convenza de lo contrario.

Y me duele. Todo lo que me dice me duele y me ahoga porque es demasiado, porque tanta gente puede salir lastimada de esto, porque soy egoísta y no quiero ser yo el lastimado. Quiero que las cosas sean fáciles por una vez en la vida, quiero que dejen de doler. Quiero respirar sin que la marea me de vuelta, sin preocuparme por caerme por la borda, quiero un puerto tranquilo en el que echar ancla.

Pero para encontrar el puerto voy a tener que salir de la tormenta primero.

Y incluso ahora que duele, que todo se tambalea, las lágrimas frenan y respiro.

Porque Zaar tiene razón.

Mar tenía razón.

Puedo elegir.

Y por primera vez en toda mi vida estoy preparado para hacerlo.

CAPÍTULO 52
Mar

Sucede cuando hago las cosas más estúpidas.

Estoy haciendo las compras u ordenando la habitación, regando las plantas, chequeando el apiario, y de golpe los tengo justo frente a mí. Paul sosteniendo a Shelly, viéndola como nunca me vio a mí, y ella mirándolo desde su altura diminuta como el fotograma perfecto de una comedia romántica: los amantes inevitables al fin se reencuentran y tienen su felices para siempre.

Y yo quedo hecha un personaje secundario de mi propia historia, sangrando al márgen del guión donde nadie puede verla ni escucharla gritar. Pienso que en su historia soy la villana, la que se interpuso entre el amor verdadero, la del engaño. No creo que piensen en mí como alguien que no sabía que Paul tenía novia, como alguien que quería saber la manera en la que una persona podía amar como Paul amaba a Shelly, como alguien que sintió curiosidad por la cara bella del amor, que en cierta forma admiraba la forma en la que ellos se amaron siempre a pesar de la adversidad. Me pregunto si le hablarán de mí a sus hijos, si tendré nombre en su gran historia de amor o seré *la otra chica*, ni siquiera merecedora de un apodo o un insulto porque al fin y al cabo todo salió acorde al plan.

El dolor que me envuelve es un poco como un capullo cerrándose sobre mí, me aísla del mundo, me encierra conmigo misma, con todos estos recuerdos y estas angustias y estos dolores que juegan al padel con mi corazón, deja manchas de sangre con cada rebote; en las raquetas, en el piso, en las paredes. No puede latir tranquilo desde que los vi ahí. Debe haber sido el momento más humillante de mi vida. Cuando pienso en que fui a buscarlo como una imbécil –pensando por primera vez en mi vida que podía darle una oportunidad a esta forma de amor, que tal vez podía valer la pena confiar en alguien cuando esa persona sacaba a la mejor versión de ti, cuando te hacía reír, cuando te abrazaba y dormías un poco mejor– y me lo encontré a él a punto de besar a su ex… cuando pienso en que me vio y su única reacción fue una mueca incómoda, que ni siquiera pensó que lo nuestro fuera merecedor de decirme algo, de un puto mensaje de despedida, de un cierre como la gente… ahí es cuando todo duele el doble.

Y pienso si esto no será el Karma, si no será el universo escupiéndome en la cara por todos los chicos que dejé en medio de la noche. Por todos los chicos que vi ilusionándose y permití que se ilusionen porque *yo les advertí* antes de desaparecer. Después de todo, Paul siempre me dijo que no podía amarme, que no tenía lugar para nadie excepto para Shelly. Y yo le dije que no lo amaría, que simplemente no sucedería. Y no lo hago. No lo amo. Pero de alguna forma lo aprendí a querer y siento que este capullo me succiona la vida en lugar de darme alas cada vez que pienso en que tal vez podría haberlo amado si hubiéramos tenido más tiempo. Me horroriza pensar que me *gustaría* haberlo amado, que me *gustaría* saber cómo se siente ser amada por Paul, por el chico de tinta. Me hubiera gustado ver más de sus días malos y saber cómo ayudarlo, me hubiera gustado ver sus días buenos y compartirlos con él, me hubiera gustado todo eso. Porque estoy segura de que el corazón que me han robado para usar como pelota va a terminar roto de tantos golpes y lo detesto porque dejé que Paul Grimmaldi me rompiera el corazón sin siquiera llegar a enamorarnos. Todo es pérdida y el único recuerdo que me queda de los buenos momentos es un pendiente hecho de vidrio que no consigo sacarme porque se siente como la única certeza de que sí me quiso a su manera. Sólo no tanto como a ella, no lo suficiente para despedirse, o escribirme, mucho menos para intentarlo conmigo.

Esta vez sucede cuando intento meditar. He vuelto a yoga y le dedico más tiempo que nunca al estudio. Recupero todas esas partes de mí que me hacen ser yo misma y dejo de perder mi persona en la desconocida que me poseyó cuando Paul estaba aquí. Mamá me dijo que antes estaba más en casa, que le gustaba tenernos a Paul y a mí en todas las cenas. Yo le dije que a mí también me gustaba, que podíamos seguir cenando juntas y creo que la sorprendí. Me sorprendí a mí misma con esa respuesta, pero no pude evitarlo. Mamá se quedó dura y yo huí escaleras arriba a mi habitación. Desde entonces intento mirarla a los ojos incluso cuando hacerlo me da dolor de cabeza, intento devolverle las sonrisas incluso cuando sé que son falsas. Hemos tenido dos conversaciones completas sobre cosas *relevantes* como el novio de Nina, mis estudios y su trabajo. Aún no hablamos del llanto ni del verdadero cadáver en la sala, pero de a poco creo que nos estamos acercando y ni siquiera fue tan difícil como pensé que sería. Era cuestión de entreabrir la puerta para que ella pudiera pasar.

Así es que estoy meditando cuando en simultáneo me aturden la imagen del momento más humillante de mi vida y el timbre de casa. Ambas aceleran mi corazón. Parpadeo y me pongo de pie todo lo rápido que puedo, corriendo escaleras abajo porque estoy esperando un envío de ropa deportiva hace días.

Nada me prepara para la lluvia torrencial que hay afuera.

Ni para la persona plantada en la puerta con dos valijas y un taxi lleno de cajas aguardando a sus espaldas, como si hubiera agarrado su vida entera y la hubiera arrastrado hasta aquí a duras penas. No sé qué tanto del agua que le cae por el rostro es lluvia ni qué tanto son lágrimas. Le castañean los dientes y temo que la palidez de sus labios sean indicio del inicio de una hipotermia, pero no parece notarlo. Tiene los ojos rojos e inflamados, en ellos veo una agonía que me recuerda la forma en la que te miran los animales que saben que están a punto de morir. Queda poca vida en ellos, pero no les sirve para sostenerse, se les escapa, sus pupilas tiemblan dilatadas por la inevitabilidad del final pero también por el dolor de esos últimos segundos.

Dice una única palabra.

—*Ayuda*.

Y yo le doy un abrazo que no arregla nada, pero suspira sobre mi hombro y se me estruja el corazón porque se deja caer sobre mí de una forma en la que la Leo Grimmaldi que conozco nunca lo hizo. Ya no es rayos de sol y días de verano, ya no es la chica hiperquinética con átomos que vibran tan rápido que a veces parece brillar. En mis brazos se convierte en una tormenta y su pecho se sacude con el temporal.

Deja que la sostenga como si no pudiera sola.

Como si se hubiera cansado de luchar.

CAPÍTULO 53
Mar

A la hora, Willa está en casa y Leo desembucha.

Habla desde un lugar de angustia y sufrimiento que no tenía idea que existía para ella. Sí, sabía que para ella la universidad pesaba más que para otros, sabía que estaba agobiada y… sabía muchas cosas. Pero no sabía de *esto* que mi amiga llevaba adentro.

Las cataratas del Niágara producen un volumen de agua de media de ciento diez mil metros cúbicos por minuto. Los ojos de Leo deben producir el doble cada treinta segundos. Llora ese llanto desagradable que le deforma la cara, que hace que tenga más mocos de lo que cualquier cantidad de pañuelos pueda limpiar, sus lágrimas podrían regar todas mis plantas pero la sal y la amargura en ellas también las mataría así que no las embotello. Solo la escuchamos, dejamos que vomite una historia que no sabíamos que estaba viviendo.

Y hay un momento, un instante en el que habla de Ashford y no creo que se dé cuenta porque debe ser difícil ver entre tanta agua y tanta angustia, pero a mí se me llenan los ojos de lágrimas también. Willa toma nuestras manos, actúa como puente entre nuestros corazones rotos y los sostiene de una forma que me hace preguntarme qué haría sin ella. Me hace preguntarme por qué aún no les conté.

Entiendo por qué no le dije a Leo, es su hermano después de todo. Pero ¿Willa? Willa me hubiera apoyado de todas formas, Willa la romántica empedernida hubiera estado feliz de verme al fin querer a alguien. Lo sé cuando me mira con una mueca en el rostro; una mueca que me dice que sabe que mis lágrimas no son de pura empatía, que son mías y sólo mías. Y me doy cuenta de que nunca dije nada porque sabía que no podría mentirme a mí misma cuando Willa me mirase así y me hiciera ver la verdad, cuando me dijera que estaba empezando a querer a Paul. De haberlo hecho, hubiera tenido que echarme atrás y me hubiera perdido la experiencia de sentir que alguien *importa*, de verlo con Tino y preguntarme si tal vez sí quiero una familia, de verlo trabajar y preguntarme si podrá tomarse vacaciones y si querría usarlas para hacer una escapada a la montaña juntos.

Pero no dije nada y no puedo hacerlo ahora porque me consume la vergüenza

del rechazo, porque no sé por dónde empezar a contar mi historia, porque no quiero opacar el dolor de Leo cuando al fin consigue mostrarlo. Así que a mí se me escapa una única lágrima y tiemblo del esfuerzo que conlleva retener todo el resto.

—Ashford no va… —Un sollozo cae sobre ella como un rayo y la parte en dos—. No va a volver y es cu… culpa mía. Es todo culpa mía.

Dos lágrimas.

Se me escapan dos lágrimas.

El resto las guardo en un cofrecito con todas las partes de mí que me veo obligada a guardar aunque no sean mías. Las colecciono preguntándome si podré volver a abrirme de esa forma, si quiero exponerme a este tipo de dolor, si algún día podré darle a otro hombre todas las partes de mí que Paul Grimmaldi no quiso cuidar.

Tener a Leo en casa me hace pensar en él más de lo que ya lo hacía.

Se parecen. La palidez, los ojos castaños que sólo ellos dos comparten porque sus padres, su abuelo y Tino tienen ojos celestes, la nariz. Tienen la misma nariz respingada y femenina que a Paul le da un aire dulce en medio de ese rostro que promete todo menos dulzura. Y tienen esta forma de querer a su familia, tan diferente en el resultado, porque Leo se la pasa extrañándolos y Paul queriendo huir, pero igual en inmensidad. Me gustaría sentir ese tipo de amor por mi familia, esa sensación de que incluso cuando nos dañamos nos sostenemos entre nosotros, pilares de hierro, inamovibles ante la adversidad. Me gustaría que nuestro amor, nuestro dolor y nuestras ausencias no construyeran el vacío más grande del mundo. Su oscuridad se traga todos nuestros gritos de auxilio, ante una amenaza huimos y nos escondemos, nos perdemos en cuevas y le ladramos a los visitantes. Así somos los Aliena.

Y como si las similitudes y la sangre en sus venas no fuera suficiente recordatorio del chico que jugó al paddle con mi corazón, tener a Leo aquí me hace pensar en él porque… porque quiero contarle. Porque debe estar preocupado, porque Leo está encerrada desde ayer en mi habitación sin responder un llamado ni un mensaje, porque es *su hermana*. Pero entiendo que no es mi historia que contar, que no es mi vida entera la que se fue por el drenaje.

En el fondo son todas excusas.

La verdad es que quiero contarle porque es lo que aprendí a hacer. Aprendí a

hablar con él, a confiar en él, a disfrazar verdades de mentiras para que duela menos decirlas en voz alta. Lo que daría por escucharlo pedírmelo.

—*¿Una mentira por un beso?* —diría él.

—*Te extraño tanto que sueño que te encuentro y me dejo enamorarme de ti* —respondería, en un mundo donde la vulnerabilidad no fuera la entrada perfecta para un flechazo. Y él sonreiría, altanero pero feliz, genuinamente feliz de esa forma en la que lo vi feliz en el invernadero, con los ojos cerrados y una sonrisa amagando a partir sus labios.

En un mundo donde querer no es venenoso, Paul diría que también me extraña, que podría enamorarse de mí.

Pero sigo enferma por haberlo querido, levantándome todas las mañanas con la cabeza a punto de estallar, con mi vista desviándose al asiento que ocupaba en las cenas, con repentinas contracciones en el pecho cuando veo a alguien con una campera de cuero gastada y pienso que le compré una nueva que sigue en mi ropero porque nunca me animé a regalársela, porque acciones como esa hablan más que mil palabras.

Escucho a Leo sollozar en la habitación de arriba. Es lo único que ha hecho desde que llegó ayer. La dejé en paz con su pena. Entiendo que se ha derrumbado y necesita levantarse sola, pero la impotencia de verla sufrir así me revienta. Me recuerda a mamá y a todo lo que no hice con ella, a todo lo que aún no puedo decirle porque soy cobarde. Así que en lugar de quedarme en silencio, le subo una taza de té.

Son las cuatro de la tarde y aún no ha abierto las persianas. Yo he ido a la universidad, he hecho compras en el supermercado y ella sigue donde la dejé, hecha una bolita en mi cama, rodeada por pañuelitos que se multiplican por segundo.

No digo nada.

Ella tampoco dice nada.

Así que dejo la taza de té en la mesita de luz, le doy un abrazo fuerte que pretende volver a unir todas las piezas astilladas que somos y pegarlas a presión. Cuando la suelto todo se desarma y ella sigue llorando y yo tengo aún más ganas de llorar.

—Si necesitas algo estoy abajo, ¿si?

Ni me mira ni responde.

Llora más fuerte, como si mi cuidado la lastimara porque le recuerda las formas en las que los que más debían quererla la traicionaron. Y la dejo llorar sola.

No me necesita.

No hasta que se encuentre a sí misma.

Y pienso que tal vez podría intentarlo, que debería dejar de mentirme con sueños y prohibiciones que no son mías si no del miedo. Tal vez es momento de que intente ser más honesta conmigo. Me gustaba quererlo a Paul, era como si mis plantas y mis abejas se hubieran moldeado en carne y hueso y pudieran devolver todos mis cuidados. Quererlo era como ver florecer esa planta que llevas años cuidando, regando, y que te sorprenda con los tonos más vibrantes que has visto; era como acampar en medio de la naturaleza y sentirse una hormiga; era como levantarse descansado y tarde porque el sol te lame las mejillas y se derrama sobre ti. Hasta que quererlo se convirtió en no poderlo querer, fue una experiencia que llenó de semillas mi pecho y las hizo germinar en una sola primavera.

Tal vez, sólo tal vez, quiero volver a sentirme así.

Tal vez lo extraño.

Y tal vez no fue Paul porque no podía serlo, pero me enseñó que puedo hacerlo y que vale la pena.

Estoy clavada en medio del pasillo, paralizada por la fuerza con la que me sacuden estas… estas ganas de querer, de ser querida, de reír con alguien y de que acostarse con él no sea sólo sexo… que cuando suena el timbre pego un salto.

Mi corazón se acelera.

Y es como si supiera.

Es como si estas ganas de querer me hubieran asaltado para prepararme para seguir queriéndolo. Incluso cuando duele, incluso cuando somos inútiles y no sabemos bien cómo hacerlo.

CAPÍTULO 54
Paul

No sé qué hago aquí.

Nunca me habían llamado de la escuela de Tino por algo como esto.

Incluso ahora, cuando me lo explican en la dirección, no soy capaz de entender cómo sucedió.

—¿Pero el otro niño no hizo nada?

—Niña.

Si no estuviera tan impactado, la ineptitud de la aclaración me haría rodar los ojos. No me sorprende que Tino se haya escapado de la escuela si esta mujer es la directora.

—*La niña* —corrijo—, ¿no hizo nada?

—Ella dice que no y Tino se niega a hablar con cualquiera excepto con Mar Aliena —dice su nombre sin más, pero sus sílabas suenan como un gong inmenso en medio de una noche en el desierto, forma un cráter en la arena, hace temblar las estrellas—. Ni siquiera sé cómo sabe quién es, si no es su profesora. Dice que quiere hablar con ella pero ya le explicamos que la señorita Aliena no está ahora en la escuela. —Las estrellas se desprenden del firmamento como figuritas viejas, caen sin peso, dibujando parábolas en el aire de izquierda a derecha.

No está aquí.

¿Es posible que una buena noticia sea una mala noticia? Esto se siente como si todo hubiera salido de la mejor forma posible incluso cuando no salió en absoluto como yo quería que saliera.

— Ya veo.

—Pedimos que vinieran a buscarlo porque no vamos a tolerar tales conductas en esta institución. Tino queda suspendido hasta el lunes próximo y se lleva consigo tarea que debe traer lista para el lunes sin excepciones. Siempre incentivamos a los padres a que sus hijos vayan a terapia cuando se muestran agresivos de…

—Tino no es agresivo. Es la primera vez que hace algo así.

—Indiferentemente, le pegó a una compañera, la empujó. Esos no son los valores de esta escuela, Señor Grimmaldi. No sé dónde estudió usted, pero su

hermana, Leonie, siempre los comprendió. —Cuando lo dice, me escanea con una sonrisa cordial que no consigue esconder el desprecio en su mirada, como si de haber estudiado aquí no hubiera sido un delincuente lleno de tatuajes—. La próxima vez que algo así suceda, agradecería que viniera alguno de sus padres para tener una conversación con ellos respecto a Tino.

Ninguno de ellos pudo venir hoy, ninguno de ellos podrá venir la próxima vez. Mamá no puede hacer a un lado a sus clientes y papá moriría antes de cerrar por dos horas el negocio. *Nuestros clientes confían en nosotros*, le dijo a mamá una vez que ella le pidió que se tomara un día para festejar el cumpleaños número diez de Leo. Leo había invitado un viernes a sus amigas a un parque. Fuimos con Tino, con el abuelo, con su mejor amigo, Sandy, y con mamá. Todos menos papá estuvimos ahí cuando abrió su regalo —un conjunto deportivo violeta y una mochila para entrenar— menos él. Dejaría a su familia entera de lado antes de decepcionar a una pobre alma que necesite arreglar su licuadora.

Pero no le digo eso a esta mujer, tan cómoda en su silla de cuero y prejuicios como si fuera la equivalencia a una corona de la realeza. En su lugar, asiento y me despido con mi mejor sonrisa. En el pasillo me espera Tino, con sus piernitas tan cortas que cuelgan de la silla. Está de brazos cruzados y mira al piso como si fuera su peor enemigo.

—Venga, Tino. Vamos.

Me ignora.

—Tino. *Tino*. —Me arrodillo frente a él en la silla, pero se escapa a mi mirada—. Vamos y en casa me cuentas qué pasó, ¿sí?

—Quiero hablar con Mar.

Y me destruye que la llame como yo lo hago, que diga su nombre en esa voz rota, que tenga los ojos rojos de llorar y le tiemble el labio inferior en un puchero incontenible.

—Dime qué pasa. Luego… —La idea queda en el aire. Porque estaba por prometerle que luego iríamos a ver a Mar, pero le estaría mintiendo y no es el tipo de persona que quiero ser, el tipo de ejemplo que quiero darle—. Mañana ya vas a ver a Mar…

—No es lo mismo. Desde que volvió Shelly no la visitamos.

—Eso no es…

—Quiero que Shelly se vaya.

No puedo evitar sorprenderme ante el reclamo. ¿Es esto? ¿Este es el motivo de sus berrinches los últimos días, de su mal humor y la forma deliberada en la que estuvo buscando hacerme rabiar?

—Pero, es Shelly. Si la quieres y siempre juega contigo y te ayuda en el Monopoly.

—Me trata como a un bebé. Ya no soy un bebé. Tengo seis. Mar me trata como a los grandes y quiero que vuelva.

Me sorprende la velocidad con la que un niño puede olvidarse de su propia historia, de que Shelly y su familia estuvieron el día en el que nació, que lo vieron crecer… pero luego me doy cuenta de que Shelly desapareció por seis meses, no hizo un sólo intento por mantener contacto con mi familia incluso cuando su historia estaba entrelazada con la de ellos desde mucho antes de haberse convertido en mi pareja. Yo tampoco hice nada por mantener el contacto con sus padres o con Livvy… simplemente los recorté con tijeras de cirujano y los extirpé de mi vida como si de un tumor se tratasen. Me pregunto si, como Tino con Shelly, ellos también se olvidaron de lo que fui en su vida alguna vez.

Es tan fácil olvidar, es tan fácil dejar de lado lo bueno cuando las ausencias duelen tanto, que no puedo evitar preguntarme si eso no me dice algo a favor de Shelly y de mí, si la forma en la que nos seguimos buscando incluso después de intentar matarnos mutuamente no es otro indicador de que ella es la opción correcta.

—Tino, incluso si Shelly se va, Mar no va… no va a volver. —Cuesta decirlo. No es momento para pensar en por qué cuesta tanto, en por qué la quiero de esta forma que vuelve imposible decir su nombre sin quemarme la lengua, *y no quiero que Shelly se vaya. Quiero que se quede porque es con quien elijo estar porque la amo. Te trata como a un niño porque la última vez que te vio lo eras. Permítele volver a conocerte como yo le estoy permitiendo volver conocerme, porque la amo y la amas y ella nos ama a nosotros.*

Sin embargo no siento nada de todo eso así que no lo digo.

No le estoy permitiendo a Shelly volver a conocerme.

Le estoy dando exactamente lo que espera de mí, actuando de la persona que era antes de que nos contaminemos con miedos y amigos que no son amigos y horas de trabajo que nos impedían vernos tanto como nos gustaría. Estoy retrocediendo.

—Mimi me dijo que era mentira.

Tardo en darme cuenta de que habla de la niña a la que empujó.

—¿Qué cosa?

—En clase nos hicieron dibujar a nuestras personas favoritas y yo dibujé a Mar y Mimi dijo que era mentira y que no la conocía. Que lo inventé. Yo le dije que es verdad, que tú… —Se pone rojo—. Que era tu novia.

Y no sé por qué yo también me pongo rojo ante una acusación de mi hermanito de seis años, pero lo hago.

—¿Por qué dirías eso?

—Cuando fui a dormir a su casa los vi besarse en la cocina. Mamá dijo que cuando quiera mucho a una chica puedo pedirle que sea mi novia y si me dice que sí y me da permiso puedo besarla. Pero sólo si es mi novia.

Y a mí me encantaría que el mundo fuera tan blanco y negro como Tino lo describe. Amaría que los besos fueran para novios y los sentimientos fueran lineales y coherentes en lugar de ser un mamarracho de recuerdos y anhelos entre los que tengo que navegar todos los días sin encontrar respuesta alguna.

—Luego hablaremos sobre espiar, pero primero deberías ser mejor que esto. Nunca, *nunca* se le puede pegar a alguien. Mucho menos a una niña. —*Tú no vas a ser como papá*, pienso, vas a ser mejor y *no me importa toda la paciencia que tenga que tenerte para que lo entiendas*.

—Me dijo mentiroso en frente de todos. Y que sólo lo decía porque me gustaba Mar. No me gusta Mar. Me gusta que estés de buen humor. Con Mar siempre estás de buen humor.

Es cierto. Lo estoy. Lo estaba.

Mar hacía que las sonrisas fueran livianas para cargar y que las nubes más oscuras pasaran más rápido. Creo que era por su forma de no centrarse demasiado en ningún problema, su capacidad de poner el foco en lo que quisiera ponerlo. Hacía que ser feliz se sintiera más como una elección que como una posibilidad. Me gustaba elegir ser feliz con ella. ¿Por qué me cuesta tanto elegir ser feliz con Shelly?

Porque no es lo que quiero.

Incluso cuando puedo elegirlo, cuando puedo buscarlo, cuando puedo volver a ser feliz con ella, lo que verdaderamente quiero es ser feliz de la forma en la que lo fui con Mar y quiero hacerlo con ella y con nadie más. No quiero ninguna otra sonrisa mañanera ni ninguna otra pelea a gritos si no son sus gritos y mis reclamos. No quiero elegir enamorarme de Shelly porque es parte de mi pasado, pero enamorarme de Mar es parte de mi futuro, es parte de todos los capítulos que aún no he escrito.

Y así es como un niño de seis años, con las palabras más sencillas del mundo, me pone en la cara lo que llevo todos estos días sin querer ver.

—De todas formas no puedes pegarle a nadie nunca. ¿Me oíste? Tino, mírame. Me oíste.

—Sí.

—¿Vas a pedirle perdón a Mimi?

—¿Qué? ¡No! Si ella…

—Vamos a ir a su casa por la tarde. Vas a explicarle por qué te dolió lo que hizo y por qué reaccionaste mal y luego vas a pedirle perdón y nunca más vas a hacer algo así. ¿Entiendes por qué es importante?

—Sí.

—Bueno. Si quieres, entonces, después de eso puedes mostrarle una foto mía que tengo en el celular de Mar y de ti, para que te crea. Ahora sí. —Le doy la mano cuando baja de la silla y empezamos a caminar—. ¿Qué es eso de andar espiando?

Cuando llego a casa con Tino, Shelly ya está allí. Está en mi cama, estudiando.

Es una escena sacada del pasado mismo.

Podríamos ser nosotros hace un año.

Excepto porque cuando levanta la vista y me sonríe, el mundo no se reinterpreta con pinceladas de un cuadro impresionista, pinceladas precisas y diminutas haciendo que todos los rincones en el que el mundo corta se vuelvan suaves y de color pastel. El mundo sigue igual, yo sigo igual y por primera vez respiro.

El aire es más puro, las paredes no se caen a pedazos a mi alrededor y es así que sé que la decisión es la correcta, que estoy haciendo lo correcto, que estoy haciendo, por una vez, por primera vez pero no por última, lo que me hace feliz. Incluso cuando sé que estoy por destruir la sonrisa de la persona que más quise en el mundo, de la persona que más me quiere, respiro con calma y elijo esto.

No por Mar.

Sino por nosotros.

Merecemos más. A ese pensamiento me aferré durante todos estos meses en los que distanciarme de Shelly se sentía como vivir masticando tierra, la boca llena de gusanos, la lengua seca. Ahora la veo, con sus ojos de cervatillo, una sudadera mía tragándosela casi por completo, sólo sus piecitos y la tela peluda de sus pantalones de pijama asomando, y una vez más pienso: *Merecemos más.* Pero no lo pienso porque crea que merecemos que nos amen con más devoción –sería un insulto a nuestra historia, a todas las formas en las que lo intentamos– si no porque creo que merecemos que nos amen sin la presión que se aseguró de que nos enamoráramos; nuestras familias, el sentido lógico de que *así debería ser*. Merecemos que nos elijan de la forma en la que incluso cuando Mar no me

eligió a mí, yo la elijo a ella ahora.

Le sonrío.

A Shelly.

A mi mejor amiga.

A mi infancia.

A mi adolescencia.

A mi primer amor.

Al amor de mi vida.

Y ella debe ver todo lo que pienso.

Creo que lo sabe porque también lo siente: no quedan más versiones de un *nosotros*. Lo intentamos todo, y no morimos heridos de guerra ni respirando veneno, morimos queriéndonos lo suficiente para dejarnos ir.

Las comisuras de sus labios también tiemblan intentando sostener lo poco que queda de todo eso que fuimos.

—*Perdón* —susurro, con mis lágrimas ya derramándose por todas las cosas dolorosas que estamos por decir.

Las comisuras de sus labios ceden.

Y su llanto quiebra el mundo en dos.

CAPÍTULO 55
Paul

Si tuviera que describir querer a Mar, desgraciadamente pensaría en Shelly. Porque pensaría en todos los mates que tomamos en su casa con su familia argentina. En lo difícil que fue acostumbrarme a su sabor pero en la forma en la que lo convertí en mi rutina sin siquiera darme cuenta de ello, mis papilas gustativas incorporando su amargura de a poco.

Mar fue algo que me costó entender, a lo que tuve que adaptarme y terminé adoptando de una forma un poco forzada por la costumbre y otro poco forzada por la desesperación. No había tal destino entre nosotros, sólo mi necesidad de creer que ella era un antídoto y su deseo de… no lo sé. Supongo que por eso estoy aquí, porque ahora que sé lo que es para mí, necesito la verdad de lo que fui para ella, el motivo por el que me eligió cuando al resto del mundo le cerró la puerta en la cara.

Y un poco porque quiero intentarlo.

Quiero decirle la verdad para no llevármela a la tumba porque no cerraría el ataúd con todos estos sentimientos bullendo en mi pecho.

—¿Ahora que no estás conmigo vas a volver con ella? —preguntó Shelly hace unas horas. Me gustaría que no me hubiera preguntado eso, que después de horas de la conversación más dura y honesta que hemos tenido sobre nosotros, no hubiera vuelto a poner el foco en alguien más como si esa fuera la causa de nuestro fin. Pero a estas alturas he aprendido que Shelly necesita sacarse el foco de encima, ser siempre un biombo en la puesta en escena de su vida, nunca el centro de la obra. Eso la hace humilde y dulce y tímida, pero también le dificulta comprender sus errores, aceptarlos. Ni siquiera ella misma se da el tiempo de pensar en quién es. Pero en ese momento por primera vez no se sintió como algo que yo tuviera que ayudarla a ver, si no como la forma de ser de alguien que quiero y puedo aceptar como es.

Negué con la cabeza.

No me gasté en responder. Porque ya no era su problema, porque ya no somos personas que se deben explicaciones y también porque ya no quiero seguir haciéndole daño. Tendría que decirle que no, que no vuelvo a Mar porque no estoy con ella si no que no quiero estar con ella porque quiero volver a Mar.

¿Por qué retorcer el cuchillo?

Toco timbre.

He tocado timbre en esta casa antes.

He llegado con valijas y muletas, he vivido entre sus paredes, he besado, he llorado, he querido aquí y he negado todo lo anterior. Debe ser por eso que se siente diferente ahora, que me sudan las manos y tengo un aglomerado de cal y miedos embuchados.

Y cuando abre la puerta me encuentro con un verde construido de todos los verdes más verdes de la naturaleza, abiertos con un impacto que no consiguen disfrazar porque supongo que ella no esperaba volver a abrirme esta puerta de la forma en la que yo no esperaba volver a tocar este timbre. No esperábamos volver a esta incertidumbre después de tantos días de llegar a los labios del otro sin pensarlo dos veces.

Inhala un huracán que hace temblar su labio inferior. Me recuerda a Tino y quiero abrazarla pero no puedo ni debo. Todas sus trincheras están ahí, pero no veo soldados apuntando, no es más que barro y pozos y distancia que eliminar para encontrarnos. Y me muero por encontrarla pero no puedo recorrer todo esto solo, necesito que nos encontremos a medio camino, necesito que me dé aunque sea una señal de que está dispuesta a usar las fuerzas que le quedan para caminar hacia mí.

Sus ojos están llenos de tantas cosas que una parte de mí no la reconoce, que me siento desequilibrado porque no hay indiferencia ni superioridad en su mirada, hay una vulnerabilidad tan pura y descascarada que siento que debo bajar la vista para darle la privacidad que se merece.

Y sin embargo no puedo porque esta versión de Mar debe ser mi favorita. Son todos los fragmentos de su ser que he vislumbrado entre laberintos a lo largo del tiempo, se fusionan y se convierten en esta desconocida que se siente como llegar a casa.

¿Quiénes somos?

¿Cómo saberlo si ni siquiera sé quiénes fuimos?

¿Hay forma de que podamos volver a ser?

—Mar…

Pero no me deja hablar, su miedo me interrumpe y yo me quedo sin voz porque la he visto furiosa y triste, la he visto riendo a carcajadas y sonrojada. Pero nunca la había visto… temer.

—Pensé en llamarte —dice. Dos palabras que me rompen, me ilusionan, todo a la vez, pero sigue hablando y su voz agarra mis intestinos y los retuerce

como a un trapo viejo, sangre y vísceras caen a montones—, pero luego pensé que era mejor esperar a que Leo estuviera mejor y que ella decidiera llamarte o algo. Lleva dos días llorando a más no poder y traicionarla no…

—¿Leo? ¿Leo está aquí? —Debería estar en la universidad. Me llamó antes de subirse al avión de regreso. Todo estaba… bueno, todo lo bien que podía estar —. ¿Y por qué está llorando?

—¿Qué? Claro que está aquí.

—¿Qué le pasó?

—Espera, ¿Por qué estás tú aquí?

—Mar, ¿dónde está mi hermana? —Intento dar un paso hacia adelante, pero ella se interpone, bloquea la puerta entera, su miedo convirtiéndose en determinación y detesto que me distraiga su belleza aunque sea sólo por un instante.

—Paul, espera, ¿qué estás haciendo?

—Estoy… estoy… —Mis ojos saltan entre ella y el pasillo a sus espaldas, a la casa que en algún lugar resguarda a mi hermanita que llora y no sé por qué llora ni por qué no me llamó y…—. Quiero verla. Necesito verla.

—No, espera. Si no sabías que Leo… —corta la oración a medias y a mí me mata que me guarde el secreto, me mata quererla más por ser buena amiga, por no querer derrochar los secretos que no le corresponden incluso cuando el mundo entero gira y gira y gira y se ha vuelto borroso a mi alrededor porque Leo jamás estaría aquí teniendo que estar en clase. Sabe que debe mantener su beca, sabe que no puede permitirse faltar y si está aquí es que algo verdaderamente grave ha sucedido—. ¿Qué haces aquí?

—Necesito verla —repito—. Déjame verla, Mar.

Y veo la duda en sus ojos, pero levanta paredes de la forma en la que la he visto hacerlo otras mil veces y se endereza.

—No, Paul. Necesita este tiempo, necesita que la dejen sola.

—Soy su familia, lo que necesita es que esté ahí para ella.

Niega.

—No hay nada que puedas hacer para ayudarla.

Y la rabia salta y clava sus colmillos en mi yugular y exploto de esa forma que odio explotar pero no puedo evitarlo porque mi cabeza es un volcán erupcionando con todas las opciones de todas las cosas que podrían haber salido mal.

—Fue Ashford. Ese hijo de puta, yo sabía que…

Pero Mar vuelve a negar, sus labios convertidos en una fina línea que hace de

sepulcro a todas las respuestas que necesito. Quiero empujarla, hacerla a un lado, correr escaleras arriba, pero temo que si la toco, el gesto más inofensivo se convierta en un abrazo o en un beso y que me olvide de que soy un hermano escupiendo lava porque me ganan las ganas de ser labios sobre labios con Mar.

Contradicciones en mi cabeza alzan sus armas y se decapitan, se arrancan extremidades, gritos incoherentes nublan mis ideas, el campo de batalla se llena de ideas que nunca llegan a formarse del todo, sus cadáveres atropellados por más y más ideas que corren y se aplastan entre sí.

—Necesita a su familia, Mar.

—No, lo que necesita es descansar de ustedes. —Sus palabras son tan crudas que doy un paso hacia atrás. Es un impulso que mi cuerpo repudia en cuanto cedo ante él; alejarme de ella en este momento va en contra de todo lo que he venido a hacer.

—¿Qué?

—Si vino aquí y no fue a tu casa y no los llamó, es porque necesita alejarse de las presiones de su familia.

Y el volcán dentro mío explota y escupe cascotes de magma por los aires, pero soy incapaz de dejarlos salir porque tiene razón. Toda mi vida quise ser mejor que papá y mamá, ser mejor que sus presiones y sus mandatos, y sin embargo en este momento en el que Leo se vino abajo no acudió a mí, no sintió que yo pudiera estar para ella. Y lo entiendo, entiendo que haya elegido a Mar de entre toda la gente que la rodea porque yo también la hubiera elegido a ella, pero me duele horrores no haber podido ser quien mi hermana necesitaba que fuera.

Los rasgos de Mar se ablandan, como la cera de una vela que se prende, caen y todas las líneas duras de su rostro se vuelven amables. Sabe que me ha herido pero sabe que tiene razón. Sin embargo no dice nada y me doy cuenta de que es mi turno de hablar, de dar explicaciones, de hacer lo que vine a hacer, pero no consigo hacer más que mirarla deseando ser lo suficientemente valiente para acortar la distancia que nos separa, para que deje de doler.

Es más valiente que yo. Llena mis silencios y me duele que los llene con palabras que tienen formas filosas y le cortan la garganta al salir. Veo cómo se las arranca de adentro y traga saliva al hacerlo.

—¿Qué haces aquí, Paul? —Me va el corazón a mil, esta sensación de que la conozco y a la vez no sé quién es, de que me fascina la idea de poderla conocer —. Si no viniste por Leo, ¿por qué estás aquí?

Por ti.

Pero no puedo hablar. *La cosa* hace tanto ruido que pierdo mi propia voz.

Susurra todas las posibilidades que pueden salir mal, todas las formas en las que puedo arruinarlo todo, que tal vez no queda nada que arruinar.

CAPÍTULO 56
Ali

—¿Qué haces aquí, Paul. Si no viniste por Leo, ¿por qué estás aquí?

Su silencio es eterno.

Creer que jamás olvidaremos es parte de nuestra condición humana. Hay momentos en los que vemos las cosas y decimos *nunca podría olvidarlo*. Es mentira. Nuestro cerebro está *diseñado* para olvidar, para hacer lugar a nueva información. Caso contrario, estaríamos saturados. Y lo sé, pero de todas formas, cuando abro la puerta y encuentro a Paul ahí, me cae la ficha de que lo estaba olvidando. Tres simples días borraron de mi mente la forma en la que su pelo se ondula en las puntas ahora que lo tiene demasiado largo, la cicatriz que le arruga la piel bajo la oreja, un poco enrojecida pero disimulada bajo una línea de tinta negra.

No había conseguido olvidar la forma en la que sus ojos me desarmaban con preguntas que nunca hacíamos en voz alta, la mariposa en su cuello o el doble shot de cafeína que su aroma inyecta en mi sistema circulatorio.

Lo primero que pienso cuando abro la puerta y está ahí es que su sonrisa, incluso cuando es débil, cuando no es para mí, cuando no viene a buscarme, se siente como esos veranos llegando a la finca, abriendo las puertas de par en par. *Hogar*.

Otro hogar convertido en cenizas, otras cenizas que el viento aleja, otra ventisca que se cuela en mi habitación por la noche. Tengo que luchar para que no me castañeen los dientes. Me digo que es por abrir la puerta en musculosa, ignoro a la voz que responde que es un frío que viene de adentro.

Porque su silencio me llena de inseguridades que ya no sé cómo disimular porque apenas consigo entenderlas. Su silencio es un claro en medio del bosque en el que planto las infinitas respuestas que podría darme, sin embargo ninguna consigue echar raíz, mueren porque no hay quien las riegue. Se están marchitando bajo tierra, sus hojas que nunca vieron la luz del sol se vuelven marrones, luego negras, largan un olor pútrido que me da arcadas, cuando Paul se digna a responder.

—Por Tino.

Lo miro. No puedo hacer más que mirarlo porque una vez más me ha dado una respuesta que no tiene nada que ver con lo que le he preguntado.

Tal vez nos hemos vuelto locos, tal vez nunca estuvimos hablando de lo mismo y por eso aún no consigo entenderlo.

—¿Qué tiene que ver Tino en todo esto? —Me gustaría sonar más indiferente, más fría, más como la chica que Paul conoció. Esa chica era deseable, sensual y si bien él nunca hubiera querido su alma, al menos había querido su cuerpo. Pero no puedo ser esa chica hoy porque todavía me duele darme cuenta de todas las cosas que dije que no quería sólo porque pensaba que no podría tenerlas nunca.

—Tino dijo que eras una de sus personas favoritas. —Qué horrible emboscada, palabras tan dulces que no te das cuenta de que matan—. Y que te extrañaba y que eras mi novia. —Te matan de a poco, muy de a poco, palabras como gotitas de veneno en tu oído, deslizándose hasta tu cerebro, matando todas las certezas que tuviste, activando tus alarmas mientras paralizan tu cuerpo entero.

—¿Y qué? —Me posee una rabia incrédula que por un instante consigue pasar sobre mi tristeza—. ¿Quieres que vaya a explicarle que no es así? ¿Que volviste con Shelly y que nosotros nunca fuimos…?

—¡Deja de decir que nunca fuimos nada!

—¡No! ¡No voy a dejar de *decirlo* porque no lo fuimos! ¡Revolcarse con alguien mientras haces tiempo para volver con el amor de tu vida no es *ser algo*!

—¿Pero te estás escuchando? ¿Cuándo nada de lo que hicimos fue…? —No puede decir la palabra, abre la boca para decirla pero niega con la cabeza y pasa por mi lado para entrar a la casa.

Mi primera reacción es bloquear las escaleras para que no vaya a mi habitación, donde Leo está transitando el fin de su vida como la conoce. Pero Paul parece haber olvidado esto por completo. Se tira del pelo cuando me habla y suelta una exhalación que suena a un montón de palabras que no existen en esta lengua.

—¿Qué *haces*? —suelto un grito-susurro, un recordatorio de que hay más gente en esta casa, de que lo nuestro sigue siendo un secreto sucio que no debe saberse—. Sal de mi puta casa.

—¡No! —Parece que a Paul ya no le importa nuestro secreto, ese por el cual me llevó a bares ocultos y por el cual nos escondimos del mundo a tal punto que hubo noches en las que me levanté pensando que nos había imaginado porque nadie más nos recordaba—. ¡No me voy a ningún lado! Me pides respuestas pero no me dejas hablar y sigues diciendo todas estas cosas que no son ciertas porque sí que fuimos algo. Fuimos mucho más que algo. Porque lo que hicimos no

fue… —*revolcarnos*—. En todos estos meses hablé contigo más que con nadie. Te lo conté todo. Te hablé de mi familia, de mi padre, de la beca de Leo, de Tino. Lloré contigo y por ti y tú me escuchaste y estuviste para mí y me ayudaste con *la cosa* cuando se volvió demasiado y me diste una casa en la que vivir cuando necesité estar cerca de mi trabajo y ya no entiendo cómo puedes mentirte así. ¿A mí? Sí, me puedes mentir. Pero deja de decirte a tí misma que no fue nada porque sabes que todo lo que hiciste conmigo no lo hiciste con ninguno de los chicos que vinieron antes de mí. Me lo dijiste. Me dijiste que nadie duraba más de un par de semanas. Entonces ¿Qué hago yo aquí?

—¡No lo sé! —suelto un grito que me estaba desgarrando contener, que convierto en un susurro ya no por Leo si no porque no quiero que duela—. Eres tú el que apareció en mi casa.

—Sabes que no hablo de eso. Sabes que no hablo de ahora. Todos estos meses, *meses*, Mar. Que estuvimos juntos. Eso fue *algo*, fue más que *algo* y para mí… para mí… —Se le quiebra la voz y aparta sus ojos de los míos como si necesitara dejar de verme para dejar de odiarme, para poder decirme todo esto. Cuando vuelve a mirarme está tan cerca que me asusto. No sé cuándo se acercó, no sé cuándo sus manos pasaron a sostener mis mejillas para obligarme a verlo a los ojos, pero quiero que pare porque su dolor es sal en el corte abierto que dejó al irse y su honestidad es limón que complementa el ardor de una forma exquisita que me dan ganas empujarlo, acercarlo, fusionarlo conmigo todo a la vez—... Para mí fue todo.

Y me gustaría decir que me emocionó, que sus palabras son todo lo que siempre quise escuchar, pero lo que sucede es que mis manos van a las suyas y lo empujan y de mis labios sale la carcajada incrédula más incrédula de la historia de la incredulidad porque…

—¿Qué tan *idiota* me crees? Hace tres días te vi volver con Shelly, los vi y ni te dignaste a buscarme, a escribirme, a decirme nada para cerrar lo que tuvimos, ¿y ahora vienes a decirme que fuimos *todo* para ti?

—¡No estaba volviendo con Shelly!

Me rio más. No sé por qué no puedo evitar las carcajadas, este desdén que no es contra él si no contra mí porque sigue doliéndome. Todo lo que dice, lo dice como si fuera cierto pero sé que no lo es porque las palabras nunca fueron de fiar sin acciones que las respalden.

—Definitivamente crees que soy idiota. Los vi, Paul. Los vi y me viste en el estudio y ni siquiera reaccionaste.

—¿Cómo pretendías que reaccionara si tú te quedaste plantada mirándome

como si nada?

—¿Y qué querías que hiciera? Dime, Paul, por amor a todo lo que está bien, ¿Qué hubieras querido? ¿Que llore y chille y grite porque me dolió horrores verte volver a ella a la primera de cambio? ¿Que te dijera que estaba ahí plantada en el estudio para decirte que tuviéramos una cita, que quería intentarlo de verdad esta vez porque no tener nada contigo me parecía insuficiente? ¡Te elegí! Por primera vez en mi vida quise a alguien, me expuse, fui a buscarte, fui a hacer lo que se suponía que debe hacerse para que las cosas salgan bien y lo que me encontré fue al único chico que me permití querer en mi vida abrazando a su ex y eligiéndola a ella otra vez.

—No la estaba eligiendo, no estaba haciendo…

—¡Deja de mentir! —No quiero que me mienta. Lo vi sosteniéndola, lo vi con esos ojos que reserva sólo para ella—. Siempre fue Shelly, siempre va a ser Shelly y no voy a seguir siendo tu segunda opción hasta que al fin puedas estar con ella.

—Es que estoy harto de que me digan que es Shelly. No es Shelly. No va a ser Shelly porque no quiero que sea ella, quiero que seas tú.

Quiero que seas tú.

Tú.

Tú.

Tú.

El living se pliega sobre sí mismo, implosiona, un caos de sillas y mesas y astillas, ladrillos, cal y nosotros parados en medio del desastre mirándonos a los ojos desde la distancia de una forma que hace que me sienta de cristal.

—Ese día Shelly vino a decirme que quería volver y yo juro por mi vida que iba a decirle que no.

Iba a decirle que no.

La implosión se pone en pausa. El mundo se mueve con una lentitud agonizante, en el fondo escucho reventar todo lo que queda fuera de esta habitación y el caos que hemos invocado dentro de ella. Pero no puedo verlo, no veo nada excepto a él.

—Pero no lo hiciste.

—No. No lo hice porque te vi y me miraste con… me miraste con tanta indiferencia, Mar. Me miraste como si ni siquiera estuviera allí y llevabas todo este tiempo diciéndome que no éramos nada. La noche de la despedida de Leo te había dicho que quería quedarme donde fuera que tú estuvieras y tú te fuiste. Me dejaste. Y pensé que tal vez de verdad no éramos nada para ti, que todas las

señales que pensé que eran señales había sido yo queriendo ver reciprocidad donde no había nada. Y Shelly estaba ahí, pidiéndome que volviera a amarla y pensé que así era como se suponía que iba a ser. Siempre dijimos que nosotros no éramos nada y todos siempre supimos que tarde o temprano, para mí siempre sería Shelly. Así que me equivoqué y cedí porque era mucho más fácil que buscarte para explicarte que quería que fueras tú, que en la discoteca el otro día cuando discutimos me fui a casa porque estar ahí cuando tu ya te habías ido no tenía sentido, que Tino tiene razón y cuando estoy contigo soy feliz. No porque sea fácil, es lo único que no fuimos, pero porque es honesto. Estando contigo fui más honesto de lo que fui con nadie nunca, fui más yo de lo que nadie me permitió ser. Por primera vez en mi vida no se trata de lo que quieren mis padres, no se trata de Shelly o de mis hermanos. Se trata de mí. Yo quiero esto. Yo te quiero y quiero poder quererte hasta que te des cuenta de que también me quieres.

Es honesto.

Se trata de mí.

Te quiero.

También me quieres.

Y es cierto. Es tan cierto que la certeza de quererlo me abruma, hace que mis labios tiemblen más porque lo quiero y quererlo es algo tan difícil cuando tanto tiempo me he cuidado incluso de quererme a mí misma. He cuidado de todo el mundo pero a una distancia segura, con mamá en la misma casa pero con una infinidad de mentiras entre nosotras, con Nina en la universidad pero con el rencor de verla feliz hirviendo mis nervios, con papá enterrado en un ataúd en mi cabeza porque fue el primero en alejarnos, en buscar la salida fácil. Y yo que tanto lo repudié por ello, yo que lo castigué por el daño que hizo, que me llevo en la espalda también el daño que yo hice, recién ahora veo todo lo que nos parecemos, cómo yo también elegí darlo todo de baja cuando la vida me superó, al instante en el que lo que sentí me pareció que era más fuerte que mi capacidad de controlarlo todo.

Pero no quiero hacerlo más. No quiero huir de la incertidumbre, no quiero temerle a la novedad. Lloro. Lloro más de lo que he llorado en años porque por primera vez me rodean brazos que no van a dejar que me desarme, brazos que no necesitan que sea fuerte por ellos, brazos de un igual que está para mí de esa forma en la que siempre tuve miedo de que alguien estuviera: como si fuera a quedarse, como si de irse pudiera convertirme en mi madre, no más que un montón de sollozos por las noches y sonrisas fingidas durante el día.

Lloro hasta que el agua erosiona por completo todo lo que hay entre Paul y yo. Quedamos nosotros, nosotros en esa forma cruda y honesta y desnuda y vulnerable que tanto miedo tuvimos de mostrar. Y es horrible. Todo lo que somos es tan humano que es horrible, está tan fallado y hay tanto que enmendar que no puedo verlo. Así que cierro los ojos y entierro mi rostro en su cuello, mis manos envuelven su cintura y se aferran a su campera de cuero como si quererlo pudiera salvarme la vida.

—Háblame, Mar. ¿Qué pasa?

Te quiero.

Pienso.

Pero el pensamiento se deshace en la punta de mi lengua.

No puedo decírselo.

No así, cuando aún queda una mentira entre nosotros, cuando aún le debo un último salto de fe a la posibilidad de querernos, cuando aún hay tanto de mí que desconoce. Paul no sabe que la culpa es mía. Paul no sabe lo que he hecho, lo que no, las lágrimas de mi madre que me pertenecen y cuando alzo la mirada y lo veo a los ojos creo que veo en ellos una casita que se parece a la finca, sólo que no está prendida fuego y las ventanas están iluminadas con posibilidades que anhelo y que sé que no podré tener si no le digo la verdad.

Tengo que luchar contra las lágrimas que empañan mi vista y las sacudidas de mi pecho que hacen temblar los escombros que quedan de mi casa tras la implosión. Tengo que luchar para separarme de él lo suficiente como para mirarlo a los ojos. Tengo que luchar para no decir otra mentira cuando me devuelven la mirada con una preocupación y un amor inconmensurables porque cree que soy mejor de lo que en realidad soy.

Nunca he tenido fe. Nunca he creído en nada ni en nadie. Hasta ahora, que en los ojos de Paul veo este cariño tan inmenso que entiendo por qué la gente se vuelve loca buscando amor. No me queda más que confiar en que será suficiente, en que podrá quererme a pesar de todas las versiones de mí misma que yo no puedo ni ver.

Así que abro la boca y le digo mi último secreto, ese que llevo amarrado en el pecho desde que me lo dije a mí misma y luego a todo el resto del mundo, como si eso pudiera hacerlo realidad.

—Mi padre no está muerto.

Ese es el momento exacto en el que Paul deja de respirar.

EPÍLOGO: Quedarse

PARTE I: Mar

Ocho meses después

Papá y mamá se conocieron una primavera hace treinta y dos años. Mamá dice que fue amor a primera vista, pero Nina y yo siempre supimos que sólo hablaba de química. Mamá también dice que papá, por ese entonces, estaba lleno de vida. Supongo que es difícil de imaginar cuando llevo tanto tiempo divulgando su muerte.

Pero incluso antes de que papá se retirara y se convirtiera en el monstruo de la cueva, uno nunca hubiera dicho que estaba *vivo*. Papá trabajaba a todas horas, veía películas con nosotras, nos hacía reír, pero… no había más. Era un autómata, que hacía todo lo que tenía que hacer porque tenía que hacerlo. Nunca se salía de la raya por el mero hecho de disfrutar. Nunca llegaba tarde a ningún lado, nunca escuchaba un álbum en aleatorio porque *para algo lo pusieron en este orden*.

Mamá dice que cuando éramos muy pequeñas papá cantaba. No tengo un solo recuerdo de haber visto una canción en sus labios. Tampoco lo escuché carcajearse y sus risas las recuerdo como algo forzado que por compromiso acompañaba reuniones con sus amigos. No era que no hubiera cosas que lo hicieran feliz, más bien que cuando sonreía lo hacía de una forma tensa que te hacía pensar que no lo hacía seguido y que un poco lo hacía para ti y no para él mismo. Papá no tenía más metas que cumplir y replicar la vida que había construido.

Con la finca que heredó de su padre y propiedades múltiples que alquilaba por toda la ciudad, estaba conforme con su trabajo. Le gustaba, no necesitaba más. Hoy por hoy entiendo que lo que terminó de arruinarnos no fue sólo el dinero que perdimos en el incendio de la finca, si no el desequilibrio total del mundo de papá cuando la perdió.

Tan arraigado a su rutina, tan obsesivo de mantenerlo todo como fue, cuando perdió la casa de su infancia y su mayor ingreso, cuando dejamos de podernos dar lujos como los de antes, ahí todo se empezó a desmoronar. De a poco se vino abajo la fachada que siempre había llevado puesta y salió a la luz el hombre detrás de las manipulaciones, de las sonrisas tensas.

Mamá dijo que papá la adoraba.

Y me pregunto qué cambió o si tal vez es sólo fruto de la imaginación de mamá, que necesita un consuelo cuando piensa en el hombre al que ató su vida, el hombre que amó a pesar de que él nunca vio en ella más que una forma de seguir con el plan establecido: casarse, tener hijos, morir.

La cuestión es que desde que tengo memoria, vi a mi padre hacerle los comentarios más crueles disimulados como un chiste, responder a sus quejas diciéndole que no tenía sentido del humor, desmeritar sus opiniones porque *no entiendes de esas cosas, Ivana*. El padre que yo conocí nos quería a Nina y a mí con locura, incluso cuando esa forma de querer nos hacía daño, era demasiado controladora, demasiado *rey-súbdito*. Nos quería. Lo sé. por eso dolió matarlo cada vez que lo hice, pero más dolió darme cuenta que su forma de hacer chistes sobre el peso de mi madre, sobre sus creencias del tarot y la espiritualidad, sobre su facilidad para confiar en otros… no eran chistes inofensivos que ella no sabía tomar. Eran formas de desacreditarla, de sacarle poder, de hacernos creer a nosotras que nuestra madre era una inútil que no entendía nada.

No creo que lo haya hecho de forma consciente. Creo que papá siempre fue el monstruo de la cueva por dentro, siempre tuvo esa obsesión consumidora de que todo se hiciera bajo su supervisión. Nunca dio elección a nadie ni siquiera en los detalles más pequeños. Si decía que había que levantarse a las ocho de la mañana, había que levantarse a las ocho de la mañana por más que no tuvieras nada que hacer y fuera sábado, si decía que tenias que comer toda la comida por más que el plato fuera gigante para ti, tenías que comer toda la comida sin importar que terminases con ganas de vomitar, si decía que la tijera debía gaurdarse en el primer cajón y por accidente la guardabas en el segundo te llamaría y te trataría como un idiota por la equivocación, por hacerle perder cinco minutos buscando la bendita tijera hasta dar con ella en el segundo cajón.

Esa fue nuestra normalidad creciendo.

Y no le teníamos miedo a él, al menos no de forma consciente, pero creo que por debajo de la costumbre y la cotidianidad vivíamos repasando todo lo que hacíamos para asegurarnos de no romper sus reglas. En su presencia nunca pudimos existir; medíamos inhalación y exhalación temiendo que nos

escucharan respirar con calma y eso desencadenara una lista de pedidos y obligaciones interminables: lavar, limpiar, ordenar.

Pero eso era lo que conocíamos, esa dureza era la cotidianidad de la familia Aliena y cuestionar nunca terminaba bien. Papá siempre tuvo un don con las palabras, ¿O debería decir una maldición? Tenía una forma de hablar, de expresarse que era tan terminante, tan avasallante, tan certera, que no había forma de discutir con él. Tenía una respuesta para todo, una razón y un argumento que sonarían lógicos pero que ignorarían, tal y como él siempre lo hizo, el factor de los sentimientos, de lo que *no se puede controlar*. Entonces nadie le llevaba la contra, cuando rodaba los ojos porque mamá hablaba nosotras lo imitábamos, cuando le decía que él hacía todo, que mantenía a la familia y cocinaba mientras ella jugaba a las adivinanzas en su negocio, nosotras asentíamos y le guardábamos rencor a ella.

Esa es la culpa que aún cargamos, el peso que tenemos en la vida de mierda que mi madre llevó todos estos años. Y todavía no sé cómo compensarlo pero estoy intentando estar para ella, estoy intentando hablar.

—¿Por qué lloras? —le pregunté la semana pasada. La había escuchado sollozar toda la noche. Ya no lo hace tan seguido como antes, pero no pude contener la pregunta.

Y ella me miró con los ojos abiertos de par en par y las comisuras de sus labios temblaron como si llevara toda la vida esperando que le hiciera esa simple pregunta, como si tal vez necesitara responder para sanar.

—Porque lo extraño.

—¿Por qué?

Deberías odiarlo, es lo que quería decir. Pero no lo hago porque ella lo sabía mejor que cualquiera.

—Durante más de treinta años compartimos un proyecto de vida, esta casa… —Recé para que no se largara a llorar. No sabría qué hacer si lo hiciera. Nunca la he visto llorar. Es algo que se limita a hacer encerrada como si no quisiera que sus lágrimas se me contagiaran—. No es tan sencillo dejarlo ir.

—Él nos dejó ir. Está bien. Está mejor que nunca.

Y no quiero ser dura pero lo soy porque es la realidad y no puedo disfrazarla. Quiero abrirle los ojos a lo que de verdad es papá. Porque él fue el primero en rendirse, en decir que *él es así*, que no cambiaría por nosotras.

El incendio de la finca —de nuestro santuario donde mamá y papá parecían tolerarse un poco más, donde corríamos y jugábamos y no había un millón de horarios a los que acoplarse— fue el inicio del fin, pero fueron años de deterioro

lento apestando esta casa los que hicieron detonar la bomba.

Todo se fue verdaderamente a la mierda cuando mamá empezó a responder, cuando se cansó de asentir y callar cuando papá lo pedía, cuando quiso que su opinión se escuchara, cuando nos vio empezar a imitarlo a él en esa forma gélida de dirigirse al mundo y tuvo miedo de que nos convirtiéramos en clones. Tuvo miedo de que aprendiéramos que la forma de amar de papá era la única que existía, la correcta, cuando en realidad era sólo la única que conocíamos y posiblemente, la más destructiva.

Porque cuando él se cansó de que mamá no le permitiera pasarle por encima, de que le gritara, de las peleas y los insultos, fue el primero en irse y muy de a poco nos dimos cuenta en casa de todo eso que mamá hacía que nos mantenía a flote y que él no sabía ni hacer. Mamá lavaba la ropa, llevaba la economía familiar, agendaba los turnos médicos de todos, incluidos los de papá, organizaba nuestras vacaciones, sacaba pasajes, nos preparaba la comida para la escuela, se encargaba de nuestros regalos de cumpleaños, nos llevaba a Nina y a mí a todas partes… y sí, papá era divertido y parecía siempre tener razón, pero no recuerdo que me haya llevado a un solo médico, que me visitara en el hospital cuando me internaron tras una operación, que me buscara del colegio cuando fingía estar enferma, que me escuchara llorar porque mis compañeras no me invitaban a los cumpleaños. Papá siempre estuvo para acompañarnos en las buenas pero nunca estuvo en los malos momentos ni en los imprevistos. Era mamá la que se preocupaba de que estuviéramos bien de verdad, no solo entretenidas y cumpliendo con nuestras obligaciones pero *bien*, felices.

Y nosotras la desterrábamos porque la imposición del monstruo era demasiado fuerte.

—Papá se fue pero… extraño… —Se le quiebra la voz. La veo luchar por mantenerse entera, veo el miedo que tiene a que sus lágrimas interrumpan y me pregunto cuántas veces papá la habrá llamado exagerada y sensible. Probablemente mil veces más que a Nina y a mí—. Extraño la idea de familia que pensé que tendríamos. Me duele haber dejado que mi relación con él hiciera tanto daño en esta casa, a todos nosotros… Nina ni siquiera visita ya. Y yo sé que piensan que no me doy cuenta de ello pero lo sé, sé que no viene porque detesta estar aquí.

Yo también lo detesto.

Aunque cada vez menos. Incluso si me duele su llanto, si me quedo porque no quiero dejarla sola, hay tardes en el invernadero, con el zumbido de mis abejas, cuando recolecto la miel o riego las plantas, que pienso que nunca me he

sentido más en casa. Ni siquiera cuando éramos una familia completa, las fisuras entre nosotros estaban ahí pero aún sin quebrarnos por completo.

Cuando papá se fue a vivir a ese departamento horroroso, a la cueva donde se la pasa acumulando rencores y viviendo la vida más rutinaria que ha vivido nunca, pensé que todo colapsaría. Sin embargo, me di cuenta de que mamá era perfectamente capaz de manejar todo —salvo el dolor y la añoranza— y que era papá el que no sabía hacer nada, el que nos pedía que le laváramos en casa la ropa y se la llevemos de vuelta, el que no sabía hacer trámites en el banco y mucho menos trámites online y nos gritaba cuando tratábamos de explicarle. Me empecé a dar cuenta de cómo mamá se convirtió en la sombra que conocí, en el silencio lúgubre que vivía en casa, porque me empecé a convertir en ella.

Empecé a obedecer y a dejar que me diera indicaciones, a aceptar sus críticas y permitir que las disfrazara de chistes cuando le reclamaba, a que me llamara niña, exagerada o desmedida cuando algo me ponía mal. Le hablé de mis sueños sólo para escuchar sus preocupaciones respecto al dinero, que siendo maestra nunca viviría tan bien como lo hago hoy, que con mi título ya de por sí había poco para hacer y que al menos intentara usarlo para algo que me diera un buen ingreso. Sobre qué pensaba que podía hacer desde dentro de un aula. Y cuando dirigía la conversación a otro lado para no mandarlo a la mierda, le hablaba de mis amigas y encontraba siempre la forma de aclarar que eran malas influencias, que Willa no estaba bien de la cabeza y que Leo era otra que perdía demasiado tiempo corriendo y que por eso estaba mal en la universidad. Le hablaba de yoga y me decía que no era un deporte de verdad, que probara ir al gimnasio, hacer cardio para fortalecer el corazón, tal vez podíamos ir juntos algún día y todo.

Escapar de mi padre implicaba estar en casa, escapar de casa implicaba estar con mi padre, en un lugar me sentía perseguida por él, en el otro por su fantasma. Yo ya salía sola, ya tenía la costumbre de tomarme esas noches para mí misma, para bailar, para aturdirme con música y perderme en una masa de cuerpos que tampoco querían ser nadie en el mundo. Pero cuando todo empeoró empecé a hacerlo más seguido y empezaron a llegar hombres, noches de sudor y piel y sexo sin sentido de esas que sabía que ninguno de mis padres estaría orgulloso de saber que tenía, de esas que me hacían sentir bien y poderosa y en control porque siempre iba sintiendo esa satisfacción adormeciéndome los músculos, ablandando mi sonrisa.

Al menos hasta la noche que lo conocí a Paul. Sin nombre, sin querer más de mí que un cuerpo en el que desahogarse, fue la primera vez que una de mis noches me dejó con tantas preguntas, con tanta curiosidad. Fue la primera vez en

mi vida que vi a alguien sufriendo por amor y aún así tratándolo como si fuera lo más bello que había tenido nunca. Fue la primera vez que vi a alguien haber amado y haber perdido pero no por ello haberse rendido ante el odio. En Paul la desolación del amor parecía hacerlo amar con más intensidad.

Y luego me reencontré con él.

Lo vi y lo volví a ver y de golpe estaba en todos lados y tal vez mamá me haya contagiado un poco sus creencias porque hoy por hoy no puedo evitar creer que nos pensamos tanto que el universo no tuvo más opción que volver realidad nuestras manifestaciones. Y Paul se convirtió en ese espacio seguro, en ese mensaje que me sacaba una sonrisa, en alguien que me trataba como un igual, no como una extensión de su voluntad ni como una muñequita de cristal.

Un día me levanté sabiendo que debería ver a mi padre y la angustia fue tal que no pude hacerlo. *Tal vez debería haber hecho cardio*, recuerdo haber pensado, *no tiene sentido que me duela tanto el corazón*. Me llamó tantas veces para preguntar por qué estaba tarde que no supe responder. Al día siguiente me mandó tantos mensajes que bloquearlo me pareció la mejor opción. Y me dije que sólo sería un descanso breve. Que sólo sería un tiempo. Pero el tiempo siguió de largo y yo me acomodé aún más en esa idea de que mi padre había muerto porque su silencio se volvió tan alto y su ausencia tan presente que no había otra forma de explicarlo.

Cuando Paul me preguntó por él entonces, esa noche en mi habitación, abrazado a mí y sintiéndome yo en sus brazos más en paz de lo que me había sentido en años, la muerte de mi padre escapó de entre mis labios sin siquiera pensarlo. Lo dije porque todo lo anterior, toda esta historia, todas estas idas y vueltas eran demasiado para explicar. Mi padre estaba muerto porque nunca estuvo vivo y nunca fue un padre de verdad. Entonces, ¿para qué traerlo a la vida contando la historia de todo aquello que hizo mal?

Lo maté.

Y en cuanto lo hice no me preocupé porque Paul era sólo otro de esos muchos que se iría tan rápido como llegó, que tal vez un día se enteraría por Leo de que mi padre aún vive y se preguntaría por qué mentí pero a mí no me importaría porque su vida y la mía estarían demasiado apartadas como para que estas cosas nos importasen.

¿Quién hubiera dicho que la verdad –no *mi* verdad, si no *la* verdad tal cual es y como innegablemente debería ser– saldría a la luz y que pesaría lo suficiente como para quebrar la confianza del único chico que hizo que el amor dejara de parecer una amenaza? ¿Quién hubiera dicho que Paul Grimmaldi me contagiaría

esa forma de hablar del amor? Con tanto dolor, pero con esperanza suficiente para negarse a dejarlo ir.

PARTE II: Paul

El cielo tiene tantos colores aquí que me pregunto cómo voy a hacer para volver a vivir en un lugar donde las noches llegan entre un montón de edificios apelotonados y nadie mira hacia arriba porque se parece demasiado a soñar y no es algo que tengamos permitido. Aquí hay estrellas. Incluso mientras el naranja se come al rosa en el cielo y la noche aún no está aquí, ya veo puntitos que nos miran desde arriba y pienso en el abuelo, si tal vez aquí, donde hay menos ruido obstruyendo su vista, puede verme mejor.

He pensado mucho en él estos últimos meses.

He pensado en la muerte, en la ausencia que trae consigo.

En esa forma desmedida de extrañar porque no sólo te duele su ausencia en tu vida, si no en el mundo. Sientes la forma en la que incluso el café tiene menos gusto, correr genera menos adrenalina, las risas se acortan, las canciones tienen menos notas que antes. Incluso si el planeta sigue girando su ausencia hace que su eje de rotación se incline un poco de más y el mundo se sienta siempre al borde de caerse por un precipicio, a punto de salir rodando y llevarse puestos a Marte y al pobre Plutón en su caída eterna.

Pensé que Mar vivía el mundo en esa inclinación casi imposible, que como yo veía los cuadros de los museos levemente torcidos. Pensé que éramos más parecidos de lo que podría parecerme a nadie más, porque ella había perdido a un padre y yo perdí a un abuelo que me crió, el que se encargó de desear que fuera feliz, no el que fuera útil o adecuado o perfecto. Fue más padre de lo que mi padre fue en muchos sentidos, se dejó llevar menos por la responsabilidad, más por los sentimientos. Y pensé que Mar entendía lo que era dejar ir a esa persona en tu vida.

Cuando me dijo que su padre había muerto, algo cambió. No en mi forma de percibirla, pero en mi forma de percibirnos. Creí explicar por qué verla se sentía como que el mundo se inclinaba tanto más que volvía a tener sentido, por qué mostrarnos nuestras heridas era tan sencillo.

Cuando me dijo que su padre estaba vivo, que todo fue una mentira para simplificar explicar cosas que de verdad le dolían, me sentí un idiota. Yo

pensando que nos entendíamos más que nunca, que estaba siendo más honesta de lo que nunca había sido con nadie conmigo porque llevábamos cicatrices hermanas, y ella mintiéndome a la cara porque era *más sencillo*.

—Mi padre no está muerto —fueron sus palabras exactas—, lo dije porque pensé que… Yo… Te juro que es como si estuviera muerto, que no lo veo hace ya casi seis meses…

Nos estamos viendo hace más de seis meses, es lo que quiero decirle, *¿entonces ibas a verlo y me mentías al respecto?*

—Willa dijo que lleva años muerto —digo en su lugar.

Y ella se atropelló con sus palabras porque no parecía ser capaz de seguirle el ritmo a la desesperación que tironeaba de su voz.

—Lo maté porque no quería seguir explicando por qué *no estaba*. —Se le descascaró la garganta, vi cómo la rompía en dos decir esta verdad—. Era más sencillo. Era *mucho* más *sencillo* olvidar que no nos había elegido a nosotras si simplemente le sacaba la posibilidad de hacerlo.

Incluso entendiendo que no tenía que ver conmigo, que era una mentira que se decía a ella misma… Me dolió el orgullo por haberle creído como un crío que no pregunta cómo pasa Papá Noel por la chimenea o cómo entraban los camellos de los reyes magos en nuestro pequeño living. ¿Y todas las veces que me quejé de mi padre? ¿Cómo pudo haberme compadecido cuando sus errores eran tan bien intencionados comparados con el padre que le había tocado a ella? ¿O eso también era mentira? ¿Pensaba en mí como un idiota que no sabía lo que tenía? ¿La hoguera en sus ojos cuando papá aparecía no era más que fuegos encendidos por mi idiotez?

Cuando me dijo que su padre estaba vivo quise empujarla lejos, muy lejos. Quise tomar las manecillas del reloj de nuestra historia y obligarlas a retroceder para no tener que sentirme así. Quise dejarla ahí parada porque ya estoy harto de que siempre me tome desprevenido una nueva verdad. Y estuve a punto de hacerla a un lado, de reírme en voz alta de lo ridículo que era todo y decirle que se olvidara de lo que dije, que bastante había tenido con las mentiras de Shelly sobre Porter como para agregar más de eso a la lista.

Pero entonces *la cosa*, ansiedad prendida fuego, desesperada, habló por primera vez con claridad. No fue ruido ni nervios, ni cortocircuitos, ni latidos indescifrables. Me frenó a gritos: *¡No! ¡No, no, no, no! ¡Está cruzando sus trincheras!*

Creo que nada más la escuché porque me paralizó la voz de *la cosa*, la angustia en sus vocales y la necesidad en sus consonantes colisionando en mi

cabeza. No pude moverme y así dejé que ella tomara mi mano y me sentara en ese sillón en el que habíamos visto tantas películas, en el que nos habíamos dado tantos besos, para escuchar la historia completa del quiebre de la familia Aliena.

Y sus palabras silenciaron a *la cosa*, la desterraron de mi mente porque nada parecía más importante que ayudarla a que deje de doler, que sostenerla cuando sus lágrimas empezaron a caerse y su historia salió de la cárcel en la que la había metido, la hizo nuestra en ese momento. Mar me dijo la verdad y dejó de doler tanto su mentira porque incluso si no compartíamos la muerte de un padre, compartíamos un padre ausente, porque así como yo me había mentido todo este tiempo sobre lo mucho que había llegado a quererla a ella, ella se había mentido todo este tiempo sobre lo poco que le importaba a su padre que ni siquiera había luchado por quererla de una forma que no le hiciera daño, por cambiar para poder quedarse. Se dijo a sí misma que podía pretender que estaba muerto para que todo diera lo mismo, para que las consecuencias de sus actos no la mataran y lo único que consiguió fue empeorarlo todo.

Desde donde estoy ahora, los farolitos en las ramas de los árboles parecen estrellas que se enredaron en la tierra. Leo y Tino corretean en el pasto, vestidos de blanco; son dos estrellas fugaces que lograron escapar. Ver a Leo reír así, después de tanto tiempo viéndola con esas sonrisas a medias, parece completar un paisaje sacado de un cuento de hadas.

El viento serpentea entre los pastizales demasiado altos y me hace cosquillas en las pantorrillas. Las risas de mis amigos son mudas desde tan lejos y todo parece una película de esas viejas donde la música es suave y la gente brinda con champán en lugar de cervezas y fuman cigarrillos largos y elegantes en lugar de porros con sedas baratas y filtros prestados. Somos pocos, apenas diez personas en frente de este caserón venido abajo que años atrás fue el lugar de una familia de cuatro personas y decenas de Navidades, cumpleaños y sonrisas.

Sin embargo se siente llena. Las paredes ajadas, ladrillos expuestos en baches, vigas atravesando el interior como pilares de un imperio caído, las tejas venidas abajo, la pintura que alguna vez fue blanca ennegrecida por el humo, todo parece menos triste que cuando llegamos con ellos aquí. Entre los árboles muertos pusimos una parrilla plegable y papá se está encargando de la carne porque desde que dejé de pagar los gastos del local y la universidad de Leo parece haber entendido que controlándome no puede ser parte de mi vida, pero ayudando sí. Y las cosas no están bien, las cosas no son fáciles y lindas, porque las conversaciones que tuvimos se convirtieron en gritos y reclamos, en lágrimas también, pero al fin y al cabo llegamos a este punto en el que los dos lo

intentamos y es más de lo que nunca pensé que podría tener.

Mamá a su lado me saluda con una mano en alto y luego vuelve a enfocarse en su copa de vino.

—¿Qué haces aquí? —Sus brazos me rodean la cintura y sus labios dejan un beso en mi hombro, luego descansa su mejilla allí y exhala como si mi cuerpo fuera una fogata en la noche más fría de su vida.

Dejo mis brazos sobre los suyos, su piel caliente contra la mía, sus latidos mimetizándose con los míos. El metrónomo de nuestra historia, marcando el ritmo de todos estos pasos que damos juntos.

—Necesitaba pensar.

—¿Te estás arrepintiendo?

—Tal vez… ¡Ay, carajo! No me muerdas, que era chiste.

—Más te vale.

—Caníbal.

—Es mi forma de demostrar amor.

Me doy vuelta. A sus espaldas ya hay más estrellas de las que puedo contar y debería molestarme perderme los últimos vestigios del atardecer más hermoso que he visto en mi vida, pero me sonríe y pienso que es su culpa que falten estrellas en la ciudad, si se las ha robado todas y las ha puesto en su mirada. No hay colores que compitan con esos ojos que se mantienen verdes incluso en las penumbras. Podría verlos desde la otra punta del viñedo y saberlo me ayuda a respirar un poco mejor porque significa que no voy a perderla.

—¿Amor? ¿Acaso Mar Aliena está enamorada de mí?

—No otra vez.

Una carcajada de Tino corta el aire y volteo sobre mi hombro un instante, para verlo en brazos de Ivana que parece haberlo atrapado.

—Dilo…

—Paul, estamos por anunciar nuestro compromiso, ¿y tú quieres que yo te recuerde que te amo?

—No busqué el anillo con esmeraldas más lindo que viste en tu vida por nada. Voy a cobrarte cada centavo que gasté en él en *teamos*.

Mar rueda los ojos y mis brazos se ajustan alrededor de su cintura pegando su cuerpo al mío y sintiendo la facilidad con la que nos encontramos. Respiro mejor cuando mis costillas se clavan en las de ella y me mira apenas elevando la barbilla, mirando mis ojos sólo porque se niega a darme la satisfacción de mirarme los labios.

—Ya me arrepiento de haber dicho eso.

—¿Que es el anillo más hermoso que viste en tu vida?

—No. Me arrepiento de haber dicho que sí.

—Y eso que no me dejaste ni terminar de abrir la caja antes de decirlo. Tenías muchas ganas de casarte conmigo.

—Trata de no decirlo tan alto, que vas a arruinar la sorpresa.

—Siempre tan mandona —susurro, dejando un beso en su frente, dejando que su aroma me llene los pulmones hasta que siento que podrían reventar. Mar solía oler a tierra y a los sahumerios que Ivana ponía por la casa. Ahora huele a tierra y a los sahumerios de lavanda que pone en su dormitorio de la universidad y en mi departamento. Vivo esperando al fin de semana porque siempre llega con una cajita llena de esos sahumerios y el departamento, aún a medio amueblar, vuelve a oler a casa.

—Y tú siempre tan obediente.

—Tengo que ser el novio perfecto, siendo que voy a ser el primero y el último que tengas.

—¿Sabes? Creo que yo me arrepiento. Quiero experimentar, conocer a otros hombres, nunca he estado con una mujer. Tal vez deberíamos deshacer el compromiso así no me quedo… —La levanto del piso y sus piernas se enredan de forma automática para sujetarse a mis caderas incluso cuando grita pidiendo que la baje—. ¡Paul, vas a arrugar mi vestido! ¡Bájame! ¡Basta, báj…!

Y me trago su despotrique con un beso que dura más de lo que debería cuando todas las personas que nos quieren, incluidos mis padres y su madre, están a distancia suficiente como para verlo. Sus labios se sienten como paz sobre los míos y la forma en la que se aferra a mi cuello, sus dedos enterrados en mi pelo, me recuerdan que hace casi un año y medio la chica de la sonrisa ahogada apareció en mi camino para enseñarme que el amor no es un milagro que se aparece en tu camino una vez en la vida si no una elección que tomamos cada día y cada noche no porque sea fácil sino porque incluso en su dificultad lo vale por momentos así. Una vez hace un año y medio una chica con el pelo lleno de trenzas y colores apareció y rompió todo lo que pensaba para que pudiera tomar las riendas y construir una vida que me hiciera feliz.

Y lo soy. Soy feliz ahora, soy feliz con ella, soy feliz sin más, de una forma en la que no sabía que podría serlo; entre tijeretazos de tristeza y decisiones duras, entre momentos de agonía que conforman la vida soy feliz porque con ella me convertí en una persona que me da orgullo ser. Amar a Mar fue un accidente inevitable, pero elegir ese amor fue la decisión que más agradezco haber tomado.

Pienso en quienes éramos esa primera noche, en todos los miedos que

llevábamos en la espalda, en todas las heridas que lameríamos para el otro. Pienso en la ironía de haberla besado esa primera vez sin saber su nombre, sin saber que serían los labios que besaría el resto de mi vida.

—Vamos —digo cuando al fin me separo de ella—. Que si seguimos así van a darse cuenta de qué está pasando antes de que les podamos decir nada.

Me da un último beso. Es un segundo nada más, pero deja un regusto a agradecimiento en mis labios, como si ella también acabara de recordar todo lo que era antes de que hubiera un *nosotros*, como si también pensara en lo afortunados que somos de poder elegirnos una y otra vez porque no es decisión de nadie, excepto nuestra.

AGRADECIMIENTOS

Hay mucha gente para agradecer hoy por la existencia de este libro, pero ustedes saben que me gusta ser rápida y ejecutiva para no aburrir, así que para esta tercera novela, inauguro el formato lista.

Agradezco este libro a las siguientes personas (incluso sin nombre, ellos saben quiénes son):

#1. A todos mis amigos que me usaron de terapeuta. Sin ustedes, nuestras juntadas con mucho vino y mucha charla, nuestras risas y abrazos y llantos, esta historia no sería lo que es. También se los dedico porque esos amigos son los que estuvieron (y están) siempre para escucharme cuando me bloqueo u odio lo que escribo, cuando necesito debatir una idea.

#2. A Buera. Entra en los amigos de arriba, pero a lo largo de este libro estuvo para mí más que nadie, en todas las formas en las que debería estar una amiga y también como una escritora en cuyo criterio confío.

#3. A Alvin (quien corresponde a su vez al ítem #1), Majo, Iván, el equipo completo de Planeta que trabajó para que este libro esté acá, con la portada preciosa que tiene, con todo lo que es en su máximo potencial. Siempre pensé que el trabajo del escritor era solitario y lo es, pero no tanto cuando se trabaja con un equipo como este.

#4. A Nora, mi psicóloga estos últimos años, que me ayudó a no perder la cabeza en un intento de desenmarañar mi cabeza. Que me ayudó a entender las relaciones familiares como algo más allá de lo que está bien o mal, blanco o negro, si no como un gris hecho de compromisos y errores y mucho amor que a veces no encuentra la forma correcta de mostrarse.

#5. A Fran. Espero que este final no te haya hecho llorar. Nos lo debíamos.

#6. A todos los lectores que vieron este libro en la estantería y se lo llevaron a casa. Gracias especiales a ustedes por darme la oportunidad de seguir

haciendo lo que amo, de confiar en mí sea por primera, por segunda o por tercera vez. Gracias por volver esta historia suya, por tomar estos personajes que fueron míos y darles un lugar en ustedes. Y a la comunidad hermosa en Internet que se ríe conmigo cuando subo videos o comparto mis locuras, porque mucho de esto, que tan feliz me hace hoy, fue construido con ustedes.

#7. A Paul y a Mar, que me permitieron contar esta historia y poner en ellos mis cicatrices y permitir que así duelan un poco menos.

Grupo Planeta

¡Seguinos!



¿Te gustó este libro? Te recomendamos...





